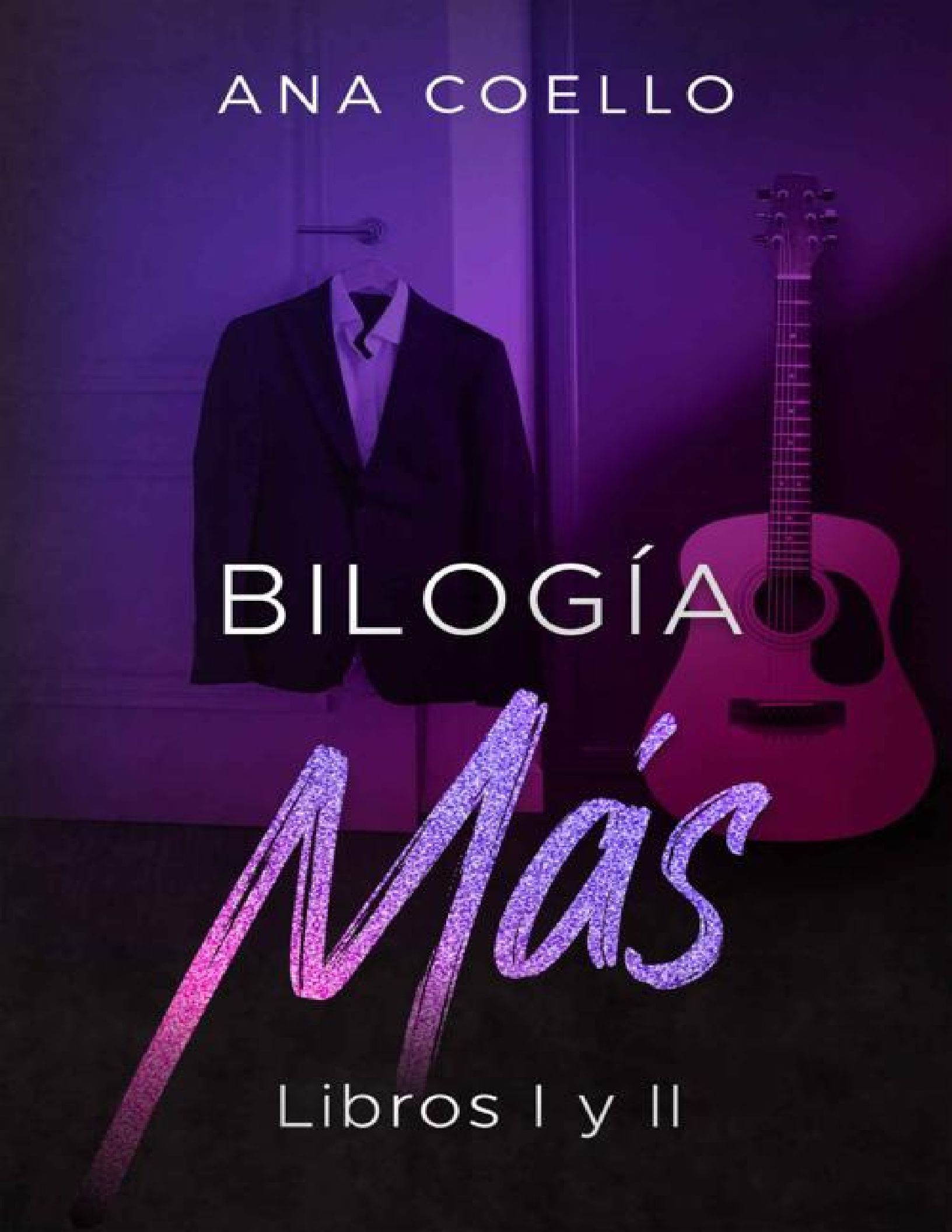
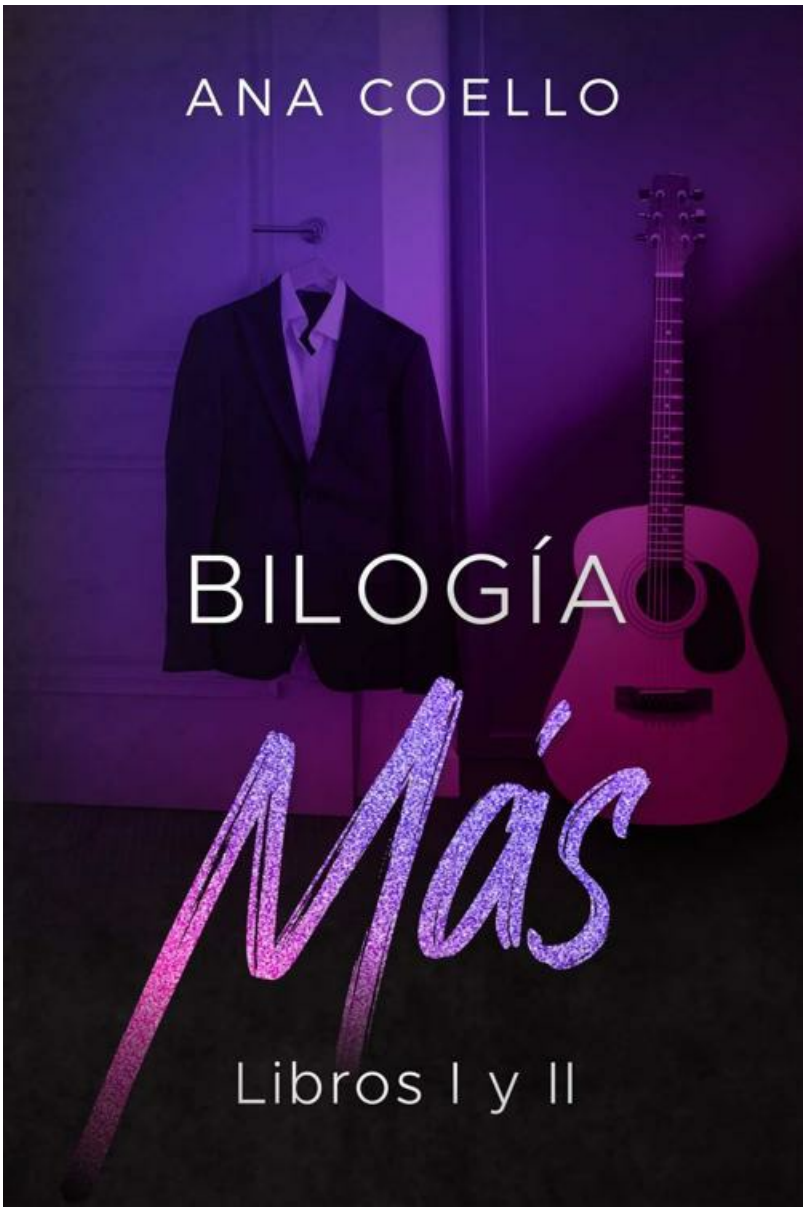
ANA COELLO



BILOGÍA

Más

Libros I y II


ANA COELLO
BILOGÍA
Más
Libros I y II

LIBRO I



Copyright © 2023 by Ana Coello
All Rights Reserved
www.anacoello.mx
Primera edición marzo 2023
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798377928522
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informantico.
Portada: Kramer.
Imagen de portada Adobe Stock

~Eres suficiente~

1. Desa

—¡No, no es tan sencillo!

De nuevo nos gritamos. No me gusta este círculo en el que estamos entrando, pero ha sido complicado evitarlo.

Hace poco más de un año que nos casamos. He sido feliz, no puedo decir lo contrario porque sería injusto. Zakariah me atrapa, me envuelve de todas las maneras posibles. Ha dejado del lado mis defectos al igual que yo los suyos. Me conoce, o eso pensaba, pero somos tan diferentes y ahora mismo eso está saliendo a la luz.

Era inevitable, supongo.

Cuando lo conocí, esos ojos alargados, oscuros y peligrosos penetraron en mí como si de alguna magia extraña se tratara. Me puse nerviosa enseguida, aun así, no logré darme la vuelta y le sostuve la mirada. Sonreí apenas, con el vaso en mis labios mordiéndolo un poco; la bebida ya estaba caliente, como suele ocurrirme y es que me gustan unos tragos pero no paso de ahí, comúnmente. Su tez oscura, su altura, su espalda ancha, su cabello tan corto y rizado que dan ganas de acercarse y pasar la mano sobre él.

Si tuviese que explicar qué ocurrió en ese instante, no podría hacerlo. Aunque sé que a él le gustaría entenderlo ya que nos arrastró, sin poder objetar a ello.

—¡Sí que lo es!, solo dime por qué no podemos hablar de un hijo, por qué te resistes de esta forma. Es lo normal, ¿sabes? —insisto.

—No es tiempo aún, no es *tú* tiempo —acentúa lo último mirándome desde ese ángulo alto en el que está.

Es grande y amo la sensación de sentirme protegida por él. Cuando sus brazos me envuelven, acaricia mi espalda y besa mi melena castaña. Cuando me toca y esas ondas cálidas viajan por mi piel, por mi mente, sometiéndola a un grado tal en el que todo se detiene y solo puedo pensar en sus gruesos labios, en sus manos, en su voz.

Acabamos de llegar de una de esas cenas a las que a veces debemos asistir. Su negocio es importante por lo que se celebran reuniones en las que hay que acudir sin remedio, aunque la verdad es que a mí me incomodan.

Me llevo bien con las esposas de esos hombres y puedo conversar con soltura. Aunque ellas ya están en otra etapa de la vida, me las arreglo para pasarla bien y diluirme.

Él y yo nos llevamos casi ocho años y en experiencia, muchos más. Sé que soy casi una niña a su lado, en más aspectos de los que puedo aceptar. Lo cierto es que nunca me lo ha hecho notar, no hasta que tocamos este tema que viene acudiendo a mi cabeza de un tiempo a la fecha.

No terminé mi carrera cuando elegí estar a su lado. Prometí hacerlo, pero por una u otra razón no la retomé y lo cierto es que a últimas fechas creo que no es eso a lo que quiero dedicarme. He tomado clases de inglés porque, aunque sabía hablarlo, me faltaba aún mucho para manejarlo sin problema. Con su ayuda ya hoy por hoy lo hablo muy bien, además de mi prima, mi tía y los amigos que he hecho aquí.

Una ventaja que poseo es que aprendo rápido, por lo menos. Lo leo, veo películas y hago todo en este idioma, salvo cuando hablo con mi madre, o hermanos, ellos viven en México, país donde nací y en el que residí hasta que me casé.

—¿Qué quieres decir con eso, Zakariah? —bramo con las manos en la cadera, de pie a un lado de la cama, mientras lo observo quitarse la corbata con esos movimientos lentos y

masculinos que tiene.

Mi boca se seca, sé lo que hay bajo esa camisa blanca, pulcra, que contrasta con su piel casi del color de la noche. La deja sobre el respaldo de una silla y me observa, incisivo, serio, tenso.

—No quiero decir nada, Desa, estoy afirmando algo… —corrige sin dudar. Me quedo ahí, suspendida con los ojos tan abiertos como mi boca.

¿*Qué mierdas*? Cree que no puedo ser una madre, una buena. Claro que puedo, digo, no soy buena en general para algo… no que yo recuerde, salvo tocar la guitarra, pero eso solo sucede cuando estoy a solas, cosa que no ocurre en esta casa. Me agrada salir, conocer.

Me gustan los animales por lo que tengo a Missy, una *Shih Tzu* que Riah, como suelo decirle a mi marido —qué raro se escucha aún—, me dio poco después de que llegase a su casa. A esta enorme casa que compartimos y de la cual, para ser sincera, todavía no me apropio, pero eso es algo común en mi vida.

Me agrada nadar en la piscina cuando el clima lo permite, hacer un poco de ejercicio en las horas muertas y cosas de ese tipo.

Alcancé a estudiar Comercio Internacional en México durante dos años. Los mismos en los que no resalté salvo por la cantidad de conocidos y amigos que acumulé. La verdad no me gustaba, pero ese hombre que pagaba mis cuentas dijo que debía entrar ya a la carrera o retiraría mi mesada, así que me monté en lo primero que se me cruzó. Pero eso no me convierte en una mujer que no pueda ser madre.

—¿Algo? Deja los acertijos. No los tolero —le recuerdo.

Sonríe seguramente evocando aquellas veces en nuestro corto noviazgo cuando se lo hice ver enfurruñada y es que de verdad, no los aguanto.

—Estás muy joven, podemos esperar, eso es todo —murmura dando por zanjada la conversación, entra al baño y cierra la puerta, así, nada más.

Voy hasta ahí rabiosa y toco, nada. De nuevo, y ya solo escucho el agua cayendo. Gruño. Eso hace cuando no desea continuar una conversación, cosa recurrente de un tiempo acá.

Funcionamos bien, o eso creo, a pesar de la forma alocada en que se dio todo, cuestión atípica en él, que nada deja al azar o sin comandar.

-*-

Me encontraba de vacaciones aquí, en Chicago. La hermana de mi madre se había vuelto a casar cuatro años atrás y se mudó con su marido, americano, a Estados Unidos. Mi prima y yo crecimos juntas prácticamente. Fue súper duro aprender a pasar los días sin mi cómplice de fechorías y travesuras, y todo lo que se nos ocurriera.

Soy la segunda de tres hermanos. Mi vida ha transcurrido de forma extraña y es que siendo los tres hijos de diferentes padres, no fue fácil.

Mi hermano mayor, Graco, es hijo de un griego por el que mi madre perdió la cabeza en su juventud. Conozco a aquel hombre por fotos que tiene en su habitación y porque algunas veces, cuando visitaba México, iba por él y desaparecían semanas enteras. Mi hermano no se mudó a vivir con él por mí, decía, porque sí, Graco era autoridad también en casa, aunque es divertido igual. Ahora ya vive en Grecia y trabaja con su padre.

Yo soy hija de otro hombre, uno que usó a mamá y viceversa. Ya se imaginan cómo, ¿no? Ella, despechada por lo del padre de mi hermano, se enredó con este personaje y explicar lo demás es absurdo, pero de ese resbalón surgí yo.

Así que aunque sé quién es mi padre, a qué se dedica y que me mantenía —en secreto,

porque es casado—, no lo estimo, no me interesa y no tenemos ninguno de los dos ni la menor intención de hacer más por ello, aunque la realidad es que dirigía gran parte de mi vida.

Mi hermana menor es otra historia. Ella tiene tres años menos que yo. Mi madre sostiene una relación «libre» dice, con su padre. Así que Magno, el papá de Alina, va y viene sin ton ni son desde hace dieciocho años, que son los que mi hermana tenía aquel verano en que conocí a Riah.

Nos llevamos bien, pero muy por encima. Entre mi mamá y su papá tienen una empresa exitosa de cuestiones ecológicas que evidentemente debíamos llevar a cabo en casa sin fallo. Porque no importaba reprobar matemáticas, no, pero que ni se nos ocurriera mezclar plástico con vidrio, o comprar un producto enemigo del ambiente, eso era como tentar al mismísimo Satanás.

A simple vista esto parece sencillo, quizá con sus ángulos extraños, obtusos y rugosos, pero decente, lo cierto es que en lo personal me ha hecho sentir parte de todo y nada. No logré, durante mucho tiempo, sentirme arraigada, importante, solo parte de algo que ocurrió y ya, listo.

Mi madre, Iris, suele decirme que voy rebotando por la vida, que no adopto posturas, que soy tibia y que lo único que me interesa es ver qué ocurrirá el siguiente fin de semana. Quizá sea cierto, pero es que no he encontrado qué más hay para mí.

Cuando entré a esa carrera, ella se quejó hasta que se hartó argumentando que eso no tenía nada que ver conmigo, que yo era para otra cosa, y cuando le pregunté que para cuál sí me veía pintas, se quedó mirándome y no pudo contestar.

Siento que soy un cúmulo de cosas sin convicción, sin brújula, sin dirección, porque aunque la guitarra la manejo de forma decente, sino me encuentro con ganas, o con una relativa paz, o completamente alejada de las personas, no puedo ni tocarla, menos componer algo… Sí, eso lo aprendí gracias a un maestro en secundaria que se obstinó conmigo y me mostró cómo hacerlo. Pero nunca le dije esa parte a mamá. Ella solo sabe que toco un poco, más un hobby que algo importante y la verdad es que es así.

Acababa de cursar el primer año de la universidad, como comenté antes, cortesía de ese hombre que me mantenía vía su asistente, no tengo ni su teléfono, vamos.

No me fue fabuloso en las calificaciones, pero ¡bah!, qué más daba, las materias eran aburridas, mis compañeros agradables y bueno, yo me divertí como una loca, eso sí.

Supe, por Julia, nuestro vínculo, que mi progenitor no estaba precisamente feliz por mi rendimiento, sin embargo, como era obvio que me había sometido, me dio dinero para ese verano y no dudé, me fui donde Camila, mi prima y Lula, mi tía, que siempre ha sido casi una madre para mí. Solo le avisé a mamá, ella habló con su hermana y listo, ya viajaba a Chicago.

-*-

El sonido del agua dejando de correr me alerta. Me encuentro sentada sobre la enorme cama que compartimos, esa que es cómplice de lo que entre ambos existe, eso que no sé definir pero que no me permite estar lejos de él, de su aroma, de su voz.

Me levanto, tomo mis cosas y cuando abre para salir, con aquella toalla enrollada en la cintura, hago acopio de todo mi autocontrol —que por cierto es pequeñito—, lo muevo hacia un lado y entro cerrando con seguro tras de mí, agitada.

Su pecho ancho, marcado de una forma grosera diría yo, con esa tez oscura húmeda. ¡Agh! Me excita sin remedio, pero de pronto solo escucho su carcajada ronca. Gruño, me vale una mierda, estoy irritada.

Me quito el maquillaje, el vestido que compré en compañía de Camila hace unos días para este evento, —ya tengo tantos que no sé qué hacerles, pero Riah me alienta a no quedarme

en casa, a hacer cosas, a salir… porque de lo contrario pasaría mucho tiempo a solas y eso… eso es algo con lo que no sé lidiar a menos de que tenga una guitarra a mi lado y no haya nadie— y me meto a la gran ducha.

Ese es otro tema, jamás estoy sola en este lugar. Hay dos empleadas que pululan por toda la casa, así que no me provoca sentarme en ese cuarto donde guardé algunas de mis pertenencias y tocar.

A veces sí, me siento tan aburrida, tan sin rumbo, pese a estar con quien quiero estar, a estar donde deseo estar, y surge esta sensación abrasadora de que me falta algo… y pienso que un hijo ayudaría a menguarla, uno hecho de él, con sus bellos rasgos.

Sin embargo, desde hace casi un mes que lo mencioné, lo único que conseguí es que, sin fallo, use ahora condón, a pesar de que yo soy la que va por esa inyección mensualmente pues así lo decidimos, y él, que solía olvidarlo en momentos alocados, como una ducha juntos, o un momento en la cocina cuando no había nadie, ahora no.

Me hace sentir mal. Desconfía, eso es evidente, pero jamás me embarazaría así, sin platicarlo, lo malo es que cuando lo hago me dice que no, no, y no.

Hasta esta noche es que saco más información sobre sus motivos. Eso de que no es «tu tiempo» fue como un gancho al hígado.

No sé a qué se refiere. Me comporto cuando salimos, me he adaptado, lo espero siempre más que feliz por las noches, o nos encontramos donde desee para comer. Lo hago reír, conversamos sin parar, bueno, más yo que él, pero es agradable para Riah, lo sé. O ¿acaso hay otra cosa?

Salgo con mi camisón media hora después, él lee algo en su *Tablet*, ya recostado en la cama. Me observa en silencio mientras yo lo ignoro, cuestión que me cuesta un mundo, en realidad nunca lo he intentado hasta ahora porque sé que son de esas luchas perdidas y para qué restregarlo en mi cara. No resisto su cercanía, lo necesito como una adicta. Así ha sido desde el minuto uno.

—¿No me hablarás? —pregunta con su voz profunda, gruesa.

—No puedo obligarte a querer algo que no deseas.

Deja su aparato sobre el buró, se frota la cabeza y niega suspirando.

—No tienes idea de lo que deseo, así que no asegures tonterías —repone, molesto. Así es él, jamás se anda por las ramas, es increíblemente directo, aunque nunca lo había sido conmigo en el sentido duro.

Lo observo desde el otro lado de la cama, me encojo de hombros y finjo que me da igual su molestia, sus palabras.

—Cómo sea, no fui tan joven como para casarme contigo, pero sí para ser madre. ¡Qué maravilla!, quizá te arrepientes y no sabes cómo decirlo —refuto con ironía, ardiendo en mi interior de solo pensar en que me diga que sí. Enseguida tomo la cobija para adentrarme en la cama pero su mano dura me detiene, dejo de respirar, está muy cerca. Gimo abriendo los ojos de par en par. Luce peligroso y eso me fascina, aunque también me paraliza. Su mirada fiera está fija en la mía.

—Cuando hables de una forma madura y digas cosas coherentes, cuando llenes tus horas vacías con algo más que no sea gastar y salir a hacer nada, Desa, entonces pensaremos en familia, de otra forma no, no sucederá —ruge. Acto seguido me acerca más a él. Su aliento, su boca, mi cuerpo lo pide, pero me resisto a pesar de ese jodido deseo que me acribilla—. Y no me arrepiento de nada, aunque las cosas no se dieron como debían ser —sentencia soltándome. Se aleja y yo solo puedo observarlo aturdida.

¿Qué quiere decir con eso último? Respiro con dificultad, me he planteado tantas cosas menos que él no hubiese querido esto, lo que tenemos, y duele, duele muchísimo.

Descompuesta me levanto, pestañeo sintiendo frío de repente.

—Voy por agua —solo digo. Zakariah gruñe y va tras de mí, me toma por el brazo para que me detenga. Lo hago, desconcertada.

—No me arrepiento, de verdad no lo hago, solo fue… apresurado —explica buscando mis ojos. Sonrío a medias sin poder mirarlo más de un segundo.

Apresurado.

Es así como todo mi cuento de hadas cae, se desmorona en mis narices.

—Tengo sed, no tardo —murmuro con tranquilidad mientras él me suelta agobiado.

—Des… —me llama, pero yo no me detengo, solo elevo la mano quitándole importancia y es que, si a él no lo tengo seguro, ¿entonces?

Siento un vacío impresionante carcomerme.

Me acomodo en esa silla de aquella enorme y moderna cocina que ni siquiera sé usar. La observo desde mi lugar, con un nudo en medio de la garganta.

Apresurado.

Madurar.

Coherente.

Cada una de esas palabras me duelen. En todo este tiempo no imaginé que eso pensara de mí, que me viera de esa manera; infantil. Sé que mi suegra, mi cuñado, no son precisamente de mi bando… me miran como si fuese un mono de circo, algo sin importancia, pero también con cierto coraje. ¿Por qué?, ni idea, aunque sé que a Kyroh, su hermano menor, el único, le parezco una buena para nada, me lo ha dado a entender, pero Zakariah lo frena, lo cierto es que creo que ya no lo haría, no con lo que acaba de decirme.

Observo la oscuridad del jardín que logro distinguir desde mi posición sin problemas. Creí que estaba haciendo lo que debía, que al fin encajaba del todo en un lugar, que podía pertenecer y que sería mi hogar, que… alguien vería en mí algo más que una persona impuesta, vacía.

Me equivoqué.

Subo cuando acabo de deber dos vasos enteros y mis lamentos se convierten en una lista interminable que si no detengo, me comerá. Él está sentado en la cama, con las rodillas flexionadas, pensativo. Es tan grande, imponente. Me observa en silencio, me trago los restos de eso que partió.

Si Zakariah decide que no me desea a su lado no tengo ni la menor idea de qué haré.

—Des, hablemos. No quise ser brusco —se disculpa—. Estoy cansado, tantos viajes y… Lo lamento —susurra con un dejo de agobio, otro tanto de frustración.

—Fue un día largo, Zakariah, mañana mejor —y me recuesto, cubriéndome, dándole la espalda.

Lo escucho suspirar, enseguida moverse por la cama, pasa una de sus oscuras y perfectas manos por mi brazo. Está tan cerca que mi estómago se encoge. Quiero girar y besarlo, como siempre, como cada noche, pero aprieto mis manos en torno a la sábana. No, no puedo ahora pensar en eso, no debo, por muchas explosiones que él genere en mí.

—Nunca he hecho nada que no desee, Desa, y eso te incluye —zanja y besa mi cabello con suavidad. Quiero llorar, aunque sé que no sucederá, necesito que se aleje y entonces me sentiré menos tensa. Pero de pronto se recuesta, pasa su mano por mi cadera y me pega a su pecho. Me quedo estática. Se amolda a mí, besa de nuevo mi cabeza y suspira, otra vez—.

Buenas noches, mi sol —susurra respirando hondo.

2. Desa

Quiero llorar, pero sería ridículo hacerlo, además de que no estoy acostumbrada a dejar que mis sentimientos se muestren, por lo mismo pierdo la vista en la oscura habitación, en silencio, siendo completamente consciente de su enorme cuerpo envolviendo el mío, de su aliento en mi nuca, de su corazón en mi espalda.

Mi mente viaja hasta ese día en el que con copas, algo no tan común en mí, menos en él, en aquella reunión «familiar» en casa de Camila, con mi tía y mi nuevo tío ahí, mi prima dijo…

—Deberían casarse. ¡Son tan lindos juntos! Piénsenlo, así no te vas y vivirías aquí.

Lula rio asintiendo. Habíamos pasado la tarde ahí. Riah sonrió apretando mi cintura. La idea, con burbujas en la cabeza, me pareció buena. Estábamos locos el uno por el otro, desde que nos habíamos conocido, casi dos meses atrás. No había pasado momento en el que no nos buscáramos, en el que no nos deseáramos, en el que… no lo necesitara. Yo debía partir en unos días rumbo a México, de vuelta, así que lo miré sonriente.

—Esa es buena idea —dije con ligereza. Zakariah me observó fijamente lo que se sintieron como siglos pese a mi leve ebriedad y después asintió, serio.

—Lo es —aceptó despacio. Pestañeé asombrada.

Camila primero se quedó pasmada, como todos ahí, pero luego dio un grito de júbilo. Mientras mis tíos con sus expresiones continuaban mostrando asombro. Riah es socio del esposo de Lula en uno de sus negocios, aunque el fuerte de Zakariah son las energías renovables y construcción de casas, edificios con energía autosustentable, además de la creación de artefactos para la optimización de cualquier cosa que sea reciclable.

—¡Se casarán! Mi prima se casará —explotó excitada.

Yo solo miré a Riah, buscando duda en sus ojos oscuros, no la vi, así que desconcertada y feliz, muy feliz, lo abracé enamorada, tan enamorada como nunca y es que él era todo lo que no me imaginé pero siempre soñé.

-*-

Despierto y él ya no está, como suele ocurrir. Se levanta temprano, al alba, y va a un sitio donde practica box por casi dos horas. Sé, por algunas conversaciones, que solía pelear de más joven y que por ello en el cuerpo tiene desperdigadas algunas cicatrices, pero nunca ahonda en el tema. Después se va a trabajar y llega a cenar, o nos encontramos en algún lugar. Esa ha sido la rutina desde que nos casamos.

No tuvimos una luna de miel en toda regla, solo un fin de semana en Florida. Debido a lo apresurado fue lo que se pudo. Hubiese querido pasar más días a su lado así, adheridos, unidos, enredados en esta colosal cama, pero era imposible así que me tragué las ganas.

Enseguida me instalé en esta casa, luego mis cosas llegaron y comencé mi vida a su lado.

Mi madre, con la que no hablo mucho, ni en ese entonces, voló hasta acá e intentó por todos los medios que no hiciera esta «locura«. Al final no logró que cambiara de opinión y Zakariah, dos noches antes de casarnos, le pidió que ya no interviniera, todo estaba dicho. A mamá no le quedó más remedio que aceptar mi decisión.

Quería a Riah, lo demás me importaba un carajo. También, en esas fechas, donde parecía que ahora sí todos me notaban, recibí una llamada de mi padre —ese del que nunca sé nada—.

Ah, bueno, pues el sujeto me gritó, insultó, me dijo que era una buena para nada, que era un alivio quitarse mi peso de encima, que si me casaba me olvidara de cualquier cantidad de dinero, que solo esperaba que Zakariah supiera con quién se unía, pero no contento, dio con él y se lo dijo.

Me enteré porque su asistente me lo comentó un día en el que me habló para avisarme que todas mis cuentas habían sido saldadas y cerradas.

Le pregunté a Zakariah, en respuesta me besó con vehemencia en la banca del jardín de Lula y me dio un par de tarjetas que sacó de su cartera.

—Mi sol, tranquila, aquí hay dinero —susurró conciliador. Las hice a un lado, negando.

—No, no es eso. Habló contigo, qué te dijo. Él no me quiere, no importa su opinión de mí porque no me conoce —susurré agobiada y es que era patética toda la situación, lo que buscaban hacer. No entendía por qué, aunque tampoco he esperado de ellos nada, jamás.

Acarició mi rostro con atención, mirándome con esos ojos oscuros, fuertes.

—No tiene sentido, solo quiero que no te preocupes —repitió y me tendió de nuevo las tarjetas—. Serás mi esposa en una semana, tómalas, confío en que darás un uso responsable —aseguró.

No tenía ni idea de a qué se refería con un *uso responsable*, pero lo hice sonriendo apenada.

—Gracias… —suspiré confundida aún por lo que mis padres hacían, en respuesta tomó mi barbilla y me besó despacio, con esos labios suyos gruesos, duros, exigentes.

Gracias al cielo Graco, que también vino debido a mi boda, nos arrinconó en un bar y muy serio, como es él, gruñó fastidiado, evaluándome.

—Mándenlos a la mierda. Por favor —suplicó para luego acariciar mi mano. Le sonreí un tanto agobiada por el tema, *ese* tema que tanto odio y la sacudió—. Sé feliz, puedes con ello —murmuró guiñándome un ojo. Sentía la mirada, de mi ahora marido, sobre mí, pero no agregó nada, solo besó mi coronilla en signo de estar de acuerdo—. Lucha por serlo, lo mereces.

Increíblemente solo eso logró medio aguarme los ojos, pero nada salió de mi lagrimal y asentí cambiando la plática. Quería que se conocieran mejor, ambos son tan importantes para mí que había una urgencia en ello.

-*-

Me levanto, tomo un conjunto deportivo, me lavo los dientes y decido que por hoy saldré a correr. El clima en verano es agradable, hasta húmedo. No tengo ganas de perderme en ese gimnasio que está en el sótano, donde además hay una cava y un salón de billar absolutamente elegante y asombroso, pero solitario.

Bajo evocando cada palabra dicha la noche anterior. Tardé mucho en dormir, como suele pasarme. No soy de sueño pesado y menos si algo me agobia. Al inicio, cuando me mudé, pasé varias noches dando vueltas por la majestuosa casa intentando memorizarla, sentirme parte de ese impresionante inmueble.

No es que yo viviera en un sitio minúsculo, pero sí en una colonia normal, en una casa normal, en la cual jamás me había faltado nada pero que no rayaba en la opulencia como esta.

Acostumbrarme a conducir, a que no debía estar al pendiente de si alguien me quitaría el bolso, a no estar tan alerta cuando iba por ahí, fue de lo que puedo decir que sí gocé.

—¿Va a salir, señora? —pregunta Awdry, la encargada de que todo aquí funcione, a la que sé que no le simpatizo.

Nunca permite que me meta de más en alguna decisión, argumentando que a Zakariah no

le gusta de tal o cual modo. La verdad es que me importa una mierda, no es mi sueño convertirme en el ama de casa así que solo me encojo de hombros y sigo con mis cosas.

No me molesto en mirarla, solo asiento al tomar las llaves y me dirijo a la puerta.

—Regreso después —digo a cambio y salgo.

Me asfixio en ese enorme lugar.

Hago un poco de calentamiento en la acera de la casa, antes de comenzar a trotar, donde mi camioneta último modelo se encuentra aparcada. Capta un segundo mi atención y dejo salir un suspiro, sacudo la cabeza y comienzo a correr por mi calle.

El agradable aire de la mañana golpea mi rostro y voy cuidando mi respiración. Mi cabeza poco a poco se comienza a sentir más clara y me dirijo a *Lake Shore Blvd* para adentrarme en *Elliot Park*, un sitio que visito poco pero que es hermoso, mucho césped, canchas, arboles, que da a la playa del Michigan.

Lo recorro intentando pensar en qué debo hacer… Me siento sola, que no avanzo y sé que quiero a Riah, sobre todo lo que me hace sentir, eso que generamos juntos, pero algo no es como debía, como creía.

Voy trotando como suelo, cuando escucho unos gritos, giro y es un niño rubio, llorando. Su madre lo está forzando a comer el helado que se le cayó, comprendo deteniéndome, atónita.

Un par de personas pasan, pero nadie se detiene. Me acerco molesta por cómo de pronto lo agarra. Será muy su madre pero así no se puede tratar a nadie.

—¡No lo lastime! —le grito sin pensar. La mujer, con el cabello platino, me observa rabiosa, recorre mi cuerpo con desdén y ríe.

—¿Tú que carajos te metes? Regresa por donde viniste, que estoy segura no es aquí.

Y le aprieta más el diminuto brazo. El niño no debe pasar de cinco años, aunque no soy buena para eso de calcular edad. Me acerco más al notar que lo toma de la nuca, lo obligará y yo no quepo de la impresión. La hago a un lado de un empujón, furiosa.

—El ser su madre no le da derecho a ser una maldita arpía —chillo rabiosa. El niño se coloca tras de mí, soy consciente de sus manitas envolviendo mi pierna. La señora me avienta de vuelta, toma al niño del brazo y grita.

—¡Auxilio! ¡Esta mujer quiere robarme a mi hijo!

Abro los ojos de par en par. El niño me suelta, aunque continúa tras mi pierna y me mira asustado. Me agacho agobiada mientras ella sigue gritando. Niego intentando detenerla, abrazando a la vez al pequeño que comienza a llorar sin control. ¡Mierda!

—¡Diga la verdad! Mentirosa —me defiendo al ver como se detienen ahora sí las personas. Un hombre me toma por el hombro con fuerza.

—¡Suéltalo! Aquí no vas a hacer de las tuyas.

Me sacudo pero no me deja libre. La mujer toma a su hijo, éste llora aún más y empieza a decirle que se tranquilice con la voz más melosa que he oído nunca.

—No lo puedo creer. Ella lo estaba maltratando —gruño, pero de pronto una patrulla se detiene.

¡Maldita mierda del demonio!

Dejo de moverme, los policías se bajan. No se molestan siquiera en preguntarme, le creen a ella lo veo en sus ojos.

—¿Qué tiene que decir? —me pregunta un hombre del tamaño de Zakariah, con mirada ruda, pero con tez trigueña. Me suelto del tipo que me sujeta, furiosa, y le narro lo que estaba pasando.

El hombre duda, me observa incisivo.

—Bien, acompáñenos. Revisaremos las cámaras y veremos lo que realmente ocurrió —advierte y sé que lo dice por mí, pero yo sonrío con seguridad, mientras esa jodida mujer palidece.

—No es necesario, quizá exageré, solo me asusté porque la vi muy cerca.

—¡No es cierto! Vea las cámaras, ella lo obligaba a comer ese helado —aseguro y señalo el suelo en el que está esa cosa viscosa ya derretida.

El policía ya empieza a dudar, lo noto, aunque no me cree del todo.

—Revisarlas no nos llevará salvo unos minutos. Ambas tendrán que acompañarnos —sentencia. Niego pensando en lo que Zakariah dirá, de por sí. ¡Carajo!

—Vivo a un par de cuadras, no iré a ningún lado. Si me inculpan ahí me encontrarán, lo prometo.

—No, no es necesario. Es solo que quizá tuve un mal día y malinterpreté todo, oficial —dice la *madremonstruo* que está frente a mí.

Me cruzo de brazos y alzo una ceja. Con qué me lo quería robar, ajá. Sé que ya no tiene dudas el policía y eso me hace sentir segura.

—¿Eres de aquí? —niego—. Muéstrame tus papeles —revira él. Abro la boca asombrada, ¿era en serio? La mujer ve un fuero de esperanza. Idiotas. Sin embargo, asiento sin amedrentarme, aunque en realidad sí estoy súper nerviosa.

—Están en casa.

—Vamos entonces —ordena, luego da instrucciones al otro oficial para que detenga a la mujer y revise los dichosos videos. Ya varias personas se arremolinan para saber lo que ocurre. Típico.

Llegamos a casa caminando pues está muy cerca, en silencio. Me quedo paralizada al ver el coche de Riah estacionado.

¡No! Gimo nerviosa. El policía nota mi cambio de actitud.

—Anda, acabemos con esto.

Su voz me saca de mis pensamientos.

—No me cree porque soy latina… —deduzco irritada, mi acento es aún inconfundible, lo sé, a pesar de hablarlo muy bien.

—Nunca dije que no te creo, solo debo saber que todo está en orden. No quiero equivocarme —explica serio. Ruedo los ojos y avanzo sin remedio.

Abro la puerta y Zakariah aparece ahí, listo para trabajar. La sonrisa que tenía al verme ya no está, de hecho ahora parece molesto, intrigado.

—¿Qué sucede? —pregunta, críptico.

Retuerzo los dedos, nerviosa.

—Quiere ver mis papeles… —solo digo.

—Buenas tardes, señor. Hubo un incidente en el parque con la señorita

—Señora —lo corrige mi marido, irritado.

Paso saliva ahí, en medio de ellos. La chismosa de Awdry asoma la cara por uno de los muros. ¡Agh!

—Lo lamento, señora. ¿Podría ver sus papeles?

—Ve por ellos, sabes dónde están, Desa —ordena Zakariah sin quitarle el ojo al oficial. Asiento y subo corriendo. Los encuentro. Bajo apresurada y parece que ellos ya hablaron. Ambos me observan, le tiendo lo que me pidió y mi tarjeta de residencia. Sonríe más conciliador.

—De acuerdo, todo está en orden. En cuanto sepamos lo que en realidad ocurrió se los comunicamos.

—Aquí estaremos —responde Zakariah, inmutable.

Se dan la mano y el hombre desaparece. Mi marido cierra despacio. Lo veo respirar hondo y gira estudiándome con atención.

—Vamos arriba.

—¡Ey! No vas a creer lo que dijo. Esa mujer lo quería obligar y… —despotrico enfadada.

Se detiene en las escaleras, casi chocamos.

—¡Un carajo! No te salvas ni a ti, pero andas por ahí metiéndote en líos que no te competen para salvar a alguien que no conoces. Eres increíble —gruñe con rabia.

Nunca lo he visto así. Retrocedo sin comprender, aunque cada una de sus palabras me duele por lo que significan.

—¿Salvarme? —logro decir, aturdida. Pero continúa su andar y no se detiene. Lo sigo hasta nuestra habitación y cierro la puerta—. Responde, ¿salvarme de qué?

Zakariah avanza hasta la ventana, se recarga en el marco abriendo los brazos para sujetarlo. Es tan grande, sin contar que a pesar del saco puedo ver ese cuerpo musculoso bajo su ropa. Mi estómago da un vuelco, lo deseo, pero en ese momento en serio que me siento herida.

—No debiste entrometerte —zanja sin verme—, cualquier mancha en tu expediente puede costar mucho por no ser de aquí.

—Entonces debía pasar de largo como todos y fingir que no ocurría nada.

—¡Es su madre! —gira colérico. Retrocedo pestañeando—. Es su madre y no tienes una maldita idea de qué ocurrió como para que interfieras.

—Nada la justifica —intento rebatir, aunque con poca convicción, porque puede tener razón, aunque no me parece la forma.

—No eres madre —dice a cambio. Mi boca se seca.

—Pero cuando lo sea no haré algo semejante —determino con pasión.

Riah me observa en silencio. Yo de un lado de la cama que se interpone entre ambos, él ahí, lejos.

—Céntrate en ti, ¿quieres? Busca en qué emplear tu tiempo.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que ocurrió? —pregunto perdida, apretando los puños, con la garganta atascada pero no sé llorar, además, no me agrada, así que solo lo miro a los ojos, esos que me impactan y encantan, pero que en ese momento parecen ajenos.

—Des —murmura conciliador, frotándose la cabeza—, solo ocúpate. Sé que te hará bien y evitaremos este tipo de situaciones.

Dicho esto, sale de la habitación. Permanezco ahí, suspendida. ¿Qué está pasando? No lo seguiré, no tiene sentido, él cree que lo que hice fue una insensatez.

Escucho el timbre y bajo, ya está mi marido ahí con el oficial. Este, al verme, sonríe relajado.

—Le decía a su esposo que le ofrecemos una disculpa —empieza. Ladeo el rostro, intrigada.

—¿Eso quiere decir que ya todo quedó claro? —deduzco.

—Sí, ya está el caso en las autoridades. La madre del pequeño acaba de pasar por un momento muy fuerte y necesita ayuda. Solo quería informarles. Le acaba de hacer un bien a ese niño sin pensarlo —explica para enseguida despedirse.

Zakariah no cierra la puerta hasta después de un tiempo en el que yo permanezco ahí, a su lado, esperando una disculpa, ¿quizá? Pero esta no llega, en cambio toma las llaves de su auto y solo dice:

—Nos vemos por la noche.

Y se va.

No sé qué hacer, cómo reaccionar ante su actitud, lo cierto es que me duele y me está lastimando.

3. Zakariah

Conduzco hasta el centro de la ciudad, aferrando el volante. Debí quedarme, decirle algo, lo que fuera, lo cierto es que desde que comenzó con el asunto de ser madre logró que todo lo que venía notando se evidenciara sin poder contenerlo.

Desa me embrujó, simplemente la vi en aquella fiesta de Erick, uno de mis socios, y no la pude sacar de mi cabeza. Lucía fresca, diferente a todo lo que hasta ese momento había conocido.

Existía y existe algo en su manera de mirar que me desafía, me reta y me llama, como si una parte de su ser me reclamara, una del mío también.

Aquel día iba enfundada en ese vestido veraniego, nada excéntrico, con su cabello castaño caoba, lacio, que caía por su espalda de esa manera que me mata. Fue algo insólito. Tomaba una copa de vino que el *bartender* me daba, giré y lo primero que vi fue a ella, que en ese momento exacto también miraba en mi dirección.

No tengo idea de qué pasó porque no pude quitarle los ojos de encima después de ese momento, aún ahora no lo logro.

Me acerqué notando su turbación, aunque también su intriga equiparable a la mía, mordía aquel vaso del filo. Sonrió como suele, al notar que ya estaba casi frente a ese cuerpo en el que me pierdo cada noche y que de no poder hacerlo, sé que no conseguiría continuar.

—Lo notaste, ¿eh? —dije como si fuese lo más normal del mundo.

—Tú también, ¿eh? —reviró de esa manera fresca y ligera que tiene.

Asentí despacio.

—Quizás podríamos comenzar… conociendo nuestros nombres —propuse estudiando sus labios.

Ya había bajado el vaso y solo pude pensar en sentirlos sobre los míos, casi hasta un punto en el que la excitación me delataría, esa que a duras penas logré someter pensando en pingüinos de la antártica jugando baloncesto y no, no es para reír, en realidad es un buen método que la verdad no empleaba desde la secundaria porque nunca volví a sentir esa excitación absurda, aunque ni entonces me atropelló de esa forma.

—¿Siempre te funciona esto? —preguntó entornando esos ojos sagaces que posee. Sonreí relajado.

—Tú dime, ¿funciona? —reviré sin soltar su mirada. Chispeaba de una manera tan absurda que me dejó atontado.

—Puede… —susurró evaluándome.

—¿Entonces? —pregunté aceptando el desafío impreso en cada una de sus delicadas facciones.

—Entonces, juguemos a adivinarlos y mientras tanto… ¿bailas? —propuso con las mejillas encendidas.

Le tendí la mano y nos encaminamos hasta donde los demás se movían al ritmo de la música. La tomé por su estrecha cintura con cuidado, midiendo su reacción y cuando la tuve adherida a mi pecho, todo lo que nunca había tenido sentido lo tuvo. Nos miramos sin respirar ahí, en medio de la gente.

—¿Debo asustarme por esto? —cuestionó con la voz pastosa, sin soltar mis ojos.

—Deberíamos —admití comenzando a mecernos con lentitud. Ese menudo cuerpo se

acopló al mío como si estuviese hecho para ella, para encajar en el mío en un círculo infinito.

—Richard —empezó sonriente.

Entendí de inmediato que era el juego que ideó para adivinar nuestros nombres. Negué. Y continuamos inmersos en aquello largo rato, riendo, hasta que su prima nos nombró al vernos juntos, acabando así con nuestra diversión.

Nada fue igual a cuando escuché cómo decía mi nombre en voz alta, con sus ojos clavados en los míos. Era como si viajara por su lengua y resbalara entre sus dientes con descuido y suavidad. Mi piel se erizó y mi entrepierna no pudo más, aunque logré ocultarlo gracias al saco.

Esa mujer fue mía justo ahí, en ese instante, pero ahora… ahora me agobia verla así, sin rumbo, sin metas o sueños, sin planes.

Sé que ella no es en lo que se ha ido convirtiendo este año. Sin embargo, aún recuerdo las palabras de su padre en vísperas de esa boda que selló su destino junto al mío.

«*Es mi hija y por lo mismo te digo que es un error. Ella no tiene rumbo y solo va por ahí sin sentido. De mi parte no me meteré, pero tampoco la apoyaré y menos daré un centavo más. Es su decisión, una muy estúpida, en la que el único perdedor serás tú.*»

Si lo hubiese tenido enfrente le habría dado de lleno en la cara. Lástima que vive en México y me fue imposible.

La veía danzar, reír, ser tan ella; fácil, sencilla, vibrante, sensual.

Ese día en la fiesta, después de conocer nuestros nombres, paseamos por los jardines de aquel lugar. Conversamos de cosas tan banales y absurdas, como interesantes.

Con ninguna mujer me había dejado llevar así, menos tan rápido.

Es terca cuando tiene un punto de vista y obstinada si lo desea. Eso lo descubrí apenas horas después de conocerla. Lo cierto es que yo también, así que no podía desagradarme. Las chispas entre ambos brotaban tan fuertes y fieras como en una fogata bien encendida.

Nunca deseé algo, nunca quise más de lo que ya he logrado, jamás me aferré a cosas sin sentido, pero con ella, con Desa, todo eso deja de ser y me somete.

La vi bailar al ritmo de la música que se escuchaba a lo lejos por aquellos jardines, con una flor en la mano que agarró por ahí, tarareaba la tonada alegre, y luego sonrió sin vergüenza al notar que la observaba.

Sabe moverse, tiene linda voz aunque no he vuelto a escucharla cantar nada como en ese momento. Es de risa fácil y de trato ni se diga; donde se presente agrada de inmediato. Es abierta, escucha, pero además, es hermosa, tiene un cuerpo pequeño que no puedo dejar de tocar, unos labios carnosos y delicados y una mirada seductora, es sexy, juguetona, divertida.

No me marché de esa fiesta hasta que todo terminó. Intercambiamos teléfonos y al día siguiente, como un adolescente cualquiera, le marqué nervioso.

Esa tarde la llevé al museo de Arte. Es curiosa hasta lo indescifrable y no salimos de ahí hasta que lo supo todo. Cuando íbamos rumbo a un sitio para cenar, ya anochecía, me detuvo en una acera y me observó fijamente.

—¿Me besarás o lo tendré que hacer yo? —dijo de pronto.

Me quedé suspendido, aturdido, cuestión extraña porque suelo ser quien comande las cosas, el que dirija, el que diga los cómos y cuándos, pero con Desa nunca lo he logrado.

Reí sacudiendo la cabeza al tiempo que se giraba para cruzar la calle. Sin pensarlo aferré su muñeca y la pegué a mí. Gimió al notar lo que hacía.

—Esto lo haremos juntos —declaré bajando hasta sus labios que ya estaban entreabiertos. De inmediato rodeó mi cuello acercando más su pequeño y delgado cuerpo al mío que se siente

monstruoso a su lado.

Nunca un sabor me invadió de esa manera. Sin remilgos lo profundizamos ahí, en plena acera, explorando con nuestras lenguas, jugueteando con ellas, adueñándonos así de nuestras esencias, de algo indescriptible. Eso no era solo química, lo sé. Su boca pedía más y yo quería darle todo.

—En serio no es normal esto —musitó sin aliento, aferrada a mis hombros, perdiendo su atención en mis rasgos, lamiéndose el labio inferior con suavidad.

—No, no lo es —acepté sin soltarla.

—Mejor —susurró riendo, con el cabello alborotado por el aire.

-*-

Pero ahora no sé, Kyroh, mi hermano dos años menor, insiste en que es una mujer típica y yo me niego a escuchar algo tan ridículo como machista. Lo cierto es que sus palabras de la última vez que tocamos el tema, porque lo tomé de la camisa, rabioso y le exigí que parara, resuenan con fuerza:

—Es una chica que no aporta nada, que no hace nada. Solo está gastando, sale con medio Chicago, come en los mejores lugares y vive a costillas de ti.

—Es mi mujer —gruñí por lo bajo, mientras revisaba personalmente un nuevo accesorio que estamos creando para maximizar el uso de agua residual y nieve, y así convertirlo en agua corriente.

—Y ¿eso quieres? La típica esposa. Creí que irías por más, no algo tan mediocre.

—Ya verá qué hacer, solo lleva un año aquí.

—¿Crees que no se ha adaptado? Por Dios, Zak, está más adaptada que tú y yo a esta vida. ¿Qué no lo notas? —refutó con hastío.

Lo miré dejando lo que revisaba del lado, rabioso.

—No es tu vida, Kyroh, es la mía.

—Y a su lado se irá al drenaje y por favor no me salgas con que es muy joven que eso ya lo hablamos. Serás el típico viejo con la típica mujer que solo vivió a tu sombra, que no sabe hacer nada salvo esperarte y fingir matar el tiempo.

—¿Eso qué tiene de malo? Medio América, o más, viven así.

—Tú no eres medio América, hermano. Tú eres un hombre inteligente y una mujer inteligente debe estar a tu lado, una a la que le puedas contar tu pasado, que te sepa entender, que comparta más que la diversión o buenos momentos.

—Deja esto en paz —rugí ya irritado, con advertencia.

Kyroh rio con cinismo.

—Te tiene endiosado con el sexo.

No pude más y lo tomé del traje, furibundo. Los empleados se alejaron de inmediato, pero él solo me miró, sin defenderse.

—Vuelve a hablar de ella de esa manera y te rompo la cara, me importa un carajo que seas mi hermano. ¿Entiendes?

—Lo último lo retiro, pero lo demás no —sentenció desafiante. Lo solté.

—No te metas con ella, no juego —le advertí caminando rumbo a la salida.

Después de ese esa discusión atípica, no volvimos a tocar el tema, pero a los días ella me comunicó su deseo de ser madre y entonces todo tronó en mi cabeza.

Comencé a observarla más; salía con su prima y amigos todo el tiempo, cuentas y cuentas de restaurantes, tiendas de todo tipo.

No ha hecho ni el menor intento por retomar sus estudios, o alguna otra cosa. Sé por Awdry que se despierta no tan temprano, hace ejercicio y sale más tarde para no regresar recurrentemente hasta el atardecer, cerca de la hora en la que yo llego.

Siempre luce impecable, a la moda, pulcramente maquillada, sonriente y la verdad es que no me había cuestionado nada sobre ella hasta ahora. Es una joven fresca, alegre, pero esa noche, cuando me lo dijo mientras acariciaba uno de sus pequeños senos, después de habernos saciado, campanas de alerta resonaron.

Desa no quiere un hijo porque su instinto materno se haya despertado, sino porque está aburrida, porque no sabe ni qué quiere de la vida y definitivamente bajo esos preceptos yo no tendré un hijo, ni siquiera con ella, así que por primera vez me encuentro yendo en contra de sus deseos de forma contundente.

Es mi adicción, no podría tenerla lejos, pero no por eso perderé la cabeza. No quiero una mujer así, y lo peor es que sé que ella no es esta joven a la que le pasan los días sin profundizar en nada, que gasta las horas en cosas superfluas, que no tiene una pasión, sueños, metas, que no desea más de la vida.

Siento tanto por ella, sin embargo, ahora me hace sentir enfadado, disgustado y hasta cierto punto desilusionado. No espero que sea quien no es y sé, que soy yo y mis expectativas, las que hablan, las que le riñen, pero me rehúso a que en esto se resuma su vida, la nuestra.

No me arrepiento de haberme casado y aunque soy consciente de que no fue la forma más inteligente, que quizá si le hubiese dado tiempo a la relación, es muy probable que no hubiese avanzado, me niego a darle cabida a esa idea porque algo adentro me dice que está en un letargo, que es ella la indicada.

No me habla mucho de su familia. De su niñez o adolescencia conozco algunos detalles porque de pronto saca cosas a colación. Lo cierto es que no la presiono porque yo tampoco aún me siento listo para abrir las heridas del pasado, de hablar sobre cómo fue que mi madre, Kyroh y yo logramos salir adelante. La desesperanza en la que crecí y lo difícil que fue.

La verdad es que no deseo que me vea de otra manera. Ansío que siga mirándome así como lo hace y eso tampoco ayuda. La realidad es que evadimos ahondar y no veo con esa actitud tan superficial que maneja, cómo cambiarlo, cómo ir más allá y abrirnos, ambos.

Llego a la empresa, estaciono el auto y solo pienso que si pusiera la misma pasión que puso para defender a ese niño, o cuando estamos juntos, en algo que le diera algo más que diversión a su vida, quizá podamos conectar de otra manera, no solo en la cama, por la noche.

4. Desa

Me doy una larga ducha y luego de comer algo, escucho que llega Missy, la habían llevado a su aseo en la estética. Jugueteo con ella y después me marcho.

Conduzco sin rumbo por un rato. Me detengo a un par de calles de donde mi prima vive. Quedamos en ir a una clase de pilates, ya casi es hora.

Ella eligió no estudiar una carrera universitaria, cosa que a Lula no le hizo gracia, aunque la dejó igual. Ahora es instructora de yoga y *coach* de alimentación saludable, de lo cual ha tomado ya varios cursos. No le va mal y de hecho con ello pudo mudarse a un pequeño apartamento en un barrio mediano de Chicago.

Aferro el volante desorientada, abro la ventana deseosa de aire, dejando caer la nuca sobre el respaldo…

Algo está pasando, algo no va bien y lo siento hasta en los huesos. Esa misma sensación que me acompañaba en México regresa. Estoy perdida. Respiro con fuerza con la vista fija en el cielo que se logra ver a través del vidrio en el techo.

Zakariah se aleja, lo percibo con una claridad que me aterra y lo peor es que sé lo que desea de mí, pero no tengo idea de cómo dárselo porque nunca he sido diferente.

Creí, todo este tiempo, que así como soy lo hacía feliz, que le era suficiente. Pero no, quiere más y no mentiré, yo también, a esto no se puede reducir el vivir.

Es como si flotase todo el tiempo, ni subo, ni bajo, ni voy más rápido, ni más lento… solo voy así, viendo como todo va pasando y a pesar de que durante estos meses ya no lo había sentido, ha vuelto y es como si él lo supiera y eso me duele aún más, porque buscará en mí algo que no soy, que no podré ser, me dejará de querer y dejaré de importarle…

En medio de esos lamentables, aunque ciertos pensamientos que rebotan en mi cabeza con un eco aberrante y doloroso, escucho algo que mis oídos hacía tiempo no escuchaban: una guitarra. Toca algo de… *Rolling Stones*, si no me equivoco.

Apago el auto en esa calle poco transitada y desciendo, intrigada, dejándome llevar por el sonido. Tiene algo que me llama, me jala y yo… hace tanto tiempo que ni siquiera toco la mía que eso provoca que mis dedos cosquilleen.

Camino ansiosa, doblo la esquina de una construcción que aún no terminan y me detengo. Un chico rubio, delgado, toca sobre una mesa de concreto. No avanzo, de hecho me escondo tras el muro que nos separa.

Lo escucho recargando mi peso y cabeza sobre el ladrillo. Pierdo la vista en el cielo y permito que esa música entre en mí, recordando cómo es que se sienten las cuerdas bajo mis dedos, cuando vibran y producen ese sonido.

Sonrío sintiéndome más serena.

Se detiene y mi letargo regresa. Me asomo con sigilo. Ya hay un par de niños sentado a su lado, sonrientes, él les devuelve el gesto y toca de nuevo, ahora algo de *Pink Floyd.* Recuerdo muy bien cómo se toca.

Me recargo de nuevo en mi escondite y me dejo llevar por el sonido. *Another brick in the Wall* es una canción con fuerza, me gusta.

Permito que mis pensamientos se eleven y enreden en todo aquello que me genera angustia, los estruja y envuelve, logrando de alguna manera que se sientan menos dolorosos, pesados.

Me rindo ante la tonada, luego viene otra y otra. Minutos o quizá una hora después, dejo de escuchar y entonces me asomo con un poco de angustia, ya no está. Soy consciente de cómo la decepción se aloja en mi pecho.

Me paso una mano por mi larga melena. Hacía tanto tiempo que no sentía eso: esperanza. Pierdo la vista en las nubes pero mi celular suena y me saca de ese momento íntimo, donde sé que puedo encontrarme y, aun así, respondo. Es Camila. Tengo un par de mensajes de Graco también.

Enciendo la camioneta y me marcho no sin antes fijarme en la hora, necesito volver a escucharlo.

El día pasa entre una clase que tomo con mi prima, después ella continúa con sus citas y yo me voy almorzar con un par de amigas que tengo gracias a Camila. Compro algunas chucherías que en realidad no me hacen falta y más tarde termino caminando en un parque grande, muy cerca del zoológico que visité junto a él cuando salíamos y que después yo regresé varias veces, ya perdí la cuenta.

Necesito pensar y deambulo por ahí sin percatarme de la hora, al final regreso a casa un poco desanimada. Aún no me recupero del silencio con el que me dejó Riah por la mañana, sin embargo, no lo evitaré por ello, no soy así.

Missy me recibe como siempre: moviendo su colita, ladrando excitada. La cargo sonriendo.

—¿Cómo te portaste?, ¿eh? ¿Cómo? —le pregunto con tono aniñado.

—Mal, no hace en el jardín sus necesidades y mordió un sillón de abajo. Necesita que alguien le enseñe, señora —interviene Awdry, que aparece de pronto. La miro sin inexpresiva.

—Yo le enseñaré —repito.

Ya lo he dicho en otras ocasiones, pero la verdad es que no lo he hecho. Paso mis días afuera y eso provoca que Missy esté mucho tiempo sola y haga desastres.

La puerta se abre, ambas giramos. Missy se pone como loca, sabe que es él. La debo dejar en el suelo porque está tan obsesionada con Riah como yo, esa es una dolorosa realidad. Su traje impecable contrastado con ese pequeñísimo aro en su oreja que siempre me ha alucinado, su gesto serio. Es alucinante.

La toma en brazos y le hace un par de caricias, no sin antes examinarnos.

—¿Pasa algo? —desea saber.

No es el recibimiento habitual, debo aclarar. Cuando llega a casa, yo bajo enseguida y si no me cuelgo de él para besarlo con pasión, aparezco con coquetería y lo estudio de arriba abajo mordiendo mi labio, sabe que lo deseo. Me esmero en estar presentable: una ducha, un lindo atuendo, maquillada. No el desastre que soy hoy.

Lo observo sin moverme, neutralizando mis sentidos pues despiertan con tan solo tenerlo cerca.

—Buenas noches. Le decía a la señora que Missy cada vez se porta peor, no entiende y desde mi parecer le faltan límites —dice Awdry con tono relajado, pero evidentemente acusador.

No necesito esto hoy, así que tomo a Missy de los brazos de Riah, le doy un beso en la mejilla y subo las escaleras, ¡qué se vaya a la mierda esa mujer!

Dejo a la perrita en el piso de mi habitación mientras busco qué ponerme. Él abre y cierra en silencio, me observa y todo se detiene.

—Ven aquí… —dice con autoridad. Me quedo suspendida, con un vestido en la mano, pero sé que pierdo la batalla cuando sus dedos se enroscan en mi cintura y soy consciente de cómo absorbe mi aroma.

No lo resisto, volteo buscando esos labios que me enloquecen.

Enseguida me recibe y me alza para enredar mis piernas en torno a su cintura, envuelta en la pasión que me provoca. Se separa un poco después de unos segundos en los que su lengua y su sabor se enredan en mi voluntad. Me contempla serio, aunque con el mismo deseo que yo.

—Este saludo me gusta más —asegura acariciando mi rostro mientras camina rumbo a la cama conmigo a cuestas.

Sonrío y vuelvo a besarlo al tiempo que le desanudo la corbata.

—Entonces digamos «hola» los dos, Riah —lo desafío olvidando todo lo ocurrido las últimas horas.

Me deja sobre la cama, de pie, y me quita en un santiamén lo que llevo puesto. Enseguida me agacho solo un poco y lo beso de nuevo. Lo necesito a pesar de sus palabras, de lo que he venido sintiendo, de lo que se abre dentro de mí.

Me observa alejándose un poco, como suele, de arriba abajo, deteniéndose en algunas zonas. No me amedrento y aguanto su escrutinio con nuestras manos entrelazadas, luego clava sus ojos en los míos, férreos. Mi piel se eriza.

Se quita la ropa sin aguardar más, ahora es mi turno y lo estudio con mirada atenta. Lo hace lentamente y es que tiene una manera de moverse asombrosamente segura, pausada. Su ancho tórax, su abdomen marcado, sus brazos fuertes, el asombroso tatuaje tribal, y todo él queda expuesto.

Sonrío satisfecha.

Me toma por la cintura acercándome, no tardo nada en encontrar sus labios y lo ataco con fiereza, con exigencia. Responde con la misma vehemencia, un segundo después me recuesta en la orilla del colchón, toma mis piernas con decisión y hunde su rostro en mí sin permitirme siquiera registrarlo.

Dejo salir un grito ahogado al sentir su posesión despiadada, ansiosa. Llego al orgasmo casi enseguida, agitada, pero no logro ni abrir los ojos cuando ya lo tengo dentro invadiéndome de un solo movimiento.

Sonrío aún atolondrada y encajo las uñas en su ancha espalda. Como siempre sostiene su peso para no dañarme, pero va rápido y yo siento que explotaré, estoy en mi límite y lo sabe.

Besa mi cuello, mi rostro, busca mis labios, se los cedo y jadeo mientras se adentra aún más. Es aniquilante esa manera que tiene de adentrarme en ese mundo rojo, lleno de placeres y sentimientos enérgicos, profundos.

De pronto gira y quedo arriba. Sonrío. Él solo me observa con las pupilas dilatadas. Es en esos momentos cuando las palabras y diferencias se pierden, bailamos al mismo son, con la misma tonada que ese aniquilador deseo nos marca.

Con todo el cabello cubriendo mi pecho, mis hombros, me muevo. Sujeta uno de mis senos envolviéndolo con toda su mano, masajeándolo, reclamándolo, pellizcándolo y con la otra busca mi centro.

Nuestras pieles contrastan tanto como nuestro tamaño, pero eso no importa, solo ese instante arrollador. Me arqueo gimiendo porque es imposible contener todo lo que me hace sentí y continúa moviéndome.

No puedo más, siento que explotaré, el calor sube hasta mi rostro, me contraigo dejando salir un grito que se une al suyo, gutural. Aferra mi cadera y nos unimos más profundamente. Se sienta, me aprieta a él y logramos llegar agitados, con el pulso desbocado.

Cuesta muchísimo respirar, me encuentro laxa, agotada. Riah no me suelta y eso permite que me abandone por completo. Su potencia me arrasa, su fuerza me aniquila y su bravura me

enloquece. Zakariah es lo único que quiero, lo tengo tan claro como el hecho de que no podría jamás sacarlo de mi vida.

-*-

Aún sudorosos busco su mirada. Acaricia mi espalda mientras permanezco desnuda sobre él, unidos. Todo fue tan arrebatado que gemir y gritar fue algo que no pude contener. Me besa en el acto de una manera serena.

—Sé que me dirás algo sobre Missy —hablo despacio. Ya hemos discutido sobre eso también un par de veces, me resisto a un entrenador pero no hago nada para enseñarle, lo cierto es que él no está gran parte del día y no podría colaborar, aunque asombrosamente cuando se encuentra en casa ella se comporta.

Suspira y besa mi hombro quedándose ahí más de un segundo.

Pestañeo, aguardando.

—Creí que te haría de compañía, no quería darte una carga, Des —habla al fin. Siento un inexplicable nudo en la garganta al escucharlo. Me baja con cuidado, besa mi frente y va al baño. Permanezco ahí el tiempo que le toma regresar.

—No es una carga y sí me acompaña —reviro al verlo acercarse.

Desnudo es colosal y pensar es tan difícil como buscar colores en una habitación a oscuras. Ya saben, no se puede. Se sienta al lado de donde me encuentro de pie, toma mi cintura y me acomoda sobre sus piernas, acaricia mi muslo despacio, luego deja pasear su fuerte mirada por todo mi cuerpo expuesto hasta llegar a mis ojos, donde se detiene.

—Si no la quieres aquí, solo debes decirlo. Le puedo buscar otro lugar —murmura conciliador. Me intento levantar negando, lo impide.

—Qué sí la quiero —repito frustrada.

—Missy pasa todo el día aquí, sola. No puede aprender de esa manera.

—Ya lo sé —admito—. Pero no puedo quedarme solo porque está ella —me defiendo.

—No es eso lo que estoy diciendo. Tiene menos de un año, es ahora que necesita aprender.

—Veré videos, preguntaré a un entrenador.

—No, Desa —zanja serio. Arrugo la frente sin comprender.

—¿No qué?

—No más promesas. No más —determina. Me incorporo de golpe, turbada.

—¿Qué quieres decir? —replico cruzando mis brazos. Niega y me pasa la camiseta blanca que llevaba puesta, la tomo de una pero no me la pongo, aunque él sí el bóxer.

—Ponte eso —exige.

—No.

—Póntelo, Desa, no hablaremos así —ruge irritado luchando contra su instinto y no verme.

—Dime, ¿cuáles promesas? —insisto. Se aleja y me da la espalda.

—Tus estudios, ¿cuenta como una? —dice sin verme.

OK. *OK*.

Me visto sintiendo ácidos jugar en mi esófago y me la pongo.

—¿A ti qué más te da eso? —me defiendo posándome frente a él. No puedo hablar así, necesito verlo. Se cruza de brazos sin expresión en ese rostro que parece esculpido en piedra.

—¿Quieres ser madre y no puedes educar un perro?

—¡No sigas! ¡Ya entendí que tú no quieres tener hijos! Un perro no es lo mismo —

argumento—. Y la universidad tampoco viene al cuento. ¿Qué mierdas te pasa? —rujo.

Me observa lo que parecen horas, desde ahí, desde su altura que me taladra y me hace sentir mínima.

—Pasa que no sé qué esperas de tu vida y definitivamente así no veo como podamos hacer planes.

—¿Qué quieres decir?

Me tiembla el labio ante lo que escucho.

—Quiero decir que planeas pasar de esta manera despreocupada el resto de tu vida, sin responsabilidad, sin asumir nada, sin buscar más de ti.

Mi mundo explota ahí, justo en ese momento.

—Creí que… te hacía feliz, que… era lo que esperabas —susurro desconcertada y triste, pero intento no mostrarlo, tragármelo como suelo.

—Me haces feliz, pero la pregunta no es esa, Desa.

—¿Entonces? —lo insto a decirlo.

—La pregunta es… si a ti te hace feliz esto, las horas, los días que pasan, si quieres esto el resto de tu vida —murmura despacio, pero con decisión. Respiro con dificultad.

—Soy feliz… a tu lado.

—No me refiero a cuando estamos juntos, sino cuando no lo estamos. Soy tu esposo, tu pareja, pero no soy tu vida… ¿Qué planes tienes? ¿Qué proyectos? ¿Algún sueño?

—Yo… yo… ¿Sabes? Puedes simplemente decirme que no estás seguro del paso que diste, que no estás a gusto a mi lado, que prefieres…

—¡No te atrevas a seguir diciendo tonterías! A diferencia de ti, sé lo que quiero. Cada cosa que he conseguido la he ganado y no pienso dar marcha atrás. Eso definitivamente aplica a ti más que a cualquier otra cosa. Así que no intentes cambiar el sentido de lo que digo —ruge acercándose, fiero.

Cierro y abro los puños, respiro agitada, mirándolo fijamente, pero asustada, muy asustada. Siempre me siento en el límite de un precipicio, pero el miedo me detiene y no puedo ni siquiera abrir los brazos y disfrutar el aire en mi rostro, en mi piel, el sonido del silencio, la adrenalina de estar justo ahí, o aventarme, lo que sea menos quedarme ahí, suspendida sin avanzar.

—¿Qué quieres de mí? —lo cuestiono al fin, con un nudo enorme en la garganta.

—Qué avances, qué elijas, qué pongas esa pasión que tienes por dentro en algo que te haga feliz, que te llene.

—¿A ti qué más te da? —lo enfrento como suelo ante ese tipo de conversaciones. Da otro paso hasta mí. Acuna mi barbilla y se agacha para quedar más cerca.

—Sé que no me equivoqué, sé que hay más de ti que esto, Desa. Yo no quiero una niña o un adorno a mi lado, sino a una mujer, deseo que seas tú esa mujer.

Besa mi frente y entra al baño.

De todo lo que acaba de decir y hemos discutido hasta este día, esto es lo que más hondo ha calado.

Deseo salir de ahí corriendo, gritar hasta sacarlo de ese maldito lugar y me repita lo que acaba de decir. En cambio, me visto nuevamente y bajo con Missy en los brazos.

Aparece unos minutos después recién duchado, con ropa más cómoda. Awdry nos sirve en silencio, ninguno habla durante la cena. Eso es raro porque suelo no darle tregua y él responderme si bien no como un perico parlanchín, sí con algo más que monosílabas.

—Tienes un mes para hacer algo respecto a Missy o se irá —dice cuando estamos solos y

ya casi terminamos nuestros platillos, esos que Awdry decide, como todo ahí.

Lo miro arrugando la frente.

—Es mía, no puedes decidirlo así —ataco. Se limpia de forma elegante. Sus movimientos siempre son tan pausados que me encuentro con frecuencia embrujada.

—Puedo —me contradice metiéndose otro trozo de su filete a la boca.

Dejo mi cubierto en protesta.

—No, no puedes. Esta también es mi casa, ella es mía y tú no puedes castigarme como si fuese una niña —objeto con seguridad, aunque profundamente turbada.

Alza sus ojos oscuros y los clava en los míos, inescrutable.

—Cuando te comportes como la dueña de todo esto. Cuando te asumas como una mujer. Cuando te hagas cargo de tu vida. Entonces… decidirás. Mientras tanto, tienes un mes —sentencia sin remordimientos.

Abro la boca atónita.

—¿Qué pasa? En serio no lo entiendo —le hago ver sin encontrar ni pies ni cabeza a todo esto—. Ya entendí que no quieres un hijo, sé que lo de la mañana te molestó y…

—No, no me molestó —me corrige por lo bajo y deja también de comer. Su quijada ahora está tensa—. Me revienta que un policía llegue hasta mi casa con mi mujer. Eso. Y te advierto, no quiero una cosa como esas nunca más —ordena y se lleva a la boca unos espárragos.

Me levanto ofuscada.

—¿Qué no escuchaste? No tuve nada qué ver. Solo ayudaba a ese niño.

—Ayudas a un niño que no conoces, del que no tienes idea de sus circunstancias… ¿Te aplaudo? —pregunta alzando una ceja.

Noto de forma aterradora como en nuestra relación van apareciendo grietas, grietas que no estaban hace unos días siquiera, o que por lo menos yo no había notado.

—Hice lo correcto —contesto, de pie, mirándolo con fijeza, pero temblando por dentro.

—No voy a discutir, ya dije. Missy se va en un mes si no cambia su actitud.

—¿Y yo? ¿Cuándo piensas echarme, Zakariah? —lo cuestiono rabiosa. Sonríe con cinismo.

—No seas dramática.

No puedo creer su actitud, no lo reconozco.

—Haz lo que quieras, es tu casa, es tu perro al final, tú eres el que manda —lo embisto girando con la idea de mandarlo a la mierda y dejarlo ahí comiendo solo. Pero se yergue y me detiene por el brazo, contenido.

—Y tú mi mujer, debes ocupar ese puesto, Desa. Pelea de la manera correcta para que las cosas sean igualitarias.

No comprendo muy bien eso, pero me zafo de un tirón.

—Tú no debes ser nada para ocupar ese lugar en mi vida, aunque ya veo que yo sí —rujo y me alejo con las terminaciones disparadas.

Subo hasta esa habitación en la que quedaron cosas como mi guitarra, donde está mi laptop y aparatos que poco uso, pero que son de última generación. Hay dos sofás, un televisor enorme y libros, varios libros que no me he molestado en siquiera saber de qué van.

Abro el closet y la veo, está en su estuche. De inmediato recuerdo al chico de la mañana, la sensación, la nostalgia. Acaricio la piel que la cubre. No me atrevo a sacarla, no podría tocarla, menos arriesgarme a que me escuche y me critique por no ser buena, o lo vea como un hobby absurdo.

Me siento frente a la computadora, busco en mis canciones y doy con aquella que tengo

desde hace tantos años y que no había vuelto a escuchar desde esa ocasión, cuando la compuse. Mi maestro me ayudó a grabarla y recuerdo que cuando se la mostré a mi madre, me palmeó el brazo y se distrajo con algo más importante que eso. Ese día la guardé en la computadora y nunca más volví a escucharla.

Me pongo los audífonos, el sonido de la guitarra entra en mi piel, en mis oídos, en mi mente. Cierro los ojos, recuerdo bien lo que se siente, lo que me genera.

Decepcionar, no ser lo más importante, ser reemplazable, ha sido una constante y quizá eso también ya llegó hasta Zakariah. Lo cierto es que no imagino una vida sin él, no quiero, pero siento que me orilla a dar un paso que me aterra, que aguarda que lo haga y, por otro lado, que si no lo hago, lo perderé.

Cierro mis ojos buscando evadir cualquier sensación. Sé hacerlo. La última vez que lloré y me di cuenta de que era absurdo, fue en el festival de madres cuando tenía nueve años; me colocaron como la principal para cantar. Mi mamá nunca llegó.

Al acabar me encerré en un baño y no salí hasta que una de mis maestras me sacó. Los niños ya se habían ido pues ese día nos dejaron salir temprano. Magno llegó por mí varias horas después que permanecí en la dirección, ya sin lágrimas. Mi madre había tenido otra cosa que hacer y había olvidado el evento, cuestión rara porque con Graco o Alina, jamás ocurrió.

Entender que no eres importante, que por mucho que te empeñes jamás serás alguien para quienes lo deseas, me costó gran parte de mi autoestima y seguridad. El resto de la primaria saqué medalla honorífica, fui la mejor pese a hacer mis tareas sola, o con ayuda de mi hermano, pese a que mamá no tenía mucho tiempo para cualquier cosa que fuese referente a mí. Y es así como en secundaria comencé a reprobar y me di cuenta de que tampoco así llamaba su atención, por lo que… ¿para qué esforzarme?

Siento su mano en mi hombro, giro al tiempo que cierro la computadora y me quito los audífonos.

—Desa… No te presionaré, tienes tu tiempo y lo respeto —habla con suavidad. Lo observo desde mi silla durante varios segundos, en silencio.

—Si no soy lo que…

No termino porque ya está en cuclillas, besándome.

—Sh, vayamos a dormir. Acabemos con este día, ¿sí?

—Riah, espera —lo detengo cuando avanza con sus dedos entrelazados con los míos. Se voltea para escucharme, luce cansado.

—Dime por qué siento que todo se está desmoronando —pido con temor. Me observa de forma incisiva.

—Yo tampoco quiero estar discutiendo.

—Pero no deseas que las cosas sean como antes, como hasta hace unos días.

—Solo si tú lo quieres —confiere con suavidad.

La casa está en penumbras noto ahí, a un lado de la puerta.

—No sé qué quieres o esperas de mí —admito agobiada. Acaricia mi rostro con cuidado, como si fuese a romperme. Cuando hace eso siento que levito, noto su inseguridad por el tamaño que tiene, es como si de verdad creyera que puede romperme si no mide sus movimientos.

—Nada, Des, nada. Vamos a dormir —insiste y me dejo guiar.

Sé que miente, pero no me siento tan valiente en este momento como para comenzar de nuevo una confrontación.

—Quisiera ser eso que esperas que emerja de mí, Zakariah —susurro cuando me meto bajo las cobijas después de darme una ducha rápida. Me observa durante un segundo en silencio,

apretando la quijada.

—Buenas noches, Desa —solo dice y besa mi cabellera con suavidad.

—¿No hablaremos? —comprendo. Suspira.

—Tengo que revisar esto y solo… no le veo sentido.

—¿Qué si no soy lo que esperas, si no soy eso que piensas que soy? —pregunto agobiada.

Se pasa una mano por su rostro oscuro.

—Entonces… todo será como es… —repone con simpleza, aunque noto que no le hace feliz. Asiento.

—No hay más en mí, Zakariah, esta soy yo —aseguro volteándome para darle la espalda. No quiero leer la decepción en su rostro al escucharlo, al aceptarlo.

-*-

Por la mañana me doy una ducha rápida. Dormí más de la cuenta y me entra la angustia de que ese chico toque ahí por pura suerte y yo no esté gracias a mi pereza. Necesito escucharlo. Salgo como si el mundo fuera a consumirse en llamas sin avisar. Al bajar beso a Missy y le advierto que las cosas deben cambiar.

Llego y no escucho nada. Dejo salir un gemido decepcionada y enseguida la angustia se aloja en mi garganta. Es absurdo pero real, muchísimo. De pie ahí, en la barda que me oculta, decido que después de quince minutos ya fue suficiente.

Es en ese momento cuando suenan aquellas cuerdas y mi mundo vuelve a girar. Dejo salir un suspiro y sonrío sintiendo paz, paz que no suelo experimentar porque mi cabeza es un torbellino que nunca para.

Me dejo caer permitiendo que me arrastre el hermoso sonido. No es profesional, eso lo sé, aunque bastante bueno, pero esa canción de *REM* es perfecta. Escucho varias más y al final me siento relajada, con nuevas ganas, con una sensación de inquietud pero distinta.

Me asomo apenas, él está ahí. Su guitarra descansa en las piernas de una pequeña de piel oscura y cabello bien rizado, le enseña y ella sonríe. Lo observo a hurtadillas. Es muy guapo aunque no mi tipo, pero el hecho de que toque me hipnotiza.

En cuanto subo a la camioneta mi teléfono suena, yo me siento aún ajena. Es Camila. No le respondo, debo buscar ayuda con Missy, no quiero que se vaya de casa. Encuentro un sitio donde dan asesoría en el navegador. No está muy lejos así que decido averiguar, mientras tanto encuentro algunos *podcasts* sobre adiestramiento canino. Voy escuchándolos al tiempo que conduzco. No sé por qué me siento optimista, revitalizada.

En el lugar me venden algunos accesorios, además queda en ir al día siguiente ese chico tan amable para que paseemos a Missy y detectar sus fallos, de ese modo pueda indicarme qué hacer al respecto.

La esposa de un amigo de negocios de Zakariah, Leila, me marca. Había olvidado por completo que almorzaríamos. Llego retrasada. Ella y las otras mujeres, que deben tener unos diez años más que yo, conversan sobre sus hijos y problemas en el club, la servidumbre.

Solo una, Rowe, que tiene la tez tan perfectamente bronceada como Riah, no tiene hijos, es pintora y nos llevamos seis o siete años. Ella va a las reuniones por alguna razón que desconozco. No encaja, pero ríe mucho y parece que se divierte. Son agradables, así que enseguida me integro disculpándome, le restan importancia y reímos por algo que dice una de ellas sobre las presiones constantes.

—¿Y ustedes para cuándo? —me pregunta Leila, sonriente. Se refiere a hijos. Intento

ocultar lo que me genera el tema, lo que ha roto entre Zakariah y yo el mencionarlo. Sonrío fingiendo.

—Quizá después, un año es muy poco. Hay cosas aún que queremos hacer —miento tomando un sorbo de mi café. Rowe me observa recargando el codo en la mesa, tiene una melena bien rizada que me alucina y esas facciones gruesas pero hermosas de mi esposo.

—¿Cómo cuáles? —indaga serena.

Mi boca se seca, pestañeo sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, no sé. Tengo veintidós, quizá…

Los cumplí un mes atrás. La verdad fue uno de esos días que no podría olvidar a su lado, sobre todo la primera parte. Zakariah se tomó el día libre y, después de darme un juego de collar y brazalete —que guardo junto con el resto— cuando me encontraba completamente desnuda sobre su regazo, ingiriendo ese desayuno que preparó a conciencia y que subió a nuestra habitación una vez que me despertó con caricias, elegí ir a andar en bicicleta alrededor del parque Milenio.

Reímos bastante, almorzamos en un sitio cercano, visitamos el planetario, pero para la noche ya había otros planes: una cena deliciosa en un restaurante lujoso.

—¿Estudiabas en México? —pregunta trayéndome de vuelta, evaluándome.

—Sí… pero no es algo que me gustara.

—¿Y qué sí te gustaría, Desa? —desea saber. Las otras dos me observan sonrientes.

Algo dentro de mí se altera ante ese interrogatorio, no me agrada. Juego con mi nieve que casi se derrite. La voz de Zakariah penetra en mi cabeza, las palabras dichas últimamente.

—No lo sé.

—Desa, tranquila. Estás casada con Zak, puedes hacer o no hacer nada y está bien. Qué más da, luego vendrán los bebés y la vida será una revolución, disfruta ahora que puedes, además, él te idolatra, se ve que es feliz contigo.

La escucho y asiento sin alegría. Rowe me ve de una forma extraña.

—Claro, él es muy feliz contigo, no pasa nada —susurra dejando pasar el momento, pero sé que hay algo en sus palabras. Qué pasa con la gente.

Después de eso me voy directo a casa, escucho un rato la canción del día anterior y luego decido que es tiempo de estar con Missy. Busco su correa por todos lados, no la encuentro. Bajo con ella siguiéndome.

—Awdry, ¿dónde está la correa? —pregunto sin amabilidad. Deja de mover algo en la cacerola y me observa con la ceja enarcada.

—¿La necesita para algo? —se burla. No caigo en su provocación y me cruzo de brazos.

—No tengo que darte explicaciones, dámela por favor —exijo seria, harta de permitirle amedrentarme o yo, por no buscar problemas, evadirla.

De pronto ya hay cosas con las que no deseo seguir lidiando. La mujer se mueve con hastío hasta uno de los cajones y la saca, pero no se acerca. Me adelanto y se la quito.

—Gracias —solo digo, me agacho y después de mucho luchar con la inquieta de Missy, logro ponérsela.

—Nunca ha salido con ella, además el señor no debe tardar —dice como por casualidad.

—Bueno, pues lo atiendes, que se te da tan bien, no creo que tengas problemas —replico alejándome. De pronto me regreso y alzo la tapa de la olla, veo lo que hay dentro—. Ya te había dicho que no me gusta el espagueti blanco. No vuelvas a hacerlo.

—El señor no me ha dado instrucciones de lo contrario —rebate. Tapo la cacerola y la enfrento. Es un pelo más alta que yo y más ancha, cosa no tan complicada porque si bien no soy

tan bajita, sí muy delgada, pero esta vez no deseo que pase sobre mí.

—Bueno, pues yo soy la señora y te digo que no lo vuelvas a preparar.

—Lo siento, *señora* —noto un dejo de sarcasmo—, pero él me contrató, de él recibo las órdenes —contradice con orgullo. Asiento y veo como Ela, la otra mujer que nos ayuda en casa, niega mientras acomoda unas copas.

—No me importa. Te estoy pidiendo algo de *mi* casa y quiero que se haga.

—Si el señor no está de acuerdo con el menú de la semana me lo dirá.

—¿Cuál menú de la semana? —pregunto desconcertada.

La mujer ríe, socarrona.

—El que le llevo entregando desde que trabajo para él.

—Pues quiero revisarlo yo de ahora en adelante —le informo.

—Mire, esas cosas discútalas con su marido, yo hago lo que se me ordena y nunca me dijo que hacerle caso era parte de mis quehaceres, de todas maneras nunca está y ya bastantes diferencias tienen —dice con simpleza y vuelve a su labor.

Mi boca se abre asombrada, vencida jalo a Missy. Un puntapié me provoca darle, pero no ganaré nada, sino verme como una chiquilla y sacaría de mí esa parte que justo busca. No, no le daré el gusto.

Durante el paseo Missy es un desastre y yo no tengo corazón para regañarla, pero al final, después de unos diez minutos parece feliz disfrutando de la caminata.

Cuando vamos de regreso a casa, anoto mentalmente el llevar una bolsa de plástico para levantar sus graciosidades que por cuestión divina nadie nota, pero que me hacen morir de vergüenza haberlas dejado. Luce cansada y camina más lento, para ese momento la riña con Awdry dejó de importarme, aunque no pienso continuar así.

—Anda, no seas perezosa, no te cargaré. Ahora que llegues te comes las croquetas y a dormir, señorita —le digo riendo a lo que Missy solo responde con un ruidito quejoso y la lengua de fuera.

Sí, le hace falta mano dura, salir, y compañía.

En cuanto entramos, la suelto y se va corriendo hasta su agua, imagino. Sé que Zakariah ya está aquí, su auto se encuentra donde suele dejarlo. Viene saliendo de la cocina, nota a la perrita pasar acelerada, arquea una ceja.

—¿Qué ocurrió? —quiere saber intrigado pero claramente alegre, vestido con vaqueros gastados y camiseta.

—Es una quejosa, eso pasa —murmuro al tiempo que dejo la cadena en el perchero. Me rodea por detrás y besa mi cabello, me giro y busco sus labios al tiempo que me alza y yo enredo mis piernas en su cintura.

—Dale tiempo, no está acostumbrada —susurra contra mi boca, cariñoso, dulce.

—Lo sé. ¿Tienes hambre? —pregunto rozando su nariz con la mía. Se siente tan bien tenerlo de nuevo así, cerca, no como los últimos dos días.

Pincha mis costillas, suelto una carcajada.

—Te mostraré —y sube conmigo a cuestas.

Cierra, huyo y me alcanza mientras suelto una carcajada, él también, al tiempo que nos besamos. No perdemos tiempo, yo estoy ansiosa, es como si no lo hubiese tenido en días. Me baja los pantalones y las bragas, yo le ayudo sacándolos por mis pies. Enseguida hago lo mismo con los suyos, sonríe complacido.

Me carga, enredo mis piernas y entra en mí de un jalón. Jadeo ahogadamente sobre sus labios exigentes que rugen. Siento mi espalda adherida al muro que está al lado de un sofá, sus

embestidas potentes ajustarse a mi deseo por tenerlo lo más profundo que me sea posible.

Es arrebatado, escandaloso, al final no puedo más y exploto pues el calor me invade tanto como su ser y no puedo pensar. Se deja ir y sé que los dos culminamos a la par. Sonrío lánguida, satisfecha.

—Esto fue intenso… —susurro aun con las pulsaciones alocadas.

No es la primera vez que la pasión nos somete, de hecho suele ser común, pero no deja de asombrarme mi necesidad por él, por sentirlo unido a mí y así explotar de su mano. Me besa con posesividad, mientras acaricia mi rostro y hace a un lado mis cabellos.

—Esto somos nosotros, Des —asegura besándome de nuevo, ligero.

Cuando bajamos a cenar, Awdry me observa con ojos felinos. Cree que, como las otras veces, me quedaré callada, pero se equivoca y está por verlo.

—Riah, no sabía que existía un menú semanal —señalo haciendo a un lado el espagueti.

No lo tolero, me trae recuerdos tristes.

Hace muchos años, quizá doce, no lo sé, mi madre sacó los sobrantes de la semana para comer. A cada uno le dio algo diferente. Por supuesto la única que no pudo elegir fui y yo y me tocó el espagueti blanco que, para ese entonces, no aborrecía como ahora. Le di el primer bocado y me supo raro… Lo hice a un lado y se lo mencioné a ella, se molestó tanto que golpeó la mesa sobresaltándonos a los tres.

—¡Eres una mimada y caprichosa! ¡Te lo comes!

—Yo lo pruebo —intervino Graco, alargando el brazo para tomar mi plato. Mi madre lo detuvo. Supongo que había tenido un mal día, no lo sé, la verdad.

—Dije que Desa se lo come y punto. Lo hice antier, no está malo. A comer.

—Pero sabe mal, mamá. Yo me hago otra cosa —insistí aun con el sabor asqueroso en la boca, haciendo amago de levantarme. No pude porque me tomó del hombro con fuerza, negando y me miró a los ojos fijamente.

—Si no te lo comes te olvidas de ir a casa de Lula y, aun así, lo cenarás. Decide —me amenazó.

Sabía perfectamente que no ir a casa de mi tía para mí era lo peor, era el único lugar donde me sentía escuchada, atendida. Con un nudo en la garganta, pero sin soltar una sola lágrima, me lo comí con sus ojos fijos sobre mí.

Fue espantoso: la sensación pastosa, el sabor rancio y ácido a la vez, sin embargo, la sabía capaz y yo no me dejaría. Terminé todo. Luego, una hora después, vomitaba en el baño sin cesar, ella ya no estaba, se había ido a trabajar.

Graco se preocupó tanto que le llamó a mi tía pues mamá no respondía. Me dolía el estómago, las náuseas no cesaban. Lula llegó, me llevó al pediatra. Estaba intoxicada por los lácteos fermentados.

Mi madre por supuesto no se disculpó, de hecho ignoró el asunto y yo mejoré con el paso de los días y gracias al cuidado de mi hermano que me suministraba las medicinas recetadas, las visitas constantes de mi tía.

No, no soporto desde ese día el espagueti blanco, tampoco cierto tipo de quesos.

-*-

Él asiente sirviéndose ensalada en otro plato.

—Bien, pues quiero verlo yo —le informo con decisión. La mujer se detiene con la jarra de agua a medio camino. Mi marido nos observa, intrigado.

—¿Pasa algo? —inquiere serio.

—Bueno, solo que quiero saber lo que habrá de comer en mi casa cada día.

—Pero ¿no te gusta lo que se cocina? —pregunta alzando una ceja, desconcertado.

—¿Hay problema en que lo vea? ¿Es un misterio que debe solo ser leído por dos personas en este mundo? ¿No es esta mi casa también? —pregunto irritada. Riah deja el cubierto y ladea la cabeza, inspeccionándome, aunque puedo jurar que un dejo de satisfacción cruza por su expresión adusta.

—No te había interesado nada de esto hasta ahora. Y no, no hay problema, Desa —luego mira a Awdry—. Ya escuchaste, por favor dáselo cada semana para que lo revise.

—Sí, señor —contesta obediente. Me aguanto las ganas de reír.

—Y dame solo el pollo, por favor —completo tendiéndole el plato que me sirvió.

—¿No tienes hambre? —desea saber mi esposo, interesado, mientras se lleva a la boca otro bocado. Awdry nota mi determinación y sé que teme, por primera vez lo veo en su actitud y con eso me basta.

—No mucha, solo el pollo.

—Sí, señora —dice ella, aliviada.

La observo desaparecer. Esta me la debe, sin embargo, el día termina mejor de lo que los dos anteriores, aunque con una marea de ideas e inquietudes que no logro definir, tantas que cuando es hora de dormir no lo logro por mucho que Zakariah busca cansarme con esos métodos poco ortodoxos que suelen dejarme agotada y es que su boca en mi cuerpo, conquistándolo de aquella manera, me deja laxa, lo cierto es que ni así lo consigo y termino en el cuarto de estar con los audífonos escuchando aquella canción.

5. Zakariah

Me muevo en la madrugada, me espabila su lado de la cama vacío. Desa no es de sueño pesado, lo sé, pero creí que había terminado exhausta después de lo de hace unas horas. Escucharla gemir, rogar, lloriquear, es mi mayor afición. Su cuerpo es mi mayor perdición por lo que nos doy gusto con él cada vez que puedo.

Desde hace dos días las cosas han estado tirantes, pero hoy parece que toman un cauce, aunque no tengo idea de cuál. Escucharla en la cena exigiendo ser parte del orden de la casa, no lo negaré, me gustó, y no porque sea su labor, sino porque habla de adueñarse.

Por otro lado, llegar y enterarme de que había salido a pasear a Missy me sacó una sonrisa. Soy consciente de que no debí portarme así la noche anterior, pero es casi como un reflejo que siento al verla tan superflua.

Me levanto, ojeo el reloj: las tres de la mañana, y voy en su búsqueda. Bien puede estar rondando por la casa, como al inicio, o haber caído dormida por algún lugar, como también le pasaba.

Por instinto voy al mismo sitio en el que la encontré ayer y sí, ahí está con los audífonos de nuevo puestos y su rostro recargado sobre sus brazos, dormida.

Sonrío negando, es atípica y no se da cuenta, por lo que se empeña en ser típica y eso no la hace feliz, lo sé.

Con cuidado le quito los audífonos. Una tonada en guitarra suena muy bajito, gracias al silencio logro escucharla. Cierro la computadora y la tomo en brazos sin mayor esfuerzo. Enseguida se recuesta sobre mi hombro.

La deposito en nuestra cama y la observo después de arroparla

Qué ocurre en su cabeza, qué esconde tras esa manera tan suelta de ser. Algo que siempre me ha llamado de ella es que me intriga, se muestra tan transparente, tan sin problemas, pero sé que no es real, que guarda cosas… Muchas, aunque ignoro de qué tipo.

Hablamos bastante, pero ninguno suele ahondar en cuestiones que nos han marcado, que nos han definido y la verdad es que hasta cierto punto lo agradezco, no sé si me verá igual cuando conozca todo sobre mí.

La mayoría fueron eventos que no tuve cómo cambiarlos, decidirlos, pero otros fueron consecuencia de… y no me arrepiento, era una forma de salir a flote, aunque tampoco son agradables. Lograr lo que hoy tenemos supuso mucho más de lo que ella puede imaginar y es por eso que no me conformo.

Cuando la vi por primera vez me atrajo como nunca nadie, me dejé llevar por primera vez en mi vida, confiando en mi instinto. Desa lucía infantil, pero alegre, de convicciones férreas y ávida de experiencias, de demostrar mucho más de lo que hasta este momento ha mostrado.

Me gustó que no fuese lo común, después, al conocernos con el paso de las horas, de los días, que fuese impredecible, que sonriera y aligerara con su presencia cualquier ambiente, que fuera desinhibida, apasionada, directa, me terminó de enganchar.

Lo cierto es que con el paso de los meses no la he visto avanzar y sí, convertirse lentamente en una mujer como la que varios de mis amigos o colegas tienen. No es que esté mal, es solo que no es lo que veo en ella, no es lo que quiero, no es lo que es.

No soy tierno, no soy dulce, pero esta mujer me aniquila y la quiero en mi vida, aunque no de esta manera que me irrita. A veces inmadura, porque lo inconsciente, insolente, aguerrida y

fiera me fascina.

Resoplo abrazándola, enseguida se amolda a mí susurrando cosas sin sentido. Pierdo mi nariz en su aroma, ese delicado que siempre desprende. Es un huracán, lo sé, por eso ansío verla arrasando con todo a su paso.

No es sencillo para Desa, soy bien consciente de ello y no la quiero perfecta, la quiero feliz.

Mi madre, Kindah, no es un hueso fácil de roer. La vida, las experiencias, le han vuelto adusta, inflexible y desconfiada. Sin embargo, tiene buen corazón, aunque un poco escondido, he de admitir, tanto como Kyroh o como yo.

El día que se la presenté, cuando decidí llevar a cabo esta locura de la que no me arrepiento, repito, no fue sencillo. Su casa está en las afueras, eso prefiere ella, aunque viaja todo el tiempo a la ciudad gracias a ese negocio que emprendió, casi a la par que el mío, de cosméticos naturales y orgánicos.

Es, hoy por hoy, una mujer de negocios y respetada, pero no siempre fue así y poco se habla de ese momento cuando comer era un lujo, o tener un techo seguro sobre nosotros un deseo complicado, que gracias a un ángel ocurrió.

Entramos a su casa y Desa no paraba de observarlo todo, ansiosa pero entusiasmada. Lo cierto es que sin entender cómo lo logró, pese a la frialdad de mi madre y poca amabilidad, mi mujer continuó sonriendo como si nada hubiese tambaleado su estado anímico.

—Hola, chicos. Adelante, Zak, ella está en la terraza —dijo Ame, la mujer con la que vive y que es más su hermana que cualquier otra cosa, además de otra madre para mí. Le di un beso y le presenté enseguida a Des, que lucía preciosa con su cabello color canela, suelto y ese vestido sencillo, ligero, pero propio para la ocasión.

—Un gusto, Desa —habló Ame.

—El gusto es mío —respondió Des aferrando mi mano, removiéndose por los nervios como una niña en vísperas de algo emocionante.

—Eres muy bonita, hacen linda pareja —observó mi otra mamá, mostrando su aprobación, pero ella es así; sencilla y sin complicaciones, no tiene el carácter de mi madre o su hija—. Adelante.

Anduvimos por el recibidor en silencio, con el pulgar acariciaba su mano, ella respondía sonriendo, cándida, sin perder detalle.

Mi madre hablaba por teléfono cuando la encontramos. Alta, con el cabello en un moño apretado, siempre vestida de forma pulcra. Se percató de nuestra presencia y colgó. Las palmas de Desa sudaban. Le di otro apretón que contestó sin dejar de verla.

—Hola, mamá —saludé, calmado.

Cuando le avisé que deseaba que la conociera sé que le intrigó, ella deseaba que mi hermano y yo tuviéramos una pareja, una que fuese aguerrida, inquieta, alguien que no se conformara y que tuviese una visión del mundo amplia, una que supiera luchar por sus ideales.

En realidad, para mi mamá alguien como Rowe habría sido la ideal, pero se casó con Mike uno de mis socios y, por otro lado, entre ella y yo siempre ha existido complicidad y una fuerte amistad, nada más… Mike es el adecuado para ella.

Mi madre evaluó a Desa unos segundos, sé que desde ese momento ya no le pareció adecuada. La vida la convirtió en dura y no puedo juzgarla pero no permito que interfiera en mis decisiones así que me importó una mierda. Yo cumplía con presentársela, pero ni siquiera ella me movería de la idea que tenía en mente.

Estábamos unidos por un pasado, por dolor, por momentos imborrables, por todo… sin

embargo, Desa era como una bocanada de aire fresco, de algo diferente, la posibilidad de entender la vida desde otra perspectiva, la necesitaba para compartir esta vida que tanto me ha costado.

Mi mujer, nerviosa, le tendió la mano con una de sus características sonrisas. Miré a mi madre con amenaza clara, enseguida le regresó el saludo pero apenas.

—Soy Desa —se presentó sin mostrar lo que ella le hacía sentir. La admiré por su valentía. Pocas personas no se doblan ante la presencia imponente de mi madre, que pese a ser aún joven, se le nota en la mirada la fiereza.

—Kindah, bienvenida —soltó con tono cortante, poco elocuente. Le di un beso en la mejilla un tanto irritado y luego nos sentamos en aquél elegante lugar. Desa, si percibía la atmósfera densa, incómoda, no lo hizo notar. Sonreía ligera, alegre incluso.

—Es un nombre hermoso, al igual que su casa —respondió educada.

—Son nombres africanos, mis padres eran de ahí —solo dijo—. ¿Así que se casarán?

—En una semana —respondí serio. Mi madre encajó la mirada sobre mí, contenida.

Ame apareció con limonada que Desa tomó entusiasmada. Un silencio lamentable reinó en aquel lugar, que por supuesto mi mujer no soportó y rompió. Ame, que notó la atmósfera, solo negó y prefirió alejarse. Conoce a mamá como nadie, así que sabía bien la línea de sus pensamientos.

—¿De qué parte de África eran sus padres? —quiso saber. Mamá tomó un sorbo de su bebida, inescrutable.

—Senegal. Pero prefiero que hablemos sobre ti. Cuántos años tienes, a qué te dedicas, eres latina ¿no es así? —conjeturó como si fuese un juez.

Apreté la mano de Desa y ella respondió con ligereza, relajada. Agregó un poco sobre su madre, cuestión que enseguida logró llevar la conversación por un camino seguro para los tres; ecología y cuidado del medio ambiente.

Sé que una hora después mi madre no estaba feliz con la decisión, pero ya no lo manifestaba con tanta claridad. Desa conoce mucho de ese tema a nivel cotidiano y práctico, creció con ello, nosotros a eso nos dedicamos en gran escala, había concordancia. Ame se unió más tarde y logró que todo fluyera mejor.

Después de eso, cuando nos vemos, se habla de ese tema seguro, es como el territorio neutral, pero nada más y Desa, aunque se muestra alegre cuando van a casa o viceversa, sé que es consciente de su desacuerdo con lo nuestro.

Incluso Kyroh llega a hacer comentarios que sutilmente la desdeñan y que suele acabar en una mirada mía de advertencia y un «cierra la boca» contundente por parte de mi madre. Pero ella, cuando hemos estado solos, no ha escondido su desilusión por la decisión de haberme casado con una chica sin rumbo, sin pasión, sin sueños e ideales.

No, no ha sido fácil y ella, Des, no se ha quejado ni una sola vez sobre el tema.

-*-

Despierto con el alba y no está aquí, dormida como suele. Arrugo la frente, eso sí es extraño. Pretendo cambiarme para ir a entrenar y entonces poder dejar salir todo lo que siempre me acribilla, pero no puedo, me intriga. Bajo en pantaloncillo y una camiseta. Desa está afuera, en el jardín. Salgo al escucharla hablar con Missy.

—En serio, debes hacerlo. No entrarás hasta que aquí dejes tus necesidades. Los mimos se acabaron. Más tarde podrás entrar a casa, comiste todo el plato —le está diciendo con tono mandón, que pretende mostrar autoridad pero que solo me provoca ganas de cargarla en mi

hombro, llevarla hasta nuestra habitación y hacerla mía, de nuevo.

Está con su bata, sin zapatos, el cabello enmarañado. Es preciosa y no se ha percatado de mi presencia, pero la perrita sí y sale disparada en mi dirección. Cierro tras de mí y noto la frustración de Desa.

—No la cargues —me suplica al adivinar que justo eso voy a hacer. Obedezco y me acerco intrigado mientras Missy no deja de brincar.

—Se puede saber qué haces afuera, tan temprano… —le pregunto ladeando la boca. Sonríe encogiéndose de hombros.

—Educándola, pero no es tan fácil como dicen —me responde suspirando un segundo después. La tomo por la cintura y la acerco a mí, sonríe aún más—. ¿No deberías tú estar alistándote para irte? —pregunta bajando mi cabeza con sus manos tras mi cuello.

—No estabas en la cama… —repongo mientras ella pasa su nariz por la mía, como suele. Ya estoy excitado. No hay remedio en esos casos, la pego más a mí y siente mi necesidad. Me besa despacio. La alzo y enreda sus piernas.

—Debes dejarla un rato aquí a solas, de nada sirve que le hables… Se distrae —le hago ver entre besos, caminando hacia adentro. Ella gime al sentir como atrapo uno de sus labios.

—¿Sabes educar perros y no pensabas decirme? —refunfuña con voz ronca. Sonrío.

—Creo que es más una cosa de sentido común, mi sol —y cierro tras de mí.

—Oh, gracias por eso —ríe abiertamente—. ¿Y qué podré hacer mientras tanto? —susurra besando mi oreja. La necesito ya.

—No te preocupes por eso, tengo varias ideas…

—Muero por escucharlas.

—No te las diré.

Ya voy tarde, pero definitivamente verla casi sollozar de placer, es una manera formidable de comenzar el día. Bajamos juntos, me da un beso fiero y sale directo al jardín. La observo desde la puerta, a lo lejos. Brinca. Parece que al fin Missy hizo algo correcto.

6. Desa

Me encuentro optimista una vez que Missy tiene su primer logro, más aún por la forma en la que comienza mi día. Riah no tiene idea de lo que provoca cuando me toca, es que es ¡Dios! Colosal.

OK. Quizá lo sabe porque no me molesto en esconder mi afición hacia él, lo cierto es que como tampoco esconde la suya por mí, me siento en terreno seguro, así que me cambio bailando al son de una tonada en mi mente.

Salgo a correr por el mismo parque que el día de la escena con el niño que tiene una *mamámonstruo*. Una hora después regreso con el tiempo encima, me ducho, me pongo lo primero que encuentro; unos shorts, una blusa oscura y tenis blancos, un moño alto y listo.

Bajo de prisa, Awdry me observa intrigada.

—¿Desayunará?

—Sí, pero yo me lo hago. Gracias —respondo tomando una caja de cereal.

—Puedo prepararle lo que desee —se ofrece, solícita.

¡Eh! Me detengo un segundo, seria.

—Cereal está bien.

Me acerca la leche, la observo y luego le agradezco con la cabeza.

—¿Desea saber qué se hará hoy de comer? —pregunta con cautela. Me meto una cucharada a la boca gimiendo por el delicioso sabor y es que aunque no son sanos, amo comerlos. Un secreto sucio es que cuando se acaban es porque yo me llevo la caja al estudio y mientras veo alguna serie me los como como si no hubiese un mañana. Luego la vuelvo a mirar.

—No, esta semana ya la tienes organizada. La siguiente solo muéstrame, no quiero interferir en lo tuyo, siempre y cuando no venga más espagueti blanco —aclaro y como de nuevo.

—No lo habrá, señora —asegura a unos pasos de mí. Asiento sonriendo.

—Gracias —respondo con la boca aun llena, pero más ligera.

-*-

Llego a la hora exacta, las cuerdas enseguida suenan, me dejo caer sobre la tierra y cierro los ojos, sonriente. No sé cuánto tiempo paso así pero de pronto el silencio me obliga a abrirlos. Soy consciente de la presencia de alguien y enseguida me percato de que está frente a mí.

Me yergo de un salto, asustada. No tardo en ajustarme a la luz y notar que es el chico de la guitarra. Está a un metro como mucho, con los brazos cruzados, inspeccionándome con sus ojos claros.

—Llevas tres días viniendo y me pregunto… ¿eres una espía o algo raro? ¿Por qué te escondes? —me interroga con simpleza.

Es un mucho más alto que yo, delgado, aunque de cuerpo atlético y se ve tan fresco. Sonrío al verme descubierta.

—¿Te espían por tocar guitarra? Nunca había escuchado nada parecido —señalo con suficiencia. Ríe.

—Ni yo, pero o es eso, o amas lo que toco.

—Creo que si te espiaran, tu ego no cabría en el reporte.

—¿Entonces no te gusta? —replica interesado, ladeando el rostro.

—No eres malo —contesto con sinceridad. Alza las cejas y se rasca la barbilla rasurada.

—¿Sabes tocar? —pregunta, al tiempo que se quita la guitarra de la espalda y me la tiende. No me da tiempo de nada porque ya la tengo en mis manos. Niego nerviosa, sin saber qué hacer, sin embargo, la toco y siento que mis yemas cosquillean—. Vaya, ¿hace cuánto tiempo que no usas una? —curiosea, intrigado.

—Yo… Debo irme —miento tendiéndosela. Niega cruzándose de brazos.

Un sudor extraño me recorre. Experimento ansiedad, algo ruge en mi interior, mi sangre corre de forma rápida y mi pulso se dispara con tan solo sostenerla. No recordaba la sensación y me abruma tanto que mi garganta se seca.

—Quieres hacerlo, no te conozco y se nota. Anda, no te diré si apestas.

Entorno los ojos.

—No apesto —repongo arrugando la frente.

—Toca y veremos —me desafía, calmado.

Me cuelgo el instrumento con lentitud, me siento torpe. La acomodo y la adrenalina me recorre. Suspiro acariciando la madera. Es buena, lo sé porque aprendí hace tiempo a identificarlas.

Paso un dedo por una de las cuerdas y el sonido viaja por mi piel hasta mi pecho para clavarse en mi cerebro. Algo se activa, doy dos toques más y lo mismo. El chico no dice nada, solo sé que ahí continúa de pie, observándome.

Traigo al presente la canción que le escuché tocar el primer día y comienzo. No recuerdo del todo las notas, pero eso que me genera reaparece y comienza a distribuirse por todo mi ser, es magia.

Sonrío al equivocarme en un par de acordes, aun así, no dimito, jamás podría ante un reto. La sensación de estar viva, de tener muchos motivos, de sentir la tierra bajo mis pies, captar el momento y guardarlo en mi mente por siempre, ver todo teñido de ondas dulces y fuertes, regresa.

Termino cuando de plano ya no recuerdo, alzo la mirada y él está quieto, estudiándome.

—No apestas… —habla después de unos segundos.

—Te lo dije —suelto avergonzada, raro en mí, pero ese tema siempre ha sido algo secreto que no me he atrevido a mostrar abiertamente y acabo de tocarle a un extraño, en la calle. Se la tiendo nerviosa—. Debo irme —vuelvo a decir con la boca seca y el corazón revolucionado, exaltado.

—Ven mañana —me alienta sonriendo con frescura.

—No sé si pueda…

—Puedes, has podido estos días. Aquí nos vemos, soy Steve —se presenta y me tiende su mano. Dudo por un momento, pero termino dándosela.

—Desa —respondo.

—Bien, Desa, te veo mañana.

—No tocaré de nuevo.

—Ya veremos —dice al tiempo que se cuelga la guitarra y avanza hacia el lugar donde suelo estar.

—No lo haré.

—Mientes —replica y no logro contestar porque un par de pequeños se acercan.

¿Qué hará ahí? ¿Por qué parece conocerlos? Los observo desde mi posición y luego sacudo la cabeza. A mí qué más me da.

Alucinada regreso a la camioneta, duro ahí, aferrada al volante, perdida aún en todo lo

que acaba de despertarse, no sé cuánto. Pero por primera vez en mucho tiempo esos interruptores apagados se encienden y se siente tan extraño como bueno.

Olvido que quedé con mi prima y termino, sin saber cómo, frente a una tienda de instrumentos de una colonia aledaña que desconozco, me bajo despacio. No hay mucha gente, con las manos sudorosas avanzo.

Un vendedor me recibe sonriente, pero yo solo miro un poco. No sé bien a bien por qué termino aquí, pero busco con la mirada el instrumento en cuestión que logró que parase.

Me acerco y lo agarro mientras él comienza a hablarme sobre marcas y tipos. Cuando me sugiere probarla, lo observo pestañeando. Me indica donde sentarme. Lo hago como un autómata. Me alienta. No puedo, mis dedos no se mueven, no como hace un rato. Sonríe y la conecta a un amplificador, luego me tiende unos auriculares, quedo aturdida.

—Con esos nadie escuchará, regreso en un momento para que me digas cómo la sentiste.

Asiento con el pulso alocado, estudiando el artefacto. No lo había pensado antes… aunque enseguida lo deshecho. Si llevo algo así Riah se daría cuenta y preguntaría, sé qué pensaría que es una banalidad más y no estamos para ello.

Comienzo a tocar y de pronto la guitarra se confunde conmigo, somos uno y paso un buen rato ahí, perdida en los acordes. El vendedor aparece algunas veces, la última decido que es suficiente, he abusado, soy consciente, aunque a él no parece molestarle. Se la doy y prometo pensarlo, acalorada.

Subo de nuevo a mi camioneta, debo detenerme unos metros más adelante y grito como una loca emocionada, para enseguida soltar una carcajada. Mi celular interrumpe la euforia que me come. El entrenador de Missy ya está en casa. ¡Mierda!

Llego quince minutos después, gracias al cielo no se ha ido. No almorcé, no nada, pasé todo el día en… Dios, aun me parece irreal, pero me arranca otra sonrisa.

Al verme bajar del auto, baja él también. Es un tipo alto, agradable, de melena larga, castaña, alegre.

—Lo lamento, se me fue el tiempo —me disculpo. Sonríe quitándole importancia.

—No te preocupes, ¿vamos? —pregunta cediéndome el paso.

Pasamos la siguiente hora conversando sobre mi perrita. Él me escucha y me pregunta cosas claves como mis rutinas, la dinámica de la casa, cuántos vivimos ahí. Más tarde salimos juntos a pasearla. Me va indicando qué decirle, cómo manejar la correa, mientras andamos me explica cómo organizar sus horarios, las travesuras y demás.

Al llegar a casa de regreso, Riah ya está ahí y yo me arrepiento de no haber tomado nota o grabado lo que dijo porque sé que no recordaré todo. Permanecemos en la acera riendo por una anécdota que acaba de contarme. Es ocurrente, por lo que el tiempo andando fue gracioso, además de educativo en cuanto a Missy.

—No te lo creo —rio divertida.

—No juego, es en serio. La mujer nunca regresó al local —agrega. De pronto escucho la puerta abrirse, ambos volteamos. Riah, con su imponente imagen, se acerca, serio. Es como un felino a la caza; amedrentador, lleno de amenaza y listo para estudiar el territorio y así dictaminar si será preciso atacar.

—Buenas noches —saluda colocándose a mi lado, analizando con molestia la escena. No lo catalogo como celoso, en general creo que no lo es, pero ahora sí que lo parece. Le sonrío y entrelazo mi mano en la suya, rígida. El entrenador lo observa, nervioso.

—Hola, Riah.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Él nos está ayudando con Missy, ayer hice cita. Es el entrenador. Salimos a pasearla —le explico. Mi marido, con gesto inescrutable, aunque noto un tanto desconcertado, asiente.

—Me alegra. ¿Cómo se portó? —quiere saber con la vista fija en el hombre. Éste, sin dudar, le explica un poco de lo que a mí. Mi marido asiente comprendiendo.

—Cuánto tiempo llevará esto —desea saber Zakariah.

—Un par de semanas.

—Bien.

—Bueno, regreso el lunes, si tienen dudas pueden marcarme —y le tiende la tarjeta a mi esposo, éste la toma mientras yo le sonrío amigable al pobre hombre que parece medio nervioso. *¿Qué le pasa a Riah?*

—Así lo haremos.

—Gracias, Billy —le digo agachándome para cargar a Missy que está agotada. Zakariah toma mi mano libre y me insta a meternos a casa.

Al cruzar el umbral le quito la correa a Missy y sale disparada, pero yo no me muevo, arrugando la frente.

—¿Qué fue eso? —le pregunto, desconcertada.

—Iré a ducharme —solo dice en respuesta y comienza a subir las escaleras. Me debato entre seguirlo o ir a vigilar que las nuevas reglas le queden claras a Missy. Opto por lo segundo y al terminar con ella y darle instrucciones a Ela de que la saque, subo.

Él ya se está bañando. Permanezco a un lado de la ventana, evocando sin remedio todos los sonidos producidos por mis dedos durante la mañana y parte de la tarde.

Me observo la mano y la toco con añoranza, con cierto miedo, con una mezcla de sentimientos. Estoy tan ensimismada que no lo escucho salir, solo despierto de mi letargo al percibir su mirada sobre mí.

Me sobresalto pero enseguida sonrío. Riah me evalúa de forma aguda.

—¿En qué pensabas? —pide saber. Ladeo el rostro y lo enfrento. Solo trae esa maldita toalla enrollada en la cadera. Paso saliva y me alejo un poco.

—Yo pregunto, y no respondes. Tú preguntas, y yo debo responderte —refunfuño notando como su quijada se tensa—. Y ponte algo, no puedo hablar así.

—¿En qué pensabas? —insiste. No sé por qué me irrito más.

—¿Por qué te pones como un neandertal con el chico que me está ayudando con Missy? ¡Dijiste que tengo un mes! Pero si no vuelve tú buscarás otra opción, te lo advierto, Zakariah —rujo molesta, me acerco a la puerta y me detiene por la muñeca. Me abraza por detrás pegándome a su pecho. Jadeo cerrando los ojos. Su aroma, tanto como su fuerza, me envuelven. Dejo salir un suspiro.

—No me gustó cómo te miraba, cómo te reías —admite en mi cabello, aspirando mi olor. Recargo la cabeza en su pecho, negando.

¿Él, inseguro? Me doy la vuelta y lo beso con suavidad, repasando con mi lengua sus gruesos labios.

—¿Ahora dudas de mí? —pregunto agotada emocionalmente. Niega tomando mi rostro con ambas manos, contemplándome y por mi cuerpo circulan un sinfín de sensaciones que solo esos ojos despiertan.

—No te das cuenta, pero atraes, Des, noqueas a quien sea.

—Y lo dices tú… ¿No te fijas en todas esas dichosas fiestas a las que vamos cómo te miran las mujeres importándoles un carajo que estés casado? ¿Y qué crees? ¿Qué no quiero

arrancarles los ojos cuando se acercan y te coquetean abiertamente valiéndoles una mierda que yo esté a unos metros? ¡Las detesto! Pero tú no les das motivos y solo por eso me comporto.

—Jamás podría ver a otra mujer que no seas tú, te lo aseguro.

—Jamás podría ver a otro hombre que no seas tú, te lo prometo —susurro perdida en sus iris oscuros. Me besa despacio y olvido todo.

—Si no regresa yo mismo buscaré a otro, lo lamento —se disculpa sonriendo apenas, manso ante mí. Lo beso de nuevo succionando uno de sus labios. Gime.

—Más te vale —replico quitándome la blusa y aventándola a no sé dónde con la temperatura a tope y el vientre anhelante.

—¿Me estás provocando?

—Te estoy dando la posibilidad de disculparte —lo corrijo alegre. Niega sonriendo de forma sensual. Rodea mi nuca con sus manos y me besa con posesividad.

La ropa vuela, su toalla también, me da la vuelta, mi espalda vuelve a quedar expuesta ante la suya, pasa su mano por mi cadera y luego baja hasta mi centro. Ya estoy húmeda y lo sabe.

Grito, transpiro, me mareo incluso ante la fuerza del acto, y al acabar no puedo más. Me encuentro realmente cansada, pero fascinada por poder sentir tanto, en muchos más sentidos de los que Riah imagina.

Me toma en brazos y me deposita sobre la cama. Me acurruco satisfecha. Se acerca un segundo después y acaricia mi cabellera.

—¿Estoy perdonado? —pregunta con suavidad. Asiento compensada, cuando se aleja sujeto su muñeca deteniéndolo.

—Nunca te fallaría, Zakariah.

Me observa un segundo y luego besa mi cabeza.

—Ni yo, Des.

Cenamos en medio de una charla ilustrativa sobre Missy, pero mi mente se dispara cada dos por tres hasta ese momento con ese chico rubio, ese instante que como una válvula abrió cosas en mí que no recordaba.

Riah, ya en la habitación, se pone a revisar algunas cosas en su *Tablet* y me propone ir el día siguiente al cine. Acepto entre sueños, me siento realmente extenuada.

-*-

Estoy en la camioneta, nerviosa como una niña que verá a Santa. Abro y cierro la puerta un par de veces hasta que me miro en el espejo.

—Tú eres de las que le importa una mierda nada. Baja de una vez —me ordeno y lo hago, aunque no tan envalentonada como suelo ser en cualquier circunstancia.

Escucho una nueva tonada y me recargo en *mi* muro, como lo apodo. Es éxtasis total. Luego se acaba la música, me asomo. Él está ahí, viendo en mi dirección y me señala. Uno de los niños de tez oscura se acerca y me tiende la mano. Sonrío desconcertada.

—Steve dice que tocas muy bonito. Toca, ven —me ruega casi arrastrándome.

Niego andando. Ni idea de su edad, pero en mi rara cabeza imagino que tiene unos seis, eso sin contar que posee unos rasgos absolutamente hermosos, aunque luce un tanto desgarbado. Me dejo guiar sin remedio y fulmino con la mirada al responsable. Él finge no notarlo y palmea un espacio a su lado.

—Eso es chantaje.

—Nunca dije que no fuera bajo —se defiende. Rio. Me tiende su guitarra y mi alegría se

esfuma, reemplazada por la antelación y excitación—. Si te dieras cuenta de cómo la miras… No sé nada de ti, pero esto no hace falta ni decirlo.

La sujeto con duda, pero lentamente la acerco a mi cuerpo, la acomodo casi por instinto. Un par de niños más llegan, ya son cuatro en total, eso me altera un poco, o mucho. Nunca me he expuesto y esta será mi primera vez.

—Anda, nadie te comerá, solo queremos escuchar —me apremia Steve con las palmas tras su espalda apoyadas en la mesa, sus ojos cerrados y la cara apuntando al cielo. Respiro hondo y comienzo.

El inicio me cuesta, así que lo retomo cuatro veces hasta que por fin comienza a fluir como si nunca hubiese dejado de hacerlo, como el día anterior.

Una canción de Nirvana va mostrándose. Me siento tan nerviosa como alegre. Vuelo, lo prometo. La tonada entra en mí como si fuese un fluido hecho para hacerme sentir parte de algo, de la vida, de este planeta.

Me adentro en ese mundo basto que he rechazado durante años pues sé que no es serio, que solo me da placer a mí y que no me proporcionará nada salvo las miradas de hastío de los que me rodean por no dedicarme a algo más formal.

Pero ahí, en ese sitio, con gente extraña, tan lejos de lo que sí conozco, me dejo ir y me pierdo en todas las sensaciones apasionantes e intensas.

Acaba la melodía y percibo un sabor agradable en la boca, esa ligereza que hacía años no experimentaba instalada en mí.

—¡Guou! No soy profesional, pero ¡Guou! Eres buena —escucho de pronto a mi lado.

Regreso a este mundo para ser consciente de lo que a mi alrededor sucede y noto que ya no son cuatro niños sino unos diez y un par de parejas más. Miro a Steve pestañeando, ruborizada. Enseguida escucho aplausos. Me siento absolutamente fuera de lugar, como si me hubiese ido de la Tierra el tiempo que duró la canción que toqué.

—Te dije que no apestaba —me defiendo nerviosa. Él sonríe al tiempo que le tiendo el instrumento, desconcertada. Lo toma pero no permite que me vaya como es evidente que planeo, apresando mi mano. Los niños ya están de pie a nuestro alrededor y los mayores se retiraron. Sus ojos azules me observan, relajado.

—Regresa el lunes —me pide entusiasmado.

Quito mi mano despacio, con el pulso desbocado pues aún siento todo en mi interior bullir. Mi pecho pesa y mi piel se siente ligera. Un contraste aterrador, pero adictivo.

—No sé…

—Te llevaré a un lugar donde sé que enamorarás a muchos más como ellos. ¿Qué dicen? —les pregunta sonriente, con su frescura. Observo las caritas llenas de entusiasmo y no puedo negarme.

—Bueno, está bien. Aquí estaré a esta hora —concedo alegre. Una niña de cabello crespo, negro, me rodea por la cintura con ingenuidad.

—¿Puedes tocar otra? Lo haces super bonito —me pide con su vocecilla cargada de inocencia. Steve me tiende la guitarra de nuevo. La tomo con menos temor cada vez. Me acomodo en el suelo, los demás me siguen y dejo vagar mis dedos por las cuerdas con suavidad, pero insegura.

—Vale la pena escuchar a alguien que toca como tú, créelo —dice el responsable de toda esta locura. Lo miro de reojo.

—No puedo creerte. Pero… me gusta hacerlo —admito con una certeza que no comprendo, aunque la siento con total claridad.

Paso ahí varias horas. Bailamos un poco y me atrevo a cantar una de las melodías que Steve toca. Los chicos al igual que él se muestran encantados.

Me cubro la boca al notar su asombro… Hacía años también que no lo hacía, no de esa manera. Una niña niega y me quita con delicadeza la mano. El chico continúa la tonada sin hacer más aspavientos y continúo pues todos me miran. Se siente super extraño, pero en cuanto continúo todos siguen aplaudiendo y bailado.

Al final se levanta y me tiende la mano con gesto formal y lleno de asombro. Después nos vamos a un parque comunitario que está a un costado. No sé qué sucede conmigo, pero simplemente me siento a gusto ahí, entre ellos, riendo, corriendo, jugamos y no nos cansamos durante un rato más.

Más tarde él saca de su mochila unos emparedados. Lo observo intrigada, les tiende uno a los pequeños y pasa un termo con agua. Son once en total, con edades entre los cinco y diez, no creo que más. Lo obedecen, se ve que lo quieren… pero es evidente de que no son nada suyo, ni por el color de piel, ni por nada en general.

No pregunto, ellos tampoco lo hacen sobre mí, así que me lo como y después les muestro un par de juegos que en mi niñez eran comunes en mi escuela. Jugamos otro rato hasta que quedamos agotados.

—Creo que tienes mucho que mostrar, Desa —reflexiona a mi lado, con la atención puesta en los niños, jugando—. Debo llevarlos. La excursión se acabó. Pero… el lunes aquí nos vemos, ¿sí? —se despide.

Le respondo el gesto feliz, sonriendo genuinamente después de un buen rato lleno de alegría y diversión, de reconocimiento.

Los veo alejarse y me devuelvo a la camioneta envuelta en una ensoñación. Llego a casa y no pierdo el tiempo, debo ir a pasear a Missy que me recibe moviendo la colita. Caminamos por casi una hora en la que no logro borrar la sonrisa de mi boca.

Al llegar a casa noto que él ya está dentro. Deseo contarle mi fabuloso día, sin embargo, mi felicidad se esfuma por un momento antes de abrir y observar su gran auto.

No, Riah no lo entenderá, no lo verá bien. Últimamente sé que las cosas no han ido como solían y me ve como una veleta, como una mujer sin rumbo. Lo cierto es que no puedo rebatir eso… No tengo idea de nada, aunque en ese momento sienta la felicidad viajar por toda mi piel como una segunda capa. Se desilusionará por la manera en la que he gastado el tiempo.

Entro soltando a Missy, esta se va como rayo y lo veo bajar intrigado.

—Quedamos de ir al cine —me recuerda estudiándome. Me observo y sé que soy un desastre: las rodillas están sucias, mi cabello es un caos, no traigo maquillaje y mi camiseta no está en las mejores condiciones. Abro los ojos recordando de pronto nuestra cita. Se acerca extrañado. Jamás he pasado por alto una de sus invitaciones, eso sin contar con que me esmero en mi atuendo, mi cabello, todo—. Te marqué hace un rato, pero no respondiste. Tampoco a los mensajes.

No me recrimina, pero luce intrigado. Sus ojos chocolate están completamente clavados en los míos. Sonrío acalorada.

—Lo lamento, estaba ayudando a Camila, pero ahora estaré lista. Dame unos minutos —me disculpo besando fugazmente sus labios, para después correr escaleras arriba.

Me baño y al salir él está ahí, frente al televisor. Se ve sensacional con vaqueros, camiseta de cuello redondo oscura y simplemente calzado casual. Es como si fuese accesible, siempre suele estar así cuando vamos a algún lugar. Lo observo y de pronto noto que esos vestidos que cuelgan en mi ropero son demasiado a comparación de lo que usa y se me antoja

algo menos formal. Tomo también unos vaqueros y una blusa blanca con estampado. Me observa de reojo.

De repente apaga el televisor, recarga sus codos en las rodillas y pone toda su atención en mí, perspicaz.

—¿Qué necesitaba Camila de tu ayuda?

Me pongo nerviosa, nunca le miento, creo que es la primera vez, pero no quiero problemas. Tendremos una noche para él y para mí, no quiero estropearla.

Ya puedo escuchar su letanía en todas las direcciones posibles; desde mi ingenuidad para quedar con alguien que apenas conozco, hasta la forma absurda en que gasto mi tiempo.

—Unas macetas, nada importante.

Se yergue acercándose a mí, me arrincona en un muro y observa mis labios. Por un momento siento que intuye mi mentira. Dejo de respirar.

—Te veías muy sexy allá abajo… y tus ojos, es como si estuvieses diferente —murmura sacándome de mi error y me besa con exigencia. Atrapa uno de mis labios, luego el otro y ruge —. Dios sabe que los vestidos que sueles usar me matan, pero con este vaquero te ves… —y me toma por el trasero pegándome a su hombría. Está excitado. Suelto una risita ante su arrebato—, como mi pecado personal.

Me toma en brazos y me lleva a la cama. Pasa sus manos por todo mi cuerpo con seguridad y fiereza.

—Tengo que hacerte mía antes de salir de aquí, Des —murmura besando mi lóbulo. Gimo aferrada a su espalda enorme.

—Por mí no te detengas.

7. Zakariah

Flashback uno

Mi madre, Kindah, esa mujer determinada, fuerte, aguerrida, es el producto de dolor y momentos que a cualquiera hubiesen doblado, pero que a ella no.
Mi abuela huyó de África con ella, de alguna manera se las arregló para conseguir cruzar el Atlántico.

Mamá dice que nunca le contó cómo consiguió los boletos para salir de ahí. Morían de hambre y mi abuelo era muy violento, un tipo sin muchos escrúpulos. La verdad es que siempre he creído que lo primero me lo dejó de herencia y he tenido que luchar a muerte en contra de ello para que no me domine ni determine.

Llegaron a Florida después de un largo viaje donde tuvieron que trabajar para ganarse el sustento. En el caso de mi abuela, tuvo que hacer… otra clase de favores. Las cosas no salieron bien ahí, así que se internó más en suelo americano hasta Nashville. Conoció a algunas personas, tampoco fue sencillo, con hambre, pero un cuerpo mulato que ofrecer, sin hablar casi inglés, tomó un trabajo que le garantizaba alimentar a su hija de apenas ocho años: mi madre.

Las opciones no son siempre las que se imagina uno que pueden ser. Ella no tuvo en realidad. Pero podía cambiar la vida de su hija y no dudó jamás. Así que entró a aquel sitio de mala reputación, consiguió un pequeño lugar donde dormir y por las noches dejaba a mi madre para ir a… trabajar.
Sé que su vida fue tan caótica como triste, pero mi abuela se esforzaba por darle lo que ella nunca tuvo a cambio de venderse a sí misma. Como siempre en esos sitios las cosas no son justas, pero comían y tenían un techo.

Mi abuela se empeñó en que mamá fuese a la escuela. Ella, notando el esfuerzo, siendo una niña aguerrida desde ese entonces, buscó sacar el provecho a eso, pero le era muy difícil. La discriminación por su color, además, la pobreza, sus condiciones de vida. Mentir en la escuela, hacer tareas como podía, vivir del material que le donaban. Fue presa de burlas, de malos tratos, de dolor y eso fue forjando aún más su carácter.

La situación no cambió, mientras creció y a los dieciséis años, un hombre, el dueño del tugurio de mala muerte en el que trabajaba mi abuela, entró a ese lugar donde vivían y la violó.

Mi abuela sufrió tanto como mi madre, más porque no pudieron hacer nada contra él y al poco tiempo, descubrieron que yo venía en camino. Tuvieron que dejarlo todo porque ese hombre la continuaba acechando, ese que… me engendró. Es así como llegaron con ayuda de otra prostituta a Chicago y nací.

Mi abuela se empeñó en que continuara con sus estudios y lo hizo mientras ella en el día me cuidaba y vendía, fuera de lo que llamé casa por un tiempo, remedios para la piel que ella misma hacía.

Crecí en medio de esos exóticos aromas, pero no alcanzaba, menos conmigo como nuevo integrante, así que continuaba yendo por las noches a ese trabajo espantoso mientras mi madre se quedaba conmigo, estudiaba y hacía esos remedios que a veces le pedían las mujeres del lugar, esas que aunque no tenían un dólar encima compraban porque decían que eran milagrosas.

Cuando mi madre estaba a punto de terminar high school, las cosas para ella no pintaban bien. Era objeto de burlas por su ropa roída, por su olor a vómito de bebé, por nunca

tener dinero y por ser tan tímida. Después de lo ocurrido, si ya lo era, se hizo más o eso contaba la vieja. Pero siempre logró tener un buen promedio.

Casi cuando se graduaría comenzó a cambiar, mamá lucía más alegre, salía bastante y lo que ganaba de las cremas lo gastó en verse mejor, lo que podía, entonces discutían porque el dinero hacía falta para la casa, para mí… que era un bebé de dos años en medio de todo aquello.

Pronto se supo la razón, aunque ya era muy tarde. Un chico la enamoró, ella le creyó… estaba jugando y mi madre se embarazó de Kyroh. El tipo no solo evadió su responsabilidad, sino que la amenazó con hacerle daño si decía que era suyo. ¿Suena cruel? Bueno, mi madre ya había pasado por tanto que eso solo fue una estocada más.

Nunca volvió a estar con nadie, cambió de nuevo.

Se dedicaba a trabajar en una tienda de suvenires en la que le pagaban una miseria pues por su estado le pusieron trabas para acabar sus estudios. Mi abuela no pudo pelear como hubiese querido por ella.

Pronto la vieja enfermó, dejó su trabajo, que ya no era el de antaño, sino en un sitio haciendo labores de limpieza por la noche. Su cuerpo estaba muy cansado.

Mi madre se encontró con dos hijos a cuestas a los dieciocho y su madre enferma. Kyroh, nació bien, pero cuando cumplió dos años contrajo una bacteria que le afectó por años, una que costaba mucho dinero erradicar, una que hizo que todos viviéramos al pendiente de él porque cuando aparecía, barría con sus precarias defensas.

Aprendí a leer, escribir y contar en casa. Mamá me ponía trabajos que revisaba cuando regresaba por la noche, agotada. Yo ayudaba, a los cinco años, con la limpieza de donde vivíamos, cuidaba a mi hermano que constantemente tenía fiebre, aprendí a usar el termómetro, a darle sus medicinas, a detectar las señales de enfermedad.

A veces días enteros solo estaba en su cama, otros, no paraba. Lo vi aprender a caminar, puedo asombrosamente recordarlo. Decir su primera palabra que tardó mucho por lo que le ocurría. A pesar de eso, era inquieto y mi abuela no estaba bien, no como para ir tras dos pequeños que pasaban el día encerrados.

Aprendí a cocinar a los seis, nada importante pero ayudaba cuando la vieja no podía levantarse debido a los dolores. Entonces un día mi madre llegó y dijo que me había inscrito en la escuela y que Kyroh también debía ir.

Él no entendió, pero yo fui feliz, veía a los niños jugar por la ventana, tenía amigos que a veces tocaban a la puerta para que saliera y cuando mi abuela y Kyroh dormían, salía a hacer lo que fuera, pero no era siempre.

Entré y no tuve muchos problemas para entender lo que veían, de hecho sabía mucho gracias a lo estricta que era mi madre, pues aunque llegaba exhausta por la noche, siempre se tomaba el tiempo para revisar mis deberes, para hacerme ver lo que estaba mal, corregirlo y luego, dejaba más para el día siguiente.

Dormía poco, lo sé porque muchas noches cuando me levantaba para ir al baño la encontraba preparando alguna crema o remedio para las mujeres que le pedían. Lo cierto es que a pesar de todos sus esfuerzos el dinero nunca alcanzaba, no con un niño de seis, otro de cuatro que solía estar enfermo, y una mujer con precaria salud.

Puedo recordar cómo, cuándo nos tenía a los dos juntos, a pesar de todo, nos rodeaba y decía que éramos sus motivos. Esos momentos hacían crecer en mí la necesidad de ayudar, de dar más, siempre más.

8. Desa

La película es de suspenso, como nos gustan. Sin embargo, algo va diferente y no logro saber qué es. Pide palomitas como siempre, cada tanto noto sus ojos sobre mí. La verdad es que me pone un poco nerviosa, no sé qué está pensando… tampoco en qué dirección.
Esta semana ha sido tan extraña que me siento de nuevo a la deriva, sin saber qué camino seguir.

El de los últimos meses no me resulta tan atractivo, en realidad nunca ha sido emocionante salvo la parte en la que involucra a Riah, ya que me mantiene expectante, encendida y llena de expectación.

Estar con él es escucharlo hablar de cosas que valen, del mundo, del ambiente, de lucha. Es un hombre intenso en cualquier sentido que se le desee dar a la palabra. De creencias férreas, entregado a lo que hace, es imponente y una lumbrera… mucho para alguien como yo que no tiene idea de qué hará el día siguiente y menos en su vida.

Suspiro perdida en las imágenes que se proyectan, pico algunas palomitas y solo puedo ir una y otra vez a lo ocurrido en la mañana. Las cuerdas en mis dedos, el sonido viajando por mi sistema, mi voz emergiendo…

Deseo en ese momento poder estar sola y entonces componer una melodía que ronda mi mente sin cesar. Hace años que no lo hago, que no escribo, quizá deba buscar una refrescada en internet.

Viajo a esos momentos en los que aquel profesor me enseñó con esmero, que algo vio en mí y que me mostró un mundo fantástico en mi interior, que jamás había compartido con nadie, hasta ese día y, sé que no he olvidado cómo hacerlo.

Mis dedos hormiguean, quiero un lápiz, un papel, una guitarra. Pero estoy con él.

Eso no es malo en lo absoluto, lo necesito, lo ansío y no veo mi mundo sin su presencia, sin su fuerza, esa que me contagia e impulsa pero que a la vez me agobia porque me hace sentir que no soy suficiente, y sí me hace ser mucho más consciente de lo poco que he hecho a largo de mi vida, de lo poco que busco en ella, de la falta de sueños, anhelos y metas.

Esa sensación me acompaña desde antes, pero con Riah se ha potencializado. Por eso es que creo que un bebé podría ayudar a centrarme en algo que sí vale la pena. Aunque en este instante, en esta sala de cine, con el hombre que elegí al lado, no me atrae como hacía unos días la idea.

Así es como surge mi primer impacto.

Por otro lado, noto algo completamente atípico; en este momento, cosa rara, no giran a su alrededor todos mis pensamientos, cuestión que desde que lo conocí no ha dejado de ser. Tengo la atención lejos, muy lejos. Peor, sé, de alguna manera, que él lo sabe y por eso sus miradas.

Salimos con nuestras manos entrelazadas. Creo que estuvo buena la cinta, al final no me pareció tan asombrosa como escuché por ahí que era, lo cierto es que me perdí tantos detalles que no puedo asegurarlo.

—Estoy esperando… —interrumpe mis cavilaciones acariciando mis dedos con suavidad. Alzo la mirada y me topo con la suya que me estudia con su fiereza habitual, pero intrigado también.

—¿Qué?

—Qué descuartices la película. Sueles hacerlo, y la verdad es que das argumentos válidos. Muero por escucharlos —acepta mientras vamos rumbo al auto. Me acomodo un

mechón tras la oreja, ¿qué mierdas le digo si estuve con la cabeza en otro lugar la mayoría del tiempo?

—Creo que fue buena —respondo mientras avanzábamos. Se detiene y al hacerlo yo también.

—¿Estás de broma?

Sonrío desconcertada.

—¿No lo fue? —pregunto repentinamente nerviosa. Es de noche, aunque lo distingo sin problemas gracias a que las luces del lugar nos alumbran a la perfección. Niega arrugando la frente.

—Para mí fue entretenida, para ti sé que fue una película de mierda. Es más, te podría decir todo por lo que, si la hubieras visto, dirías eso —asegura con sus ojos bien clavados en los míos. Continúo sonriendo para que no se note que me ha pillado.

—Sí le presté atención —contraataco con gesto cándido. Se cruza de brazos, evaluándome, luego acerca una mano hasta mi rostro y acaricia con suavidad mi mejilla.

—¿Te gustaría caminar? —pregunta de repente.

Pestañeo desconcertada, solemos ir a cenar a un nuevo lugar cada vez que vemos una película, uno que me hubiesen recomendado algunas de las esposas de sus socios u amigos, o alumnas de Camila.

La realidad es que esa semana estoy en blanco. Lo que sí noto es que nunca hacemos algo tan… simple. Que de pronto, ahí, se me antoja mejor que lo otro. Acepto después de un segundo entero en el que no quita sus ojos de mí.

—¿Aquí? —pregunto perdiendo la vista en las calles iluminadas. Niega relajado, pero no responde, solo toma mi mano y nos dirigimos al auto. Me abre la puerta, ahora él es quien está raro, de ese raro que me hace sentir extraña porque no lo reconozco; sonríe jovialmente y se mueve de una manera diferente, como entusiasmado.

Creo que así era cuando comenzó todo entre nosotros, ya hace más de un año. Me abrocho el cinturón de seguridad y un segundo después pone el auto en marcha.

No pregunto a dónde nos dirigimos. Recargo la cabeza en el asiento con la vista perdida en las calles que pasamos, sintiendo, de una manera extraña, que no reconozco nada. Es como si esta ciudad, estos lugares fuesen la primera vez que los veo.

Su mano enrollada en la mía es lo único familiar. Su dedo pulgar acariciando mis dedos. Me giro y lo cacho cuando él también me observa, le sonrío.

Riah es mi mejor decisión, de eso estoy segura, la única real, la que volvería a tomar si fuese necesario.

—Me gusta cuando me ves así, mi sol —susurra con voz ronca.

—¿Así cómo? —pregunto despacio.

—Como si te gustara lo que ves.

—Me gusta lo que veo, y mucho —confirmo sonriendo, apretando su mano enorme que rodea la mía.

—Me sonrojaré, Des —bromea, extraño en él. Rio dándole un empujón con la mano libre.

—Sabes bien que no miento.

—No, el otro día lo dejaste claro, quieres arrancar ojos y todas esas cosas tenebrosas a las mujeres que coquetean —suelta divertido.

Entorno los ojos.

—Y lo dices tú… —impugno quitando mi mano, evocando esa sensación de celos

cuando se le acercan de más y que al final él las aleja. Aun así, no deja de hacerme sentir rabiosa su descaro.

—Soy un completo neandertal cuando se trata de ti, no me disculparé por eso.

—Ni yo cuando le eche encima la bebida a alguna, te lo aseguro.

—Esa amenaza es interesante.

—Deja de jugar conmigo —exijo caprichosa, cruzándome de brazos.

—No puedo evitarlo, hoy estás absolutamente receptiva y… hermosa, y… ya llegamos —anuncia de repente.

Volteo y ya tengo sus labios contra los míos, reclamándome. Gimo apoderándome de su rostro. Acalorada me alejo cuando el ritmo disminuye. Acaricia de nuevo mi mejilla, besa mi frente y baja.

Es un sitio iluminado por todos lados, bullicio en las calles, pero que jamás he visitado. Las personas caminan riendo, hay locales de comida, restaurantes poco pretenciosos donde las risas llegan a mis oídos contagiándome, se escucha música y no hay pose por ningún lado. Lo observo intrigada.

—¿Te gusta? —quiere saber mientras andamos por ahí, agarrados de la mano. Sonrío con sinceridad.

—Sí —admito señalando un *foodtruck* de *hotdogs* después de media hora caminando—. ¿Vamos? —propongo, aunque no espero respuesta y lo arrastro hasta ahí.

—¿Segura quieres cenar aquí? Podemos pasear un rato más y luego ir a donde quieras.

—Quiero aquí, quiero uno —expreso entusiasmada—, luego podemos conocer más, quizá meternos a uno de esos sitios con música —propongo en la fila, dejándome llevar por la repentina informalidad. Asiente sonriendo apenas, tranquilo.

—Es un buen plan —concede.

Comemos en plena acera. Es divertido. Él pide dos más mientras yo le robo pepinillos que son mi alucine y Riah se aleja para que no le quite más. Al final le pide al encargado del local que le dé varios en un plato y me los da.

—Eres un egoísta —me quejo metiéndome uno a la boca.

—Y tú una robapepinillos —se defiende dándole una gran mordida su *hotdog*, acerco mi mano a su plato de cartón y se aleja de nuevo fulminándome con los ojos. Suelto una carcajada.

—Te lo quitaré, lo lameré todo y te lo devolveré —aseguro. Arruga la frente.

—Oye, eso es asqueroso, pero… dado que tu saliva no es algo que me preocupe, me lo comería de todas maneras, así que aleja tus manos de mi comida.

—Comerse algo babeado sí que es asqueroso —digo sacando la lengua como si fuese a vomitar. Ríe. Es raro verlo tan ligero, bromeando y siguiendo mi juego, aunque la verdad es que solemos divertirnos juntos, mucho, pero no así.

—Me gustan tus babas, y comerte —agrega con sencillez. Mis mejillas se tiñen y me meto a la boca otro pepinillo.

—Tú sí que eres superasqueroso.

Asiente con la boca llena.

—Solo cuando se trata de ti, mi sol, ahí todo cabe —replica con suficiencia. Le doy un empujón, carcajeándome.

Caminamos otro rato riendo por cualquier tontería. Después me detengo en un sitio donde una voz femenina me atrapa. La observo desde afuera, intrigada. Toca en el pequeño piano una balada dulce, que me envuelve. Tiene una voz suave, delicada.

—¿Quieres entrar? —pregunta a mi lado.

—Quiero —admito al sentir sus labios en mi cabeza.

Pasamos la noche ahí, escuchándola, hablamos muy poco, recargada en su pecho, atenta. Riah parece que también le agrada y la disfruta. Canta hermoso, pero lo que más me mantiene atenta es pensar en el coraje que reunió para pararse ahí, frente a todas estas personas desconocidas y mostrarse.

Evoco lo ocurrido por la tarde, lo que fluye en mí cuando tengo acceso a la guitarra, a mi voz emergiendo. Se siente tan correcto, tan profundo. Soy cobarde quizá, pero indudablemente no tengo ni la mitad de su talento, ni su valentía, eso seguro.

Llegamos a casa en la madrugada, besándonos, tocándonos, me alza en brazos y conmigo a cuestas sube las escaleras. Me siento extrañamente serena, deseosa de él, pero no como suelo, no con desespero sino con un sentimiento que me recorre calmándome, y a la vez despertándome.

Esta noche fue diferente, bailamos en aquel sitio tan cerca que era difícil distinguirnos. Escuchamos aquella preciosa voz y hablamos poco. Solo nos mirábamos o nos tocábamos, y bueno, no es que lo segundo no suela ocurrir porque en la urgencia de poseernos ha recaído mucho de nuestra relación, pero fue distinto porque había suavidad, ternura, cautela.

Sus ojos oscuros me contemplaban de una forma singular. Algo buscaba y yo, temía mostrárselo, no era el momento. Estábamos tan bien que no me perdonaría arruinarlo, así que le sonreía con languidez y coquetería, logrando con ello que me besara despacio, con suavidad en aquella pista.

En nuestra cama continuamos, pero desnudos. Vamos tan lento. Sus labios van dejando estelas delicadas en cada parte de mí, tatúa así su tacto eternamente, logrando con ello que mi piel arda, que mis emociones se disparen y gima deleitada. Yo no pierdo oportunidad y hago lo mismo, lo exploro, lo amo sin prisa, solo con deseo y ternura. Busco sus ojos cada tanto y lo encuentro mirándome entre esos jadeos absolutamente masculinos que me matan.

—No sé qué me estás haciendo —murmura pasándose una mano por el rostro. Me yergo despacio y retorno lo andado con mi boca hasta la suya. Me recibe con ferocidad, pero asombrosamente despacio, entra en mí poco a poco, pero sin detenerse. Se siente ardiente y yo estoy aún peor.

—Riah —gimo contra su boca, sudorosa.

—Mi sol —responde ronco hundiéndose con mayor fuerza.

-*-

Despierto al sentir unos labios que conozco perfectamente bien, besando mi hombro. Abro los ojos y él sonríe, con el torso desnudo.

Suele los sábados levantarse temprano e ir a entrenar, su único día de descanso es el domingo. Me extraña verlo ahí, aunque también me excita, lo sé por la presión casi dolorosa en mi entrepierna, eso provoca Zakariah en mí, lo sabe, no me importa porque sé que él sufre de lo mismo. Nunca es suficiente.

—¿Se te hizo tarde? —murmuro soñolienta y comprendo que estoy sintiendo en el pecho algo mucho más profundo por él. Parpadeo haciendo eso a un lado.

—Acompáñame —sugiere.

Ya en otras ocasiones me lo ha pedido, pero no he aceptado. Me parece que es su espacio y que sería tan aburrido como ver un partido de beisbol. Me incorporo pensando de pronto en algo diferente. Sin cubrirme me acerco a él, acorralándolo.

—Solo si me enseñas —determino ya sobre su glorioso cuerpo. Aferra mi cadera, gira

sobre su eje y quedo abajo. Lo rodeo con mis piernas, incitándolo. Riah también lo quiere, pero frunce la frente.

—¿Deseas aprender a boxear? —quiere saber, incrédulo, aunque noto en su mirada aceptación.

Descubro en ese momento que eso es lo que quiso desde el primer día que me lo propuso. Paso saliva y enredo mis manos en su cuello, fuerte.

—Sí —admito sin soltar sus ojos.

—Creí que me dirías que no —replica, aferrando mi cintura. Soy consciente de su excitación así que me remuevo ansiosa. Sonríe.

—Pensé que sería aburrido ir a ver… pero si aprendo…

—Darás unos buenos ganchos, más con tu estatura.

—Así podré defenderme de algún aprovechado —repongo alzando las cejas. Me toma por la cadera y me pega más a él.

—Para eso me tienes a mí, Des —ruge al tiempo que me penetra. Me arqueo deleitada.

—Eres un neandertal —vuelvo a decir entre jadeos. Me besa con posesividad.

—Ya te dije que solo cuando se trata de ti.

Cuando descansa sobre mi pecho, agitado, saciados, sonrío. Los sábados suelen ser movidos, alguna cena, salimos, pero la verdad es que pensar algo diferente y verlo en su elemento, me motiva.

Lo hago a un lado y corro al armario, tomo un cambio deportivo, decidida. Aprenderé a boxear, o por lo menos lo intentaré. Al salir él está con los brazos cruzados obstaculizando mi paso, inspeccionándome.

—Aprender a boxear implica disciplina —sisea serio, esperando mi reacción. Me detengo comprendiendo sus palabras. No piensa que lo logre y algo dentro de mí se oscurece. Alzo la barbilla ocultándolo.

—Y golpes. No soy tonta.

—Jamás diría eso.

—¿Entonces?

—Entonces, me parece extraño que hoy aceptaras. En realidad, me parece que algo extraño ocurre contigo desde hace unos días —completa acercándose.

Retrocedo buscando por todos los medios ocultar mis emociones. No sé qué decirle porque en realidad ni yo misma sé el motivo, pero sí, desde hace unos días las cosas giran distintas. Lo malo es que no sé si para bien o no. Siento paz y urgencia, necesidad de disfrutar pero a la vez de comerme el mundo y ni siquiera sé por dónde empezar o qué hacer.

—Si lo dices por Missy y su entrenador… —comienzo, pero niega y me quita la ropa para aventarla sobre la cama, parece un depredador. Arqueo una ceja ante su postura.

—No es por Missy.

—Bueno, quizá porque has llegado por la noche y…

No me deja terminar y me besa con cuidado.

—Me gusta, Des —admite sobre mi boca, buscando mis ojos. Sonrío aliviada y preocupada. Qué es exactamente lo que le gusta. No me atrevo a preguntarle porque la verdad es que no sé si quiero respuestas que puedan hacer retroceder lo que en esas horas hemos logrado —. Prueba hoy y, si te agrada, podrías ir cuando quisieras —propone acariciando mi rostro, mi cabello, atento.

—¿Dolerán mucho los golpes? —me acobardo de repente. Ríe echando la cabeza hacia atrás, para un segundo después mirarme divertido.

—Quién te lastime, le parto la cara… Pero sí, aunque te enseñan a estar prevenida para la siguiente. Esa función tiene el dolor, Desa —explica al tiempo que me da un beso en la mano y se mete al vestidor.

Pasamos la mañana en aquel gimnasio que imaginé más ostentoso, pero que es sencillo, práctico. Riah no tiene problemas para pedirle a una de las chicas que ahí trabaja que me muestre algunas cosas. Ella es amable, aunque grande y sé que de un solo movimiento saldré botando por ahí.

Hacemos calentamiento, cuando puedo lo busco con la mirada, carga unas barras pesadas, se mueve con una agilidad y fuerza impresionante, bueno, es que él es impresionante y punto.

Melanie, la entrenadora que está conmigo, sonríe al notar cómo lo contemplo. Hay varios chicos más, un pequeño grupo en la parte trasera que está en lo suyo, y dos *ring*, pero Riah le está pegando a un saco sin parar. Parpadeo.

—Es muy veloz, anda —dice y me tiende la cuerda. Se coloca a mi lado y comenzamos a saltar. Me muestra algunos movimientos, me acerca a los demás para estudiar cómo lo hacen y explicarme, me muestra posturas.

Es divertido, no lo puedo negar, aunque lo busco todo el tiempo con la mirada, y cuando lo hago, él muchas veces ya está atento a mis movimientos, sonrío, me guiña un ojo y continuamos.

Lo veo en acción sobre el ring y Melanie me pierde por completo. Me coloco unos pasos lejos y lo observo embelesada tanto como maravillada. Golpea durísimo, puedo escuchar incluso como corta el aire con cada movimiento, y el par de veces que lo alcanza el puño de su contrincante.

Transpiro con las manos cosquilleando, nerviosa. Es espantoso ver cómo recibe los golpes. Me genera rabia y ansiedad, aunque sé que es práctica y que Riah está bien.

Por algunas de sus marcas en el cuerpo, también sé que esto es algo a lo que está habituado. No pasa nada y siguen. Su tatuaje que cubre parte de su hombro, pecho y brazo, queda completamente expuesto mientras lucha y su piel oscura brilla debido al sudor. Mi pulso se acelera.

Acabamos a mediodía, me doy una ducha rápida y él ya me está esperando con su maleta colgando. Tres horas permanecimos ahí y la verdad no las sentí. Fue agradable.

Melanie y yo acabamos bromeando por tonterías y los chicos principiantes fueron simpáticos, aunque noté como mi marido estaba más atento cuando estuve con ellos. Lo cierto es que fueron respetuosos, más porque ella, al presentarme, dejó claro de quien era esposa. Todos en ese instante asintieron como comprendiendo que yo era terreno peligroso.

Lo dicho, es un neandertal, por eso no le importó llevarme, ahí sabían bien con qué se toparían y al verlo boxear, yo también.

—Vamos a comer algo —propone relajado. Cómo negarme si me comería una vaca en ese momento.

Pasamos el fin de semana riendo, entretenemos a Missy cuando la sacamos a pasear por el parque, o jugamos con ella en el jardín y ella se muestra feliz. Vemos una película tumbados en la cama, pedimos pizza que acabamos comiendo fría porque ahí comenzó una persecución sin cuartel cuando le dije que no me besara con comida en la boca. Lo tomó como un desafío y corrimos por todo el lugar, yo gritando y él advirtiéndome lo que ocurriría si me alcanzaba. Ganó, sé que es obvio y sí, lo besé con ese sabor a pizza en la lengua.

Varias veces pasé por el armario donde mi guitarra descansa, respiraba hondo, con las

manos cosquilleando y seguía. Quería que fuera lunes, pero no deseaba que ese fin de semana terminara. Estaba siendo especial, muchísimo.

Despierto a Riah, ya alimenté a Missy y estoy vestida con un conjunto deportivo, lista para ir al entrenamiento. Pestañea intrigado, toma su celular y ve la hora.

—¿Ocurre algo? —desea saber somnoliento. Niego relajada—. Faltan cinco minutos —dice y de pronto se incorpora al notarme vestida de aquella manera. Sonríe satisfecho, hace a un lado la manta me toma por la cintura y me avienta jugando a la cama. Grito riendo—. Deme unos minutos, señora —y entra al baño.

Sonrío entusiasmada. Al regresar iré al parque, en la noche vendrá el entrenador de Missy, si es que este hombre no lo espantó.

Llegamos a tiempo después de que me obliga a ingerir un jugo verde que casi me hace vomitar. Se carcajeó, es un mandón, se negó a que me fuera con algún alimento chatarra como era mi plan.

—Está viscoso —me quejo dándole un trago tapándome la nariz.

—Está buenísimo —asegura.

—Creo que no compartimos gustos —determino pasándome aquello.

—Eso siempre lo he sabido —replica mirándome fijamente.

Melanie está ahí, calentamos juntos pero unos minutos después cada uno pasa a lo suyo. Una hora y media después en la que sudo como una loca y aprendo algunas cosas nuevas, salimos de ahí. Me lleva a casa y yo me siento exultante.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunta intrigado. Lo miro un segundo y me encojo de hombros.

—Iré con Camila a almorzar, al yoga y luego ya veré —digo mintiendo. Noto como sus ojos se oscurecen con mi respuesta. Paso saliva, pero asiente despacio. Su sonrisa se esfuma.

—Pásala bien.

—Recuerda que en la noche viene el entrenador de Missy, si es que no lo espantaste.

—Llegaré temprano para que nos enseñe a ambos —dice con voz ausente, esa que me tensa, esa que en todo el fin de semana no escuché.

Asiento perdiendo la vista en el camino. *¿Qué quiere de mí?* Me pregunto turbada. Lo cierto es que en cuanto me deja ya estoy pensando en otra cosa, una que eclipsa mi mente.

Salgo media hora después, meto la guitarra en el auto cuidando de que ninguna de las dos chicas que trabajan ahí lo note y conduzco con la sangre corriendo vertiginosa por mis venas. Necesito estar ahí, necesito eso que sentí aquellos días.

Llego y Steve está en «mi muro», con la guitarra colgando de su espalda. Lo miro intrigada.

—Hola… ¿Y los chicos? —pregunto entusiasmada.

—Hoy no les toca salida —responde con frescura. Por un instante me encuentro desconfiando. Coloco mis manos en la cadera y recargo mi peso en una pierna, alzando una ceja.

—¿Eso qué quiere decir?

Ríe ante mi tono.

—Eres bonita pero no te cité aquí para coquetear…

—¿No?

—No. Si algún día te invitara a salir, sería frontal —advierte sin tapujos.

—Bueno, una preocupación menos. Soy casada y no podría aceptar.

Abre los ojos de par en par, asombrado.

—Mierda, ¿cuántos años tienes?

—Qué te importa —respondo rodando los ojos. Ríe de nuevo.

—Bueno, serás mi amor platónico y listo —replica tomándome el pelo. Lo estudio.

Tiene el cabello rubio, lacio, recogido en una coleta suelta que deja mechones fuera con descuido, quizá suelto roce sus hombros. Lleva puesta una camiseta blanca con botones abiertos enfrente y vaqueros gastados. Es guapísimo y super sexy, debo aceptar, pero no me atrae de esa manera, aunque sé que hace tiempo hubiese intentado salir con él, en definitiva.

—¿Entonces? ¿Planeas extorsionarme o secuestrarme? —indago entre en seri y entre no. Suelta la carcajada.

—Si necesitara el dinero eso sería justamente lo que haría, Desa, ya sabes, solo pienso en dólares y cómo sacarlos de forma fácil —dice indolente. Me cruzo de brazos.

—Ya, lo siento. Pero pudiste decirme que no estarían.

—No habrías venido.

—Eres listo —replico gruñona. Ríe de nuevo.

—Ya, no te pongas a la defensiva. Me caíste bien, independientemente de que tocas increíble, los niños me pidieron que te llevara con ellos.

—¿A dónde?

—Veo que traes ese auto —señala con la cabeza mi camioneta aparcada. Asiento arrugando la frente. *¿Qué mierdas tiene que ver?*—. Ahí vas de nuevo, pobre de tu marido —se burla.

El hecho de que lo nombre me pone nerviosa, cambio la expresión. Riah no tiene ni idea de dónde estoy ahora mismo.

—Cállate, qué tiene que ver eso —rezongo. Ríe con más ganas. Lo divierto, eso es evidente.

—Prefiero que lo dejes ahí mismo, podemos tomar un autobús y estamos en el lugar en diez minutos —explica.

—¿Por? ¿No te parece que esto es sospechoso?

—A dónde vamos no verán con lindos ojos ese auto.

—¿Es un sitio peligroso? —comprendo pestañeando. Se encoje de hombros.

—Digamos que es un sitio con menos suerte. ¿Quieres ir? Juro que no es malo, pero prefiero que tú lo juzgues —me desafía con los ojos azules bien puestos en los míos. Asiento decidida. Quiero ir. No sé por qué acepto, pero hay algo dentro que me grita que lo siga—. Bien. Mi coche está ahí —señala y abro la boca asombrada, es una camioneta último modelo, aún más costosa que la mía.

—¿Es tuyo?

Asiente mostrándome las llaves.

—Así que al terminar nos regresamos juntos y listo. Crees que estoy tras tu dinero, ¿eh? —se burla de nuevo. Parece que no se toma nada en serio. Bufo rodando de nuevo los ojos.

—Ya entendí, vámonos mejor —ordeno haciendo un gesto con la cara en dirección a la calle.

—Lo que usted ordene, *señora* —responde divertido pasando frente a mí. Le doy un empujón en el hombro. Casi no lo conozco pero me provoca hacerlo. Ríe y corre con la guitarra a cuestas—. ¿La *señora* tiene condición? —grita ya un trecho adelante.

Salgo tras él. No se detiene hasta la parada del autobús. En cuanto lo tengo enfrente lo vuelvo a empujar.

—Eres un idiota.

—Suelen decírmelo —admite agitado.

Como dijo, diez minutos después nos bajamos. La zona no se ve de lo más segura. Es increíble que con tan solo esa distancia las cosas cambien tanto de un barrio a otro. Observo mi alrededor atenta.

No me pone nerviosa, en la Ciudad de México hay lugares peores, pero la verdad es que no solía meterme en ellos, no soy estúpida o quizá un poco, al parecer. Nota mi actitud y me toma del antebrazo.

—No pasará nada, ya estamos a una cuadra —me informa. Hay basura en las calles, construcciones abandonadas, otras muy viejas y descuidadas, huele a orines y hay personas en las aceras acostadas, niños por ahí jugando. Nos miran sin disimulo. Paso saliva. Pero no me detengo—. Llegamos —y deja de caminar.

Alzo la vista y solo noto un edificio deteriorado, frente a nosotros una puerta de vidrio, protegida.

—¿Qué es aquí? —quiero saber sin entrar, aunque lo deseo porque afuera no se siente muy seguro que digamos.

Soy consciente de que por dentro puede ser peor y lo cierto es que no conozco a este chico. Si Riah supiera donde estoy me mata, lo sé. Aprieto los puños y el bolso a la vez.

—La siguiente vez que vengas, trae un bolso que no sea de marca y en general, tú vístete más normal —dice.

Arrugo la frente y me observo.

—Vengo normal —me defiendo. Niega divertido.

—Nada de lo que traes es normal, sencillo sí, pero no normal. Tu blusa es de marca, tus *jeans*, los tenis. Todo grita: «mírame tengo mucho y lo gasto en ropa». Es solo un consejo —se encoje de hombros, parece que suele hacer eso. Ruedo los ojos, pero asiento.

—De todas maneras, cómo sabes que regresaré —refuto. Me estudia ahora serio, con las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros rotos.

—Lo harás, ya llegaste hasta aquí, Desa —asegura, toma mi mano y entramos.

El ambiente se siente extraño. Saluda a varias mujeres con una enorme sonrisa. Estas se la regresan, aunque no sin escrutarme intrigadas. Unos niños pasan corriendo. No pierdo detalle. Todo es viejo, pero limpio.

Llegamos hasta un cubo de luz. La construcción cuenta con cinco pisos, noto. Le falta pintura y muchas cosas. Los niños se acercan a él y una mujer mayor, vestida informal, también.

—Steve, corazón —lo saluda. Este le sonríe alzando la mano.

—Traje ayuda —anuncia con suficiencia. Lo miró intrigada. La señora me tiende la mano. Es de tez oscura, ojos enormes, cabello rizadísimo y regordeta, grande. Se la doy sin saber qué hacer.

—Soy Lira, la encargada de este lugar —se presenta, alegre. Ya varias mujeres y niños de diferentes edades se arremolinan. De pronto reconozco algunos. Una de las niñas se acerca y me jala de la mano.

—¡Es ella, mamá! ¡La que canta y toca muy bonito como Steve! —exclama.

Nerviosa noto todo el alboroto.

—Es una casa de acogida para mujeres —me informa Steve. Lo miro sin comprender, sonriendo turbada. Lira sacude la cabeza reprendiendo con los ojos al chico que me trajo hasta aquí.

—Aquí recibimos a familias de mujeres que no tienen donde vivir —explica la directora del lugar. Abro la boca con asombro—. Así que la ayuda siempre es bienvenida… —quiere

saber mi nombre, entiendo por su gesto.

—Desa, soy Desa —digo sonriente, desconcertada, también emocionada. Todo a la vez.

—Steve nos contó sobre ti. Dice que podrías ayudar con los niños, que cantas muy bonito y tocas la guitarra —continúa y los demás, atentos, esperan mi respuesta.

¿Yo, ayudar con niños, tocar guitarra, cantar?

—Claro —me escucho decir sin pensarlo. Siendo consciente de todos esos ojos puestos sobre mí, caritas dulces animadas, esperanzadas y un nudo crece en mi interior, así como la sensación de estar haciendo algo que realmente podría valer.

—Oh, qué maravilla. Hay muchas cosas más que hacer. Pero ven, te muestro y te platico —propone alegre, enredando una mano en mi brazo, con confianza. No se siente raro, al contrario, me gusta. Yo soy abierta y me agrada que las personas se muestren de una—. Steve, corazón, los niños están en donde siempre, ya te esperan. Te buscamos cuando acabe de contarle y mostrarle todo a Desa.

El chico asiente y me guiña un ojo.

—Te gustará —asegura mientras se aleja con los niños jugando como si tuviese su edad. Las mujeres se dispersan, aunque no sin mirarme intrigadas aún.

Lira palmea mi mano.

—No te preocupes, son muy buenas, pero han pasado por tanto… Aunque están acostumbradas a recibir personas como tú que, de alguna manera, desean ayudarlas.

Pasamos las siguientes dos horas hablando y ella mostrándome el lugar. Los dormitorios son pequeños, alojan a varias mujeres y a sus hijos a la vez. Hay pocos baños, pero se las arreglan. Los donativos a veces son cuantiosos, pero nunca suficientes. Hay tanto por hacer.

Lira busca, junto con un concejo, que ellas aprendan algún oficio, que sepan valerse por sí mismas, sin embargo, llegan tan heridas y lastimadas, que es necesaria muchas veces asistencia médica, psicólogos, todo un equipo. Desde la que es golpeada, o violada, o la que es abandonada.

Hay tantas situaciones que enseguida me siento impotente. Con los niños se intenta que asistan a clases, pero no todos logran entrar y a veces hay que mantenerlos ocupados mientras ellas salen a trabajar, a sus consultas o aprenden un oficio fuera del lugar.

Es doloroso. No sé bien a bien yo en qué puedo serles útil, pero parece que ellos sí y eso… eso es mucho más de lo que he tenido en mi vida, así que acepto ser parte de ello a pesar de que sé que mi marido, si se entera, acabará por decepcionarse.

No entenderá cómo es que pretendo ayudar a los demás si no me ayudo a mí, si no sé lo que deseo de la vida, si lo único que hago es gastar el tiempo en cosas que no me darán nada.

Mientras escucho a Steve tocarles esa tonada y cantarles, al lado de una mujer que debe tener casi nuestra edad, decido que no importa, quiero intentarlo. Necesito hacerlo aun si eso a él le parece lo más estúpido que se me pudo haber ocurrido.

9. Zakariah

En medio de aquella reunión me encuentro disperso, cosa extraña, no permito que nada interfiera en mi trabajo, pero Desa siempre ha sido la excepción a todas mis reglas. Sonrío sin poder contenerme al evocar el fin de semana.

Todas esas horas a su lado fueron tan diferentes. No había en ella necesidad de agradar, lucía tan despistada y a la vez tan viva que, como cuando la conocí, me encontré atento hasta de su respiración.

La semana anterior fue extraña, espero que esta sea diferente por el bien de ambos. Lo cierto es que me alegró mucho que fuera hoy de nuevo a entrenar a ese lugar que si bien no es prestigioso o de esos sitios que sé que ella ahora frecuenta, si un sitio donde puede sacar todo lo que le moleste, donde no hay pretensiones, sino desfogue.

No puedo quitar de mi cabeza la excitación que me produjo verla mover sus puños como Melanie le enseñaba y la sonrisa de satisfacción que de sus labios brotaba. Pero cuando hoy al dejarla me dio aquella respuesta vacía sentí como si el castillo de naipes se viniera abajo.

No sé qué esperaba que me dijera… Que iba a retomar sus estudios, que tomaría algún curso, que iría a gastar su tiempo en algo más productivo. No lo sé. Pero ya no puedo esconder que me irrita el hecho de que pase los días así. Incluso tengo esta dolorosa certeza de que irá algún tiempo al gimnasio y luego encontrará un pretexto para no hacerlo.

La percibo a la deriva, inconstante, perdida.

Ya no insistió con el tema de un hijo. Con sinceridad lo esperaba el fin de semana, nunca lo mencionó. En realidad, su actitud también fue algo que me mantuvo en vilo. De pronto se quedaba perdida en sus pensamientos olvidándose de su alrededor. No se maquilló, básicamente y no insistió en ir a ningún sitio de moda, no se vistió como solía; con esmero y con sumo cuidado, sino que parecía más esa chica de hace un año.

En el cine, sé que no se enteró ni de qué fue la cinta, que algo ocupaba su cabeza y también sé que no era yo, como suele notarse. Lo cierto es que albergaba la esperanza de que fuese algún proyecto, algo que se le hubiese ocurrido, que ese letargo en el que se mantiene estuviese acabando.

Me resisto a pensar que Desa es esto, que su vida se reducirá a lo que este año ha sido. Simplemente me encoleriza y agobia porque por mucho que tengamos esto que tenemos ahora, no sé si podamos avanzar.

No me doy cuenta de que me preguntan algo hasta que Kyroh hace un sonido con su boca llamando mi atención, todos me miran. Mi hermano, desconcertado, me repite lo dicho y me involucro en ello sin remedio.

-*-

—¿Se puede saber por qué casi perdemos la licitación, Zakariah? —pregunta mi hermano, en mi oficina. Me acerco a unos planos y los leo sin mirarlo.

—Pero no la perdimos —replico corrigiendo algo que me salta.

—¿Todo bien con Desa? —inquiere. Ahora sí lo encaro, serio. Eso a él no le importa. Se cruza de brazos y aguarda.

—Es mi matrimonio, no tengo por qué hablar de eso contigo —zanjo esperando lo que

ahora dirá. Niega sonriendo.

—Entonces acerté. Te nubla la cabeza —asegura.

—Kyroh, mejor revisa el presupuesto que daremos. Debe contemplar todo —le recuerdo, aunque sé que no es necesario, mi hermano y los números parecen uno mismo, aun así, lo digo y regreso a lo mío.

—No es para ti, una mujer así no es para ti. Tú necesitas más que una cara bonita, necesitas alguien con cerebro. Fuiste un imbécil al perder a Rowe, ella es una mujer —dice con simpleza, pero logra que me hierva la sangre. Aprieto los puños, colérico. No soporto que hable de mi vida como si supiera qué es lo mejor.

Con Rowe jamás hubiesen funcionado las cosas, ambos estábamos demasiado rotos de la misma forma como para poder algún día tener algo bueno.

No puedo negar que pensé estar enamorado mucho tiempo de ella, pero al crecer eso se fue perdiendo. Yo le presenté a Mike y aunque no buscaba hacerla de cupido, supe en el mismo momento en el que se conocieron que ahí surgió algo, tal como a mí me ocurrió con Desa.

—Si vuelves a hablar así de mi mujer, no tendrás acceso a mi oficina de nuevo en esta empresa. Y si no quieres que me meta en tu vida, Kyroh, esa que cuidas tanto —murmuro acercándome—, esa que tapas, entonces no te metas con la mía. Respeto por respeto —rujo amenazador.

Su semblante cambia. Si cree que no conozco su secreto está absolutamente mal. Desa, hace meses que me lo dijo, supo ser discreta y jamás ha hecho mención a ello a pesar de que Kyroh ha sido un puto grano en el culo con ella, solo con ella.

Retrocede desconcertado, pero intentando ocultarlo, lo cierto es que lo conozco muy bien.

—¿De qué hablas? —objeta respirando un poco más rápido. Ladeo el rostro.

—Sabes de qué hablo. Así que ni una palabra sobre Desa y menos sobre esa estupidez con Rowe. Ambos estamos casados, mide lo que dices.

—Bien. Pero sabes que no miento. Algo te falta con ella, y si no lo admites conmigo, por lo menos admítelo para ti o te destruirás. Te lo aseguro —promete y se marcha sin darme tiempo de nada.

Me aflojo la corbata, abro los botones del cuello y me dejo caer en el sofá. Siento estas ganas ridículas de golpear algo, de sacar esto que circula en mi cuerpo. Este año esa sensación ha ido en decremento. Con Desa simplemente no impacta en mí la rabia, esa que me salvó y ayudó en tantos momentos, esa que me metió en situaciones lamentables.

Cierro los ojos buscando que de alguna manera mi cabeza se serene. Las palabras de mi hermano lograron su cometido, pero no puedo darle ese poder, soy mucho más fuerte que eso. Abro el baño, me quito la camisa con cuidado y comienzo a pegarle a esa pera que tengo colgada ahí.

La tensión va disminuyendo.

Estaremos bien, sé que no me equivoqué con ella, sé que está oculta tras capas de situaciones que desconozco, solo espero que logremos abrirnos lo suficiente como para que salga a la luz, como para que yo me atreva a narrarle mi pasado.

-*-

Llego a casa temprano, como prometí. Desa no está, noto en cuanto me estaciono. Tomo el celular, no hay ni un mensaje. En todo el día no ha mandado ni uno y eso… es raro.

No es la mujer acosadora que muchos tienen al lado, pero si dos o tres mensajes al día

por alguna tontería. Le quito importancia y entro. Awdry me recibe con un par de correspondencias.

—¿Desa salió hace mucho? —quiero saber mientras abro uno de los sobres.

—Después de hablar sobre el menú de la semana entrante, temprano, se fue y no ha vuelto —me informa. Asiento agachándome para levantar a Missy que no para de brincarme.

—Ey, espero que te portaras mejor hoy —le digo acariciándola.

—Sí, hoy ha estado muy tranquila —confirma Awdry. Sonrío satisfecho, parece que lo que Desa ha estado implementando está surtiendo efecto en la perrita, por lo mismo decidí que involucrarme era lo correcto. El primer paso debía darlo ella y lo hizo.

—Estaré arriba, el entrenador y Desa no deben tardar —señalo, dejo a Missy en el suelo y subo.

Me doy una ducha, me cambio de ropa y tomo el celular. Nada. Le marco ya un poco desconcertado. Me manda a buzón de una. Arrugo la frente cuando me avisan que el entrenador llegó. Bajo confuso. Si algo le ocurrió… Lo descarto, estaba con Camila, pienso en marcarle cuando la puerta se abre, es ella.

Me observa con una sonrisa que hasta ese momento no le conocía. Luce extraña, su semblante es una mezcla de emociones. Nuevamente no está muy maquillada, de hecho quizá un poco de rímel, su cabello sujeto por una coleta floja, parece haber tenido un día agitado.

—Buenas noches —dice al percatarse del dichoso entrenador que la mira intentando disimular lo mucho que le atrae. No lo culpo, sería un embustero, mi mujer es preciosa de muchas maneras, pero algo en ese instante la hace ver aún más hermosa. Tenso la quijada.

—Buenas noches —responde el chico. Desa le sonríe y se acerca a mí con disculpa en sus ojos, pero chispeando.

—Lo lamento —susurra y me da un dulce beso que me deja deseando más, para variar. Después va por la correa, engancha a Missy y nos observa a ambos, aguardando. Con un ademán le pido al entrenador que pase primero, lo hace y luego de Desa, salgo.

La caminata está llena de estrategias, preguntas y respuestas por parte de ambos. Desa escucha atenta, como haciendo nota mental de cada cosa dicha, pero yo solo puedo preguntarme por qué luce distinta.

Al regresar los tres hablamos con fluidez de todo lo concerniente a Missy, que se muestra alegre y más obediente que cuando salimos con ella el fin de semana. Desa sonríe todo el tiempo, amigable como suele, pero parece lejana, como si no estuviera ahí por completo.

De pronto me encuentro intrigado sobre en qué gastó su día. Al irse el entrenador, me sonríe inquieta y se disculpa argumentando que debe darse un baño. No lo pienso, subo tras ella. Al entrar descubro que ya ha dejado la blusa que llevaba en el sillón y anda con ese short y su sujetador, el cabello suelto.

Cierro haciendo ruido apropósito. Gira relajada y entra al baño.

—¿Tu celular no funciona? —pregunto excitado.

Carajo, así no podré averiguar nada, simplemente imposible. Se está quitando el rímel con un algodón.

—Sí —responde inmersa en su labor.

—¿Estabas con Camila? —inquiero y puedo jurar que se tensa un poco, pero asiente como si nada.

Me posiciono tras ella, mirándola por el espejo. Sus ojos se topan con los míos y deja de hacer lo que hace, de todas maneras ya no tiene nada el rostro. La escudriño despacio, recorriéndola con la mirada lentamente, me pierdo en el valle de sus senos y pasa saliva.

—Puede que se quedara sin batería, o algo —murmura con voz pastosa.

Eso que tenemos está en marcha, mi entrepierna lo exige, sus pequeños pezones endurecidos bajo esa delgada tela de su sujetador lo demuestran.

Apreso uno de sus senos acercándola de esa manera a mi pecho. Gime dejándose llevar, cerrando los ojos.

—Luces cansada —susurro bajando la cabeza para morderle con sensualidad una de sus orejas. Deja salir el aire. Se gira de pronto, se engancha en mi cuello y me besa con desespero.

—No me hagas esperar, Riah —ruega con fiereza. Rio sobre sus labios, la aprieto a mi hombría y niego.

—Jamás, mi sol.

La coloco sobre mi hombro, grita riendo y no me detengo hasta dejarla sobre la cama. Desabrocho sus pantalones, se sienta y baja los míos. Hay prisa, eso los dos lo sabemos, así que no pierdo el tiempo y medio vestido me hundo en ella con fuerza. Se arquea elevando la barbilla, emitiendo un jadeo ahogado.

Ese *algo* que me intriga, que me desconcierta, esa sutil diferencia en su actitud, me excita aún más que antes y eso ya es mucho decir. La hago mía con ansiedad y noto que lo agradece. Se aferra a mis brazos, beso su cuello, sus senos sobre la tela y no ceso hasta que los dos caemos saciados.

Me abraza recorriendo con suavidad mi espalda y siento su respiración en mi oreja. Cuido no aplastarla, es tan menuda que eso siempre me agobia.

—Podría quedarme aquí el resto de mi vida —susurra relajada. Alzo la cabeza, tiene los ojos cerrados, pero sonríe totalmente satisfecha.

También yo, definitivamente, pero no puedo hacer a un lado el hecho de notarle algo… diferente.

—¿Cómo fue tu día? —pregunto curioso. Me ve y sigue sonriendo, lánguida.

—Bueno, ¿y el tuyo?

Acaricio su cabello, su mejilla y luego vuelvo a buscar sus ojos.

—Bueno —repito sintiendo una extraña sensación en mi pecho, una inquietud pequeñísima pero que se aloja sin aviso.

10. Desa

Se ducha conmigo, aunque sé que él ya lo había hecho cuando llegó. No para de mirarme, busca algo y me debato entre decirle o no lo que hice. Lo cierto es que no quiero que ni siquiera Riah opaque lo que este día ha sido.

Conocí a muchas personas, me atreví a tocar un par de tonadas frente a más niños esta vez, algunas mujeres se acercaron al escucharme. Ayudé con labores del lugar, como en la cocina, a acomodar una habitación de recreación al lado de un par de niños mayores.

Lo pasamos bien porque, aunque al principio se mostraron recelosos, poniendo música en mi celular y tarareando algunas canciones que pensé podrían gustarles, logramos terminar hasta bailando.

Jackson, uno de ellos, con tan solo catorce años, ayuda a su madre con sus tres hermanos. Fue más difícil con él, tiene una mirada oscura, peligrosa y a la vez, cargada de tristeza, una que en muchas ocasiones me llevó a Riah, pero no me dejé amedrentar.

Es más alto que yo y él juró que eso me intimidaría cuando Lira le pidió ayuda. Lo cierto es que acabamos haciendo un equipo increíble cuando comencé a contarles acerca de mi país, entonces se mostró interesado de pronto, luego terminamos cantando y riendo por cualquier tontería.

Quiero regalarle una gorra, la que lleva es tan vieja, pero no deseo que piense que busco comprar su agrado, así que por ahora me iré con tiento. Noté, durante esas horas ahí, que falta leche en polvo, pañales, biberones. Así que de regreso pasé a comprarlos, al día siguiente los llevaré, ya están en mi cajuela.

Alimenté a un par de bebés y fue un momento tan dulce. Hacen unos ruiditos tan singulares y únicos que disfruté demasiado cargándolos y arrullándolos, aunque esto último no se me da bien debo admitir.

Platiqué con algunas mujeres y reímos juntas. Tienen situaciones tan complicadas y desoladoras. No todo me lo contaron, aun no hay confianza, pero no lo necesitan, se les nota en el semblante y duele saber a otras personas lastimadas, solas y hundidas de esa manera.

Al salir, Steve y yo nos fuimos juntos. Tenía tantas preguntas pero todas se atascaban en mi garganta. Sentirme una embustera era el sentimiento que ponderaba, el más fuerte. Teniendo tanto no había hecho nada. Necesito que eso cambie ya.

Mi pecho aún en este momento, con mi marido en frente, se siente pesado, estrujado.

Lo observo y me pregunto… ¿cuál será su historia? Sé que él creó esta compañía que tiene, que no siempre tuvieron el dinero que ahora poseen, ni la posición, pero no habla de su niñez, de recuerdos y bueno, yo tampoco lo hago con recurrencia, no los que tienen que ver con mi familia, esos duelen sobre todo los relacionados con mamá, porque con Graco pasé de todo.

Zakariah omite y evita cualquier plática que nos lleve a momentos de su adolescencia, de su niñez, solo me dice que no desea hablar de eso, que no hay nada que decir, pero sé que hay mucho, quizá tanto que por eso no me lo dice.

—Cuéntame algo de cuando eras niño, Riah —pido logrando con ello que deje de enjabonarme. Sus ojos se enganchan en los míos, ríe negando y luego me besa despacio robándome todo el aliento.

—En este momento no quiero pensar en ello, Des —argumenta sobre mi boca. Asiento sin remedio. Soy consciente de que esa sería su respuesta, solo deseo confirmarla. En este

momento me doy cuenta de que hay mucho más entre ambos de lo que creemos, sin embargo, mi mente vuelve al albergue.

La verdad es que no sé qué más pueda hacer, pero lo que sea está bien para mí. Por primera vez en mi vida me sentí en paz. Mis manos las percibo distintas, mi cuerpo ajeno, pero mi mente más llena que nunca. Es como si algo se estuviera abriendo en mi interior, como si un interruptor se hubiera encendido.

Ahora mismo con Riah enjabonando mi cuerpo desearía apagarlo, entregarme a él como hace unos minutos y es que entre más burbujeo más lo necesito, no se excluyen sino al contrario, es como si todo creciera a la par.

Le sonrío lánguida y es que contemplarlo es un deleite, es groseramente perfecto. Me pierdo en sus dedos, en la manera con la que tiene sujeta la esponja y la pasa por mi cuerpo con cuidado. En sus músculos marcados, en su piel oscura, en la anchura de su tórax, en sus brazos fuertes.

—¿Irás mañana al entrenamiento? —pregunta con genuina duda. Asiento despacio.

—¿Temes que aprenda y sea un peligro? —bromeo respingando cuando siento uno de sus dedos adentrarse en mí. Me sujeto a sus hombros mordiendo mi labio. Ríe abiertamente, negando, apretando mi centro. Jadeo.

—Podrías serlo —admite besándome con suavidad, mordisqueando ahora él mi boca con sensualidad.

—Ya lo verás —zanjo, sintiendo como adentra otro de sus dedos y ya no puedo respirar.

—Eso espero —admite y yo dejo de pensar.

-*-

Cenamos muertos de hambre, ya tarde. Continúa preguntando sobre mi día. Sé que no se la traga y hago una nota mental de marcarle a Camila para que me cubra por cualquier cosa.

Intento no mentir y mejor desviar el tema, le cuento que recibí un mensaje de Graco, ya está por regresar de China. Lo he echado de menos este mes, poco hemos podido hablar por los horarios, es mi cómplice eterno y necesito sacar todo esto que traigo dentro. No sé qué me dirá al respecto, es tan recto que puede darme una letanía o no.

Riah admite que el entrenador de Missy es bueno y, por otro lado, reconoce mi esfuerzo respecto a ella cosa que, sin que él sepa, me hace sentir extraña pero bien, bastante bien. Nadie suele reconocerme nada, al contrario, y eso me incentiva sin remedio.

Al tocar la cama caigo profundamente dormida a pesar de tener la cabeza atiborrada de pensamientos, solo soy consciente de que Riah, no sé cuánto tiempo más tarde, me acerca a su cuerpo, como suele y besa mi melena. Es su costumbre desde el primer día que dormimos juntos. Lo agradezco, porque es como si pudiese pasar lo que sea entre ambos, pero al final del día estamos juntos.

-*-

Vamos a entrenar, esta vez le pregunto a Melanie, mientras hacemos el calentamiento, si me puede enseñar un poco de defensa personal. Sonríe intrigada, pero asiente. Sé que eso podría servirme. Riah, al escucharme frunce el ceño y deja la cuerda del lado.

—¿Y eso? —quiere saber. Me encojo de hombros quitándole importancia.

—Uno nunca sabe, y si puedo aprender primero eso que lo otro, mejor, ¿no crees? —argumento, cándida.

—¿Segura?

Está en guardia, lo percibo. Comprendo en ese momento que si se entera de que voy hasta ese sitio hará un escándalo para que no regrese jamás, eso sin contar el sermón que me aventaría sobre mi madurez y no sé qué más. Lo leo tan claro que me felicito por no haberlo mencionado el día anterior.

—Zak, me parece inteligente, hoy en día todas las mujeres deberían saber defenderse —interviene Melanie.

Él no la ve, su mirada está sobre mí, pero yo solo le sonrío tranquila, aunque la verdad es que quizá debí buscar otro sitio para aprender o mencionárselo antes de soltarlo, pero estando ahí se me ocurrió y me pareció buena idea.

—¿Es eso nada más, Desa? —pregunta un tanto agobiado.

Es protector, eso lo tengo clarísimo, y me gusta, pero no lo tengo pegado a mí las 24 horas del día y tampoco quiero ser la damisela en apuros que no sabe qué hacer. Esto me dará un poco de seguridad, lo sé.

—¿Por qué otra cosa podría ser? —inquiero mientras Melanie nos observa.

—¿Tú dime?

Ruedo los ojos.

—No serás en casa el único que sepa defenderse, Riah —bromeo quitándole importancia.

—No necesitas defenderte en casa —objeta serio. Me doy cuenta de lo que dije y bufo. Está malinterpretando mis palabras.

—Sabes que no es eso lo que quería decir.

—Entonces di las cosas como son —gruñe irritado—. Nos vemos en un rato —dice y se dirige a donde suele entrenar. Lo observo sin entender qué le ocurre, no deseo volver a lo de la semana anterior.

—No te preocupes, Desa, mejor ven. No damos cursos como tal pero te puedo enseñar varias cosas. Aunque antes —y me tiende una cuerda—, a terminar de calentar.

-*-

Durante el camino a casa no dice nada, su silencio me desquicia, aunque no es de mucha palabra, lo cierto es que después de ese fin de semana creí que se había soltado un poco más.

—Llego a las seis, tenemos la cena con la Asociación —me recuerda lúgubre. ¡Mierda! Cierro los ojos dejando salir un suspiro—. ¿Lo olvidaste? —quiere saber aparcado frente a la casa. Niego mintiendo. Arruga la frente, inescrutable—. Bien. Te veo más tarde —se despide tomando su celular para hacer una llamada, se lo hago a un lado desconcertada.

—¿Qué pasa ahora? ¿En serio te enoja que quiera saber defenderme? Me parece absurdo, no te tenía en ese concepto —expreso irritada.

—Podrías haberme dicho que querías aprender.

—No lo había pensado —replico.

Ríe con sarcasmo, perdiendo la vista en el exterior un segundo.

—Imagina lo que pienso al enterarme de que necesitas saber defenderte. En primera, cómo quedo yo ahí. Y más con lo que dijiste…

—¡No fue esa mi intención! ¡Ya lo dije! —rujo.

—Pero sonó a eso y, además, qué quieres que piense si mi mujer de repente se le ocurre que debe saber defenderse… Y no, no me molesta que lo hagas, sería un idiota, me molesta que no me digas la razón.

—¡No te entiendo, Zakariah! ¡No quieres un bebé, no quieres que sea inmadura, quieres

que diga cosas coherentes, que eduque a Missy pero cuando empiezo a elegir algo, te pones así! ¡Vete a la mierda! ¡Esto no se trata de ti, sino de mí! ¡Estamos casados, pero es mi puta vida! —bramo fuera de mí y salgo azotando con fuerza la puerta.

No va tras de mí, él es así, escucho el auto alejarse. Siento el nudo en la garganta, pero no permito que me gane. En cambio, busco ropa que no sea de marca, algo básico, lo encuentro después de hurgar y notar que tengo cientos de trapos inservibles para lo que deseo hacer.

Pienso en la cena de esa noche y piso con fuerza el suelo, irritada. Detesto ese tipo de tonterías, aunque no lo pase mal, son odiosas; debo medir mis palabras, cuidar mi comportamiento, sonreír accesible todo el tiempo, ser una mujer agradable y, en ese instante, de lo último que tengo ganas. Eso sin contar en el arreglo que me quita horas de lo que sí deseo hacer.

-*-

Llego al mismo sitio que el día anterior. En el camino me entra una llamada de Camila. Recuerdo lo que pensé sobre alertarla.

—¡Ey! Tú, por qué no sé nada de ti —pregunta al contestar. Desde el martes que no la veo.

—Hola, Cam. Lo siento, estoy en varias cosas y… necesito un favor —suelto enseguida.

—Ajá, un favor. ¿Qué favor, Desy? Acá las chicas preguntan por ti.

No sé si explicarle, pero ya estoy por llegar con Steve, así que decido que será después.

—Si te llama Zakariah para preguntar por mí, o algo… Dile que has estado haciendo movimientos en el estudio de Yoga y que te he ayudado, ¿*OK*?

—*OK*… Pero no me dejarás así, mujercita, ¿por qué le debo decir eso a tu perfecto marido? ¿En qué estás, Desa? —exige saber. Río.

—Nada malo, lo juro. Luego te cuento, solo hazme ese favor. Anda, Cam, yo siempre te cubrí.

—¡¿Tienes un amante, Desa Parra?! —grita divertida. Sabe bien que Riah es más que todo para mí.

—Miles, ya sabes, se me da eso —espeto siguiéndole el juego. Tuve varios novios antes de Riah, pero la verdad nada importante.

—Lo imaginé, aunque con ese hombrecito en mi cama yo no podría pensar en otros —asegura.

Siempre dice algo así. Tiene novio, uno que ama y con el que comparte los mismos gustos, aficiones, ideologías. A veces los observo y siento un poco de envidia, se acoplan sin problemas, algo de lo que no puedo presumir, no siendo tan opuestos.

—Pues ya ves… —continúo.

—Está bien, pero luego me cuentas, no te vayas a hacer la tonta.

—No es nada.

—Asumo que hoy no vendrás tampoco.

—No, pero te busco para ir en estos días.

—¡Mas te vale!

-*-

Steve ya está ahí, toca la guitarra en la banqueta. Lo escucho atenta, después de unos segundos me siento a su lado, aunque con cierta distancia. Recargo la cabeza en el alambrado y cierro los

ojos.

No se detiene hasta que acaba la tonada y se lo agradezco porque lo ocurrido con Riah aún me tiene agobiada, aunque la semana pasada también tuvimos enfrentamientos de ese estilo, nunca le había dicho todo aquello que la verdad considero que es cierto.

Mi pecho con cada cuerda que toca se va liberando, relajando.

—Creí que después de lo duro que estuvo ayer, no vendrías —dice despacio.

—Ya ves —respondo y me levanto un segundo después. Saco lo que compré de la cajuela y le tiendo dos bolsas. Alza las cejas, pero las toma—. ¿Qué? —pregunto cerrando el auto.

—Nada, es solo que no me esperé que tan rápido te involucraras.

—¿Está mal llevarles eso? —quiero saber de pronto.

—No, para nada. Todo sirve, dinero, cosas, ayuda. Todo es bienvenido.

—Quiero seguir viniendo, deseo hacer algo por ellas —expreso mientras caminamos rumbo a la parada.

—El tiempo que les des, es mucho para su situación, así que da lo que puedas, solo ve con calma. Esas mujeres como llegan se van, a veces no son tan fáciles, otras nos gustaría involucrarnos de más y tampoco es bueno. Guarda la distancia, pero sé buena con ellas.

—¿Te ha ocurrido algo? ¿Por qué lo dices?

Me sonríe negando.

—No, es solo que me parece importante que lo sepas. Llevo viniendo más de dos años. Nunca había traído a alguien aquí, pero no sé, me pareciste adecuada sin conocerte, así que siento la obligación de decirte las cosas sin maquillarlas.

—¿Todos los días vas?

—No todos, a veces no puedo, pero sí, lo intento.

—¿No trabajas, o estudias?

—¿Tú no trabajas, o estudias? —me la regresa arqueando una ceja. Suspiro evocando de nuevo la discusión de la mañana, pierdo la atención en las calles, ya arriba del autobús.

—No.

—Yo tampoco —dice sin ahondar.

—Vives con tus padres —asumo.

Su semblante se tensa un poco.

—No.

Asiento comprendiendo que no desea hablar más, pero el silencio me incómoda.

—Yo estudiaba antes de casarme, soy de México —comienzo, eso capta su atención enseguida. Le cuento muy por encima mi vida el último año y lo mucho que detesto esa carrera en la que me metí sin pensarlo. Me escucha atento, sin juicio en su mirada.

—¿Y sabes qué sí te gustaría hacer? —pregunta interesado. Ya estamos llegando. Río.

—Esa es la gran cuestión. No, no lo sé —admito desviando la mirada, agobiada.

—Yo creo que sí, pero temes reconocerlo —asegura. Sonrío intrigada, le doy un leve empujón.

—Eres un sabiondo…

Se encoje de hombros, relajado.

—Podría decirse —se burla. Ruedo los ojos.

—Y presumido, además —señalo tranquila.

-*-

Doy lo que compré a Lira y lo agradece. Steve se va con varios niños más tarde al lugar donde

nos conocimos y yo prefiero quedarme para ayudar en otras cosas por ahí. Lira tiene un enfrentamiento con una de las mujeres, así que decido irme al área que acomodamos el día anterior.

Una de las residentes entretiene a varios pequeños, me acerco y ofrezco mi ayuda, la acepta con agrado y pronto nos encontramos inventando juegos para distraerlos. Ella no tiene hijos, pero huyó de su casa, algo macabro ocurrió, lo noto en sus ojos, en su actitud, pero no insisto.

Lira me lo dijo el día anterior: «escucha solo lo que deseen decirte e intenta no dar consejos si es muy grave, para eso está el psicólogo». Steve también me lo advirtió horas atrás, así que solo le sonrío y coloco mi mano sobre la suya. Me devuelve el gesto y sé que eso ayudó más que cualquier cosa que hubiese podido decir.

Cantamos, dibujamos y hacemos algunas cosas más. De pronto Jackson se asoma, luce cansado. Le sonrío, él solo asiente, es como si hubiese ido a verificar que estuviera ahí. Parece mucho mayor, pero me provoca ternura sin remedio.

—Ven, estaba por ponernos a bailar.

—Es ridículo —desdeña serio. Su cabello bien rizado, sus labios gruesos, su tez oscura, todo él es un adolescente que sé que cuando crezca arrebatará muchos suspiros.

—Y tú no lo eres, obviamente —replico. La joven que está a mi lado nos observa interactuar, curiosa.

—Obviamente —repite.

—Entonces ven, podría dejar que nos enseñes algunos pasos —propongo. Me escudriña con los ojos a media asta.

—Mejor los veo —se rinde y entra.

Al final no sabía ni yo que tenía facilidad para inventar pasos, pero los mantengo interesados y así pasamos un rato. Al acabar, Louisa, la chica con la que comparto ese espacio, los pone a dibujar. Jackson me observa, me acomodo a su lado cruzando las piernas y entorno los ojos.

—¿Debe darme miedo esa mirada? —pregunto.

—No, pero no entiendo qué haces aquí —expresa. Suspiro torciendo los labios.

—Cuando yo lo averigüe, te lo diré —respondo sin dejar de verlo. Asiente despacio.

—Tú no tienes necesidad, eso se nota. ¿No te conviene mejor estar en tu vida bonita?

—Guou, tranquilo, Jackson —lo detengo abriendo los ojos ante la rabia que percibo. Baja la guardia y se agacha.

—Lo siento.

Sin importarme lo que me dijeron tanto Lira como Steve, coloco una mano sobre la suya. Alza la mirada atónito.

—No importa, entiendo lo que piensas. Y sí, quizá tenga una vida bonita, como dices, una… que tal vez no he sabido aprovechar —admito más para mí que para él.

—Te hartarás y no regresarás —determina. Frunzo el ceño. Por qué coños todos piensan eso siempre de mí, ¿acaso tengo la palabra *inconstancia* tatuada en la frente? Aprieto los dientes, pero enseguida me recuerdo que él lo debe decir por otros motivos.

—Solo sé que ahorita es aquí donde quiero estar —murmuro decidida. Asiente mirándome de una manera extraña—. Mejor dime, ¿no vas a la escuela?

Su gesto cambia y desvía la mirada.

—Perdí este año, mi mamá me necesita aquí mientras ella trabaja. Las niñas no pueden estar solas.

—Qué año perdiste.

—Noveno.

—¿No hay manera de recuperarlo?

—No quiero hacerlo. Así estoy bien —argumenta reacio. Asiento sin presionarlo y juego con una hoja que tengo entre mis manos.

—Entiendo.

—Lo dudo. Pero yo sacaré a mi mamá y mis hermanas de ésta. Ya verás —asegura y se aleja sin permitirme decir nada más. Louisa se acerca, se sienta a mi lado y resopla.

—Aquí nada es fácil, señorita —dice suspirando. La miro de reojo.

—Ya lo veo. ¿Cuántos años tienes? —le pregunto de vuelta.

—Cumplí dieciocho hace unos meses.

—Tampoco acabaste tus estudios… —asumo. Sonríe orgullosa.

—Los terminé, tenía un trabajo también. Solo que… tuve que dejarlo todo.

No me dirá más. La confianza es algo que se logra con el tiempo, pero también con los actos, entiendo en ese momento. Inevitablemente esto me lleva Riah. Hay cosas que no nos decimos, que evitamos… No es solo él, soy yo. No quiero que descubra lo que en realidad encierro, esta mujer sin pasión, sin convicciones que fue un estorbo, que nunca ha hecho nada que valga la pena, lo perdida que me he sentido y la manera en la que vivo y enfrento todo.

Ayudo a limpiar algunas áreas, comienzo a entablar plática con más mujeres. En general me dicen cosas, pero no ahondamos, prefiero ir despacio, después de todo eso no hace la diferencia en lo que deseo.

Cuando menos me doy cuenta estoy ayudando a lavar ropa y canto junto con otras dos mientras bailamos, riendo. Lira llega, supongo que al escuchar el alboroto y ríe. Le cedo el micrófono jugando y lo toma siguiéndome la corriente. No se sabe la canción, pero finge hacerlo. Una buena dosis de distracción es lo que logro y me siento exultante.

Cuando estoy por irme, pues debo cambiarme para el dichoso evento, Lira me detiene mirándome con fijeza.

—Hoy hiciste con ellas muchísimo; reír cura y creo que puedes ser una buena medicina para este lugar, Desa. No te conozco, pero he visto mucho en mis años aquí, espero que para ti también sea este lugar tu medicina. —Me toma por los hombros y besa mi frente—. Aquí siempre tendrás las puertas abiertas.

—Gracias. Quiero seguir viniendo.

—Entonces hazlo.

Debo irme y Steve no llega, Lira nota mi temor y le pide a Jackson, que al parecer es el más grande de los chicos ahí, que me acompañe.

Lo hace siempre atento al entorno. Tiene una manera de caminar que me lleva tanto a mi marido, es como si bailasen, con los hombros marcan el territorio, proyectan seguridad y advertencia. Noto que saluda con un ademán discreto a unos chicos que están en la acera de enfrente, en una esquina. No parecen confiables.

Aprieto los puños al imaginar que él tenga que ver con personas peligrosas, cuestión muy probable.

—No se acercarán, vienes conmigo —murmura.

—No es eso lo que me preocupa —admito sin verlo, aunque soy consciente de sus ojos sobre mi cabeza, pero no dice nada.

Llego a casa casi con el tiempo justo. Agitada, tomo uno de los vestidos que nunca he usado y que aún tiene etiqueta, reviso los accesorios a ver cuál le queda y de pronto me siento una

embustera.

Cómo puedo tener todo eso y ellos apenas si para meterse en la boca. Una sensación incómoda me recorre, una que atina justo en el medio del pecho.

Zakariah, a lo largo de ese año, me ha regalado varias joyas que no tengo idea de su valor, pero que sé es elevado.

Tomo un collar que brilla y lo observo fijamente, ¿cómo puedo ser tan doble? Me cuestiono. Yendo a aquel lugar donde encuentro esa paz que no sentía desde hace tanto tiempo o quizá nunca, sintiendo que soy yo sin restricciones porque ahí no importa lo que quiero de mi vida, lo que deseo ser, si soy buena para algo o no, ahí solo necesitan ayuda y eso sé que puedo darlo. Pero también dinero, dinero que tengo.

Dejo eso en su lugar con descuido, voy a mi teléfono, busco el nombre del albergue, alguna cuenta debe de tener, un sitio para hacer depósitos y donaciones.

Me estoy tardando más de lo que espero. Al fin lo encuentro, su página web es tan escueta… pero encuentro datos que me sirven. Quiero hacerlo pero no deseo que sepan que fui yo.

Anoto toda la información, mañana por la mañana buscaré un banco y haré un depósito sacando dinero de esas cuentas que Riah paga cada mes, esas en las que me transfiere cada semana una cantidad. No tengo muchísimo, pero me da más de lo que puedo gastar y evitar alguna banalidad no me hará daño, en cambio ellos lo necesitan de verdad.

Me dejo el cabello suelto marcando algunas ondas para que se vea despeinado pero a la moda. El vestido dorado con blanco, que me llega arriba de la rodilla. Solo necesita un brazalete de oro que coloco sintiéndolo ridículamente pesado. Me maquillo mientras escucho *Heavenly* de uno de mis grupos favoritos, *Cigarettes after sex*, en el reproductor de la habitación.

Mi sangre bulle de una forma tan absurda que, si no pongo algo así que me distraiga, saldré corriendo. Canto la letra con cuidado mientras aplico el rímel, eso me tranquiliza.

No suelo hacerlo pero en ese momento no puedo evitarlo. Tantos interruptores dentro de mí accionados es imposible apagarlos. De pronto mi piel se eriza, giro y noto a Riah cruzado de brazos, recargado en el marco de la puerta, observándome de una forma que me deja noqueada.

Dejo de cantar.

Frunce el ceño no sin antes pasar sus ojos por todo mi cuerpo que reacciona sin remedio. Puedo odiarlo por ello, debería obedecerme pero no, lo idolatra y responde con su sola presencia, aun así, no me muevo y le sostengo la mirada.

—No sé qué me pone peor, que dejaras de cantar de esa manera o tú, vestida así —murmura con voz rasposa.

No respondo, eso es raro en mí, así que acorta la distancia, enreda una mano en mi nuca y me besa con arrebato. Mi mente se desequilibra, su sabor me invade como siempre y me sosiega.

Rodeo su cintura pegándome más a él. El beso se prolonga más de lo que imagino. Estamos hablando en el lenguaje que sí sabemos manejar, puedo sentirlo con total claridad y lo acepto. Gime y se aparta, respirando tan rápido como yo.

—Lo que ocurrió por la mañana —empiezo, pese a esta excitación que me recorre no logro dejar del lado eso.

Niega sobre mi frente.

—Si tú dices que es solo porque lo deseas, entonces es por eso. No debí reaccionar así. Solo me preocupé de que algo estuviese ocurriendo y no me lo dijeras, pero confío en ti. Lamento presionarte tanto, Des —susurra dejándome muda y… un tanto culpable.

Por un momento abro la boca para contarle lo que ha estado ocurriendo, pero después me

repliego. No logro dar el paso por miedo al juicio que haga al respecto, a lo que piense de mí y lo vea como una estúpida locura, que con ello confirme sus pensamientos sobre mí. Sonrío asintiendo y rozo sus labios de forma fugaz.

—Llegaremos tarde —solo puedo decir. Se aleja, me mira intensamente, sonríe de lado y me deja sola. Suelto el aire contenido.

¿Qué me ocurre? Regreso a lo mío enseguida, agobiada.

—Me gustaría escucharte cantando más seguido, eres buena —dice asomándose al baño de nuevo y se va. Sonrío ante esas palabras, me miro en el espejo y noto mis mejillas sonrosadas. De alguna manera el que él sea quien lo dice me hace sentir bien, de todas formas, ya no lo hago.

Durante la fiesta pasamos poco tiempo juntos, solo cuando cenamos, aunque no me quita los ojos de encima y soy bien consciente de ello. Conversa con hombres y mujeres que ya he visto muchas veces, yo lo hago también sin problemas. Rowe se acerca cuando hablo con una de las chicas con las que almorzamos, me recuerda que al día siguiente nos veremos en el restaurante de siempre.

—No podré ir, lo lamento —me excuso tomando un trago de vino.

—¿Y eso? ¿Qué harás? —cuestiona la recién llegada, después de saludar a Lila. La observo, sonriendo.

Suele ser así; un tanto intrusiva y siempre he notado que es más conmigo que con las demás. Sé que conoce a mi marido desde hace mucho tiempo, que se llevan bien, pero nunca he deseado ahondar sobre ello con ninguno de los dos, no quiero parecer entrometida o celosa. Ella está con Mike y sé que se quieren muchísimo.

—Ir a alguna tienda a comprar ropa, ¿no, cuñadita? —interrumpe Kyroh, a mi lado, rodeando mis hombros a manera de saludo.

Odio que me vea de esa manera tan banal. Suelo responderle con una sonrisa y mandarlo a la mierda dándole por su lado. Esta vez tengo ganas de aventarle la copa de vino en la cara y callarlo.

En cambio, lo observo reflexiva. Tan parecido y distinto a Riah. Él más extrovertido, más «accesible», menos corpulento, aunque fuerte y con el cabello no tan corto como mi marido, aunque casi. Habla más, sonríe más, pero no me atrae, nunca sucedería. Le falta ese misterio en los ojos, esa mezcla de cosas que me genera su sola presencia. Le falta su manera de moverse, ese peligro que exuda, porque aunque Kyroh puede ser un acertijo, también notoriamente seguro, no sería jamás mi tipo.

Por otro lado, ¿qué he hecho este tiempo para que todos vean en mí lo mismo que en mi vida anterior? Me pregunto de pronto. Kyroh me devuelve la mirada, intrigado, sonriendo de esa manera tan suya. Es cínico.

—Hola, Rowe —escucho a Riah, al tiempo que le quita la mano a su hermano de mi hombro y me acerca a él por la cintura—. Kyroh —lo saluda.

—Zakariah —responde sereno, aún nos miramos.

—Hola, Zak —lo saluda Rowe, sonriente—. Nos decía Desa que mañana no podrá asistir al almuerzo de los miércoles.

¡Mierda! Mi marido se encoge de hombros sin darle importancia.

—Algo más debe tener que hacer —responde con simpleza.

—Es justo lo que yo decía —dice Kyroh.

Salgo de mi ensoñación y le doy un trago a la copa. Veo en él más de lo que los demás ven, pero no me interesa usar eso para molestarlo, jamás lo haré, en cambio sonrío juguetona.

—Parece que me sigues, Kyroh —contraataco guiñándole un ojo—, pero esta vez no es

eso, aunque no suena mal —acepto ligera, con tono superfluo.

—¿Me perdí de algo? —interviene mi esposo. Niego serena.

—No, cariño. Voy al tocador —y me alejo desconcertada por todo lo que en mi cabeza sucede.

No me siento tan en *mi elemento* como antes. No era que me gustaran esos eventos, pero solía sentirme a gusto. En ese momento lo único que quiero es irme, cuestión imposible. Ya cenamos pero falta el momento donde se da el discurso y se agradece la ayuda para las personas con cáncer y las empresas que participaron en ello.

Sentados, listos para escuchar a los encargados de la asociación, Riah se acerca a mi oído y deja una estela que eriza mi piel.

—¿Cariño? —pregunta. Jamás le he dicho así. Lo miro de reojo, sonriendo.

—Todos hablan así aquí, ¿te molesta? —inquiero bajito.

—Prefiero que no seas como los demás, me gustas como eres —determina y acerca su mano, con movimientos discretos hasta mi entrepierna. El calor emana enseguida. Los invitados están atentos a lo que se dice. Me muerdo el labio sintiendo esa presión en el vientre que solo él genera.

Su dedo roza ese punto bajo el vestido logrando que me tense y se quita segundos después. Respiro al fin, ríe y regresa su atención al pódium, mientras yo tomo grandes tragos de agua.

Esos juegos no son recurrentes, pero no es la primera vez que lo hace, o yo a él. Solo que en esta ocasión me siento tan extraña que no me atrevo a llevar las cosas a un punto como ese, no me reconozco.

Llegamos un poco después de medianoche, no doy ni un paso rumbo a las escaleras cuando me toma en brazos, me mete al sanitario que está en la entrada, levanta mi vestido, yo bajo su cierre, me recarga en el lavamanos y entra en mí de una. Grito aferrándome a él, a la encimera, mientras él ruge en mi cuello con bravura.

Ya en la cama, después de haberme llevado en brazos hasta la habitación, y que me quitara el vestido, desmaquillada y desnudos con su cabeza descansando sobre mi pecho, como muchas veces hace, se yergue, lo miro somnolienta.

—Desa… esa guitarra en la habitación, ¿por qué la trajiste? —quiere saber tomándome por sorpresa. Durante todo este tiempo no lo había preguntado. De pronto recuerdo que sigue en el auto. Me pongo nerviosa enseguida, lo nota pero no se mueve, espera.

—Porque sí, también traje otras cosas —respondo con simpleza, acariciando su hombro. Entorna los ojos.

—¿Por qué nunca te he escuchado tocarla? —quiere saber. Paso saliva.

Un recuerdo se abre camino y evoco las ocasiones en que mamá me pedía que callara. No fueron muchas porque era algo tan íntimo que no solía hacerlo. Una de ellas me animé y con el instrumento en brazos fui hasta su habitación juntando todo ese valor que ahora no tengo, y le dije que deseaba mostrarle algo que compuse.

Graco estaba ahí y me miró fascinado, en cambio ella se levantó a la mitad de la canción pues su teléfono sonaba, posó una mano en mi hombro pidiéndome silencio para poder contestar

—Algún día podrías ser buena, pero dudo que suceda, pronto se te pasará y la dejarás arrumbada, como todo —murmuró y salió de la habitación. Graco se acercó a mí, agobiado.

—Sigue, a mí me gustó mucho. Es como triste —dijo incentivándome, pero me negué y me fui a mi recámara, dejé el instrumento en el closet y falté a varias clases con aquel profesor, de no ser porque él me buscó e insistió, no hubiese continuado. Después dejó la escuela y con

eso mis ganas disminuyeron, tal como ella dijo.

-*-

—No sé hacerlo muy bien, me daría pena —argumento con sinceridad. No podría tocarla frente a él, lo tengo muy claro.

—¿No has pensado en tomar clases? —propone. Enseguida mi mente se va por un camino que últimamente me mantiene en vilo. No puedo estar segura del sentido que tienen sus palabras, pero de inmediato siento que busca en que ocupe mi tiempo.

—No, no me interesa —replico con tono seco. Asiente y se acuesta sobre mí de nuevo. No hablamos por un rato en el que mi mente no deja de pensar, pero sé que él ya comienza a adormecerse.

—Si lo haces como cantas, me estás mintiendo —murmura, pero no se levanta, en cambio puedo notar como cae profundamente dormido. Siento el pecho pesado, observo su cabeza, agobiada.

10. Zakariah

Despierto al alba. Faltan un par de horas para ir a entrenar. Me froto los ojos y noto de nuevo su ausencia. Me dejo caer sobre el colchón, resoplando. Pierdo la mirada en lo que se puede distinguir de la noche a través de las ventanas, no corrimos las cortinas, no hay quién fisgonee desde ahí.

Evoco todo lo ocurrido y ya no sé qué pensar. Luce distinta, no solo en lo obvio sino mucho más allá. Sus ojos no son como suelen, sus maneras, sus respuestas, aunque la siento más pasional en estos días que en todo el tiempo que llevamos casados y es que, aunque siempre hemos sido muy activos sexualmente, ahora no puedo estar fuera de su cuerpo de la forma más literal que existe.

La mañana fue una patada en el culo después de esa discusión en la que al cabo de las horas le di la razón. Fui más allá y no debí.

Ella está haciendo un esfuerzo y no puedo pedirle más, no tengo derecho. Compartimos la vida, no puedo hacer que la viva como yo lo deseo.

El resto del día no supe nada de mi mujer, solo le pregunté a Awdry, como el día anterior, si había ido a casa. La respuesta fue la misma: estuvo fuera. Más de una vez estuve tentado en buscar a Camila, me abstuve, eso sería una absoluta intrusión y el tema no era ella, sino yo.

¿Qué quería de Desa? Si no era lo que esperaba ¿por qué no me alejaba y terminaba con ello? La respuesta llegó mientras tomaba café en mi oficina y contemplaba una foto suya. La tomé entre mis manos y pasé un dedo por su rostro.

No podría, no puedo, es más fuerte que yo, mucho más y ya no logro imaginar un día sin sus ojos, sin sus arrebatos, sin sus sonrisas u ocurrencias, no quiero, pero temo dañarla.

Provengo de situaciones tétricas, espantosas, he visto cosas que jamás hubiese querido presenciar e hice, en mi adolescencia, otras que me perseguirán por siempre. Soy duro, he creado una coraza alrededor de mí que puede estarla dañando con mis exigencias, con mis expectativas.

Sin embargo, por mucho que intento, más que eso es la desesperación que me genera percibir en su interior miedo a dejarse fluir, a mostrarse. Pese a parecer que lo hace sin problema y, tengo esta certeza de que cuando eso con lo que se protege, caiga, encontraré lo que siempre he tenido la seguridad que es.

Por otro lado, cómo puedo pretender que se muestre cuando yo no lo hago, lo cierto es que no me siento listo para hacerlo aún. Duele, además, es algo que deseo enterrar por siempre, que no quiero que me determine, aunque lo hace sin remedio.

Me levanto para traerla de nuevo a la cama. Voy al sitio donde la encontré la semana anterior. No está, pero estuvo ahí, noto por los audífonos y el foco del *laptop* titilando.

Abro los otros dos cuartos, nada. Bajo despacio. Es tan atípica que podría encontrarla dormida en el lugar más extraño, ya fui testigo de ello, pues al inicio me agobiaba. Con el paso del tiempo comprendí que así era Desa; difícil para dormir.

Atino, está sobre la repisa de la cocina, con las piernas enrolladas por sus brazos, la cabeza recargada ahí en dirección al jardín.

Suspiro, lleva mi camiseta y su braga, noto pese a la oscuridad. Sacudo la cabeza contemplándola por un momento. En serio esto no está bien, pero se ve tremendamente mujer y dulce ahí, me genera intriga y ternura a la par.

Me acerco, acaricio su cabello, no se mueve, debe estar ya dormida. La tomo con cuidado

y la arrullo como a un bebé cuando se remueve. La camiseta deja poco o nada a la imaginación logrando con ello que bese su frente.

Siento demasiado por esta mujer, siento todo en realidad, comprendo cuando la arropo calentando su cuerpo frío.

Despierto más tarde y ella descansa a mi lado. No sé si sea buena idea con las pocas horas que durmió, preguntarle si irá al gimnasio. Decido que no y me dirijo al baño. Al salir la veo somnolienta vistiéndose. Tiene ojeras, el cabello enmarañado.

—¿Pensabas ir sin mí? —me recrimina haciéndose una coleta.

—Te encontré en la cocina, dormida —le respondo con suavidad. Me mira por encima del hombro, turbada. Sé que le apena esa atípica costumbre.

—Lo lamento —murmura y se sienta en uno de los sofás para ponerse los tenis. Me acerco e hinco frente a ella, acuno su barbilla y me mira. No trae buena cara, podría jurar que incluso lloró, solo que jamás, desde que nos casamos la he visto hacerlo, aunque no lo deshecho.

—¿Estás bien? —pregunto con suavidad. Asiente, besa mis labios de forma fugaz y sigue con lo suyo—. Si estás cansada, ve mañana —propongo. Niega con firmeza.

—Puedo ir —determina anudando su tenis.

—Bien, te prepararé algo que te de energía —propongo un tanto perdido.

—Mientras no sea esa cosa verde, estará bien —replica sonriéndome al fin. Asiento sin remedio.

Habla poco y parece lejana. Al llegar enseguida comienza con lo mismo que los otros días. No se da tregua, noto, y no puedo dejar de sentir cierta culpa; yo le dije que temía que no fuera constante y ahora trata de darme un revés. No sé si sentirme mal u orgulloso por esas ganas que tiene de mostrarme lo contrario.

-*-

La dejo en casa, me besa y se baja como si tuviese prisa. La observo entrar arrugando la frente. *¿Qué está pasando?* Me pregunto desconcertado.

Tengo una cita con mi madre en una hora, así que no puedo quedarme ahí haciendo conjeturas. Cuando llego, puntual como es mi costumbre, ella está leyendo algo, atenta en su celular.

—¿Ya viste, hijo? Estos imbéciles de Newman ahora sí les interesa la cosmetología natural, lanzarán su propia marca.

Así es su saludo en aquel restaurante donde a veces nos encontramos cuando se trata de negocios. Kyroh y yo, somos socios en su empresa, pero yo reviso el status de los nuevos productos, así que solemos hablar cosas de trabajo de manera formal, nos funciona. Tomo el celular y leo, ya lo sabía así que asiento y se lo devuelvo.

—No te preocupes, su línea orgánica es de baja calidad, no pelea contra la tuya. Jallow difícilmente se vería afectada por ese tipo de empresas que incursionan en la cosmética natural después de haber estado todo este tiempo usando animales para sus pruebas —argumento.

Sonríe y le tiendo información al respecto, me mira con orgullo.

—¿De dónde mierdas sacaste eso?

—Tuve suerte —me encojo de hombros.

Jallow es su trabajo de años y aunque soy accionista minoritario, es su patrimonio, no permitiré mientras pueda que la empresa se vea afectada por terceros.

—Eres de peligro, Zakariah —ríe leyendo—. Aunque eso siempre lo he sabido, desde pequeño no pierdes detalle —asegura mientras yo aprovecho y le doy un trago al café que me

acaban de servir y pierdo la atención en las personas del lugar, aunque mi cabeza viaja hasta Desa.

No suelo perder detalle, eso es verdad, veo mucho más allá de lo que se puede distinguir a simple vista, pero con ella… con ella no lo sé, nada de mí aplica cuando de mi mujer se trata y eso me fascina tanto como me descontrola.

Mi vida se rige por pasos certeros, en los negocios me ha servido bastante, en muchas cosas más también, en mi esposa, jamás.

—Parece que algo te preocupa. ¿Va todo bien en las empresas? —indaga escrutándome. Asiento sereno—. Kyroh me dice que te ha notado algo ausente, cree que es por Desa.

—Kyroh es insolente cuando se trata de ella.

—No miente, lo sabes —musita con su voz honda, dándole un trago a su expreso—. Él nunca lo hace —me recuerda y es que es verdad, es reservado, nada más, pero no por eso tolero sus impertinencias.

Dejo la taza irritado sobre la mesa, ¿por qué no paran con eso?

—Tengo casi treinta años, sé lo que hago y lo he demostrado. Quiero que paren con esto. Desa es mi esposa, la mujer que elegí les guste o no. Son mis decisiones, no suyas, madre —rujo por lo bajo, con advertencia.

Con modales elegantes que ha aprendido hasta un grado tal que parece haber nacido con ellos, deja la taza también, se limpia con la servilleta de lino los labios pintados de carmesí y sonríe, pero no con alegría.

—Te vi luchar, te vi crecer, te di la vida. Sé de lo que eres capaz, sé que has encontrado la manera de que toda esa ira que a los tres nos atormenta por lo que pasamos, no te someta y la desfogas de una forma inteligente, porque tú, Zakariah, eres ridículamente inteligente y por mucho que intento no veo por qué esa niña fue tu elección. ¿Necesitabas algo diferente? ¿Buscabas alguien sin complicaciones? ¿Deseabas que la mujer con la que compartieras tu vida fuese una buena para nada? —me interroga con ojos férreos.

Podría levantarme e irme, en cambio la encaro y sonrío a medias, con cinismo.

—No tienes idea de en qué es buena —respondo.

—En la cama, asumo —responde despacio. Tenso la quijada, le doy un trago a mi café y dejo mi atención vagar por el lugar.

—Yo nunca cuestioné tus decisiones, tampoco tus elecciones… No lo hagas con las mías, porque no están en discusión.

—Eres mi hijo, no tenías que cuestionarlas —refuta ahora sí molesta. La observo fijamente.

—Eres mi madre, y tampoco eso te da derecho a cuestionar con quien comparto mi vida —zanjo.

Ella respira hondo y bebe de su taza despacio.

—Si tan solo entendiera qué es lo que viste en ella como para perder de esta manera la cabeza.

—Tenemos puntos qué tocar y estoy seguro de que mi relación con Desa no viene en la minuta —argumento con tono frío. Asiente y lo deja estar. Pero en mi mente esas putas ideas rondan, por mucho que me resisto.

Llego a casa y no está, saludo a Missy y decido salir al jardín a jugar con ella. Cada minuto en el que no aparece Desa, me tensa, me intriga, pero hago uso de todo mi autocontrol para no buscar a su prima y lucir desesperado.

No ha ido al almuerzo del que siempre me habla y jamás se pierde. Los miércoles es tema

de conversación casi toda la cena, a excepción del anterior.

Me doy una ducha y al salir ella ya está ahí. Se está quitando el calzado deportivo y parece haber tenido un día movido. De nuevo nada de maquillaje, tan solo el rímel, ropa sencilla que la hace ver más joven aún de lo que es.

Se está masajeando un pie cuando carraspeo para que note mi presencia. Alza la vista y me sonríe de esa misma forma que el día anterior cuando llegó. Es como si esa sonrisa de mil voltios que tiene, fuese de un millón, genuina y real.

—Hola, Riah —me saluda y pasa sus ojos por mi pecho, para luego mirarme de nuevo fijamente, ligera. Sé lo que quiere, porque es lo mismo que yo siempre quiero, pero esta vez me detengo recargado en el marco de la puerta del baño.

—¿Un día agitado? —pregunto observándola, esperando que con ello alguna de mis dudas, esas que están creciendo, se disipen.

Resopla y se deja caer en el sillón.

—No dormí casi nada anoche, creo que estoy cansada —comienza poniéndose de pie, acercándose a mí. Reconozco esa mirada, no puedo evitar sonreír cuando ya la tengo enredando sus manos en torno a mi cintura, desnuda. Se muerde el labio al tiempo que le suelto el cabello, mueve su cabeza y la melena desprende su aroma—. Aunque no tanto como para ciertas cosas —murmura poniéndose de puntillas.

La beso con esa típica ansiedad. En qué puto mundo yo podría negarme a su deseo, no en este por lo menos.

Después de cenar y hablar sobre la fiesta de la noche anterior y notar que no tiene mucho que contar de su día, al parecer lo de Camila era más que un movimiento de cosas, salimos a pasear a Missy.

Al regresar Desa parece estar a punto de quedar dormida de pie. Pasa la noche completa a mi lado sin que nada la despierte y yo no puedo evitar contemplarla y pensar en lo mucho que la necesito, en lo poco que nos conocemos.

—¿Qué está cambiando, mi sol? —murmuro casi sin voz.

11. Desa

Cada día cuesta más sostener esta mentira, pero, por otro lado, cada día me siento mejor, más feliz, más cerca de ser algo que me haga sentir orgullosa.

Toda la semana he ido al albergue, toco la guitarra, ayudo con quehaceres, rio con las mujeres, Jackson me acompaña hasta el autobús cuando Steve no puede o necesita quedarse más tiempo.

Entre este último y yo ha crecido una complicidad, aunque no amistad aún, pues a pesar de que todas las mañanas conversamos, no hablamos de nada personal. Sé que algo le pasó, no que lo oculte, porque no tendría motivos pero como yo, prefiere evitar esos temas.

Lira se muestra más confiada conmigo, lo noto porque me hace partícipe de más cosas cada vez. Deposité de manera anónima el martes casi todo lo que Riah me da cada mes, pero además no puedo evitar comprar cosas que veo que se necesitan.

Varios chicos no van a la escuela. Hay situaciones realmente terribles. Adolescentes embarazadas que han sido violadas por algún miembro de su familia y que huyeron de sus casas. Mujeres que fueron brutalmente golpeadas. Niños que si te mueves rápido se encogen pues están acostumbrados a la violencia. Mujeres a las que sus maridos las abandonaron de un día a otro dejándolas sin nada. Otras que vienen huyendo de vidas tan duras como lo son la prostitución y que desean comenzar de nuevo.

Aún desconozco la situación de muchas, la verdad es que tampoco lo pregunto, solo busco hacerles el día llevadero y agradable. He logrado arrancarles sonrisas y charlar sobre tonterías, distraerlas, eso me hace sentir bien. Aun así, quisiera poder hacer más. Algunas reflejan tanta desolación que me provoca solo abrazarlas hasta que eso que las destruye se vaya diluyendo.

Con cada día ahí, me doy cuenta de que a pesar de ese rechazo constante por parte de mis padres, tengo mucho y que debo ser agradecida con la vida, entender que mi lugar es el que me hago yo en el mundo, no el que busco que me den los demás.

Desde el miércoles, y después de escuchar a Riah entre sueños preguntar aquello, intento llegar antes. Me doy un baño y cambio de ropa, para estar, como solía, lista cuando llega y con una gran sonrisa.

No lo negaré, hay algo en mí que repele esa dinámica, pero luego lo veo y todo se me olvida. Lo cierto es que pienso que así evitaré que pregunte, o me vea de esa manera en la que me pone nerviosa; como buscando respuestas a mi extraño comportamiento, ese que aunque he intentado disimular siguiendo la rutina de antes, ya no puedo esconder del todo.

Lo que sí me desconcierta es que el hecho de que las cosas retornaran a «su sitio» no logró el efecto deseado. Creí que al verme descender el miércoles por las escaleras, arreglada y sonriente, haría que Riah se tranquilizara respecto a mí, no ocurrió.

Se mostró como suele, maravilloso, pero lejano, mirándome de vez en vez con intriga, una que me preocupa.

No quiero que sepa en lo que en realidad uso mi tiempo, sé que lo decepcionará que haga por los demás lo que no hago para mí y la realidad es que temo del día en que se entere. No sé qué ocurrirá entre ambos porque ya no puedo dejar lo que hago, pero tampoco puedo vivir sin él.

El fin de semana, al terminar el entrenamiento, ese en el que he aprendido ya varias cosas, nos vamos a almorzar por ahí. Al ver la playa cerca, me preguntó si quería hacer algo

diferente, le recordé desganada que teníamos una comida en casa del esposo de Lila. Entonces tomó en ese momento el teléfono y avisó que no podríamos asistir.

Nunca lo creí de él, pero sonreí colgándome de su cuello en pleno restaurante y besándolo. El resto del sábado lo pasamos Riah y yo haciendo cosas divertidas. Anduvimos en bicicleta por el parque que da al Michigan, hicimos un picnic ahí, reímos como unos bobos sobre la arena mientras nos aventábamos un *frisbee* que compró.

El domingo Missy nos acompañó. Se portó tan mal que nos la pasamos tras ella todo el tiempo. El entrenador había ido otro día en la semana, pero no imaginé que fuese tan inquieta al ver aves en la playa.

El lunes Riah se va de viaje, nunca dura más de tres días que suelo padecer más de lo que debiera reconocer. Dormir sola en esa cama, llegar a casa para nada, es como entrar en un agujero negro. Pero esta vez, aunque lo extraño como una tonta, me dejo llevar por lo recién descubierto.

Me manda mensajes que intento responder rápido y me habla cuando anochece, para enseguida volver a lo mío. Por las noches llego tan agotada como exultante y le doy un paseo a Missy. Le pedí a Awdry que no me preparase nada, los tres días acabo cenando con Steve en cualquier lugar, cerca de donde dejamos los autos, y luego me voy a casa.

Me atrevo a sacar la guitarra ya que noto que no están pululando por ahí y lo hago en el cuarto donde tengo la computadora. Es increíble pero estoy componiendo otra canción y eso me tiene a tope.

Aprovecho uno de esos días y hago una limpieza a mi armario. Algunos vestidos se pueden vender, otras prendas sé a quienes puedo regalarlas y no lo dudo.

El jueves llego al Albergue cargada de cosas que le doy a Lira para que ella las distribuya. Le hablo a Camila en un tiempo libre y después de miles de preguntas que no pienso responder, le pido ayuda para vender esos modelos costosos que saqué. El dinero servirá.

Además, le hablo de Louisa, sé que mi prima es comprometida y trata bien a las personas que trabajan con ella. Hace poco se quedó sin ayudante y pienso que quizá es una oportunidad. Me propone que la lleve al día siguiente por la mañana, alegre y agradecida, la busco aquel día.

—¡Aquí estás! ¿Podemos hablar? —le pregunto a Louisa que ayuda en la cocina.

Varias mujeres me saludan, les sonrío y prometo regresar para apoyar en su labor unos minutos después. Una de ellas pide que traiga mi celular; les pongo canciones y cantamos entre todas. La verdad es que son momentos super divertidos.

Una vez fuera, la llevo hasta una banca desgastada.

—Dime, Desa —habla con esa voz pausada y serena que tiene. Me encanta oírla porque es como si en su calma mi energía se notara más, por lo que me relaja.

—Si te digo que conozco un sitio donde podrías trabajar y te tratarían bien, ¿qué dirías? —pregunto con cautela. Me observa atenta, entrelazando sus dedos, apretándolos.

—No… no sé.

—Louisa, no tengo idea de lo que te ocurrió, tampoco espero que me lo cuentes, apenas nos conocemos y debe ser doloroso como para que terminaras aquí. Pero veo en ti más posibilidades. Puedes lograr tener un trabajo, un lugar propio para vivir, quizá aprender un oficio y entonces decidir tu vida —le explico comprendiendo de repente que me estoy escuchando como mi marido. Una sensación extraña me invade.

Baja la cabeza y respira agitada.

—Yo no creo —dice al fin.

Pestañeo sintiendo como mi ilusión se desmorona.

—¿Qué no crees? —inquiero despacio, desinflada.

—Ya haces mucho por nosotros, Desa, pero yo así estoy bien ahora —dice sin verme. Arrugo la frente.

—¿Lo estás?

No lo puedo creer, cómo puede decir eso. Alza la cabeza y deja vagar su atención por el lugar.

—No lo entenderías, es solo que a veces es menos doloroso esconderse. El miedo está y, hay algo que te dice que si así te quedas, no te podrá hacer daño y después de haber sido lastimado, eso es lo que más quieres: que nadie tenga la menor oportunidad de dañarte —explica tan bajito que apenas si la escucho, pero me deja pensando por unos segundos, después acerco mi mano a la suya y la aprieto con cariño. Me mira.

—Te entiendo más de lo que crees —confieso.

—Por eso estás aquí, tú ya no quieres tener miedo, pero los pasos de cada uno son diferentes, las maneras también. Quizá más adelante, Desa. Gracias.

Mis ojos escuecen, pero no llega a lágrimas. Después de lo de aquella noche con Riah, esta es la segunda vez en años que tengo verdaderas ganas de llorar, pero no lo dejo salir, en cambio me acerco y la abrazo por impulso. Al inicio se queda quieta, luego me corresponde.

—Gracias por pensar en mí, por hacernos más llevaderos los días —murmura. Me separo y le sonrío.

—Gracias a ti, Louisa.

—¿Sabes? Cuando no vienes, ya se nota, lo comentábamos el otro día. Eres una mujer fuerte, Desa. Nos gusta a todas la forma que tienes para hacernos sentir normales aunque sea unos minutos. Eres como… una chispa de luz en medio de mucha putrefacción.

—Qué lindas cosas dices, por Dios.

—Es la verdad, gracias por estas semanas, por lo que nos has traído, por todo.

Me encojo de hombros recargándome en el muro, indiferente, pero sonriente. Se siente tan bien que las personas piensen eso de mí, que no lo puedo digerir.

—Son cosas, nada más.

Le quito importancia. De pronto aparece una de las mujeres que dejamos en la cocina

—Estamos esperándote, Desa, el ambiente está medio denso allá adentro —se queja Jule, una de ellas que, al quedarse sin marido, sus hijos la dejaron en la calle, después de haberla sometido a abusos. Es fuerte y recién ha encontrado un trabajo en un restaurante de la zona, pero al no tener donde vivir continúa en el albergue.

Me levanto sonriente, energética.

—Algo podremos hacer —digo y Louisa ríe por lo bajo, me toma de la mano y besa mi mejilla.

—Eres especial, Desa —y se va para la cocina. Me quedo quieta unos segundos, asimilando todo eso, luego recuerdo lo de Jule y voy deprisa hasta allí.

-*-

Llego temprano, sé que Riah no debe tardar y no puedo esperar para verlo después de tantos días de ausencia. Abro como un torbellino y su presencia a un metro de mí me detiene. Mi mundo gira de esa forma que solo él consigue, nuestras miradas no se sueltan por un segundo.

—¿No piensas saludarme, mi sol? —pregunta con voz ronca, contemplándome.

En todo ese tiempo que llevamos juntos, nunca una separación implicó tanto para mí. Comprendo que lo extrañé no porque llena mis horas vacías, sino porque es él lo más importante

de mi vida, porque ve en mí algo que nadie más ha visto, porque quiere estar a mi lado a pesar de no ser lo que él espera, porque sin saberlo me orilla a moverme.

Corro lo poco que nos separa y brinco sobre él. Me recibe con una carcajada al tiempo que me besa con brío.

—Si no subes ahora mismo, te mato, Zakariah —logro decir contra su boca, besándolo ávida y comienza a subir conmigo a cuestas.

—Tú mandas —murmura sin soltar mis labios.

Decidimos cenar en la habitación, desnudos, riendo. Me cuenta sobre su viaje y lo mucho que ha crecido la empresa en Arizona y Nuevo México. Lo escucho con atención y es que esos temas me apasionan también.

Cuando llega mi turno de hablar, me debato. Al final no le cuento nada, salvo cosas sobre mis clases con Melanie, o tonterías.

—¿Almorzaste con las chicas? —quiere saber mientras me acerca un sushi a la boca. No me atraganto porque Dios es grande, pero ahí sí no tuve más remedio que decirle que no. Alza las cejas, intrigado—. ¿Sigue Camila haciendo cambios? —inquiere dándole un trago a su vino blanco.

—No, pero le ayudé con el lugar. Renunció la chica que atendía la recepción y entonces le estoy haciendo el favor mientras encuentra a alguien —miento sintiéndome una mierda.

Lo extraño es que sonríe complacido, acaricia mi rostro y besa mi frente.

—Me alegra que estés tan ocupada —admite llevándose a la boca un sushi enorme. Arrugo la frente.

—Te vas a atragantar, Zakariah —me quejo sin quitarle los ojos de encima. Sé que no ocurrirá, siempre come así, pero siempre me genera angustia verlo. Mastica lento, sin quitar sus ojos de los míos. Se acerca y sé lo que quiere; besarme con eso en la boca. Es super asqueroso. Me levanto corriendo—. ¡No! Eres odioso, no empieces —grito y me persigue. Sé que ya se lo pasó, nunca lo ha hecho en realidad, pero me molesta fingiendo que lo hará. Corremos desnudos, busca mis labios y yo me retuerzo carcajeándome—. ¡No! ¡Qué asco!

Me carga, me deja de nuevo sobre nuestro improvisado picnic en medio del cuarto, toma un trago de su copa, luego me da a mí, lo bebo entre divertida y extrañada. No alcanzo ni a pasarlo cuando ya me está devorando.

—Ahora quién es la asquerosa —ríe al notar que el vino resbala por mi barbilla. Acerca de nuevo la copa y deja caer un poco más por mis labios, mi cuello y las gotas llegan hasta mi entrepierna despacio, mientras él, no pierde detalle. Paso saliva al notar esa mirada peligrosa y cargada de deseo.

—Riah —digo al sentir sus labios recorriendo ese mismo camino.

—No me gusta desperdiciar nada, mi sol —susurra cuando suelto un grito al sentirlo entre mis piernas y todo entre ambos comienza de nuevo.

-*-

Lo observo dormir y experimento tanta paz. Quisiera que momentos como los que últimamente hemos pasado duraran por siempre. Hay algo tan distinto desde hace días que no logro acomodarlo.

Es como si estuviese despertando después de un largo sueño. Eso me hace sentir alegre, esperanzada, pero, por otro lado, temo su respuesta más que a nada en el mundo.

He donado dinero sin consultarle, he regalado ropa, he gastado en mis tarjetas para comprar cosas que necesitan en ese lugar. Es lógico que en algún punto se dé cuenta de lo que

estoy haciendo y de solo pensarlo mi corazón late rapidísimo. Lo cierto es que tampoco me creo capaz de mantenerlo en silencio meses y meses.

Sé que pronto, aun no sé cuándo, debo decírselo y arriesgarme a las consecuencias de mis mentiras. Mientras tanto decido que no estoy dañando a nadie, que me siento más feliz y plena que nunca y que salvo el hecho de no decirle nada al respecto, puedo asegurar que jamás me había sentido tan… «alguien».

Me dejo caer sobre las sábanas y mi mente viaja hasta la guitarra que no bajé del auto. Cierro los ojos evocando las melodías que he estado tocando, en la que he estado trabajando y es así como logro conciliar el sueño finalmente.

-*-

El viernes cenamos en casa de Mike y Rowe, viven en las afueras, no tanto como Kindah pero casi. Es un lugar arbolado, hermoso, agradable y que deja muy clara la afición de ella al arte.

Asiste Kyroh, que se porta tan mordaz como siempre. Uno de los hermanos de Rowe; Loen, con su novia. Zakariah y él son algo así como mejores amigos, incluso puedo pensar que lleva mejor relación con él que con su hermano menor. Trabajan juntos pero es tan discreto y tranquilo que contrastamos, y otra pareja, que son amigos de ellos.

Todo transcurre en calma, pero esta vez estoy más receptiva, aunque no entiendo por qué.

Observo a Rowe, Loen, Riah y Kyroh interactuar. Hay mucha complicidad, tanta que me parece ridículo que no lo hubiese notado antes. Me llevo de mil maravillas con Mike, pero ellos hablan y ríen de la misma forma, comparten más que algo típico.

Las preguntas de pronto comienzan a aparecer, más cuando veo como Rowe se recarga en el pecho de mi marido y él no la hace a un lado. De reojo miro a Mike, está a mi lado en la sala, hablando con los demás. Nota la escena, no lo perturba en lo absoluto, es como si lo viese normal, pero los celos empiezan a surgir.

¿Desde cuándo se conocen? Y eso me lleva a mi esposo. Sé que tuvo una infancia difícil, pero no tengo más datos que esos, *¿ella la conoce? ¿A caso la compartieron?*

Rowe, cuando salimos con las demás mujeres, es hasta cierto punto callada, aunque interactúa es más de observar, ahora es que caigo en cuenta de ello.

Me llevo la copa a los labios. Riah voltea en ese momento y se encuentra con mis ojos, me sonríe y me manda una descarga que siempre hemos sentido a través de eso que nos une.

Un segundo después se acerca y deja a su grupo en la cocina, me levanto y rodea mi cintura, besa mis labios y nos acomodamos en otro sofá, ahora yo sobre una de sus largas y torneadas piernas como me pide. Sigo el hilo de la conversación e incluso consigo bromear.

Durante la cena el ambiente es relajado. Discutimos sobre una película que ganó un Oscar a inicios del año. Al final Mike insta a Rowe a que muestre su última pintura, ella acepta emocionada.

Al llegar a su estudio, la descubre y todos la ovacionan. Loen la abraza orgulloso, su marido la besa en los labios mientras la sacude y luego Kyroh la bromea como suele, al final Riah la abraza con fuerza y mis manos se cierran en un puño. *¿Qué está ocurriendo conmigo?*

La felicito sin entender una mierda de lo que pintó, y menos sin saber si es bueno o no. La verdad es que suelo ver pinturas que muchos adulan y yo no logro entenderles, pero bueno, para ellos es una maravilla, debe serlo.

Rowe me observa alegre, se acerca y chasquea la boca cuando los demás hablan entre sí.

—No has ido a los almuerzos, ¿en qué andas, Desa? —pregunta bajito.

La miro de reojo, no puedo estar a su lado igual que antes, algo se alerta en mí. Sé que

ama a su marido, eso es obvio pero la manera en la que ella y Riah se llevan, acude a mí, no de esa noche, sino que empiezan a llegar imágenes de muchos más eventos.

Sonrío ocultando mi turbación, eso que está molestándome.

—Ayudando a mi prima —respondo serena.

—Ojalá vuelvas pronto, eres la chispa ahí. A veces hablar tanto de bebés y niñeras, ya sabes… me aturde —admite resoplando—, pero cuando tú vas, no sé, consigues que el ambiente sea incluso divertido —admite sonriendo, encogiéndose de hombros.

—Algo así como el bufón —suelto ácida. Abre los ojos de par en par, negando.

—No, no es lo que quise decir.

—Tranquila, si no te sientan esos almuerzos, ya sabes, no vayas —digo directamente.

Puedo ser pedante cuando me lo propongo, que no es siempre, pero me ha servido para defenderme más de una vez. Entorna los ojos retrocediendo un paso, desconcertada.

—No buscaba atacarte —se defiende.

—Ni yo, solo dije lo que creo.

—No sé qué sucede contigo, pero no eres la de antes.

—Sí, comienzo a pensarlo —coincido un tanto descompuesta. Estoy enojada con ella y la realidad es que Rowe no ha hecho nada.

—Eso no es malo, a lo mejor era lo que necesitabas… —murmura un tanto agobiada.

—¿Desde cuándo conoces a Riah? —suelto de repente. Arruga la frente.

—¿No sabes? —comprende desconcertada. Me toma por sorpresa, pero asiento al final —. Desde la adolescencia, Desa, y discúlpame si dije algo que te molestó, no era mi intención — dice para alejarse un segundo después.

Él no me habla de su vida, yo no le hablo de la mía, ni siquiera de lo que ahora mismo me está haciendo feliz. De pronto me siento en un bote a la deriva, me da miedo e incertidumbre.

Riah se acerca, enredamos nuestras manos y la velada termina al fin mientras yo permanezco perdida en miles de pensamientos y actuando para que no lo noten. Cuando nos estamos yendo, veo a mi marido y a Rowe hablando de forma discreta en una esquina de la cocina.

—¿Nos vamos? —los interrumpo con una sonrisa forzada. Asiente, después se despide, yo también y salimos de ahí gracias al cielo.

En el auto mantengo apretado el bolso contra mi vientre, con la atención perdida en el exterior.

—¿Todo bien, Des?

—Todo bien, Zakariah —respondo seca, recargando la cabeza en el respaldo. Soy consciente de su mano en mi pierna, ni así volteo.

—¿Zakariah? Debe ser más malo de lo que pensé —dice con su calma tan particular.

—Ese es tu nombre —suelto con simpleza.

—Lo es, pero no sueles usarlo salvo que algo no vaya bien. ¿Me lo dirás? —indaga sereno, sin elevar ni un poco ese tono masculino y profundo que tiene.

—Entre tú y Rowe, ¿hubo más que amistad? —pregunto al fin, encarándolo. Noto de inmediato cómo su gesto se contrae pero no quita la mano, solo deja de acariciarme. Su reacción me pone nerviosa enseguida.

—No entiendo a qué viene eso. Ambos estamos casados —repone sin quitar su atención de las calles.

—Eso lo sé, no soy tonta. Sabes de qué hablo —murmuro contenida. Me mira de reojo y asiente despacio. Paso saliva sintiendo una opresión en el pecho. No digo nada el resto del viaje.

Al llegar bajo antes de que siquiera apague el motor. Me alcanza en la habitación, lo sé porque escucho cuando abre la puerta.

—¿A qué viene este arrebato? —exige saber con los brazos cruzados. Me quito el vestido y me encierro en el baño. Intenta abrir pero al darse cuenta de que tiene seguro, desiste.

Me quito el maldito maquillaje, me doy un baño lento y cuando salgo enredada en la bata, él está sin camisa sentado en uno de los sofás, con los codos recargados en las rodillas y las manos en su boca, juntas.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunto irritada, sintiéndome una estúpida. Un año viéndola, riendo con ella, percibiendo su complicidad, y no me había dado cuenta de eso hasta esa puta noche. ¿Por qué?

Mi marido respira hondo, recarga su espalda en el respaldo y me estudia, intrigado, serio.

—¿Qué es exactamente lo que piensas que debía decirte?

Aferro el nudo de la bata con fuerza.

—Qué entre ella y tú, hubo algo más que su fingida hermandad —digo con sarcasmo. Se levanta con agilidad y en un segundo ya lo tengo frente a mí, serio.

—No fingimos nada, así que cambia el tono. Y lo otro es algo que simplemente no te incumbe —pasa a mi lado y ahora él es quien se mete al baño.

Respirando agitada decido no permanecer ahí como una idiota esperándolo. Debió decirme, esa es la verdad, dudo que le hubiese gustado a él estar compartiendo un año con alguien que tuvo algo que ver conmigo y enterarse de repente. Pero, además, qué mierdas con esa respuesta, aunque son típicas de mi marido.

Me pongo un pijama cualquiera y voy hasta mi computadora, me coloco los audífonos y me pongo a buscar en la red artículos sobre mujeres en situación de calle.

Un audífono sale de mi oreja tiempo más tarde en el que leo algo atenta, doy un respingo. Cierro la computadora enseguida, arruga la frente. Lleva el torso oscuro desnudo, se hinca frente a mí y me observa por largos segundos, luego coloca el auricular en su oreja.

Mi corazón late a toda velocidad, es mi canción. Mis palmas sudan, pero no puedo despegar mis ojos de los suyos, que me mantienen atrapada, busca respuestas. Cuando la música se extingue se lo quita y lo deja cuidadoso sobre la mesa, ladea el rostro y acerca una mano hasta mi mejilla.

—Fue hace muchísimo tiempo, no existe nadie en mi vida que sea más importante que tú, Desa —asegura al fin.

—Lo lamento, no debí reaccionar así.

—Ni yo, no pensé que debía decírtelo. Lo lamento —se disculpa sin soltar mi rostro. Recargo mi cabeza en su mano.

—No entiendo cómo hasta hoy lo noté —explico bajito. Pega su frente a la mía.

—Me preocupa que pienses algo que no es. Somos como hermanos, te lo aseguro.

—Dice que se conocen desde la adolescencia…

Asiente tenso.

—Sí, y fue en esa época que confundimos las cosas, nunca he sentido algo siquiera cercano a lo que siento por ti por nadie más.

—¿Cómo se conocieron? —deseo saber, sin desistir.

—Vivíamos muy cerca, nuestras madres como sabes, son muy unidas.

Me acerco y lo abrazo con fuerza, siento como él hace lo mismo. Ame es la madre de Rowe y vive con Kindah, no sé aún la razón.

—En qué parte de Chicago crecieron —continúo. Respira hondo para un segundo

después buscar mis labios. Le respondo con ansiedad, cuando el ritmo disminuye acaricio su mejilla, mirándolo fijamente—. No me dirás —comprendo.

—Hay cosas, Desa, que por ahora no me siento listo para hablarlas.

—Soy tu esposa.

—Entonces por qué tú no me hablas tampoco —refuta. Me alejo desconcertada y culpable a la vez.

—¿De qué debo hablarte?

Tiemblo un poco. Se yergue.

—De tu niñez, de la relación con tu madre, de ti.

Mi respiración se ralentiza, doy la media vuelta y me cruzo de brazos.

—No hay nada qué decir.

—Yo creo que sí, pero aún no estás lista para hablarlas —susurra desde su sitio.

—Tuve una vida normal, no hubo nada especial, ¿qué quieres que te diga? Si no hablo de eso es porque no hay nada qué contar —zanjo girándome. Riah me observa con un gesto indescifrable.

—He aprendido a que cuando más se calla, más se oculta y más dolor hay. Los dos callamos, pero sé que si abro esto que tengo dentro con la única persona que podría hacerlo es contigo, solo dame tiempo.

—No confías aun en mí —digo sin alzar la voz, con el estómago hecho nudo

—¿Lo haces tú, Desa?

Se acerca, me da un beso en la frente y se va. Permanezco acurrucada en el sofá perdida en las luces del exterior. No tengo manera de refutar aquello y eso me perturba más que todo lo demás.

Despierto en la habitación, debí quedarme dormida en la otra recámara. Riah no está a mi lado, me levanto y noto que ya se fue. Con un nudo en la garganta me visto rápido, acaba de salir, lo sé porque el olor a su colonia y desodorante aún están aquí.

Llego y él entrena como suele, me ve y deja de hacer lo que hace, viene hacia mí. Melanie también se acerca.

—Zak dijo que hoy estabas muy cansada —habla sonriente. Mi marido ya está más cerca. Asiento ignorándolo.

—Lo estoy, casi no dormí, pero a última decidí que mejor hoy duermo temprano —respondo con simpleza.

—Des —lo escucho tras de mí. Melanie sonríe.

—Ya decía yo que está demasiado entusiasmada para faltar —expresa mi entrenadora, relajada, pero noto cuando se percata de la tensión—. Te veo allá, con los demás.

Asiento girándome.

Él ya está a un metro, agitado, sonríe levemente.

—No te…

—Llegué tarde, te veo después —lo interrumpo al tiempo que me alejo, dejándolo ahí, suspendido.

Al acabar me doy una ducha, no sé qué me pasa con Zakariah. Desde la noche anterior me siento como en un tío vivo y no entiendo cómo debo comportarme. También soy más consciente que antes, de lo poco que nos conocemos, de la falta de confianza. Esa conversación que mantuvimos por la noche no deja de rondar en mi mente.

Él está recargado en un muro, vestido con vaqueros y una camiseta cualquiera. Me observa desconcertado, me quita la mochila y anda a mi lado hasta mi auto.

—Pensé que estarías muy cansada para venir, dormiste muy poco —dice conciliador. Le quito mis cosas y las aviento al interior.

—Tú tampoco descansaste y no por eso dejaste de venir, ¿por qué yo habría de faltar entonces? —Me observa desconcertado, bufo—. Ah, ya, porque solo estás esperando a que lo haga y así demostrar tu teoría y la de todos de que no duraré hasta que la emoción acabe —rujo por lo bajo. Arruga la frente, pero me importa un carajo y coloco un dedo en su pecho—. Te quedarás esperando, Zakariah. Como bien dijiste anoche, no nos conocemos, así que no des nada por sentado sobre mí.

Me intento meter al auto pero me detiene por la muñeca.

—Qué mierdas te pasa. Tú no sabes lo que pienso de ti.

—Ni nada en realidad.

—Tampoco te abres a mí, no intentes cambiarlo —se defiende. Me zafo irritada.

—Yo no tengo cicatrices en mi cuerpo, yo no vengo a un sitio todas las mañanas sin falta a sacar toda mi furia… —reviro dejándolo mudo. Fui lejos, lo sé, pero no siento ganas de disculparme en ese momento.

—Y yo no me oculto fingiendo que solo espero que la vida pase frente a mí sin hacer más de ella salvo observarla —replica con la quijada apretada. Lo miro respirando agitada, un segundo después sacudo la cabeza, rebasada.

—Nos vemos en la noche —gruño y me deja ir.

Llego al albergue y todo gira de nuevo en un nuevo orden, lo malo… es sábado y yo suelo estar en casa, a su lado y lo cierto es que deseaba mucho que ese día llegara para tenerlo únicamente para mí. Lira me ve entrar, extrañada.

—¿Vienes sola? Es sábado —expresa desconcertada.

—Quiero estar aquí unas horas, ¿puedo? —pregunto agobiada. Sonríe conciliadora y pasa un brazo por mi hombro.

—Solo no vuelvas a venir sola, avisa y pido a alguien que te espera, ¿*OK*?

—*OK*.

Una hora después ayudo a las mujeres que tienen bebés a alimentarlos. El celular vibra en el bolso de mi pantalón, al tercer mensaje decido leerlos.

Riah*:*

Des, dónde estás.

Me estoy preocupando, solo contesta. No te has conectado.

Desa, estás molesta, pero huir no cambia nada. ¿Dónde estás?

Resoplo al tiempo que dejo al bebé sobre la cama y decido responder.

Desa:

Solo necesito estar sola, estoy bien. No te preocupes. Te veo por la noche.

Se conecta en el acto, espero mientras escribe.

Riah*:*

Hablemos…

Desa*:*

Riah, solo dame unas horas, por favor.

Riah*:*

Desa, teníamos planes…

Lo leo apretándolo contra mi pecho, agobiada. Sé que no está bien lo que hago, que es infantil, inmaduro, pero algo bulle en mí y no sé cómo detenerlo.

Desa:

Lo sé. Llego en una hora.

Respondo al fin, después de unos minutos en los que decido que he exagerado, que soy una hipócrita. No puedo exigirle verdades cuando yo no se las doy, por el motivo que sea…

Riah:

Estaré aquí.

Llego a casa, al abrir la puerta noto que ya viene bajando las escaleras, me observa fijamente, dejo caer mis cosas en la entrada y corro hasta él. Me recibe rodeándome con fuerza. Respiro profundo y me dejo llevar por su aroma, por su calor.

—Lo lamento —logro decir contra su ancho pecho. Me separa y acaricia mi mejilla, despacio.

—Yo también. No debí decirte eso —susurra agobiado. Enredo mi mano en su cuello y lo beso, me responde con dulzura.

—Estaremos bien, ¿no es cierto? —pregunto sobre su boca. Asiente con decisión.

—Sí, sé que sí —se aleja un poco tomándome por el rostro, serio—. No mentiste en cuanto a lo que creo que pasará con el gimnasio —admite y duele, pero asiento sin juzgarlo, no he sido la muestra de constancia.

—Hagamos lo que planeamos, ¿sí? —propongo en voz baja. Me besa de nuevo aspirando todo mi aroma.

—Solo debes saber que no estoy aquí para juzgarte, no debes hacer nada que no desees. Es tu vida, Des, son tus decisiones, yo solo deseo verte feliz.

—Soy feliz —replico convencida.

Sonríe ahora sí, satisfecho, aunque sé que aún hay mucho entre nosotros.

—Entonces vamos, que ya es tarde.

12. Zakariah

Vamos a aquel lugar que no visitamos desde que estuvimos saliendo. *Navy Pier* tiene una rueda de la fortuna, juegos y cosas que sé, por como la percibo a últimas fechas, apreciará.

Come un gran trozo de esa pizza que la conquistó desde que la probó y la noto tranquila, aunque en guardia y eso me desconcierta. No entiendo aún a qué vino esa reacción repentina en cuanto a Rowe.

Mi camino ha sido una madeja de situaciones tan complejas que a veces, cuando lo pienso, no comprendo cómo es que llegué a este punto donde la vida, se podría decir, que ha sido benevolente.

Las cicatrices que mencionó por la mañana, en este momento, mientras la observo perdida en el paisaje que nos regala el estar arriba de la rueda, se sienten presentes, como si tuviesen vida propia.

Pelear era la única manera que encontré en aquella época, ser testigo de monstruosidades, entender la carencia, el dolor del hambre. Leer en los ojos de mi madre la desesperanza y sentir terror de que Kiroh, con aquella frágil salud, nos dejara, crearon en mí rabia, tanta que cuando se presentó la oportunidad de usarla a mi favor, lo hice.

No siempre gané y no siempre salí ileso. Esas marcas me lo recordarán eternamente. Así como otras más profundas que se alojan en cada instante de mi memoria.

Desa, con su manera de ser, logra opacar todos esos momentos que me persiguen, pero, por otro lado, saca lo más duro de mi personalidad.

Soy consciente de este desequilibrio que estamos viviendo, de lo complicado que está siendo el hecho de no poder hablar de una vez, pero hasta ahora no me he sentido listo para mostrarme, menos si es algo que deseo enterrar, olvidar.

Lo cierto es que pensé que era suficiente, que el estar juntos y dar lo mejor de mí, ella a su vez, alcanzaría, pero no…

Esto, de una forma extraña, se está tornando más hondo de lo que de inicio creí que pudiera llegar a ser; no es solo el deseo que me provoca, o su manera de ser, o lo que piensa, ahora va más allá, es necesidad de conocerla, de conocerla desde lo más absurdo hasta lo más importante, de entenderla de verdad.

Lo insólito es que paradójicamente ella también lo desea. Lo malo, ninguno está dispuesto aún a ponerlo en palabras y compartirlo. ¿Cuánto tiempo más durará esto?

La veo sonreír lánguida y mi pecho se oprime, pues busca mi mano y la aprieta sin dejar de ver el exterior. Últimamente incluso puedo decir que la percibo más mujer que antes y eso… eso no ayuda. De pronto gira y me observa fijamente, se ancla a mi cuello para acercarme a su rostro. La beso despacio al sentir su aliento cálido, con cuidado. Vamos solos así que no me limito, ella ríe por lo bajo.

—Aquí no es el lugar —se separa satisfecha, acalorada—. Escuché que una vez bajaron a una pareja que estaba, ya sabes…

—Ni idea… —replico con inocencia. Me gusta abochornarla, aunque no es sencillo, es osada, pero no en esas cosas. Me da un golpe en el pecho, frunciendo la boca.

—Teniendo relaciones —dice abriendo sus ojos marrones de más. Rio. No ha sido una vez, de eso estoy seguro, aunque la multa es alta, hay quien le importa un carajo.

—No me importaría arriesgarme —la pincho apropósito. Ríe divertida.

—Sería excitante —admite, como sopesándolo, al final niega y me acerca de nuevo a su boca—, pero no me gustaría quedar por siempre en esas cámaras haciendo algo que no pienso compartir con nadie salvo contigo —y señala el lente que está justo en el centro.

La alzo en mis brazos, riendo.

—Podemos hacer algo… menos arriesgado —propongo, arquea las cejas intrigada—. Confesión por confesión, Desa —digo serio, tomándola por sorpresa. Desenreda las piernas de mi cintura y baja lentamente, atenta, pero desconcertada.

—¿Confesión? ¿De qué?

Noto de inmediato que hay temor en sus ojos, pero no me arrepiento, al contrario. Creo que si lo hacemos poco a poco lograremos abrirnos hasta un punto en el que de verdad sepamos todo el uno del otro, sin presiones.

—De nuestra vida, del pasado, de lo que hemos vivido… —explico atento a su expresión. Me evalúa como midiendo si es buena idea.

—¿Estás seguro? No tienes que hacerlo. Entiendo que puede doler y que quizá lo deseas olvidar.

—Con toda mi alma —admito con seguridad—, pero creo que se está interponiendo entre ambos —señalo resuelto, sujetando sus manos. Observa el gesto, pensativa.

—Hay otras cosas… —murmura sin verme, espero—. Como que no soy lo que esperabas —susurra tan bajo que pude no haberla escuchado, pero lo hago.

Respiro hondo, eso es justo. Alzo su barbilla con mi pulgar y el resto de mi mano descansa en su cuello.

—Te escondes, Des, te escondes y siento que lo haces incluso de ti misma —respondo sin soltarla, no deja de verme, juega un poco con su labio y al final asiente.

—Confesión por confesión —repite despacio. Sonrío asintiendo—. ¿De lo que queramos? O ¿preguntamos directamente? —inquiere. Me encojo de hombros, sacudiendo la cabeza un poco, luego la beso fugazmente.

—¿Estás dispuesta a decirme lo que quieras o que yo marque la pauta?

Lo sopesa un segundo.

—Hablar de lo que deseemos.

—Una a la vez.

—Una a la vez. Sin juzgarnos —añade, seria.

Eso me agrada porque estoy seguro de que quien tiene más que perder aquí soy yo.

—De acuerdo —acepto.

Suspira y me mira aguardando. La pego a mí, ansiando su aroma. A veces tiene esa actitud como de una niña expectante que me desarma, que me haría cometer la peor de las estupideces porque la guarda tan bien, que sé solo la deja fluir frente a mí, ante los demás es una mujer alegre, extrovertida, segura y que le importa poco nada. Eso es por un lado real, pero por otro, una fachada. Ahora lo sé.

Cuando bajamos, andamos por el muelle, agarrados de la mano, en silencio por un rato.

—Nunca había hablado con mi padre hasta el día que decidimos casarnos y le informé a su asistente —dice repentinamente. Me freno para mirarla, ella no luce afectada, sonríe encogiéndose de hombros. Continúa:

—Crecí sabiendo que tenía un padre, obviamente, pero era casado, ¿sabes? Cuando se metió con mi madre, quiero decir. Nunca se llevaron bien, creo que estuvieron juntos por despecho, o algo así escuché alguna vez. Ella le contaba a Magno que fue un desliz, que él estaba

herido por una traición de su mujer, ella por el abandono del papá de Graco, entonces… en una de esas ocasiones resulté yo. No le hizo gracia, aun así, me tuvo. Se dejaron de ver, aunque el dinero siempre estuvo al día.

—¿Estás segura de que así fueron las cosas? —inquiero un tanto asombrado, debo admitir. Asiente serena.

Le duele, lo sé, lo percibo, pero lo oculta bien y me doy cuenta por primera vez de que tras Desa hay mucho más de lo que imaginé.

—Sí, cuando fui mayor yo le hablaba a su asistente, le pedía para lo que necesitara, ella me lo hacía llegar.

—¿Entonces por qué se tomó la molestia de llamarme? —intento comprender. Tuerce la boca, reflexiva.

—La verdad no lo sé. Nunca le importé mucho. Ya sabes. Pero debo admitir que siempre estuvo pendiente de mis pasos y si hacía de las mías, no sé cómo diantres se enteraba y por medio de su asistente me hacía llegar su inconformidad, obvio el chantaje era recortar el dinero.

—¿Qué piensas de eso, de lo que me acabas de contar? —quiero saber. Suspira.

—No sé. Nunca he sabido qué sentir, o qué pensar al respecto. No entiendo bien, es como un *sí* pero *no*, que gracias a Dios ya terminó —y sonríe quitándole importancia.

Acaricio su mejilla, satisfecho de saber algo de esta mujer, de *mi* mujer.

—Gracias —digo con gratitud—. Es mi turno —añado. Se muerde el labio asintiendo expectante.

—Lo es, Riah —confirma nombrándome de esa manera que me hechiza. Sonrío rebuscando en mi pasado.

—Mi abuela llegó aquí de África, huyendo de su marido… No encontró cómo subsistir y… para darle de comer a mi madre, se convirtió en prostituta —suspiro—. Eso, Desa, determinó todo en nuestras vidas —concluyo intranquilo.

Nadie, salvo mi madre y Kyroh, saben esto. Me observa atenta, asombrada, pero en realidad apesadumbrada, como si le doliera comprender con ese simple detalle lo que pudo haber sido mi vida.

—¿La conociste?

—Sí, murió cuando yo tenía quince años, era una vieja muy fuerte —digo con orgullo. Sonríe alegre, satisfecha con mis palabras.

—No lo dudo, todos ustedes se ven así; fuertes —acepta con suavidad y admiración.

—Tú también lo eres —replico. Niega con timidez, alejándose.

—Gracias por contarme algo de tu vida, Riah —dice a cambio, acercándose de pronto y rodeándome con sus delgados brazos. La arropo con los míos y beso su cabeza absorbiendo su aroma delicado.

—La fuerza, Desa, no solo tiene una forma de ser medida —murmuro al tiempo que busco su boca y la beso para que no me replique nada.

13. Desa

De camino al albergue, el lunes por la mañana, me encuentro tranquila. Las cosas fluyeron con Riah de una forma única, ya no como solía, y tampoco en medio de tensión, sino relajadas, placenteras.

Me vuelvo a preguntar si es mejor decirle de una vez lo que hago, pero con lo lento que avanzamos prefiero esperar un poco. Siento como si por primera vez de verdad nos estuviéramos conociendo y no quiero por nada romper eso que está surgiendo.

Ya no es solo cómo me toca, o lo que genera al verme de esa manera tan singular, tampoco la forma ridícula en la que mi cuerpo siempre ha despertado ante su presencia. No, es más hondo, más fuerte, más íntimo y me gusta, no deseo estropearlo por nada.

Contarle aquello sobre mi padre fue extraño, no suelo hablar de él, y no sé por qué elegí eso para comenzar ese juego de confesiones. Siempre he creído que me daba lo mismo, pero en ese momento, con sus ojos fijos en mis palabras, comprendí que no.

El rechazo constante ha dolido en más de una manera y el de ese hombre, pese a no quererlo siquiera, también ha dejado su huella.

Por otro lado, su confesión me dejó helada. Kindah tan altiva, Kyroh… Y saber eso me genera una nube de desconcierto pero también un cierto respeto porque aunque no tengo mucha idea de cómo fueron sus comienzos, con ese simple hecho, ya entiendo que no fue nada sencillo y que mi marido ha pasado por cosas que ni siquiera imagino.

No sé en qué acabe este juego que propuso, siento hasta cierto punto temor y no por lo que él pueda decirme, si no por mí, por lo vacío de mi vida, por lo insulsa que se dará cuenta que soy.

Llego al lugar donde me encuentro siempre con Steve, tiene el ceño fruncido y lee algo en el celular. Me acerco con la guitarra en mi espalda, como suelo.

—¿Ocurre algo?

Me mira sorprendido. No se había percatado de mi presencia, luego cierra los ojos y suspira, pasándose una mano llena de pulseras y que adorna con un par de anillos de plata, gruesos, por el cabello claro. Espero.

—Llevamos ya unas semanas de conocernos y han sido reveladoras, Desa…

—¿Pero? —inquiero arqueando una ceja. Sonríe negando.

—Acabo de enterarme de algo.

—Y… ¿me lo dirás? Porque eres misterioso y estás en tu derecho de…

—Mi pareja está con alguien más —suelta de pronto. Abro los ojos de par en par.

—¿Estás seguro?

Asiente y me muestra una foto en su celular. Hay dos hombres besándose y de pronto comprendo más de él. Guardo mi desconcierto inicial, porque nunca pasó por mi cabeza que le gustasen los hombres, es bastante masculino, atractivo, y de inmediato me centro en lo que realmente importa.

—¿Cuál de los dos es… o era

—Era —gruñe y señala al más alto, vestido de forma elegante, rubio, como él. Tuerzo los labios.

—No es tan guapo —señalo. Entorna los ojos, busca algo enseguida en su celular y me lo tiende. Es el mismo hombre y… me trago las palabras.

—¿Ahora qué dices? —me desafía.

—Qué es un imbécil, uno guapo, pero un idiota. ¿Quién te mandó la imagen? —pregunto.

Suspira como recordando su dolor y sacude la cabeza con tristeza.

—Es *community manager* de modelos, su trabajo es ya sabes… ir de aquí para allá. Tenemos amigos en común, una de ellas me lo mandó hace unos minutos.

—¿Llevaban juntos mucho tiempo? —quiero saber afligida por él. Debe ser espantoso que te suceda algo como eso.

—Dos años, un poco más. Vivimos juntos —completa desencajado—. Pero a últimas fechas las cosas no iban bien, yo sentía que algo pasaba, peleábamos, discutíamos por cualquier estupidez y continuamente llegaba muy tarde.

—Lo lamento —murmuro. Asiente guardando el celular en el bolsillo trasero del vaquero. Observo sus movimientos, son todo menos femeninos, jamás lo hubiese pensado, insisto.

—Yo también, lo quise, ¿sabes?

—¿Y ahora?

—Ahora… no sé. Debería estar furioso, herido, acabado… pero no lo siento, no me llega el sentimiento —admite con frustración.

—Entonces…

Me mira suspirando. Sus ojos azules no denotan felicidad, tampoco derrota. Enseguida pienso en Riah. Si yo descubriera una traición así no tengo idea de qué haría, pero definitivamente no creo que quedarme así, tranquila. Nop, nada más lejos que eso.

—Entonces empacará sus cosas y deberá irse de mi apartamento, de mi vida —determina sin dudar con un estoicismo que me admira.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunto afligida. Lo sopesa por un segundo y asiente reflexivo.

—Sí, vamos a mi casa, ¿me ayudas con algo? —Sonrío intrigada—. Avisaré a Lira que iremos más tarde, anda.

—Está bien. Vamos —acepto, intrigada por lo que hará y a la vez deseosa de devolverle un favor, aunque él ignore cual me hizo en realidad.

Llegamos a un edificio altísimo en una zona exclusiva de la ciudad. Subimos por un ascensor mientras me platica cómo se conocieron y me hace un resumen de su relación.

Al detenerse el aparato, se dirige a una puerta del lado izquierdo. Solo hay dos en aquel minimalista y elegante pasillo. Al abrir me quedo aturdida. Steve debe tener muchísimo dinero, comprendo. Un departamento asombroso, moderno, se presenta frente a mis ojos, aunque no con tantos muebles, pero sí luz que entra a raudales.

—Cierra la boca, dudo que donde vives sea menos que esto —dice con desgarbo.

Ruedo los ojos y le doy un empujón. Lo noto más relajado ahora que sé algo de su vida, algo importante al parecer. Gris, blanco, es lo que pondera. Ventanales, cuadros, pinturas, pero poco mobiliario.

—Ven, sígueme —pide y lo hago sin perder detalle. Es un sitio genial, se respira libertad.

Llegamos hasta una habitación después de haber pasado por dos puertas cerradas. Hay pinturas recargadas en algunas paredes que aún no han sido colgadas, lienzos en blanco también. El dormitorio es todo blanco, con detalles en colores estratégicamente colocados. Mi amigo entra a lo que supongo es el vestidor y comienza a sacar ropa de él. Abro los ojos de más.

—Anda, ayúdame —me insta con tranquilidad.

Me muevo cuando me señala lo que debo sacar. Me siento una intrusa, pero a la vez una

niña haciendo una travesura.

Sacamos todo, absolutamente todo y se hace una montaña de cosas en medio de aquel pulcro lugar. Después sale un segundo de la habitación. Espero pestañeando. Al regresar trae consigo dos tijeras, me tiende una y es en ese momento que noto la vena de rabia en su mirada, ya se me hacía demasiado serena su reacción.

—Vamos hacer nuevos diseños, ¿qué dices, Desa? —propone tan calmado, como si fuese cualquier cosa. Toma una prenda y comienza a cortarla. Paso saliva sopesando si debo o no hacerlo, eso parece ser un saco de marca—. Vi solo una foto y sé que no es la primera vez, también sé que ha llegado mucho más lejos —afirma deshaciendo el saco negro que lleva entre las manos y logrando con ello dejarlo como cortina hawaiana.

¡A la mierda! Me convence. Nada justifica haberle jugado sucio aunque no lo conozco.

Tomo una camisa y la corto con timidez. Él ríe, siempre ríe, así que ante la burla lo hago con más ganas. Al terminar de perforar, romper y arruinar cada prenda, nos quedamos rendidos a los pies de su cama.

No tengo idea de cómo lo logramos porque era un montón, pero lo que sí sé es que todo quedó inservible.

—Te matará —determino con las manos adoloridas, aunque sintiéndome no tan culpable como debería. Sí, esa soy yo, alguien que no mide mucho las consecuencias de lo que hace o decide.

Niega con seguridad alzando una prenda y rompiéndola un poco más.

—No lo hará —asegura. Un segundo después se levanta y desaparece por cinco minutos en los que me pongo a pensar cuánto dinero habrá ahí, cortado de la manera más literal. Regresa con una foto impresa en tamaño carta y la deja sobre el montón. Es la que hace un rato me mostró—. Listo, vámonos, los niños nos esperan —me recuerda al tiempo que me tiende la mano, se la tomo y salimos de ahí.

—Espero nunca hacerte algo malo —digo en burla, él manda un mensaje.

—Ni yo a ti —replica alzando la vista, divertido—. No te vi sufrir cortando todo aquello.

—Te puso el cuerno, supongo que se lo merece poquito.

—Supongo lo mismo.

—Deberías hablar con él, Steve —comento al fin. Asiente mostrando un dejo de aflicción.

—Lo sé, pero ahora mismo solo le haría daño. Gracias por acompañarme, Desa. No me conoces y… aquí estás.

—Espero que no me hayas tendido una trampa o algo así —suelto saliendo del ascensor.

—Ves muchas películas, mujer. Soy solo un gay traicionado y dicen que somos peligrosos, así que lo mejor es ir al albergue, ahí encontraré la paz que necesito —dice entre broma y verdad.

—Lamento todo esto —le digo al subirnos en la camioneta. Respira profundo y veo sus ojos turbios.

—Yo también —admite. Le sonrío a cambio y le doy un beso en la mejilla. El gesto lo toma por sorpresa pero no le molesta—. Definitivamente me caes bien, Desa, muy bien y ese marido tuyo tiene suerte de tenerte —asegura arrancando.

El que lo traiga a este momento me perturba un poco, si Riah supiera lo que acabo de hacer… se decepcionaría, más aún.

-*-

Pasan varias semanas de aquel triste evento para Steve. Ahora nos comunicamos más, reímos mucho y nos contamos cosas más íntimas. Ya sabe cómo surgió todo con Riah, «lo mucho que me quiere» mi familia política y que no sé a qué deseo dedicarme, aunque mientras le cuento eso, pienso que algo relacionado con labor social me gustaría.

Con el paso de los días la idea de un bebé se pierde ante las miles de ocupaciones. Ir a entrenar, después al albergue, esperar a mi esposo apacible cada noche para no crear dudas, pasear a Missy, amarnos hasta la saciedad, acudir a algunas cenas, eventos. Todo en conjunto me tiene agotada, pero sobre todo mentir, ocultar, esa definitivamente es la parte que desearía evitar.

Ya no me pregunta qué hago durante mi día como antes, quiero decir, sí pregunta sobre cómo me fue y aguarda para ver si le contaré algo especial, pero como no lo hago, solemos terminar hablando de cualquier cosa o teniendo silencios que a veces son incómodos y otros no.

Las «confesiones» han sido muy pocas. Riah, viajó unos días, además, está narrándome desde el inicio de su vida muy despacio y cuando lo hace noto que le quema cada palabra.

Es así como me entero de algo fuertísimo que aún intento procesar. Su madre creció en el prostíbulo donde su abuela trabajó. Sin embargo, esta se empeñó en que su hija estudiara. No le fue sencillo obviamente, tenía todo en contra. Su madre la ocultaba por miedo a que le ocurriera algo en ese feo lugar, pero no fue suficiente y…

¡Dios! No sé cómo repetirlo siquiera en mi cabeza. El dueño del tugurio abusó de Kindah al tener dieciséis años.

Quedé en *shock* al saberlo, peor fue lo que vino días después; Zakariah era producto de ese abuso.

Pasmada lo miré a los ojos y luego lo abracé con todas mis fuerzas. Él respondió a mi gesto sin hablar, escondiendo su rostro en la cuna de mi cuello.

¿Cómo alguien podía vivir con una cosa como esa a cuestas? Era espantoso, además de doloroso.

Me siento una embustera de la manera más literal, una hipócrita, caprichosa y banal. No tengo nada en mi vida semejante y siento que lo que diga será absurdo, infantil comparado con eso… Lo peor, sé que no ha llegado a las peores partes y temo escucharlas porque sé que su verdad me alejará de él irremediablemente.

Entonces una pregunta rebota una y otra vez en mi cabeza: *¿Qué hace un hombre como él, con una mujer como yo?*

Abatida y en total desventaja, le cuento sobre cómo se dio mi elección de carrera y que no fue lo que esperaba. Me siento tan estúpida. Cuando me preguntó entonces qué deseo hacer, todo se vino abajo y me retraje, no supe qué responder y enseguida noté en su mirada esa desilusión.

¡Mierda! No sé cómo ser lo que él espera, no sé qué quiere de mí y temo decir lo que sea porque no tengo idea de si eso lo hará definitivamente desistir de mí, de lo nuestro.

Me siento atrapada.

Le cuento sobre mi relación con Graco y por qué, hasta que yo me fui de casa, él también. Mi hermano me cuidaba, era el único que lo hacía y de no haber sido por su freno no tengo idea de cuantas estupideces hubiese hecho. Riah sonrió y luego besó mi frente. Zakariah es demasiado para mí.

-*-

—¿Tu esposo sabe que pasas aquí las mañanas? —pregunta Steve con curiosidad mientras guiamos a los chicos al parque. Martes, él les prometió que iríamos todos así que aquí

estoy, sonriente y satisfecha, pero su pregunta me toma por sorpresa. Lo miro de reojo y niego—. ¿Por?

Respiro profundo recordando que hace un par de días planeaba contarle. De hecho no había ni dormido por darle vueltas al asunto y decidir qué era lo mejor.

Estábamos sentados en la playa… uno al lado del otro, supe que era el momento de decirlo cuando su teléfono sonó. Vio quien era y se alejó. No suele hacer eso. Lo observé intrigada, luego de un rato regresó, relajado, sonriente.

—¿Todo bien? —quise saber. Asintió regalándome una carismática sonrisa, atípica en su postura siempre seria, en guardia. Me desconcertó, pero todo se fue al drenaje cuando me dijo:

—Des, desde que trabajas con Camila te noto… feliz. —Pasé saliva pestañeando—. Eres inquieta, quizá podrías aprender a dar Yoga o… no sé —me miró optimista.

Una losa se instaló en mi pecho. Bajé la mirada comprendiendo que llevaba un mes mintiendo, que ahora no solo era decirle lo que en realidad hago sino confesar que lo he engañado durante todo ese tiempo.

—¿Si fuese algo distinto a eso? —pregunté envalentonada, ya había notado algo en mi actitud. Frunció el ceño.

—Si te hace feliz.

—¿Lo que sea?

—¿Hay algo que quieres decirme? —intuyó acercándose, acarició mi mejilla e hizo a un lado mi cabello con suavidad.

—Yo… —Afiló la mirada, atento—. Yo ya no estoy ayudando a Camila, consiguió a alguien —solté preparando el terreno. Se alejó arrugando la frente.

—¿Desde cuándo? —preguntó con voz ronca. En respuesta lo miré nerviosa.

—Desde hace un par de días —mentí y me sentí peor.

¡Debí decirle ahí la verdad! Pero soy una cobarde. Asiente suspirando.

—¿Qué harás ahora? —quiso saber. Mis palmas se tornaron sudorosas y no era por el sol sobre nosotros.

—No sé, quiero algo… diferente —balbuceo y entonces me doy cuenta de que, si sé manejar mis cartas, puedo contarle lo que he hecho como si recién lo hubiera comenzado. Eso me relaja de pronto, mentira sobre mentira, pero así me evitaría problemas, aunque no sé cómo lo tome aún.

Asiente jugando con la arena.

—Des, podría enseñarte cosas de la empresa, sabes de ecología, crees en ella… A lo mejor tomar cursos, quizá te gusta, ¿por qué no le das una oportunidad? —propuso—. Hacer algo realmente por ti, que te enseñe cosas, que aprendas algo nuevo… A lo mejor encuentras tu vocación —terminó.

Lo observé sonriente, aunque por dentro llena de agobio.

—Quizá después, déjame pensarlo, ¿sí?

—O si prefieres aprender otras cosas, está perfecto. Clases de algún instrumento, como tu guitarra, por ejemplo —mencionó relajado. Me erguí desconcertada. ¿Estaba tratando de ocuparme en lo que cree que puede ser bueno para mí?

—Riah, yo encontraré en qué gastar mi tiempo —repuse con tono ácido, de repente. Resopló—. ¿Qué? ¿Qué ocurre? —lo confronté.

—Nada. Es solo que no entiendo a veces cómo es que tienes la pasión de ir a defender a un niño que ni conoces, ni sabes qué le ocurre en realidad y no para elegir el camino de tu vida, para entrar de lleno en ella —murmuró frustrado.

Fue en ese momento que decidí no hablar sobre el albergue. No lo entenderá.

—¿Qué esperas de mí? —me defendí molesta. Negó arrepentido, acercándose, retrocedí, pero me tomó por el cuello terminando con la distancia y me besó despacio, gemí ante el roce.

—Espero que emerjas, solo eso —determinó y volvió a posar sus labios sobre los míos.

—Lo estoy haciendo —aseguré lánguida bajo su hechizo, ya mordía con cuidado uno de mis labios.

—Eso me alegra, mi sol.

-*-

Vuelvo al presente gracias a que Steve me da un empujón. Se lo regreso por instinto. Ríe.

—¿No te permite hacer labor social o qué mierdas? —pregunta sin quitarle los ojos de encima a los niños.

—¿Permite? Ni que fuera quién. En realidad «qué mierdas«, es la respuesta —revelo suspirando.

—¿No te llevas bien con él? Si es un hijo de puta no tienes que aguantarlo —susurra solo para que yo pueda escucharlo. Sonrío negando.

—No lo es. Y nos llevamos muy bien, no podría estar lejos de él —admito con suavidad, buscando defenderlo.

—No entiendo.

—Es complicado, Steve. Ahora mismo creo que yo solo lo compliqué más. Zakariah espera de mí algo que creo que nunca seré. Quiere una mujer diferente a su lado, no a una como yo.

—¿Cómo tú? Si eres perfecta, querida, no veo cómo un hetero te negaría algo —sentencia con sus grandes ojos azules inspeccionándome.

—Mi marido ha tenido una vida difícil y necesita a su lado una mujer igual que él, que no tema a nada, que sea aguerrida, que sepa qué quiere de su vida y vaya por ello sin detenerse, alguien con metas, con proyectos, que tenga claro su camino —termino con una opresión en el pecho.

—¿Y no crees que puedas ser tú esa mujer? —inquiere conciliador.

—Yo no sé qué quiero, qué camino tomar. Solo sé que ahora mismo deseo estar aquí, que esto me hace sentir viva, con sentido… Pero se aleja mucho de lo que él busca.

—Creo que hablar con la verdad en estos casos ayudaría, Desa. Asumir es lo peor que puedes hacer. —Asiento respirando hondo—. Cuéntame más de cómo se conocieron, esa historia me encanta —pide sonriente.

Eso me lleva de nuevo a una época que siempre recordaré como mágica y así pasamos el resto del día. Al final sabe bastante de Riah y cuando le muestro una foto de nosotros juntos le tuve que cerrar la boca.

—Mierda, si está buenísimo tu hombre, Desa, absolutamente imponente —exclama arrebatándome el aparato y agrandando su rostro en el celular.

—¡Ey! —le digo intentando quitárselo—. Es mío.

—No sueltes a ese espécimen por nada, ten los ojos bien abiertos, mujer. Ese es un hombre en toda la extensión de la palabra y debe tener un montón de arpías esperando a que cometas un error para robártelo —asegura regresándomelo a regañadientes y luego rodea mi hombro—. ¿Sabes qué? Olvida lo que te dije, él es más perfecto que tú —bromea.

—Es mi marido, idiota —bufo divertida por su manera de aligerar todo, por lo bien que me la he pasado recordando un poco de mi historia a su lado, pero más agobiada aún que antes.

Sí, definitivamente él es mucho para mí.

14. Desa

Llego a tiempo pero luzco echa un desastre, comprendo que no alcanzaré ni cambiarme cuando él atraviesa el umbral. Regreso lo andado decidida a saludarlo. Arruga la frente, desconcertado.

—Des, tenemos una cena —me recuerda examinándome. ¡Carajo, la cena! En estas semanas es la segunda vez que me ocurre y eso, antes, era impensable. Abro los ojos de par en par—. ¿Lo olvidaste de nuevo? —pregunta conociendo la respuesta.

Es de una de las empresas, me lo dijo el día anterior, nada muy formal, aun así, no puedo quedarme como estoy, eso seguro. Mi vaquero roto, mi blusa desgastada, la coleta, ni un poco de maquillaje. Riah aprieta los puños mientras me observa detenidamente. Su mirada se nubla y juro que hay deseo ahí.

—Dame unos minutos, no tardo lo prometo —pido agobiada. Se rasca la cabeza, alejándose.

—No importa, iré yo, ya nos están esperando —dice un tanto descompuesto.

La angustia me embarga. Me acerco negando. Sé que estoy dispersa a últimas fechas, que parezco a veces estar lejos de él aunque esté a su lado, pero no logro acomodar mis dos vidas.

—¡No! Prometo que no me tardo —le digo agarrando su manga para que gire, me mira de reojo.

—¿Qué hiciste todo el día? —pregunta templado, pero frío. Paso saliva pero no hablo. Asiente—. Bien, debo irme. Regreso más tarde. —Besa mi frente y sale así, nada más, de casa.

Me quedo suspendida en el recibidor, respirando agitada. Lo sigo corriendo y lo alcanzo.

—¡Riah! Lo lamento —me disculpo agobiada justo cuando se está metiendo en el auto. Me observa y cierra de nuevo la puerta para acercarse. Cuando lo tengo frente a mí entorna los ojos.

—¿En qué estás gastando tanto dinero, Desa? —suelta de repente. Retrocedo con el corazón brincando en mi pecho, alocado. Termina con la distancia y me estudia como buscando la respuesta a su pregunta—. Te has terminado todo lo que tenías en la tarjeta, entonces has retirado cantidades de la tarjeta de crédito. ¿Hay algo que deba saber? ¿Qué está ocurriendo?

—Nada… yo solo, es ropa… y esas cosas, ya sabes —miento humedeciendo mis labios secos.

—No quiero controlarte, te lo aseguro, pero es un exceso… Además, podría jurar que en tu armario hay menos ropa, no más —refuta con voz mesurada. Me da escalofríos.

Sé que está irritado, preocupado, desilusionado.

—No, te lo aseguro.

—Soy hombre, no estúpido.

—No, Riah, ya no gastaré tanto… Lo lamento, no me di cuenta.

—Busca algo productivo que hacer durante tu día, de tu vida, en vez de estar de tienda en tienda, para ni siquiera usar lo que compras. Desa —ruge y se acerca controlándose—. No eres una niña, siempre lo dices, así que deja de comportarte como tal y por una jodida vez compórtate como una mujer, como mi mujer. Si quieres algo, lucha por eso, consíguelo tú misma —zanja contenido, dejándome ahí, en la acera, congelada, absolutamente agobiada.

Entro a casa con las manos cosquilleando, con ese nudo en la garganta atorado que me dificulta respirar. Si supiera llorar lo haría en ese momento.

Me siento en uno de los sofás y permanezco ahí, quieta durante un buen rato. Mi celular

suena, lo tomo apesadumbrada, con las palabras de Zakariah acribillándome. Es Graco, hace un par de semanas que no hablamos, no es el mejor momento pero definitivamente lo necesito.

—Hola, Graco —digo recargando la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos, buscando por todos los medios hacer a un lado lo que acaba de ocurrir.

—¡Ey! ¿Qué pasa con mi ardilla favorita? —me saluda alegre, así me nombra desde pequeña.

—Nada, ¿cómo estás? —pregunto buscando por todos los medios que mi voz no me delate.

Sé ocultar lo que siento de verdad, tragarme lo que duele y fingir que todo va bien, aunque en esta ocasión me está costando un mundo, todo lo referente a Riah me desarma.

—Genial, el trabajo va de maravilla, ya sabes. Pero tú, ¿cómo está mi cuñado? ¿Están cenando? Espero no haberlos interrumpido.

—Para nada. Él está bien, salió a algo del trabajo. Mejor dime… ¿Piensas regresar a este lado del mundo pronto? —pregunto esperanzada. Tengo tantos deseos de verlo.

—Solo si es para visitarte, te echo de menos, pequeño huracán —admite nostálgico.

—Yo también, monstruo.

Y es verdad, con Graco nunca tuve que actuar, que fingir, que ocultar.

—¿Sigues yendo al albergue?

Sí, él sabe lo que hago, no pude más y un día se lo tuve que confesar. Me regañó por no contarle nada a mi esposo, pero no insistió al notar mis negativas.

Subo a mi habitación y le pregunto si podemos hablar por *facetime*, se pone feliz y la siguiente hora y media le cuento anécdotas tanto de aquel lugar como de Steve, de mis avances en la guitarra y mi mente se despeja.

—Dile a Zakariah, Desa, eres experta en ocultarte, con él no tienes necesidad.

—No es verdad —me defiendo al recordar que Riah me lo dijo ya.

—¿A qué le temes? Lo que haces es algo hermoso, no tiene nada de malo.

—No le gustará. No es algo importante, ¿sabes? O Algo como a lo que a él le gustaría verme dedicarme —argumento.

Graco frunce sus adorables cejas negras.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí, él necesita otro tipo de mujer.

—No digas tonterías. Te eligió a ti, es tu esposo. Habla con la verdad.

—Buscaré un trabajo —suelto de pronto, comprendiendo que eso es justo lo que debo hacer, así no tendría que tomar dinero de él y lo usaría para lo que se me diera la gana, en mi caso, donarlo a ese lugar que amo y sobre todo devolver lo que gasté.

—¿De qué? ¿Dónde? —pregunta divertido.

—Ya veré, con Camila van varias chicas que tienen negocios, algo saldrá.

—¿Necesitas dinero?

—Si quiero ayudar al albergue de verdad, debe ser con mis propios méritos, ¿no?

—Cierto, y para que sonrías, ardilla, hablé con mi papá, se interesó en el lugar y decidimos hacer donativos. ¿Qué te parece?

Abro los ojos de par en par y brinco de la emoción sobre el colchón. Graco suelta una carcajada.

—¡Es genial! ¡Gracias! —grito entusiasmada.

—Mándame los datos y lo haremos. Y por favor, lo que necesites, dime.

Al final cuelgo alegre, con una meta en la cabeza: buscar trabajo, así que no pierdo el

tiempo y le marco a mi prima. Ríe al escuchar lo que deseo. Ella no sabe nada de lo que hago en el día, solo se queja de que ya casi no nos vemos y es que éramos como muéganos, pero acepta ayudarme.

Paso la noche en la que denomino «mi habitación», buscando trabajos por la *web* mientras canto con la música que sale de la computadora. Luego de tener ya varias anotaciones que guardo en mi bolso y algo frustrada, porque no tengo en realidad experiencia de nada, dejo las tarjetas de crédito en mi cajón. Solo usaré lo que necesito. Riah tiene razón, si quiero algo lo haré yo.

Con esa idea en mi mente me acerco a la cama. Él llega cuando me estoy por acostar. Nos observamos en silencio por unos segundos y se percibe la potencia de lo que sentimos, pero también somos conscientes de la brecha que en ese momento crece.

—Pensé que ya estarías dormida —dice como de paso, cuando deja el saco colgado.

—Eso iba a hacer —le respondo, con la opresión de nuevo en el pecho. Asiente mientras se desviste. Paso saliva desviando la mirada, no consigo resistirme a él, pero no puedo en este momento acercarme, no después de lo que ocurrió—. Riah —lo nombro ya sentada sobre el colchón, con la atención en mis manos—. Lamento haber olvidado la cena —me disculpo bajito.

—Ojalá no fuese eso lo que lamentaras, Desa —murmura a cambio metiéndose al baño y cerrando.

Cierro los ojos suspirando, me recuesto apretando la almohada. La distancia se abrió, la siento, pero no haré nada para acortarla, la verdad podría abrirla más.

Paso una noche espantosa. No logro conciliar el sueño, él duerme y lo observo gran parte del tiempo. Acerco mi mano más de una vez a su rostro pero me retraigo. Si tan solo me sintiera suficiente. Pero ¿cómo serlo? Paseo por todo el lugar descalza, reflexionando. Al final decido que debo demostrarle, demostrarme que puedo serlo, que soy más que esto. Si Riah, al igual que Graco, siempre han visto más en mí, debe ser por algo.

Cuando él se levanta le informo que no podré acompañarlo al entrenamiento, no dice nada al respecto y se va serio. Soy consciente de lo que piensa al respecto, pero no hago nada para justificarme, de todas maneras eso era lo que él esperaba, ¿no?

Es espantosa esta situación, juntaré lo que usé y lo pagaré, por ahora con mi ayuda deberá ser suficiente para el albergue, después de todo con el donativo de mi hermano me siento más tranquila.

-*-

Llego con Camila temprano, sonríe al verme ahí.

—¡Vaya! ¡Era en serio! —exclama. Entorno los ojos.

¿Qué nadie me cree más que una idiota mantenida? La ignoro y le tiendo un papel con lo que anoté la noche anterior.

—Encontré esto en internet. Hablaré, pero la verdad es que son puros horarios largos y mal pagados.

—Prima, no tienes experiencia, eso es normal —me hace ver. Asiento torciendo la boca —. Pero no te desanimes, tengo en la mira a dos y si no, podrías ayudarme aquí —propone y me dice quiénes son. Las conozco de cuando pasaba ahí gran parte del tiempo, sonrío entusiasmada. Una de ellas cuenta con un par de librerías, la otra una clínica para niños.

Hablo con ambas después de haber concertado citas en un par de lugares. Al final la de la clínica me cuenta que una de sus asistentes tendrá pronto un bebé y que le encantaría que le

ayudara, pero debo estar a prueba.

Por la tarde consigo trabajo en una cafetería, en el turno de las mañanas y saldré a mediodía. La paga no es tanta pero me permite ir al albergue, ganar de propinas. Los empleados son chicos de mi edad, unos más jóvenes y el ambiente se siente ligero. ¡Es una suerte!

Se me ha hecho tarde, de nuevo, pero me decanto, mientras conduzco, por el de la cafetería, me pagan menos, pero el horario me acomoda más.

Llego a casa y su auto ya está ahí, entro un tanto agobiada, no lo veo por ningún lado, solo a Awdry y a Missy, que brinca como una loquilla, así que la cargo.

—¿Y Riah? —pregunto. La encargada de la casa, ahora menos osca, con una media sonrisa me señala el sótano.

Bajo con Missy, lo escucho reír abiertamente, luego habla con esa voz masculina que tiene. Me acerco pero me detengo al oír lo que dice.

—No pienso decírselo aún. No sé cómo lo tomaría y… prefiero esperar un poco —murmura. Pestañeo apretando a Missy a mi pecho. ¿Con quién habla?—. Ro, no digas tonterías, eres cosa seria, dame unos días —pide, divertido, cambiando la voz por una más suave.

Mis terminaciones nerviosas se encrespan. Respiro con dificultad y un sudor espeso recorre mi frente, mi cuello. Nerviosa, no me quedo ahí para escucharlo acabar su *linda* plática.

Subo con sigilo, una vez arriba tomo la cadena de Missy y salgo buscando aire. Camino deprisa con ella siguiéndome el paso. Soy consciente de que algo me está quemando. *¿Qué me está ocultando?*

La idea de que estén juntos, de esa manera que tanto me aterra, se adhiere a cada uno de mis pensamientos y de pronto me siento perdida, agitada, agobiada y con ganas de llorar, pero no lo hago, continúo andando.

Mi celular vibra en el bolsillo, no me importa. Cuando transpiro y mi pobre perrita jadea, me detengo. La forcé de más y ahora muere de sed y cansancio. La tomo en brazos y la beso agobiada, temblando.

Llego a casa, él abre enseguida, suelto a Missy y esta sale corriendo por agua, alejándose de mí.

—¿Dónde estabas? Te estuve marcando —pregunta entre molesto y preocupado. Mi pecho arde, me duele incluso respirar, pero no lo encaro, en cambio lo hago a un lado y le digo de paso que debo darme una ducha. Subo deprisa pero por supuesto que no llego ni a cruzar la puerta cuando me detiene por el brazo.

—¿Puedes por lo menos contestarme? —exige.

Me zafo temblando, evadiendo sus ojos, esos que me comen, que me absorben, que me hacen sentir tanto.

—Paseando a la perra, no es evidente —contesto con hastío y entro a la habitación, dejándolo ahí.

Ingresa y cierra tras él. No logro llegar al baño cuando me da la vuelta y me besa con voracidad. La rabia y ansiedad se entremezclan con el miedo a perderlo, no le respondo al inicio pero al sentir sus labios sobre mi cuello gimo. Sin embargo, la duda, lo dicho el día anterior, todo se une. Lo hago a un lado y entro cerrando con seguro al baño.

Un sollozo ahogado escapa de mi garganta mientras me desvisto, aun así, no lloro, no puedo.

Salgo más tranquila minutos después. Por lo menos ya no apesto a sudor y tengo el pijama encima. Me observa desde la cama, atento. Nunca antes lo había rechazado, de hecho no me creía capaz de hacerlo.

—Mañana entro a trabajar —le informo seria. Riah se yergue arrugando la frente, clavando sus ojos duros en los míos.

—¿Trabajar?

—Sí, trabajar. Algo útil, ya sabes, algo de provecho —ironizo y camino hacia la puerta.

—¿Me dirás dónde, de qué? —pregunta contenido. En ese momento quiero gritarle que eso no le importa y que se vaya a la mierda junto con Rowe, pero me detengo y giro cruzada de brazos.

—Nada que supere tus expectativas, es solo un trabajo —señalo y salgo.

—Desa —lo escucho a mis espaldas.

—Zakariah —lo nombro deteniéndome, sin voltear.

—Ayer… lo que dije, yo tan solo… —comienza.

Giro y me acerco acallándolo con un ademán.

—Tú tienes razón, toda la razón y no volverá a ocurrir.

—¿Por eso buscaste trabajo? No es necesario. Sí fue un exceso, pero si necesitabas más solo debías decirme —argumenta perdido. Rio con indolencia.

—Yo no necesito más, gracias —murmuro con la intención de irme, pero me detengo—. Y, por cierto, entro temprano, salgo tarde, así que no me esperes —le informo bajando las escaleras.

Me detiene de nuevo, ahora rabioso.

—¡Qué mierdas te pasa! ¿Así, nada más, sin explicar, sin nada?

—Yo no te cuestiono sobre lo que haces o no, ni de tus horarios. Tú tampoco hagas eso conmigo, Zakariah. Es mi vida, soy esa mujer que justamente dijiste ayer, la que realmente estás buscando —afirmo con el pecho apretado. Me suelto y bajo.

No tengo hambre pero no lo quiero cerca, no lo resisto. Ya no me sigue, se queda ahí observándome, lo sé porque no dejo de sentir su mirada potente sobre mí hasta que desaparezco de su campo de visión.

Baja a cenar unos minutos después, yo ya terminé y lo dejo a media comida. Me escabullo hasta mi escondite, cierro la puerta con seguro, me planto frente a la computadora sin parpadear siquiera, abrumada, ahogándome.

Quisiera poder tomar la guitarra y cantar hasta que mi voz se funda en las notas que desprenden mis dedos, hasta que el aire se me termine. Me trago las sensaciones y sin percatarme termino buscando carreras sobre Servicio Social.

Abro un documento en el que voy dejando todas las posibilidades.

Sin embargo, las imágenes de él y ella aparecen cada tanto, abren heridas con las que no sé cómo lidiar.

Termino escuchando mi propia canción evadiendo todo lo que en ese momento no puedo controlar, pensando de alguna manera que si no era ella, sería otra.

Zakariah nunca ha tenido razones para estar a mi lado.

-*-

Entro a la habitación rogando porque esté dormido. Tengo mala suerte, descubro, él está sentado sobre uno de los sofás, a oscuras. Lo ignoro y avanzo hasta la cama.

—Debemos hablar en algún momento —dice levantándose. Me cubro con las cobijas, encogiéndome de hombros, apenas si lo distingo.

—Y no es éste, definitivamente. Buenas noches —me despido agotada. Una noche sin haber dormido prácticamente ya cobra factura y la mañana siguiente es mi primer día de trabajo.

—Desa… —murmura acercándose. Yo me encojo, no quiero que me toque, temo a su roce. Aprieto los ojos cuando siento su mano sobre mi brazo. Nota que no me muevo, acaricia mi cabello. Suspira y percibo como se aleja un poco, en su lado de la cama.

—Mi madre, continuó sus estudios, incluso cuando me tuvo. Me dejaba al cuidado de mi abuela que por las mañanas no trabajaba. Tiempo después un chico de su preparatoria la ilusionó, ella… le creyó. Meses más tarde nació Kyroh, fue complicado, ¿sabes? No solo por lo evidente, sino porque los primeros años fue muy frágil su salud —explica y yo dejo de pestañear.

Conforme sus palabras se adentran en mi cabeza, mis defensas bajan y la duda de si él me engaña de verdad, aparece. Me giro despacio y lo miro por encima de mi hombro. Riah me evalúa durante unos segundos en silencio y luego continúa:

—El padre de Kyroh no se hizo responsable, como debes imaginar, pero mi madre no desistió y mi abuela no se lo permitió. Es así como terminó el *high school* con un niño de dos años y un bebé que venía en camino.

Paso saliva y me incorporo, dejando caer las cobijas. Y si estoy yo confundiendo las cosas; son amigos de mucho tiempo y no sé, quizá en estos días me diga eso que ambos saben y yo no, y tal vez no sea lo que estoy pensando o imaginando.

De pronto acerca su mano a mi rostro, pasa su dedo pulgar por mi barbilla, luego por mis labios, atento.

—No sé ver la vida salvo así, Desa, pero evidentemente contigo eso no funciona —susurra con suavidad—. Si deseabas gastar todo ese dinero en… lo que sea, está bien, puedo absorber esos caprichos, si deseas trabajar, *OK*, te apoyo.

—Riah… —digo con hilo de voz, agobiada—. ¿Si… no soy la mujer para ti? —suelto al fin presa de esa maldita inseguridad y es que cada confesión me está hundiendo más.

Se acerca a mí como un felino, con la mirada fiera, logrando con ello que termine mi espalda de nuevo sobre mis almohadas.

—Tú estás hecha para mí, así el mundo o la puta vida diga lo contrario, mi sol —asevera con coraje y me besa con vehemencia, una tal que no puedo más que responderle.

Pronto acabamos desnudos, hambrientos y hechos uno con esa agónica necesidad que siempre nos ha sometido, con ese lazo que nunca se ha debilitado.

Cuando terminamos, después de haber soltado gritos de placer inexplicable, queda sobre mi pecho, respirando agitado. Acaricio su cabello ralo mientras él enrosca sus dedos en los míos y los aprieta un poco.

—Mi madre nunca fue a mis recitales o festivales —confieso de pronto. Se tensa pero no alza la cabeza. Se lo agradezco, así que continúo—. A los de Graco y Alina, sí, a los míos no. Me gustaba participar, sin embargo, dolía saber que nadie de mi familia iría. Era triste ver cómo los demás papás aplaudían, pero nunca nadie que me importara a mí. Un día, cuando tenía ocho años, subí y canté, me lo pidieron en la escuela. Creí que por ser yo la del papel más importante esta vez sí iría. Le di invitación, le supliqué que no faltara y me prometió asistir. No fue.

Ahora sí mi marido alza el rostro, encarándome. No sé descifrar su mirada así que desvío mi atención a otro lado, pasando saliva y prosigo:

—Lloré. Todos los niños al acabar el festival se fueron. Me felicitaron personas que ni conocía, pero ella nunca apareció. Era el día de las madres —dije enfrentándolo—. Ese fue el último día que supe lo que era tener lágrimas en los ojos, nunca más he vuelto a llorar —confieso estremecida.

Riah se incorpora, pestañeando. Me cubro por instinto pero quita mis manos y las arropa con suavidad, aguardando. Me coloco frente a él, pasando saliva. Quiere que continúe, lo hago.

—Magno llegó a la salida normal. Una maestra aguardaba a mi lado, consolándome. No le dije nada a mamá, jamás volví a invitarla a algún evento y ella nunca preguntó tampoco.

Zakariah acuna mi barbilla y me acerca a su rostro, está desconcertado.

—¿En serio nunca has vuelto a llorar? —pregunta admirado. Niego sin soltarme. Asiente para un segundo después abrazar mi cuerpo desnudo, le respondo el gesto.

—Nunca había hablado de esto —confieso. Besa mi cabellera.

—Yo tampoco había hablado de mi pasado con nadie —admite. Me aprieto más a él.

¿Cuánto más hay bajo nuestras capas de piel?

14. Zakariah

Me levanto y ella ya está en la ducha. Veo la hora, es muy temprano. Arrugo la frente, ayer ya no le pregunté dónde trabajaría. Me dejo caer de nuevo sobre las almohadas, reflexionando sobre lo ocurrido, lo dicho.

Esto es una locura, una de verdad. Es como si estuviéramos en medio del mar y no lográramos llegar de nuevo a tierra firme y, cuando encontramos algo de qué sujetarnos, una tormenta llega y nos lo arrebata dejándonos a la deriva, otra vez.

Nunca ha llorado desde los ocho años. Desa se ha escondido mucho más de lo que alguna vez dilucidé. La pienso dulce, con su rostro de niña, ahí, cantando con esa voz increíble que tiene… sola, siempre sola al parecer. Miro la puerta del baño, aturdido.

-*-

La furia que experimenté cuando Kyroh llegó con aquellos estados de cuenta dos días atrás, aún puedo sentirla. Desa había usado mucho dinero, demasiado en realidad.

—¡Es ridículo! —bramó mi hermano—. Es una maldita fortuna en casi dos meses. ¡Ponle freno, Zakariah! —rugió.

—No es tu maldito asunto, Kyroh —gruñí en respuesta a su tono y también gracias a lo que leía en esos jodidos estados de cuenta.

—¡Es tu dinero! ¡Lo sé! Pero no puedes permitir esto, es patético. ¿En qué carajos te estás convirtiendo, Zakariah? —me desafió acercándose a mi escritorio.

Rebasado, me erguí y lo encaré.

—Es mi mujer, mi puta vida, y lo que haga con mi dinero es mi maldito asunto —zanjé —. Qué se pague y punto.

Kyroh me observó atónito, negando.

—Esto no está bien, en serio no lo está —dijo aturdido, y un segundo después sale de ahí.

Finanzas, el área que él comanda, lleva mi contabilidad. Por eso suele enterarse de esos pormenores, es muy meticuloso, su gente lo sabe y, aunque no los revisa personalmente, le informan cuando notan algo extraño, cuestión que nos ha salvado en varias ocasiones.

Sin embargo, comienzo a pensar si es mejor contratar a alguien externo.

De todas formas, eso no le da derecho a meterse en mis asuntos, en mis decisiones. Lo cierto es que una vez solo, vuelvo a leer los estados y me reclino en la silla perdiendo la vista en el exterior. ¿En qué gastó esa cantidad de dinero y por qué hace esos retiros tan grandes?

Aun así, decidí tomarlo con calma, debía preguntarle cuando tuviese oportunidad y hablar de ello. Jodidamente todo se fue al drenaje aquella noche en la que al verla vestida con ese desgarbo, el deseo se disparó. Esa Desa me enciende como ninguna otra así que la rabia de su olvido, aunado a esos gastos, me atropelló.

Después ayer decide no ir a entrenar y sé que ya no regresará, menos ahora que ha conseguido ese trabajo, cosa que la verdad me tiene aturdido, en un día lo obtuvo. Desa es determinada, indudablemente, pero me siento en guardia, ya no sé por dónde vendrá algo más.

Sale del baño y su aroma inunda mis fosas nasales. ¡Mujer del demonio! La deseo solo por existir, esa es mi cruda verdad. Me yergo para verla, lleva su cabello húmedo y solo la ropa interior. Me sonríe con cierta tensión y se dirige al vestidor.

Decidido me acerco, pero permanezco en silencio durante unos minutos mientras la observo vestirse y las palabras que dijo la noche anterior me atraviesan, «si yo no soy la mujer para ti».

La inseguridad de su voz fue perceptible y lo único en que puedo pensar al tenerla así, frente a mí, es que lo es, y una mierda que lo es. Desa está hecha para mí, lo siento en cada movimiento que da, en cada suspiro que le arranco. Con todo y eso, me preocupa que lo piense, lo que no entiendo, lo que ocurre, que la esté presionando a un punto tal que la lastime de verdad.

Ella ya no es la de hace un par de meses, con la que dormí y conviví por un tiempo, esa que se desvivía complaciéndome, que encontraba siempre maquillada, llamativa, con la ropa perfecta, sonriente, despreocupada. La chica que no asumía nada, que pasaba las mañanas como muchas mujeres; de tienda en tienda, de restaurante en restaurante, en estéticas, spas.

No me desagradaba, debo ser honesto, imposible tratándose de Desa, pero ahora que la comparo, me doy cuenta de que jamás había estado tan intensa, tan vibrante, tan mujer pese a todo lo que está ocurriendo, a lo que ignoro que hizo con ese dinero, a lo que no comprendo, a la olla de presión en que nos hemos convertido.

Ella, Desa, no es la de antes. Es, de nuevo, lo que vi esos dos meses cuando la conocí y la elegí. Sin embargo, temo lo que pueda resultar porque siento que no la conozco en lo absoluto y a la vez, que todo está frente a mí y no logro verlo.

—¿Es tan temprano ese trabajo? —pregunto cruzado de brazos, ya con una erección por el simple hecho de tenerla en frente, que no me molesto en ocultar. Asiente poniéndose una blusa de algodón sin adornos—. ¿Dónde es? —quiero saber.

—Una cafetería, por el frijol. Abren temprano —dice poniéndose los tenis deprisa.

Pestañeo. ¡Una cafetería!

—¿Tienes experiencia en eso?

—Sé servir café, si eso te preocupa, y algunas cosas, lo demás lo aprenderé —señala pasando a mi lado para ir al baño, de nuevo.

—¿Por qué una cafetería? Dijiste que pensarías lo que te propuse de la empresa. Sabes de eso. No entiendo —argumento desconcertado.

Se detiene y me observa un segundo entero, con esos ojos marrón y su boca entreabierta.

—Porque… prefiero hacer las cosas a mi modo, no al tuyo —objeta decidida. Me da un beso en la boca, apenas si un roce en realidad, y se va, dejándome ahí, suspendido. Corro y salgo, atípico en mí, pero recurrente últimamente.

—Desa… ¿dónde es? —necesito saber.

Mi mujer se detiene, voltea y sonríe evaluándome.

—Te mando la ubicación al llegar —contesta.

Me acerco, rodeo su cuello y la beso con ganas. Me estoy volviendo loco.

—Buena suerte —le deseo con aprensión. Ella me besa de nuevo y pega su frente a la mía suspirando.

—Gracias, Riah —susurra para irse un segundo después.

-*-

Paso la mañana agobiado y desconcertado, ya sé dónde es su trabajo. Está en un punto concurrido. En realidad he ido ahí alguna vez, aunque no son sitios que suela visitar, reciben mucho turista y suelen estar llenos desde que amanece hasta que anochece.

Observo la fachada en mi celular. ¿Por qué prefirió eso? ¿Qué intenta demostrar? Ya me siento tan perdido respecto a ella. La confesión de la noche anterior ronda mi cabeza y hago un

recuento concienzudo sobre ella. Es verdad, desde que la conozco jamás la he visto llorar. Eso no permite que me relaje porque simplemente me parece inverosímil. Dejo el aparato y acerco su foto, esa que tengo sobre mi escritorio, paso un dedo por su rostro.

—¿Te mostrarás, Desa? ¿Nos mostraremos?

15. Desa

Antes de llegar a mi nuevo trabajo le mando un audio a Steve informándole sobre mi cambio de rutina. Debe estar dormido, pinta… ahora sé que esos cuadros que vi en su apartamento son suyos. Gana muy bien de ello, además, tiene un par de galerías de arte en el centro, resultado de la herencia que le dejaron sus padres.

Habla muy poco sobre ello, aunque también supe que es accionista de una empresa que maneja su hermano mayor, al que casi no ve, y que le da su parte cada mes.

En la cafetería me topo con que no tengo ni una maldita idea de la mayoría de las cosas que se deben hacer, aun así, mi jefa, que parece tener fe en mí por alguna extraña razón y con la que congenié en la entrevista el día anterior, se muestra feliz por verme ahí.

Me toca estar tras la barra y levantar las mesas vacías. Un par de chicas, quizá de mi edad, preparan cafés sin parar, yo les pongo las tapas y los voceo. La gente se arremolina, es imposible siquiera respirar, pero de alguna manera me siento más activa que nunca.

Recibo invitaciones a cenar, a comer, hasta propuestas menos agradables, pero no me importa, yo voy y vengo, y cuando hay un respiro, me muestran cómo se prepara alguna bebida.

Ayudo en lo que puedo, soy escurridiza, así que al final de la jornada acabo con los pies adoloridos y satisfecha. Dejo el mandil donde me indicaron, tomo mis cosas que había dejado guardadas en un casillero, me despido alegre. La realidad es que poco hablé con nadie y es que fue una puta locura, por lo mismo la mañana acaba antes de lo que siquiera puedo darme cuenta.

Sin dudarlo, y a pesar de que me siento molida, corro hasta donde dejé la camioneta y me dirijo a donde la solía aparcar para tomar el autobús que va para el albergue. Steve está ahí, aguardando. Arrugo la frente al verlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto acomodándome el cabello. Soy un desastre.

—Cuando me dijiste que ya venías, me salí para buscarte. Ya sabes, prefiero que no andes sola por esos lugares, aunque por cómo te ves ahorita creo que nadie intentaría siquiera acercarse, luces acabada —se burla. Le doy un empujón, mientras caminamos rumbo a la parada. Es super ligero, no se complica y a la vez es una gran persona.

—Jódete.

—¿Qué tal estuvo? —pregunta quitándome la guitarra de la espalda.

—Cansadísimo, tiré solo dos cafés, lo cual es nada para alguien que nunca ha hecho eso. La verdad es que me fue bien, mejor de lo que pensé —admito ansiosa por llegar.

—¿Por qué entraste a trabajar, Desa? —indaga entornando los ojos. Suspiro metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, perdiendo la atención en la calle.

—Porque si quiero ayudar, lo debo hacer con mis medios, con lo que yo puedo.

—Si le dijeras a tu marido, quizá te apoya.

—No, aun no. Además, quiero hacerlo. Así está bien.

—¿Te das cuenta de que estás enredando todo sin necesidad?

—Esto es mío, Steve, mis decisiones. Si quiero algo debo salir yo por ello, eso es todo —argumento decidida.

—Puede ser, pero…

—No quiero hablar de eso, las cosas con Riah últimamente están extrañas y necesito tener algo que no tenga nada que ver con él, necesito…

—Tu vida —completa sentado a mi lado en el autobús. Asiento—. Parece que ya sabes lo

que quieres, ahora falta que te atrevas a decirlo y enfrentarlo —reflexiona, examinándome, con esa mirada tan intensa que tiene. Lo miro extrañada.

—No lo sé aún. Me propuso trabajar con él. Tiene una empresa que gira alrededor de muchas cosas ecológicas. Me gusta y entiendo de ello, pero… necesito crear mi propio camino.

—¿Así se lo dijiste?

—Podría decirse —replico recordando mis palabras exactas en la mañana y como me deseó suerte a cambio. No, no fue así y me siento mal por ello. Riah no lo hace por mal, solo busca llegar a mí. Ahora lo noto con mayor claridad y yo busco descifrarlo, ser lo que merece. Es más complicado de lo que logro entender.

Paso lo que queda del día ahí; bailo, canto y cuido a unos pequeños. De pronto el trabajo que me ofreció una de las alumnas de Camila llega a mi cabeza, voy con Lira y le digo que si tiene alguna chica en mente para ello. Sonríe orgullosa y luego rodea mis hombros para caminar a mi lado. El lugar se siente más inquieto, los niños ya llegaron de las escuelas y puedo ayudarles a hacer deberes o lo que sea, eso me gusta. Ahí siempre se está ocupado.

—Este par de meses nos has dado algo que es tan difícil lograr en un lugar como este.

—Intento que sea suficiente, aunque sé que siempre faltará y…

Se detiene y me silencia, negando. Sus ojos oscuros están fijos en los míos, siento que puede ver más en mí de lo que yo misma veo.

—Alegría, Desa, has dado alegría y eso… jovencita, en un sitio como éste genera esperanza. —Sus palabras me atraviesan, mi piel cosquillea y de repente noto un nudo en la garganta. Aprieta mi mano sonriendo—. Eres especial, nunca lo dudes —asegura caminando de nuevo. La sigo desconcertada por sus elogios, por sus palabras—. ¡Ah! Y ya llegó el donativo que conseguiste —me informa como de paso. Sonrío complacida.

Cuando anochece, después de haber ayudado a las labores de la cocina, por supuesto cantado con un par de chicas que suelen seguirme el paso y otras que solo ríen sin parar meneándose a nuestro ritmo, Jackson me acompaña a la parada. Steve se fue un par de horas atrás, tenía una cita.

—Te ves bien cansada —dice con mi guitarra en la espalda.

—Lo estoy —admito.

Qué día. Pero extrañamente me siento feliz y más tranquila respecto a Riah, porque mientras escucho algunas cosas que hablan las mujeres, decido confiar en él, no debo apresurarme.

—Mi mamá sonríe cuando llegas. Quiere que regrese a la escuela.

—¿Y tus hermanas?

—Una mujer de aquí se ofreció hacerla de canguro de varios pequeños mientras entran a la escuela y eso. Se están organizando. Creo que algún día tú se los mencionaste y de ahí sacaron la idea. Le pagarán, pero los mayores iremos a clases.

—¿Te agrada la noticia?

—No —zanja determinado. Lo observo intrigada.

—¿Por qué? —inquiero. Se frota su rala pero absolutamente rizada cabellera, perdiendo su atención en los autos que pasan. Va a ser guapísimo de mayor, de por sí.

Mi piel siente un escalofrío, su manera, su forma, todo él me lleva tanto a Zakariah.

—Porque no entiendo una mierda de nada, porque siempre estoy en desventaja —refuta molesto.

¡Oh, entiendo la sensación! Aunque definitivamente nuestros casos son distintos. Acerco mi mano a su antebrazo y lo aprieto para que me vea.

—¿Y quieres que así sea toda tu vida? —lo cuestiono, preocupada. Sus ojos están clavados en los míos, luego niega.

—No.

—Si sigues con esos chicos con los que te juntas, ningún esfuerzo que haga tu madre lo valdrá porque acabarás mal, no serás un ejemplo para tus hermanas y habrás jodido tu vida por siempre. Es tu decisión, Jackson, solo tuya, pero la tienes a ella, te ama, se preocupa por ti, eso… es muchísimo, debes entenderlo —murmuro con una seguridad que no sé de donde saco.

Nos quedamos en silencio hasta mi autobús llega, le doy un beso en la mejilla que lo toma desprevenido y me subo colgándome la guitarra.

Llego a casa y la hora de cenar ya pasó, abro y Missy salta sobre mí. Riah aparece por el comedor, le sonrío agotada mientras nos miramos.

—Iré a darle un paseo, ahora regreso —anuncio deprisa.

—No te preocupes, ya se lo di hace un rato. ¿Cómo te fue? —pregunta con cautela, acercándose. Dejo a la perrita en el suelo y termino con la distancia entre ambos, enseguida engancha su brazo a mi cintura y yo bajo su cabeza para besarlo.

—Bien. Muy bien, pero estoy muerta —admito sobre su boca.

Dios, este hombre es mi tentación personal, ya lo deseo, otra vez, pero en serio me encuentro exhausta.

—¿Es todo el día? —averigua acariciando mi rostro. Asiento sin remedio—. Es un horario muy extenso.

—Es solo mientras aprendo. Luego lo acomodaré —le quito importancia, lo vuelvo a besar y me separo, debo oler a mil mierdas—. Me daré un baño, me urge.

Me detiene por la mano.

—¿No cenarás?

—Ya lo hice —respondo sonriente y corro escaleras arriba.

Cuando salgo de la ducha mis pies duelen. Me recuesto a su lado suspirando, se acerca a ellos de pronto, toma uno entre sus enormes manos y lo empieza a masajear con firmeza y a la vez con suavidad.

De inicio lo miro extrañada, sé que no está de acuerdo con lo que hago, aun así, ahí está, consintiéndome. Mi pecho se hincha de algo más profundo, cada vez soy más consciente de eso que crece y crece a pesar de toda la locura en la que vivimos. Los masajea con atención, con esmero, sin soltar mis ojos, esos que ya no puedo mantener abiertos y cuando menos me doy cuenta caigo rendida.

La mañana siguiente salgo de nuevo muy temprano, con la diferencia de que cuando me levanto, quejosa, adolorida, Riah me toma en brazos como si fuese un costal. Grito debido al asombro, abre la ducha y nos mete a ambos con ropa. Rio desconcertada. Él no es así.

—¡¿Qué haces?! ¡¿Estás loco?! —chillo quitándome el agua del rostro, completamente despierta. Él sonríe mostrándome su blanca dentadura.

—Seduciendo a mi mujer.

—Empapándola, mejor dicho —me quejo buscando quitarme la ropa mojada, me detiene y besa con vehemencia.

—Eso también —admite desnudándome con rapidez.

Salgo justo a tiempo, colorada aún por la forma en que nos entregamos, fue arrebatada, fiera y pasional, pero profunda también. Riah parecía tener urgencia de mí. No es que yo no de él, en

qué maldito mundo no la tendría, pero fue… extraño, nuevo, fue… hermoso.

Tres semanas después…

El trabajo es agotador, aunado al albergue, a Missy y obviamente a estar tiempo de calidad con Riah quien me ha apoyado en esto, sin embargo, insiste en que son muchas horas.

Los fines de semana por la mañana salgo temprano y regreso a mediodía, me espera, incluso ha preparado de comer puesto que yo ni ganas tengo de salir para cuando aparezco.

En serio esto es más cansado de lo que pensé en un inicio, pero al acabar el día me siento más viva que nunca. Es como si todo tuviese un sentido, como si mi camino estuviera aclarándose.

No tengo tiempo de ir a ningún sitio, ahorro todo lo que percibo, es una suma importante la que tomé de las tarjetas, pero sé que la terminaré pagando. Cuando tengo día de descanso voy a entrenar a su lado, cosa que sé le agradó en secreto y paso la mañana en mi sitio favorito.

Lo malo es que en el albergue nunca terminan las necesidades. Steve pagó mucho del material para las escuelas de los niños. Lleva constantemente cosas y también donativos. Yo no he conseguido más y el frío está llegando junto con el otoño.

No lo pienso demasiado, la verdad, y aunque no debí, lo hice. Tomé muchos de los vestidos y joyas que Riah me ha dado, también perfumes nuevos que nunca usé, bolsos y zapatos en caja.

Cuando los subí a hurtadillas a mi auto me enojé conmigo, *¿cómo era posible que hubiese comprado todo aquello? ¿Para qué?* Debo admitir que en ese instante comprendí por qué todos me ven como una mujer frívola, que solo sabe de gastar y comprar. Alguien sin aspiraciones y superficial. Toda mi yo del último año estaba en esa camioneta que mi marido me regaló.

No me recriminé mucho más y junto con Camila, logré vender todo en prácticamente un día, el día que descansaba que suele ser entresemana.

—¿Zakariah no notará que tu vestidor está prácticamente en la ruina? —curioseó cuándo contábamos el dinero, ese día en la noche.

Entre las dos habíamos organizado un bazar en sus instalaciones. Mal vendí mucho de lo que llevaba, pero salió dinero suficiente.

—Espero que no.

—¿Qué le dirás si se da cuenta?

—Ya veré —respondí acomodando los billetes. Camila se colocó frente a mí, con los brazos en jarras. Alcé el rostro, quieta.

—Dime de una maldita vez en qué estás metida. Ya me estás asustando. Te ayudé en esto pero no más, no si no eres sincera. Llevas meses que apenas sé de ti, solo cuando has necesitado cosas que la verdad… me preocupan.

—Es para ayudar a unas personas, no tiene nada oculto ni raro.

—¿Qué personas, Desy? En serio. Quiero saber —exigió arqueando una ceja. Resoplé dejando a un lado lo que hacía, me recargué en el muro que estaba tras mi espalda y la vi fijamente.

—No me juzgarás —le advertí. Asintió—. Ni me criticarás, ni quiero escuchar que estoy perdiendo el tiempo o que debería hacer alguna otra cosa. ¿Entiendes? —Alza la mano prometiéndolo—. Ayudo en un albergue de mujeres en situaciones difíciles.

Mi prima abrió de par en par los ojos y enseguida arrugó la frente.

—¿Cómo? ¿Apoyas con dinero? —preguntó sentándose a mi lado, interesada.

—No, no solo así. Paso ahí mi tiempo, ayudo en los quehaceres, a cuidar niños, lavar, lo que se pueda. Platico con ellas, paso el rato.

—¿Es en serio? ¿Eso has estado haciendo todo este tiempo? —indagó incrédula. La miré de reojo, aguardando. Ella recargó la cabeza en el muro, suspirando—. Imaginé mil cosas, pero eso jamás. ¿Zakariah sabe? —curioseó. Negué de inmediato.

—Y ni se te ocurra decirle a tu madre, ya escucho a la mía hablándome únicamente para hacerme ver que soy una mujer, que debo estudiar, que debo ser alguien, que debo, debo, debo… Me juzgará, nunca le he dado gusto y dudo que con esto lo logre, al contrario. Por favor —le supliqué. Sonrió cariñosa.

—¿Has hablado con ella?

—No… hace como tres meses que le marqué, pero estaba ocupada, ya sabes, y ya no me regresó la llamada —le expliqué como si nada. Asintió.

—¿Y a tu marido por qué no le cuentas esto?

Resoplé de nuevo, perdiendo la vista en cualquier punto del local.

—Es… complicado, creo que no lo entendería. Él busca algo en mí que… no sé, no soy. Y quiero hacer esto por mí, para mí. Lo necesito.

—No haces nada malo, Desa, nada. Al contrario, creo que es hermoso. Nunca te hubiese imaginado haciendo algo de ese tipo, pero haz cambiado, te veo… más madura, no sé.

—Me siento satisfecha, Cam, nunca había sentido eso.

—Pero si Zakariah nota esto —y señaló el dinero—, qué le dirás.

—Ya veré, quizá que quiero un guardarropa nuevo —expresé sonriendo. Negó en desacuerdo.

—¿En serio prefieres que te vea como una mujer de ese tipo? —inquirió haciendo una mueca—. No eres eso, no ahora por lo menos. Eso es evidente.

—Zakariah quiere encontrar en mí a una mujer con objetivos, con metas, proyectos, ambiciones. Si le salgo con esto… ¿qué crees que piense?

—¿Que tiene a su lado a una mujer caritativa, desinteresada, buena?

Reí negando.

—No lo conoces, él ha pasado por tanto. Me siento tan niña a veces a su lado, siento que nunca seré suficiente, que nunca seré lo que espera, lo que debo para estar a su lado. Aunque… últimamente no lo pienso ya tanto.

—Hace unos meses pensabas en un bebé, qué ocurrió —preguntó. Evoqué esas conversaciones y como después de ellas todo comenzó a cambiar de una forma que ni yo esperaba.

—No quiso, no quiere. Dijo que no era mi tiempo y que… estoy muy joven, que madure, que sea primero coherente y que es apresurado.

Esas palabras se quedaron clavadas en mí, hondo, muy hondo, porque ahora lo que veo es que son verdad y duele asumirlo.

—Bueno, es fuerte el cómo lo dices, prima, pero sí estás joven. Ya sé que no deseas estudiar pero… sí saber a qué te dedicarás o no sé. Te casaste muy rápido.

—Crees, como todos, que soy superficial y que no tengo aspiraciones, ¿verdad? —le pregunté entornando los ojos. Sonrió y colocó su mano sobre la mía.

—Creo que estuviste muy sola, Desa, creo que buscas que los demás te acepten pero no lo haces tú contigo… Creo que temes que vean lo que en realidad eres: esa mujer dulce, buena, super inteligente y sensible. No creas que olvido que tocabas, o lo hermoso que cantas.

—Eso… bueno, en el albergue lo hago a menudo —le confesé. Sonrió de nuevo.

—¿Qué quieres de tu vida, Desy, lo sabes? —averiguó ahora seria.

Me pasé la lengua por los labios, humedeciéndolos. Respiré hondo y bajé la vista.

—Quiero… quiero… hacer cosas por mí misma, quiero… ayudar a esas mujeres, quiero… sentirme útil, marcar diferencia, quiero luchar por los que no han tenido una vida resuelta y quiero… sentirme valiosa —susurré esto último.

Mi prima se acercó y me abrazó.

—Vaya que estás en un lío. Eres muy valiosa, valiente también, eres aguerrida y arriesgada. Eres —y me alejó para tomar mi rostro entre sus manos— una gran persona que está lista para dar todo lo que es. Eso no es tan fácil de encontrar.

—No sé si Zakariah lo vea así —admití turbada, alejándome.

—Si no le das la oportunidad de decidirlo, jamás lo sabrás.

—Quiero esperar un tiempo, solo mientras logro sentirme segura de esto. Temo que se desilusione por la forma en la que he hecho las cosas, por las mentiras, por… ocuparme de los demás y no de mí, como espera que haga.

—No tardes mucho, Desa, o luego será más complicado.

16. Zakariah

Flashback dos

A los diez años ya tenía pleitos en la calle constantemente. Mi abuela me curaba por alguna herida, pero la vida en esos lugares no es fácil y si no te sabes defender, entonces te atacan. Vi navajeados, heridos e incluso presencié un par de muertes, ahí, frente a mí, además de abusos a mujeres que no pude evitar.

Un día un hombre me vio peleando porque un niño me quitó un juguete que había robado para Kyroh. Intervino, pero no hizo que el niño me lo devolviera, solo me tomó de la camisa, que estaba rota, y me acercó a su rostro.

—¡Era mío! —rugí limpiando la sangre que goteaba por mi nariz. Él sonrió y negó.

—No, lo robaste.

—Pero era mío —insistí. Me acercó más, serio.

—Si no quieres que te acuse por eso que hiciste, me ayudarás dos horas en mi trabajo —amenazó.

Yo no era estúpido, a mi edad, creciendo en la calle, con todo lo que ya había visto… Negué indolente.

—Quiere hacerme daño —repliqué buscando zafarme, él rio y negó.

—Al contrario, quiero hacerte un bien. Te daré un dinero, pero tú, jovencito, trabajarás.

—Mi madre no me dejará.

—Yo hablaré con ella.

—Debo cuidar a mi hermano.

—Tráelo.

Y así comencé a ir, por supuesto mi mamá no objetó aunque no supo cuál era el motivo. Ese hombre, sin saberlo, marcó mi vida. El lugar era un vivero no muy lejos de donde vivíamos. A veces, cuando la abuela no se encontraba bien, llevaba a Kyroh, que se sentaba bajo la sombra con algún carrito a esperarme, o hacía los deberes que mi madre le dejaba. No había una consecuencia si no los hacíamos, pero simplemente no nos atrevíamos a no hacerlos.

Con lo que encontraba hacía artefactos extraños para optimizar, según yo, las cosas, el riego, la colecta de agua, lo que se me ocurriera. Era divertido y un soplo de aire en mi vida.

Con el paso del tiempo el dueño de aquel pequeño lugar notó que constantemente llegaba golpeado y es que, si no era por una cosa, era por otra, y yo no era muy bueno a la hora de usar los puños, pero fiero sí, por lo que ahí siempre se me encontraba. Así que harto de eso, comenzó a enseñarme a golpear.

—Nunca bajes la mirada, siempre mide al otro, encuentra su debilidad, ataca, pero nunca empieces tú la pelea.

Debí quizá escucharlo mejor. Pronto aprendí a defenderme y, con el pasar del tiempo, no solo eso, sino que fui temido por los chicos de por ahí. Kyroh, solo me observaba y siendo un niño más tranquilo pero hábil como él solo, comenzó a pedir apuestas.

Tenía yo doce, el diez y ganábamos un poco de eso, porque lo que me daban en el vivero en realidad era nada. Mi abuela se agravó más, y mi madre estaba obstinada en que no dejáramos la escuela, así que para llevar algo de comer a veces ese dinero ayudaba.

Cuando preguntaba mamá de dónde lo sacaba, decíamos que del vivero, pero mi cara amoratada mostraba otra cosa. Me curaba con esas cremas que hacía, chasqueando la boca y

me suplicaba que dejara de pelear, pero la realidad era que cuando lo hacía, un ser ajeno se apoderaba de mí y, entonces, toda la ira contenida debido a las carencias, las burlas, las pocas o nulas oportunidades, emergía y golpeaba.

En medio de esas peleas, un día se apostó con quien no se debía, gané y en respuesta el chico, de no más de diecisiete le disparó a mi hermano.

Lo vi caer ensangrentado en pleno asfalto. Era alto, no fuerte, y sí muy inteligente. La bala se alojó cerca del pulmón. Fueron las horas más tétricas y terribles que jamás he vivido.

Lo tuvieron que operar de emergencia, no teníamos para pagarlo. Así que viendo que mi madre se desmoronaba, que pedía adelanto en su trabajo, a mi abuela muy deteriorada y Kyroh en el hospital, busqué a quien no debía y pedí pelear.

Siempre fui grande, desde pequeño. Al inicio no estuvieron de acuerdo y me costó convencer a esos tipos que las organizaban, pero hice una demostración y aceptaron.

Gané varias, llegaba muy mal a casa, aunque con dinero. Mi madre, al verme así, pero con dólares en la mano, lloraba, me abrazaba y me curaba.

—No lo hagas más —me rogaba, yo solo asentía—. No podría continuar sin uno de ustedes, entiende.

—Lo sé —respondía mientras cerraba mis heridas con cuidado.

La recuperación de Kyroh costó dinero que no teníamos, atenciones. Mi abuela ya poco se ponía de pie. Él perdió ese año escolar, yo peleaba todo el tiempo, robaba cuando no había más sin el mayor remordimiento, era experto en huir, burlar la seguridad y ser violento.

Con el tiempo el odio se volvió un compañero, la rabia, el enojo. Aun así, no dejé la escuela.

Pronto llegó la orden de desalojo. Mi madre suplicó, pero debíamos varios meses de alquiler que no pensaban condonarnos. Un día, al regresar de la escuela, mi abuela y Kyroh, que ya estaba mejor, se encontraban afuera de aquel cuarto. Nuestras cosas, las pocas que teníamos, también.

Una vecina nos permitió quedarnos mientras mi madre llegaba de trabajar, era tarde cuando apareció y yo la esperé en la calle mientras mi abuela y mi hermano permanecían dentro, aguardando.

—¿Qué haces aquí? ¿Mamá, Kyroh? ¿Les pasó algo? —preguntó histérica. Juro que nunca la vi más cansada. Era tan joven y jamás parecía que se daría por vencida. Negué serio.

—Nos echaron —le informé serio. Pestañeó agobiada, ojerosa y se sentó a mi lado, despacio, en silencio, así duramos varios minutos, quizá más de una hora. Ella aferrando su bolso roído y yo intentando encontrar en el cielo las fuerzas para no matar a alguien, porque eso deseaba.

El casero estimaba a mamá, pero había muerto hacía unos meses. Todo se complicó y los dueños, sus hijos, no eran como él.

—Aún no sé cómo, pero —dijo al tiempo que sujetaba mi barbilla con firmeza para que lo viera—, tú, mi guerrero, nosotros, recordaremos esto como algo lejano. Te lo prometo —determinó decidida.

Ella no era una mujer soñadora, no tenía ni tiempo para eso, pero ahí estaba hablando de aquella manera. Ahora sé que no hay nada que diga y no sea real.

—No importa, mamá. Encontraremos otro lugar —dije sin expresión, y es que en eso me convertí, en alguien cargado de rabia, esa que necesitábamos para sostener la precaria situación en la que vivíamos.

Ladeó el rostro, observándome.

—La vida no se reduce a esto —aseguró.

—¿Conoces otra? —contraataqué. Me soltó y bajó la cabeza, luego perdió la mirada en el cielo.

—No, pero tengo la esperanza de que ahí afuera haya alguien que te hará sentir y ver todo diferente cuando llegue el momento.

—¿Para qué? —gruñí.

—Para que dejes esa rabia, Zak.

—Ahora mismo ¿eso importa?

—No, ahora mismo no.

—Entonces solo solucionemos esto, Kyroh y la abuela necesitan un lugar donde dormir.

—Y nosotros —completó escrutándome.

—Sí, también —concedí encogiéndome de hombros.

17. Zakariah

La veo ir y venir sin detenerse. Me siento un espectador de su vida, con piezas faltantes que no me dejan tranquilo. Se levanta al alba y sale minutos después, no sin antes haber sacado a Missy que obedientemente hace sus necesidades afuera, le da de comer y se marcha.

En ocasiones le puedo robar un beso, a veces algo más, pero en general es casi imposible tenerla como antes. Llega al anochecer, he cenado solo casi todos los días, excepto cuando descansa, que se levanta también al alba y la tengo lista a mi lado cuando salgo a entrenar.

La primera vez la miré azorado, me besó con brío y me tendió un licuado verde como el que suelo tomar.

—Anda, ya es hora —solo dijo para un segundo después salir de la habitación dejándome pasmado.

Ahora, paradójicamente, me desconcierta y me preocupa la forma en la que se está exigiendo. Parece tener prisa pero no sé de qué. Intento acercarme, la mimo como puedo y en serio quiero que se sienta apoyada y no presionada, pero suele estar agotada, aunque exultante debo añadir.

En varias ocasiones, durante este tiempo, he tenido que ir por ella a alguna parte de la casa donde queda dormida. La cabeza de Desa, que antes me parecía estar libre de ideas y preocupaciones, ahora es todo un acertijo y me encuentro más tiempo del que me gustaría pensando en qué estará ocurriendo en su mente.

Lo cierto es que me mira de una manera que me mata, la percibo más atenta a su entorno, involucrada y pasional, muy pasional, porque aunque no tenemos relaciones ya todo el tiempo, cuando sucede, siento que se entrega más allá de los límites de ambos, la siento completa y absolutamente mía, ansiosa de tenerme y feliz de sentirme.

Los vestidos coquetos desaparecieron, los tacones también, el maquillaje estilizado y el cabello perfectamente alisado, ni lo menciono. En su lugar hay vaqueros, tenis, camisetas y suéteres de punto ahora que el frío comienza.

Podría pensarse que este estilo nuevo me resulte menos atractivo, pero surte el maldito efecto contrario. Ahora, más que antes, solo deseo tenerla bajo mi cuerpo gimiendo una y otra vez y vivo presa de este jodido deseo que provoca su sola presencia. Sonríe de otra manera, como más plena y su mirada es más segura, más serena, pero inquieta, muchísimo en realidad.

Ese trabajo es una cosa de locos, aún no va menos horas y dudo que gane lo que debiera por ese desgaste.

La espero en el sofá del recibidor comúnmente, después de yo haber sacado a Missy a su paseo nocturno. Cuando llega me sonríe lánguida, a veces se sienta sobre mis piernas, noqueada. Otras me da el gusto de poder ducharnos juntos y es así como acabamos los dos desnudos sobre nuestra cama y ella rendida entre mis brazos. En ocasiones me cuenta alguna anécdota del café, otras solo me pregunta cosas sobre mi día.

De algún modo, noto que su vida está tomando un rumbo aunque no podría decir cuál es y tampoco que me fascina verla tan poco tiempo.

Los fines de semana son la peor parte, hasta cierto punto, los paso solo, hasta que llega. Me pierdo en el trabajo, a veces veo a Loen que no pregunta nada y se limita a jugar conmigo baloncesto en una callejuela cerca de donde vive. Mi madre y Kyroh preguntan poco sobre ella y últimamente no ha sido tema de conversación cosa que agradezco mucho.

Aunado a todo esto, mi pasado ha estado apareciendo a cuenta gotas y me doy cuenta de que lo que le he confesado a Desa, que en realidad ha sido muy poco debido al escaso tiempo que tenemos, ya no me quema como solía. Duele, sí, pero no me da rabia.

Sus ojos marrón se abren atentos a cada palabra que emito y luego me abraza, siempre lo hace. Ahora ya sabe que fui un chico violento, que continuamente estaba metido en problemas y que mi madre buscaba por medio de exigencias hacerme un hombre de provecho. Aprendí a leer gracias a eso mucho antes que mis otros compañeros, cosa que provocaba que me aburriera como ostión y terminara en algún problema.

Cuidaba a Kyroh, pues mi madre tenía que salir a trabajar hasta el anochecer y mi abuela, que era igual de ruda, se hacía cargo de nosotros cuando podía. Mi hermano fue delicado de salud desde pequeño, aunque de eso ya no queda nada y ahora es un hombre fuerte y sano.

La escucho cantar cuando está distraída y no se percata de mi presencia, así que evito acercarme para poder escucharla. Tiene una voz realmente preciosa, pero se detiene cuando me ve y prefiero perderme en sus notas. Me proporciona paz de una manera absurda, entra en mi sistema y sosiega hasta la última célula.

No entiendo aún por qué no lo dice abiertamente, al igual que su afición por la guitarra, que estoy seguro es igual a su canto. Nadie que no toque tiene un instrumento como ese, sin embargo, no suelta sobre ello y deseo que lo haga para poder entonces encontrar el camino y así contarle lo que tengo en mente, mi sorpresa, pues no quiero que lo vea como imposición o algo que deseo que haga además de todo lo que ya de por sí.

-*-

Esta noche tenemos una cena, llegó a tiempo, cosa que dudé aunque me lo prometió en la mañana dándome un dulce beso. Ojeo distraído su armario mientras ella se ducha al tiempo que me abotono la camisa. Arrugo la frente al notar algo… bueno, mucho, en realidad.

Su parte del closet no tiene la cantidad de ropa que solía. Eso me desconcierta. Bajo la vista, sus zapatos son bastante menos… Intrigado abro el lugar donde suele guardar los perfumes y joyas que le he dado a lo largo de este año.

Siento el pulso alocado y como la vena en la base de mi frente se enardece debido a la antelación, de alguna manera sé qué encontraré. Hurgo un poco y no veo muchos de los aretes, pulseras, anillos y colgantes.

Paso saliva aturdido, miro hacia el baño, la ducha cesó. *¿Qué mierdas hizo con ellos? ¡Qué mierdas hizo con su ropa!*

Evoco aquella discusión sobre las tarjetas, el excesivo gasto, ya no ha vuelto a usarlas, de hecho y entonces una idea se abre, una que no me agrada. Cierro todo, me termino de vestir desconcertado, agobiado también. *¿Qué está pasando?* Desa sale en ropa interior, intento ignorar la erección que genera.

Al llegar, minutos atrás, la desnudé con lujuria, ella no se opuso, al contrario, me quitó la ropa con igualitaria ansiedad incluso con violencia. Me dio igual, es tan menuda que en realidad siempre intento ser cuidadoso por temor a lastimarla, pero que ella se deje llevar me excita aún más.

Cuando la tuve desnuda la alcé y entré en su ser, rugiendo. Cada día la necesito más. Mi mujer se arqueó gritando sin soltar mi cuello. La acerqué a uno de los sofás y sin estar completamente sobre él fui y vine tal como ambos ansiábamos, besándonos con arrebato, gimiendo con cada embestida, jadeando sin poder contenernos.

Pero como he dicho, nunca es suficiente de ella, de mi sol, y podría, justo en ese instante

hacerla mía, otra vez. La realidad es que mi desconcierto e intriga ahora mismo me tienen dominado. La observo y temo.

—¿Qué te pondrás? —le pregunto como de paso. Lleva esas bragas negras de encaje y ese sujetador pecaminoso.

¡Mierda!

Me mira arrugando la comisura de sus labios y examina su armario. Juro que puedo notarla nerviosa. Toma un vestido azul que estoy seguro se puso hace unos meses para un evento. Se le ve espectacular, pero me pregunto por qué usa uno que ya mostró si siempre decía que los vestidos no debían repetirse, no seguido, por lo menos.

No lo entendí en ese momento, la verdad es que esas cosas me importan un carajo, pero a Desa no, no antes en realidad. Entorno los ojos.

—Este —dice quitándole importancia.

—Bien… y por qué no usas el brazalete y pendientes dorados con zircones. Quedaría bien —la insto estudiando sus movimientos. Se tensa y me sonríe nerviosa.

—No, creo que no va —miente.

Aprieto los puños, buscando controlarme.

—Yo creo que sí, o quizá el juego de brazaletes de oro que te di en navidad —propongo rabioso.

Sé que no están, no ahí por lo menos. Se gira con el vestido ya puesto, desabrochado y niega. Está tan nerviosa que me dan ganas de zangolotearla para que me diga de una maldita vez qué carajos hizo con ellos.

—Me voy a maquillar y ahora veo —dice a cambio y busca pasar a mi lado, tensa. La detengo por el antebrazo, serio. Ella alza la vista. Encuentra mis ojos, coléricos, expectantes.

Está asustada, pero como siempre lo busca ocultar.

—¿Dónde están esas joyas? ¿Dónde están los vestidos, zapatos? Desa, ¿qué mierdas hiciste con todo eso? —rujo amenazante.

Abre los ojos de par en par, alejándose. La suelto porque estoy tan fuera de mí que ahora mismo no pienso con claridad.

—Yo… bueno…

—¡Dime dónde mierdas está todo eso! ¡Qué carajos está pasando aquí! —exijo saber siguiéndola al interior del cuarto, pero sin levantar mucho la voz. Ella se coloca tras un sofá, respira rápido, me mira con temor.

Niego ante esa forma de comportarse. No quiero que me tema, sino que me hable, que me diga de una maldita vez qué ocurre.

—Se los presté a Camila —dice buscando parecer segura. Me rio con sarcasmo.

—Me crees estúpido. En serio lo crees —me acerco pero no la toco. Ella deja de respirar y aferra con fuerza el respaldo—. Gastas como si no hubiese un mañana hace casi un mes y en tu armario no se ve reflejado el hecho, al contrario. Después, entras a trabajar de sol a sol y no tocas un centavo de lo que te doy, y ahora… no está la gran mayoría de tus cosas, repites incluso vestido, que… dicho por ti: «no se repite un vestido, no en el mismo año, por lo menos.» Y mira lo que traes puesto. Pero por si fuera poco, joyas y perfumes que te he dado, que has comprado, tampoco están…

—Riah… —me habla despacio, aturdida.

No, no puedo escucharla, no si va a mentirme. Me acerco hasta su rostro, lleno de ira, deja de respirar al sentirme tan cerca.

—Quiero una jodida explicación, Desa, te lo advierto. Esto no va a seguir así, ¡ya no! —

tomo el saco y cuando pretendo salir giro de nuevo señalándola amenazante—. Y no quiero una puta mentira, ¿entiendes? ¡Deja de jugar a esa estupidez de ser mesera 24 horas al día y haz algo que realmente te ayude!, ¡carajo! ¡Basta, en serio basta! —bramo por lo bajo, dejándola lívida y salgo de ahí de prisa.

Desde hace tres meses todo cambió, pero no veo cómo poder sacar a flote esto, ya no.

18. Desa

No puedo moverme, juro que nunca lo había visto así, incluso le temí y eso jamás me ha ocurrido y no porque pudiese hacerme algo, no soy tan idiota, sino porque sé que lo estoy llevando al límite, que no he actuado bien, que lo puedo perder… o lo estoy perdiendo en realidad.

Pasmada permanezco ahí un buen rato. Soy consciente de que ya se fue. Su auto se alejó hace unos minutos, se marchó sin mí. Siento este maldito nudo en la garganta pero no lloro, no nada.

Todo ese dinero ahora está transformado en suéteres, zapatos, cobijas, gorros y muchas cosas más que se necesitarán y ya se están usando en el albergue.

Eso me da satisfacción. Pensar a esas mujeres y sus pequeños con frío me parte en dos y simplemente no lo soporto, pero he llevado las cosas tan lejos que ahora no encuentro cómo retornar al punto en el que debí ser sincera costara lo que costara, incluso mi matrimonio.

Encontré una universidad a la que no he podido ir por falta de tiempo, donde podría estudiar algo que llevo semanas dándole vuelta en la cabeza: «trabajo social». Lo cierto es que no he mencionado nada porque deseo ir y ver, averiguarlo todo.

Me ilusiona que pueda ser algo como eso, aprender a ayudar de verdad, con bases y elementos. Debo tomar algunos cursos antes de ser aceptada. No son muchos, pero requieren tiempo y entonces debería dejar de trabajar porque lo otro ni lo pienso, es simplemente imposible.

Ahora que siento que mi vida toma un rumbo, que voy decidiendo por dónde ir, sucede esto. Yo me lo busqué, soy bien consciente de ello. No le hablo con la verdad, no le digo qué ocurre en realidad y él se ha limitado a observarme sin decir nada, solo estando ahí, apoyándome.

Entiendo su enojo pero ahora más que antes sé que lo perderé al decirle todo y lo peor es que cada día siento algo más hondo, más profundo, que me llena e impulsa. Siento por Riah mucho más de lo que imaginé que se podía sentir nunca.

Tomo la guitarra desesperada, olvidándome de pronto de quienes puedan escucharme. Ya no puedo más y comienzo a tocar esa melodía que últimamente practico en el albergue y que Steve me ha ayudado a pulir.

En ropa interior paso las horas, anotando lo que no me suena y lo que sí. Tarareo buscando con ello enjaular esa ansiedad que me recorre, encadenar mis miedos y me obligo a no sentir, no eso por lo menos y solo ser consciente de lo que la guitarra y yo hacemos.

Mis dedos duelen, no me importa. El sonido inunda todo, hasta mis pensamientos. Con mi voz, de acompañante logro fugarme y hacer a un lado todo lo que he hecho mal, todo lo que por miedo puedo llegar a perder. Debo decirle, sé que es así, pero también presiento que será el fin y duele a un grado físico.

Me quedo dormida con la guitarra sobre mis piernas, me levanto agobiada en la madrugada. La guardo en el estuche con cuidado, sin hacer ruido. Salgo de la habitación y al entrar a la nuestra lo encuentro dormido con la puerta abierta y medio vestido en uno de los sofás.

Lo observo desde mi posición y me pregunto qué le estoy haciendo. Él no tiene necesidad de pasar por esto, por mi marea de estupideces, por mis locuras, por mis arrebatos y menos por mis mentiras.

Me recargo en un muro sin quitarle los ojos de encima. Ha pasado por tanto… sin embargo, me despierta. Riah logra, de alguna manera, que me mueva sin poder contenerlo y eso lo está arrastrando conmigo.

No duermo por estar frente a él, en otro sillón, contemplándolo. Este hombre cree en mí, me mira y siempre que lo hace sé que encuentra más de lo que yo misma veo en mí.

Lo pienso de pequeño, cuidando a Kyroh, luchando con rabia por todo lo que tenía que vivir, sin las comodidades que yo tuve, con frío, quizá, con hambre, pero nada de eso lo detuvo y hoy lo tengo aquí, siendo presa de mi inmadurez, lidiando con otra persona que lo tuvo todo y no supo hacer nada con ello.

Me cambio para ir a trabajar cuando es hora, intento no hacer ruido, pero despierta de todas maneras. Me observa en silencio, luego entra al baño y no dice más. Extraño su beso de despedida y la manera en la que me desea buena suerte. Con el pecho apretujado conduzco.

Por la mañana unos tipos se ponen pesados conmigo en la cafetería. No es lo normal ahí, pero tal parece vienen de una borrachera, son turistas. Intento hacerlos a un lado cuando uno me toma por la cintura y me sienta sobre sus piernas, otro me toca la mejilla al mismo tiempo.

De un brinco, incrédula, me quito y le doy un empujón fuerte.

—¡Qué te pasa! —rujo.

No se rinden y uno de mis compañeros interviene colocándome tras él, y les pide que se vayan. Estos imbéciles no entienden. Uno lo golpea y el otro me acerca a su asqueroso cuerpo, riendo.

Recuerdo lo aprendido en las clases de Melanie, sin pensarlo le doy entre sus piernas y luego con mi puño le pego de lleno en la nariz. Pronto el local se vuelve una locura. Mi jefa me abraza mientras los otros chicos se hacen cargo, llega la policía y se convierte en un desastre.

Levanto cargos importándome una mierda, yo no me quedaré callada ante ese tipo de abusos. Se los llevan, toman mis datos, ella me acompaña a compadecer y luego de que todos se portaran muy bien conmigo, me dejan ir. Ya anochece. Me siento asombrosamente agotada en todos los sentidos.

—¿Segura estás bien? —pregunta mi jefa, con el chico que me defendió al lado, tiene el ojo morado. Sonrío negando, agradecida.

—Estaré bien, gracias por ayudarme —le vuelvo a decir a mi defensor. Me guiña un ojo, el bueno.

—De qué, luego me tienes que decir dónde aprendiste a dar esos golpes —comenta sonriente.

—Luego te lo diré —concedo alejándome.

Conduzco con la mano adolorida. Nadie dijo que pegar fuera fácil. Siento el puño hinchado, amoratado. Steve me llama en ese momento.

—¡Al fin respondes! ¿Ya me dirás qué ocurrió? No puedes dejar un mensaje como ese, Desa, y desaparecer —me recrimina.

—Lo lamento.

Le cuento todo lo ocurrido.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Voy conduciendo… —digo con voz apagada. Riah aún no debe haber llegado y definitivamente no me siento lista para verlo después de lo ocurrido ese día, de las horas sin sueño, de lo dicho la noche anterior.

—¿Quieres ir a tu casa o nos vemos en algún sitio? —propone conciliador.

—En algún sitio está bien —respondo.

Nos encontramos en un bar, le narro todo con lujo de detalle y se muestra asombrado por lo de mi golpe, tanto que casi quiere que se lo actúe. Lo mando a la mierda riendo. Logra, con su actitud, que el mal trago se me pase.

—¿Le dirás a tu esposo lo que ocurrió? —pregunta, interesado, mientras le da un trago a su cerveza. Lo observo arrugando la frente—. No me veas así, es que le ocultas lo del albergue, lo que haces… pensé que…

—No sé, quizá si se da el momento —suelto con amargura, meneando mi bebida. Llevo unos pocos tragos y ya la siento efervescente, no he comido nada.

—¿Crees que te pida que no regreses? Porque no soy macho ni nada, pero la verdad aunque te sabes defender no creo que debas estar pasando por esas cosas.

—Ni yo, ni nadie. Ninguna mujer debería temer ese tipo de idioteces.

—Lo sé, Desa, pero las cosas pueden cambiar muy lentamente, y mira… —toma mi mano un tanto hinchada y la encierra entre las suyas—. No es tu caso el pasarla así —murmura. Arrugo la frente cuando la frota con cuidado—. ¿Te la revisaron?

Asiento y la quito pegándomela a mi pecho.

—Espero que al tocar no me duela —atino a decir sobándola ahora yo. Ríe.

—¿En serio es eso lo que más te preocupa?

—No debería preocuparme otra cosa, tipos como esos abundan, ahí o en cualquier parte, pero no harán que deje de hacer lo que quiero hacer.

—A Zakariah no le causará gracia, imagino.

—No, no le hará, pero tampoco tiene nada qué decir. Él hace lo suyo cada día, yo lo mío y los riesgos existen…

—Dudo que alguien intente «abusar» de él o bueno, quizá sí tiene fila —reflexiona apoyando la barbilla en su mano—. Pero obligarlo sería imposible —señala. Entorno los ojos fingiendo molestia.

—Es mi marido, deja de pensar en él de esa manera. Promiscuo —lo regaño. Ríe rodando los ojos.

—Qué amargada eres, te digo que tienes un dios a tu lado y te enojas.

—Es mi marido de quién hablas como si fuera un caramelo.

—Es un caramelo, por lo menos en esas fotos lo es, Desa.

Le doy un empujón, enfurruñada.

—Eres super odioso.

—¡Ya! Tranquila, sé que es tuyo, nadie lo niega, pero entonces actúa como si realmente quisieras estar con él. Desa, por lo menos cuéntale lo de hoy, ¿sí? Veamos qué dice al respecto —propone. Lo medito unos segundos y asiento. Se lo diré, pero seguramente hoy no, no con cómo están las cosas entre ambos.

-*-

Llego a casa y todo está oscuro, mi mano duele más que hace un rato. Me la froto pegándola a mi pecho. Siento una opresión molesta, llena de ansiedad que me recorre de tan solo saber que lo veré en unos segundos y no tengo idea de qué ocurrirá ahora.

Abro la puerta de la habitación, él está en el sillón viendo un partido de básquetbol, habla con alguien, Loen adivino por la manera en la que reseña lo que ocurre en el televisor. Me ve apenas si un poco. Alza las cejas para saludarme, yo la mano buena y entro al baño casi corriendo.

Mi corazón brinca como un desquiciado. Me ducho con esfuerzo.

Dios, sé que no me la rompí, me la revisaron, pero duele hasta la muñeca. Observo mi mano y por un instante sonrío, ese golpe lo había aprendido un día que él, en el gimnasio, estuvo casi una hora conmigo mostrándome golpes pues Melanie no fue.

Me incitó y provocó tanto que acabé dándole con fuerza en aquella ocasión, pero no dolió así ni de lejos.

Me visto, me lavo los dientes con la izquierda de manera torpe y al salir él está justo enfrente con los ojos entornados, como si fuese un águila evaluando a su presa. Paso saliva y me detengo, nerviosa. Se acerca con cautela, toma mi mano y la observa con cuidado. Me guardo el respingo cuando la mueve, aunque es suave.

—¿Me dirás qué pasó o también me dejarás fuera de esto? —indaga con voz pausada, examinándome. Intento quitarle mi mano, lo evita negando, determinado—. ¿Caíste? —inquiere.

—Me defendí —hablo con claridad, esperando su reacción. Asiente despacio, luego me guía hasta la cama, me sienta y desaparece en el vestidor. Un segundo después regresa con un tubo que contiene algún ungüento y un vendaje.

Pestañeo, se acomoda a mi lado, toma mi mano y me unta algo que huele super fuerte. Arrugo la nariz, pero no digo nada, solo lo observo. Me da un masaje suave que le sienta bien a mi adolorida mano. Después de unos minutos la envuelve con delicadeza, deja todo en su mesilla de noche y suspira buscando mis ojos.

—¿Qué ocurrió?

Es evidente que necesita saberlo y yo no mentir también en eso.

—Unos tipos estaban ebrios y… quisieron propasarse en la cafetería —comienzo, al ver que no dice nada, continúo—. Un compañero buscó defenderme, lo golpearon y luego… —mi voz tiembla al evocarlo y me doy cuenta de que me afectó más de lo que creía—. Uno de ellos me pegó a él. Recordé lo que me dijo Melanie sobre un golpe en la entrepierna. Lo hice y después le pegué como me enseñaste. El lugar se salió de control, llegó la policía, se los llevaron, tuve que ir a levantar cargos, me examinaron —hablo a borbotones, temblando un poco.

No me permite decir más, me levanta, me sienta sobre sus piernas me arropa en su cuerpo con fuerza, esa que necesito. Lo rodeo escondiendo mi rostro en ese enorme pecho. El miedo y las sensaciones que el evento despertó en mí comienzan a menguar. Unos minutos después me separa tomándome por el rostro.

—Gracias al cielo que quisiste aprender a golpear, mi sol —susurra besando mi frente con aprensión.

—¿No… no estás molesto? —pregunto de pronto. Arruga la frente, desconcertado.

—¿Molesto? No, no estoy molesto —repone con tono extraño—. Estoy furioso, impresionantemente furioso —asegura contenido. Me intento alejar, nerviosa. Sonríe pegando mi frente a la suya—. Y orgulloso de ti, de que supieras defenderte, de que no te asustaras y de que levantaras cargos —concluye.

Mi cuerpo se suelta al escucharlo, me aferro de nuevo a él buscando su seguridad.

—Me asusté, Riah.

—Ya lo creo, Des, esas experiencias dejan un mal sabor de boca por un tiempo —murmura frotando mi espalda. Me pierdo en su aroma, relajándome.

—Estoy muy cansada —logro decir. Hace a un lado las cobijas de la cama, me deposita en mi lugar y me rodea como suele, acariciando mi cabello.

—Solo una cosa más —pide, me pongo en guardia abriendo los ojos de par en par—. ¿Le pegaste fuerte? —pregunta intrigado. Sonrío acomodándome de nuevo, suspirando.

—Le rompí la nariz —farfullo aún incrédula. Besa mi sien y lo siento sonreír sobre mi

rostro.

—Esa es mi sol —alcanzo a escuchar.

19. Zakariah

La noche anterior fue un puto infierno, estuve en aquella cena apenas si el tiempo necesario. Me sentía increíblemente enojado, pero también perdido, preocupado.

Regresé y el sonido de unos acordes acudió a mis oídos. Me detuve en el umbral sintiendo como mi cuerpo se relajaba con tan solo esa tonada que provenía del piso de arriba.

Subí despacio, cada vez era más consciente de la guitarra y de su voz…

La puerta de la habitación donde estaba tocando se encontraba emparejada, no lograba ver al interior, pero era ella… tocaba, tocaba de una forma asombrosa, envolvente.

De repente paró. Dejé de respirar por miedo a que me descubriera ahí, por miedo a dejar de escucharla y dejar de sentir esto que genera con su música.

Desa, mi Desa, sabe de ello más de lo que en un inicio pensé. El descubrirlo me dejó anclado ahí, justo en el último escalón. Comenzó de nuevo, repitiendo una estrofa. Me relajé un poco, aunque continué asombrado. Aún lo estoy, por lo que acabo de enterarme.

¿Por qué nunca me lo ha dicho? ¿Por qué nunca la había escuchado? No soy músico ni mucho menos, pero sé que es buena. Nadie que no ha practicado por un buen tiempo y con facilidad tocaría de ese modo.

Me froté el rostro más perdido que antes, pero maravillado también. Tarareaba la melodía que sacaba de sus dedos y Dios, era celestial.

Es como si un espíritu potente envolviera la atmósfera de la casa convirtiéndola de repente en otro sitio, en uno menos hostil, menos tenso, casi ligero y cálido.

Entré a nuestra habitación con sigilo y me recosté ya sin el saco y corbata sobre el sillón; necesitaba seguir escuchándola y gracias al cielo no cesó. De esa forma quedé dormido ahí, sereno después de esas horas espantosas donde creí que lo mejor era ir directo a mi gimnasio y sacar toda mi furia, mi impotencia.

Sin embargo, no ocurrió, casi como magia sus notas me sosegaron logrando con ello que cayera profundamente en la inconsciencia a pesar de todo, a pesar de que mi cabeza era un jodido torbellino que ya no podía parar.

Por la mañana me despertó el agua correr del baño. Respiré con fuerza. Me quité la ropa arrugada y en cuanto salió, entré ignorándola. Era lo mejor, me repetí durante la ducha. No quería decir nada hiriente y aún las notas con las que caí dormido la noche anterior, circulaban en mí logrando de ese modo que no me sintiera rabioso, solo desconcertado y preocupado.

Desa nunca fue un acertijo, no de esta manera que ahora lo es y es como si la mujer que tuviera ahora de compañera no la conociera en lo absoluto, pero a la vez, me atrapara y atrajera mucho más que antes.

Pasé el día ensimismado, esas notas y su voz no salían de mi sistema, así como tampoco lo que le eché en cara en el vestidor.

Para cuando acabo la jornada no me siento mejor, nada más lejos. La pierdo, sé que la estoy perdiendo y no puedo hacer nada para recuperarla si no me da la oportunidad, si no se abre a mí.

Descubrir que no me confía cosas como lo que escuché por la noche me sume más aún en la tensión. ¿Qué más esconderá?

No soy posesivo, ni un loco que quiere saber y conocer cada paso que da su pareja. Eso

es enfermo hasta yo lo sé, pero me siento a la deriva, enfrentando algo absolutamente desconocido que no tengo idea de cómo manejar.

Llego a casa con la idea fija de que hablar es lo que debemos hacer, debo mostrarme calmo y sereno, no explotar. Paseo a Missy, como ahora me corresponde, pues ella la saca por la mañana y alimenta.

Loen me habla, prendo el televisor y eso me distrae un poco, he olvidado el partido. Mi mejor amigo está que ruje porque vamos perdiendo. Critico una jugada cuando entra. Mil interruptores se encienden, es inevitable.

La veo apenas, pero no pasa desapercibida la manera en la que sostiene su mano, en cómo se escabulle en el baño. Un segundo después cuelgo.

Me dejo caer en el sofá, resoplando.

Temo preguntar y recibir una respuesta estúpida, o una evasiva. Sin embargo, la encaro y cuando me cuenta todo lo ocurrido me deja perplejo, así como con renovada furia. ¡Hijos de puta! Pero mi sol no se amedrentó, lo enfrentó y eso me llena de orgullo, de uno que opaca por ahora toda mi molestia y desconcierto.

Ella no necesita ahora mismo más presión, sé lo que es que una mujer se sienta ultrajada y aunque no llegaron a más, el abuso ocurrió, pero ella supo qué hacer y lo hizo perfectamente. Así que la rodeo para infundirle esa seguridad que necesita en este momento, lo demás, deberá esperar a que este mal trago pase.

Despierto con su aroma justo bajo mi nariz. Desa está casi sobre mí, bien dormida y su cabello caoba se escurre por mi torso, mi barbilla, mis labios. Respiro profundo llenándome de ella, con cuidado la hago a un lado, pero es de sueño ligero, me siente y se incorpora de una, asustada.

Me mira un segundo que es lo que le toma comprender donde está. Acaricio su mejilla, despacio, aguardando.

—¿Te sientes mejor? —pregunto atento a su gesto. Luce realmente agotada y es que no se da descanso, baja la vista hasta su mano y luego vuelve a posar su mirada marrón en la mía.

—No duele como ayer, gracias —suspira con una media sonrisa, evidentemente desconfiando de lo que diré. Asiento sereno, no es el momento, lo sé. Beso su frente, después apenas si rozo sus labios y me dirijo al vestidor. Ella ya debe alistarse para marcharse.

Bajo y está acariciando a Missy, susurrándole cosas dulces. La observo un segundo en el que se da cuenta, me sonríe un poco para luego continuar con sus mimos, ahora más suaves.

Me sirvo el batido y aparece a un lado de mí, tensa. Si no se apresura llegará tarde, noto por la hora que marca el reloj de la cocina. Parece nerviosa, aguardo.

—¿No me dirás nada? —pregunta examinándome. Le devuelvo el gesto, serio.

—No es el momento, llegarás tarde —le hago ver, templado. Asiente llenando de aire sus pulmones.

—Creí que no estarías de acuerdo con que regresara a ese lugar —habla después de unos segundos. Permito que resbale por mi garganta el trago que acabo de tomar y frunzo el ceño.

—Soy un neandertal, no un retrógrada. No puedo prohibirte hacer lo que desees. Son tus decisiones, Desa —explico cauto. Sus ojos parecen un tanto perdidos, finalmente asiente de nuevo.

—Fue un evento aislado —replica.

—Y supiste cómo resolverlo. Sé que estarás bien —digo despacio, comprendiendo que de verdad teme que monte un espectáculo o que me imponga y no le permita ir a lo que debe. Eso me saca de quicio. *¿Qué piensa Desa de mí? ¿Qué he logrado que imagine que soy?*

—De lo otro… —empieza.

Mi cuerpo se tensa de forma instantánea así que le doy un trago a mi vaso y luego logro hablar calmo:

—¿Ya no piensas usar el dinero que te deposito? —pregunto estudiándola. Se pasa un cabello tras la oreja, suspirando.

—No es eso.

—¿Entonces? —la confronto sin alzar la voz, estoico—. ¿No quieres usar lo que te doy pero sí deshacerte de las cosas que tienes, lo que te he regalado?

—No, no es eso, es solo que no las necesitaba, es demasiada ropa, un exceso —se defiende con vehemencia.

—Es probable, pero entonces… ¿lo vendiste? ¿Regalaste? ¿De ahí te estás sosteniendo? Porque la verdad es que no comprendo lo que sucede aquí. ¿Estás en algún curso minimalista? —me burlo deseando entender y aligerar un poco la atmósfera densa.

Mi mujer baja la mirada nerviosa hasta sus manos, cada músculo de mi cuerpo se siente alerta.

—Con lo que gano he pagado lo que necesito —dice en tono neutro.

—No respondes mi pregunta, Desa —le hago ver.

—Yo… es solo que no requiero todo eso. Debo irme, te veo por la noche —dice ahora sí con prisa y me deja ahí, de pie en medio de la cocina, con el batido en la mano, de nuevo con dudas e impotencia.

-*-

Al salir del gimnasio, no puedo evitar la ansiedad que me embarga y me aparco cerca de donde trabaja. Por supuesto que lo que le ocurrió el día anterior no me tiene tranquilo, nada más lejos que eso, pero tampoco puedo tenerla entre algodones, no es eso lo que debo hacer y sé que tampoco lo que ella quiere.

Desa es aguerrida, resuelta, independiente en muchos sentidos, y eso me parece perfecto, aunque no deja de generar cierta aprensión saberla ahí, en un lugar en el que no tiene necesidad económica de estar exponiéndose y agotándose de esa forma.

Hablé al local poco antes de aparecer. La mujer con la que me comuniqué me espera en donde acordamos, es rubia, se ve agradable y lleva puesta una camiseta de aquel lugar.

—Buenos días —le digo tomándola por sorpresa, se gira y abre los ojos de par en par.

—Hola, ¿eres Zakariah, el esposo de Desa? —pregunta asombrada. Supongo que no esperó a un hombre de más de metro noventa, con rasgos afroamericanos y de mi complexión. Asiento dándole la mano. Sonríe nerviosa—. Un gusto. Dime, ¿qué deseas hablar? Es por lo ocurrido ayer, imagino.

—Este es el trabajo de Desa y de ninguna manera quiero inmiscuirme, pero necesito que tengas mis datos para que si sucede cualquier cosa me llamen. Lo de ayer me preocupó. Sé que se sabe defender, aun así, prefiero que si algo sale de control sepan a quién acudir.

—Estoy de acuerdo, ayer no quiso armar más alboroto, pero le sugerimos llamar a alguien de su familia para que viniera por ella. Fue muy desagradable lo ocurrido y te prometo que no es algo que aquí pase, al contrario.

—No me des explicaciones, de verdad solo quiero que tengas mi número y que, si sucede una emergencia o algo que involucre su seguridad, me lo puedan hacer saber —argumento con firmeza. Asiente y saca su celular. Le doy mi teléfono, lo guarda y sonríe extrañada, observándome.

—Pensamos que no regresaría hoy por lo de ayer —admite.

—Me alegra que no fuera así.

—A mí también.

—No le menciones que vine, solo lo hice porque me parecía importante esto después de lo ocurrido.

—Eres un buen hombre, Zakariah, la respetas.

—Eso intento. Gracias y hasta luego —me despido tendiéndole la mano, devuelve el gesto con una gran sonrisa.

Me quedo con una buena impresión de ella y eso también me relaja un poco más. Cuando se mete al local me acerco por un lado, echo un vistazo a su interior; Desa va y viene deprisa.

Su mano está aún vendada, pero parece que no le molesta. Sonríe a todo mundo, habla con quien pasa a su lado bromeando, supongo, todo eso sin parar.

Así como cuando me contó que se defendió la noche anterior, otra veta de orgullo surge en mí.

Sonrío a pesar de que nada va bien entre nosotros en realidad y me permito observarla un rato más, minutos después me marcho. No tengo nada más que hacer aquí.

20. Desa

Llego agotada, la mano no dolió prácticamente, aunque no pude tocar guitarra en el albergue así que canté, jugué, ayudé a los chicos a hacer deberes, merendé al lado de ellas y luego Jackson, que ya entró en la escuela, me acompañó.

Hoy me enteré de que la chica a la que Lira le propuso el trabajo de una de las alumnas de Camila, ya se quedó con él. De hecho recibí un mensaje de ella diciéndome que me agradecía mucho la ayuda. La joven era muy competente. Sonreí satisfecha.

En el trayecto le marqué a Cam y le pedí que, si sabía de trabajos ahí, con sus clientas, me dijera. Aceptó no sin antes preguntarme si Riah ya estaba enterado de lo que hacía, a lo que le respondí que no por milésima vez.

Sé que debo decirle, es ridículo ya omitir lo que tanto me gusta, esconderlo, debo contarle todo y que suceda lo que deba suceder. Decidida a hablar de una vez, entro al cuarto, él se está dando una ducha, resoplo sentándome en su lado de la cama. Su celular vibra en la mesa, con descuido leo por encima que es un mensaje, al ver el nombre de Rowe, ahí, me tenso.

Lo tomo con interés y leo:

Ro:

Zak, el tiempo está pasando, cuéntale de una maldita vez a Desa, ya es ridículo esperar.

No alcanzo a leer más porque le llega otro mensaje, lo dejo enseguida, nerviosa, es de ella también pero no me atrevo a leerlo esta vez.

Respiro agobiada, con el corazón hecho nudo, angustiada. Mi nombre ahí escrito me genera una rabia sorda, ¡¿contarme qué?! Temo muchísimo la respuesta a esa pregunta, más que a nada en realidad.

Me levanto agitada, observo mi alrededor, ¿en serio él y ella? Me llevo las manos a la cabeza, ansiosa, negando. El agua deja de correr y yo no puedo salvo pensar que ya es demasiada coincidencia, pero no puedo simplemente enfrentarlo, no con cómo están las cosas, con lo que hace dos noches ocurrió, con las respuestas que le debo.

Su aroma escapa del baño cuando abre la puerta y llega hasta mis pulmones colapsándolos. De pronto siento sus manos enredadas en torno a mi cintura, me gira y besa en el acto.

Le respondo porque siento que no puedo más, porque me quema tenerlo cerca y no dejarme llevar, porque si lo perdí de verdad esto será lo que me quedará. Me arrastra hasta la cama con suavidad, sin soltar mis labios. Percibo su excitación a través de la toalla y gimo cuando besa mi cuello. Me dejo llevar pensando en aquella primera vez que estuvimos juntos…

Yo ya había estado con alguien más en la cama, la verdad mi primera vez no fue algo memorable pero tampoco me dejó un mal recuerdo. Fue con un chico amigo de un amigo, llevábamos saliendo un tiempo, me rogaba una y otra vez formalizar. Yo me negaba, me gustaba salir, estar con quien deseara, divertirme y sabía que una relación terminaría con ello.

Además, me atraía pero no era para tanto. Así que un día ocurrió y listo, continuó insistiendo y yo perdí el interés. Y aunque me rogó bastante no pude. Tras él vinieron un par más que no dejaron ni un rastro en mi vida.

Nunca, ni de lejos, sentí un poco de lo que este hombre que me besa ahora mismo genera.

Lo necesito, lo ansío, lo pienso y no imagino mi vida sin sus caricias, su presencia, su voz, o su cuerpo cobijándome.

En aquella ocasión salimos de un bar, era de noche, reíamos por algo que dije, ya ni recuerdo qué fue, pero lo besé en el auto con arrebato y es que no podía, tal como ahora, tenerlo en frente y no desearlo, eso es inherente a lo que siento por Riah.

—Desa, no sigas, no puedo ya detenerme —rogó entre mis labios, en medio de mis besos desesperados.

—No lo hagas, Zakariah, por favor no lo hagas —supliqué rebasada de placer, con el cuerpo burbujeando. Separó mi rostro con sus enormes manos del suyo, inspeccionó mis ojos con fiereza.

—¿Estás segura?

—¿A qué le temes? —pregunté con los labios hinchados, aun cosquilleando. Pasó la mirada por ellos y de nuevo clavó en mí su iris.

—A no poder dejarte ir —admitió con determinación.

Lo besé de nuevo y así fue como terminamos en esta casa en la que ahora vivo. No me di cuenta de nada salvo que me llevaba en brazos cuesta arriba y que si no lo tenía ya explotaría, siempre ha sido así; urgente.

No logramos pasar la puerta cuando comenzamos a desnudarnos con la actitud de dos niños que están a punto de hacer una travesura. Al verlo como es, contuve el aire, aturdida.

Él sonrió torciendo sus gruesos labios, inspeccionándome. Jamás me sentí más expuesta, jamás me sentí más pequeña y jamás me sentí más mujer. Sin embargo, su piel oscura ocupaba toda mi atención, su torso tenso, sus piernas contorneadas, sus hombros, ese cuello grueso, el tatuaje tribal que atraviesa su brazo hombro y parte de su pecho, su hombría.

Mi respiración se ralentizó y alcé la mirada hasta sus ojos, aturdida.

Extendió su mano con gentileza, invitándome, al notar mi extraño nerviosismo. Sonreí y se la di, confiando. Me pegó a su cuerpo varonil y solté un suspiro.

—Eres preciosa —dijo con suavidad, con su mano acariciando mi cintura, mi cadera, mis brazos. En respuesta pasé mi mano por su pecho, repasando con mi dedo su tatuaje.

—Y tú impresionante —murmuré maravillada por la sensación de su piel bajo mi tacto.

Tomó mi barbilla, la alzó, posó sus labios sobre los míos y ya nada importó. Caímos sobre esta misma cama. No fue hasta ese momento que entendí que nunca había «estado» con alguien. Riah no solo me trastornó y tomó todo de mí, sino que me transportó a un mundo indescriptible.

Temblé en sus brazos, gemí y jadeé presa de la antelación, de sus labios osados recorriendo mi cuerpo. Lo toqué mandando a la mierda el pudor y es que, si en general lo tenía, con él se esfumó.

Ansiaba solo sentirlo, tocarlo, adueñarme de su olor, de su sabor. Cuando fue el momento, su invasión extrajo de mi garganta un grito de placer y sorpresa. Se sentía tan distinto a todo lo que había vivido.

Se detuvo unos segundos para que me acostumbrara a su intrusión. Sonreí al ver su rostro buscando mis ojos.

—No me dejes ir —le pedí en ese momento. Acarició mi rostro con cuidado y se hundió más logrando con ello que me arqueara llena de placer.

—Definitivamente, mi sol.

-*-

En este momento, a diferencia de todos los compartidos, no logro sentirme como suelo. La duda, la desazón, las discusiones, mis decisiones, mis mentiras y ahora lo que temo esté ocurriendo con

él, se ponen en medio y genera que sus caricias no me lleven al límite de mi ser, que sus besos no se sientan tan urgentes como estoy acostumbrada, a que mi cuerpo responda sin pensarlo, solo porque su sola presencia lo despierta.

Me dejo llevar pero mis pensamientos no están aquí ahora mismo, sino en miles de cosas que me agobian, en los recuerdos rotos, en la pequeña historia que parece está a punto de terminar y de todos los errores que he cometido, de esa manera que tengo para arruinar lo que toco y que genera que las personas pierdan la fe en mí.

Riah ruge en mi oído, yo gimo ante lo inesperado del orgasmo que me arranca y es que creo, a estas alturas, que sería imposible no tenerlo con él.

Pierde su rostro un segundo en la cuna de mi cuello y después lo levanta. Busca mi mirada, lo percibo, pero permanezco con los ojos cerrados, recuperando la respiración. Sin embargo, sé que lo sintió, sé que notó mi lejanía, sé que él también está igual que yo.

Los abro finalmente llenándome de valor de pronto y lo encaro. Permanecemos observándonos por un rato, el mismo que lo siento aún dentro de mí, el mismo que logra abrir un agujero en mi estómago.

—Debo darme un baño —suelto al fin, temblorosa.

Pestañea y se hace un lado, desconcertado. Entro y me recargo en la puerta aturdida. Me escurro por la madera hasta que termino sobre el suelo. Si Riah está con Rowe mi mundo se desquebrajará, lo siento con total claridad, una que me aterra, que me está abriendo en dos el pecho, que arde.

Me tardo más de la cuenta en la ducha. Con los ojos abiertos de par en par, como en *shock,* me lavo el cuerpo, el cabello. Al salir me pongo crema como un autómata, me lavo la boca y me pierdo en el reflejo del espejo. *¿Qué he hecho?* Me pregunto sintiendo como mi interior se va rompiendo.

Al salir Riah me mira desde la cama, con los brazos recargados en sus rodillas, solo trae el bóxer. Mi ser se siente desconectado, ajeno, me recargo en el marco de la puerta estudiándolo envuelta en mi bata.

—¿Quién terminó la relación que tenían Rowe y tú? —me escucho decir de repente, con la garganta ardiendo. Arruga la frente, desconcertado. Lo he tomado por sorpresa.

—¿A qué viene eso ahora? —inquiere.

—¿Fuiste tú, fue ella?

Necesito saber, es como una urgencia que me recorre. Sé que actúo desde lo celos y que estoy entrando en terreno peligroso pero esto me está haciendo sangrar por dentro.

—Ella —dice sereno. Siento que diez tipos me golpean sin avisar. Pestañeo descompuesta, mi estómago se revuelve.

—¿Sufriste? ¿La amabas? —necesito saber.

Riah se levanta sacudiendo la cabeza, se intenta acercar pero lo evado y camino hacia el lado opuesto. Me observa y se lleva las manos a su cabellera rala.

—¿No te parece que hay otras cosas más importantes que tenemos pendientes? ¿A qué viene este interrogatorio? —replica contenido.

Sí, sé que hay mucho de qué hablar pero simplemente no se me pega la gana hacerlo, no ahora mismo que necesito saber esto.

—¡Dime! ¿Te dolió, la amabas? —insisto respirando agitada.

—¿Qué pasa contigo? Rowe está casada, yo contigo, eso fue hace años. Esto es ridículo.

—¡Contesta!

—Tú me evitas, me ocultas cosas y ¿yo debo responder? ¿Es en serio? —argumenta

incrédulo y molesto también. No hablo, no me muevo, no digo nada, solo espero con los ojos fijos en él, y me cuesta un maldito mundo porque Riah se ha convertido sin darme cuenta en mi eje, mi brújula, mi mundo—. ¡Agh! —ruge—. Esto es patético. —Sigo sin moverme, se acerca y retrocedo—. Dolió, sí dolió. Estaba enamorado de ella, nuestra adolescencia la vivimos prácticamente juntos. ¿*OK*? Pero ya fue.

—Es todo lo que quería saber —murmuro, me quito la bata y entro en la cama solo con la ropa interior, a la mierda el pijama.

—¡No! ¡No harás eso! Debemos hablar —ruge con amenaza y termina a mi lado de la cama. Me giro para evitarlo.

—Estoy muy cansada.

—¿Estás cansada? Yo también, Desa —asegura tras de mí.

Aprieto las cobijas, temblando, lo cierto es que ahora mismo solo puedo ver a Riah herido por Rowe, a Riah amando a Rowe, a Riah besando a Rowe y esos pensamientos me están consumiendo.

Lo escucho suspirar y luego alejarse, no insistirá, lo sé cuándo oigo que cierra la puerta del baño. Tengo unas inmensas ganas de llorar, no lo logro, solo siento que eso en mi garganta ya me ahoga, que no me deja ni hablar, menos respirar.

Soy consciente de cuando cae al fin dormido, tardó muchísimo. Sé que es por todo lo que ocurre. Me volteo y lo observo, *¿de verdad sería capaz de engañarme con ella?*

Lo confesado unas horas atrás continúa en mi mente lacerándola como pocas cosas en mi vida. No justificaría una infidelidad, jamás podría, pero sé que en estos meses he llevado todo a un límite tal que quizá yo misma lo orillé.

Ya no me veo como la tonta de antes, ni la inservible, tampoco la buena para nada que pasa sus días vacíos esperando que él llegue para que se iluminen y sienta que algo tiene en la vida.

Ahora sé que puedo dar mucho más de lo que antes pensé, que soy útil, que si me lo propongo puedo soñar y cumplir lo que deseo, pero en el proceso lo dejé del lado y ahora las consecuencias están frente a mí y esto era lo último que deseaba. Lo lastimo, lo alejo, le miento. Pero… lo amo, descubro en ese instante y mi piel se eriza, mis extremidades cosquillean.

Nunca lo había dicho porque simplemente no lo había pensado pero lo amo y ya no sé cómo recuperarlo, cómo mostrarme tal cual soy, peor, ya no sé si tiene sentido.

-*-

Pasan los días y estamos lejanos, poco hablamos, nos damos un beso de buenos días, y cuando llego por la noche suele estar leyendo, trabajando —cosa rara porque no solía hacerlo en casa—, haciendo alguna llamada o perdido en el gimnasio del sótano.

El fin de semana comemos en casa de su madre que, como suele, se porta ríspida conmigo, pero esta vez, a comparación de otras, no busco agradarla y permanezco ausente observando su interacción que pese a todo es envidiable.

Kyroh, Kindah y Zakariah son una familia, una de verdad, se nota en la manera en que se dicen las cosas, que se escuchan, que se validan. Creo que ahora mismo el único arroz negro soy yo, el intruso soy yo y me doy cuenta de que por mucho que haga y que he buscado hacer durante ese año, jamás me aceptarán como parte de ellos.

Zakariah está frío conmigo, aunque toma mi mano cada tanto, le regreso el apretón y lo suelto.

Más tarde, cuando no me lo espero, llegan Rowe con Mike y Loen con su novia. Rye, el

menor de ellos, vive en otro estado por lo que se le ve poco. Ame se muestra feliz.

Ellas comparten casa, trabajan juntas, y escuché hace poco, que años atrás prometieron que cuando estuviera solas, vivirían en el mismo lugar y así lo hicieron. La diferencia es que Ame es mucho más dulce, accesible y con ella puedo conversar.

Los veo entrar a la sala, tensa. Zakariah me mira un instante estudiando mi reacción, no luzco tan presentable como suelo, aunque intenté arreglarme un poco al llegar a casa, pero ya íbamos tarde, así que no pude hacer milagros.

Además, tengo varias noches que no duermo bien e invariablemente termino en alguna parte de la casa y Riah llevándome al alba a la cama. Quisiera que esa fea costumbre desapareciera pero no puedo dormir y me muevo muchísimo, no deseo despertarlo y entonces vago por ahí, agobiada.

Steve ya se cansó de preguntarme qué me sucede, lo único que me ayuda es el albergue. Estamos preparando todo para navidad. Camila me sorprendió encontrando dos donadores para el lugar y ha ayudado en lo del trabajo, así que ya tres chicas más lograrán salir de ahí dentro de poco.

Saludo a los recién llegados con una sonrisa fingida, con alegría que no siento. Siempre fui experta en ocultar mi real sentir, aunque ahora mismo me cuesta más que antes.

Enseguida todos nos sentamos en la gran sala y comienzan a conversar. Finjo escucharlos, pero la verdad es que, por un lado, me tensa la presencia de Rowe ahí, que luce tan etérea y hermosa como suele, y por otro, mi mente prefiere estar en aquel sitio.

El día anterior le di a Jackson una gorra nueva, abrió sus enormes ojos negros y sonrió asombrado. En la escuela le está costando trabajo adaptarse, así que intento animarlo cuando lo veo, escucharlo, alentarlo.

—No tenías que hacerlo, Desa —dijo entusiasmado. Le resté importancia, se la quité de las manos y se la coloqué quitando la anterior que luce muy desgastada.

—¿Qué tal? —pregunté alegre. La acomodó por unos segundos hasta que le encontró la cuadratura y después me miró fijamente.

—Es genial —musitó. Acaricié su mejilla conmovida.

—La vi y no pude resistirme —admití.

—Ven, te quiero mostrar algo.

Tomó mi mano para llevarme a uno de los dormitorios, llegamos al suyo. Su madre está a punto de lograr salir de ahí, pero quiere esperarse a pasar las fiestas y así hacerlo con más dinero, pero casi no pasa tiempo con ellos y siente que ahí están acompañados, por lo que otras dos mujeres se irán con ella.

Harán un equipo de ayuda, unas trabajarán y una se quedará a cuidar a los chicos y sus necesidades.

Sacó un cuaderno de su mochila, lo abrió y me lo tendió. Es un dibujo asombroso. Mi piel se erizó en el acto. Era yo, tocando la guitarra, con los niños pequeños alrededor. Mi corazón sintió una embestida. Alcé la mirada y me topé con la suya, expectante.

—Esto es impresionante, Jackson —susurré con la boca seca.

—Es solo tú, sonriendo y siendo feliz, Desa —explicó con simpleza—. Y mira —Me dio una hoja, era un examen, arriba tenía una «A» en rojo—. No creí que me pudiera sacar una «A», creo que ni los maestros lo imaginaron. Mi mamá está feliz. Dice que vale la pena todo lo que hace para sacarnos adelante. Lloró, ¿sabes? —me contó con orgullo.

—¡Felicidades! Una «A», es impresionante, y además en matemáticas. Yo odiaba esa materia —refunfuñé ligera. Lo encaré, él me observaba.

—Siento que si Steve no te hubiera traído a este lugar, nada de esto estaría pasando —confesó serio. Negué con ternura.

—Ustedes lo habrían logrado de todas maneras.

—Muchas personas vienen y van, duran si apenas unos días. Creo que les deprime vernos, estar aquí. Steve, no, él siempre es alegre, pero pasa más tiempo con los pequeños, lo necesitan y lo quieren, él a ellos y es parte de este lugar, pero tú te has involucrado con las mujeres, eso es difícil. Llevo un año aquí, Desa, sé de qué te hablo. Mi mamá dice que le das esperanza, que tu alegría ha hecho más que todos los donativos que caen, que… nos das vida. Ella ahora, y cada vez que platica o canta contigo, es otra. En ese momento es feliz aunque todo siga siendo tan difícil.

No supe qué decir, solo pude abrazarlo con fuerza. Él devolvió el gesto.

—Le mostraré esto a Steve, Jackson, ¿si tú estás de acuerdo? —cambié de tema, el chico arrugó la frente—. Él es pintor, ¿no lo sabías? —pregunté intrigada. Negó asombrado—. ¿Puedo?

—Sí, aunque creo que no es nada del otro mundo.

—Lo es, sé que lo es.

Cuando se lo mostré a mi amigo quedó asombrado, como yo, enseguida lo buscó y se enfrascaron en una charla que duró el resto de la tarde, le dará clases, por lo que supe.

-*-

Mi nombre pronunciado por Kyroh me saca de mis pensamientos, lo miro arrugando la frente. ¿Qué decía? Siento la mirada de Riah sobre mí, la de Rowe perspicaz y esa risa maliciosa de mi cuñado. Eso sin contar a los demás, que aguardan.

Suelo ser parlanchina y me gusta estar al tanto de lo que se dice, opinar, participar, reír por lo que sea, pero en ese momento no me interesa, no quiero, no puedo.

—Dice Kyroh que si te gustaría tener un perro más grande, Mike le acaba de regalar un Border Collie a Rowe —me explica mi marido, despacio, expectante.

Pestañeo desconcertada, un segundo después niego con firmeza.

—No, con Missy está bien —respondo con sequedad. Todos me observan así que me levanto—. Si me disculpan, voy por agua —digo y salgo de ahí. Enseguida la charla continúa, solo logro escuchar a Kyroh.

—Claro, si con una pequeña le ha resultado complicado —se burla mi cuñado. Gimo rodando los ojos. Es una víbora, pero me importa una mierda.

—Te asombraría lo educada que la tiene —logro escuchar a Riah que imprime amenaza en su tono.

Eso de estar defendiéndome ya es ridículo, por mí que se caiga de culo el idiota y que ahí se quede. La verdad no me cae del todo mal, me parece inteligente, extrovertido, fuerte, pero la trae conmigo y no hay nada que pueda hacer, es su hermano y no haré un espectáculo.

Me sirvo agua despacio y pierdo la vista en el jardín.

—No hagas caso de lo que dice Kyroh, siempre ha sido así —escucho tras de mí la voz que no deseo escuchar. Me giro y Rowe me observa, incisiva.

—Lo sé, me importa poco lo que opine —respondo con fingida calma.

—¿Pasa algo, Desa? —pregunta de pronto.

Frunzo el ceño, sonriendo con mucho esfuerzo, porque lo que ahora mismo me provoca es gritar y gritar hasta quedarme sin voz.

—Para nada —respondo pretendiendo alejarme, pero Rowe me toma del brazo.

—Te hemos echado de menos en los almuerzos, dice Zak que estás trabajando, ¿estás contenta con eso?

Me zafo con delicadeza pero sin dudar, lo nota.

—Soy mesera, Rowe, nada del otro mundo, así que estoy tan contenta como se puede estar siéndolo.

—No importa lo que hagas, mientras lo hagas con amor, porque te hace feliz.

—Pues sí —avalo conteniéndome para no rodar los ojos ante esa cursilería espiritual.

—Desa, de un tiempo acá siento que no te caigo bien, ¿hice algo?

Estarte mensajeando con mi marido y haber sido alguien en su vida, quisiera responder, en cambio niego sonriente.

—No, para nada. ¿Qué podrías haber hecho? Es solo que estoy cansada.

—Supongo que debes estarlo, son trabajos muy fuertes. Yo fui mesera un tiempo —dice alegre, como recordando. La observo y solo puedo ver todo lo que Riah puede ver en ella; su color de piel tostado, sus rizos asombrosos, sus ojos grandes, ese cuerpo con curvas y su manera etérea de moverse, de ser, es como si flotara, como si estuviera lejos de este mundo. Paso saliva. Yo a su lado soy un maldito desastre, comprendo—. Acababa con los pies hinchados y la espalda hecha polvo, pero me gustaba, se conoce mucha gente y nunca paras —añade relajada.

—Sí, así termino.

Quiero irme de ahí, ya.

—Debo decirte que luces diferente. —Lo que me faltaba, casi rio con histeria. Estoy sin ducharme, con una coleta, no pude ni maquillarme como suelo, me enfundé en una malla, un suéter largo y estas botas de piso. No soportaría ahora mismo unas altas. Acerca su mano a mi cara y hace a un lado un mechón que escapó de mi coleta—. Eres hermosa, sé que lo sabes, pero ahora te ves mucho más. Aunque también pareces ausente —señala con cautela. Me alejo desconcertada.

—Iré a la sala, Zakariah debe estarse preguntando por qué tardo.

—Sí, sí, te acompaño.

A regañadientes asiento y llegamos juntas. Mi marido nos observa, habla con Loen, imagino que de algo sobre deportes. Rowe se dirige a Mike y veo cómo él la recibe sonriendo, ella le devuelve el gesto y se dan un dulce beso.

No entiendo nada.

Riah se acerca, rodea mi mano y me lleva a donde estaba hacía unos segundos, sin cruzar palabra conmigo, aunque sé que se ha dado cuenta de cómo la miraba.

Llegamos a casa más noche, fue una tarde de mierda. Mi hermano llama en ese momento así que le respondo sin mirar a mi marido, que está a mi lado, serio.

—Es mi hermano —solo digo y me encierro en «mi habitación», una vez que respondo le advierto que Zakariah está en casa y hablamos de puras tonterías.

Me relaja escucharlo, ahora la charla se centra en lo que hace, en sus proyectos. Es feliz.

—¿Has hablado con mamá? —pregunta como de paso. Niego con indiferencia—. ¿Desde cuándo?

—¿Qué más da, Graco? Créeme le da lo mismo. Mientras Alina y tú no se olviden de ella…

—Desa, no es así —miente. Rio.

—Lo es, lo sabes solo que nunca lo has querido decir en voz alta, pero no te preocupes, yo siempre lo he sabido y no pasa nada. Así son las cosas.

—Ella te quiere.

—Lejos, tal como ahora.

—Claro que no. Es poco expresiva, eso ya lo sabemos.

—Deja esto, Graco. Es cortante conmigo, es indiferente conmigo, es dura conmigo, es ausente conmigo y no quiero que la defiendas, en serio no es necesario, ya no por lo menos. He aprendido a entender que es así, que no cambiará. Ahora vivo aquí, ya no debe lidiar con mis locuras y todo eso.

—¿Siempre has sentido eso, Desy? —inquiere estudiando mis gestos. Resoplo.

—Nunca fui suficiente, nunca lo seré. Ya no me interesa serlo.

—Puedo viajar para allá, quiero verte, ardilla, y platicamos. No me gusta escucharte así.

—No, no te preocupes, monstruo. En serio estoy bien.

—Siempre has sido suficiente para mí, extraño tu alegría y eso que contagias. ¿Sabes? A veces me sentaba afuera de tu habitación para escucharte tocar. Sabía que si entraba dejarías del lado eso, así que lo hacía a escondidas y luego… un día grabé en mi reproductor esa canción que creaste con aquel maestro, ¿te acuerdas? —Asiento asombrada, con ese nudo en el pecho creciendo, ya no se va, ya no desde hace un tiempo—. Aún la escucho, me calma. Es hermosa, Desa. Eres una de mis personas favoritas, siempre lo serás, mi pequeña ardilla.

Los recuerdos se agolpan y me encuentro narrándole cosas que él no sabía, que nunca le dije, tonterías de mi niñez. Reímos bastante, al final muchas horas después colgamos.

No quiero ir a la habitación así que tomo uno de los libros que hay en el estante. Nunca me había fijado pero hay varios títulos. Leer no es algo que me llame, en general le rehúyo, pero uno sobre África llama mi atención. Me siento sobre el sofá y me pierdo en las letras. No comprendo cómo pero me atrapa casi en el acto.

21. Zakariah

Abro la puerta de aquel cuarto que ha tomado como suyo y la observo. Recargo la cabeza en el muro contiguo y me pierdo en sus rasgos que alumbra la lámpara. Es tan hermosa. Su boca carnosa, respingada, sus pestañas largas, sus pecas que salpican ese rostro que me enloquece, sus facciones delicadas, su cuerpo pequeño, angosto, su cabello lacio que cae ahora mismo como una cascada cubriendo sus pequeños pechos, su delicado torso.

Está vestida, con las piernas también sobre el sillón, con la cabeza en el respaldo y sus ojos cerrados. Sostiene un libro sobre sus piernas, está a punto de caer.

Me acerco con cautela y se lo quito muy lentamente. No parece registrarlo, ha dormido tan mal los últimos días que me extraña no verla enfermar o caer desfallecida en cualquier sitio. En cambio, se sigue levantando al alba y trabaja sin tregua.

Alzo el libro y veo de qué va, puedo jurar que en todo el tiempo que llevo de conocerla nunca la he visto leer. «Memorias de África».

Me gustó, hace años que lo leí, pero me intriga que lo haya tomado. Lo dejo sobre la mesa colocándolo boca abajo para que no pierda la página en la que va. No me atrevo a moverla, no como lo he estado haciendo.

Por un lado, no quiero que despierte, por otro, es evidente que ella no desea encontrarse conmigo allí, donde dormimos.

Desa se está alejando, me está dejando totalmente fuera de su vida, de sus días. Se escurre entre mis dedos y no logro llegar a ella porque simplemente ha creado un muro entre ambos, uno que no veo cómo atravesar.

Me consume todo lo que está ocurriendo, me duele porque quisiera comprenderla, conocer lo que en su mente ocurre, sentirla como solía; cerca.

No pretendo ser lo que fui en su vida durante esos meses, donde solo vivía estando al pendiente de mí. La verdad es que era bueno, pero me agobiaba por lo mismo hacer cosas que pudieran dejarla del lado porque era consciente de que lo único que deseaba era pasar el tiempo conmigo, pero esto es el otro extremo.

No me ve, no se percata de mi presencia, no me nota y parece que prefiere tenerme lejos.

No me ha dicho qué ocurrió con esas cosas que no están y la verdad ya llegó el punto en el que me importa un carajo, la necesito, necesito que vuelva a mí.

Su alegría no se percibe, su chispa. Cuando posa sus ojos en mí noto que teme, que duda y no entiendo de qué. Solo la quiero aquí, siendo ella, haciendo lo que desee, discutiendo, peleando, riendo, como solo Desa sabe.

La cubro con una frazada y salgo frotándome el cuello. No quiero que esto se vaya a la mierda, no lo puedo permitir pero tengo esta certeza de que si la presiono explotará y definitivamente no me siento preparado para ello, no ahora por lo menos.

22. Desa

Me despierto con el cuerpo engarrotado. Pestañeo frotándome los ojos, soñolienta. Me quedé dormida aquí. El libro está en la mesa de enfrente, cuidadosamente colocado boca abajo y tengo encima una cobija.
Riah.

Dejo caer mi cabeza sobre el respaldo. Mis pensamientos viajan hasta él cuando recuerdo que debo ir a trabajar. Busco mi celular, apenas tengo tiempo y salgo deprisa.

Mi marido no está en la habitación cuando entro, la cama está tendida. Mi pecho se oprime. Me doy una ducha rapidísima, me pongo cualquier cosa que sirva para no morir de frío y bajo. Está en la cocina.

—Hola —digo con el cabello húmedo, evaluándolo. *¿Dónde durmió?* Lleva un pantalón deportivo y una camiseta. No sé si acaba de llegar o ya se va.

—Buen día —dice y me tiende un termo con café y una barra de granola. Eso suelo agarrar antes de irme. Lo tomo desconcertada.

—Gracias —murmuro dándole un trago.

—De nada, espero que tengas un buen día.

Su mirada férrea me atrapa, me quedo ahí suspendida por unos segundos. Muero por preguntarle qué hará, a dónde irá, por qué está vestido así. No lo hago, en cambio asiento y salgo de ahí sin decir más.

-*-

Trabajo durante la mañana yendo y viniendo. Al final de la jornada no me apetece regresar a casa, aun así, lo hago. Riah no está, se siente tan vacía. Me quito los zapatos, me pongo algo más cómodo y caliente, me hago algo de comer sencillo y me acurruco en la otra habitación con el mismo libro en la mano. Lo escucho llegar una hora después. Entra a donde yo estoy, serio.

—¿Llegaste hace mucho? —pregunta templado, pero distante.

—Hace una hora —respondo.

—Estaba con Loen, me daré un baño y luego… ¿quieres que vayamos a algún sitio? —propone conciliador. Lo sopeso un segundo, no sé qué hacer, al final asiento. Su rostro muestra una ancha sonrisa—. Genial —dice dándole un pequeño golpe al muro—. No tardo.

Me cambio por algo más presentable. Mi cabello con este clima es un desastre así que lo dejo ser, lacio. Me maquillo un poco y salimos unos minutos más tarde. Me pregunta a dónde deseo ir, me encojo de hombros.

—A donde quieras, por mí está bien —suelto perdiendo la vista en las calles que tiene ahora árboles secos.

Riah coloca el dorso de su mano sobre mi pierna y abre su palma, espera la mía. Observo el gesto, me tardo pero el final se la doy. La rodea con firmeza, enseguida la acerca a su boca y la besa despacio, como sabe hacer.

Mi respiración se ralentiza de inmediato, pues a pesar de todo lo deseo, siempre lo haré, comprendo agobiada. Sonríe satisfecho al notarlo. Se detiene en un semáforo que está en alto y sin que lo vea venir gira mi rostro y me besa.

De inicio me quedo suspendida, pero no tardo en corresponderle con fiereza.

Alguien usa la bocina para que avancemos. Se separa satisfecho. Lo suelto a regañadientes. No había notado cuanto me hacía falta su roce hasta ese momento en que lo pruebo y su sabor vuelve a someterme.

—Ahí estás, mi sol —solo dice y avanza. Mis mejillas las siento calientes, qué pretende.

Paramos en un restaurante que nunca antes hemos ido, se escucha música. Entramos cuando nos dan una mesa y sonrío complacida al ver que hay un pequeño grupo que toca y canta. Es relajante, agradable. Riah me tiende la silla y me acomodo, absorta en ellos.

—Imaginé que te gustaría —murmura justo en mi oído generando un cosquilleo. Volteo y lo tengo casi sobre mi boca. Aprovecha la ocasión y me besa. Se lo devuelvo sin remilgos, lo he necesitado tanto esos días, tanto que olvido por un rato, mientras estamos aquí absolutamente todo.

Ya me siento tan agotada que me es imperativo dejarlo por lo menos unas horas. Envuelve mi mano, recargo mi cabeza en su hombro y nos perdemos en la melodía.

Comemos en medio de una charla superficial, nada profundo, nada importante. Al acabar nos quedamos un rato más escuchando. Me encantan este tipo de lugares, decido en ese momento, me llenan de algo que no sé describir pero me hace sentir bien.

Llegamos a casa y mal cruzamos el umbral cuando me encuentro colgada de él, besándonos. Nos desvestimos en la habitación con urgencia, todo vuela y pronto nos adherimos para estar piel con piel, tal como ansiamos.

Si desea a alguien más, ahora mismo sé que no me importa, porque la forma en la que me mira me deja claro que solo quiere estar conmigo en ese momento, solo conmigo.

Me apoya en uno de los muros, alza mis brazos arriba de mi cabeza, con fiera lujuria dibujada en esas facciones increíbles que lo enmarcan y que lo hacen ver groseramente masculino, hombre.

Enrollo mis piernas en su cadera y entra sin contenerse. Me contorsiono pero no me suelta. Va y viene con fuerza, con deseo desbordado y yo solo puedo gemir, gritar cuando sus labios cubren los míos amortizando mis sonidos.

Necesito que no pare, necesito que se adueñe de mí, necesito que se funda en mí y lo hace con bravura. Al final, cuando ambos rugimos, deja mis manos libres y envuelvo su nuca escondiéndome la curvatura de su cuello. Beso su hombro y me recargo agotada.

Me lleva a cuestas hasta el baño, nos damos una ducha que me deja lánguida y luego terminamos de nuevo en la cama, amándonos para unos minutos después quedar profundos enrollados uno en el otro.

Me quedo de ver con Steve en un centro comercial. Es mi día de descanso y esta vez ninguno de los dos nos pudimos despertar para ir al gimnasio. En cambio me tomó por la cintura al sentir que despertaba y entró en mí tan despacio que fue agónico.

Recordar la manera en la que nos entregamos solo logra que mis mejillas se sientan calientes. Riah y yo en ese sentido nunca hemos tenido reparos y parece que es la única manera en la que estamos siempre en sintonía.

—Buenos días —dijo con voz ronca en mi oído. Gemí arqueándome al sentir sus dedos explorándome.

—Bueno…s días, Riah —pude responder y lo sentí sonreír mientras besaba mi cuello.

-*-

Mi amigo está en una de las entradas, esperando, me acerco sonriendo.

—Mierda, hace mucho frío —digo con las manos en el abrigo. Sonríe asintiendo.

—Sí, está del carajo, y eso que aún no comienza.

—Ya sé —me quejo haciendo un puchero—. ¿Qué quieres comprar? —pregunto mientras avanzamos.

Las tiendas ya están abiertas, pero no deben tener mucho de haberlo hecho.

—Algunos regalos para los niños. Ya se acerca navidad y me gusta llevarles algo a cada uno, no quiero que me agarre la prisa, ya sabes, luego todo está atascado —explica.

Falta más de un mes para eso, pero sé que tiene razón. Entramos a algunas tiendas. Todo lo que veo quiero, pues pienso en tal o cual niño. Reímos bastante, discutimos otro tanto, al final lleva unas cajas al auto y yo lo espero mientras pido café para ambos en un local.

—¡Vaya! ¿Dónde más podría encontrar a mi cuñada?

¡Mierda! Es Kyroh, volteo sin ganas y lo encuentro a mi lado, tan impecable como siempre, con un saco largo y una bufanda fina que cuelga sobre su traje de marca.

—Hola, Kyroh. Lo raro es encontrarte a ti en un lugar como estos —repongo con saña.

—Necesitaba unas cosas. A comparación de ti, estos sitios no son como mi segunda casa.

—Buenos días —escucho tras de mí, es Steve.

¡Doble mierda! Coloca sus manos sobre mis hombros, como si nada, pero queda claro que viene conmigo. El semblante de Kyroh cambia drásticamente, me observa desencajado, sé lo que está pensando.

—Steve, él es Kyroh, mi cuñado.

Hago énfasis en esto último para ambos. Mi amigo le tiende la mano, sonriente. Por un segundo creo que Kyroh no le devolverá el gesto, pero luego lo estudia de forma intensa y se la da.

—Venimos a comprar unos regalos, ya sabes… esto será una mierda de lleno en unas semanas —habla Steve, con su típica ligereza. Va con sus vaqueros gastados, un suéter claro y una chaqueta oscura. Tiene un estilo que me encanta, entre el desgarbo y lo cuidado, además lleva el cabello recogido a medias, es muy atractivo. Kyroh asiente desconcertado ahora y de pronto sé qué debo hacer.

—Creo que vi algo por allá que quiero, ¿me esperan? Kyroh, ¿lo acompañas? No tardo —prometo como con prisa, ambos asienten sin oponerse.

Steve está relajado, pero sin conocer mucho a mi cuñado, sé que algo lo intrigó de mi amigo, quizá ya notó lo que yo no noté cuando nos conocimos. O eso espero. Y me alejo porque en ninguno de los dos podría adivinarse aun tratándolos.

Me meto en una tienda de perfumes. Una señorita me pregunta sobre qué aroma busco, le digo que estoy viendo, no obstante, a lo lejos los espío. Por lo menos mi cuñado ahí sigue, noto. Steve ríe, parece divertido.

Pestañeo. ¿Kyroh lo hizo reír? Porque aunque Steve es de risa fácil, el otro lo considero un amargado cínico. Así que eso sí que me toma por sorpresa, aunque luego recuerdo que es una patada en el trasero solo conmigo.

Paso un rato probando aromas. No pienso comprar nada, tengo aún varios en mi armario, además, llevo bastante dinero reunido para pagar una parte de lo que gasté y otra, para pintar el albergue por completo, urgen muros sin descarapelar, que al entrar no te suman más.

Cuando decido que es tiempo suficiente, más o menos veinte minutos después, me acerco.

—¿Nada te interesó, Desa? —me pregunta Kyroh al ver que están vacías mis manos, ahora menos odioso. Steve no deja de sonreír y mi cuñado luce relajado a su lado.

¡Guou!, eso es nuevo, debo admitir.

—No, nada —respondo, mi amigo me da mi café y le doy un sorbo—. ¿Nos sentamos? O tienes prisa, Kyroh —propongo cándida.

Este duda, sin embargo, no pasa desapercibida la manera intensa en que observa a mi amigo y acepta. Trae también una bebida en la mano y conversamos durante unos minutos sobre el clima, de si se esperan temperaturas bajísimas, de a qué se dedica y es así como entre ellos surge algo.

Es bastante obvio, pero yo me hago la que ni idea y les sigo la corriente, relajada. Kyroh no merece a alguien como Steve, pienso con un poco de rencor, pero lo deshecho. La verdad es que es probable que sí, solo que entre él y yo las cosas nunca han marchado como debían y tampoco yo me esforcé para que fueran diferentes.

Después de aquel día que cortamos a jirones la ropa de su exnovio, mi amigo estuvo bien, aunque me contó que al inicio le costaba conciliar el sueño por las noches y terminaba pintando. De hecho, pintó tanto que está listo para otra exposición que tendrá lugar en unas semanas.

Steve es un hombre templado, perspicaz y sensato, pero muy sensible, he alcanzado a notar a lo largo del tiempo que tenemos de conocernos.

El *ponecuernos,* cuando vio su ropa cortada en tiras, no reclamó, no nada. Cuenta Steve que llegó a casa esa tarde y ya no había nada de él. Debió ser muy fuerte que aquello ocurriera así. No supo de él por unos días en los que, cuando nos veíamos, me pedía no hablar del tema, pero una mañana cuando estábamos en el albergue, apareció.

Loren, su ex, es guapo, debo añadir, aunque no tanto como él, y varias chicas lo notaron enseguida. Cuando el *ponecuernos* dio con mi amigo, este quedó lívido, salieron y no supe de él hasta el día siguiente.

Aquel que fuera su pareja por dos años, se sinceró, por lo menos. Le dijo que lo amaba muchísimo y que estaba sufriendo demasiado por estar lejos, pero que era lo mejor, que su actitud lo hería y no quería lastimarlo más.

Le contó los problemas que llevaba a cuestas, la crisis de identidad que afrontaba y que había estado con… mujeres, que Steve era demasiado seguro para sí, demasiado auténtico y libre, que eso lo estaba consumiendo.

Total, el tipo es alguien que no sabe ni qué quiere e hizo algo inteligente: dejarlo ir. Lo cierto es que mi amigo me contó, porque no habla de él en realidad, que todo eso era cierto, que lo sentía incierto, inseguro, temeroso, que desde hacía mucho tiempo no sentía pasión por estar a su lado y que poco a poco lo que tenían se fue muriendo porque simplemente nunca fue tan fuerte. Lo dicho, es maduro.

Ahora mismo esas palabras me duelen, no quiero perder a Riah, no quiero que él me vea como Steve veía a ese chico, no quiero que le quite un peso de encima pensar en alejarse de mí.

-*-

Minutos más tarde subimos a su camioneta, Kyroh desapareció en el estacionamiento y lo observo de reojo, intrigada, riendo.

—¡Es un dios! —exclama conduciendo. Suelto la carcajada doblándome de risa. Me da un empujón, también riendo, aunque hay algo más—. Y tengo su teléfono —anuncia dejándome estática. Parpadeo asombrada.

—¿Su teléfono? —repito sin dar crédito.

—Tu cuñado es gay, Desa —dice mientras gira el volante.

—Además de una puta patada en el trasero conmigo —completo como si fuese cualquier cosa. Gira y me observa durante unos segundos, arrugando la frente.

—¿Lo sabías? ¿Por eso te fuiste y fingiste ir a no sé dónde?

—Lo sé desde hace meses, solo que él no imagina eso y sí, no quería añadir a la enorme lista de cosas malas que piensa de mí, otra como, por ejemplo, que le soy infiel a su hermano.

—Me usaste, perversa —se queja entornando los ojos, aunque le vale una mierda. Asiento con sinceridad. Suelta ahora él una carcajada bastante masculina—. Eres, Desa, definitivamente la clase de chica que siempre deseé tener por mejor amiga —asegura prendiendo su reproductor y comienza a cantar, tiene una buena voz, la verdad.

Lo miro alegre por eso que acaba de decir. Durante este tiempo definitivamente se ha creado un vínculo importante entre ambos, pero que le ponga nombre de esa manera me llena de algo agradable, cálido. Fui de muchos amigos, siempre, pero con nadie se sintió tan real como con él.

—Espero que contigo sí se porte decente.

Cambio de tema, como suelo ante aseveraciones así. No sé recibir cumplidos, noto de pronto, tampoco escuchar de mí cosas buenas. Pierdo la vista en las calles ya un tanto grises, aunque aún con vestigios de Halloween. Deja de cantar.

—¿En serio suele ser pesado contigo? —pregunta.

—Mucho.

—Pues no lo noté, pero pobre de él que empiece por ahí, ni todo ese cuerpo y ese perfecto color de piel le valdrán conmigo —asegura, lo miro y sonríe, él me guiña un ojo.

—No saben en su familia que es gay —suelto pensando que eso es algo que debe saber. Asiente interesado.

—Y por qué no lo descubres si es tan pesado contigo —quiere saber.

—Le conté a Riah cuando lo vi una tarde salir de un bar. Iba con un hombre al lado. En la esquina, cuando entró a su auto, se besaron. Me sorprendió la verdad. Se lo conté a mi marido pero le pedí que nunca mencionara nada, no hasta que él, si quería, les contara. Son una familia muy unida, Steve, pero dura, quizá piensa que si lo dice no lo aceptarán y por eso ha callado.

—Eso me suena a alguien —murmura mirándome de reojo. Le saco el dedo medio, pero sé que tiene razón—. Ya, grosera, en serio, ¿crees que lo rechacen?

—No, la verdad es que Zakariah me escuchó, luego se quedó pensando unos segundos, como analizando la situación, así es él, y sonrió al final como si al fin comprendiera algo, pero tampoco lo ha confrontado… supongo que por mí, o porque lo quiere dejar estar. No sé.

—Ese marido tuyo me es como un misterio, pero parece que no es obtuso.

—Es su hermano, Steve —argumento.

—Y tú su esposa, Desa —repite con mi tono. Le doy un empujón.

—Jódete.

—Ya, me jodo, y veremos qué ocurre con Kyroh.

—¿Lo llamarás? —indago curiosa.

—Quedo él en hacerlo. Yo, por mi lado, seguiré con mi vida y… con las compras. Nos faltaron varios juguetes. Vamos al almacén que te dije —me informa.

Pasan casi dos semanas de ese día, me siento inmersa en una locura que no tiene ni pies ni cabeza, apenas si tengo tiempo de respirar.

Vengo llegando del albergue. Esta noche me siento muy cansada y me duele un poco la cabeza. Riah me observa mientras comemos. Últimamente no soy tan comunicativa como solía. Él parece estarse acostumbrado a ello, además, no hemos hablado sobre lo que no está en mi armario y a mi mente regresa todo lo referente a Rowe.

Su mano sobre la mía me saca de mis pensamientos. Lo miro, pues conjeturo que es lo

que desea, me observa fijamente.

—¿Te sientes bien? Te ves algo pálida y ojerosa, Des —señala con un dejo de preocupación—. ¿Descansaste hoy? —inquiere.

—Es solo el frío y quizá debo dormir temprano —respondo sintiendo el cuerpo algo cortado. Se lleva mi mano a sus labios y asiente.

—Preguntas sin respuestas… Quizá ya debería acostumbrarme, ¿cierto? —expresa sereno, pero conozco su voz y le irrita.

Pestañeo y le quito mi mano al tiempo que me levanto, sin haber comido casi nada. Me duele bastante la cabeza así que lo único que me apetece ahora mismo es subir, tomarme un analgésico y dormir.

—Me siento muy cansada, mejor me voy a la cama —le informo con suavidad, beso su mejilla y me marcho.

Al llegar a la habitación me tomo la pastilla, me pongo el pijama y al tocar la almohada me olvido de absolutamente todo.

-*-

La mañana transcurre relativamente rápida. Ahí no tengo ni tiempo de pensar. A veces lo agradezco. Últimamente es lo que más hago, no pensar tanto. Me duele el cuerpo, siento bastante frío a todas horas, pero bueno, el clima sí lo amerita. En el albergue logro pasar un par de horas cuando ya siento que la piel duele y decido que por hoy es suficiente.

Llego a casa arrastrando los pies. Riah trae la correa de Missy en la mano, quien lleva puesto un suéter precioso que le compré en un lugar de chucherías de perro, hace varios meses.

Les sonrío a ambos, rodeándome a mí misma. Me urge otro suéter, algo, me digo. Hace un maldito frío del carajo y, además, la cabeza me va a explotar, la sensación en mi cuerpo. Quiero dormir.

Me acerco, le doy un beso con toda la intención de subirme enseguida, pero me detiene, arrugando la frente. Lo observo molesta, pero enseguida coloca una mano helada sobre mi rostro.

—Mierda, Desa, ardes —deja la correa sobre una mesa, junto con el plan de salir, por lo que veo, y me levanta sin esfuerzo. Me quejo cuando lo hace, pero me siento tan cansada que una parte de mí se lo agradece—. ¿A qué hora empezó la fiebre? —quiere saber mientras me sube, agobiado.

Recargo mi cabeza en su pecho, cerrando los ojos.

—No sabía que tenía —respondo con simpleza. Ya decía yo que algo no estaba bien.

Lo escucho resoplar. No suelo enfermar, esa es la verdad, la última vez que lo hice de manera grave lo recuerdo con cierta amargura así que, si me encuentro un poco mal, ignoro el síntoma y tomo lo que sea. Lo cierto es que no recuerdo haberme sentido como en este momento. Está del carajo.

Me acomoda sobre la cama y empieza a quitarme mis capas de ropa, una a una, con cuidado, aunque noto la urgencia. Me quejo e intento detenerlo con debilidad, sujetando su antebrazo, negando.

Riah me lo retira con suavidad, agobiado.

—Debes destaparte, mi sol, lo siento —susurra pasándome la camiseta por la cabeza cuando alzo los brazos. Mis dientes castañean. Sacude la cabeza y me pone frente a él, de pie, para desabrochar mis pantalones. Me sujeto de sus anchos hombros, intentando colaborar pero es todo un esfuerzo. Quiero dormir.

—Riah, tengo frío, no —le ruego. No me hace caso, en cambio me sienta sobre la cama,

tan solo con ropa interior. Desaparece mientras yo estoy titiritando y si supiera como llorar, lo haría.

Regresa y lo miro suplicante.

—Pásate esto, Des —ruega. Le hago caso, es una pastilla, comprendo. Arrugo la frente al tragarla. Entonces noto que tiene un termómetro. Si no me sintiera morir, sonreiría ante el hecho, por la ternura que me genera pensarlo en algún sitio comprando uno. Él, tan grande, tan rudo, pero no lo logro debido al espantoso malestar.

Lo coloca sobre mi frente, enseguida hace un sonido el aparato. A mí se me cierran los ojos. Lo lee con atención a mi lado.

—Tienes un termómetro —murmuro agotada. Me ignora.

—Tienes poco más de 39, Desa —dice. ¡Oh! Eso es mucho, conjeturo por su cara de preocupación.

Se levanta agobiado y regresa cuando yo ya me estoy haciendo ovillo. No puedo más.

—No, mi sol —ordena y me levanta.

—Riah, por favor —imploro aferrándome a sus hombros. Aunque me empeñe, en condiciones normales, no podría contra él, en ese momento es imposible. Me pone de pie en el baño y desabrocha mi sostén.

—¡No, Riah! ¡Quiero dormir! ¿Qué haces? —medio lloriqueo sin lágrimas. Me acerca y baja mis bragas. Me quejo desesperada mientras noto que se desnuda también. ¿Qué hace? Sujeta mi mano entonces. Gimoteo, negando. El aire en mi piel se siente como cuchillas y, de repente, me pone bajo el chorro, con su cuerpo pegado al mío.

¡Mierda! Me intento quitar, pero no me suelta.

—Lo lamento, Des, debo bajarla, estás ardiendo. Carajo.

Grito e intento zafarme, no lo consigo. Me duele el agua en contraste con mi temperatura. Cuando al fin dejo de luchar, me aferro a su pecho. Riah me sujeta con firmeza. El agotamiento me adormece, además, no hay nada que pueda hacer. Cierro mis ojos, y ni soy consciente de cuando termina su tortura.

Despierto con la boca seca, el cuerpo me duele, gimo al moverme pero recuerdo que debo ir a la cafetería. Me levanto como un resorte, una mano fuerte me regresa de la misma forma. La garganta me pica, noto.

—No, no irás a ningún lado, Desa —escucho. Zakariah luce agotado. Lo miro un segundo, el mismo que le toma colocar su enorme mano sobre mi frente—. Quiere regresar —advierte con suficiencia y asumo que la situación vivida con Kyroh en su niñez le dejó ese aprendizaje.

—Debo ir a trabajar —logro decir notando su semblante. Sé que ni en sueños saldré hoy de aquí y la verdad es que siento que me pasó una estampida de búfalos encima.

—Ni siquiera bajarás de esta cama —determina acercándome un vaso y una pastilla—. Ayer estabas muy mal, me asustaste. ¿Cómo no te diste cuenta de que ardías en fiebre? —me interroga desconcertado. No respondo enseguida, en cambio me tomo lo que me da notando que molesta al pasar y niego con sinceridad.

—Casi no enfermo, creí que era el cansancio y el frío.

—En eso no fallas, por eso te pusiste así —asegura, enseguida me cubre con cuidado y besa mi frente—. Debes descansar, ¿te duele algo? —pregunta cuando se aleja un poco.

—La… garganta —admito bajito. Arruga la comisura de los ojos.

—Joder, Des, espero que no se haga infección. Buscaré un médico para que te revise.

—Estaré bien —le digo acurrucándome. Se acerca hasta quedar a unos centímetros de mi

rostro.

—Eso se lo aseguro, señora mía —promete. Sonrío un poco ante su tono. Me da un beso en la frente y sale de la habitación con el celular en la mano. De pronto recuerdo que debo avisar, adolorida, lo logro. Riah regresa unos minutos después en los que mis ojos ya se están cerrando.

—Conseguí uno. Vendrá más tarde. Duerme —pide al tiempo que acaricia mi cabello con suavidad, besa mi sien y sale de ahí dejándome dormir.

Me revisan horas después. Agarré un dichoso virus, así que descanso y tomo los medicamentos que me recetan. Me cuesta trabajo pasar bocado y paso casi todo el día durmiendo.

Zakariah no va a trabajar, noto, porque entra cada tanto a la habitación. Me cuida, me mima y solo tiene palabras dulces para mí. A la mañana siguiente creo que ya va pasando lo peor, el dolor de garganta disminuye y sigo con medicamentos, aun así, Zakariah se niega a que haga nada salvo darme una ducha.

Permanezco en cama, me acerca el libro que estuve leyendo y a ratos me pierdo en él. Es raro porque no era mi estilo, pero ahora me intriga saber qué seguirá. Steve está histérico cuando prendo el celular y veo sus mensajes, le cuento lo que ocurrió y listo, me ordena descansar.

Mi marido me deja a cargo de Awdry que se porta atenta y solícita. Regresa a mediodía y almuerza a mi lado, abajo, pues me niego a continuar arriba aunque aún me siento cansada, pero definitivamente mejor.

No sale de casa el resto de la tarde, lo escucho hacer llamadas en su estudio y pasa a mi habitación, donde tengo mis cosas, cada tanto. De repente deja a mi lado, cauto, una almohada con cara de perrito orejón afelpada, color menta. La miro pestañeando.

—Es solo algo que vi… Pensé en ti —murmura expectante, nervioso podría jurar y eso me desconcierta, lo cierto es que me parece super tierna.

Nunca me ha dado algo como eso, suele darme joyas, algún perfume, cosas de ese tipo, así que no sé por qué este regalo me gusta mucho más que todos los demás. No puedo besarlo como quisiera, a cambio le sonrío complacida, me levanto y lo abrazo con fuerza.

—Me alegra que te gustara —dice con incredulidad. Algo oprime mi pecho, no entiendo qué es cuando me separo y lo observo.

—El menta es mi color preferido y… nunca tuve peluches de pequeña —le confieso pegando al pecho mi regalo, perdiendo la nariz en su textura. Abre de par en par los ojos y me estudia intrigado.

—No imagino cómo es que nadie nunca te dio alguno —replica con calma. Me encojo de hombros.

—Supongo que pensaron que no era mi estilo.

—Puede ser, pero ahora… me pareció que estaba hecho para ti cuando lo vi —explicó con suavidad, acariciando mis manos que enrollaban la almohada.

—Me encanta, Riah.

—Me alegra, mi sol.

Por la noche vemos juntos una película envueltos en una calma que hace tiempo no experimento. Me siento relativamente serena. Estos días estando a su lado han tranquilizado mi cabeza, me han hecho sentir tranquila, aunque definitivamente extraño el albergue, lo que ahí hago.

—Mañana ya regreso al trabajo —le informo como de paso. Lo escucho resoplar, estoy sobre su pecho, con mi atención en el televisor.

—Si te sientes bien para hacerlo. Solo no dejes los medicamentos, Desa —pide con voz

ausente. Me giro para encararlo, me mira. Necesito restablecer esa conexión y un recuerdo acude a mi mente.

—Cuando tenía quince, me dio gripe, o algo así. Una fuerte infección en realidad —comienzo y ya tengo toda su atención, así que prosigo:

—Era verano, Graco estaba con su padre de vacaciones en Grecia y yo perdía el tiempo en tonterías. Alina se pegaba a mi madre y se la pasaba en la tienda pero a mí me daba mucha flojera. Además, les daba lo mismo que fuera, me hacían sentir fuera de lugar, así que tomaba mi bicicleta y me iba por ahí, o la pasaba en casa de mi tía, con Camila, yendo a parques de diversión, cosas así.

Me detengo durante un segundo, tomo aire y continúo.

—Bueno, el caso es que llovió una de esas veces que andaba en la bicicleta. Me empapé como te podrás imaginar, tampoco era para hacer drama. Llegué tardísimo a casa porque caí y la llanta se ponchó. Total, un reverendo desastre y tuve que caminar por casi una hora con las rodillas y codos hechos trizas, hasta casa, lloviendo. Mi mamá ni notó que aún no había llegado hasta que aparecí escurriendo. Alina me preguntó lo que había ocurrido, le dije y mi madre solo rodó los ojos.

—Deberías ordenar esa habitación en vez de andar dando vueltas por la ciudad como una loca. Me reprendió. No le hice caso, solía ignorarla y me fui a acostar, estaba molida, además de adolorida con la ropa rota. Me curé con lo que encontré a mano y listo. El día siguiente amanecí con dolor de huesos, la boca super seca. Creo que tuve fiebre y no pude levantarme de la cama. Nadie se percató, duré así dos días encerrada.

—¿De verdad nadie fue a ver qué te ocurría? —preguntó incrédulo. Negué sin soltar sus ojos oscuros, que no daban crédito.

—Mi mamá es super naturista así que no encontré medicamentos ni siquiera para ponerme en las heridas. La segunda noche le dije que no me sentía bien, me dijo que me hiciera un té de jengibre. Al tercer día decidí tomar dinero del que mi padre me daba e ir a un médico. Pedí un taxi, me revisaron y tenía infección en la garganta y oídos, además de infectadas las heridas. Fui con mi tía, le di la receta, era menor, no me quisieron vender nada. La surtió y me llevó a casa. Discutieron como solían por mí, pero la verdad yo solo me encerré en el cuarto, seguí al pie de la letra las indicaciones y mejoré a los días.

—Des… —murmura aturdido. Le sonrío acercando mi nariz a su cuello.

—Es solo un recuerdo, Riah, gracias por cuidar de mí —susurro. Mi esposo responde pegándome más a su cuerpo, cálido. Besa mi frente y suelta un suspiro largo.

—Nunca me des las gracias por eso, mi sol. Es un placer.

El viernes llega como agua y me entero, cuando Steve me encuentra donde siempre, que esta noche volverá a salir con Kyroh, llevan dos fines de semana que no se separan, parece que este será igual. Me asombra, esa es la verdad, pero me intriga ver qué resultará de ello.

Luce alegre, más de la cuenta. Se han estado intercambiándose mensajes, se agregaron en sus redes sociales, hablan a cada rato, y se ven cada que pueden, incluso entresemana. Ellos no pierden el tiempo, noto divertida mientras lo escucho.

Se va temprano, tiene una reunión con un escultor, luego se verán, así que yo me quedo. Hace días, cuando supe que mi cuñado sí lo buscó, básicamente al día siguiente en que los presenté, le pedí que omitiera todo lo concerniente al albergue y yo, o por lo menos que por ahora no lo coloque en la misma oración.

No se negó, solo sacudió la cabeza. Ya sé que no está de acuerdo con mi silencio, pero tampoco me delata.

Ya me encuentro totalmente restablecida. Riah ha continuado atento y eso me hace sentir esperanzas de nuevo en cuanto a nosotros. Debo hablar ya, me puse como límite la primera semana de diciembre, falta poco para Acción de gracias, así que tengo poco tiempo, estoy preparándome para lo que sea que pase, aunque comienzo a pensar que no será tan grave o por lo menos eso quiero creer.

Cuando acabamos, uno de los niños se acerca y me pide que toque la guitarra, acepto y no me doy cuenta cuando ya tengo a muchas de las mujeres que viven ahí riendo, escuchando y los niños a mis pies, fascinados.

Pronto me levanto y comienzo a bailar, es tan sencillo ser yo en este lugar. Todos me siguen y el atardecer se llena de risas que calientan mi pecho. Estoy inmersa en lo que hago cuando giro hacia la puerta distraída y mi corazón se detiene al advertir la presencia de Kindah, ahí, mirándome.

23. Zakariah

Se ha instaurado una paz extraña entre ambos, pero una que agradezco porque no me hace sentir tan alejado de ella. Sin embargo, sí soy consciente de que me pierdo de mucho aún, aunque la realidad es que deseo que ella me lo diga cuando esté lista.

Respetar sus tiempos me cuesta un mundo, sin embargo, he aprendido que la vida muestra el camino a su momento, justo cuando debe ser. La oruga se convierte en mariposa hasta que está lista, no antes, menos por el capricho de alguien.

Hay veces que no logro reconocerla, pero conforme habla de lo que fue su infancia la entiendo más. Desa creció sola, en abandono, y no se ha dado cuenta aún de ello y temo que eso es justamente lo que la ha convertido en una mujer que no se deja fluir del todo, una que sabe ocultar el dolor, una que por nada del mundo se expone por temor a ser rechazada.

Sí, esa es mi mujer y sí, yo la entiendo y respeto.

-*-

Llego a casa de mi madre a la hora acordada. Días atrás quedamos en encontrarnos aquí pues no hemos tenido tiempo de vernos y sabe que Desa, últimamente, no está en casa a esas horas. Tenemos algunos temas pendientes sobre Jallow y cuando puedo me agrada pasar tiempo a su lado, siempre y cuando no toque mi vida con mi esposa porque ahí solemos terminar mal.

Entro pero ni Ame, ni ella están. Arrugo la frente, una chica del servicio me pregunta si quiero algo de tomar. Niego educadamente y le marco. No responde. Esto es extraño.

Me acerco a una de las ventanas que dan a ese hermoso jardín que las dos cuidan. Recargo mi brazo en el marco y me pierdo en esa persona que no deja espacio vacío en mi sistema desde que la conocí.

La recuerdo sonriente, alegre, como una castañuela. El día de la boda iba delicadamente maquillada, con ese vestido blanco que se ceñía a su bella figura, de una forma asombrosa. Con su cabello medio recogido y esa forma que tiene de mirarme que aun, a pesar de que las cosas no tienen nada que ver con lo que eran, sigo percibiendo.

Caminó de la mano de Graco, decidida. Los presentes nos observaban entre asombrados, aturdidos y otros incrédulos. Todo fue tan rápido que estoy seguro que nadie creyó que ese día llegara, pero en toda mi vida no he sentido algo más correcto que esta decisión pese a que ahora mismo, siento que nos estamos perdiendo, aunque deseo pensar que es para encontrarnos.

Cuando al fin nos declararon marido y mujer, Desa no esperó y así, como es, tomó mi cuello y me besó con brío frente a todos.

Me rejuvenece, me hace sentir vivo, eso es algo que a lo largo de los años no había ni siquiera pensado que pudiera ocurrir. La realidad es que llegó a mí y todo se volteó de cabeza, eso fue lo que más me atrajo. Esa luna de miel fue tan corta que ahora mismo me arrepiento. Debí darnos tiempo para estar solos los dos y conocernos.

Resoplo.

Los días pasaron y dieron pie a semanas. La rutina se instauró entre ambos. Era agradable llegar a casa, que estuviese aguardando para colgarse de mí y besarme como solo ella puede y sabe hacer.

La pasión entre nosotros permanecía tan latente que era complicado estar en el mismo

lugar sin no buscar ir más allá. El tiempo transcurrió y aprendió inglés rapidísimo, aunque ya tenía nociones y creo que ahí comenzó a tornarse todo en algo que… no esperé.

Desa salía a diario, gastaba bastante en ropa, cosas para la casa, despertaba tarde, pero siempre lucía impecable, lista para una fiesta. Salidas con su prima, almuerzos, clases de pilates un tiempo, ir a correr otro, yoga, o lo que fuese su ocurrencia en curso.

Las cenas transcurrían en medio de pláticas sobre lo que había adquirido o lo que compraría, sobre algún chisme de las chicas que conoció por Camila, o del almuerzo, de alguna anécdota que vivió en el día dentro de algún centro comercial.

Cuando llegó la navidad la casa tenía tantos adornos que me costó ver más allá de ellos. Compró regalos a mi familia, a mí, a sus amistades y eso la mantuvo estresada, decía.

La verdad es que no juzgué su comportamiento, no lo cuestioné siquiera a pesar de los comentarios ácidos de mi madre y hermano.

Desa era feliz, yo a su lado de alguna manera también, pues no tenía ojos para nada salvo para mí. Su mundo era yo y, egoístamente, lo acepté.

Sí, esa ha sido mi parte de culpa en esto. Salidas a cenar, a comer, fiestas, reuniones, restaurantes de moda, nunca nada sencillo. Todo comenzó a tornarse cada vez más sofisticado, más complejo.

Trabajé para tener lo que ahora tengo, para que el dinero no fuese un maldito problema y no la limitaría, me repetí muchas más veces de las que recuerdo, pero con ello solía venir a mí una voz interna de agobio, de preocupación.

La veía interactuar con mi gente, con desconocidos y es que es impresionante su manera de desenvolverse, de encontrar el punto exacto en la conversación para amenizar el ambiente, para hacer sonreír.

Pronto fue bienvenida en todos los círculos a los que frecuentábamos. Eso me hacía sentir incluso orgulloso. Lo cierto es que, aunque se mimetizaba a la perfección, cada día se parecía más a esas mujeres con las que no tengo nada en contra, pero que en definitiva, no son para mí, con las que Desa no tiene nada que ver, por eso la elegí.

Una mañana, me dijo que quería tener un hijo y ahí… ahí fue cuando todo cambió.

Ahora mismo me encuentro en un punto tan lejano a todo aquello, viendo a diario una Desa que no comprendo pero que me parece más atractiva que la anterior. Percibiendo como, paradójicamente, todo se va al carajo sin poder entender la razón.

La he conocido más durante estos tres meses que el tiempo que llevamos juntos. La siento más urgida de mí y a la vez, más lejos. Leo constante miedo en sus ojos, noto su recelo y esta maldita certeza de que me está ocultando algo, o mucho, pero también presiento que pronto lo sabré.

No entiendo su proceder, tampoco sé cómo reaccionará a alguna situación, no como antes. Su sonrisa está, pero ya no es la que solía, esa que ahora no me parece que haya sido tan real como pensé en aquel momento. En su lugar está una sonrisa orgullosa, agotada, pero plena y me encanta.

La última vez que estuvimos en esta casa no pasó desapercibido el hecho de que no buscó integrarse en la conversación, tampoco diluirse, mucho menos agradar. En realidad parecía lejana, ausente, como si le diese igual estar aquí, o peor, como si en realidad deseara estar en otro sitio, en ese en el que pensaba.

—Zakariah —escucho tras de mí. Es mi mamá.

Pienso en preguntarle qué ocurrió pero su semblante me detiene. Luce… ¿triste, conmovida? Juro que quizá incluso lloró. Me acerco de inmediato.

No somos los más cariñosos pero esa mujer es un pilar en mi vida. Ame está a su lado, con su gesto dulce, parece satisfecha aunque algo agobiada por su amiga.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigado, ya a un paso de ella. Me mira fijamente, tanto que me logra hacer sentir ese crío de siete años que cuidaba a Kyroh y a la vieja todo el tiempo que podía. Mi madre llegaba por la noche, molida por las jornadas agotadoras y me decía con una seguridad que en aquel entonces me dio más bravura de la que ella imagina:

—Eres un guerrero, Zakariah, mi guerrero.

Acariciaba apenas mi rostro, besaba mi frente y me preparaba de cenar, a pesar de sus pies hinchados, de su necesidad de sueño. Así pasamos muchas más noches de las que recuerdo en aquel pequeño cuarto que olía a todo menos a casa, y que ella se esforzaba por sostener.

Ahora mismo así me ve y no entiendo un carajo.

—Nada —suelta al fin, pero no me la creo. Entorno los ojos, Ame aprieta un poco su hombro, me da un beso en la mejilla y se va. No entiendo.

—¿Nada? Pareces muy afectada —señalo intentando descifrarla. Sonríe negando.

—Hoy mis preguntas, tuvieron una respuesta… Solo eso me pasa.

—¿Una respuesta? —repito.

A veces habla así, como la abuela, y yo en ocasiones tengo ese hábito que Desa no soporta del todo, aunque últimamente no se queja, me percato.

Dejo a mi mujer del lado y regreso a mi madre, ¿de qué habla? Con un ademán le resta importancia, se acerca a la mesilla donde suele tener una jarra con agua y vasos alrededor. Se sirve y se la bebe de un jalón. Luego se sirve otro y lo mismo, con la mirada un tanto perdida.

Espero paciente, eso aprendí con la vida. Cuando termina, me encara. Sonríe de nuevo.

—Lamento haberte hecho esperar, debes tener hambre, ¿cenamos? —propone con su pulcra educación, siendo de nuevo la mujer imponente y fuerte que ahora es.

—¿No me dirás qué ocurre? —deduzco sin moverme.

Me estudia lo que parecen siglos, luego chasquea la boca. Sonrío al recordar ese sonido que hacía cuando yo llegaba con dinero, o medicinas, o comida a la casa y ella no sabía de dónde lo había sacado. Ese mismo que hacía cuando me vio golpeado y casi desfallecido en el umbral de donde vivíamos. Ese que me decía, de alguna manera, que hiciera lo que hiciera, estaría orgullosa de mí. Que, de alguna forma, confiaba en mí.

—Cada cosa tiene su tiempo, Zakariah, su motivo y hay círculos que cada uno debemos cerrar. Solo te puedo decir que… hoy no pienso igual que ayer y que… lamento haberme alejado tanto de lo que una vez fui —declara con suavidad.

Dicho esto, se da vuelta y se dirige al comedor.

Permanezco ahí, suspendido durante unos segundos en los que sus palabras penetran en mi mente e intento darles un significado, uno que me sirva. Lo único que aparece frente a mí es ese cuerpo menudo, esos labios carnosos y ese cabello canela.

Arrugo la frente con las manos dentro de los bolsillos del pantalón. ¡Con una mierda! No todos los caminos siempre deben terminar en ella.

24. Desa

No sé qué hacer, pero mi mano cae y mi voz se extingue. Ella está ahí, mirándome y juro que sus ojos están empañados, luce aturdida, pero sobre todo incrédula. Mi corazón palpita como si quisiera salirse de una, mis oídos zumban.

Todos los presentes notan mi falta de movimiento y clavan su atención en lo mismo que yo, solo que a ellos no les refiere lo que a mí. Experimento miedo, desazón. Mi boca seca intenta articular una palabra, la que sea. De pronto ella sacude la cabeza y sale de mi campo de visión.

¡Riah! Solo puedo pensar en él con los líquidos del estómago reverberando hasta llegar a mi garganta. Giro la guitarra para que quede sobre mi espalda y salgo corriendo. Me detengo en seco cuando noto que Ame está a su lado, susurrándole algo. Lira me observa, serena, y entra al lugar donde yo estaba segundos atrás.

Muerta de miedo me aproximo. Esa mujer es una mezcla de apabullante seguridad y dureza que la verdad siempre me ha amedrentado un poco, aun así, no me detengo. No logro llamarla porque alza la mirada y la posa en mí, aturdida.

No sé qué diantres decir, no encuentro nada en mi cabeza que pueda servir. Le dirá a Riah y… quizá lo asombre tanto como a ella, quizá acabe por mandarme a la mierda para irse con Rowe, quizá…

—Con que tocas la guitarra —dice con voz suave, acercándose.

Paso saliva, pero Ame me guiña un ojo, ese gesto se supone que debe tranquilizarme, aunque la verdad no lo consigue del todo. Comprendo, justo ahí, que mi tiempo está contado y que ya he mentido bastante.

Asiento nerviosa.

Sonríe con franqueza y eso me desconcierta aún más que todo lo demás. Sus ojos están enrojecidos, me evalúa con suma atención. Es como si nunca me hubiese visto y fuese la primera vez que realmente lo hace. Mi pecho se oprime y expande ante la antelación. No tengo idea de lo que hará, de lo que dirá.

Cierro y abro los puños, acción que no le pasa desapercibida. Debo hablar así que sin tener la menor idea de dónde saco el coraje, respondo con seguridad.

—Sí.

—Y cantas… —murmura ladeando su cabeza, sin juicio alguno, solo interés.

—Sí.

—¿Y vienes aquí a… —pregunta dejando en el aire lo siguiente. Paso saliva.

¡*Habla*! Me digo. *Que sea lo que deba ser*.

—Ayudar, en lo que puedo. Nunca es suficiente, pero lo intento. Me gusta venir, es lo que más me gusta hacer y —de pronto sus brazos rodeándome y pegándome a su cuerpo me dejan muda.

Me abraza con fuerza, con una a la que no estoy acostumbrada, sin embargo, no me retiro y acepto el gesto pese a la incertidumbre. No logro ver a Ame, solo sentir el perfume suave y elegante de Kindah, su abrigo contra mi mejilla.

Cuando me separa, unos segundos después, acaricia mi cara y chasquea la boca, serena.

—Este lugar no es para alguien como tú —afirma con cautela, tomándome por los brazos, seria de repente.

La irritación, el hartazgo de que mi vida sea de la incumbencia de cualquiera, menos mía,

se clava en mi pecho. Me suelto molesta, negando. ¿Quién es ella para decirme el sitio donde debería estar?

—No dejaré de venir —le advierto apretando los dientes, muy decidida.

—¿Por qué?

—Porque… aquí soy feliz —aseguro contenida, nerviosa también, pero me importa poco, no dejaré este lugar. Su gesto se suaviza dramáticamente y juro que sus ojos se anegan de nuevo. Aprieta mi mano durante un segundo y después, se da la media vuelta. Le dirá a Riah, y no sé cómo lo hará, mi mente trabaja al máximo.

—Sé que no soy lo que espera —digo. Se detiene sin voltear—, que soy lo más lejano a lo que alguna vez quiso para Zakariah porque sí, él merece alguien que sea igual de inteligente, de fuerte, alguien… diferente a mí —concedo. Ahora sí me encara, intrigada, pero atenta. Me desinflo, perdida—. Solo… solo no se lo diga, no ahora.

—¿Él no tiene idea de esto? —comprende, analizándome. Niego agobiada.

—No —confirmo.

—¿Cuándo piensas decirle? —pregunta, cauta. Me muerdo el labio sujetando el colgante de mi guitarra con aprensión.

—Pronto.

—Entonces yo no tengo nada que comunicarle a mi hijo —determina y yo solo siento que el alma me regresa al cuerpo. Bajo la vista, turbada—. Y, Desa, eres justo lo que esperaba que él eligiera —asegura dejándome estática.

Observo cómo se van, pero yo no puedo moverme. Mis latidos no logran regularse y mi cerebro apaciguarse. Mi garganta se siente seca, toda yo soy un manojo de nervios y desorientación.

No salgo de mi estupor hasta que un par de manitas se enrollan en mis piernas, sonrío y cargo al pequeño, beso su mejilla sucia soltando el aire.

—Vamos a lavarte esa cara y buscar a mamá. Es hora de cenar —le informo temblorosa, a lo que solo responde.

—*Ti*.

Llego a casa y es notorio que Riah no está, hace mucho frío pero a pesar de eso tomo la correa de Missy y la saco, ella sale feliz, es su parte favorita del día. Cierro tras de mí cuando veo las luces de su auto. Me detengo en la entrada de la casa y un segundo después aparece frente a mí.

—¿A dónde vas con este frío, Desa? —pregunta arrugando la frente, frotándose las manos.

—Missy debe salir —le digo como si nada.

—Estuviste muy mal, debes descansar. Deja, lo hago yo —y señala la correa para que se la dé.

—¿Por qué no vamos juntos? —propongo. Sonríe bajando la guardia de esa forma tan masculina que tiene.

—Porque no quiero volver a verte mal, no por un tiempo —determina casi sobre mi boca. Me importa una mierda nada y termino la distancia. No nos hemos besado decentemente desde que ese maldito virus entrara en mi sistema. Gime al sentirme pero no se opone, al contrario, invade mi boca como solo él sabe hacerlo—. Ni así me convencerás. Soy un tipo difícil —asegura muy cerca de mi rostro. Sonrío y le doy la rienda, haciendo un leve puchero porque sé que tiene razón.

—Un neandertal —le recuerdo.

—Sí, también eso —acepta mientras se aleja con nuestra mascota.

-*-

El fin de semana es… confuso. Transcurre en medio de mensajes que me hacen reír de Steve, volverá a pasar con Kyroh esos días, al parecer. Sí, parece que la química hizo ahí muy bien su trabajo o quizá otra cosa, pero noto entusiasmo de su parte.

El sábado por la noche van a cenar a casa los amigos de Riah, en esta ocasión es nuestro turno ser los anfitriones. No me pone realmente feliz la situación y quizá lo hago notar un poco, aun así, intento ayudar después de llegar molida del trabajo.

Él se ha hecho cargo de todo esta vez, solo le ayudo a los últimos detalles.

La noche anterior tan solo cruzó la puerta de la habitación salté sobre su perfecto cuerpo y no hubo manera de que me separara, tampoco él lo buscó. Hablamos muy poco, lo cierto es que lo notaba algo pensativo, tampoco pregunté.

De alguna manera me había puesto en ese punto donde yo no respondía lo que me preguntaba entonces no me sentía con el derecho de cuestionar. Por otro lado, constantemente me siento en guardia respecto a Rowe y, por si fuera poco, lo ocurrido con Kindah también me mantiene perdida en lo mío.

El reloj hace *tic tac* en mi mente y sé que ya está sobre mí todo, solo debo agarrar las fuerzas para soltarlo así, de una y atenerme a las consecuencias.

Para la cena me visto con un poco más de esmero; unos zapatos altos, el pelo cuidadosamente alisado, un vestido de manga larga, oscuro y medias. Al verme descender sonríe con esa mirada felina que tiene. Sé que le gusto.

Loen y su novia acaban de llegar, los está recibiendo.

Pronto nos encontramos todos hablando en la sala, Mike me hace reír por algo que dice. Kyroh es el único que no vino y yo soy la única que sabe la verdad. La novia de Loen es una chica alegre, por lo que es sencillo seguir la plática. Un par de parejas más que conozco también están, de pronto noto la ausencia de Riah, enseguida la de Rowe y mi pulso se detiene.

Nerviosa paso saliva y le doy un trago a mi vino, dejo la copa y camino rumbo a la cocina, cuando escucho sus voces. Me detengo en un ángulo en el que sé, no me verán.

Está ella muy cerca de él. Me dan la espalda. Algo ven en el celular cuando de pronto Rowe se aleja un poco y lo observa fijamente.

—No lo postergues más, Zak, debes contarle —le dice con un dejo de urgencia. Zakariah se pasa la mano por la nuca, resoplando.

—Lo sé, es solo que no he encontrado el momento —argumenta.

La mujer, lo sacude un poco por el brazo.

—Una vez que lo hagas, yo podré hacer mi parte. De otra manera no haré nada.

—Ro, unos días.

—Bien, de lo contrario mejor olvidemos el asunto —sentencia alzando las cejas.

Me recargo en el muro contiguo, mi respiración se ralentiza y siento que ya es demasiado. Dentro de mí viajan unas ganas inmensas de entrar, gritarles, insultarlos, pero solo logro quedarme ahí, pestañeando.

No, no puedo, no quiero perderlo, resuelta entro y enseguida se separan.

—¿Sucede algo? —pregunto seria. Ambos niegan.

¡Agh!

Rowe me sonríe y sale de ahí. Mi marido se acerca, calmado.

—¿Venías por algo? —indaga como si nada, aunque puedo jurar que tenso. Lo observo fijamente. No sé qué decir, qué hacer. Se acerca más y retrocedo. Arruga la frente.

—Por un vaso —miento y me alejo para tomarlo. Luego lo alzo para mostrárselo y salgo

de ahí, deprisa.

El resto de la velada es una maldita mierda. Zakariah busca mi mirada. Más de una vez me arrincona, intentando hablar, pero lo hago a un lado con rudeza. Obviamente no desea un espectáculo ahí, así que se abstiene.

Cuando se va el último invitado me dedico a levantarlo todo. Al día siguiente me levantaré temprano, me importa un carajo, no podría dormir aunque quisiera.

Sé que debo exigir una explicación, pero estoy tan hundida en mis propias mentiras que temo hacer tronar una bomba y me quede sin nada.

—¡Me dirás ya qué mierdas te ocurrió toda la noche! Entiendo que te aburran, aunque antes te encantaba pasar tiempo con ellos. Pero te recuerdo que son mis amigos, Desa, esta también es mi casa —ruge.

Así que cree que es eso. Aviento un trapo con el que limpio la superficie y lo encaro.

—Entonces tú levanta todo esto. Yo tengo mañana trabajo, Zakariah —replico pretendiendo huir. Me sujeta por el brazo, molesto.

—Ya no sé quién eres, ya no sé cómo actuar contigo, ya no sé una maldita mierda de nada.

Me zafo furiosa.

—Esto soy, siempre he sido lo mismo. ¿Qué no lo notas? —gruño mirándolo a los ojos.

—Ahora la que hace acertijos eres tú —señala con sarcasmo. Me río con cinismo—. Vaya. Preguntas sin respuestas, actitudes que no entiendo, tú —y me señala de pies a cabeza—, siendo alguien que no logro descifrar. Me apartas, te estás escondiendo de mí y ¡maldita sea, Desa! Estoy ya cansado de esto.

Mi pecho se hunde, pero solo logro sentir ganas de darle una bofetada por cínico.

—Por mí no te canses, haz lo que se te pegue la gana, Zakariah, después de todo nunca seré lo que esperas que sea —y me doy la media vuelta. Sé que está pasmado aunque igual de molesto que yo, con la diferencia de que no tiene roto el corazón, como yo ahora mismo lo tengo.

—Es por lo de hace un rato, cuando me viste con Rowe —suelta cuando ya estoy a unos metros. Me detengo sin voltear, solo abro y cierro los puños. Mi sangre se congela y mi piel cosquillea—. Desa, tengo que contarte algo —pretende iniciar, pero lo encaro muerta de miedo.

¡No! ¡No estoy lista para oírlo! Descubro transpirando como si me hubiese sumergido en un lago.

—No quiero escucharte, iré a dormir y no quiero escucharte —determino con una firmeza que nunca he usado. Su rostro se descompone de forma tal que no le reconozco.

—¿En serio? ¿Así, nada más?

—Así, nada más —repito y me alejo casi corriendo, ahogándome. Me desnudo torpemente, tiemblo, tiemblo desde adentro hasta afuera. Mi garganta escuece pero ninguna maldita lágrima emerge. Me siento tapada emocionalmente, me siento hundida, me siento… más perdida que nunca. *¿Qué mierdas estoy haciendo?*

Zakariah entra a la habitación una hora después, finjo dormir pero sé que sabe que miento. Cuando después de mucho tiempo escucho su respiración pausada, me levanto. Es de madrugada.

Deambulo por ahí envuelta en un suéter que poco me cubre. Termino en la sala observando la foto de nuestra boda.

Él sonríe apenas, con ese gesto sensual que amo y yo abiertamente, y cómo no, este hombre es lo mejor que me ha pasado en la vida. La realidad es que creí que las cosas serían tan

diferentes. Creí que al fin estaría donde debía, que el mundo estaría a mis pies, que con su presencia ya nada me faltaría.

No es así. Lo amo, lo amo con todo mi ser, pero mi vacío no lo puede llenar él simplemente porque es mío, y ahora que me siento con un rumbo, con un motivo real, lo pierdo y me rehúso a ello, pero no encuentro cómo ser sincera y mostrarme así, como realmente soy, sin todas las caretas, sin todas las mentiras.

Tomo la imagen, me acomodo en un sofá y paso lo que queda de la noche ahí, evocando cada momento desde ese día.

Era feliz, sí lo era, pero de una manera que ahora mismo no me atrae en lo absoluto. Mis días consistían en banalidades que en este momento me irritan.

Veo con mayor claridad la razón por la que él no deseaba un hijo y es que miro hacia atrás y lo único que noto es una vida sin sentido, dependiente de él, donde la mayor preocupación era qué compraría en la tienda siguiente.

No me reconozco, tampoco es que en México fuese así, pero… se acerca. Me dejo caer en el respaldo. No quiero eso de vuelta, quiero esta sensación de bienestar, de sentirme útil, de ser lo que realmente soy en todos los sentidos, sin embargo, no sé si sea la mujer que él quería a su lado.

Sé que me desea, pero… no sé si me ama. Nuestra relación se ha basado en esta química irrefutable, en esta urgencia sexual que nos consume, eso lo sé y que aún nos arrolla, a pesar de lo que esté pasando entre él y Rowe.

Dejo la foto del lado. Ellos… Quizá Riah por ella sí siente cosas más hondas, más profundas, eso que yo siento por él y que es mucho más fuerte que el deseo que nos une.

Da la hora de irme, me visto en silencio, Zakariah no despierta y lo prefiero. Salgo con tiempo de sobra, desanimada, deprimida.

La mañana transcurre agitada, para cuando termina sé que debo volver a casa pero no quiero. Le mando un mensaje avisándole que me pidieron doblar turno. Otra mentira, y tal parece que mi idea es continuar alargando el pergamino de ellas.

Contesta un «*OK*» que me deja peor.

No quiero buscar a Camila, me reprenderá por no haberle dicho nada aún, y como sé que tiene razón y no quiero ensuciar la imagen que tiene de Riah diciéndole lo de Rowe, mejor la evito.

Le marco a Graco, no responde. Steve está con Kyroh, eso seguro. Al final, sentada en una banca del parque, le marco a mi madre. Hace tiempo que no sé nada de ella. Espero unos segundos, nerviosa, finalmente responde.

—Hola —le digo fingiendo estar alegre, cosa que me sale a la perfección.

—Hola, Desa, qué milagro —señala con un dejo de sarcasmo. Se escucha atareada.

—Quedaste en devolver mi llamada la última vez —le recuerdo buscando no sonar quejosa, con ella eso no funciona, o no funciona conmigo en realidad.

—Sí, lo sé, pero recuerda que debo trabajar. Aquí las cosas no se dan solas.

Ruedo los ojos, es el argumento de toda la vida, para no ir a mis festivales, para no festejar mis cumpleaños, para no tener regalos o un pastel, no de ella, pero lo mando lejos, como suelo y lo evado.

—¿Cómo están? ¿Alina, tú?

—Bien, las dos bien. Ya sabes que aquí es una buena época y la tienda nos tiene locas. A tu hermana le va de maravilla en la carrera. Es listísima, ya ves que no se le dificulta y siempre tiene ganas de ir más allá, gracias a su responsabilidad es probable que consiga una beca.

—Me alegra, mamá.

Y de verdad es así, aunque casi no convivía con ella porque somos polos opuestos, la quiero.

—¿Y tú? Bueno, no me digas, tu marido te tiene como princesa, justo como querías, ¿para qué esforzarte en algo? ¿No? —murmura como de pasada, pero duele. Humedezco mi boca y busco que esa sensación tan familiar no me domine, no lo consigo, ya no.

—Te asombraría lo mucho que hago.

—Ah, sí, ¿cómo qué? Alguna clase especial de belleza, o…

—Ayudo en un albergue de mujeres en situaciones difíciles, entreno box cuando no debo ir a trabajar a una cafetería en un área turística de aquí —le informo rabiosa, sin poder contenerme.

El silencio se apodera de ella por unos segundos.

—¿Una cafetería? ¿Es en serio? ¿Qué dice tu marido al respecto? Dios, Desa, no puedes haber terminado así con todas las posibilidades que tenías frente a ti. ¿Acaso no tiene dinero? ¿No te mantiene?

—¿Terminado? Es un trabajo como cualquiera.

—De mesera… claro. ¿Eso es a lo que aspirabas?

—No se trata de eso. Se trata de hacer cosas.

—Siempre poniendo pretextos. Debiste terminar la carrera, ser alguien, no estar dando tumbos por la vida para ver qué se te ocurre ahora. Lo único bueno es que no durará mucho, te lo aseguro.

—¿Escuchaste lo que te dije? Estoy yendo a ayudar a un albergue de mujeres.

—¿Te aplaudo o qué? Realmente no quiero volver a lo de siempre contigo, ya estás casada y es tu problema lo que decidas de tu vida, pero aunque puede ser una buena causa, es ridículo que pretendas que te felicite por ir a uno de esos lugares donde sí hay gente que ha pasado cosas terribles y tú, que lo has tenido todo, no hayas hecho nada y continúes así. Crece, Desa, crece de una vez y sé constante, responsable y madura. En serio ya es el colmo.

Duele, duele cada jodida palabra y no puedo contenerme, ya no. Algo ruge y se retuerce dentro de mí, algo que ya no puedo continuar acallando.

—Nunca fui importante para ti. Jamás logré llamar tu maldita atención hiciera lo que hiciera. Jamás fue suficiente porque yo no era suficiente para ti. Pasé la jodida vida buscando que me vieras, que me notaras, esperando escuchar algo que me dijera que sí, sí me querías, que te importo y que no soy el resultado de un momento que deseas olvidar.

Tomo una bocanada, pero mi madre no habla así que continúo.

—Jamás tuve tu aprobación en nada, simplemente no existía, no existo salvo para hacerme sentir una mujer tonta, absurda, que no puede dar nada, que no es buena en nada.

«Muy bien, mamá. Se acabó. Estoy lejos, hice mi vida, soy buena en lo que hago, toco guitarra y lo hago estupendo aunque nunca te molestaras en escucharme. Canto por si no lo sabías y sí, también soy buena en ello.

En el albergue soy necesaria y no porque dé dinero sino porque amo estar ahí, porque deseo darles esperanza, fe. Porque si yo tengo mi vida resuelta puedo ayudar a otras que no. Desde que entré jamás he faltado y no pienso hacerlo.

He aprendido a golpear duro porque aunque estoy al punto del desfallecimiento cuando descanso voy a entrenar. Tengo una perrita que es encantadora a la que he educado y en mi trabajo soy eficiente y confiable.

Pero, ¿sabes qué? Esto te importa una mierda porque yo te importo una mierda y está

bien, lo acepto. No lucharé más, no pelearé más. Gracias por ser mi madre, por, de alguna manera, ocuparte de mí, pero puedes descansar al fin, no regresaré así todo salga mal acá. Adiós, mamá.»

Entonces cuelgo, con el corazón acelerado.

Permanezco suspendida ahí, en ese lugar, con frío y ajena a todo. Obviamente el teléfono no suena de vuelta, aunque albergo por un ingenuo segundo que suceda.

Nunca le he hablado así. Durante mi infancia busqué acercarme, en la adolescencia, evitarla al sentir su rechazo y después, solo fui y vine, a veces escuchando sus letanías sobre mis pocas capacidades para luego desaparecer en mis asuntos. Al grado en el que llegué a creer cada una de sus palabras y busqué convertirme en lo que decía de mí, pero esa tampoco nunca fui yo.

Poco a poco logro serenarme y me convenzo de que debía hacerlo. De todas maneras, no he perdido nada porque jamás la he tenido. Como sé hacer, entierro la emoción bien profundo y un puesto de *hotdogs* me atrae así que, como una autómata, decido comer uno.

Después camino por ahí y noto que personas se aglutinan alrededor de una pequeña banda callejera de chicos que deciden dar su *show*, los escucho y tarareo sus canciones, centrándome solo en las notas, en la música, en lo que siento al repetir la tonada con mi voz.

-*-

Llego a casa, Riah no está, en ese momento no puedo ni quiero pensar en él, ni en nada. Me doy una ducha y tomo el libro. Estoy asombrada porque ya casi lo termino y ni siquiera lo puedo creer pues me ha gustado demasiado.

Escucho sus pasos, Missy por supuesto ya baja corriendo hasta él, siempre es así. Sube despacio, ¿de dónde vendrá? Me obligo a no pensarlo. Lo ocurrido con mi madre aún circula en mí y la verdad es que siento que estoy en el borde de un abismo y llegó la hora de saltar.

—Hola.

Su voz hace que levante la mirada. Va con ropa deportiva. Mi piel despierta ante su presencia, pero solo asiento y vuelvo a lo mío.

—Hola…

—Estaba con Loen, vimos un partido —me informa, despacio.

—Bien —solo respondo sin verlo, atenta a lo que hago.

—¿Cenaste?

—Sí —musito releyendo porque no estoy reteniendo nada.

—Me iré a dar un baño —me informa con voz contenida, me tenso pero no lo encaro, solo asiento nuevamente.

Cuando llego a dormir me siento exultante, ¡acabé el libro! No lo puedo creer y la verdad es que tengo ganas de salir a dar brinquitos por ahí sin ton ni son. En cambio me las trago y me meto bajo las cobijas. Él duerme, seguro cayó tiempo atrás, ya es tarde.

Hago una nota mental de buscar alguna librería al día siguiente y así tener alguna otra lectura que me ayude a distraerme. No logro dormir bien pese al cansancio. Sé que debo descansar pero también sé que mi sueño se afecta con ridícula facilidad y entre mi logro, lo ocurrido con mi madre, las cosas entre Riah y yo, Kindah, no puedo.

Despierto agotadísima, gracias al cielo no tengo trabajo, pero no deseo perderme el entrenamiento, sin hablar prácticamente y en medio de un hondo silencio que ya duele, llegamos al gimnasio.

Paso la mañana ahí, incluso le pido a él que se marche pues tengo deseos de continuar y Melanie se emociona. He avanzado mucho a pesar del poco tiempo que le dedico. Riah se

muestra reacio, pero como no logra moverme de mi resolución, no le queda otro remedio.

Llego a mediodía, tomo la camioneta y salgo para el albergue. En el camino me comunico con un proveedor de pintura que además, puede ayudar con la mano de obra pues le he contado todo sobre el lugar días atrás cuando lo contacté.

Llego a la parada, Steve fue por la mañana, está en una cita sobre sus pinturas que no podía postergar así que me quedo con las ganas de saber cómo fue todo con Kyroh, aunque prometió ir más tarde y así al regreso decírmelo.

En el barrio me reciben un par de chicas, de alguna manera siempre se las ingenian para que nunca llegue sola al lugar, aunque la verdad es que la gente empieza a conocerme y hasta me saludan de lejos.

Dos horas más tarde tengo hambre, debo ir a buscar algo de comer. Tomo las sábanas que doblamos y bajo, cuando una de las niñas, hija de una mujer que huyó de su marido una semana atrás, entra asustada.

Intento tranquilizarla, pero las palabras se le agolpan en la garganta y solo señala afuera con lágrimas. Ojeo el lugar y no pasa nadie por ahí.

—Tranquila, Mary. Dime qué ocurre.

—Mamá, mi mamá, ven. Vamos —me urge sin mucha voz. Pese a su tez morena, sé que está pálida y en extremo angustiada.

Salgo deprisa, preocupada. Llegamos a la esquina y me quedo pasmada cuando veo a un hombre con un arma. Parece borracho o drogado, quizá, pero decidido. Le apunta a la madre de Mary. Niego atónita.

La niña me jala, busca que haga algo, las personas se aglutinan. Mi respiración se dispara, la mujer llora, niega y le pide a la niña que no se acerque, a mí que no la suelte y eso hago cuando intenta ir hacia ella.

—¡No lo hagas! —ruega la madre de Mary, aterrada.

—¡No debiste dejarme! ¡Te dije que todo cambiaría, que te amaba, perra!

Y así, nada más, sin darnos tiempo de nada, escucho el fuerte estruendo y veo como el cuerpo de la mujer cae al suelo con un golpe seco que jamás olvidaré.

La niña grita y corre hasta el cuerpo inerte. El hombre, presa de la locura le apunta. Mis pies vacilan por un segundo, estoy en *shock*, transpirando sin parar, aun así, corro por instinto para cubrirla con mi cuerpo sin importarme nada salvo esa vida que puede acabar de un momento a otro.

Cierro los ojos con fuerza y escucho otro disparo, entonces sé que todo mi tiempo terminó. Gimo apretando más mis ojos con la imagen de Riah clavada justo en el centro de mis pensamientos.

25. Desa

No siento nada y, al reaccionar, grito al borde de un ataque de nervios. Levanto la cabeza, él yace inerte ahí, a pocos metros de mí, con el rostro desfigurado por la bala que atravesó su cabeza, lleno de sangre, huele a pólvora.

Empiezo a temblar convulsamente, atónita.

Escucho a lo lejos los sollozos de Mary que sacude a su madre sangrando. No está viva y yo solo puedo sentir terror, un *shock* profundo, mi pulso desbocado.

Patrullas comienzan a oírse a lo lejos, gritos, gente yendo y viniendo. No me muevo, pero unos brazos firmes me levantan. Es un hombre que desconozco, parece impresionado, sin embargo, yo no logro tranquilizarme, creo que nunca lo haré. Tiemblo, tiemblo como nunca antes.

—¡Desa! —oigo a la distancia, perno volteo, estoy paralizada.

Es una de las mujeres con las que canto en la cocina, reconozco esa voz. Enseguida siento como me envuelve en sus rollizos brazos. Reacciono ante su calidez y me aferro a ella negando una y otra vez.

El hombre que me había levantado se aleja, pero no me importa nada más. Lua, la mujer que me sostiene, me saca de ahí y noto que otras más se acercan, vienen del albergue. Apenas si puedo caminar en línea recta.

—Mary —logro decir con un hilo de voz.

—Ya están con ella, anda, debo sacarte de aquí. Dios —la escucho llorar mientras me guía y yo voy tropezando. Cuando entramos todo es una locura de la que no puedo ser partícipe, mi cabeza repite la escena una y otra vez, el sonido una y otra vez, la sangre—. Desa, toma esto —me pide nerviosa, con lágrimas en los ojos pero sin titubear. La observo fijamente intentando tomar el vaso, no puedo sostenerlo.

—La mató —solo digo. Lua asiente cubriéndose la boca.

—Protegiste a la niña —murmura aturdida, asombrada y de nuevo a punto del llanto.

Sus palabras no me llegan, no sé qué me ocurre. Acerca el vaso hasta mi boca y hace que beba a tragos. Afuera de la cocina se escuchan muchas voces, llanto, conmoción. Cuando ya no puedo tomar más se sienta a mi lado, rodea mis hombros y me acerca a su cuerpo, meciéndome porque imagino que nota el *shock* en el que me encuentro.

—Desa, Dios, ¿estás bien?

Es Lira, se hinca frente a mí, ve a Lua un segundo luego a mí. Luce entristecida. La directora del lugar pasa una mano por mi rostro.

—La mató, la mató así, nada más —le hago ver aturdida, mi voz se escucha ajena. Lira asiente.

—Fuiste muy valiente e… inconsciente. No debiste ponerte ahí, te pudo haber disparado.

Mi mente va del estruendo al hecho y la cara de Riah en todo momento, como en una misma imagen. Si me hubiese hecho daño o… algo peor.

Dios. No, debía hacerlo, me repito de forma convulsa.

—Es una niña, Mary es una niña —le digo medio histérica. Lira asiente comprendiendo que estoy un tanto fuera de mí.

—Lo es, y lo que pasó es una tragedia, pero, Desa, esto es parte de este lugar —expresa buscando que reaccione y lo hago clavando la vista en sus ojos.

—¿Por qué? —pregunto sin soltar una sola lágrima que imagino es lo que más la desconcierta en este momento. Sin embargo, acaricia mi mejilla y respira hondo.

—Porque esta es la vida de muchas de ellas, porque es justo de lo que huyen —me explica afligida.

A lo largo de este tiempo he escuchado historias terribles, desgarradoras y tormentosas, duele siquiera saberlas, pero nunca, ni de lejos, pensé que me tocaría vivir algo semejante. Esa mujer tenía una hija, el mundo lleno de posibilidades y simplemente ya no está y la niña ya nunca tendrá a su madre.

—Quiero ver a Mary —solo logro decir. Lira asiente y me levanto al tiempo que ellas lo hacen.

—Está en su cuarto, logramos que se alejara de la escena, pero servicio de menores no tarda en venir, seguramente mañana se la lleven —me informa.

Mi pecho se contrae aún más, si eso es posible. Subo hasta el dormitorio y noto como permanece impávida mientras dos adultas le terminan de limpiar la cara pues estaba llena de sangre. De pronto es consciente de mi presencia, me observa fijamente y con odio me dice:

—La mató por tu culpa —Me detengo aturdida—. No la defendiste, la mataron por tu culpa —repite.

—¡No digas eso! ¡No vuelvas a decirlo! —la reprende una de las chicas, pero yo prefiero alejarme porque ya no me siento dueña ni de mi cuerpo.

Jackson aparece justo cuando estoy bajando, al verme me acerca y me abraza, aferro su chamarra con fuerza.

—Quiero ir a casa —ruego a lo que él asiente enseguida. Me saca de ahí no sin antes avisarle a Lira, que me da un beso en la frente.

—Tómate un descanso, Desa, quizá unos días de distancia te ayuden. Márcame cuando quieras, ¿sí?

Niego, determinada.

—Mañana nos vemos —respondo metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo.

Conduzco no sé ni cómo, pero logro llegar. Al cruzar el umbral Riah viene bajando. *Estoy en casa*, *estoy a salvo*, me repito. Pero no sirve de nada, me siento vulnerable, frágil y asustada.

Lo miro durante un segundo a los ojos. Esa mañana pudo haber sido la última vez que lo veía, comprendo. Sin embargo, el pecho me arde y necesito de una manera urgente sacar esa escena que se repite en mi cabeza, así que paso de largo, casi huyendo.

Llego a mi habitación, me deshago de la ropa con prisa y me meto a la ducha. Tiemblo aún. Me tallo enérgicamente al punto en el que mi piel se irrita, lavo mi cabeza como buscando que con esa acción las imágenes se alejen, no pasa.

Termino sentada bajo el chorro con las rodillas rodeadas con la mirada perdida en la nada. Intento evocar algo más, pero es tan difícil que al final permito que mi mente haga lo que desea y entonces lo vivido resurge una y otra vez frente a mí.

—Desa, ¡¿estás bien?! —Su grito me saca de mis pensamientos, el agua está helada, noto, y mi cuerpo engarrotado—. ¡Desa! ¡O me respondes o entro! —ruge con advertencia. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí.

—Yo, sí, ya voy —solo digo con voz pastosa.

Me levanto, apago el chorro y me enrollo en la toalla. No me siento mejor, nada más lejos, pero debo recuperarme del impacto. Salgo una vez que me unto de crema y lavo mis dientes. Él está sentado en la cama, alza su vista férrea al verme salir.

—Duraste más de una hora dentro.

—Lo lamento —digo y voy por mi pijama.

—¿Así van a ser las cosas? —pregunta desesperado, pero en este momento no tengo cabeza para nada. Lo único que sucede en mi mente es muerte, sangre, gritos.

—Sí —solo respondo de forma automática.

Escucho que le da un golpe al marco de la puerta. Respingo asustada ante el sonido y entra al baño cerrando con fuerza de nuevo y me cubro las orejas, temblando. Cierro los ojos recargando la frente en una cajonera. Cómo quisiera llorar, poder hacerlo, pero no lo logro y eso hace que mi garganta escueza.

-*-

Cierro los ojos y el disparo se acciona en mi cabeza, la sensación de pensar que me había disparado a mí permanece, pero dos noches sin dormir logran que caiga al fin. En la madrugada el recuerdo vivido aparece y genera que me levante gritando.

—¡No! —ruego irguiéndome, sudorosa, temblando. De pronto el rostro de Riah me hace reaccionar, me observa intrigado, yo a él.

—Fue una pesadilla, duerme —me pide conciliador. Niego nerviosa. Arruga la frente y con sumo cuidado me recuesta cubriendo mi cuerpo con el suyo, siento su aliento en mi cabello, su fuerza me reconforta un poco—. No pasa nada, ya debes dormir, por favor —parece un ruego.

Asiento apenas, pero me es imposible conseguirlo, sin embargo, no me muevo, deseo y necesito esto, tenerlo así, sentirme segura, a salvo y eso pasa con Riah tan cerca, rodeándome de esa manera, sintiendo su corazón en mi pecho.

Cuando voy para la cafetería prendo mi teléfono, el día anterior lo apagué al subir a la camioneta. Enseguida alarmas de mensajes y avisos de llamadas perdidas, todas de Steve. No leo nada y me limito a llamarlo, ya debe estar despierto y si no, pues ni modo.

—¡Desa! Mierda, por qué no me respondiste ayer, estuve a punto de ir a tu casa, pero obviamente no sé dónde vives y además, si lo hacía, qué le diría a tu marido, él no sabe una mierda de lo que haces. Mierda, mierda, no debiste ver algo como eso. ¿Cómo estás? —Al fin pregunta.

—Bien, creo. No puedo dejar de pensarlo, Steve.

—Obvio que no, si murieron dos personas frente a ti, carajo y además, lo que hiciste, ¿en qué pensabas? —exclam nervioso.

—¿Qué hubieras hecho tú? —le pregunto con voz trémula. Lo escucho resoplar.

—No sé, Desa, pero fuiste muy impulsiva… y valiente. Ese hombre si no te ve, la mata. Era su hija —me informa. Siento el pecho más pesado.

—Mary está enojada conmigo, dice que la mató por mi culpa —le digo, agobiada, apretando el volante.

—Mary es una nena de diez años que ayer supo lo que hiciste por ella, es huérfana de pronto y de una forma catastrófica. No pienses en eso.

—No pude dormir.

—Escucha, nos vemos donde siempre, a la misma hora. ¿Sí?

—Sí.

—Eres una mujer asombrosa, espero que de una maldita vez lo entiendas. Te quiero, Desa —murmura dejándome helada con sus palabras. Mi labio tiembla.

—Yo a ti —logro decir conmovida.

Salvo Graco y Cam, que son mi familia, nunca nadie me lo había dicho y se siente bien, demasiado bien en medio de esta pesadilla, aunque me recuerda a él, a Riah y siento un sabor

agridulce al ansiar una sola vez escucharlo decirme algo así, pero sé que a estas alturas ya no es posible.

Agotada termino la jornada, he ahorrado bastante y últimamente las propinas van muy bien. Decido que la mayoría de lo que he ahorrado irá a la pintura del lugar, y la otra parte a abonar un poco de lo que usé.

Steve está donde quedamos, al verme se acerca y me abraza con fuerza. Lo rodeo de igual forma.

—Lamento mucho lo que presenciaste, preciosa —susurra contra mi cabello. Me separa y evalúa afligido—. No traes buena cara.

—Lo sé —repongo desviando la mirada.

—¿Le contaste a Zakariah?

Retrocedo un par de pasos, negando.

—No, todo está ya muy complicado entre los dos.

—Porque no dices lo que de verdad pasa, Desa.

—¿Cómo le digo que durante más de tres meses le he mentido?

—Así, sin más.

—No quiero perderlo.

—Desa —me nombra tomándome por los hombros, agachándose, buscando mi mirada y clava sus ojos azulísimos en los míos—. Si tu marido no es estúpido, que por lo que he escuchado de él, no lo es en lo absoluto, a estas alturas ya sabe que algo no es lo que piensa, que se pierde de mucho.

—Creo que… ya es tarde. Creo que… está con alguien, alguien que quiso mucho, tiempo atrás, alguien que admira.

—¿Cómo que *crees*?

—He escuchado conversaciones entre ellos.

—Mierda.

—Quizá ya lo perdí, Steve —le hago ver agotada.

—Dile la verdad, dile todo. Y después lo confrontas con ello. Deja de ocultar lo que de verdad eres. Si te vieras como yo te veo no lo harías más, permite que él te vea tal cual —expresa con insistencia.

—Ya no pienso huir, ni esconderme, con lo que ocurrió ayer lo comprendí. Esta semana lo haré, de todas maneras él quería contarme lo que hay entre esa mujer y él.

—¿Cómo lo sabes?

Me encojo de hombros.

—Mejor dime, cómo va todo con Kyroh —pregunto, su sonrisa se ensancha. Sonrío de vuelta complacida, por lo menos uno de los dos es feliz.

—Es un hombre interesante, muy inteligente. Tiene una personalidad potente. Pasamos, de nuevo el fin de semana juntos, él es diferente, en el buen sentido, Desa. Es observador, no pierde detalle, muy decidido y qué decirte… Me gusta bastante —acepta mordiendo su labio inferior.

—Suenas muy entusiasmado.

—Es más que eso, creo.

—¿Y no habrá detalles?, distráeme, te lo suplico —le ruego intrigada.

—Sí, pero después de que saques un poco de esto que te está lastimando. Dame las llaves de tu auto —ordena, se las doy y saca mi guitarra, sonrío, él ya trae la suya colgando—. Anda, vamos.

Nos sentamos en aquel lugar donde lo vi por primera vez y comenzamos a tocar. Con cada nota mi mente se va diluyendo un poco y lo ocurrido el día anterior va dejando de comprimirme. Me pierdo en lo que nuestros dedos producen a la par, me dejo ir abandonando este mundo para alojarme en ese que yo he construido.

De pronto paramos, sonrío sintiéndome definitivamente mejor, él me regresa el gesto y comienza tocar la tonada que he estado componiendo.

—¿Cómo vas con esto? —inquiere. Sonrío aún más, un tanto avergonzada y es que me siento expuesta cada vez que la muestro, aunque con Steve siento toda la confianza y me ha ayudado.

—No he continuado.

—Puedes hacerlo ahora, canaliza, Desa, para eso sirve el arte.

Saca de mi estuche las partituras en las que tengo anotado todo y me las da.

—Debemos ir al albergue.

—Hoy no, hoy harás esto.

—Pero creerán que huyo.

—No lo harán, yo le dije a Lira lo que pretendía y se mostró más tranquila, están muy preocupadas por ti —me informa examinándome. Resoplo sopesándolo y al final asiento. La verdad es que sí me está sirviendo todo esto, mejor aún, lo necesito.

Llego más temprano de lo usual y también más tranquila, aunque no del todo. Subo pues sé que él ya está arriba. Awdry me comenta que ya cenó. Mi estómago ruge, no he comido prácticamente durante el día, pero puede esperar, todo puede esperar menos dejar de esconderme, ya no de Riah, no más.

Al entrar lo primero que veo es la maleta sobre la cama. Mi mente se congela por unos segundos, pero enseguida busco apaciguarla. Él sale del vestidor con una camisa en la mano. Me observa durante un segundo el mismo en el que me estudia completamente.

—¿Sales de viaje? —pregunto adentrándome, nerviosa. Riah ya está doblándola con su típica pericia.

—Tengo una reunión en Houston mañana a primera hora, no lo tenía previsto —se excusa.

Asiento con un nudo en la garganta. La angustia que logré diluir por la tarde retorna. Me acerco a la cama y tomo el peluche que me dio, pegándolo a mi pecho. Nota mi gesto y sigue con los suyo.

Muy pocas veces le salen viajes así, repentinos, pero tampoco puedo decir que nunca ocurra, solo que ahora se siente tan distinto.

—¿Cuándo regresas?

—El viernes, por la tarde —responde serio, enseguida entra de nuevo al vestidor y sale, acomoda más cosas.

—¿Te vas hoy?

—Sí, vendrán por mí en media hora —me informa sin emoción. Seguro es alguien de la empresa como suele ocurrir.

—Cuando regreses… ¿podemos hablar? —pregunto con timidez y aferrada al valor que Steve me dio por la tarde.

Sé que si lo digo ahora, no podré echarme para atrás después, aunque no tenía planeada esta espera. Se detiene con un par de calcetas en la mano, arruga la frente y me encara extrañado.

—¿Quieres hablar?

—Sí, creo que es… necesario.

—Vaya, llevo pidiendo eso desde hace tiempo —repone un tanto irritado.

Bajo la vista. Ahora mismo no tengo deseos ni fuerzas para pelear. Aprieto más el peluche.

—Lo sé. ¿Puedes? —pregunto de nuevo. Lo escucho resoplar y cuando no responde alzo la mirada, me ve fijamente y asiente. Sonrío apenas.

Nunca me he sentido tan ajena a todo mi entorno como en este momento. Suspiro y asiento satisfecha.

—¿Deseas que te ayude? —sugiero perdida en sus rasgos. Parpadea desconcertado y niega.

—Gracias, ya casi acabo.

—Bien, iré a… comer algo —le digo y salgo de ahí.

Dios, solo espero que de verdad vaya a Houston.

26. Zakariah

La puerta se cierra y dejo lo que hacía, me siento sobre la cama y escondo mi cabeza entre las manos, me froto el rostro y luego gruño. La rabia últimamente la siento presente, las cosas entre los dos están rompiéndose o quizá ya están rotas.

Por un lado, desde que enfermó la semana anterior, me tiene un tanto preocupado. Luce pálida casi todo el tiempo, desmejorada, incluso ha bajado de peso, lo sentí el fin de semana que la hice mía, pero sobre todo por la noche, cuando la rodeé después de esa extraña pesadilla.

A ella no suele ocurrirle, la verdad es que es de pésimo sueño, tanto que ya no sé qué hacer para que duerma y asumo que eso es lo que la está desmejorando. Lo que no tengo una maldita idea es de por qué no duerme, por qué ese grito cargado de dolor tan solo dos horas después de haber al fin logrado caer rendida. Su cara, su expresión, eran de completo horror, de miedo.

En este punto ya temo averiguar la verdad de lo que está ocurriendo, incluso me he planteado la idea de que tenga alguna enfermedad y me lo esté ocultando. La noto tan frágil a últimas fechas.

Por lo menos ahora hablaremos y no es que no lo hubiese pensado, de hecho estaba decidido a ese mismo día encerrarla en la habitación hasta que lo hiciéramos de una maldita vez. Esto no puede seguir así.

Después del viernes, donde pensé que algo entre nosotros se componía, estúpidamente, me dejó muy molesto su actitud del sábado. El domingo simplemente me sentía tan enojado que fui la gran parte de la mañana a correr, luego al gimnasio y más tarde, Loen me buscó para ver si veíamos juntos el partido.

La Desa de antes me hubiese acompañado, la de ahora estaba trabajando en ese lugar donde la exprimen por completo, o huyendo de mí, ya no sé.

Cuando esa noche noté que no vendría temprano a la cama, intenté dormir, lo logré a ratos, pero cuando la escuché recostarse supe que sería otra noche en la que no descansaría, aunque en esta ocasión no abandonó la cama como el día anterior en el que nunca regresó.

Desa se está exigiendo de una forma brutal. Esta mañana me sorprendió lista para el entrenamiento en el cual, ha avanzado tanto, que Melanie incluso está sorprendida. La verdad es que ahora mismo yo ya no, noto en mi mujer una determinación que nunca había visto, una bravura que me fascina, pero me preocupa la razón de su auto exigencia.

A pesar de las ojeras y la poca energía que se le ve, insiste en quedarse a entrenar algunas veces más tiempo. Es como si estuviese buscando demostrar con ferocidad, todo lo que puede hacer, como si estuviese dispuesta a reventar su cuerpo con tal de sacar lo que esconde, pero no me habla y no sé qué es eso en realidad.

Lo cierto es que esa noche, la noche de ayer realmente me preocupó como nunca antes, tanto que estuve a punto de derribar la puerta del baño.

A Desa algo le pasa, algo que la martiriza, pero su expresión de ayer no puedo ni describirla. Mi sol no estaba ahí, ella simplemente lucía ausente. La pesadilla me confirmó las sospechas. Pero de nuevo al despertar se marchó envuelta en un mutismo que cala y se fue.

Desa, con el paso de las últimas semanas, se ha ido apagando, pero ayer fue como si se extinguiera.

Al salir del gimnasio, esta mañana, vi un par de llamadas perdidas de mi madre, le

marqué tenso, mientras determiné que las cosas ya no continuaran así, esto tendría un punto final.

—Zak, hijo —respondió deprisa.

—¿Sí? ¿Todo bien? —pregunté desconcertado por su tono. La escuché suspirar.

—Sí, sí. ¿Ustedes? ¿Cómo están? —preguntó intranquila.

Fruncí el ceño, la acababa de ver el viernes, por un lado, por otro, no suele preguntar por ella.

—Bien, ¿pasa algo?

—No, ¿por qué habría de pasar?

—Te dio un arrebato de madre preocupona, porque no estoy acostumbrado —bromeé.

—Deja eso, Zakariah. Mejor dime, tu esposa, cómo está.

—¿Mi mujer?

—Sí, estás casado, ¿no?

—Con alguien que no te agrada, te lo recuerdo —gruñí. No estoy para tolerar nada que la involucre a ella.

—Nunca dije eso.

—No, pero lo demuestras. En fin, ¿ella qué?

—¿Cómo se encuentra? —quiso saber. Alcé una ceja intrigado.

—Bien.

—El día que vinieron la noté… diferente.

—Mamá, en serio, no quiero que me digas nada sobre ella, es mi esposa y así continuará les guste o no.

—Es justa tu reticencia, he sido dura con Desa —admitió dejándome pasmado.

—Bastante —avalé desconcertado.

—Bien, bastante. Pero es mi nuera, tú la elegiste y con eso debe bastarme. Y bueno, esa tarde la noté… distinta.

—No es nada, supongo que estaba cansada.

—¿Sigue en esa cafetería?

—Sigue.

—Vaya, es bueno que haga lo que la hace feliz.

—No tengo idea de por qué lo hace, pero sí, si la hace feliz por mí está bien.

—Me alegra saber que todo está bien con ambos —dijo como de paso, pero casi solté la carcajada. Nada más lejos de eso, sin embargo, no se lo diré a ella, ¿verdad?

—Sí, todo bien.

En la oficina Kyroh apareció a la hora del almuerzo, más relajado de lo que lo he visto jamás, pero no dije nada al respecto, llevaba unos papeles.

—¡Ey! No piensas salir a comer algo —me dijo sentándose con desgarbo en una de las sillas que están frente a mi escritorio.

—Más tarde —respondí.

—Traje los presupuestos de la obra de Houston, pero desean verte —me informó sereno.

—¿Cuándo?

—Si queremos que avance, lo mejor es mañana temprano —explicó.

Lo observé por un segundo en el que le noté una expresión a la que no estoy habituado. Parecía sosegado, un tanto disperso y absurdamente sonriente. Kyroh es observador, de más diría yo, pero muy centrado en lo que hace, en ese momento parecía estar lejos de la empresa. Lo dejé pasar.

No me agrada mucho viajar, menos en este momento en el que Desa me tiene preocupado, no lo puedo evitar, algo me inquieta, pero apelé a mi raciocinio, ese que no es posesivo y entiendo que quizá la distancia de unos días ayude.

—Bien, pediré que consigan un vuelo por la noche y concreten la cita —le informé regresando a lo mío; un sistema que estoy creando para aprovechar mejor la luz solar en hoteles que suelen estar en lugares con poco sol.

Últimamente eso ha sido mi refugio.

—Genial —aceptó, pero no se levantó. Al notarlo, lo miré intrigado.

—¿Algo más? —inquirí.

—¿Cómo está Desa?

Si la conversación con mi madre me desconcertó, esto casi me hace reír.

—¿Desa? ¿Desde cuándo te importa cómo esté? O vienes a decirme que gastó en exceso nuevamente…

—No, tranquilo. No ha gastado nada y en realidad, me dijeron que ha depositado dinero a la tarjeta, ¿sabes por qué?

Lo miré desconcertado.

—¿Cómo que ha depositado dinero?

—Sí, lleva dos semanas que ha estado depositando a la cuenta de débito, no es mucho la verdad, pero sí, no ha gastado dinero de ahí y, además, pone.

—Quizá sea lo que gana del trabajo —le quité importancia, aunque no entiendo una mierda.

—Sí, puede ser. En fin. Si no piensas ir a comer algo, yo sí —dijo y se levantó, sonriente —. Me la saludas, espero que esté bien —dijo, para un segundo después dejarme ahí, más perdido que antes.

Qué mierdas les ocurre, me pregunté, pero decidí ignorarlos y seguí con lo mío, si bien, no lo logré del todo. Quería preguntarle por qué ha puesto ahí ese dinero. Tomé el celular y lo observé por largo rato. Hace semanas que no hay mensajes de su parte, salvo para decirme que llega tarde, o doblará turno.

Un vacío extraño que vengo sintiendo se extendió. No me responderá aun su la interrogo, comprendí. Ella ya no responde nada de lo que le pregunto y es cuando decido que ya no más, que no podemos seguir igual. Hablaremos.

-*-

Cuando bajo con mi equipaje, la busco con la mirada, no la veo, así que voy al comedor, está ahí, sentada frente a un plato de comida que apenas si ha probado, sus ojos extraviados en algún sitio y luce afectada.

—Des… —la llamo con suavidad. Mi mujer vuelve el rostro y me sonríe sin esa chispa que suele tener. De nuevo esta angustia me somete—. Ya me voy —le informo desde mi posición. Asiente y de pronto baja la vista hasta su plato. Frunce el ceño como si notara que ahí está la comida y no la hubiese visto. Se levanta dejando el cubierto sobre la mesa y se acerca.

—Espero que todo vaya bien —me dice con una dulzura que me desarma. Acuno su rostro y en cuanto la toco cierra los ojos, suspirando.

—Cuídate, ¿sí? —casi me encuentro rogándoselo. Me mira y lo único que logro ver es a una Desa melancólica, con culpa. Durante un segundo desecho la idea de viajar, de dejarla sola, pero luego besa mi mejilla con suavidad y se aleja, tímida.

No entiendo qué le ocurre, juro que me estoy volviendo loco.

—Sí, eso haré. Aquí estaré el viernes cuando regreses.

—La conversación —susurro sin quitarle los ojos de encima.

Lleva una coleta suelta, un pantalón negro abrigador y un suéter que cubre parte de sus muslos junto con botas. Es un atuendo al que comienzo a habituarme y que de alguna manera me excita. Pero en este momento la realidad es que algo dentro de mí siente la primitiva necesidad de rodearla entre mis brazos y protegerla de todo, de cuidarla y cubrirla con mi cuerpo para que nada la dañe.

Desa siempre me ha despertado muchas cosas, deseo lo que más, sentimientos hondos y reales a la par, pero nunca estas ganas absurdas de que nada la pueda tocar.

Se recarga en un muro y asiente, algo pálida.

—Desa, si necesitas que postergue el viaje, lo hago —me escucho decir. Mi mujer pestañea negando y me sonríe un poco.

—No, el viernes te veo —responde.

El timbre suena y sé que debo dejarla. No lo tolero porque esta aprensión crece. Termino con la distancia entre los dos, la tomo por la cintura para pegarla a mi cuerpo y la beso como amo hacer.

Mi sol se derrite en mi boca con una rapidez que me embriaga, pronto todo sube de nivel y sé que debo soltarla. Somos sexuales, lo sé, pero mi cuerpo ahora mismo necesita amarla. Junto mi frente con la suya, frustrado. La beso fugazmente y salgo de ahí antes de que mande todo a la mierda, la suba a la habitación y la haga mía para después obligarla a que me diga todo lo que ocurre de una la maldita vez.

27. Desa

Escucho el motor alejarse y la desazón crece. Tomo a Missy entre mis brazos y me siento en uno de los sofás de la sala, repitiendo una y otra vez la escena que apenas el día anterior transcurrió frente a mis ojos.

Tengo el estómago revuelto, quizá sí debí pedirle a Riah que se quedara. No sé cómo lograré dormir estas noches, si con él al lado es difícil, sin él sé que será imposible. Mi garganta escuece.

—Señora, ¿guardo su plato? No lo probó, ¿preparo otra cosa? —escucho a lo lejos. Volteo y Awdry me observa de forma extraña.

—No, no, gracias, lo lamento. Guárdalo, más tarde lo como —le pido sin muchas ganas.

—¿Se siente bien? —pregunta acercándose un poco. Sonrío asintiendo. No somos las mejores amigas, pero ahora llevamos una relación decente en la que es claro mi papel en esta casa.

—Sí, mañana te veo, estoy cansada es todo.

—¿Quiere que saque a dar la vuelta a Missy? —propone dejándome asombrada.

—No, lo haré yo. No lo recordaba. No tardo —digo al tiempo que me levanto, voy hasta donde está su correa y se la pongo, ella continúa ahí, de pie a unos metros—. Awdry, gracias —murmuro y salgo al frío.

Al regresar estoy congelándome, la verdad es que creo que los paseos de Missy deberán ser en otro horario porque por la noche está del carajo. Me doy un baño caliente, me pongo el pijama y creo que me siento un poco mejor.

Lo cierto es que no puedo detener la cabeza. Una y otra vez lo ocurrido la noche anterior, Riah, mi madre, se revuelve de una forma tan absurda que no logro acomodarla.

Salgo al auto y tomo la guitarra. No podré dormir, lo sé, así que me encierro en mi habitación y paso la noche trabajando en la misma canción que por la tarde. Dormito pero pronto el despertador del celular que dejé activado me despierta, quizá pegué el ojo una hora como máximo.

Me duele la cabeza, sé que la falta de descanso no puede continuar pero conforme se acerca la hora de ir para el albergue siento una opresión mayor. Dejo la camioneta donde suelo, Steve ya me espera.

—¿Estás mejor? ¿Hablaste con tu esposo?, ¿ya sabe la verdad?

Mientras caminamos, niego.

—Riah salió de viaje o eso me dijo —repongo con voz apagada y las manos dentro de la chamarra.

Qué frío de mierda hace. Me detiene arrugando la frente. Lleva su cabello rubio sujeto en un moño bajo, varios mechones se le escapan y luce muy atractivo. Mi cuñado tiene suerte con él, porque aunque también es muy guapo, de forma diferente, Steve es un hombre increíble, solo espero que lo sepa apreciar.

—¿A qué te refieres? —inquiere arqueando una ceja.

—Ya sabes, a lo que te conté, quizá solo desea un tiempo lejos… —cuchicheo desviando mi atención. Toma mi barbilla y logra así que lo vea de nuevo, paso saliva.

—No lo sabes y no te hagas eso. Habla con él, deja de suponer.

—Steve…

—¿Cuándo regresa?

—El viernes y para que te alegres le pedí hablar ese día —le informo dando brinquitos, no logro calentarme. Sonríe.

—Sí, la verdad me tranquiliza. Debe saber lo que haces, lo que ocurrió.

—No sé cómo sacar eso de mi cabeza —confieso agobiada, cambiando el tema a uno no mejor—. Se repite la escena una y otra vez. Siento que pude haber hecho algo más, luego me entra miedo. El disparo lo escucho como si estuviera ocurriendo ahora mismo y no logro quitarme de encima esa sensación de cuando pensé que me… mataría —admito trémula.

Suspira y rodea mis hombros, negando, mientras reanudamos la marcha.

—No podías hacer nada. No debió ocurrir, claro que no, pero le salvaste la vida a Mary, Desa, eso es muchísimo. Quizá te ayuda hablar con un experto en traumas, no sé.

—No creo que sea necesario —argumento. Tuerce la boca, reflexivo.

—Entonces permite que los días pasen, a veces ayuda, también hablar sobre el tema. Sin embargo, ahora mismo tener una plática con Zakariah es lo que debería ocupar tu cabeza. Si sigues así quizá no puedas retroceder, y sé que lo quieres. Aunado a lo que viste… No lo permitas.

Ya estamos en la parada, hay más gente, alguna que ya conocemos y saludamos con la mano.

—Lo amo, Steve —declaro mirándolo de reojo—. Lo descubrí hace unos días y ahora es que más temo perderlo. Qué si se enoja, si cree que lo que hago es una tontería, que no vale la pena, que fui estúpida por no buscar algo qué hacer de mi vida en vez de ayudar a otros, que… llevé esto muy lejos y… no sé.

—Si lo dice, o lo piensa, es un idiota que en primera, no vale la pena, en segunda, no te conoce. Pero venga, Desa, no sabe ni que tocas de la manera en que tocas esa bendita guitarra, o lo mucho que amas cantar, o lo que hiciste con ese dinero… porque adivino que esa parte tampoco la conoce. ¿Imaginas lo que debe estar pensando ese hombre?, si me asombra que no te haya dejado ya —argumenta atento en la dirección a donde el autobús se aproxima, así que no nota lo pasmada que estoy ante sus palabras y de pronto comprendo la razón que lleva, es como si un millar de luces se encendieran de improviso.

Me siento más nerviosa de hablar con Zakariah, pero más decidida, no lo había visto de ese modo. Dios.

Al llegar hay tres chicos que he visto por ahí, en la parada, no son de los que despierten buena espina debo añadir, al contrario, y también son de los que le aconsejo a Jackson que no se junte porque a leguas se ve que no andan en buenos pasos.

Cuando bajamos se acercan. Mis palmas sudan y mi corazón va a toda máquina. La verdad es que con lo ocurrido hace un par de días, retrocedo. Steve sujeta mi codo, intrigado, pero listo para lo que sea.

—Hola, no se asuste, solo queremos acompañarlos al albergue si les parece bien —nos dice uno, el más alto que no debe tener más de diecisiete años, tomándome por sorpresa. Lo miro sin comprender una mierda y me extiende unas flores. Las tomo recelosa. Son hermosas y me las llevo a la nariz, intrigada.

—Usted aquí puede caminar segura, nadie la tocará —explica notando mi desconcierto. Steve arquea una ceja, intrigado. Otro de los chicos, uno de tez blanca, muy tatuado, con *piercings* y gorra cubriendo parte de su rostro, sonríe torcidamente.

—Protegió a una de los nuestros, ahora nosotros la protegemos —explica como si nada.

Experimento una ternura infinita ante lo que presencio, aun así, no doy crédito, sé que por

ahí las cosas no son sencillas, incluso más bien peligrosas, por eso todos suelen cuidarme. Es un barrio abandonado, ubicado en las partes olvidadas de la ciudad.

—No lo hice por eso.

—Lo sabemos, lleva viniendo aquí poco tiempo, usted la trajo —dice refiriéndose a Steve, que asiente atento—. Se habla mucho de su música, de lo que cantan, de lo mucho que ayudan, las mujeres la quieren. Así que debe saber que este barrio no es su enemigo y que cuenta con nosotros para lo que necesite —anuncia mirándonos a ambos, pero más a mí, de ese modo afroamericano que a veces tiene Riah, el chico que me dio las flores.

—Soy Desa —me presento extendiendo mi mano, sonriendo abiertamente, bajando todas las defensas. El primero abre los ojos y me da la suya, morena, mostrando unos preciosos dientes.

—Yo soy Drake.

Sonrío y le doy un apretón. El rubio se llama Jordan y el tercero, que luce mayor que ellos y comparte tez con Drake, se llama Jake. Se presentan con mi amigo, quien les sonríe amigable y les devuelve el apretón, un tanto perdido.

—¿Vamos? —solicita el que parece que comanda a todos, Jake.

Asiento y caminamos juntos bajo la mirada de los que viven por ahí, que, dicho sea de paso, me saludan con ademán de cabeza. Se siente raro todo eso, pero logra diluir un poco mis angustias, lo que ocurrió ahí hace tan poco tiempo. Cuando pasamos por el lugar donde la madre de Mary fue asesinada, tiemblo. Steve rodea mi hombro.

—Ese hombre estaba muy drogado —habla el mayor, que debe tener unos veinte años, quizá.

—Aquí no es el único —repone Drake, como si fuese cualquier cosa.

—¿Lo conocían? —pregunto intrigada.

—Sabíamos de su existencia.

—Mary y su madre venían de Oregón —me informa Steve, ya casi en la puerta del lugar. Lo miramos—. Venía huyendo de él, pero… la encontró.

—Fue una putada —susurra Jake negando. Todos nos detenemos al llegar. Les sonrío amigablemente. Se ven tan malos o siempre pensé eso, y no puedo decir que no lo sean, sin embargo, ya no me inspiran eso.

—Gracias por acompañarnos —les agradezco alzando las flores—. Y por estas.

—Cuando quiera. Estaremos atentos —asegura Jordan, mirando a Steve. Comprendo que desean que confíe en ellos para hacerla de escolta, cuando él no puede, o Jackson. Este asiente, confiado.

Cuando entramos Steve parece mudo, le doy un empujón con el hombro.

—¿Qué? ¿No dirás nada? —lo molesto, sonriendo. Me mira devolviéndome el gesto.

—Por lo menos te quitaron esa expresión.

—Es raro eso que pasó, y esto —concedo alzando las flores.

—Mucho, habrá que averiguar quién los mandó. Llevo viniendo aquí un tiempo, no se meten conmigo, nadie, esa es la verdad, pero debes ser consciente de que lo que hiciste cuenta para muchos de ellos, es como si al proteger a la niña hubieses demostrado hasta donde puedes llegar por la gente de este lugar —explica.

—No se ven malos, o no tanto.

—¿Por qué nunca respondes a un cumplido? —me confronta, serio, y eso es raro en él, en realidad. Arrugo la frente, olisqueando de nuevo las flores—. Sí, siempre que se te dice algo bueno simplemente cambias de tema —señala intrigado.

Bajo las manos y suspiro.

—¿Qué debo decirte?

—¿Se equivocan? —pregunta interesado. Niego con firmeza, con los ojos fijos en los suyos azules.

—Lo sabía —admite sacudiendo la cabeza, sonriendo de nuevo—. Tu marido no tiene idea de a quién tiene durmiendo en su cama —determina dándose la vuelta con frescura.

No puedo perseguirlo porque pronto aparece Lira y varias mujeres, con sus bebés, otras solas y los pequeños ya se le cuelgan como monos por el cuerpo. Steve tiene una facilidad asombrosa para relacionarse con los niños y lo quieren bastante.

Ellas me saludan con abrazos que les respondo desconcertada pero que me hacen sentir definitivamente bien.

Busco continuar con mi dinámica normal, aunque el lugar se percibe triste, envuelto en esa bruma que deja algo como lo que ocurrió. No cantamos, ni bailamos.

Mary ya se fue y, cuando acabo de ayudar a algunas chicas a hacer sus deberes, le informo a Lira que al día siguiente comenzarán a raspar las paredes para pintarlas, es una buena temporada para ello.

—¿En serio?

—Sí, a menos que tengas inconveniente. La pintura está muy mal. Eso no ayuda a los ánimos de las chicas, creo —murmuro pensando que a lo mejor me vi muy banal. Sonríe y se sienta a mi lado, frente a su escritorio, toma mis manos y las aprieta.

—Eso es un buen punto, no lo había pensado.

—Steve les dará regalos a los niños para Noche buena, estarán bien y con lo que hemos conseguido de cobijas y ropa de frío, se puede pasar el invierno. Pero he pensado que podemos conseguir calentadores que funcionen con energía solar y así todos alcanzar baños calientes, o paneles, funcionan muy bien. Se ahorraría en luz en muchas épocas del año. También he pensado en que si conseguimos traer los talleres de oficios aquí dentro, quizá puedan salir más rápido y sea menos complicado, o quizá entre ellas crear sus propios negocios. Además, pláticas de ayuda psicológica pero grupales. Darles oportunidades reales, no solo eventuales, en las que salen de aquí y pueden volver a caer en lo mismo.

—Veo que tienes la cabeza llena de ideas —señala atenta a mis palabras.

—Imagino que son cosas que ya se han pensado pero que por alguna razón no se han dado.

—Algunas. Lo de la energía autosustentable es difícil porque es muy costoso de inicio y siempre hay cosas más importantes en que gastar el dinero de forma inmediata. Por otro lado, te entiendo, pero este es un lugar pasajero, la idea es que no duren aquí más de lo que necesitan, sino sería muy complicado atender a nuevas mujeres que vienen a buscar refugio.

—Lo sé, sin embargo, hay varias aquí que ya llevan más de un año, unas hasta dos.

—Esas son casos especiales.

—Bueno, quizá en ellas nos podemos enfocar y así salgan de aquí pero con más elementos.

—Lo pensaré.

—Gracias.

—No me las des, al contrario. Este fin de semana cayeron varios donativos, ¿sabes? —Me cuenta optimista—. En medio de esa tragedia que pasó, esto me alienta a no darme por vencida.

—Eso me alegra.

—Son gracias a ti. —La miro sin entender. Se recarga en la silla, serena—. Kindah Kumalé ¿te dice algo? —pregunta estudiando mi gesto que debió quedarse congelado.

—¿Ella… ella donó?

No lo puedo creer y la noticia me saca de mi órbita, de por sí.

—Y consiguió otros más —me informa. Aturdida solo logro sonreír a medias. Eso no lo esperaba. Paso saliva, perdiendo la vista en el viejo lugar.

—Entonces, ¿mañana podrían empezar? —pregunto evadiendo lo anterior. Me observa y asiente suspicaz. Pero me siento lo suficientemente perdida como para no hablar más sobre eso —. Si entre varios ayudamos, quizá acaben más rápido.

—Sí, eso seguro. Hablaré con las chicas. Después de lo que pasó, necesitan distraerse. Steve estará encantado de ayudar con los niños, ya sabes.

Sonrío optimista.

—Quizá podemos organizar una cena para el día de Acción de Gracias. Es la siguiente semana, podría ayudar.

—Solemos hacer algo, no muy grande, pero si Steve y tú cantan, tocan, quizá todo se vuelva más agradable para ellas. Tú has logrado que se sientan mejor muchas mujeres que ya llevaban un tiempo aquí sin tener el valor de salir al mundo.

—Me encantaría.

—Perfecto. Ahora dime, ¿cómo llevas lo que ocurrió? No te ves muy bien, Desa, de hecho me agobia un poco tu semblante. —En cuanto lo dice todo retorna a modo de guerra. Paso saliva, nerviosa, apresando mis manos. Las separa mirándome a los ojos—. Evadirlo no calmará las cosas, solo las hará crecer en ti. Debes hablarlo cuantas veces sea necesario. Debes dejarlo ir.

—No sé cómo —confieso aferrada a sus dedos, que me sostienen con firmeza.

—Bueno, en casa ¿les dijiste? Este tipo de situaciones pueden generar angustia, estrés, cosas que si en tu entorno están al tanto, pueden apoyarte y comprenderte.

—Gracias, Lira. Estaré bien, solo debo dejar pasar los días. Hoy me he sentido mejor, a ratos incluso lo olvido.

—Eso me alegra, solo no lo evadas, ¿estamos?

-*-

Steve, de regreso, me cuenta un poco sobre Kyroh. Están avanzando rápido. El fin de semana fue bastante bueno, por lo que veo, igual que los anteriores. Mi cuñado se muestra como un hombre que me cuesta trabajo imaginar. Dice que es bromista, alegre, que tiene un ritmo sensacional, cosa que no dudo porque Riah también. Asegura que es sencillo, de gustos fáciles.

—Es muy divertido, la verdad, pero sobre todo es un hombre centrado y determinado, o eso es lo que he logrado ver.

—¿Te dijo por qué no le ha contado a su familia que es gay? —curioseo interesada mientras meto un sushi a la boca.

Mi amigo se negó a dejarme ir sin verme comer algo, así que aquí estamos sentados en un restaurante cualquiera.

Se encoge de hombros.

—No, aún no tocamos el asunto familiar. Esto ha sido intenso, pero puede ser solo algo pasajero.

—Entre Riah y yo también fue muy intenso y mira —le hago ver señalando mi sortija de matrimonio. Niega sonriendo, extrañado.

—Es diferente, Des. Ahora mismo prefiero no pensarlo, es probable que no vaya a

ningún lado de todas maneras, así que cambiemos de tema —solicita con su típica calma. Lo analizo.

—Estás sintiendo más de lo que te gustaría, ¿verdad?

Me mira un tanto nervioso. Recarga la espalda en la silla y le da un trago a su cerveza, repasando el lugar.

—Mucho más, pero es absurdo, llevamos saliendo unas semanas y no quiero perder la cabeza, no debo.

—Parece que ya es tarde —señalo alzando las cejas. Entorna los ojos.

—Vete a la mierda —ríe—. Solo es diferente en nuestro caso, no puedes ni debes poner los sentimientos, en realidad el plano suele ser sexual, no formal entre nosotros.

—¿Pero con mi cuñado es solo sexual? —deseo saber, intrigada, sé que parezco insistente pero no me importa ahora mismo. Respira profundo.

—Estás siendo chismosa —replica ladeando la cabeza, un tanto divertido.

—¡Oh, vamos! Te la pasas diciéndome que hacer con mi marido. Es tu turno —me quejo, ríe.

—Eso fue un golpe bajo, señora. Pero, *OK*. No tengo una jodida idea de qué esté implicando esto para él, solo sé que no está interesado en sentir algo por nadie. Así que como ves, no hay misterio, estoy ahí porque quiero.

—Aunque estés sintiendo más… —señalo.

—Estas cosas no suelen durar, Des, debo estar preparado para eso. No pretendo arriesgarme de nuevo, pero tampoco dejar de vivir esta experiencia.

—Creo que tienes un punto, aun así, quizá seas justo lo que él necesitaba. Porque mira que es odioso —me quejo, ríe de nuevo.

—Sí, puede ser insoportable, pero me gusta eso.

—Entonces, ¿piensas seguir saliendo con él?

Mi pregunta lo hace reflexionar.

—Por ahora. Joder, no sé, la verdad. Me asusta estar sintiendo esta cosa rara, que ni yo entiendo, y luego tan pronto, sé que no es correcto. Es como incómodo, me tiene a la expectativa, me altera, no me concentro y, mierda, parezco un idiota. Es nuevo, ¿sabes?

—Parece que mi cuñado después de todo, es mejor de lo que imaginé, si ha logrado tan rápido despertar eso en alguien como tú.

—Gracias, Des, pero es unilateral, te lo aseguro —zanja. Entonces me recargo en la mesa y lo observo intrigada.

—¿Por qué estás alejado de tu hermano? —deseo saber. Me mira por un segundo sopesándolo y tuerce la boca, dudoso—. Dices que soy tu amiga, tú eres definitivamente el mejor que tengo. Solo quiero saber

Suspira y asiente, ahora no tan sonriente.

—Hace tres años mis padres y yo tuvimos una discusión cuando se enteraron de que soy… ya sabes, homosexual, aunque sé que en el fondo siempre lo supieron. Yo ya tenía pinturas que vendía bien a pesar de mi edad, me mudé solo cuando fui a la universidad. Mi hermano siempre fue lo que ellos esperaron, yo no, en ningún sentido.

«Esa noche estábamos en una cena en casa de Brando, mi hermano, quería presentarnos a su nueva novia. Pero todo se salió de contexto cuando el hermano de ella, que fue también y me reconoció. Un tanto ebrio se me echó encima después de estarme mirando amenazador todo el jodido rato y dijo, sin importarle nada, que me había visto besándome con un hombre. Acto seguido, tomó a su hermana y salió de ahí.

Brando estaba furioso, mis padres indignados. Ya te imaginarás. Drama. Nos fuimos en medio de gritos e insultos de su parte… Esa noche murieron en un accidente y mi hermano nunca me lo perdonó porque además, esa loca discriminadora, no quiso volver a verlo.»

Me quedo helada ante lo que me cuenta. Asombrada. Busco su mano a través de la mesa y la aprieto con fuerza, sonríe nostálgico. Jamás hubiese pensado que llevara a cuestas algo así de fuerte, de doloroso, todo por ser quien es.

Steve es risueño, de carácter ligero, le quita la carga a cualquier situación con su forma de ser desinhibida, relajada. Es un hombre que podría catalogar como entregado, inteligente y alegre. Nunca pensé que su pasado fuera así, aunque es reservado, bastante y quizá es por ello.

—Ya estoy bien, ya sabes, terapias y esas cosas sirven. Él vive su vida, yo la mía y nos vemos lo indispensable. Y tú, ¿Desa? ¿Qué historia esconde esa bonita cara? —pregunta para luego llevarse un *teriyaki* a la boca.

Resoplo perdiendo la atención en el local. Sacude mi mano para que responda.

—Nada como lo tuyo —expreso serena.

—No todo debe ser catastrófico para marcarte, para que duela y genere heridas —determina. Remuevo un poco la salsa de soya con los palillos.

—Puede ser, yo… creo que nunca me he sentido suficiente —admito con consciencia por primera vez y se siente bien, pero también quema—. Para mi madre nunca lo fui —añado y sin darme cuenta me encuentro hablando un poco de esos episodios que le he contado a Riah. Abre los ojos al escucharme.

—Ya decía yo que tenías algo cargando. Por eso no le cuentas a Zakariah, ¿no es así?, por eso la cafetería.

—Necesito sentir que valgo por mí, que puedo hacer bien las cosas.

—Desa, vales más de lo que imaginas y, maldición, haces las cosas más que bien.

—Quiero estudiar trabajo social —le digo de pronto. Sonríe sorprendido y me señala con sus palillos.

—¡Oye! Creo que ya eres buena en eso sin estudiarlo, pero si es lo que quieres, suena muy bien.

—Sí, vi una universidad aquí en Chicago, podría ingresar en enero. Solo que no he ido a verla.

—¿Y la guitarra, tu voz? —pregunta intrigado. Me encojo de hombros.

—No sé… Me da pena, ¿sabes?

—No se nota, eh, pero podrías tomar clases, pulirte. Eres muy buena en serio y mira que he escuchado a muchos músicos.

—¿Lo crees?

—Claro.

—Ya veré. Pero será imposible poder con todo —expreso desanimada.

—Habla con Zakariah, deja esa cafetería por el amor de Dios, que te está consumiendo. Ya demostraste tu grado de responsabilidad si era lo que buscabas y, si te organizas, seguro podrás con lo que decidas. Tienes una energía envidiable, Desa.

—Pero el dinero…

—No jodas, Kyroh y Zakariah no tienen problemas económicos. Eso es notorio.

—No, pero no puedo estar donando más de *su* dinero, es de él.

—¿Por eso entraste a la cafetería? —comprende asombrado. Le cuento a *grosso* modo lo que ocurrió. Se frota la frente y luego se pasa una mano por la boca.

—En serio vendiste todo, donaste lo que sacaste y además usaste las tarjetas y el dinero

que te da —murmura aturdido, acercándose a mí como para que nadie más nos escuche.

—Sí, estuvo muy mal, lo sé, así que no me digas nada. Por eso trabajo ahí, quiero pagar una parte por lo menos. No he podido dar mucho porque junté para pagar parte de lo de la pintura del albergue, pero conseguí que el pintor donara la mano de obra —explico agobiada.

—¡Vaya! Eres una cosa terrible, Desa, pero me encantas, en serio que sí. Y si Zakariah es un poco de lo que pienso y otro tanto como su hermano se muestra, no tendrás problemas —asegura guiñándome un ojo.

—Eres un fácil —me quejo refunfuñando.

—Sí, lo sé. Pero, Desa, hay cosas que no se pueden ocultar. Kyroh es un hombre íntegro, ético y sé que tú sabes a qué se debe, así que me resulta difícil pensar a su hermano distinto después de haber elegido a una mujer como tú. —Sonrío ante el cumplido y desvío la mirada—. Solo se dice «gracias» —lo escucho decir, riendo.

—Gra… cias —suelto con esfuerzo.

—Eso estuvo bien. Ahora coma, señora, y no más chisme —ordena metiéndose más *teriyaki* a la boca.

-*-

No tengo un solo mensaje de Zakariah. Así que al llegar a casa, que se siente terriblemente sola, salvo por Missy que me brinca como una loquilla profesional, suspiro reflexionando en lo asombroso que es que se sienta su ausencia de este modo.

Desa:

Está todo bien?

Pregunto nerviosa. Siento como si buscara a un novio del que no tengo idea qué me dirá. Espero, me lee enseguida, escribe y esos segundos son eternos.

Riah:

Hola, sí. Todo bien. ¿Y tú?

Cuestiona a cambio. Bien, no es el más cariñoso, pero jamás lo ha sido por esa vía, al contrario, es de pocas palabras en lo general, aun así, lo percibo lejano. Resoplo, esto es parte de mis consecuencias.

Desa:

Sí, es solo que ayer no me avisaste al llegar y… hoy no supe nada de ti.

Me atrevo a decirle. Aguardo.

Riah:

Lo lamento, llegué ya muy tarde, los vuelos salieron retrasados.

Explica.

Mi piel se siente extraña ante su frialdad. De pronto llega otro mensaje.

Riah:

¿Comiste, dormiste?

Sonrío con el corazón latiendo fuerte. No me gusta que se preocupe por mí. La verdad es que no es ese tipo de hombre posesivo que todo quiere saber, tampoco vive al pendiente de todo lo que hago, pero se fija muchísimo en los detalles y, silenciosamente, está siempre ahí.

Mi pecho se hincha al recordar lo que ocurrió con mi mano el día en que esos tipos se quisieron propasar, o cuando enfermé, o cuando descubrió que ni siquiera presté atención a aquella película.

Desa:

Estoy bien, acabo de cenar.

Riah:

Duerme, por favor, sé que odias tomar algo, pero si es necesario hazlo. Estoy en medio de una cena, Des, por favor, prométemelo.

Parece un ruego. Enseguida comprendo que también sabe que llevo días sin conciliar bien el sueño. Dejo caer la cabeza sobre el respaldo, negando, perdiendo la atención en la inmensidad de esa casa que sin él, es aplastante.

Riah:

Des…

Desa:

Sí, no te preocupes. Yo estoy bien, nos vemos pasado mañana, Riah.

Riah:

No saques a Missy, está muy frío. Dile a Awdry que lo haga durante el día.

No sé qué sentir, pero sonrío de nuevo. Esta es una faceta protectora que me gusta.

Desa:

Lo haré, cuídate.

Le digo con los dedos cosquilleando porque un «te amo» puja por salir, pero no es así como debería decírselo, no en ese momento, tengo que esperar a que regrese y hablemos. Solo espero que lo referente a Rowe tenga alguna explicación coherente, porque de lo contrario, de ese golpe sí que no sé cómo me recuperaría.

Riah:

Tú también, Des.

Aprieto el celular en mi pecho, suspirando con fuerza. Quisiera tenerlo aquí y terminar con todo lo que generé de una maldita vez.

Más tarde de nuevo me encuentro con la guitarra en la mano y trabajando en eso que me hace perder la noción del tiempo, que me saca de este mundo. Quedo dormida entre los papeles y el instrumento, pero no me doy cuenta hasta que en mi cabeza el disparo y una sensación de ser estrangulada, me hacen despertar gritando empapada en sudor.

Puedo ver los ojos de ese hombre, luego su cabeza completamente desfigurada por la bala. Jadeo llevándome las manos a la garganta. Hay ácido subiendo por mi estómago y corro hasta el baño, vomito sin parar hasta que acabo exhausta al lado del inodoro, lánguida.

Envuelvo mis piernas con las manos y por mucho que intento no logro sacar eso de mi mente. La casa se escucha silenciosa, demasiado, y no consigo pasar la hoja.

Mi cuerpo exige llorar, gritar, o algo. No puedo por mucho que siento que me está consumiendo.

Asustada me lavo los dientes, me echo agua a la cara y bajo hasta el gimnasio. Encuentro los guantes de Riah, me quedan enormes, así que sin nada en mis manos comienzo a golpear el costal con todas mis fuerzas.

Gruño, rujo, le pego sin detenerme hasta que mis fuerzas no dan más y termino recostada en un taburete para hacer abdominales, agitada.

Despierto asustada, adolorida. Mis manos están hinchadas. Gimo al enderezarme. No tengo una maldita idea de qué hora es, pero me encuentro realmente agotada.

Subo y veo que es temprano, aún podría dormir si quisiera pero sé que no lo conseguiré, en cambio tomo una bolsa de verduras del congelador, le abro a Missy para que haga sus necesidades afuera y, mientras aguardo, coloco lo frío en mis manos.

Me quejo pero no hay de otra, duelen.

Después le sirvo de comer y voy a mi habitación. Me veo en el espejo y luzco realmente

echa un desastre. Acomodo mi cabello un poco y paso un dedo por mi mejilla, mis labios. Soy la de siempre, quizá un poco ojerosa, pálida, pero soy la de siempre y, sin embargo, no me reconozco.

Sonrío ante mi reflejo, a pesar de todo lo que está ocurriendo, hoy me siento más satisfecha que en toda mi vida, siento que al fin voy, de alguna manera, por el camino correcto, que lo que soy… es suficiente.

Me doy un baño, me visto y bajo. Hay un termo con café y una barrita junto a mis llaves. Esa fue Awdry, las observo intrigada, las tomo y voy a la cocina, ella está ahí con Missy en brazos.

—Gracias —logro decir ante su atención. Me observa asintiendo.

—Espero que tenga un buen día.

Le sonrío agradecida en respuesta y salgo de ahí.

Pasa la mañana en medio de cafés, *muffins* y gente que está más exigente que otras veces. Aun así, no me detengo, sé que eso me ayuda a no pensar en nada, a olvidar lo que vi y que no logro apartar y que solo así se aleja.

Llegamos al albergue Steve y yo, uno de los chicos del día anterior está ahí, esperándonos. Ya casi llegamos cuando se me ocurre algo. Espero no me mande a la mierda, sin embargo, me animo.

—Drake, yo… bueno —comienzo dudosa. Estamos ya afuera del lugar y mi amigo también luce interesado con lo que diré—. Es que hoy empezaron los trabajos para pintar el albergue, la mano de obra la regalaron, pero no será suficiente y… quizá podrías ayudarnos a conseguir voluntarios para que sea más fácil y rápido. El material va por mi cuenta.

Steve sonríe pasándose una mano por el cuello, sacudiendo la cabeza. Lo miro amenazante, pero Drake, asombrosamente, parece sopesarlo.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias —le digo colocando una mano sobre su antebrazo. Observa mi gesto y me sonríe a cambio con timidez.

—Por nada.

Adentro todo está como suele, solo más callado y un par de trabajadores tallan los muros de lo que es un patio en medio del pequeño edificio. Steve saca de su mochila una blusa roída y me da otra señalando uno de los muros. Asiento y nos ponemos en ello.

Tallar es algo realmente agotador y yo que no he dormido bien, que he gastado mi energía pegándole a ese saco por la noche, no lo logro del todo. Tres chicas más ayudan y pronto algunos de los niños se unen. Los trabajadores nos enseñan cómo y nos dicen dónde hacerlo. Para cuando anochece, que es pronto, ya hemos aventajado pero yo no puedo más.

—Desa, te buscan —me dice una de las mujeres. Dejo la lija en su lugar y voy hasta la puerta. Hay seis chicos, entre ellos veo a Drake, Jordan y Jake. Sonrío complacida. Lira está ya a mi lado, intrigada.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta tensa. Poso una mano sobre su antebrazo, alegre.

—Vienen a ayudarnos, ¿no es así?

—Sí, si no tiene problemas con dejarnos pasar —repone Jake, serio. Lira me observa aturdida.

—¿Es en serio?

—Sí —le digo entusiasmada—. Necesitamos manos, la pintura llega mañana, podemos, entre muchos, acabar más rápido.

—Bueno, solo que… con una condición —advierte. Arrugo la frente, nerviosa. Ellos la

observan indolentes. Mierda—. Como saben hay mujeres aquí, ni una sola insinuación o falta de respeto —pide con seriedad. Lo miro aguardando.

—Solo venimos a ayudarlas. Nadie hará nada malo —se defiende Jordan. Lira asiente.

—Entonces les agradecemos mucho su ayuda.

Las mujeres se muestran desconcertadas al verlos ahí dentro y es que tienen una facha de tipos malos que no pueden con ella, pero pronto, al notar que van a lo suyo, la tensión se diluye. Durante una hora más, logro continuar pero mis brazos ya arden como si fuego pasara por mis venas, los dejo caer agotada.

—Ven, Desa, ¿nos acompañas a cocinar? —pide Lua, que es quien se encarga de esos menesteres y con la que más disfruto cantando, gracias a ella ya sé cocinar algunas cosas.

Asiento y dejo la lija en manos de Jackson, que me guiña un ojo, le devuelvo el gesto, hablando con él se me pasó rápido el tiempo pero sé que pronto terminará conversando con mi amigo sobre técnicas de pintura, él ya comenzó a enseñarle.

Cuando llego, Lua me sienta sobre un banco y me señala un plato con sopa.

—No te pararás de aquí hasta que lo comas todo. Niña, estás más flacucha que antes y mira que eso es mucho decir —se queja.

—No estoy flacucha —refunfuño. Digo, soy menuda, lo sé, pero flaca no.

—Lo estás, y come —ordena con tono mandón, mientras un par de chicas que suelen estar ahí, ríen.

—Lo están disfrutando —rezongo tomando la cuchara con esfuerzos, pero una de ellas se acerca y niega colocando una mano sobre mi hombro.

—No, es solo que… nos gustaría que vuelvas a cantar —replica nostálgica. Caigo en cuenta de que con lo ocurrido el lunes a ella también les hace falta.

—Yo… lo que pasó, no he dormido bien y siento que sería una falta de respeto hacerlo después de eso —admito observándolas.

—Fue espantoso, Desa, todas estamos afectadas, sabemos que lo que viviste será algo muy difícil de olvidar, pero no lo podemos cambiar y nosotros estamos aquí, intentando luchar para cambiar nuestras vidas, tú nos das esperanza. Cuando cantas, todo se siente diferente, cuando ríes, cuando hablas. Desde que estás aquí todo es distinto. Esperamos que cuando te sientas lista regreses y nos hagas olvidar eso que duele —expresa Lua frente a mí.

Bajo la mirada hasta mi plato y suspiro aturdida.

—Lo que dijo Mary… Yo intenté —suelto bajito.

Una de ellas no me deja continuar y se sienta a mi lado, negando, toma mi mano entre las suyas y sonríe con tristeza.

—Ella estaba muy mal, no sabía lo que decía. La salvaste, Desa, arriesgaste tu vida por uno de nosotros.

—¿Una de ustedes? —pregunto recordando eso que el día anterior Drake dijo, o Steve. Frota mi mano y asiente.

—Hay personas como Steve que ayudan, que vienen y están al pendiente, que son parte de este lugar y que no son fáciles de encontrar. Dios sabe que ese chico es un ángel para nosotras. Otras dan dinero y eso es mucho. Pero contigo, contigo es diferente. Nos conoces, hablas con nosotros, te interesan nuestras vidas, escuchas, propones, ríes y nos haces cantar. Eres una mujer fuerte, Desa, y lo que hiciste ese día ni siquiera alguien que haya pasado lo que nosotros, lo hubiese hecho.

Pestañeo aturdida, no sé ni dónde poner las manos. Me encuentro nerviosa ante sus palabras. Continúa:

—No somos iguales, casi siempre por nuestro color de piel ya las cosas son distintas, por haber nacido en circunstancias que no ayudan, por ser parte de este mundo que la gente que ha vivido como tú, desconoce. Pero a ti eso no te importa y todos aquí lo vimos, lo sabemos.

Paso saliva y las observo, una a una antes de poder hablar. Deseo poder expresarme con claridad, no a medias, sacar lo que creo y pienso, tal como con mi madre hace unos días. Respiro hondo.

—Somos iguales, solo que con distintas circunstancias. Somos parte de este mundo, solo que lo hemos vivido diferente. Mary es una persona, como ustedes, como yo, pero además, una niña… Todos somos parte de lo mismo, debemos cuidarnos de alguna manera —digo con convicción y sé que voy bien, estoy diciendo lo que realmente quiero decir.

Ellas me miran atentas, esperan a que termine. Sonrío apasionada.

—Sé que esta división es más profunda de lo que a simple vista se ve, pero también sé que tienen mucho que enseñarme y yo mucho que aprender, por eso estoy aquí. Gracias a este tiempo a su lado ahora sé más de mí y quiero más de mí, y sé que hay más de ti, y de ti —les digo señalándolas—. Porque sé que se puede, porque se tienen a ustedes, porque luchan contra lo que no desean, porque quieren un futuro y una vida que las haga felices, porque desean lo mismo que yo —termino decidida, incluso asombrada por haber expulsado cada uno de mis pensamientos de forma tan clara.

Sin verlo venir las cuatro mujeres me rodean y yo solo río al sentir sus cuerpos en torno a mí. Dios. Esto es de las mejores cosas que me han pasado jamás.

—Canta —pide una, sacudiéndome, mientras las demás lagrimean y yo las observo sonriendo de forma suave, contemplando su fuerza y entereza, admirándolas.

—Cantaré, pero solo si ustedes también lo hacen conmigo —repongo y luego le doy una cucharada al caldo de Lua. Está delicioso. Asienten, pero no empezamos hasta que termino lo que me sirvieron en medio de ruidos típicos de cocina.

Por la noche es lo mismo, logro caer rendida en cuanto toco la almohada, pero la escena se repite y me hace levantar de un salto, de nuevo termino en el baño, abrazada al inodoro.

Tiemblo, tiemblo tanto que no sé cómo contenerlo. Me asusto.

Regreso a la cama como puedo, aferro la almohada de Riah e intento perderme en su olor. Me relaja un poco, aunque no por completo.

Me levanto y voy hasta dónde están sus pertenencias en el vestidor, saco unas sudaderas que usa para hacer ejercicio, varias huelen a limpio, pero necesito las que huelen a él, encuentro una y me la pongo.

Busco más cosas, un tanto frenética, con cierta urgencia y doy con un abrigo, lo pego a mi nariz e importándome poco arruinarlo me envuelvo en él, con la tela pegada a mi rostro.

No duermo del todo otra vez, pero me siento más tranquila. Mis pensamientos viajan hasta él, sin remedio. Me marcó cuando me acurrucaba en la cama, yo estaba somnolienta por lo que no duramos mucho hablando, lo cierto es que me hubiese gustado dormir con su voz viajando por mi oído. No se lo dije, a cambio lo dejé ir.

Mañana hablaremos y de alguna manera, a pesar de los nervios caóticos que no me dejan en paz, quiero pensar que todo saldrá bien. Le contaré lo que he hecho y le preguntaré abiertamente lo de Rowe. Ya no evadiré más eso, ni nada. Solo ruego que no sea lo que he estado imaginando.

28. Zakariah

Flashback tres

Una de las vecinas se detuvo cuando nos vio ahí. No conocían mucho a mi madre, casi no estaba en casa, pero a mí sí, y me huían. Esa fue valiente y con todo y lo mucho que me temía, u odiaba, no sé, le dijo que conocía un lugar donde podríamos pasar un tiempo en lo que mejoraban las cosas.

Al día siguiente muy temprano, con lo poco que teníamos, llegamos a un refugio en una zona no muy diferente a la que viví, o quizá un poco más vieja. Nos alojaron no sin antes asegurarse de que no fuese yo mayor de edad, tenía trece y era enorme.

En la habitación que les asignaron a mi madre y mi abuela, dormía otra mujer, Ame, junto a su hija de la edad de Kyroh, Rowe. Nos presentaron y pronto nos mostraron otro sitio donde yo dormiría y ahí conocí a Loen, su hermano y Rye, el menor de ellos. Kyroh, debido a su estado, le permitieron estar en otro dormitorio menos complicado del lugar.

Para mi madre supuso un descanso de inicio. Por la mañana fui a clases, caminaba un poco más que en el barrio anterior, pero no importaba, sabía que si faltaba mamá acabaría de hundirse. Kyroh fue revisado por un médico esa mañana, la herida iba bien, pero por mucho que él luchaba le estaba costando recuperarse. Gripes iban y venían, a veces se complicaban, otras solo eran resfríos.

Esa tarde me encontré a Loen y Rowe a mi regreso, aunque me resistí, nos hicimos amigos casi enseguida, éramos los mayores del lugar en ese momento. Su madre huía de su padre, que los golpeaba y que tomaba hasta hartarse. Esas eran historias comunes en mi entorno, no me asustó.

Un par de mujeres visitaban el lugar por las tardes, una de ellas, curaba a Kyroh y lo cuidaba. La desconfianza, inherente a mí después de haber sido sobajado, humillado y maltratado por más adultos de los que recuerdo, hacía que no me alejara mucho cuando lo visitaba, pero mi hermano simpatizaba con ella.

Era fuerte, decidido y aunque le dolía, buscaba sobreponerse, luchaba contra esas malditas defensas que nunca subían, y siempre se mostraba optimista a cambio.

Mi abuela empeoró al poco tiempo, mi madre estaba teniendo problemas en el trabajo por lo mismo; debía cuidarla, a él también, por mucho que le decía que yo podía encargarme.

No le gustaba que descuidara la escuela, era obtusa en cuanto a ello. Consiguió, días después, que la pasaran para el turno de la tarde, le era imposible ir a los dos. Al ver como mi abuela sufría y lo poco que se podía hacer por su salud, la ira creció y continué con las peleas. Era dinero seguro casi siempre, pero a veces perdía y llegaba muy herido.

Las mujeres ahí no se atrevían ni a acercarse, salvo esa que cuidaba a mi hermano y que comenzaba a hablar mucho con mi madre, que parecía hacerla sentir mejor pese a todo. Ella sí se acercaba y me tendía analgésicos, ungüentos, sonriendo conciliadora.

Al poco tiempo mi abuela falleció en mis brazos y creo que nunca vi tan mal a mi madre, hablaba poco y continuamente quedaba ida. Me preocupaba que la corrieran del trabajo, pero intentaba entender lo que sentía, yo sin ella no hubiese sabido cómo seguir, sin mi hermano y dolió también perder a la vieja, era mi segunda madre, otro pilar que me forjó, que me enseñó a no rendirme y cuidarme, y muchas cosas más.

Esa tarde peleé por puro gusto, terminé con tres tipos más grandes que yo, los vi

sangrando, heridos y quería más, mucho más. Al final Loen, que de alguna manera gracias a Kyroh supo dónde encontrarme, me llevó casi cargando a un lugar donde me curaron entre él y su hermana, Rowe.

Ahí comenzó a surgir algo entre nosotros, hijos del mismo dolor, de la desprotección y de la rabia. En ella encontré aquella época un remanso de paz, pero éramos apenas si unos adolescentes aprendiendo cosas de la vida.

Sobrepasamos lo de la abuela, mi madre y Ame se hicieron cada vez más amigas.

Un día, al regresar de la escuela, vi a Elizabeth, la mujer que cuidaba a Kyroh…

Que, por cierto, gracias a algo que le estaba suministrando, iba mejorando y se veía más fuerte. Y por lo mismo pronto regresaría a la escuela. Eso me tranquilizaba, así que pasábamos la tarde con él, Rowe pintando, Loen y yo riendo, discutiendo y mi hermano poniéndose al día con la escuela, tal como mi madre ordenaba. Rye era más pequeño así que solía estar solo a ratos, más bien pegado a Ame.

Yo caminaba distraído esa tarde, con Rowe a mi lado. Coqueteábamos, o eso pensaba, cuando a lo lejos la distinguí. Era difícil no notarla: su melena rubia, alta, estilizada, de rasgos hermosos. Entonces detecté que un par de chicos la acechaban. Ella iba para el refugio de mujeres donde vivíamos.

No dudé y corrí cuando vi que la sujetaban del brazo. Pronto todo se convirtió en puños, golpes y gritos. Al final los dos atacantes quedaron maltrechos, yo con una pequeña herida de navaja que les tumbé en el acto, debajo de la axila. Rowe y Elizabeth estaban tras de mí, a unos metros, aturdidas.

La mujer al verme, decidida y sin miedo, subió mi camiseta.

—Vamos a un hospital, ahora —determinó y sin preguntar me subió al auto.

Se hizo cargo de mis cuidados, o lo que pudo porque no me dejé, pero todo cambió después de ese día.

Ella comenzó a convencer a mi madre para que esas cremas que elaboraba y que le había regalado, las comercializara. Pronto Elizabeth empezó a recomendarla con sus amigas, con conocidas y mi mamá no paraba.

Una noche, mientras le ayudaba en la cocina del lugar que le prestaban, solo a esas horas para que hiciera lo que necesitara, me contó que Elizabeth era una mujer muy rica, que amaba a su marido, que era exitosa en su profesión, pero que lo que más anhelaba era tener un hijo y que la vida le negaba eso.

Por eso iba ahí, por eso buscaba en ese lugar lo que le hacía falta. Le decía a mamá que quizá ese era su destino, cuidar a los demás, ayudar a los demás y que desde que iba ahí, desde que comenzaron a ser amigas, se sentía mejor, más segura y optimista, sin tanta tristeza a cuestas.

Le tomé cariño, mi hermano la adoraba, mis amigos también.

Rowe y yo comenzamos a tener algo entre nosotros, los besos, las caricias… Me hacía sentir bien, algo bueno en medio de esa mierda.

Vimos entrar y salir a varias mujeres de ese sitio, amigos que se fueron, otros que llegaban. Pero nosotros duramos un poco más que los demás. La encargada del refugio nos decía «casos especiales».

Mamá comenzó a tener muchos pedidos y no podía con el trabajo, con nosotros, con eso. Elizabeth le propuso hacerle un préstamo para que nos mudáramos a un lugar donde pudiera ella elaborarlos sin problemas. Mi madre no estuvo segura hasta que hablando con Ame acordaron que ella pondría el dinero y la mamá de mis amigos nos cuidaría a todos. Fue un

trato justo.

Y es así, como un día abandonamos el sitio que nos hizo fuertes, que nos dio la contención que necesitábamos, donde conocí a personas que aún ahora están a mi lado, donde Kyroh sanó y mi madre comenzó a vivir.

Lo único que lamento es que mi abuela nunca hubiese conocido el otro lado de la vida, porque de haber tenido lo que ahora tenemos ella estaría sana y con nosotros.

En mi caso era complicado, mis sentimientos dañinos continuaban, las peleas ya eran más una manera de vida, una adicción. Discusiones con mi madre por ello, con Rowe, pero no importaba, yo necesitaba ayudar, sentirme útil. Descuidé la escuela, ella se enteró y a mis quince años recibí la primera bofetada de su parte.

—¡No tires a la mierda todo el esfuerzo! ¡No tires a la mierda tu inteligencia! ¡No tires a la mierda tu vida! Porque si lo haces, Zakariah, el resultado sí será tu responsabilidad. De nadie más. ¡Pelea, pelea pero no con los puños! ¡Eres un guerrero, mi guerrero! ¡Y vas a tener una vida maravillosa! ¡Me oyes! —determinó con rabia tomándome por el cuello.

Me calmé un tiempo, pero era una olla de presión, esa es la verdad.

Un año después el marido de Elizabeth se interesó en lo que mi madre hacía, le propuso a su esposa crear un negocio de manera formal y ahí comenzó Jallow. Una marca que ahora es exitosa en cosmetología y aceites esenciales, que cotiza en la bolsa y que acaparó el mercado a nivel orgánico y ecológico por lo natural de sus productos, en una era donde eso es lo que se desea.

Mientras mi madre se dedicaba a eso en lo que yo tenía mis dudas, Ame la ayudaba y cuidaba de la pequeña casa, yo decidí no despegarme de Kyroh a quien la escuela le estaba costando un mundo, pero es tan decidido que no se quejaba.

Pronto comenzó a mejorar y también aprendió a defenderse, aunque él en realidad evitaba los puños con palabras sagaces, pero si se los topaba de frente, ya sabía cómo salir de ellos.

Entre los cuatro hicimos un gran equipo, cuidábamos al pequeño Rye y éramos inseparables. Lo cierto es que, aunque estaba calmado, hasta cierto punto, seguí buscando pelear, era como una necesidad primitiva, era la manera de sentirme en control.

Dos años después, ya tenía diecisiete, cuando Elizabeth dio la noticia de su embarazo. La recuerdo tan sonriente, optimista, siempre imprimiendo alegría a lo que hacía.

Con el tiempo le tomé mucho cariño, tanto que aún le llevo flores a su tumba. Hace cinco años murió ese ángel que sé en el cielo tiene un lugar especial, su muerte nos afectó a todos de igual forma, jamás la olvidaremos.

Entonces, ante la gran noticia, le informa que piensa cederle todo Jallow a mamá, que ese es su regalo por darle esperanzas a su vida, una nueva oportunidad.

Su marido, quien ese día la acompañó a nuestra casa, le dijo que quería regalarle cursos que le ayudaran, talleres y una preparación para que ese negocio de verdad siguiera creciendo.

Mamá se aferró a eso como la oportunidad de su vida y la verdad es que lo fue, además, administrar la empresa hasta que ella estuviese lista.

El último semestre de high school pasó otra cosa que lo cambió todo para mí: Rowe me terminó pues no dejaba de pelear. Fue muy difícil aceptar eso, creí estar perdidamente enamorado de ella. Ahora sé que no fue así, que era mi sustento, mi mejor amiga al igual Loen, que era la necesidad de sentir que algo podía ser mío, que… no era tan malo como me sentía en realidad.

Debido a eso, que dolió bastante aceptar en aquella edad, me entregué por completo a

algo que nunca imaginé, entré a un proyecto de ciencias que gracias al trabajo en el vivero y mis inventos en aquel entonces, no se me dificultó.

Creé un artefacto que al presentarlo, los maestros se quedaron pasmados pues además, era hecho de solo material reciclado. Mi profesor, con el que la verdad no congeniaba mucho por mi carácter osco y ensimismado, se interesó muchísimo y pronto me citó en una empresa para que lo llevara.

Con mi actitud pedante lo hice, para mi asombro quisieron generar un prototipo, sin embargo, cuando supieron que no pensaba ir a la universidad, se negaron a continuar el plan.

Me importó una mierda, o eso fingí, pero ese profesor se empecinó y consiguió hablar con mi madre. Esa noche me sentó en la cocina, cuando no había nadie, me observó por casi una hora en la que yo ya sentía que mi trasero dolía por no atrever a moverme.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre fracasar o triunfar? —preguntó seria. Negué sin atreverme casi a respirar. Es imponente y olía su molestia sin problemas. No le temía, jamás lo hice, pero me infunda un respeto enorme—. El valor, Zakariah.

—No entiendo a qué viene esta mierda —refunfuñé.

—Pasa que eres de las personas más valientes y fuertes que conozco, pero ahora mismo estás permitiendo que el miedo te gane.

—No tengo miedo —dije hastiado, a la defensiva. Sonrío con ironía.

—Sí, lo tienes. Tienes miedo a fracasar, a salir de todo esto para vivir algo que desconoces. Estás aferrado a esta maldita vida que te di y que no pude evitar y escúchame muy bien, hijo, no lo voy a permitir. Saldrás, entrarás a estudiar, aceptarás la oferta de ese prototipo y conocerás el otro jodido lado de la vida. Porque una vez te dije que la vida no se reduce a esto, y maldita sea que no permitiré que tú arruines mi promesa.

Entré a la empresa y también logré ingresar a la UIC (Universidad de Illinois en Chicago), junto con Loen. Enojado con Rowe aún, pues salía con otros chicos bajo mis narices, me entregué a eso con fiereza, aunque de forma clandestina continué peleando. Kyroh lo sabía, pero no estaba de acuerdo, Loen tampoco, pero me acompañaban.

Jallow comenzó a subir de forma trepidante, tanto que fue casi como abrir y cerrar los ojos. Kyroh y Rowe, lograron entrar a la Universidad de Chicago, poco nos veíamos, pero coincidíamos cuando podíamos. Pronto el rechazo de Rowe pasó, conocí chicas, salía a algunas fiestas. La universidad mantenía mi mente ocupada, así como los proyectos que desarrollaba en el trabajo.

A los dos años en la empresa, buscaron adueñarse de mis ideas, pero tenía aliados dentro y, además, a Mike fuera, que era mi compañero y que me alentó a crear mi propia marca. Así salí de ahí, busqué inversores y comencé algo pequeño que explotó en mi cara porque al igual que Jallow, era lo que el mercado deseaba, aunado a un par de maestros que apuntalaron los proyectos.

Antes de terminar la carrera, la empresa creció sin estructura, pronto Kyroh comenzó a ayudar en la administración, aún no se graduaba, pero se metió enseguida pues los números lo apasionan y es brillante en ese tema. Mike también tomó parte y casi sin darnos cuenta pronto tenía bajo mis narices algo que valía mucho dinero, empleados, inversores, un espacio de trabajo y creaba cosas como loco.

Un día paseando por las calles de la ciudad, tuve una idea. Las peleas callejeras debían terminar, así que busqué el lugar ideal. Lo conseguí en una zona tranquila. Hablé con el dueño que se veía, sabía mucho de box y le pedí que me entrenara. Nos hicimos amigos, invertí en el gimnasio, ese al que aún ahora voy, y se lo regalé porque gracias a él logré canalizar esa ira

que siempre me sometió.

De un momento a otro la vida de todos cambió. Fue tan abrupto que costó adecuarse más de lo que reconocemos. Rowe se dedicó a sus pinturas, conoció a Mike gracias a mí y jamás se separaron.

La verdad es que para ese momento me alegró que eligiera a un hombre como él. Rye está estudiando fuera. Mi madre y Ame, como se juraron, montaron una casa juntas. Se cuidan mutuamente, cada una se encarga de cosas distintas y son cómplices eternas, con personalidades opuestas.

Loen se hizo veterinario, es un hombre cabal, silencioso, pero que conoce todo de mí. Y Kyroh, Kyroh es quien ahora es porque tampoco bajó la cabeza jamás, al contrario, se obstinó el punto de convertir sus habilidades en su fuerza, su manera de observar en un arte que hoy en día nos ha dado jugosos contratos, en un tipo sí, cínico, pero leal y determinado hasta un grado que admiro.

29. Desa

La siguiente tarde decido no ir al albergue, le hablo a Lira y me dice que desde temprano hay varios chicos ayudando y que están avanzando rápido, la pintura ya llegó.

Compro lo que pienso usar para la cena; es una receta de Lua, algo sencillo pero que será cocinado por mí y eso me entusiasma. Me encuentro bastante cansada, a la par de nerviosa. Cada minuto que pasa solo ruego que las cosas salgan bien y la noche termine de buena manera.

Ansío a Riah, estos días lo he extrañado demasiado y es que siento como si hubiese transcurrido más tiempo que este en el que viajó, quizá sea así en realidad gracias a mis miedos, mentiras y esa duda que me acribilla.

Termino y no permito que Awdry me ayude, salvo lo indispensable, en cambio le pido que pasee a Missy y lo hace gustosa.

Al terminar me doy una ducha, me pongo con un suéter que cubre mi cadera y un poco de mis muslos, una medias oscuras y botas arriba de las rodillas, me sujeto el cabello de forma descuidada y experimento con otra manera de maquillarme, una menos cargada a la que estaba acostumbrada pero que realce mis rasgos. Lo logro, para eso nunca tuve problemas. Al final lo que veo delante del espejo a pesar de las ojeras, me gusta.

Junto las manos en un ruego, cerrando los ojos. *Espero que todo salga bien*.

Acabo de poner la mesa usando algunas de esas cosas que en arrebatos de locura compré. Por supuesto que hago una nota mental de revisar esos anaqueles porque la mitad jamás usaré y le pueden servir a alguien más.

Awdry se despide, le pedí que regrese hasta el lunes, por lo que se muestra agradecida y se va. Cuido los detalles, nerviosísima, pero desesperada por verlo.

Estoy revisando el sabor de la vinagreta cuando escucho la puerta abrirse. Mi corazón se detiene. La música es sutil igual que la iluminación. Deseo con todo mi corazón sorprenderlo, que esto sea un parteaguas entre nosotros, en serio lo espero.

Aguardo a que aparezca por la cocina, como sé que hará al percibir el aroma. Mis palmas sudan.

—¿Desa? —pregunta desde el recibidor. Escucho su profunda voz y mi piel se eriza, respiro un tanto agitada.

—Aquí —respondo limpiando mis manos con el trapo y acomodando mi vestido. Aparece justo donde espero y me sonríe desconcertado, entonces lo miro sin restringirme con el pecho latiendo feroz, con mi boca seca y la ansiedad recorriendo cada una de mis células. Todo por él.

Me quita el aliento, lo juro. Viste uno de esos trajes que le quedan de maravilla, e imagino que ya dejó la bufanda y su abrigo por ahí, que tan elegantemente porta.

Nos observamos en silencio intercambiando esa corriente de deseo que siempre nos ha caracterizado. Sonrío trémula.

Riah rompe el contacto visual para contemplarme y sus ojos pasan por mis pies, luego por mis piernas, acariciándolas. Sonríe un poco más al notar lo corto de mi atuendo, enseguida sube hasta mi barbilla y termina de nuevo en mi mirada. Paso saliva con dificultad. Este hombre es aniquilador, en definitiva.

—Te ves hermosa, mi sol —susurra llamándome de esa forma que adoro. El optimismo se cuela por mi piel.

Sí, puede que esta noche vaya bien.

—Me alegra que ya estés en casa, Riah —murmuro de forma sugerente, acercándome despacio. Espera sin moverse.

Cuando estoy frente a su ancho pecho, enrosco con suavidad mi mano en su cuello, baja la cabeza y lo beso de forma fugaz, paso mi nariz por su barbilla aspirando su aroma, llenándome de él.

Riah hace lo mismo, abandonado a mí. Lo contemplo durante un segundo y sé que no hay nadie en este mundo que pueda llegar a amar como a él, el hombre que elegí aquel día en esa fiesta. Sonrío y me separo despacio.

—Ponte cómodo, la cena estará en unos minutos —lo invito alzando las cejas con picardía.

Sonríe complacido mostrando esos dientes perfectos que sus labios adornan, que son míos.

—Puedo ayudar —propone así, como suele ser, solo que con voz ronca, observando a su alrededor. Se nota que lo tomé por sorpresa y eso me enorgullece.

—No, esta vez quiero hacerlo sola —respondo con suavidad.

Asiente, se quita el saco despacio y mi cuerpo reacciona ante sus movimientos masculinos que me resultan pecaminosos, así que entro de nuevo a la cocina a inspeccionar que todo esté listo.

Primero hablaremos, esta vez no puede ganar la lujuria y el deseo que siempre nos comanda.

Riah va a dejar su saco a la sala, noto, sonrío satisfecha, aunque un tanto inquieta. Los nervios no están bajo control, pero me repito una y otra vez que todo saldrá bien, que no mentí en algo grave, que solo debo decirlo y preguntar lo que necesito saber. Eso es todo.

Pasan varios minutos y no regresa. Arrugo la frente. Dejo los panes sobre la mesa, salgo a buscarlo, su semblante me frena.

Respira deprisa, su mirada es desorbitada y su quijada está super tensa. Así exuda… peligro. *¿Qué ocurre?*

Se da cuenta de mi presencia un segundo después en el que siento que romperá algo, sus puños están apretados, parece listo para algo que no quiero ni pensar.

—¿Riah? —hablo con temor al fin.

—¡No vuelvas a nombrarme de esa manera! —ruge. Retrocedo aturdida. Jamás lo he visto así y no sé qué ocurre. Avienta lo que imagino es un celular, pero no me atrevo a soltar esos ojos cargados de odio, tiemblo—. ¿Por eso la ropa no está, las joyas? ¿Por eso desapareces todo el maldito día? ¿Por eso el dinero que sacaste? ¡Por eso me evades y no respondes mis putas preguntas! —grita.

Me sacudo debido a la impresión.

Se acerca y me quedo congelada ahí, en mi lugar.

—¡Maldita sea! Me he empeñado en pensar que eras más de lo que todos se esfuerzan en creer de ti. Fui un imbécil, por eso esta jodida cena.

Va a tomarme por el brazo, pero niega casi temblando, luego se lleva las manos a la cabeza y grita desgarrándose, con dolor, agachándose un poco. Quiero llorar pero no entiendo ni por qué, eso sin contar que crece el nudo en la garganta.

Intento acercarme, tiritando por el temor, el desconcierto.

—¡No me toques! —amenaza.

Retrocedo de un brinco.

—Yo te puedo explicar todo eso. Riah, lamento haberte mentido —comienzo ahogadamente.

No puedo continuar porque, fuera de sí, me toma por el brazo y me acerca a su rostro con fuerza, logrando que me ponga de puntillas. Gimo. No creí que tomara así las cosas, además, cómo supo, por qué su cambio abrupto. No entiendo nada y mi estómago se revuelve.

—Lárgate con él, en serio, no tienes que mentir más. ¡Solo lárgate con él, maldita sea, Desa! —exige con lágrimas en los ojos.

Niego buscando que me suelte, lo hace y se dirige casi corriendo hasta la puerta.

—¿Él? ¡De qué hablas! —le grito desesperada.

Se detiene un segundo, pero yo no y lo hago girar por el hombro a pesar de que lo veo absolutamente colérico, rabioso hasta un punto que me hace tiritar. No entiendo una mierda. Riah en respuesta toma mi muñeca y avienta mi mano asqueado, dolido. Mi sangre se congela. Se limpia las lágrimas con rabia. En serio nunca lo había visto así y estoy asustada.

—Imaginé miles de cosas, pero nunca que me traicionaras. Mentira tras mentira, y yo como un imbécil esperando cada puto día a que me dijeras qué ocurría en realidad. Me empeñé en ver en ti alguien que nunca existió —declara con un dolor que me abre en dos.

—¡Con quién! ¿De qué hablas? Sí te mentí pero…

Me señala con un dedo amenazador, la vena de su sien se nota incluso desde mi posición, sus ojos enrojecidos, su mandíbula apretada, su forma de respirar como la de un toro en plena faena.

—No quiero volver a saber de ti —asegura determinado.

Mi pecho se contrae al grado de sentir que no entra aire en mis pulmones. Abre la puerta. La rabia y el miedo me comen y la mierda de no entender ni un poco de lo que pasa, pero le detengo con ira a pesar de todo.

—Esto lo haces por Rowe, ¡¿no es así?! —le grito ahora yo, impotente.

Arruga la frente y quita su mano de la mía con un movimiento violento. Retrocedo.

—¡No la metas en esto!

—¿Qué no la meta? ¡Qué mierdas hay entre ustedes entonces!

—Te aseguro que no lo mismo que tú y ese tal Steve —responde cínicamente. Pestañeo atónita. Mi reacción lo enciende y me acerca de nuevo a él tomándome por los antebrazos—. Después de todo no valía la pena luchar por ti, nunca lo valió —susurra sobre mi rostro, me suelta y sale logrando con esas palabras abrir una herida que sangra como ninguna otra jamás.

Durante unos segundos me encuentro en *shock*.

No, no pueden haber salido las cosas así. No.

De pronto comprendo que algo leyó en mi teléfono y no tengo una maldita idea de qué, pero lo malinterpretó, no puede ser otra cosa.

Salgo corriendo, le grito con todas mis fuerzas pero no detiene el auto. Grito más hasta sentir que me quedo sin voz y luego, histérica, regreso a la casa, busco las llaves de mi camioneta.

Carajo, carajo.

No tengo una maldita idea de dónde las dejé. Missy ladra notando el revuelo. La tomo en brazos temblando y como una loca volteo todo, tiro cosas, algo se quema, eso no me detiene, sigo buscando, tiritando. Corro hasta la cocina antes de que se prendan las jodidas alarmas y apago el estofado, está quemado.

Barro con mi brazo lo que está en la encimera, gritando de dolor y frustración. Meto a Missy al lugar donde duerme al darme cuenta de que se puede lastimar con algo de lo que cayó.

Salgo de ahí y busco mi teléfono, está en el sofá donde cayó cuando lo aventó. Prendo la pantalla, debo llamarle, mis dedos apenas si lo pueden sujetar y entonces veo los mensajes en la pantalla frontal, son de Steve.

Dejo de respirar.

Steve:

Estoy feliz de que al fin le cuentes lo que en realidad pasa.

Ya es ridículo ocultarlo.

Estaré esperando para ver cómo lo tomó.

Te quiero, Desa, todo estará bien.

Me dejo caer sobre el sillón, aturdida, horrorizada en realidad. Riah piensa que estoy con alguien más, que eso iba a decirle. Sus palabras llegan a mí:

«¿Por eso la ropa no está? ¿Por eso desapareces todo el maldito día? ¿Por eso todo el dinero que sacaste? ¡Por eso me evades y no respondes mis putas preguntas!»

Yo permití que las cosas llegaran hasta este punto, yo puse a Zakariah en ese sitio, yo lo orillé a imaginar todo esto con cada una de mis acciones, de mis omisiones. Tengo más ganas de llorar, pero aunque sollozo, no sale ni una lágrima.

Angustiada, logro marcarle.

No responde. Una y veinte veces más lo intento. Nada. Le mando un mensaje con trabajos porque tiemblo como una hoja.

Desa:

Por favor, vuelve, hablemos. Él es mi amigo, créeme, te lo juro.

No lo lee.

Insisto.

Desa:

Riah, lo que leíste no es así, por favor, regresa, te diré todo. Por favor.

Nada.

Desesperada le mando un audio.

—Riah, Steve es un amigo, lo conocí hace un tiempo, por favor, ven. Tengo que contarte muchas cosas, pero ninguna tiene que ver con algo que te pueda lastimar, lo juro. Te lo suplico, regresa.

Lo envío y nada. No se ha conectado.

Deambulo por la casa. No tengo una maldita idea de dónde buscarlo. Me siento con las piernas enrolladas a un lado de la puerta, llena de angustia. Debe volver, sé que volverá y hablaremos, me intento convencer llevándome las manos al cabello, mi peinado se deshace, me lo jalo llena de temor.

Le continúo marcando hasta que suena apagado. Sollozo de nuevo, nada acude a mis ojos.

—¡Aaaah! —rujo pateando el piso. Paso del desespero al enojo. Esto es mi culpa, nunca hago las cosas bien, siempre arruino todo y con él fui más allá. Luego pienso en Rowe y me jalo el cabello otra vez, de solo pensar que quizá les hice un favor.

Pasa una hora, nada. Dos y estoy entumida por no moverme, pero me importa un carajo lo tengo que esperar.

La alerta de un mensaje me saca del letargo donde me recluyo recorriendo de forma convulsa lo ocurrido durante estos meses. Nerviosa lo leo rogando con todas mis fuerzas que sea él.

Steve:

¿Ya?

Dudo un segundo, al fin decido responderle.

Desa:

Todo salió muy mal.

Respondo dejando el celular a un lado.

Steve:

Estás en tu casa?

Desa:

Sí

Steve:

¿Y él?

Desa:

No

Steve:

Mierda. No creí que lo tomara así, la verdad. Lo lamento.

Desa:

Nunca le pude decir.

Le informo con el pecho adolorido como nunca antes, recordando sus palabras.

«Me he empeñado en pensar que eras más de lo que todos se esfuerzan en creer de ti.»

Eso y lo último, me rompió más de lo que alguna vez podrá imaginar.

Steve:

Dame tu ubicación, voy para allá.

Determina.

Desa:

No, no vengas. Es mejor así.

No quiero entrar en detalles, no en este momento.

«No valía la pena luchar por ti, nunca lo valió.»

Sé que él piensa que lo estoy engañando, pero no me deja de doler eso que me dijo, eso que yo nunca, ni pensando que quizá sí tenga algo con Rowe, le hubiese dicho.

Me duele comprender que sí, que lo que pensaba yo sobre lo que su familia, amigos, decían de mí era real; nadie me cree capaz de nada, piensan que solo soy un montón de ideas estúpidas e infantiles, inmaduras. Mi familia también siempre lo creyó.

Perdida en todo ese mar de sucesos intento comprender por qué he permitido que así me vean, por qué no luché por mostrarme tal cual soy, por qué me acomodó que quienes me rodeaban creyeran que era una persona que no soy. Y por qué a todo mundo le importa el rumbo de mi puta vida si es mío, y si hubiese querido tirarlo a la borda era mi puto problema.

Steve:

Desa, no quiero dejarte sola.

Leo.

Desa:

Lo voy a esperar, te busco mañana.

Steve:

No apagaré el teléfono. Kyroh está conmigo, pero si necesitas que haga lo que sea, solo dime.

Siento cierto rencor al leer ese nombre. Él, ¿por qué siempre se creyó mejor que yo? Resoplo y dejo caer mi nuca sobre la madera, perdiendo mi atención en el techo.

Pasan las horas y el frío que, aunque dentro de casa no es mucho, se va colando por mis huesos.

Mucho más tarde decido levantar todo lo que tiré. Me encuentro entumida, perdida en mis pensamientos, nerviosa y alterada porque necesito que regrese, debemos aclarar esto.

Le marco cada tanto, nada. Una hora después la cocina está limpia y la comida que hice ya no sirve. Sacudo la cabeza atormentada, tan solo unas horas atrás todo parecía que sería diferente.

Me quito el vestido, el maquillaje también y me pongo algo abrigador, derrotada. De nuevo bajo y espero con el teléfono en la mano. No suena. Ruego que esté bien, que no entre ninguna llamada y sea para avisarme que tuvo algún accidente.

Dejo vagar mi mente y me encuentro en aquel día, meses atrás, en el que discutimos por la noche sobre tener un hijo.

Qué absurda me encuentro ahora mismo recordando lo que pedía. Zakariah tenía razón, no era mi tiempo, ni siquiera ahora mismo lo es y siento que he avanzado más de lo que nunca en mi vida, pero elegí los caminos turbios, los que dejaban dudas, los que no permitían que él adivinara nada salvo lo que ahora mismo cree.

Quizá no soy buena para él, quizá aunque me empeñe no logro llenar sus estándares. Quizá Riah ya se dio cuenta, conjeturo.

Mis pensamientos son una serie de ideas inconexas que no tienen ni principio ni fin, ni siquiera un orden o coherencia y es que todo se revuelve.

Mi madre no llamó de vuelta nunca, ni un mensaje, nada. De Graco no he tenido noticias y si ellos, que deberían quererme, me pueden hacer a un lado tan fácil, qué puedo esperar de Riah.

Amanece y no sé nada de él. Tengo miedo de que algo le haya pasado, pero sé también que las noticias malas vuelan y no es lo mejor marcarle a Kindah o Loen, no aún.

Hablo a la cafetería disculpándome. Me retuerzo los dedos con un dolor de cabeza del demonio. Deambulo ya fuera de mí, le marco y nada, los mensajes ni los lee.

Sé que debo esperar, que él debe regresar, pero ¿por qué debo ser yo la que aguarde aquí? No hice las cosas bien, soy consciente de eso, pero nunca lo traicionaría, eso jamás.

De alguna manera siento esta certeza de que Riah tampoco, pero ahora mismo ya me encuentro molesta, irritada y con la sien a punto de explotar. No me puedo quedar aquí.

Con el abrigo en la mano, llena de ciega angustia, le mando un mensaje a Loen.

Desa:

Loen, soy Desa. Zakariah está contigo?

Responde casi enseguida.

Loen:

Hola Desa, no. Pasa algo?

Desa:

No, solo si lo ves, me avisas?

Loen:

Claro.

Conduzco hasta el gimnasio, entro y Melanie me sonríe.

—¡De nuevo aquí! —dice entusiasta. Niego temblorosa.

Dios, en serio estoy sudando frío. Lo nota y me acomoda en una de las bancas.

—¿Has visto a Zakariah? —pregunto ansiosa. Me observa y niega a la vez.

—No, pero hoy llegué tarde. ¿Quieres que pregunte? —propone y me acerca un vaso con

agua que no sé cómo consigue, me lo bebo y la veo alejarse. Siento como si una piedra enorme estuviese en mis hombros, aun así, aguardo terminando mi vaso bajo el escrutinio de otra de las chicas que ahí trabaja. Regresa—. Dice Mark —su entrenador—, que estuvo aquí, pero se fue hace un par de horas. ¿Pasa algo? —inquiere intrigada. Niego otra vez. Le devuelvo el vaso y me levanto.

—Muchas gracias, Mel. Todo está bien —miento pretendiendo irme, pero me detiene, agobiada.

—No te ves bien, Desa —señala. Le sonrío sin saber cómo lo logro.

—Tranquila, es un resfrío.

Voy a su empresa, los sábados a veces trabaja. El personal de la primera recepción me dice que no ha ido para allá. En la camioneta me limpio la transpiración espesa que perla mi frente, aun así, tirito. Veo mi celular, nada. Me recargo en el asiento aferrada al volante, perdida.

Quizá deba darle un tiempo para que se tranquilice, quizá él no desea verme. Viene a mí su semblante violento, sus cicatrices, el box. No conozco aún mucho de su pasado, pero sé por qué va ahí cada mañana, así saca lo que lleva dentro, como yo cuando canto, cuando toco.

El juego de confesiones quedó suspendido después de mi gripe, dos semanas atrás, y no hemos avanzado tanto. Sin embargo, lo que sé de él, hace que dude de mis conjeturas respecto a Rowe. A Riah simplemente no lo veo como un hombre bajo, mentiroso. Él, si quisiera estar con alguien más, ya me lo hubiese dicho. Y yo… yo le he mentido mucho estos meses.

Llego a casa, Steve me marca cuando estoy por entrar, el auto de mi esposo no está y siento que el pecho se hunde más.

—Hola…

—¿Qué ha pasado?

—No sé dónde está. Ya lo busqué por todos lados y no lo encuentro. Quizá eso es lo que quiere, que no dé con él —musito recargada en la puerta.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Iré.

—Quiero ir al albergue, Steve, lo necesito —pido con voz estrangulada.

—Dame tu ubicación, voy para allá.

Se la mando y aguardo en la misma postura. No me siento bien, esa es la verdad, pero no quiero pensar en ello. Necesito saber que por lo menos está bien.

Llega menos de diez minutos después, salgo y subo tan solo con mis llaves y el teléfono. Me abraza con fuerza.

—Mierda, Desa, ¿no tienes idea de dónde esté? —pregunta mientras conduce. Se nota que agarró lo primero que encontró y se lo agradezco, agradezco que dejara todo por venir.

—No, y no quiero llamarle a su madre, no creas que soy su ídolo, tampoco el de su hermano —digo con acides—. De hecho creo que si Zakariah y yo rompemos, serán felices. Nunca me vieron para él —continúo amargada, irritada. Envuelve mi mano con la suya, se la aprieto.

—No te conocen —determina sin titubear. Lo miro de reojo y suelto el aire.

—Quizá.

—Aparecerá, a lo mejor solo necesita tiempo. ¿Qué pasó?

Le cuento a grandes rasgos y de inmediato su semblante cambia, se barre la cara con las manos.

—No jodas, tu esposo, el hermano de Kyroh, el tipo con el que he estado pasando las

noches, piensa que tú y yo estamos juntos, que soy la puta razón por la que has hecho cada una de las cosas locas de las que no tiene ni una maldita idea. ¿En serio?

Asiento pestañeando ante su bravura.

—Mierda, Desa.

—No pude sacarlo de esa idea, no me dejó —me defiendo.

—Ahora sí la cagaste, mujer. Y bueno, yo de paso por ser un metiche de mierda —se reprende pasándose una mano por el rubio cabello que apenas lo lleva sujeto por una coleta que vio mejores tiempos.

—Cuando pueda verlo le diré todo, no lo tomará contra ti, lo conozco.

—Venga, Desa, eso me importa un carajo, lo que suena horrible es que el hombre, tu hombre, ande por ahí pensando algo tan espantoso de ti gracias a todas las estúpidas mentiras que le dijiste. ¡Qué esperabas que hiciera si no sabe ni de mi existencia! —alza la voz, cosa a la que no estoy habituada, él es pacífico en lo general, nada impulsivo.

—¡No te pongas así! —respondo con el mismo brío, descompuesta. Respira y asiente, calmándose.

—Mierda, Desa, mierda de verdad.

—¿No te sabes otra palabra? —exclamo nerviosa.

—Muchas, pero esa queda bien para lo que generamos.

—Ya, para —le ruego. Me mira de reojo y luego me acerca a él por el hombro.

—Lo siento, ya, se solucionará, te lo aseguro.

—No quiero perderlo —gimo con una opresión en la garganta insoportable, con ese maldito sudor frío circulando por mi ser.

—No lo perderás. Solo… espera que se tranquilice, por lo que me cuentan Kyroh y tú, es un hombre inteligente, comprenderá que deben hablar cuando pase el impacto.

Llegamos al albergue, todos se muestran intrigados por nuestra presencia, pretendo ayudar a pintar. Steve niega decidido y le pide a Lira que me lleven a recostarme en una de las muchas camas y me ordenan tumbarme ahí. A saber qué cara traigo aunque imagino una fatal.

La encargada del lugar llama a Louisa, la chica con la que comparto algunas tareas y le pide que esté atenta. Me cubren con una cobija y ella comienza acariciar mi cabello sin hablar, haciendo una tonada arrulladora con su voz que va sosegándome. No me dirige la palabra, no me dice nada, solo me acompaña y yo se lo agradezco. No me doy cuenta cuando al fin caigo vencida dedicando mi último pensamiento a él.

Lo lamento, murmuro casi solo para mí.

30. Zakariah

Mi cabeza es una maldita hecatombe. Me siento violento, listo para moler a golpes a alguien. Desa besando a otro hombre. Desa compartiéndose con otro hombre. Desa riendo en la cama con otro hombre y mis sentidos revientan sin poder contenerlos.

Se veía tan hermosa enfundada en ese vestido, tan diabólicamente sensual. Su sonrisa, su manera de moverse, de mirarme, ese beso cargado de promesas, luego esos malditos mensajes. Fue como flotar por el cielo y de una terminar quemándome en el centro de la Tierra.

Loen, en algún momento me dijo, en uno de los partidos, que si no creía que ese comportamiento tan misterioso y diferente se debiera a otro hombre. La verdad me reí con total seguridad. Sabía que ella podría ser a veces inconsciente, inmadura e impulsiva, inconstante hasta antes de todo esto, pero esa mujer era mía completamente, o así la sentía a pesar de todo.

¡Fui un imbécil!

Pasé la noche en el gimnasio, tengo llave debido a la confianza entre mi entrenador y yo.

Suelo tener ropa en mi casillero, me mudé y golpeé el costal hasta que no pude más. Reventé mi cuerpo hasta sentir que cada puto músculo ardía. No fue suficiente, cuando amanecía y no bajó la ira, tuve que salir de ahí, no quería toparme con nadie. Conduje hasta el parque, busqué agua y luego comencé a trotar, pero al poco tiempo me encontré corriendo. Las lágrimas de decepción, de dolor, se perdían gracias a la velocidad que imprimía en cada zancada.

¿Qué debía hacer? ¿Por qué no fue honesta?

Maldita sea quería regresar, hacer que me dijera donde vivía ese idiota y matarlo a golpes, quería acabar con esa maldita casa, quería… olvidarla y fingir que nunca la tuve, que nunca me perdí en su cuerpo, que nunca… la amé como lo amo.

Apagué el teléfono horas atrás, no paraba de llamarme, de mandar mensajes que no deseo leer, ni ver. ¡Y una mierda! ¡La necesito lejos porque no quiero que me vea así!

Aunque me hirió mortalmente, jamás la lastimaría, no de forma física, si de por sí la manera en la que la traté me está masacrando, aunado a su traición. No debería sentirme además culpable, pero no puedo evitarlo.

Tantas señales, tantos avisos ahí, frente a mí. Quise creer que era otra cosa, que Desa estaba en busca de su camino que, de alguna manera, pronto me diría lo que de verdad ocurría, que se abriría a mí y todo sería distinto.

Me sentí tantas veces culpable creyendo que yo la había orillado a no confiar en mí por mi dureza, por esta forma que tengo de ser.

Pero estaba con otro. Solo era eso.

Realmente agotado, me dejo caer frente al mar, sobre la arena a unos metros del oleaje. El frío no importa, solo ella… lo que de alguna manera perdí sin darme cuenta. Me limpio el rostro cuando una lágrima solitaria sale y es que no me importa contenerlas.

Deposité en ella mi corazón, sentí que era la indicada a pesar de que nadie lo veía como yo, pero me importaba una mierda porque era mi elección, mi decisión y creí que Desa era la mejor de mi vida.

No la deseaba cambiar, si ella se hubiese mostrado realmente feliz siendo lo que solía, por mí hubiera estado bien, pero sé que no lo era del todo y eso me agobiaba. Ahora sé que tomó un camino que no me incluye, en el que no estoy y que esas sonrisas, sus expresiones, tenían una razón con rostro, un rostro que quería desfigurar.

-*-

Las horas pasan y aunque mi cuerpo está consumido, mi mente no se detiene. Intento analizar los detalles, encontrar algo que me diga lo contrario, pero su ropa desapareció, quizá esté en el sitio donde se comparten.

El dinero… ¿Lo necesitaba para estar con él? Aprieto los puños. Sus horarios extenuantes… La cafetería, ella se estaba preparando para irse. Comprendo de pronto. Me levanto recordando que no está tan lejos de ahí.

Llego minutos después, la busco con la mirada. Su turno los sábados suele acabar a mediodía, pero entresemana no. Eso es raro, caigo en cuenta.

La que es su jefa, me reconoce y alza la mano. Me acerco serio.

—¿Desa se encuentra mejor? —pregunta interesada, sonriente. No fue, comprendo.

—Sí —miento intrigado—. Quizá durante la semana no pueda venir los dos turnos —apunto fingiendo estar algo preocupado.

—¿Dos turnos? —repite confundida y siento que una lápida cae sobre mí, aunque finjo que todo va bien, normal.

—Es largo su horario —expreso como si fuese cualquier cosa.

—Bueno, el normal, a las dos está libre.

Quizá nota mi semblante, o mi turbación que ya no logro esconder.

—Cierto…

—¿Ya no desea regresar? ¿Te mandó? Porque me parece raro algo así de ella —pregunta incrédula. No la cree capaz de eso, si supiera.

—No, no. Pasaba por aquí y pensé en avisar, solo eso.

—Gracias, ciertamente la hemos visto desmejorada, debería ir al médico, quizá —propone sonriente.

—Se lo diré.

Salgo ahogándome, sudando frío. Ella no estaba ahí todas las tardes como siempre me dijo. Y empiezo a dudar de todo. De Camila, seguro ella la cubría. La rabia retorna y si bien mi cuerpo ya no puede más, necesito sacar esto.

No, ya es demasiado. Regreso a la casa, me importa una mierda que esté ahí, me tiene que explicar todo, yo no merezco por muy difícil que fuese, que me mintiera, que me usara hasta este grado. Es asqueroso, imperdonable.

Aparco lleno de rabia, su camioneta ahí está. Entro furioso, con el corazón como nunca antes partido en dos. La odio y la amo a pesar de todo y no sé qué duele más.

—¡Desa! —la llamo con cólera. Nada. Su bolso está ahí, noto.

Voy a la cocina, todo está limpio y ni rastros de lo preparado la noche anterior. Missy llora para que la saque de su lugar para dormir, decido que me espere. Subo las escaleras de dos en dos y abro todas las puertas. No hay nadie.

Mis pensamientos se disparan y mi respiración, agitada, se pone peor. Voy al vestidor, no noto que se haya llevado más… pero para estas alturas ya no lo sé, seguro ha sido poco a poco y por eso hay tantos espacios vacíos.

Abro su cajón del buró, espero encontrar algo, lo que sea, más pruebas de lo que me hizo, más pruebas que me terminen de partir el alma. Solo hay tonterías.

He pasado por tanto en mi vida, he presenciado el dolor, la desazón, el hambre, vi morir a mi abuela mientras mi madre tenía que salir a trabajar para mantenernos.

Creí, mil veces, que Kyroh nos dejaría también, pero luchó y ganó sus batallas. Peleé en las calles a cambio de dinero, las cicatrices que me marcan son el recordatorio constante de lo

que hice, de las veces que dejé inconsciente a alguien, de la necesidad que tenía de sacar toda mi impotencia y frustración, de esa sed de sangre que logré acallar.

Nada nunca fue jodidamente fácil, pero jamás supe lo que era que me traicionaran quienes más amo y por Dios que duele como el infierno.

No encuentro nada, salvo algunos papeles, libretas sin nada especial, un par de fotos nuestras… las tomo y arrugo con rabia. Me dirijo a esa habitación donde suele refugiarse. Abro el armario de golpe, no está su guitarra.

Respiro ansiando romper lo que ahí hay, porque sé que eso le dolería, o eso quiero pensar. Mi atención se detiene en su computadora y una libreta con anotaciones al lado.

Una dirección, abajo el nombre de una escuela. Arrugo la frente, intrigado. Abro su *laptop* y está sin clave, rebusco en sus últimos documentos. Nada importante. Regreso mi atención a las cosas que tiene ahí. Debajo de todo, una partitura se encuentra como olvidada, sin terminar y borrada de algunas partes, es solo una hoja arrancada de algún otro lugar.

Compone, comprendo con el corazón palpitando tras mi oreja.

—¿Qué más no sé de ti, Desa? —rujo aventando los papeles para un segundo después dejarme caer sobre el piso y cubrir mi rostro con las manos. Siento que no tengo ni idea de con quien me casé.

Se fue. No hay más. Se fue y listo. Dejó lo que no le importaba, incluyéndome, y se marchó.

Recargo la nuca en la parte baja del sofá, aturdido. La perdí y ni siquiera me di cuenta. Quise pensar que Desa era mi felicidad, en ella siempre encontré paz para mi ira, calma, sonrisas.

Desa me transporta a los límites del deseo, jamás imaginé desear a una mujer al grado con el que la deseo y es que idolatro cada maldito centímetro de su ser. Sus ideas, su irreverencia, sus ocurrencias. Dios, me encanta, creí haber conseguido lo que muchos nunca logran.

La veía y sabía que debía tener paciencia, que estos últimos meses tendrían una explicación… Me siento tan herido, con tanto odio de nuevo dentro de mí, bullendo.

Pierdo la noción del tiempo ahí, solo, en medio de todo eso que creí tenía un sentido, un motivo.

Anochece, pero no debe ser tarde aún, deben pasar de las cuatro, cuando escucho que tocan la puerta.

Quién mierdas puede ser y lo peor, no estoy de jodido ánimo para nada. Bajo y escucho llorar a Missy. Me siento una mierda y la rabia contra Desa regresa. La dejó también, nos dejó a ambos.

—Voy —grito e importándome una mierda que me esperen, la saco, pide que le abra el jardín y sale. Le sirvo algo de comer a la pasada. Me dirijo a la puerta.

No tengo una puta idea de qué haré de ahora en adelante, pero sí sé que en este instante podría destrozar esta maldita casa gracias a la cantidad de sentimientos infernales que me corroen.

—Zakariah —escucho. Es mi madre.

Respiro profundo. En serio esto es lo único que me falta. Abro obstaculizándole la entrada. Me estudia de arriba abajo, como cuando me examinaba después de que peleara y le mintiera sobre lo que hacía.

—¿Por qué no prendes el teléfono? —pregunta serena.

—¿Qué ocurre? —digo con sequedad.

Chasquea la boca, me hace a un lado y entra. Me giro, pero no cierro, pretendo que se

vaya cuanto antes. Observa su entorno, luego repara en mí, de nuevo.

—No luces bien.

—Ahora mismo no soy buena compañía y prefiero estar solo —refunfuño con voz dura, cruzándome de brazos a un lado de la salida. Sonríe torcidamente.

—¿Y Desa?

Que la nombre logra que me tense.

—No sé —respondo, asiente.

—Aquí algo pasó. Tu mujer te fue a buscar al gimnasio, le dijeron a Loen, y Kyroh me dijo que aquí llegaría.

—No les interesa lo que ocurra entre Desa y yo, tampoco estoy de humor para reuniones familiares, así que si me disculpas —y le señalo la puerta.

—Pasaré por alto tu majadería, Zakariah. Tú a mí no me das miedo.

—No pretendo que me lo tengas —digo estoico. Escucho un auto aparcarse. Rujo al voltear, es mi hermano—. De verdad, no estoy de humor. Si no se marchan me voy yo —amenazo conteniendo la rabia.

Mi mujer me dejó y ahora ellos… Carajo.

Kyroh me alcanza a escuchar.

—Espera, Zakariah —me pide al ver que tomo mi abrigo, yo me largo.

—No estoy de humor, Kyroh, en serio, no puedo ahora —rujo pero me detiene por el brazo, veo su mano y me sacudo. Mi madre luce calma, sin embargo, sé cuándo está decidida a algo y ahora mismo lo está—. ¡Agh! Tuve un puto día de mierda, en serio no puedo ahora.

—Soy gay —suelta mi hermano. Me detengo al tomar las llaves del auto. Me quedo estático y lo encaro. Eso ya lo sabía, lo que no entiendo es por qué lo dice así, en este momento. Él me observa y luego a mi madre, que tampoco parece sorprendida—. Sé que lo sabes, tu mujer lo sabe, ella te lo debió decir hace tiempo, de hecho.

—Sí —respondo sin agregar nada. Baja la vista.

—Nunca dijo nada, le di más de un motivo —reflexiona.

—Se los diste —concedo desconcertado y molesto por oírla mentar otra vez.

—¿No dirán nada? —pregunta confuso al notar que no hay drama por su confesión. Mi madre arruga la frente, evaluándolo.

—Sí —habla al fin. Mi hermano la observa, expectante—. ¿Por qué demoraste tanto en decirlo? —lo cuestiona, tranquila, pero intrigada. Kyroh se mete las manos en los bolsos de su vaquero, suspira.

—Temí sus respuestas —confiesa calmado, pero con la mirada puesta en un punto lejos de nosotros.

—¿Alguna vez viste que fuese una mujer idiota discriminadora, Kyroh? Son mis hijos, por Dios, lo único por lo que esta vida tuvo sentido. Qué carajos me importa tu preferencia. Uno no va por la vida diciendo que es heterosexual, ¿por qué debías ir tú diciendo que eres homosexual? Es absurdo —afirma, seria.

De pronto la encara, confuso.

—Fuimos duros con Desa —dice cambiando el tema, dejándome peor que con su repentina confesión. Mi madre, al escucharlo, baja la vista y sin que lo vea venir asiente, busca mi mirada, yo la capto.

—Tiene razón —avala con voz cargada de culpa.

—Desa y tú deben hablar —completa Kyroh. Su semblante es tan extraño que no lo comprendo.

—Lo que pasa entre ella y yo, es asunto nuestro —determino contenido.

—Lo sé, pero es importante. Ella no hizo lo que piensas —la defiende mi hermano y enseguida saca su celular, busca algo.

—¡Qué mierdas sabes tú! Escucha, Kyroh, tu sexualidad es tu asunto, eres mi hermano por encima de lo que elijas, siempre será así, pero ahora mismo no puedo con esto.

Me doy la vuelta, pero el sonido de una guitarra me detiene. He escuchado esa canción, volteo y él está mostrándome la pantalla de su teléfono. Es ella, es Desa. Mi piel se eriza. Está tocando… cantando, frente a unos niños. Lo tomo de un jalón, aturdido, pasmado.

—Steve está conmigo —habla con firmeza. Dejo caer la mano y lo encaro atónito—. Ella me lo presentó —explica al fin. Mi mente se detiene—. No hay nada entre ellos, te lo aseguro.

Siento un calambre recorrer mi cuerpo.

—Hijo —interviene mi madre, acercándose al notar mi desconcierto—. Habla con ella, no tengo idea de lo que pasó entre ustedes, pero tu mujer te necesita mucho ahora —susurra agobiada. La observo sin entender nada.

—¿Saben dónde está? —pregunto tembloroso, con todo explotando en mi cabeza, otra vez.

—En un albergue —responde Kyroh—. Steve me llamó hace un rato para explicármelo todo. Ambos apoyan ahí, por eso se conocen.

No comprendo un carajo. Desa, un albergue, la guitarra, esos niños. Mi madre toma mi rostro entre sus manos, logrando que la mire en medio de mi desconcierto.

—Yo sé dónde está.

31. Desa

La detonación justo en el rostro de Riah me hace despertar gritando aterrada. Niego con violencia, sudando.

—¡Desa! —logro escuchar, jadeo llena de angustia. Ese rostro, el rostro más bello de mi mundo ahí, desfigurado frente a mí, inmóvil. Gimo temblando y me sacuden—. ¡Desa, reacciona!

Es la voz de Lira, soy consciente de unas manos cálidas sobre mis frías mejillas y empiezo a volver en mí. La observo durante un segundo intentando distinguir sus rasgos hasta que lo logro.

—¿Lira? —pregunto con la voz pastosa. Asiente y me abraza frotando mi espalda, me aferro a sus brazos, aún con esa imagen en mi cabeza bien grabada. Debo encontrarlo, ir por él.

—Tranquila, sh, tranquila. —Me mese y eso logra que los latidos enardecidos de mi corazón disminuyan un poco. Cuando me percibe más relajada, me separa. Louisa también está ahí, me observa con agobio—. Desa, no sé qué esté pasando, evidentemente aquí siempre serás bienvenida, pero también te digo que no solucionarás nada si no lo enfrentas —murmura sin soltar mis ojos. Asiento trémula.

—Lo sé —admito, sonríe.

—Bien. Dormiste apenas dos horas —me informa un tanto preocupada, está oscuro, noto de pronto—. Deberías ir a casa y descansar.

Todo lo ocurrido las últimas horas cae sobre mí, mi pecho se oprime y siento que ya es demasiado, que ya no puedo con tanto. Busco mi teléfono, prendo la pantalla y no hay nada. Sollozo entristecida.

¿Si Riah no quiere escucharme? ¿Si nunca más quiere verme? ¿Si aunque sepa la verdad prefiere que nos separemos?

El miedo está haciendo circo maroma y teatro en mi sistema. Me encojo y aunque sé que necesito enfrentarlo, decido que debo tomar un poco de fuerza, distraerme, quizá.

—¿Siguen pintando? —pregunto cambiando el tema. Arruga la frente.

—Sí, ya están por terminar el patio interior, los pintores hicieron lo que requería andamios.

—¿Steve?

—Juega con los niños, ya sabes que les gusta ayudar pero es complicado —explica. Asiento sonriendo de pronto un poco más tranquila al evocar mis momentos a su lado, lo fácil que es dejarme llevar.

—Creo que iré a ayudar un poco —anuncio y me quito la cobija que tengo encima. Lira resopla, está en desacuerdo.

—Desa, debes descansar, estamos preocupados por ti —me hace ver mientras intercambia una mirada con Louisa que también asiente. Suspiro acomodando un poco el desastre que es mi cabello, aunque yo lo soy por completo en este momento.

—No lo estén. Solo necesito un poco de lo que aquí encuentro —aseguro contrariada, casi en súplica. Lira lo medita un poco y al final asiente.

—Promete que será un rato y luego te irás a descansar.

—Sí —miento. La verdad es que no quiero regresar a la angustia de esa casa. No puedo si no es con él.

Bajamos y todos están en algo. Me acerco y una de las chicas luce cansada, le digo que yo continúo, me sonríe agradecida y me da la brocha. Drake está al lado, me observa un segundo y sigue.

—¿Está bien? —pregunta sin dejar de trabajar.

—Sí —miento.

—No lo parece, menos con esos gritos que soltó hace un rato. Todos la escuchamos —sisea con cruda simpleza. Me avergüenza que los hubieran oído, pero no puedo hacer nada al respecto, necesito sacar la imagen de Riah ahí, frente a mí. El dolor ya es insoportable en mi pecho. No puedo imaginar lo que está sintiendo, lo traicionado.

—Una pesadilla —repongo agotada, pero sin dejar de pintar.

—Es por lo que pasó, ¿no? —inquiere.

—Sí.

—La primera vez que uno se topa con la muerte, esta nos cambia —murmura.

—Supongo —concedo concentrada, encontrando sentido en eso.

—Mary está con su tío y su abuela —dice de repente. Me detengo extrañada, él no, solo sonríe de forma torcida—. Ellas eran de aquí, bueno, su madre, era hermana de uno de los del barrio. Se fue hace muchos años porque ese hombre se lo pidió. A saber cómo se conocieron y esas cosas, pero… al regresar, todos estaban enojados con ella, por eso buscó refugio aquí —explica y yo me quedo asombrada, digiriendo esas palabras y vuelvo a lo mío—. El tío de Mary es uno de los nuestros, uno que es ley aquí, por eso pidió que todos la cuidemos, por eso este lugar siempre estará a salvo y las mujeres de aquí, también —termina.

Paso saliva un tanto descompuesta. El hombre debe ser algún tipo de mala reputación, alguien que infringe la ley, asumo, pero eso no lo hace de mal corazón, imagino, o la verdad es que ya no sé qué pensar.

—Usted no se preocupe, solo quería que lo supiera.

—Gracias —atino a contestar.

Pinto y cada pasada a la pared siento que será la última. Por un lado, el agotamiento de nuevo me está ganando y, por otro, sé que lo mejor es regresar a casa, seguir buscándolo hasta dar con él.

Debo decirle todo suceda lo que suceda, tenga las consecuencias que tenga porque él no merece estar pasando por esto, porque no merece que le haya mentido, porque no merece haberse casado con una mujer que no tenía ni rumbo, ni convicciones, que se redujo a sí misma a aquello que solía ser por temor a no ser suficiente como tantas veces pensó que era.

Riah estuvo ahí, silencioso, siendo, de alguna manera un andamio en mi camino, jamás un obstáculo. Pero yo, acostumbrada a recibir tan poco, a ser criticada, juzgada y menospreciada, creí que haría lo mismo.

Lo cierto es que, ahora mismo, todo luce diferente y comprendo al fin, que si no le dije nada fue porque tenía miedo de que para mí esto fuese pasajero, que solo estuviese entusiasmada por la novedad. Pero no es así, este lugar es parte de mi mundo y lo defendería tanto como lo defendería a él.

Una de las mujeres que está a mi lado y que silenciosa pinta, me da un pequeño empujón con el hombro. La miro intrigada y señala con la barbilla hacia la entrada del amplio patio.

Volteo despacio.

Mis pulmones se paralizan y mi piel se eriza de forma instantánea. Dejo caer la brocha, llena de asombro, mi corazón se detiene y mi mente también.

Riah está ahí, de pie, observándome de una forma que no comprendo y yo solo puedo

pensar que no existe nadie más perfecto que él.

32. Zakariah

En cuanto entro a aquel sitio mi memoria despierta y retrocedo muchos años, tantos que caen como una cascada sobre mí y una marea de recuerdos me inundan…

Las cicatrices del hambre, golpes, abusos, están en cada uno de nosotros, y justo cuando todo iba mejor de lo que algún día imaginé, la vi en aquella fiesta…

El mundo cambió de dirección casi de manera instantánea, sus ojos de pronto sosegaron mi ser como nunca nada, su sonrisa entibió algo dentro de mí que no sabía siquiera que viviese con frío.

Ese menudo cuerpo se convirtió casi al instante en mi fantasía personal y entonces entendí eso que mi madre me dijo muchos años atrás, cuando todo parecía oscuro: «Tengo la esperanza de que ahí afuera, haya alguien que te hará sentir.»

En aquel momento no entendí a qué se refería, pero en ese instante lo supe, era ella. Fue algo casi mágico, irremediable, debía tenerla en mi vida, comprendí cuando noté que en sus ojos marrón se conformaba la misma idea.

Y estoy aquí, sin poder creerlo, sin comprender cómo es que la vida mueve sus hilos. Es este lugar, aquel que años atrás nos dio una oportunidad y simplemente parece una broma del destino, una impresionante jugada.

Avanzo recordando cada recoveco, evocando tantos momentos, el aroma, los muros…

Una mujer se acerca intrigada.

—¿Necesitas algo? —pregunta en alerta. Le sonrío sin poder salir del impacto.

—Busco a Desa, mi esposa —y decirlo así me llena de un orgullo que impregna todo mi ser. Me sonríe a cambio señalándome el camino.

Cuando mi madre me dijo que estaba en ese refugio en especial, quedé en *shock* al igual que Kyroh, que al parecer no sabía que era el mismo donde pasamos aquella época que cambió todo para nosotros. Ella, con la mirada nublada pegó su frente a la mía.

—Está ahí, ayuda ahí —susurró compungida. Me separé aún descolocado, incrédulo.

—¿Cómo? —pregunté en un susurro. Se encogió de hombros, sonriendo, mirándonos a ambos, aturdida.

—No sé, hace una semana Ame fue, a veces lleva ropa, cosas… Y la vio. Me llevó. Hacía años que no regresaba, los recuerdos duelen, ya lo saben. Insistió tanto que acepté acompañarla. Desa colabora ahí en muchísimas cosas, además, canta, toca la guitarra de una manera hermosa. Hijo, tú siempre viste en ella lo que nadie vio.

—No lo puedo creer —dijo Kyroh, atónito, recargándose en un muro contiguo, con la mirada un tanto desorbitada.

Mi madre lo miró durante un segundo, luego a mí.

—Ni yo cuando la vi, me pidió que no te dijera nada, prometió que ella te lo contaría. No quise meterme, de por sí he sido dura con esa chica que no le hace mal a nadie, al contrario, y como esa zona es peligrosa, le puse un escolta. La ha estado cuidando… Escucha, Zak, debes ir con ella, te necesita —me apremió.

Sin poder siquiera registrarlo me encontré conduciendo hasta este lugar tan importante en mi vida.

Mis ojos la encuentran en medio de varias personas que pintan con brochas los muros, lleva una chamarra larga, negra, su cabello medio agarrado y esas botas oscuras que cubren sus pies.

Tiemblo, tiemblo de solo pensar en todo lo que esa mujer que está de espaldas ha hecho y jamás supe, en lo asombrosa que es, en lo mucho que la amo y que jamás se lo he dicho por desear darle tiempo a sentirlo. Pero ahora ya no me importa, debe saberlo.

Experimenté, por unas horas, lo que era perderla y sé, ahora más que nunca, que jamás podría estar sin su presencia porque Desa es la pieza que faltaba en mi vida, porque logró llegar a donde nadie nunca, porque es la mujer que elegiría una y mil veces, porque es ella… así, sin explicación.

33. Desa

—¿Quién es? —pregunta una de ellas. No le respondo porque dejo caer la brocha sobre el papel que cubre el piso, debido a la impresión, a mi necesidad de él y me acerco sin saber qué esperar, pero decidida.

No tengo una maldita idea de qué hace aquí, de cómo dio conmigo. En este momento no puedo pensar con claridad, solo puedo ser consciente de sus ojos sobre mí, de su manera fiera de estudiarme, de su postura segura, llena de aplomo, de su enorme cuerpo listo para lo que sea.

Dios. Cuánto lo amo.

—Yo… —empiezo cuando lo tengo a tan solo un paso. Mi garganta escuece, mis ojos pican y todo mi cuerpo se siente trémulo—. Debes escucharme —le suplico dando otro paso, temiendo que lo retroceda.

Soy consciente de todas las miradas sobre nosotros, no me importa, solo puedo centrarme en él, en eso que remueve, en eso que genera, en esta mujer que ha despertado sin saberlo. Tengo miedo de que no me escuche esta vez, y se vaya…

No consigo seguir hablando porque me toma por el cuello, baja la cabeza y me besa con una ternura voraz que barre con todo dentro de mí. Gimo al percibir su maravilloso sabor adentrándose, perdida en las sensaciones.

Dios. Dios.

De pronto se separa y pega su frente a la mía, suspiro ante lo que ocurre, incrédula, perdida.

—Tú eres única y te amo… te amo muchísimo, Desa —asegura con voz gruesa y cada palabra dicha entra en mí, viaja por mi piel, mi sangre y desemboca en mi estómago que se aprieta junto con mi garganta.

Sollozo inconscientemente, anonadada y, de pronto mis ojos escuecen y soy consciente de que una lágrima sale, luego otra, otra y otro sollozo más fuerte y me rompo a llorar como nunca lo he hecho, ahí, frente a él, frente a todos, después de haber escuchado lo más hermoso que me pudo haber dicho.

Me sacudo sin poder contenerlo, *¿qué pasa?*

Su cuerpo grande me rodea mientras yo cubro mi cara sin poder contener el torrente que me embarga.

No lo puedo creer… chillo en el peor momento y no lo logro parar porque todo dentro de mí está despierto, porque siento que todo lo que soy emerge, porque lo tengo a mi lado, porque no sé qué ocurrirá pero sé que se quedará aquí, porque siempre lo ha estado.

—Des —escucho que me llama con dulzura. Está agachado, volteo el rostro. Ya empapé su sudadera—. Estás llorando —dice con la voz más tierna que le he escuchado, aliviado. Asiento sorbiendo la nariz alzando mi cara, en medio del llanto apenas si puedo distinguirlo. Sonríe y besa mi cabeza con aprensión—. Te amo, mi sol —escucho otra vez y lloro aún más, perdida en su aroma, en la seguridad de los únicos brazos en los que quiero estar.

No sé cuánto tiempo duramos así, pero el llanto no cesa. Me busca separar con suavidad, pero lucho para que no lo haga.

—Deberías llevarla a casa, necesita descansar —escucho la voz de Steve. A regañadientes salgo de mi lugar seguro y lo miro, hipeando. Me tiende un trozo de papel para que me limpie el rostro, sonriendo—. Soy Steve —se presenta con seguridad y yo me quedo

petrificada.

Me separo temblando cuando veo que él le regresa el gesto, educado, agradecido incluso.

—Es un gusto —responde mi marido dejándome estática. Lloro sin cesar como una tonta, Riah no me suelta.

—No es lo que piensas —murmuro chillando, me mira fijamente.

—Es mucho más, mi sol, y quiero saberlo todo por ti —expresa con tono suave que me desarma.

—¿Cómo, por qué? —pregunto sin entender nada de lo que ahí pasa. Juré que si Zakariah lo conocía así lo mataría, pero luce civilizado.

—Le dije todo a Kyroh —me informa Steve sin culpa—. Era necesario, Desa —se defiende antes de que yo logre decirle algo, pero la realidad es que no puedo ni hablar, esto de llorar es horrible y yo no logro parar. Soy una masa de mocos y lágrimas. El llanto vuelve y Zakariah me rodea protector.

—Lo lamento, lamento todo —digo contra su pecho y busco su mirada. Él me encuentra, acaricia mi rostro con cuidado.

—Yo también —asegura buscando mis labios y rosándolos apenas. Me quedo con ganas de más, pero se separa y une su frente con la mía—. Vamos a casa —casi ruega. Asiento con el rostro empapado.

—No puedo dejar de llorar —me quejo. Él sonríe de esa forma única.

—Entonces no lo hagas —repone con sencillez.

Me despido de Lira después de presentarlos, le doy un beso a Steve que responde guiñándome un ojo y salimos de ahí. El coche está aparcado casi enfrente y un par de chicos lo observan, noto como Zakariah se tensa, pero al ver que me acerco, se alejan y solo musitan: «bonito auto.»

Me subo y él arruga la frente cuando se pone al volante.

—¿Los conoces? —inquiere prendiendo el motor.

—Ellos a mí sí. Tengo mucho que contarte —susurro con el pecho atascado, limpiando mis ojos una y otra vez. Sonríe tomando mi mano y besándola sin parar

—Yo también, Desa.

Llegamos a casa, Missy nos recibe ladrando alegre, luego, como suele, empieza a perseguir su cola, ambos nos reímos.

Me ayuda a bajar la cremallera de la chamarra, después me la quita despacio. Ya no estoy en pleno llanto pero mis ojos no dejan de lagrimear. Acaricia mi talle y me acerca de esa manera que tiene. Lo miro fijamente, acerco su rostro al mío y antes de besarlo susurro:

—Te amo.

Su mirada es algo que nunca olvidaré, sus ojos se iluminan de una manera irreal, me alza y besa con pasión, con promesas, con deseo.

—Podría escucharlo el resto de mi vida —asegura mientras me sube a cuestas por las escaleras, lo beso de nuevo y lo repito.

—Te amo, Zakariah.

—Te amo, Desa.

34. Zakariah

Ese «te amo» retumba en mi cabeza generando un eco infinito. Hasta este instante no comprendo lo mucho que añoraba escucharla decirlo. Un sentido diferente me arrastra y revuelca.

Desa es mi mujer, es quien despierta en mí un Zakariah distinto, es mi incendio personal, pero sobre todo, es el anhelo de que sea mi pareja, mi compañera y es, hasta en este momento, que lo veo posible.

Desa es mi contraparte, no importa qué elija, cómo lo elija, mientras me permita ser parte de su vida entiendo que estaremos bien.

Me busca desnudar sujetando los pliegues de mi sudadera. Apelo a toda mi fuerza de voluntad porque solo Dios sabe cómo me enciende con tan solo existir, pero tiene unas profundas ojeras, además de líneas rojizas bajos sus ojos, está muy pálida a pesar de tener su nariz y mejillas enrojecidas debido al llanto.

No, no puedo, no debo

—Des —susurro sujetando su dulce rostro entre mis manos. Ella luce calmada, cosa que me da paz, pero no saludable, nada más lejos de eso—. Tenemos mucho que decir, una larga plática que esta vez no se irá a ningún sitio, pero antes debes dormir.

Mi mujer niega.

—No, no puedo esperar, Riah —solloza y me encanta verla así, mostrándose al fin por completo. Beso su frente, luego su boca. Sus lágrimas humedecen mi piel.

Mierda, es tan dulce a pesar de ese carácter que tiene.

—Estás por desmayarte… —insisto.

Ella niega y se quita la camiseta que lleva puesta.

OK, mi determinación desciende varios peldaños al ver sus pechos cubiertos por aquel sujetador de encaje negro, su vientre cremoso, su cabello despeinado cayendo por sus hombros y llegando por debajo de sus senos.

Sí, está hecha para mí, solo para mí.

—Te necesito —susurra con suavidad, aunque con un dejo de ruego. Ya estoy excitado, ella lo sabe muy bien—. Tócame, necesito sentirte, Riah —pide con la voz rota, insegura.

Sacudo la cabeza. Este momento está siendo diferente, se siente diferente.

—Yo también necesito sentirte —replico en susurros, conteniéndome, entonces toma mis manos y las coloca sobre sus senos.

Mi autocontrol se va al drenaje justo cuando palpo esos pequeños pechos y comienzo a mover el pulgar, su pezón se hincha. Mi boca se hace agua. Jadea y mi erección me avisa que no soportará mucho, no cuando se trata de ella.

Paso mis manos por sus costados hasta llegar a su espalda, encuentro el broche del sujetador y lo abro. La prenda queda floja y se la paso por los brazos, despacio. Des sonríe satisfecha cuando la dejo totalmente expuesta ante mí y amaso sus senos, los pellizco con cuidado y ella respinga, pero no me quita los ojos de encima.

Acerca su mano hasta mi abdomen y alza mi sudadera. Me la quito con su ayuda, luego mi camiseta y repasa con sus yemas mis pectorales, mi vientre, dejando una estela de fuego.

—Eres irreal, Riah —asegura ahora tocándome también con su otra mano, de una forma delicada pero decidida. Es como si me estuviera explorando por primera vez. Mi piel se eriza.

Mis manos rodean su cintura, entonces sus senos quedan sobre mi pecho. Suspira ante el

roce, bajo la cabeza.

—Tú eres tan especial, Desa, además de hermosa —determino buscando sus labios.

Nos besamos con cuidado, despacio. Es como si en este momento lo urgencia no existiera, esa que siempre nos dominó, en cambio existe una calma que nos envuelve y exige ir despacio, degustando lo que nos ocurre.

La quiero para mí, la quiero entera, la quiero imperfecta, la quiero mujer, la quiero ahora y siempre.

—Te amo —dice de nuevo y sonrío contra su boca. Me separo, sujeto su rostro con mis manos y acaricio sus labios, deleitado.

—Desde hace tiempo que yo te amo a ti, solo quería esperar a que sintieras lo mismo para decírtelo, mi sol —susurro perdido en sus ojos chocolate. Sujeta mis manos y las aprieta.

—Gracias, gracias por ser quién eres, por estar a mi lado a pesar de que soy un desastre, por no rendirte conmigo.

—Desa, cuando me casé contigo, no pensé en que todo sería sencillo, ni fácil, nada que vale la pena lo es, solo pensé en que valía la pena pasar por todo lo que debíamos, si te tenía a mi lado. Qué tú valías la pena.

Necesitaba que mis palabras dichas la noche anterior se borraran de su mente, porque habían tenido el único objetivo de herirla, porque yo estaba herido, pero jamás fueron reales, jamás lo han sido.

Sus labios tiemblan y asiente lagrimeando.

—He hecho todo mal —dice arrepentida, con la voz rota. Sonrío sacudiendo la cabeza.

—Te amo, mi sol, así, como eres te amo —le aseguro con certeza. Suelta mis manos y las enrosca en mi nuca, poniéndose de puntillas.

—Hazme el amor, Zakariah —pide casi sobre mi boca. Mordisqueo su labio inferior acercándola del todo a mi cuerpo, ella hace lo mismo, pero enseguida nuestros labios no resisten la distancia y nos besamos.

Su lengua me busca, la mía también y se unen con delicadeza, con cuidado. Es un roce profundo, dulce y lleno de hambre.

La tomo por la cintura y la acerco a la cama, me alejo de su boca para viajar hasta la parte baja de su oreja. Echa su cabeza hacia atrás, sujetándose de mis hombros, paso mi lengua por su cuello, deteniéndome un poco para succionar esa vena que late, es su pulso. Jadea totalmente abandonada.

Desciendo hasta hincarme frente a la única persona con la que podría hacerlo, e introduzco uno de sus pezones rosáceos en mi boca. Se aferra a mi cabeza mientras con mi otra mano jugueteo con el otro seno. Me fascina su textura, su sabor, su forma de hincharse con tan solo un roce. Poso mi atención en el otro y sé que Desa ya tiembla. Mis manos pasan por su trasero, hacia el botón de su pantalón, lo abro sin sesgar en mi labor y bajo la cremallera.

Suelto su seno para quitárselo despacio. Alzo el rostro, me mira con picardía, mientras apoya una de sus manos en mi hombro para no caer y la otra la usa para hacer a un lado su melena.

Me alejo un poco para contemplarla, con aquella braga negra a juego con el sujetador.

—Eso era parte de la cena, ¿no es así? —pregunto con voz seca, culpable.

—Eso era para cuando llegáramos a este momento —me corrige con dulzura. Beso su pubis sujetándola por su delicioso trasero.

Gime.

—Entonces… —susurro sobre su piel—, debes saber que me gustas más sin ellas —le

digo haciendo a un lado el resorte para tocarla. Desa se sujeta de mí por completo, cerrando los ojos y comienzo a jugar con mis dedos ahí, en su centro, mientras beso su cadera, su ombligo, su vientre bajo.

—Riah —ruega.

Está empapada. Me yergo y quito los pantalones. Des respira agitada. Me ayuda con el bóxer, cuando quedo del todo desnudo, sonríe y me toca rodeando mi masculinidad. Jadeo sin soltar sus ojos. Sabe cómo hacerlo, le he mostrado ya lo suficiente, pero ahora mismo ansío estar dentro de ella.

La beso con deleite, retiro su mano y la alzo para recostarla sobre nuestra cama.

Me coloco sobre su cuerpo, abre sus piernas para recibirme y me rodea por la cintura. La beso de nuevo, al tiempo que con mi miembro rozo su excitación, humedeciéndome. Se pega más, pero no dejo de hacer aquello, logrando con eso que me bese con mayor exigencia.

Me separo un poco, abre los ojos y entonces comienzo a penetrarla muy despacio. Me cuesta un mundo contenerme, es tan apretada, tan delicada, pero quiero ir lento. Ella lo nota y no suelta mi mirada.

Voy adentrándome cada vez más, observándola por primera vez. Arruga la frente, emite un ronroneo abriendo la boca ante la intrusión, yo respiro con fuerza, pero no dejamos de vernos. Pronto estoy del todo clavado en su menudo cuerpo.

Acaricio su mejilla, su cabello, su oreja y sus labios.

—Te amo, mi sol —le repito con suavidad. Sus ojos dejan salir algunas lágrimas que ruedan por los costados de su hermoso rostro.

—Te amo, Riah, tanto…

Comienzo a moverme, voy y vengo despacio, con cuidado, yendo cada vez más hondo. Enredo mis dedos en los suyos, colocándolos a los lados de su rostro y entonces, le hago el amor.

Terminamos al mismo tiempo, sin haber dejado de vernos ni un solo segundo. Verter en su ser el mío me da la certeza de que no necesito ya más de la vida, en serio que no.

Sin embargo, esta ocasión, la sentí diferente, fue como si mi placer se hubiese confundido con el suyo y hubiéramos generado uno solo, el nuestro.

Me derrumbo sobre ella después de besarla con suavidad. Noto que su cuerpo se sacude un minuto después, percibo sus lágrimas. Llora de nuevo y yo solo puedo pensar que la amo mucho más. Me separo un poco.

—Riah… yo —intenta decir. Niego besando los laterales de sus ojos

—No puedo creer que llorando te veas también tan hermosa, mi sol —susurro hipnotizado. Sonríe avergonzada.

—No mientas, soy un desastre pero no puedo parar —admite acariciando mi cabellera rala. Me besa despacio, yo a ella, seduciendo la suavidad de su boca, complaciendo a mis sentidos.

—Eres mi luz, Desa, lo fuiste desde que te vi y tus momentos oscuros solo lograron que lo viera con mayor claridad —le aseguro.

Entonces llora aún más. La abrazo con cuidado, reconfortándola. Me fascina.

-*-

Nos damos una ducha en la que ella insiste. Antes de buscarla había tomado una, imposible aparecerme de aquel modo, olía a rayos, pero Des no está para negativas. La ayudo a lavarse, luce agotada, ya a un grado que no me agrada. Minutos después nos recostamos desnudos de nuevo sobre la cama, mirándonos, acariciándonos el rostro y es que no me canso de perderme en

sus rasgos, es lo más hermoso que existe en mi mundo, de eso no tengo duda.

—Necesitas dormir —digo pasando un dedo por sus ojeras. Asiente.

—Lo sé, pero debo contarte todo antes.

—Puede esperar —propongo ya un tanto desquiciado por su semblante.

Niega con firmeza y se sienta decidida. Me paso una mano por el rostro.

—No, ya no —determina cubriéndose un poco con la sábana.

La conozco lo suficiente como para saber que sí, tiene razón y que si no habla, tampoco descansará como definitivamente es indispensable.

—Bien —concedo resignado y me acomodo frente a ella.

Baja la vista y juega un poco con la tela que la cubre, su cabello la envuelve y se ve tan hermosa que me cuesta tener otro pensamiento que no sea besarla, abrazarla, cuidarla y amarla.

—Hace unos meses, cuando… hablamos sobre tener hijos —comienza sin verme. Tomo su barbilla y hago que clave sus ojos en mí para que continúe, cuando estoy seguro de que no bajará el rostro, la suelto. Llena de aire sus pulmones y sigue:

—Tenías razón, no sabía qué quería de mi vida, no sabía qué hacer, qué rumbo tomar y me sentía tan perdida… La vida que llevaba era buena, me hacía feliz hasta cierto punto, pero… no me sentía completa —admite con franqueza—. Y me costó entenderlo, sin embargo, ahora sé que tú lo veías, lo notabas.

—Solo quería saber que eras feliz con tus elecciones —intervengo con suavidad, busca mi mano y la aprieta, yo también la suya—. Pero no siempre fueron las mejores formas.

—No lo era, Riah, no era feliz con ello. Nunca lo he sido. Me he ocultado de ti, de mi familia, de mis amigos, de… mí. De pronto me sentí acorralada y conocí a Steve por casualidad, él tocaba la guitarra en un parque a unos niños…

Y empieza a contarme una asombrosa historia que me deja con los ojos bien abiertos, azorado y lleno de una intensa admiración.

—Lamento lo de la ropa, lo de las joyas. No debí hacerlo, estuvo mal, devolveré el dinero, lo prometo y…

No puedo más, ella no tiene ni idea de lo que para mí significan cada uno de sus actos y una mierda, la amo por completo, así que la tomo por el cuello y la beso. Un segundo después busco sus ojos, llora otra vez y nada es más tierno que mi sol con lágrimas, nada.

—No tienes nada que devolver, por Dios, lo mío es tuyo. ¿Por eso entraste a la cafetería? —comprendo alejándome.

Hipea. Se ve tan hermosa así que deseo comérmela entera, pero no es el momento.

—Sí, tampoco iba doble turno, es solo que quería ir al albergue. Camila tampoco necesitaba mi ayuda… —confiesa agobiada.

—¿Por qué callaste? —pregunto al fin. Creo que esa es la parte que más miedo me da escuchar.

Retuerce sus manos, nerviosa, pero me enfrenta con sus bellas lágrimas humedeciendo sus mejillas pálidas.

—Porque aquel día que ayudé al niño me dijiste que debía ocuparme de mi vida antes que de la de los demás, porque creí que lo verías como una tontería, algo para gastar mi tiempo de forma absurda, porque… —baja la vista— no confiaba ni en mí para realmente estar segura de por qué lo hacía.

—Desa —la llamo, me mira tras sus ojos acuosos—. Yo estuve ahí —revelo serio. No comprende y arruga la frente sorbiendo la nariz—. Mi sol, yo pasé un tiempo, de adolescente, en ese refugio —le aclaro. Al entender lo que quiero decirle, solloza de forma onda y enseguida

llora negando cubriéndose la boca—. Sí, ahí conocimos a Ame y sus hijos, ahí… mi vida cambió —le digo notándola profundamente conmovida, aturdida.

Mi piel se eriza, entonces, en pleno llanto se yergue, la sábana que la cubre resbala y me abraza llorando con mayor fuerza. La rodeo pegándola a mí, escondiendo en su cabello mi rostro.

—Debí hablarte antes de mi vida, debí abrirme a ti, todo hubiese sido diferente para ambos —susurro arrepentido, acariciando su espalda desnuda. Niega en mi hombro.

—Eres más de lo que merezco —la logro escuchar entre sus sollozos.

La separo negando con firmeza, buscando que me mire, lo hace.

—Jamás vuelvas a decir eso. Lo que te dije ayer fue porque estaba dolido, eres lo que más amo, y cada maldito segundo que he luchado por ti ha valido la pena, Desa, porque tú, mujer de mi vida, vales la pena, necesitamos que lo entiendas de una vez —exijo con vehemencia.

Llora más y parece una fuente interminable. La acerco a mí, acomodándola entre mis piernas, recarga su mejilla contra mi pecho, agotada, cuando al fin la percibo más tranquila, habla de nuevo:

—Vi morir a un hombre frente a mí y como él mataba a una mujer, con una pistola— suelta con voz angustiosa. La escucho y detengo mi caricia. Se separa un poco, es difícil concentrarme con su pecho desnudo, pero en este instante me encuentro asustado por esta declaración.

Retorciendo sus dedos me narra lo acontecido.

—¿Cuándo fue eso? —deseo saber, agobiado, también alterado, no puedo negarlo.

Nunca debió presenciar algo tan atroz, pero me deja aún peor saber que estuvo dispuesta a dar su vida por la de aquella niña que apenas si conocía. La verdad es que Desa, en unas horas, ha logrado que me sienta abrumado por ser lo que es, aunque me parece que aún queda un trecho para que ella lo note y eso me parte el corazón, lo cierto es que ahora, a diferencia de antes, la veo lista para hacerle frente.

—El lunes —responde y su mirada está turbia—. No puedo dormir, Riah. Hoy soñé que a ti… No, no puedo siquiera repetirlo —dice en pleno llanto.

Maldición, más cosas encajan. La acerco a mi pecho de nuevo y la abrazo intentando que con este gesto se sienta segura.

—No me pasará nada, no ocurrirá nada. Todo está bien, mi sol, todo irá bien te lo juro.

—Necesito que eso salga de mi cabeza —suplica entre lágrimas que apenas la dejan hablar. No sé qué decir, solo atino a envolverla con mi cuerpo, estoy en *shock*.

Llora durante un rato en el que me tranquiliza que, por lo menos ahora, tenga una manera de sacar la emoción, que yo lo sepa todo.

Hay mucho qué decir aún, pero en este instante saberla tranquila es lo primordial. Esta semana realmente fue caótica para ella, por no decir estos meses.

Me recargo con cuidado en las almohadas, con su cuerpo menudo casi sobre el mío. Siempre logra acurrucarse de una manera tal que parece haber sido hecha para encajar en mí.

Nos cubro con las cobijas, contengo su espalda rodeándola con el brazo hasta su cintura y acaricio su cabello, su rostro, besando una y otra vez su cabeza. No debió ver algo tan espantoso, pienso mientras noto que el llanto comienza a disminuir y su respiración se empieza a relajar.

—Estoy aquí, nada pasará —le repito una y otra vez. Asiente sin moverse, exhausta.

Ambos estamos hechos trizas, aunque en definitiva ella mucho más. Si no duerme bien, haré que tome algo para dormir, esto lleva semanas, y puedo apostar lo que tengo a que esta última fue la peor.

Pronto su respiración se escucha pausada, su cuerpo empieza a entrar en ese calor propio

del sueño. Recargo la nuca en la cabecera, azorado. Esta mujer así, pequeña, sonriente, vital, es más fuerte de lo que nunca pensé.

Su grito me despierta horas más tarde. Tiembla de forma convulsa, suda. La sujeto por la cabeza y hago que me vea tomando su rostro entre mis manos.

—¡Ey! Está todo bien, Des. Todo está bien —le hago ver con certeza. Me mira aterrorizada.

—Tengo miedo de cerrar los ojos —tartamudea con voz temblorosa, está muy alterada.

¡A la mierda! Salgo de la cama dejándola sola el tiempo que me lleva ir por el medicamento y su computadora. Me observa sin comprender desde la cama, luce tan frágil que me rompe. Enciendo su *laptop*, le tiendo la pastilla y el vaso con agua.

—No es necesario —se defiende aturdida.

—Lo es. Tómala, Desa, o te llevaré al médico. No juego —sentencio con voz firme. Vencida se la pasa sin perder de vista lo que hago; conecto una bocina externa por *bluetooth* y esa canción que alguna vez escuché con sus audífonos, inunda el lugar. Se queda pasmada ahí, desnuda, en medio de la cama, con su cabello largo cubriendo sus dulces pechos—. Tú la compusiste, ¿no es así? —inquiero con suavidad. Asiente nerviosa, sonrío y me meto bajo las cobijas. La jalo por la muñeca y la recuesto sobre mi pecho.

—¿Cómo supiste? —pregunta tensa.

—¿Quién más podría haber hecho algo tan hermoso? —repongo acariciando su brazo, alza un poco su rostro para mirarme, le sonrío a cambio.

—Siento que de ti nunca pude esconderme.

—Entonces ya no lo hagas, mi sol, porque si te empeñas, de todas maneras, daré contigo.

Sonríe lánguida. Espero que la medicina esté haciendo su trabajo porque Desa está a punto de colapsar ante la falta de descanso.

—¿Lo prometes? —la escucho decir casi dormida.

—Lo juro, mi amor.

Despierto con su cabello enredado en mi brazo, bajo mi nariz. Sonrío al comprender que logré que al fin descansara. Son casi las once del día siguiente. Me separo con cuidado. La canción se ha repetido toda la noche y es tan hermosa que podría escucharla la vida entera, tal como su voz.

Se queja al sentir que me alejo, pero no despierta. La cubro bien, me pongo algo encima y salgo de la habitación sin hacer ruido.

Missy se muestra alegre, como siempre, abro para que salga y decido preparar algo para comer, rujo de hambre.

Evoco, mientras me muevo por la cocina, la mesa puesta el viernes, la comida, como se veía.

Niego lamentando la manera en que se arruinó todo. Debí preguntarle antes de asumir algo que nos lastimó tanto, pero ya no podía más, eso tengo a mi favor… Desa se escurría entre mis manos y el miedo a perderla creció con cada día que la entendía menos, que sentía que me ocultaba algo… Y lo hacía, pero jamás debido a eso que pensé al ver los mensajes de Steve.

Sonrío sacudiendo la cabeza y le doy un trago a mi café, perdiendo la vista en la ventana. Missy persigue un pajarillo, brincando.

Sabía lo de mi hermano, es algo que en realidad no me importa ni cambia nada respecto a lo que creo o pienso de él, ¿por qué debería ser de otra manera? Pero al conocer a Steve, ayer, se hizo real. Ese chico decidido, accesible y atento podría ser la pesadilla de cualquier hombre celoso, debo admitir, pero saberlo con Kyroh me hizo sentir alegre por él.

Enterarme de que Desa y Steve son amigos, que ayudan en el mismo lugar donde

pasamos tanto, es casi absurdo, una broma cruel. Creo que eso, de todo, es lo que más en *shock* me tiene. Cómo fue que surgió su amistad es algo asombroso, desde la música, desde eso que ella se ha negado a aceptar, a ser y que él supo cómo hacer que se lo mostrara. Debe valer la pena, determino.

Sacudo la cabeza.

Mi hermano, su pareja, es increíble que los dos estemos con ese par que dedican sus horas a ese sitio donde nuestra vida cambió.

Es insólito.

—¿Qué te da risa? —escucho esa dulce voz justo cuando sus brazos rodean mi cintura. Siento sus labios sobre mi espalda, suspira. Dejo la taza sobre la encimera y me giro.

—Pensaba llevarte el desayuno a la cama —le digo al tiempo que busco sus labios. Noto que trae puesta la camiseta que llevaba yo puesta el día anterior.

—No fui a trabajar hoy tampoco, debía avisar por lo menos, ya llamé —explica con un dejo de culpabilidad, alzando su bello rostro para verme mientras yo bajo el mío y acaricio su melena color canela.

—Hoy solo seremos tú, yo y lo que debemos hablar, después… veremos lo demás —pido relajado. Asiente estando de acuerdo y centra su atención en mi tatuaje, pasa de nuevo un dedo por él.

—¿Qué significa, por qué te lo hiciste? —quiere saber. Sonrío y lo observo de reojo, sin soltar su cadera, acariciando su cabello.

—Para no olvidar de dónde vengo, por lo que vale la pena luchar, me lo hice el día que decidí dejar de golpear para pelear —explico con simpleza. Arruga la frente, luego busca mis ojos. Sé que entiende lo que quiero decir con ello.

—¿Me lo contarás todo? —pregunta con suavidad.

—Todo, Desa, te lo diré todo —aseguro. Me besa de nuevo y luego busca con la mirada el café. La tomo por la cintura y la siento sobre la barra. Arruga la nariz, sonriente.

—Yo te lo hago —le informo, al terminar se lo tiendo y luego continúo preparando el desayuno mientras ella bebe observándome. Cuando todo está listo la ayudo a bajar y comemos hambrientos.

—Te quedó delicioso —dice relajada, aunque no deja de verme. Tomo su mano y me la llevo a la boca para darle un beso—. Quiero escucharte —pide con decisión. Enredamos nuestros dedos, nos levantamos y vamos hasta nuestra habitación.

Ya acurrucados en el sofá, me mira paciente… Respiro hondo.

Llegó el momento de soltar, me digo contemplando a la mujer que elegí, solo con ella, solo por ella, gracias a ella.

Comienzo despacio, pero conforme avanzo todo va resultando más sencillo, siento que cada palabra va barriendo el dolor, la angustia y desazón. Desa lagrimea a ratos, pero ruega con su mirada que no me detenga y yo no pienso hacerlo.

Pasa un buen rato cuando al fin acabo. Por un par de minutos permanece observándome, con las mejillas húmedas, azorada.

—¿Qué ocurrió con ella… con Elizabeth? Me gustaría algún día conocerla —pide sin esconder su tribulación. Tiene mi mano aferrada, yo la aprieto más y suspiro.

—Eso será difícil, mi sol.

—¿Por?

—Ella murió hace unos años —explico aun sintiendo la tristeza de aquella época, el deseo de contarle hasta el menor de los detalles.

—¿Qué ocurrió? —pregunta entristecida—. Dime más —casi ruega. Le sonrío asintiendo, beso su mano y prosigo:

—Nos iba muy bien, mi madre ya tenía su casa, yo estaba construyendo la mía, Kyroh su apartamento. Todas las piezas estaban en su lugar, cuando ese ángel buscó a mamá. Ella nos reunió a todos en el salón de la que ahora es su casa y nos informó que Beth, como la llamábamos, esa mujer que nos ayudó sin pedir nada a cambio, que logró ser madre de dos pequeños que conocíamos bien pues a veces nos invitaba a comer, o Ame se los cuidaba cuando salía de viaje, estaba de nuevo embarazada y era de alto riesgo. La familia entera lamentó la noticia y le ofrecimos nuestro apoyo, así que ayudamos en lo que podíamos, entre su familia y nosotros jamás estuvo sola. Su esposo sufría por la postura de ella… No quiso interrumpir el embarazo y le pidió que si debían elegir, eligieran al bebé. Al final, no lo logró y nació el pequeño.

Desa llora de nuevo, asombrada. Sonrío con nostalgia.

—Se fue feliz, Des, era lo que más quería.

—Pero no vio a sus hijos crecer, ¿qué sentido tenía?

—El que ella le dio. Porque ella vino a este mundo para dar, así hay personas —murmuro acariciando su mejilla. Ahora lo veo tan claro.

Hipea negando, está muy impresionada y ahora entiendo por qué se guarda tanto, entre todo lo que aún me falta saber de su vida, Desa es sumamente sensible, aunque no débil, y se guardó durante toda su vida por lo mismo, para no sufrir tanto pero al final está en ella, es su esencia, es arte y es perfecta.

—¿Dónde viven ellos?

—Su esposo se mudó a Inglaterra. No soportó seguir aquí, pero dejó su cripta y a veces viene, hemos visto a los niños y visitamos a Beth, tal como nos pidió, cada vez que podemos.

—¿Todos?

—Todos.

—No puedo creer que tu vida sea todo eso, Riah —expresa llena de impacto, de incredulidad.

Me acerco al notarla tan afectada, vulnerable, rodeo su rostro y la beso con suavidad.

—Mi vida eres tú, Desa, mi camino siempre me guio a ti —aseguro buscando sus ojos. Me besa de nuevo, llorosa.

—Te amo mucho —solloza.

—Yo a ti, mi sol.

—Y esto de llorar apesta, ya no puedo parar —se queja entre mis brazos, rodeándome con fuerza. Rio y la aprieto un poco más.

—No pares entonces, me gusta consolarte.

—Kindah tiene razón, Zakariah —dice junto a mi oído—. Eres un guerrero —susurra dejando mi piel erizada. La separo un poco y la miro.

—Ya no tengo ganas de pelear, Desa, solo de estar a tu lado —admito serio.

—Aun así, siempre sabrás pelear —señala con orgullo.

—Solo por lo que vale la pena, mi sol.

35. Desa

Siento que no puedo ser más feliz y que he vivido engañada toda mi vida pensando que alguna vez lo fui. Quizá hubo momentos, pero siempre opacados por mis inseguridades, por no ser lo que sí soy.

Intento recuperarme aún de la historia de Riah. La verdad es que me siento afectada porque duele, porque lo admiro aún más, porque me lleva años luz de vida en cualquier sentido, pero al fin entiendo tanto…

Como por ejemplo a Kindah, esa mujer fiera, impenetrable. La verdad es que es asombrosa y puedo sentir ese mismo respeto que su hijo siente por ella. Es admirable, pero sobre todo bondadosa, los amó siempre, sin importar nada, y los impulsó, creyó en ellos.

Una vida tétrica en realidad, pero sostenida por un carácter que pocas personas en el mundo podrían presumir, esa es la madre del hombre que amo y eso me hace sentir cosas diferentes por ella ahora; empatía, quizá, agradecimiento también y de pronto mi madre acude a mis pensamientos, suspiro sin haber soltado ni sus ojos, ni su cuerpo groseramente esculpido.

—Hablé con mamá —le digo con suavidad, alejándome un poco. Serio, como es, como me fascina que sea, me estudia. Limpia mi rostro y espera, él siempre espera—. Le dije muchas cosas, no le importó, hace una semana de eso y no me ha buscado —señalo.

—¿Qué cosas? —inquiere.

Le cuento lo que recuerdo de la conversación. Asiente circunspecto, acariciando mis piernas que descansan sobre las suyas.

—Ahora sé que está equivocada —comienzo, rehuyendo su mirada, pero él sujeta mi barbilla para que mis ojos se centren en los suyos. Paso saliva.

—A los ojos, Des, estoy aquí para ti, sigue… quiero escucharte.

—Yo, yo puedo con lo que me proponga y, además, ser buena en ello. No necesito su aceptación, ni la de nadie, en realidad nunca la necesité, pero me hubiera gustado sentirla —admito—. No creía en mí, eso logró que yo no creyera en mí. Años pasé buscando su atención, que me viera, para bien o para mal, pero parecía que entre más me empeñaba menos lo lograba. Al contrario, me huía, me repelía y me descalificaba.

Respira hondo, pero está muy atento a cada una de mis palabras. No me detengo.

—Sé que nadie enseña a ser madre, que de alguna manera ella me debe amar, pero ahora sé también que de alguna forma me destruyó, yo le permití que lo hiciera al punto en el que de verdad me creí cada palabra que decía sobre mí: que era superficial, banal, inconstante, irresponsable, que en nada destacaba y que no tenía mucho que dar porque no me involucraba en nada lo suficiente. Ella… estaba mal, Zakariah, ella está equivocada —termino llorando de nuevo, negando.

Mi marido permite, con calma, que derrame por milésima vez lágrimas, luego limpia mi rostro con profunda ternura y sonríe con sumo orgullo, uno que me estremece.

—Lo está, Des, lo está completamente. Pero no tienes nada que demostrarle. Tú eres lo que eres por ti y vales más de lo que imaginas, mi sol. Y no porque yo lo diga, o crea que es así, si no porque tú debes creerlo, entenderlo.

—Me ha costado mucho, pero durante estos meses siento que lo he ido logrando, Riah —admito llorosa.

—Lo sé y lograrás creerlo del todo.

—Toco la guitarra mejor de lo que te he dicho, solo temía que te pareciera poca cosa —murmuro envalentonada. Sonríe de nuevo, satisfecho.

—Te escuché en una ocasión, cuando ocurrió lo del dinero de la ropa.

—¿En serio? —pregunto aturdida.

—Sí, y déjame decirte que lograste algo en mí que nada ha logrado…

—¿Qué? —deseo saber intrigada.

—Darme paz. Dios, Desa, no sabía cuánto ansiaba sentir eso. Tocabas y cuando te detenías rogaba que siguieras, luego lo hacías y fue hermoso, tan hermoso como cuando cantas —apunta alzando una ceja. Me sonrojo apenada, desvío la mirada y lo vuelvo a encarar—. En definitiva tu música es todo menos poca cosa.

—Cuando lo hago, floto, es como si todo se redujera a ese momento, me siento… tan feliz como cuando estoy contigo —explico con mayor confianza.

—Eso me halaga, señora —replica con voz ronca.

—Es solo la verdad —determino encogiéndome de hombros de forma pícara.

—Des, ahora que tocamos este punto. Juro que no deseo presionarte, ni que hagas algo que no desees, en lo absoluto, tampoco me decepcionará si no lo quieres. Eres libre de ser y hacer lo que se te venga en gana y para mí serás mi sol siempre, ¿de acuerdo?

Luce nervioso y eso es algo nuevo, pero asiento intrigada con tanto preámbulo de su parte.

—No lo tomaré así, Riah, solo dime —le suplico irguiéndome. Se frota la nuca, como a veces hace, en un ademán tan masculino que me enciende, de nuevo, pero ahora mismo me urge escucharlo.

—Bien, le conté a Rowe lo que haces —confiesa. Me alejo un poco, recordando que ese es otro tema, aunque ya no tiene en mi cabeza la magnitud de antes, solo siento… dudas. Arrugo la frente, me toma de la mano para que no me levante como pretendo hacer—. Desa, en serio, en qué puto mundo yo podría preferir a alguien más. ¿Qué no entiendes, mujer, que me tienes a tus pies? —me cuestiona con ferocidad, acercándome a su rostro.

—Escuché conversaciones…. —le digo con la piel erizada por la forma en la que me mira. Asiente y me suelta cuando nota que no me iré.

—Sí, y ya veo por dónde se fue tu cabeza, pero no es lo que piensas… ¿de verdad te he dado motivos para pensar algo semejante? —pregunta sereno, pero se nota que de verdad necesita saberlo. Sopeso mi respuesta unos segundos y luego niego.

—Solo en la parte que omitías tu pasado, en que no querías hablar de ella… Sé que es importante para ti.

—Es importante para mí como Loen, como Ame, como Rye. Es como mi hermana, Desa, no hay más. Lo que tuvimos fue consecuencia del convivio diario, de ese presente que nos abrumaba, de la necesidad, no de otra cosa… Y definitivamente jamás sentí, ni por ella, ni por nadie, algo siquiera cercano a lo que siento por ti. Desa, en serio, fue como si mi vida tuviese un fin cuando apareciste.

—Me gusta cómo me dices las cosas —murmuro con suavidad, pasando un dedo por su mejilla que tiene barba de un par de días sin rasurar.

—Solo contigo, nadie conoce esta parte de mí, así que no se las digas —me pide guiñándome un ojo.

—*OK*, seré discreta, ahora dime… En serio quiero saber qué ocurría entre ustedes.

—Entre nosotros, nada, era contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, conseguimos una cita con el rector del Instituto de Música de Chicago, Rowe se mueve en esos círculos, quiere escucharte…. —me informa, atento a mis reacciones, pero yo estoy pasmada, no pestañeo, creo que ni respiro—. No tienes que hacerlo, quizá solo quieras hablar con él. De hecho, eso él lo propuso, sabe que no te sientes lista aún para mostrarte…

—¿Hiciste eso por mí? —inquiero aturdida. Pestañea y asiente despacio.

—Des, lamento si no es lo que…

Me importa una mierda todo y lo beso, lo beso con ganas. No pierdo el tiempo y me subo sobre él, devorándolo ávida. Gruñe sujetando mi rostro y profundiza el beso.

Me quito su camiseta, toma mi cadera y me acerca más a él, me remuevo pidiendo más al percibir su excitación. Ruge al notar mi urgencia. Entonces me pone de pie, me despoja de la braga con rapidez, él hace su parte, enseguida me siento a horcajadas de nuevo y sin mayor preámbulo se adentra en mí.

Me sacudo emitiendo un sonido de alivio. Riah rodea mi cuerpo con un brazo y empieza a guiarme.

Jadeo arqueándome. Es delicioso. Se mueve con pericia, fuerte, de repente soy consciente de que sus dedos juegan con mi centro. Grito presa del momento. Él besa mi cuello, mis senos y siento como si lava recorriera toda mi esencia. Dios… Me llena de todas las maneras posibles.

Pronto no puedo más, lo rodeo con fuerza pegando mi frente a la suya, abro los ojos y Riah lo hace también, ambos estamos en el límite cuando sonreímos y nos dejamos ir sin restricción, como sabemos hacer.

Sudorosa y satisfecha lo beso de nuevo.

—¿Y si no le gusta lo que toco?, ¿cómo lo hago? —pregunto aún sin separarnos, agitada. Suelta una carcajada, acomoda mi melena tras mis orejas y me besa fugazmente.

—Entonces es un idiota —sentencia acariciando ahora con su nariz mi rostro.

—Quiero hacerlo —digo con seguridad. Se detiene y busca mis ojos.

—¿Segura?

—Sí, también pensé en estudiar algo de trabajo social —le cuento.

—No sé a qué horas piensas cubrir todo lo que esa cabeza tiene en mente, ahora te faltarán horas, mi sol, pero cuenta conmigo —declara mordisqueando mi hombro con sensualidad.

—Ni yo, pero quiero intentarlo, Riah —expreso fascinada por sus mimos.

—Y yo quiero estar ahí, en cada cosa que decidas, Des, no solo como tu esposo, sino como tu compañero, tu cómplice —pide buscando mis ojos.

—Eres todo eso, Riah, quiero que lo seas por siempre —aseguro con firmeza, esa que ahora me envuelve.

—Por eso te dije que no te dejaría ir, mi sol.

“Y una vez que termine la tormenta, no recordarás cómo llegaste, cómo lograste sobrevivir. Ni siquiera vas a estar seguro si la tormenta realmente ha terminado. Aunque una cosa sí es segura. Cuando salgas de la tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata la tormenta.”

Murakami

Epílogo

Tres años después…

Zakariah

La observo a lo lejos y me lleno de paz, de satisfacción y calidez.

Ese fin de semana que fue caótico en muchísimos sentidos y que destapó todo de un solo golpe, no solo para mí, sino para Kyroh y mi madre. A pesar de los años, no se ha olvidado y estoy convencido que quedará tatuado como un recuerdo más de esos que cambian la vida.

La mañana del lunes Desa fue a trabajar, por mucho que la provoqué no sucumbió, su sentido de responsabilidad no se lo permitió, debía ir y avisar lo que acordamos, esos serían sus últimos días en la cafetería.

Era imposible que hiciera todo lo que quería con aquel empleo, lo entendió, pero se negaba a seguir recibiendo dinero cada mes de mi parte. Así que después de negociar durante más de una hora, conseguí que aceptara mi ayuda mientras estudiaba, pues de otra forma descuidaría el albergue. Es un hueso difícil de roer, debo añadir.

Esa tarde acudió al refugio, con Steve a su lado, ambos se sorprendieron al notar que no necesitaban más manos para pintar, pues Loen, Kyroh y yo, decidimos apoyar sin avisarles. Des rio alegre, Steve solo sonrió y se alejó, aunque no pasó desapercibido cómo mi hermano lo siguió con la mirada. Entusiasmada, me dio un beso dulce y se fue a la cocina, donde escuchamos cómo cantaba junto con las mujeres. Esa tarde fue preciosa.

—Mierda, lo tenía bien escondido —exclamó Kyroh, sonriendo.

—Entre muchas otras cosas —dije sin dejar de mover la brocha, junto con los demás chicos. Pronto acabaríamos, así que los tres decidimos pausar el trabajo en la empresa hasta que eso quedara listo.

Mi mujer era y es respetada en aquel lugar, la cuidan y protegen, aunque mantengo el escolta, con ella nunca pienso bajar la guardia, me da tranquilidad saberla entre personas que saben apreciarla.

El día de Acción de Gracias, Ame organizó una velada en el refugio. Rowe y mi madre participaron, sin cuestionárselo. Lo que descubrimos que Desa hacía, propiciado por Steve, nos sacudió de muchas formas tanto a la familia de Ame, como a nosotros.

Comprendimos, en ese momento, lo alejados que estábamos de nuestros orígenes, de aquel sitio que nos brindó una oportunidad. En esa ocasión ayudamos en lo que pudimos y pasamos la tarde ahí, con ellas.

Desa bailó, rio y cantó mientras Steve tocaba la guitarra con maestría ahí, frente a todos. Hacen un dúo especial, noté orgulloso por verla tan feliz. Mi esposa lucía en su elemento, desinhibida, sonriente, relajada y satisfecha. Nada fue mejor.

Debo añadir que mi sol lloró casi todos los días durante esa semana, por lo que fuera, a veces de la nada y yo amaba verla así, porque se enfurruñaba por esa sensibilidad que afloraba con cada detalle. Es tan dulce cuando sus sentimientos la someten.

Sonrío.

Como cuando el martes de esa semana, mi madre nos invitó a cenar. Ella, nerviosa, llegó temprano, se vistió con unos vaqueros, botas altas y un suéter de punto un tanto holgado, se veía

absolutamente perfecta, pero fue tan notorio para mí cómo ya no era la de meses atrás, tampoco la que fue mientras ocultó la verdad de lo que era, de lo que hacía, sino ella, al fin.

Cabe mencionar que casi no llegamos a la cena, no podía quitarle las manos de encima, no es que ahora me resulte sencillo pero en ese momento era urgente, estúpidamente necesario.

Llegamos a casa y mi madre nos abrió, con la mejor de sus sonrisas. No obstante, Desa, la observó, en el umbral, fijamente y luego sin que ninguno de los dos lo esperara, la abrazó con fuerza…

Mi madre pestañeó aturdida, luego me miró desconcertada, pero no tardó en rodearla y acariciar su cabello. Admiré las agallas de mi mujer cuando se separó y con ojos llorosos le dio un beso en la mejilla.

—Es mi ejemplo de mujer —declaró dejándola perpleja. Mi madre, dura, no pudo ocultar lo mucho que le afectaron sus palabras—. Gracias —completó lagrimosa Desa. Mamá no dejó de verla, un tanto descompuesta, hizo su cabello a un lado y acunó su mejilla, suavizando el gesto.

—Y tú eres lo que siempre esperé para mi hijo, bienvenida, Desa —dijo con una suavidad a la que ni yo estoy acostumbrado. Sonreí agradecido. Los tres comprendimos lo que significaban esas palabras. Mi madre nos rodeó a ambos, con fuerza—. Los círculos se cierran de la manera en la que menos se espera —musitó y nos separamos, unió nuestras manos y las protegió entre las suyas—. Las sacudidas son necesarias para avanzar y definitivamente esta nos movió a todos. Ahora… avancemos.

Cuando mi mujer vio a Steve ahí, sentado en la sala de la casa, no pudo esconder su asombro, corrió hasta él. Este la recibió sonriendo, aunque también lucía nervioso a pesar de que Kyroh estaba a su lado, atento a cada uno de sus movimientos y debo aceptar que fue extraño verlo así, no por el hecho de su preferencia, sino porque nunca ha sido así con nadie.

Por otro lado, Desa y Steve son impresionantemente inquietos, nunca cesan sus ocurrencias y logran, con su presencia, romper cualquier tensión, son alegría, calidez.

Esa velada fue asombrosa. Al fin se hablaba sin restricciones. Entre Desa y Steve nos contaron lo que en el albergue sucedía, anécdotas, situaciones lamentables y desde ese día, mi madre se avocó en las asociaciones y creó una, que junto con Kyroh, manejan. Sin embargo, mi sol, no ha dejado de ir a ese refugio, al igual que el compañero de mi hermano.

Al poco tiempo, en casa de Rowe, fue la entrevista con el rector del Instituto de música de Chicago y hoy estamos festejando que dio fin precisamente a esa carrera.

Ha tocado en foros, canta todo el tiempo, es común llegar a casa y escuchar música alta por ahí, o a ella, en algún lugar con la guitarra, su libreta y el lápiz en la boca. Nada puede ser más perfecto que verla siendo lo que realmente es. Desa es libre y yo me siento libre a su lado.

Consiguió seguir entrenando, su urgencia por hacerlo todo no negaré que a veces me agobió, aun ahora lo logra, pero es tan voluntariosa, tan determinada, que no hay manera de hacerla claudicar.

Despierta con el alba, entrenamos juntos, se va al Instituto, después al refugio, muchas veces nos quedamos de ver en algún punto, en otras la espero en casa, cenamos más tarde y me pierdo en su conversación llena de vitalidad, ella en la mía cuando estoy entusiasmado con algún nuevo proyecto.

Yo sigo boxeando, pero ahora por mantenerme en forma, porque me gusta y porque logré conformar un grupo de chicos que viven por el refugio a los que entreno los fines de semana y con los que Loen y Kyroh juegan básquetbol.

Rowe y Steve se han hecho grandes aliados, pero la amistad entre Desa y Steve es inquebrantable, son como dos hermanos revoltosos y mantienen a todos divertidos por esa forma

tan peculiar que tienen de ser.

Mi mujer, a veces, canta en un café al que la invitan. Entonces vamos todos y la vemos. Qué puedo decir, el orgullo me inunda. Ella, lo que hago, lo que soy y la vida por la que tanto peleé están ahí, frente a mí.

Cada vez que la escucho, sé que el mundo podría explotar y con su voz de recuerdo podría vivir mil vidas más para regresar por ella y tenerla de nuevo una y otra vez.

Se graduó con honores, ha sido invitada a muchos eventos, pero Desa tiene claro que ayudar en el albergue es lo que más ama hacer, no lo ha dudado durante este tiempo. Sin embargo, es tan buena con su voz, con la guitarra, que la llaman a eventos donde toca, o canta. Ha compuesto muchas canciones, creo que las he escuchado todas. Ya duerme casi todas las noches, pero aún, cuando algo en su cabeza está revolucionado, sé que la podré encontrar en algún sitio de la casa.

Su madre la buscó al poco tiempo, no hubo una «charla», solo comenzó a hacerlo a partir de ese día y continuaron sin profundizar. Sé que ese tema siempre quedará clavado en Desa, pero la veo tan feliz que de verdad creo que ya no la determina.

Graco ya ha venido un par de veces y nosotros lo hemos ido a visitar un par de ocasiones.

Aquel diciembre, luego de Noche buena, hicimos una Luna de Miel en el Mediterráneo. Tres semanas solos nos sirvieron muchísimo y al regresar, la vida tomó un rumbo diferente, pero que en definitiva hemos disfrutado.

Mi madre evita emitir cualquier comentario sobre la mamá de mi mujer, pero sé que desaprueba su conducta, me lo ha dicho en más de una ocasión cuando estamos solos. No puedo objetar nada, su actitud me molesta, pero también evito enjuiciarla, no ayuda a mi esposa.

Lo cierto es que Desa se ha convertido en algo así como una hija para mamá. La mima, habla con ella, la cuida, y se han compenetrado muchísimo. No mentiré, eso me llena de paz, de alegría, pero sé que jamás reemplazará a la real. Sin embargo, hemos aprendido que la vida es así y que hay que tomar de ella lo que ofrece, luchar por vivirla y ser feliz con lo que se es.

La observo discutir con Steve. Nunca se detienen, algo le dijo él sobre su vestido, que por cierto la hace ver hermosa, y ella, que no sabe quedarse callada ya le replicó con algo venenoso, a lo que seguro él respondió. Siempre es lo mismo.

—¿Algún día dejarán de pelear? —pregunta Kyroh a mi lado. Trae una copa, ríe. Es feliz con él.

—Ojalá que no —escuchó a Loen a mi lado. Los tres no les quitamos los ojos de encima, son divertidos.

—Ahora que Desa está embarazada temo que lo arañe —dice mi hermano sin un dejo de agobio.

Ellos llevan dos años viviendo juntos, son muy unidos y se nota a leguas lo mucho que se quieren, la pareja sólida que han formado, pero tal como Desa y yo, son agua y aceite, así que digamos que padecemos de cosas similares pese a ser de distintos sexos.

—Lo arañará… —apuesto dándole un trago a mi bebida.

—Steve la deja hacer lo que quiera, como ustedes, claro que lo hará —replica Loen. Los dos seguimos mirando fingiendo demencia sobre el tema.

—Oh, vamos, Desa tiene en la palma de la mano a todos, incluyendo a mi mujer, a Kindah —señala rodando los ojos.

Kyroh y yo reímos y asentimos sin negarlo, porque además es así, lo cierto es que Steve no se queda atrás, que con mi madre tiene una relación también bastante buena, de hecho podría decirse que los adoptó a ambos y eso es curioso, porque justamente lo necesitaban y nosotros

necesitábamos personas como ellos en nuestra vida.

—Luces celoso, Lo —lo fastidia Kyroh, que sigue siendo una patada en el trasero cuando quiere. Loen ríe.

—Voy por algo de tomar —los interrumpo, ambos fingen golpearse.

Eso sucede desde que se conocen, pero a diferencia de Steve y Desa, este par terminan siempre apostando un partido de basquetbol, así que me lo evito y desaparezco.

Llego a la cocina y busco algo sin alcohol, me sirvo y siento esos pequeños brazos envolviendo mi cintura. Dejo lo que hago, no sin antes meterme a la boca uno de los pepinillos que hay dispuestos para la cena y me volteo. Me mira de esa forma única, la rodeo con suavidad y le regreso el gesto.

—¿Ya terminaste de discutir con Steve? —pregunto acercando la cabeza a la suya que mantiene alzada. Asiente ligera.

—Quiero pepinillos —exige de repente entornando los ojos. Sonrío y hago a un lado el plato, alejándolo.

—No, espera que los demás también van a querer —bromeó porque en serio, tiene una adicción a ellos, pero me importa un carajo que se los acabe, solo que me gusta hacerla rabiar un poco.

—¿Ahora quién es el robapepinillos? —gruñe entornando los ojos, me meto otro a la boca—. No me importan tus babas —replica alzando una ceja.

—Lo sé, eres super asquerosa —repongo con fingida simpleza.

—¿Yo? Si tú eres el que me persigue con pizza en la boca —rezonga.

—*OK*, ambos somos super asquerosos —admito. De pronto su mueca logra que deje los pepinillos y la sujeto por la cadera, arrugo la frente.

—¿Qué ocurre? —busco saber.

—Náuseas —dice un poco molesta. Muestro los dientes, no ha tenido muchos achaques, pero ese en particular parece que no pretende irse.

Acaricio su cabello, olvidando mi juego.

—¿Qué hacemos? —le pregunto porque si ella desea irse en ese mismo instante, eso se hará. Sonríe negando, busca mi boca y me besa exigente, por supuesto que le respondo.

—Ya pasarán —repone aun con los ojos cerrados. Beso su nariz, después fugazmente sus labios y la rodeo para amoldarla a mí. Recarga su mejilla en mi pecho y suspira—. Esto me hace sentir mejor, sabes a pepinillos —dice ahí, en ese lugar donde la podría tener la vida entera.

Río negando y le tiendo el plato, vencido. Qué nadie coma pepinillos, ella los necesita.

-*-

Hace casi cinco meses, Desa estaba descansando de las inyecciones anticonceptivas. Fui responsable, como correspondía, sin embargo, tuvo un retraso. Comíamos en nuestra casa mi madre, Steve y Kyroh y yo, cuando noté que tardaba mucho en la habitación, subí y estaba sentada en la orilla de la cama, pensativa, pero veía su celular.

—¿Qué ocurre, Des? —quise saber. Ya nada me oculta, solo tuve que esperar. Me miró un tanto angustiada.

—Llevo cinco días de retraso —me dice desconcertada.

Aturdido repasé buscando algún descuido de mi parte, no lo hubo, estaba seguro. Me senté a su lado y coloqué una mano sobre su pierna, un tanto agobiado, aturdido, pero con un dejo de ilusión de lo más extraño.

—¿Estás segura? —pregunté, me dio su celular y sí, en efecto. Ambos nos quedamos en silencio. No lo habíamos hablado, quiero decir, sí el hecho de ser padres, pero no aún. Ella quería

acabar el Instituto, el diplomado de labor social, sus días eran ajetreados. Recargó su cabeza en mi brazo, la rodeé y besé su cabello un poco nervioso, expectante—. ¿Quieres que vaya por una prueba?

—No, esperemos un par de días. ¿Sí?

—¿Segura?

La verdad es que yo hubiese querido ya saber, pero asintió y buscó mi mirada, tenía miedo y… algo más.

—Hace mucho tiempo que no lo hablamos, pero… ¿si lo estoy, Riah? —preguntó insegura. Mi pecho se contrajo.

Me hinqué frente a ella y sujeté sus manos, serio. Dios, si lo estaba sería increíble verla con su barriga por ahí, sabiendo que llevaba en sus entrañas el resultado de lo que siento por ella.

—Si lo estás, mi sol, lo amaremos, tendrá un lugar en nuestras vidas y tendrá a la mejor madre del mundo —aseguré buscando infundirle certeza. Sonrió nostálgica.

—Y el padre más guapo de todos —señaló con ligereza. La besé, pegué mi frente a la suya y suspiré.

—Si quieres esperar, esperemos. Si un bebé nuestro está en camino, me sentiré muy feliz, Desa, te lo juro —le hice ver con decisión. Me besó, suspiró también y luego se puso de pie.

—Vamos, nos deben estar esperando —dijo menos agobiada.

Al día siguiente permaneció un tanto taciturna, silenciosa. No tocó, no cantó, no habló prácticamente, solo se acurrucó a mi lado y parecía que eso era lo único que deseaba. La recibí todo el día sin problemas, amo estar a su lado. Respeté su retraimiento y en parte yo también lo experimentaba. Al día siguiente amaneció siendo ella de nuevo. La semana comenzaba y hasta la noche, que regresó, la vi. Lucía desconcertada cuando apareció en el cuarto.

—¿Qué ocurre? —pregunté agobiado, suele estar sonriente, si acaso enojada por algo, pero no triste. Esa expresión me llevó a años atrás, cuando no sabía qué esperar de ella. Me miró y sus ojos se anegaron.

—Llegó mi periodo —me informó entristecida.

No supe qué sentir, porque de alguna manera sí, creí que sí podría haber sido y aunque luché con la idea, esta se abrió paso e imaginé a Desa embarazada, el cuarto del bebé, nosotros teniendo en nuestros brazos al resultado de lo que sentimos, de lo que hemos construido.

Dios, siempre he querido un hijo suyo, pero su momento no había sido y estuve esperando hasta que lo fuera, a que lo deseara, lo quisiera.

—¿Eso es… malo? —pregunté intentando mantener mi sentir a raya. Se trata de nuestra familia, sí, pero al final de su cuerpo, de sus sueños y proyectos, yo podía esperar, esa es la verdad por mucho que en cuanto apareció la posibilidad ya lo empezara a anhelar.

Se sentó en uno de los sofás y después de un rato en el que no dejó de verme, asintió con el labio tembloroso. Solté el aire, me acerqué y la rodeé mientras lloró un poco. La verdad era que a mí también me hacía sentir triste la noticia.

—Riah —me nombró, me separé y busqué sus ojos marrón—. Me asustó pensar que podría ser, pero… con el paso de las horas la idea cobró fuerza y ahora…

—Deseas que tengamos un hijo —completé sereno, pero firme. Tardó un segundo en aceptarlo con la cabeza. Sonreí aliviado—. Yo también, mi sol —admití logrando con ello que abriera de par en par los ojos.

—Riah… ¿En serio?

—Nunca jugaría con eso, Des, te amo, claro que quiero un hijo tuyo, pero cuando estés lista para eso.

—¿Tú estás listo? —preguntó suspicaz. Me descubrió, así que asentí. Se limpió el rostro —. ¿Pensabas decírmelo?

—Yo lo estoy desde que decidí unir mi vida a la tuya, Desa. La pregunta aquí siempre ha sido si tú lo estás, mi sol —repliqué acariciando su mejilla. Sonrió alegre y asintió.

—Sí, sí lo estoy, quiero ser madre.

—Es tu tiempo —avalé seguro.

—En aquel entonces… ¿qué esperabas, Riah? —me preguntó acariciando mi cabellera rala.

—Más de ti —admití con sinceridad, sonrió complacida.

—Siempre viste más allá y yo también quería más de mí y de ti, de nosotros —susurró ensoñadora.

—Ahora lo tenemos, Des.

—Sí, ahora lo tenemos.

No lo pensamos más, hicimos los exámenes pertinentes, ambos estábamos sanos así que la búsqueda comenzó enseguida. No tardó, pero no queríamos ilusionarnos, Desa ya había tenido un retraso, sin embargo, dejamos pasar ocho días, se hizo los análisis y salieron positivos.

Ese día fue increíble. Nos miramos atónitos en el laboratorio, luego, al reaccionar la cargué eufórico. Ahora mismo tiene poco más de tres meses, aún no sabemos qué será, pero va muy bien y ella luce exultante. Duerme mejor, eso sí, pero nada más.

Regreso al presente cuando escucho un chasquido de boca. Ambos sabemos quién es. Mamá se acerca, le sonreímos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mirándola con ternura, eso logra Desa en ella, aflorar su ternura. Mi mujer niega aún recargada en mi pecho.

—Tiene náuseas —digo sereno. Mamá sonríe.

—¡Ouh! De nuevo, son una molestia, Des.

—Ya se fueron —murmura mi esposa, separándose un poco.

—Ven, quiero darte mi regalo de graduación —le dice extendiendo su mano.

Mi mujer la toma entusiasmada y durante el camino trata de averiguar qué es pero mi madre solo ríe negando a sus suposiciones. En la sala todos están reunidos y una guitarra negra acústica, se encuentra en el sofá.

Desa se queda estática de inicio, luego se acerca desconfiada y un segundo después comienza a dar brinquitos, feliz. Ella tiene la suya, no ha querido otra así que no me empeciné, pero parece que a mi madre le importó poco y supo el efecto que tendría en ella. Le da un beso a mamá presa de la emoción y luego la toma con maestría, sonriendo ampliamente.

—¡Gracias! Es de colección —exclama excitada y entonces entiendo la emoción. Soy un poco nulo aún en esos temas, evidentemente ella no y Steve tampoco, pues parece haber sido cómplice de ese regalo. Debí buscarlo para lo mismo, me recrimino divertido.

Des se sienta al lado de él y empieza a mover sus dedos por las cuerdas. Todos callan y entonces sabemos que de nuevo lo hará, nos cautivará y quedaremos perdidos en su voz, en su melodía y lo hace… lo hace y sé que viví para estos momentos a su lado, que al fin su tiempo llegó y que el mío lo ha sido desde que decidí, aquel día, quien era mi destino.

FIN

Playlist

New Rules – Fix somebody
The Weeknd – Blinding lights
Alicia Keys – Try sleeping with a broken heart
Keane – The way I feel
Post Malone – Circles
For King + Country – Burn the ships
United Pursuit ft Michael Ketter – Seasons Change
Freya Ridings – Castles
5 Seconds of Summer – Youngblood
Twenty one pilots – Chlorine
Heavenly – Cigarettes after sex
Avicci x A R I Z O N A – Hold the line
Banners – Someone to you
Post Malone – Goodbyes
Twenty one pilots – Heathens
Illenium, X Ambassadors – In your arms
HAEVN – Back in the water
Marshmello ft Khalid – Silencio
The Kite String Tangle – Illuminate
Lana del Rey – Gods & monsters
Imagine dragons – Birds
Martin Garrix & Dean Lewis – Used to love
Taylor Swift – The archer

Disponible en mi canal de YouTube y SpotIfy

Ilustración de Mazo


Mazo

Nota de la autora

¡Hola!

Si llegaron hasta aquí es porque la historia los mantuvo interesados así que muchas gracias por su compañía, por hacerme saber, por medio de comentarios y valoraciones lo que experimentaron al leerla. Me hacen sentir muy feliz.

Sé que Desa es, y será, un personaje controversial, eso me satisface y Riah, es y será, el hombre que acompañó y no el príncipe con armadura dorada, que necesita, para remarcar su hombría, salvarla.

A muchas nos gusta leerlos, pero debemos saber que cada uno tiene la responsabilidad de salvarse, amarse, cuidarse, y claro, elegir una pareja completa que impulse, apoye.

Amo los tópicos y clichés, no se equivoquen y seguiré con ellos sin duda, pero Riah no entra dentro de los estándares de personaje de esas novelas, creo. Él no la rescata, no la acosa, no se inmiscuye, él está y créanme es bien difícil eso, lo hacía por amor a sí mismo, a ella, a la confianza que de alguna manera sí existía y que él ya estaba en otro punto de su vida... Uno diferente al de ella.

Sobre Desa, bueno, cometió muchos errores, omitió, se perdió entre tanto descubrimiento de sí, no supo cómo manejar de una manera equilibrada lo que le ocurría, pero ante una situación así, admiro a quien lo logra.

Soy consciente de que como lectores podemos perdernos en el tiempo de la novela, pero esta transcurre en un lapso de cuatro meses desde que ella le dice que desea tener un hijo. Tampoco podemos pedirle más, o quizá sí, depende de la manera en que nos juzguemos y juzguemos, eso ya cada uno, pero los procesos son individuales, nadie vive lo mismo de la misma forma... De ahí que todos reaccionemos diferente.

Y nada, solo agregar que esta historia no fue planeada, en realidad me senté frente a la computadora y comenzó a fluir sin darme cuenta. Pero al ir apareciendo frente a mí Desa, Zakariah y todo lo que hay alrededor de su mundo, comencé a notar que estaba plasmando mis propios miedos, inseguridades e insuficiencias, en otras cosas, pero duelen igual.

En ese punto ya no pude parar y su universo me mostró lo que necesitaba acomodar. Escribirlos ha sido uno de los procesos más genuinos, imperfectos y dulces que he tenido siendo escritora, eso sin contar que incursiono de forma más clara, ahondando en la historia de una pareja del mismo sexo, donde debo añadir, que ha sido una de las experiencias más deliciosas de mi vida.

Por ello «Más de ellos», un relato corto, es un vistazo más largo, sin serlo tanto, al mundo de Kyroh y Steve.

Nuevamente gracias por estar a mi lado en este proyecto un tanto diferente pero que me he hecho sentir satisfecha y que incluso regresó mucho de lo que había dejado en el camino. Gracias hijos por entender que mamá se obsesiona a tal grado con lo que inventa, por ser pacientes y respetuosos cuando estaba editando, corrigiendo e inmersa en esto.

Gracias a mi esposo, que es un punto entre todos mis personajes y Zakariah en gran parte, mi pilar, mi mejor amigo y compañero.

Gracias Diana, por darme siempre tu opinión sincera. Gracias a mi mamá que leyó toda la historia y desde el primer momento me pidió que la mostrara, por asesorarme con el extra de los chicos. Ella es terapeuta y esas situaciones la apasionan. Gracias, lector, por permitirme

entrar a tu mundo con el mío.

Loviu,
Ana

LIBRO II



Copyright © 2023 by Ana Coello
All Rights Reserved
www.anacoello.mx
Primera edición mayo 2023
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798393590413
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informantico.
Portada: Kramer y Mazo
Ilustración de Mazo

~La vida es aquello que va sucediendo mientras tú haces otros planes~

1. Steve

Me siento como la mierda cuando Desa me cuenta lo que ocurrió con Zakariah en aquella cena que estaba destinada a unirlos. Joder, *¿por qué permitió que las cosas llegaran hasta este punto?*

Ella duerme al fin en una de las camas del albergue, arriba. Tiene unas ojeras profundas, espantosas debo añadir. Sus pómulos están bien marcados, eso sin contar que ha perdido peso y, aunque tiene una figura bastante envidiable a pesar de ser tan menuda, luce frágil.

Observo mi celular. Debo decirle a Kyroh lo que su cuñada hace cada maldita tarde. Ya no hay manera de que esto salga bien si alguien no le da un empujón a este par. Pero se trata de su hermano, eso logra ponerme nervioso.

Me recargo en un muro, sonrío sacudiendo la cabeza, nervioso.

Ha sido tan rápido lo que ha surgido entre nosotros, que aún me cuesta trabajo aceptar que está ocurriendo. Sin embargo, este hombre es terco, bastante en realidad, así que evitarlo habría sido una batalla inútil, tampoco es que lo deseara. Me pone a mil, para que negarlo

Me muerdo el labio inferior, acalorado y es que esos abdominales, su cuerpo oscuro, su manera de mirar, su seguridad, el contraste de nuestras pieles. Sí, es mi vicio, sin embargo, aún no sé si hay algo más que esta salvaje atracción sexual.

Temo estarme apresurando, esta es una realidad. Lo que ocurrió con mi pareja anterior dolió lo suficiente como para que quizá, haber dejado de lado mi corazón durante un buen tiempo y, la verdad, es que pensé que Kyroh sería una distracción maravillosa después de esa primera noche juntos, que fue todo menos común.

Lo cierto es que me equivoqué. Ya saben, ¿cómo va esa frase? Ah, sí: «la vida es aquello que va sucediendo mientras tú haces otros planes.» Pues nada, esa es mi situación con Kyroh.

Pensé que no me buscaría cuando pidió mi número en el centro comercial, aquel día en que Desa me acompañó a comprar los regalos de los niños, pero lo hizo, tomándome por sorpresa. Nos seguimos mutuamente en nuestras redes y claro, comenzaron los mensajes. Pocos días después me invitó a cenar.

Acepté, ¿qué más daba? El hombre está buenísimo, yo tengo ojos, estoy soltero, accedí confiado.

Ojalá alguien me hubiese preparado para la explosión que ocurrió en mi habitación, aquella noche, después de una plática relajada e interesante en aquel restaurante de comida mediterránea.

Él había pasado por mí a mi apartamento. Lo encontré en el lobby cuando me avisó que había llegado. En cuanto el elevador se abrió, lo vi y mi boca se secó.

Llevaba un traje oscuro, una camisa blanca impoluta y corbata azul turquesa, imponente. Lo cierto es que no me dejé amedrentar por eso, he salido con varios hombres de muchos estilos y, aunque él, por mucho ha sido el que ha hecho temblar mis piernas con tan solo estar cerca, sabía comportarme.

Cuando me dejó en casa, y después de ser consciente de la química potente que existía entre nosotros durante la cena, lo invité a entrar, desinhibido. No tenía nada que perder y un matón no era, Desa es su cuñada. Por otro lado, la atracción era mutua, una a la que no estaba habituado, pero a la que deseaba dar rienda suelta.

Y aunque de patanes está lleno el mundo, y bien él podría serlo, yo no buscaba nada serio, al contrario. Desde Loren, mi ex, no había estado con nadie, tampoco me encontraba en el

punto de buscarlo.

Mi vida transcurre entre un montón de ocupaciones: las galerías, mis obras, el albergue, a veces no tengo ni tiempo para mí.

Lo cierto es que Kyroh se adueñó de mi espacio nada más cruzar la puerta, y yo, ingenuamente, no lo noté o preferí ignorar el hecho pues estaba a la expectativa de lo que era evidente ocurriría entre ambos.

No me arrepiento, para nada, pero debo aceptar que ha sido tan intenso que no puedo evitar ir con tiento.

—Vaya, qué lugar tan agradable —dijo mientras observaba mis pinturas con interés, luego deambuló por ahí, analizando mi espacio.

Sí, me gusta mi apartamento, no tengo muchas cosas, lo necesario, aunque el lugar es bastante amplio, pero disfruto de la luz que se filtra durante el día sin nada que la obstaculice, así que no soy de los que llenan cada rincón con adornos, o muebles, en realidad soy de los que se tumban en el suelo a escuchar música, o dibujar cualquier tontería.

—¿Quieres algo de tomar? Debo tener cerveza —le ofrecí fingiendo que me daba lo mismo que un hombre como él: tan jodidamente masculino, atractivo e imponente, curioseara mis cosas, o lo que tenía en realidad, pues nunca había llevado a nadie ahí, hasta esa noche.

Mis encuentros, antes de Loren, fueron en cualquier otro sitio, no en ese apartamento que adquirí poco después de la muerte de mis padres, pero con él me pareció que ya era hora de cambiar aquello.

Volteó negando, despacio. Asentí. Fui por una y al regresar se acercó a mí, decidido. Pestañeé desconcertado y es que tiene esta forma de moverse que exuda seguridad, pero también un dejo de peligro.

A mis veintitrés años puedo decir que no me he topado con muchos locos antes de vivir con Loren, en realidad, casi siempre fueron hombres aun inseguros de sus preferencias, otros inmaduros, muchos más que se ocultan tras una vida convencional y algunos con poca paciencia.

Lo cierto es que no pude asegurar en aquel instante que este hombre fuera un ser cabal. Tenía esta certeza de que, si lo deseaba, me haría picadillo en dos segundos, sin siquiera transpirar y eso que sé defenderme.

—Prefiero estar sobrio, si no te molesta, y que tú… —murmuró quitándome el envase de la mano para colocarlo sobre una encimera—, también, rubio.

Aquella fue la primera vez que me nombró así y en su boca se escuchó tremendamente posesivo y territorial.

OK, mis piernas temblaron y eso no es sencillo de conseguir, o en realidad nunca me había pasado hasta ese momento.

Arqueé una ceja perdiendo la atención en mi bebida que descansaba a unos centímetros de nosotros. Acto seguido, su mano sujetó mi cadera, despacio y anduvo hasta que consiguió que mi espalda chocara contra el muro.

Joder, su cuerpo tan cerca del mío se sentía aún más grande, además su mano en mi cadera erizó mi piel.

Me mordí el labio inferior, analizando ese rostro esculpido de barba incipiente, labios carnosos y ojos grandes. Sonrió de forma varonil y colocó ambos brazos a los lados de mi cabeza. Y qué brazos. Su bíceps se adivinaba lo doble que el mío.

—En estas situaciones se suele correr, ya sabes —dijo, para enseguida acercarse a mi oreja. Lo observé de reojo. Su aliento erizó mi piel—, terminar follando sin siquiera haberlo registrado.

Joder, ese hombre era un pecado en sí mismo.

—Es lo usual —admití intentando aligerar esta maldita carga sexual que aún sigue sometiéndonos. Impuso un poco de distancia entre nosotros, sonriendo. Entonces alzó una mano, hasta tocar mi rostro y repasó mi labio inferior con su dedo pulgar.

Vi estrellas, lo prometo. Lucía tan concentrado.

—Lo es, rubio, pero me gustas bastante como para solo follarte —sentenció acercándose más.

¡Oh, mierda!

Mis labios cosquillearon, pasé saliva, pero él tenía otros planes, así que me sujetó por la nuca estudiando mi rostro.

—Kyroh… —susurré un tanto perturbado, otro tanto deseoso. Sonrió complacido al escucharme nombrarlo.

Presa de un impulso me busqué acercar hasta sus gruesos labios y terminar con ese jodido juego. Olía tremendamente bien, se sentía tremendamente bien en realidad. Me detuvo, negando, haciendo un ruido con la boca, que me enardeció aún más.

Maldito cabrón, estaba jugando conmigo.

—¿Es lo que quieres? ¿Qué te bese? —preguntó con voz ronca.

—¿Esto es parte de un juego? —me encontré preguntando, arqueando una ceja, desafiante. Porque por mucho que me atrajera, no era ningún novato, tampoco un dejado.

—Me atraes más de lo debido, rubio, y si lo hago, no querré dejar de hacerlo —me advirtió logrando con ello doblegarme un poco.

—¿Qué, si yo no quiero más? —le planté cara, atrevido, provocador. Sonrió de forma torcida, tan malditamente pagado de sí.

—Averigüémoslo, entonces —propuso.

Enseguida mordisqueó uno de mis labios de una forma tan sexual que jadeé sin remedio. Lo cierto es que el ser pasivo en los preámbulos no va conmigo, menos si el hombre en cuestión me tenía tan malditamente caliente, así que lo sujeté por la nuca y lo besé.

Y, joder, era verdad, me gustó demasiado.

Sus labios tomaron el control de un momento a otro. Me aferró por la cadera y cabello, saboreándome con pericia, adentrando su lengua para buscar la mía. Mierda. Sabía lo que hacía eso era innegable.

Atrapé su cabeza, fascinado, estremecido por su capacidad para lograr que mi cuerpo se encendiera de un segundo a otro.

Entre besos, gruñidos, nuestras manos explorándonos, alternando su espalda o la mía en los muros del pasillo, llegamos a mi habitación.

Kyroh es dominante, le gusta comandar la situación, lo cierto es que, sin pensarlo me dejé llevar por él, anhelante de él. Yo he tenido variadas experiencias donde llegué a ser la voz cantante o quien recibía, pero jamás me sentí dominado a tal punto y, para ser honesto, que sea así, no tenía la menor idea de que me gustaría tanto.

Una vez ahí me quitó el suéter sin miramientos y lo aventó sin fijarse donde caía. Se detuvo un poco y me observó como quien contempla a su presa, y sí, todo indicaba que yo lo era.

—Eres perfecto, rubio —expresó complacido, tomando de nuevo mi cabeza para besarme. Lo impedí sujetando sus muñecas y, usando toda mi fuerza de voluntad, negué.

—Es tu turno —le indiqué decidido. Sonrió de forma torcida y asintió.

Se quitó el saco oscuro y entonces fui testigo por primera vez de esos brazos bien marcados y fuertes que se adivinaban a través de la tela de la costosa camisa clara, que fue

desabotonando despacio, sin dejar de verme, después de quitarse la corbata.

Humedecí mis labios debido a la antelación, pronto terminó solo con una camiseta blanca que se la pasé por la cabeza con urgencia. Entonces dejé salir el aire sin poder ocultar mi deleite.

—Asumo que te gusta lo que ves —afirmó alzando un poco las cejas. Rodé los ojos y sonreí.

—Eres insoportable, ¿te lo han dicho? —le pregunté colocando una palma sobre su pectoral esculpido, de piel tensa. Noté, bajo el mismo, una cicatriz redondeada. Sujetó mi mano y la colocó tras su espalda para, de esa forma, acercarme.

Es alto, un metro noventa quizá, yo uno ochenta, pero me hace sentir tan pequeño a su lado, que me excita aún más.

—¿Miento? —preguntó pasando su nariz por mis pómulos, mi quijada y mordisqueó mi lóbulo. Gruñí.

—No —acepté, entonces sujetó mi barbilla y volvió a besarme.

—Te voy a follar, Steve, pero despacio, tan lento que no podrás olvidarlo —me avisó bajando una de sus manos hasta mi entrepierna, para enseguida apretar mi miembro que estaba a punto de explotar gracias a él.

La lista de mis encuentros sexuales quizá es bastante diversa. Soy consciente de que este no es un mundo sencillo, y yo me adentré en él a los dieciséis. Durante cuatro años estuve ávido de experimentar y aprendí bastante gracias a ello. Algunas fueron gratas, otras irrepetibles, muchas más un simple intercambio por necesidad, pero con Kyroh todo estaba yendo de una forma diferente. Me sometía, me hacía sentir en sus manos que esa vulnerabilidad que experimentaba me podía excitar aún más.

Él no duda de sí mismo, sabe lo que quiere y eso, descubrí en aquel momento, es el afrodisiaco más poderoso.

Pronto se deshizo del resto de mi ropa, yo de la suya y nos encontramos desnudos, uno frente al otro, bajo la luz tenue que entraba del pasillo, de la que se filtraba por las ventanas cubiertas por cortinas blancas de gaza.

Pasé saliva al repasar su cuerpo, cada músculo fibroso, su escaso vello oscuro esparcido en los lugares justos, los tatuajes tribales, su… masculinidad.

¡Ay, carajo!

Alzó mi rostro, colocando el dedo índice bajo mi barbilla. Mordí mi labio inferior, él lo rozó con su pulgar, quizá leyendo el temor de que se adentrara en mí. Sabía lo que podía doler.

—Puedes detenerme cuando lo desees, ¿comprendes? —aseguró con voz ronca. Asentí, atontado—. Pretendo tocarte, probarte y hundirme en ti cuando estés listo para recibirme —advirtió y yo casi dejé de respirar con aquellas palabras, ya no digamos pensarlas en acción.

Este hombre me estaba poniendo tan mal que mi erección ya era dolorosa, una tortura a la que no estaba habituado. Entonces, como si lo supiera, la envolvió con su mano y acarició de forma que no pude evitar emitir un sonido gutural y recargar la frente en su hombro.

Me acercó más a él pasando una mano con suavidad por mi cadera, sin soltarme con la otra, yendo y viniendo de una forma formidable.

Aferré su trasero hundiendo mis yemas ahí y, mierda, era pura dureza. Presa de ese cúmulo de sensaciones, comencé a besar su cuello, a lamerlo, luego busqué su propia excitación. La envolví disfrutando de su textura, de su firmeza, dejando de lado su tamaño, pero me detuvo justo cuando pretendía moverme después de explorarla.

—Calma —ordenó y buscó mis labios, deteniendo su toque también por lo que no me dio tiempo de nada más.

Mordisqueé uno de los suyos, él otro. Jugueteamos sin besarnos, solo lamiéndonos, gruñendo, riendo y torturándonos con los dientes, hasta que al fin nuestras bocas se rindieron y se unieron en un beso profundo, lento, ambicioso.

Más tarde nos fue llevando hasta la orilla de la cama, se sentó y quedé expuesto frente a él. Sonrió complacido. Sujeté su cabeza cuando comenzó a probarme tal como advirtió.

Me retorcí asombrado por lo que me hacía sentir con su boca, la manera de lamerme, de humedecerme, ahora aferrado a sus hombros anchos, enterrando mis dedos con fuerza en su piel.

—Eres delicioso —murmuró dejando lametones que me encendían más. Entonces me alzó y terminé recostado sobre la cama, él a un lado, recargado en un codo, contemplándome—. ¿Dónde lo tienes? —preguntó y supe a qué se refería, porque aunque hacía meses que no tenía sexo, siempre estaba la necesidad de brindarme el placer por mis propios medios.

Me giré, lo hice hacia atrás con mi mano y pasé sobre él para abrir uno de los cajones de mi mesilla de noche, mientras Kyroh se recreaba con mi cuerpo sobre el suyo, pasando sus palmas por mi trasero, mis muslos y mi nuca.

Cuando lo encontré, terminé a horcajadas sobre sus fuertes piernas, con el lubricante en la mano y lo alcé cuando pretendió agarrarlo.

—Es mi turno —declaré.

Sonrió dejando sus manos sobre mis muslos. Me unté los suficiente y lo tomé entre mis dedos, mientras él permitía mi exploración. Lo envolví con deseo, arrancándole gruñidos de placer hondo, al tiempo que yo disfrutaba por el simple hecho de tenerlo entre mis dedos, mientras descubría otras partes de su anatomía que le arrancaban placer y me deleitaba con ese cuerpo impresionante que se dejaba llevar por mí.

Pronto negó, se irguió y, tomándome por la cadera, me hizo rodar. Quedé tendido de lado una vez más, con tan solo un simple movimiento. Entonces se levantó, tomó algo de su pantalón y regresó. Me apoyé en un codo, observándolo. Cuando estuvo a mi lado, extendió la palma, quería el lubricante.

—Es mi turno, rubio, sin prisa —declaró mirándome con intensidad y con clara advertencia de que no se detendría.

Se lo di, tenso, y es que su tamaño, él mismo. Joder, sí estaba nervioso a pesar de no ser ningún principiante.

No debí estarlo, ahora lo sé. Se colocó tras de mí, entonces sus manos comenzaron a trabajar sobre mi cuerpo de una forma tan asombrosa que solo atiné a emitir ruidos llenos de delirio, a doblarme mientras me preparaba para su intrusión despertando con fiereza todas mis terminaciones nerviosas.

Fue paciente, atrevido y mientras adentraba un dedo, lamió mi lóbulo, mordisqueándolo, luego dos y me besó con voracidad, jugando con nuestras lenguas. Por reflejo sujeté su exquisito trasero, hundiendo las yemas de mis dedos en él, entregándome a ese placer abrasador.

—Llegó el momento, Steve —susurró en mi oreja, para enseguida pasar una mano bajo mi cabeza, enredar sus dedos en los míos y entonces fui consciente de cómo, muy despacio, mi cuerpo se iba adaptando a su erección, esa que Kyroh iba guiando tan lento. Estaba tan excitado que no sentí salvo más ganas de él. De mi garganta escapó un quejido ronco una vez pasada la primera barrera y enseguida su otra mano fue hasta mi hombría y perdí la cabeza como jamás había ocurrido—. Eso es, abandónate a mí —exigió gruñendo sobre mi boca.

No se detuvo, tomándome por completo, de todas las formas posibles. No me daba tregua, tampoco la deseaba pero mi cuerpo no estaba habituado a sentir tanto en un solo encuentro y me encontré aturdido, perdido en la cantidad de sensaciones que estaba generando

en mí, con una necesidad primitiva.

Entonces un orgasmo demoledor y despiadado me consumió, grité sobre su boca asombrado por la potencia. Un segundo después se clavó con mayor fuerza y se corrió con violencia, soltando mis labios para dejar salir un gemido ronco que me cimbró.

Recobrarme de aquella impresionante experiencia llevó su tiempo. Él estaba a mi lado, parecía ocupado con lo mismo: regular su respiración. Sonreí y volteé, Kyroh arqueó una ceja, arrogante.

—¿Siempre cumples lo que prometes? —pregunté, aún tomando aire a bocanadas. Se acomodó de costado, flexionando uno de sus brazos, con la cabeza recargada en su palma. Tiene unos bíceps de muerte.

—Eso lo tendrás que averiguar —declaró y alejó un mechón rubio que cruzaba por mi rostro—. Por ahora limpiemos esto —propuso mirándome desde los pies hasta el rostro. Y yo solo sentí que no era normal que alguien pudiese follar con tan solo una mirada, pero este hombre lo hace sin duda—. Después necesito un descanso y tú, también.

~*~

Por la mañana, abrí los ojos, un tanto desorientado. Aspiré con fuerza y de inmediato fui consciente de su enorme anatomía a mi lado. Sonreí sacudiendo la cabeza. No supe en qué momento había caído rendido, menos imaginé que se quedaría, pero ahí estaba. Su pecho expuesto captó mi atención, las sábanas apenas lo cubrían así que me recreé durante un tiempo con ese fabuloso cuerpo mientras sus pectorales subían y bajaban.

—Veo que estás listo para hacer que te corras de nuevo —dijo con voz ronca, sus ojos aún estaban cerrados. Reí y cuando busqué salir de la cama, me detuvo y por supuesto que estaba listo.

—Dios, te das mucho crédito —lo provoqué cuando estaba sobre mí apresando mis muñecas a los costados de mi cabeza.

—Eso ya lo veremos, rubio —susurró besando mi cuello.

Más tarde aún no lograba entender cómo era que se podía sentir con tanta fuerza. No lo conocía y ya me había generado los dos orgasmos más potentes de mi vida. Kyroh no se daba crédito, Kyroh follaba como un jodido dios.

—¿Cómo se conocieron mi cuñada y tú? —preguntó boca arriba, recuperando el aliento, después de lo compartido. Me giré y sonreí.

—Eso es muy personal, Kyroh —repliqué pretendiendo bajar de la cama, tenía hambre. Me detuvo por la muñeca, logrando con ello que cayera sobre su pecho.

No, ya no tenía fuerzas para más, ese hombre estaba acabando conmigo.

Sonrió al tiempo que acomodaba mi cabello tras la oreja. Es una mezcla de dulzura y malicia bastante adictiva.

—Bien, entonces vayamos a comer algo, muero de hambre… —propuso sujetando mi barbilla. Sonreí rodando los ojos.

—Eso no hará que te lo diga —le hice ver buscando alejarme. Lo impidió y de un movimiento terminó sobre mí. Contuve el aliento.

—Eso ya lo veremos, rubio —determinó besándome de nuevo.

Después de ese fin de semana asombroso, comenzamos a salir. Me mandaba mensajes de lo más absurdos: desde una foto de una bebida comprada en *Starbucks* donde le ponía nombres ridículos

a su café, hasta de sus zapatos del día, algún auto, alguien caminando, un perro, lo que fuese y siempre lo acompañaba de algún comentario gracioso o sarcástico.

La verdad es que, a pesar de ello, no me sentí acosado y sí atento a lo que se le ocurriera. Pronto comencé a hacer lo mismo: mandarle estupideces de mi día, a lo que solía responder enseguida.

Nos encontrábamos en algún parque, un café, en la playa. Reíamos tanto que terminaba con dolor de estómago después de verlo, pero por las noches, era otra cosa. Kyroh tenía mucha más experiencia en el área que yo y, de alguna forma, comencé a aprender de él, posturas nuevas, formas nuevas, sensaciones nuevas.

Como dije, yo no era ningún novato, pero sí debo aceptar que nunca había sido tan delirante tener relaciones sexuales como cuando se trata de este hombre impresionante. Es cuidadoso, paciente, respetuoso a la par de dominante, aventurero y exigente. Se toma su tiempo para después crear explosiones en mi cuerpo que no creí posible llegar a experimentar, que lo barren todo.

Juro que nunca he gritado tanto en mi vida como desde que estoy con él, o sentir tanto al punto de lagrimear debido al impacto.

2. Steve

Respiro hondo y decido marcarle. Desa puede perder su matrimonio y en parte me siento responsable por haberle mandado esos mensajes que arruinaron su noche, todo por no ser paciente.

Kyroh se había mostrado intrigado con tanto secretismo ayer en la noche y hoy por la mañana, al grado en que me preguntó si estaba saliendo con alguien más.

—¿Cómo a qué horas quieres que haga eso? —lo cuestioné riendo mientras me vestía con lo primero que encontré, apurado.

Se encogió de hombros, desnudo.

—No sé, tú dime.

—Debo irme —solo respondí poniéndome de pie, tomando mi celular. Tenía prisa, mi mente ya no estaba en la habitación con él, sino con Desa, con lo alterada que se encontraba, con lo que había ocurrido.

Lo cierto es que no tengo cabeza, ni tiempo, ni cuerpo para estar con alguien más, él ocupa todos mis espacios, sin saberlo.

Hemos pasado un mes intenso en cualquier sentido. ¿Lo malo? Lo malo es que estúpidamente yo ya siento más de lo que me propuse en un inicio. Me gusta tanto, no solo en la cama, si no fuera de ella. Es atrevido, cínico, pero un hombre determinado, brillante, fuerte, de principios.

No le he dicho aún en qué gasto mi tiempo, no la parte del albergue. Sabe que me mantengo muy ocupado, que suelo tener mi agenda llena debido a lo que hago, a las personas que debo ver, lo cierto es que no quería echar de cabeza a Desa y hasta este momento no me ha logrado sacar el cómo la conocí.

A diferencia de ella, no temo contarle esa parte de mi vida, esa parte que me llena tanto pues no me importa lo que opine al respecto. Pero noto que cada vez me muestro más ante él, que siento más cosas por él, que necesito más de él y me asusta como el jodido averno porque no tengo una puta idea de lo que Kyroh piense sobre nosotros, si es que hay un «nosotros», o si soy solo un pasatiempo, algo pasajero, un entretenimiento, yo que sé.

No puedo perder de vista de que a leguas se nota que lleva mucho tiempo sabiendo quien es, por lo tanto, ha acumulado bastantes horas de vuelo en el área. Así que, aunque no haya vivido con nadie, esto para él es muy probable que no implique lo que para mí, a pesar de que intento resistirme y dejarlo en un plano físico.

De hecho, fui consciente de que no iríamos a ninguna parte después de la primera noche que pasamos juntos, cuando lo acompañé a su apartamento a la mañana siguiente para que buscara ropa.

Husmeaba por ahí, porque la verdad es que su penthouse es enorme, sobrio y moderno a la vez. Me gustó bastante por los detalles en cada cosa, sin lucir recargado. Te invita a sentarte y contemplar. No he ido salvo en un par de ocasiones, suele suceder todo en mi casa, pero ya lleva muda por si se queda, que han sido casi todas las noches, en realidad.

Y mientras él se ponía algo limpio, yo me detuve frente a un par de fotos que supe eran de su familia. Kyroh estaba a un lado del esposo de Desa, que es tan alto como él, por lo que vi, con un cuerpo un poco más ancho nada más y una mujer guapísima, de mirada fuerte y personalidad apabullante.

En ese momento comprendí por qué mi amiga le temía un poco, por otro lado, recordé sus palabras: *nadie en casa de Kyroh sabe sobre su sexualidad*, eso me obligó a detener cualquier sentimiento que pretendiera aparecer aquella mañana, o intentarlo.

Cuando bajó, me sonrió. Aquel sitio es de dos pisos. Iba vestido con unos vaqueros roídos, suéter claro, botas de cinta y cazadora café oscuro. Eso sin contar con ese aroma a loción masculina a la que ya soy adicto. Se veía impresionante.

Es atractivo hasta rabiar, impecable tanto como varonil. De hecho, el día que lo conocí adiviné su orientación gracias a la manera en la que me miró, de lo contrario, nada me hubiese dado la señal que es tan sencilla para mí detectar.

Colocó una de sus manos cálidas sobre mi hombro, mientras yo sostenía la foto.

—Son mi madre y mi hermano, el esposo de Desa… —me informó lo que yo ya sabía. La dejé en su lugar y él se cruzó de brazos, adiviné que buscaba respuesta a su pregunta de la mañana.

—Sigue siendo muy personal —repliqué andando por ahí, quitándole importancia. Lo escuché reír de esa manera profunda que eriza mi piel—. ¿Has tenido pareja? —pregunté sin limitarme.

En aquel momento no pensé que lo volvería a ver, agachándome para admirar una escultura de madera que estaba debidamente iluminada y colocada para que se le pudiera apreciar. Imaginé que esa sería la única cita porque así suele ser, además, yo no tenía intenciones de algo más, estaba seguro de que él tampoco.

—Podría decirse —respondió, yo no lo encaré.

—¿Nada serio? —inquirí irguiéndome, indiferente, para continuar mi propio *tour*.

—Depende.

—¿De qué? —proseguí sujetando un quinqué asombroso, de colección.

—De lo que sea *serio* para ti.

Sonreí sacudiendo la cabeza.

—Esto es una belleza —comenté cambiando el tema, buscando sus ojos oscuros. Él sonrió desde su lugar. Continuaba con los brazos cruzados. Parecía disfrutar de mi recorrido por su propiedad.

—Aun funciona —me hizo saber, relajado.

—Asombroso… —acepté dejándolo en su lugar.

—¿Y bien? —preguntó. Supe a qué se refería así que me encogí de hombros y continué andando.

—Serio es vivir juntos, presentar a las amistades, familia si es posible. No sé, esas cosas.

—Entonces no, nunca he tenido una relación seria desde tus estándares. Asumo que tú sí.

Me detuve y asentí haciendo a un lado la imagen de Loren, que se veía tan insípido y ridículo a su lado, nada que ver con este hombre.

—¿Y qué ocurrió? —me instó. Me detuve y lo miré, él aguardó. No suelo ser de los que habla de más, tardo en confiar y lo que no es necesario, prefiero guardármelo para mí. Eso me ha traído buenos momentos, otros no tanto, pero he tratado con demasiadas personas gracias a lo que me dedico y sé esquivar preguntas, lo que no sabía era si quería hacerlo con Kyroh—. ¿Muy personal, rubio? —me provocó evaluándome.

Negué esta vez y me dirigí hasta una de las ventanas. Tiene una vista asombrosa del Michigan.

—Siempre he tenido claro quién soy, él no lo tenía tan claro —respondí sin que doliera en realidad.

Hace tiempo que descubrí que no lo amaba, que quizá nunca lo hice, pero había llegado a mi vida justo después de la muerte de mis padres. Yo tenía veinte años, me sentía tan perdido y él estaba ahí. Nos aferramos el uno al otro a causa de nuestras propias carencias. Obviamente no terminaría bien, aun así, dolió.

Su mano morena, se enredó en mi abdomen. Se sintió extrañamente reconfortante, entonces recargué la cabeza en su hombro, mientras él colocaba su barbilla sobre el mío.

—No es sencillo aceptarlo, pero yo tampoco he dudado nunca —murmuró perdiendo la mirada en lo mismo que yo. Se sentía tan bien—. Vamos a comer —dijo de repente, rompiendo el momento.

Y cuando íbamos saliendo, me detuvo, buscando mis ojos.

—Jamás he sentido algo lo suficientemente fuerte como para dar un paso como el que tú diste con él. No sé si tengo siquiera el interés de sentirlo alguna vez —declaró mirándome con fijeza. Comprendí la advertencia en sus palabras.

Asentí y le sonreí a cambio, aligerando el ambiente. Porque en ese momento estaba seguro de que por mucho que me gustara yo no pretendía nada más. Es más, estaba seguro de que Kyroh sería algo pasajero, quizá algo de una noche o dos.

—Conmigo estás a salvo, no estoy interesado en repetir el mismo error —le aseguré. Él torció la boca y salimos.

~*~

Sí, me equivoqué y de qué manera. Sé a lo que se dedica, lo mucho que le gustan los números, es el director de finanzas y socio de esa empresa que su hermano fundó, juega básquetbol cuando puede y es aficionado a ese deporte. Él sabe que mi pasión es pintar, tocar la guitarra, el piano. Que soy dueño de esas dos galerías, pero no hablo de mi hermano, de la empresa que compartimos, o de… cómo murieron mis padres. Porque, aunque lo tengo trabajado, no es un tema que me guste recordar.

Solo Desa, siendo quien es para mí, o Loren, en su momento, conocieron esa parte de mi pasado, sin embargo, acepto que con Kyroh he sentido estas ridículas ganas de abrirme y hablar de eso que dolió tanto, que me cambió. Solo que… no sé si él quiera conocer esa parte de mí, si comprenda lo que implicaría abrir el pasaje más complicado de mi vida, porque… porque, mierda, yo me estoy enamorando de él y soy consciente de que no sentirá lo mismo por mí, menos tan rápido, quizá nunca.

Le marco reuniendo al fin el valor. Dos timbrados y escucho su voz.

—Eh, rubio, creí que ya no sabría de ti por hoy, tenías mucha prisa por la mañana —señala y es que estábamos en mi apartamento.

Yo, después de saber que todo había salido mal con Desa, estuve distraído.

—Sí, un poco.

—Cerré bien y dejé todo en orden, no te preocupes —me informa y yo casi rio porque sé que siendo él, el sitio estará impecable. Pero debido a lo apremiante, ni reparé en ello.

—Escucha, Ky, debo decirte algo y es importante —comienzo sin remedio, nombrándolo de esa forma que, unas noches atrás, había empleado cuando me hacía cosquillas y yo le suplicaba que parara.

Silencio.

—Dime, Steve —su tono cambia y eso no pasa desapercibido para mí, aunque evito darle importancia.

Yo tengo bien claro que así son las cosas con él. Venga, que ni llevando meses uno puede confiarse, ahora siendo semanas, mucho menos.

—Sé que no te he contado donde conocí a Desa…

—Muy personal, ¿no?

—En realidad no lo es, o quizá, el punto es que no me correspondía decirlo. El asunto es que yo, yo ayudo en un albergue todas las tardes desde hace unos años y bueno, ella me vio un día que hice una excursión con los pequeños, les tocaba la guitarra… Desa nos espiaba y…

—¿Espiaba? ¿Un albergue? ¿No ibas a cosas de tu trabajo? Steve, ¿qué ocurre?

—Eso intento decirte, escucha sin interrumpirme, ¿sí?

—Pareces nervioso… —señala ahora con suavidad.

—Kyroh, es importante. Desa conoció el albergue, bueno, yo la traje… El punto es que lleva meses ayudando. Por eso entró a ese trabajo y gastó dinero, y ayer le iba a contar todo a tu hermano, porque claro que él no sabe y…

—Respira, rubio, solo respira —me interrumpe agobiado.

—No puedo —insisto un tanto histérico—. Tu hermano piensa que tiene algo conmigo, ¿entiendes? Zakariah piensa que Desa y yo somos amantes y la dejó, no sabemos dónde está él. Por eso pasé por ella, la traje aquí. Sé que no tengo derecho a presionarte en nada, pero no se trata de nosotros, sino de ellos. Debes decirle la verdad a él, debe saber que no hay ninguna posibilidad de que entre ella y yo exista algo porque… porque…

—Steve… —susurra con voz que podría jurar suena tierna, pero él no es así.

Me paso una mano por el cabello. Ya se me han soltado varios mechones del moño que me hice hace un rato, cuando me vestí con lo que encontré a la mano y fui por Des.

—¿Sí?

—¿Estás con ella? —quiere saber.

—Sí, está muy mal, Kyroh. Ayúdalos —le pido al fin. Suspira con fuerza—. Te puedo mandar un video. Ella canta increíble, toca la guitarra y es sorprendente todo lo que ha logrado en este sitio en tan poco tiempo. Desa pasó por algo traumático hace unos días. ¿Kyroh? ¿Por favor?

Escucho su respiración, eso me pone nervioso, muy nervioso.

—¿Ayudas en un albergue todas las tardes? —pregunta con un tono extraño.

—Bueno, sí, a veces por las mañanas. Pero eso qué importa, solo… ¿Te lo mando? ¿Crees poder hacer algo? Sé que no implicará nada para nosotros, no te preocupes, no espero que algo cambie te lo aseguro… —intento convencerlo.

—¿Estás seguro de que no implicará nada? —repite dejándome helado. Cierro los ojos sintiendo como algo en mi pecho duele, lo estruja, pero a quien quiero engañar, era lo que esperaba.

—Sí, te lo dije hace semanas —le recuerdo fingiendo que no me está lastimando aquello. Se tarda unos segundos en volver a hablar, los mismos que yo contengo la respiración.

—Mi cuñada es un estuche de sorpresas —cambia el tema.

—Es una mujer asombrosa.

—Si no supiera que las mujeres no son lo tuyo, me comenzaría a poner celoso —bromea. Sonrío ante lo ridículo de su afirmación; él no me celaría, lo he visto cuando en algún restaurante buscan llamar mi atención y Kyroh solo lo ignora. Recargo la cabeza en el muro—. Yo lo soluciono, rubio, por favor solo no apagues tu celular y relájate, ¿puedes?

—Trataré, aunque no es para estar brincando de alegría el hecho de que tu hermano piensa que soy el cuerno de su esposa, menos saber que por mí tendrás que abrir tus preferencias

con ellos.

—Ninguna de las dos cosas son tu responsabilidad, ¿de acuerdo? Y mejor dime, ¿cómo sabes que no lo he abierto a mi familia?

Me doy un golpe en la frente, otra metida de pata. ¡*Joder, Steve*! Me regaño. En este punto lograré acumular un pergamino de estupideces.

—Cuando te conocí… Desa me dijo que ella sabía sobre tus gustos desde hacía meses y que tú no lo has dicho.

—Mierda, esa mujercita no deja de asombrarme. Así que lo sabía, se lo debió decir a mi hermano. No imaginé que estuvieran enterados —admite y aspira con fuerza—. Bien —cambia el tono por uno más práctico—. Todo se solucionará, ¿me crees?

—*OK*. Gracias.

—No me las des, rubio, solo mándame ese video.

Al colgar se lo envío y voy a distraer a los pequeños que, por supuesto, quieren ayudar a pintar los muros, actividad que terminará en un desastre si no se me ocurre algo divertido, lo sé muy bien.

El sabor agridulce de nuestra conversación permanece durante largo rato. Más tarde logro convencerme de que, aunque esté sintiendo algo profundo por él, no es momento para dar un paso como ese, que implica que su familia sepa de mí y sobre su sexualidad al mismo tiempo.

Y, aunque Desa me ha dicho que a Zakariah no le importa, eso no quiere decir que a aquella mujer imponente le haga alguna gracia, tampoco que él deseé avanzar en lo que sea que tenemos.

Más tarde va una de las chicas al área de niños, me informa que el esposo de mi amiga al fin apareció. Sopeso el ir a verificar que de verdad se hubiesen arreglado, sin reparar en que yo jamás le di la ubicación a Kyroh.

Claro que al verla llorando, confirmo que todo irá como debe. Siento un alivio inmenso, más cuando Zakariah, que debo añadir también impone, se porta tan cordial al tomar yo el valor y presentarme, y a la vez, experimento un dejo de culpabilidad.

De verdad que he generado problema tras problema en veinticuatro horas para esa familia y no me siento precisamente orgulloso, aunque sí feliz por ella, lo merece y merece una vida maravillosa, de eso estoy seguro, solo es cuestión de que, de una bendita vez, hable. Confío en que haya aprendido su lección.

Me refugio con los niños hasta que dan las ocho de la noche y Lira aparece.

—Steve, ya es tarde, corazón. Los niños ya deben descansar y tú también, o divertirte, es sábado —me recuerda.

Los pequeños se quejan, hago un mohín porque las horas con ellos vuelan. Me levanto del piso, donde estaba acostado dibujando con ellos un mural y salgo.

Me acompañan a la puerta, en medio de risas, drama y gritos.

—No te vayas —dice uno de ellos. Lo cargo y sacudo, riendo.

—Debes dormir, enano, yo también, llenar la pancita de comida. Anda, luego seguimos dibujando —entonces se suelta a llorar. No debe tener más de cuatro años. Lo beso sonriendo, abrazándolo—. No, no hagas eso, sabes que yo también puedo llorar, y super fuerte, entonces las mamis vendrán a regañarme —le hago ver. Me mira separándose un poco.

—No *quedo* que te *degañen* las mamis —asegura pestañeando. En ese momento llega su madre y se lo entrego. Ella me agradece con una bella sonrisa.

—Steve debe ir a dormir y tú también… —le hace ver, llevándoselo. Lira me da un beso en la frente y salgo con la guitarra colgando del hombro.

El frío me toma por sorpresa. Gruño, recriminándome el haber olvidado el jodido abrigo. Me froto las manos, los brazos, cuando noto a alguien mirándome desde el otro lado de la acera. La iluminación en esas calles no es la óptima, en realidad es deplorable a quién engaño, así que por un segundo me pongo en alerta.

Nunca he tenido un incidente ahí, pero sé que puede llegar a pasar, aunque tampoco temo a una pelea, sé defenderme.

Entonces aquella figura cruza la calle, enseguida mi piel cosquillea y no es debido a la baja temperatura. Sé quién es. Espero sin moverme.

—No te he escuchado llorar super fuerte, pero sí gritar —dice aquella voz ronca, a un metro. Le sonrío desconcertado. *¿Qué hace aquí?*

—Vete a la mierda —le respondo riendo. Se carcajea y se acerca más, se quita la chaqueta y me la tiende.

—Ponte esto —ordena. Niego tranquilo, no estoy acostumbrado a esas atenciones.

—A ti también te dará frío. Tan solo olvidé la mía. En el transporte entraré en calor —le explico helándome por dentro. Niega, me quita la guitarra, se la cuelga y abre la chaqueta para que meta los brazos. Ruedo los ojos.

—Eres un inconsciente, está helado —reniega. Ciertamente lo está y él lleva un suéter grueso, a diferencia de mí, y una bufanda. Me la termino de poner yo solo. Me queda algo grande, pero se siente cálida gracias a él, lo agradezco y doy brinquitos para ver si entro en calor más rápido. Sacude la cabeza, divertido—. ¿Transporte? ¿Dónde está tu camioneta? —me interroga buscándola con la mirada.

Luce extraño, aunque intento no darle importancia.

—La dejo en otro sitio y llego en autobús, es más seguro —respondo. Asiente, observándome de un modo que me alerta.

—Mi auto está allá, vamos por ella.

Acepto siguiéndolo. Por alguna razón no me atrevo a acercarme más. Bota lo seguros y entró de inmediato. Él lo hace después de dejar mi instrumento en la cajuela.

Le doy las indicaciones, las sigue sin decir nada. La situación me pone más nervioso, pero entiendo que lo ocurrido este día aún lo debe estar procesando, no tengo derecho a preguntarle nada, esa es la verdad.

Al llegar me bajo y él hace lo mismo, abre la puerta de mi camioneta para que suba. Lo miro desconcertado, está muy atento.

—Kyroh, sé que lo de hoy…

Me silencia con una mano sobre la boca.

—Te veo en tu apartamento, conduce con cuidado —me pide. Subo con el pecho oprimido asintiendo. Cierra mi puerta y camina hasta su auto.

Al llegar se estaciona a mi lado, baja mi guitarra y cuando intento quitársela, se hace a un lado.

—Puedo con ella, ¿ya entraste en calor? —pregunta.

—Sí, gracias, desde que entré a tu auto —contesto un tanto perdido, rehuyendo sus ojos. Temo descubrir sus intenciones. No estoy listo para que termine esto, pero sé que es casi lo lógico y busco irlo digiriendo.

Entramos, la coloca donde yo habitúo. Dejo las llaves donde suelo y me froto el cuello, lo siento tenso. Sus manos me detienen, sujetándome de los hombros.

Cierro los ojos y los puños a la par. Me quita su chaqueta y la avienta a uno de los sofás. No volteo, ni hablo, entonces empieza a masajearme los nudos acumulados. Me quejo, tiene un

tacto firme que ayuda a mi molestia, pero ya no puedo postergar lo que vendrá.

No me gustan las agonías, así que me suelto y lo encaro.

—Escucha, Kyroh —comienzo, no obstante, sus ojos lucen determinados, su quijada tensa. Paso saliva y no puedo continuar porque toma mi rostro entre sus manos y me acerca a él, tanto que percibo su aliento cálido sobre mis labios.

Sujeto sus muñecas, desconcertado.

—No sé cómo lo hiciste, pero estoy sintiendo cosas aterradoramente profundas por ti, Steve —declara con una fiereza que me deja estático, ahí, tan cerca de él. Aflojo mi agarre y bajo los brazos ante su confesión, atónito y con un cosquilleo que se siente como una descarga recorriendo mi cuerpo—. Me estoy enamorando de ti —declara y siento que no puedo respirar—. Todo implica cuando se trata de ti.

—Ky —murmuro y cuando pienso que me besará de una jodida vez junta su frente con la mía.

—Dime que también está implicando para ti —pide con los ojos cerrados. Rodeo su cuello y asiento. Los abre y sonríe aliviado—. Eres especial, rubio, mucho más de lo que piensas —asegura para besarme al fin con una nueva posesividad que me deja temblando—. Me estás cambiando —gruñe mientras me quita la goma del cabello y me guía a la habitación.

3. Kyroh

Tres años después.

Duerme, después de estos días infernales, al fin todo está en su lugar, él donde jamás debió salir: nuestra cama. Nunca me he sentido más seguro de una decisión en mi vida, porque cuando se trata de Steve, mi mundo solo sabe temblar con fuerza, este hombre sacude todo en mi interior.

Lo contemplo sintiendo paz, una que solo a su lado aparece y enseguida acuden a mi mente los recuerdos, la forma en la que hace tres años comenzamos, la manera trepidante con la que me encontré colado por sus sonrisas, su mirada azulada, su cabello dorado o sus manos perfectas, su carácter inspirador.

El día en que Desa nos presentó surgió algo que nunca había experimentado con nadie, incluso pensando, durante un par de minutos que era su amante, me atrajo. Luego esa jugada de mi cuñada y al responder mi mirada de aquella manera, supe que Steve no estaba con ella.

El alivio que experimenté no fue normal, lo noté enseguida y, de alguna manera, me sentí posesivo casi en el acto y desde ese día no ha dejado de ser así.

Por supuesto que no tardé mucho en amarlo como todo un imbécil y es que es imposible no hacerlo. Es un hombre lleno de sorpresas, no lo negaré, pero con un corazón tan impresionante que no deja de conmoverme, con una fuerza interior extraordinaria y con alegría por vivir que me contagia.

Tengo grabada esa noche cuando lo esperaba afuera del albergue en el que pasamos tanto mi familia y yo, esa noche en la que todo lo que alguna vez pensé, cambió, y decidí darle otro rumbo a mi vida, uno con sus ojos de por medio.

La verdad es que estaba en *shock*, aturdido. No entendía cómo es que él, el hombre por el que comenzaba a sentir cosas profundas en tan poco tiempo, brindaba ayuda precisamente a ese lugar, que hubiese guiado a Desa hasta allí.

Me parecía irreal. Primero, porque no sospechaba que dedicara tiempo a esa actividad tan loable. A veces parece quisquilloso, un hombre que sabe lo que quiere, también como conseguirlo, pero en ese momento lo vi tal cual es, y eso que aún no se abría por completo a mí.

En realidad, eso es algo en lo que trabajamos aún. Steve es aterradoramente reservado y aunque yo lo soy también, él tan solo omite o se lo guarda para sí y eso a veces me hace sentir perdido porque, aunque cada uno tenemos nuestra vida, hay cosas importantes que, cuando me entero, van completando el rompecabezas que es él. Sin embargo, entiendo que su propia historia lo determinó, tanto como a mí, así que simplemente nos aceptamos con ello.

~*~

Conduje hasta el albergue, aquella noche, con las palmas sudorosas. Bajé del auto y no me atreví a acercarme, simplemente me recargué en una de las luminarias descompuestas, observando aquel lugar donde pasamos por tanto, que significó tanto.

No tenía idea de si él se encontraba dentro, pero algo me decía que era así. De solo pensarlo mi pecho se contraía, era algo extraño, algo que mi hombre genera y a lo que ya estoy habituado, pero en aquel momento me mantenía en vilo.

Ya era tarde cuando escuché ruidos de niños en la puerta del refugio, entonces lo vi. Dejé mis cavilaciones y me erguí. No me había movido siquiera, solo permanecí ahí, recordando quizá

una hora. Pero su risa hizo que todo en mí despertara, eso siempre ocurre y enseguida me encontré atento, expectante.

Él no me veía, yo sí y escuché perfectamente aquella forma en la que los niños se arremolinaban en sus piernas para que no se fuera, cuando cargó a uno de ellos y le habló con tal dulzura que lo único que quise fue besarlo hasta dejarlo lleno de mis labios.

Me asustó en aquel momento la intensidad de lo que generaba en mí, la potencia fiera del sentimiento. Desde que había hablado con él, horas atrás, comprendí lo mucho que significaba, pero al presenciar ese momento, decidí que lo quería en mi vida y tendría la paciencia para conseguirlo.

4. Kyroh

Cuando mi madre nos informó en dónde estaban, no supe cómo reaccionar. Zakariah se marchó aturdido, por supuesto, pero yo no pude moverme.

—¿Steve? —preguntó mamá, logrando con ello que la mirase. Pasé saliva—. Debe ser diferente a los demás, si logró que hablaras sobre ti de una vez. Pestañeé, aun buscando entender aquello.

—Él… Él la llevó a ese lugar.

Mi madre me observó confundida, supongo que creyó que había perdido el último tornillo que me quedaba.

Ella y yo siempre nos hemos llevado bien, la admiro y amo profundamente. Los dos somos conscientes de que esa niñez, esa adolescencia tan complicada para mi hermano, para mí en mi salud, no es fácil de sacudir.

Esa fragilidad con la que crecí solo logró que, cuando me sentía bien, fuerte, arremetiera contra la vida de una forma feroz. Tantas veces la sentí diluirse que me hice un adicto a aprovechar el momento, lo que fuese que este me ofreciera. A no idear planes más allá de lo que haría el fin de semana siguiente y dar lo mejor de mí para quienes lo dieron por mí. Pero también me convertí en un tipo cínico, duro y arrogante que, aunque creía en el lado bueno de las personas, sabía que pocas lo tenían.

Desde que descubrí que las mujeres no eran lo mío, en la pubertad, decidí que era algo más que asumir, sin drama, sin aspavientos. Cuando crecí me convertí en un hombre que se burlaba de aquellos que deseaban una pareja estable, que añoraban encontrar a esa jodida *persona especial*, porque venga, se escucha como una cursilería cutre de marca publicitaria.

Para mí eran puras pendejadas y es que no tenía sentido, ¿para qué buscar a alguien si se podía tener a quien fuera? ¿Para qué idealizar el concepto de monogamia si entre nosotros es tan complicado? Era como ahorcarse a sí mismo. Una idiotez si de por sí no todo era fácil, por qué iría uno a complicarlo de más.

Yo no soy de los que se complica, no por deseo. La vida me había demostrado que podía ser una jodida arpía para luego ofrecerte un banquete que no tendrías tiempo de acabar. Así que, aunque creo en la lucha, la fuerza, la determinación, no quería por ningún motivo pensar más allá de un revolcón o una buena follada. Quien pensó que daría más, pronto se topó con pared.

No soy dulce, y una mierda, ni de palabras bonitas, de hecho me revienta esa manera. Los remilgos, los ademanes delicados me ponen de punta, pero aquí hay de todo y aunque prefería los que lucen más varoniles, fui flexible en ocasiones.

Desde muy joven supe que me gustaba dominar, pero también que este puede ser un juego de ida y vuelta, y yo siempre estuve ávido de conocer, de aprender y de joder a quien me atrajera. No era difícil, la verdad es que ni siquiera debía buscarlos, sucedían sin planearlo.

Pero Steve, con tan solo un mes, estaba debilitando ciertas ideas, ideas que no se supone que alguien debía poder derribar. Su forma de ser tan alegre, pero reservada, su manera de entregarse a mí pero imponiendo sus deseos, pese a ser yo quien llevo las riendas. Las conversaciones, la frescura y facilidad para disfrutar lo que fuese que ocurriera siempre con la cara al aire, cerrando los ojos permitiendo que el sol lo bañe con su luz y calor.

Joder, es que todo aquello fue creando agujeros en mis convicciones, en mi manera de pensar.

Desde ese primer mensaje que respondió, hasta la primera vez que me adentré en él, marcaron mi vida de una manera que no imaginé. Este hombre, tiempo más tarde, haría de mí lo que quisiera y ni siquiera me detuve a pensarlo porque no me importa darle lo que sea.

—Me confundes… —expresó mi madre, acercándose. Y yo lo estaba más, esa era la verdad.

¿Cómo era que la vida me había puesto en el camino a un hombre que, además de estarse convirtiendo de forma vertiginosa en mi delirio personal al grado de no querer perderlo de vista, ayudaba de manera desinteresada en el mismo refugio donde pasamos por tanto? Era simplemente ridículo, un mal chiste.

—Él le mostró a Desa ese sitio, él la llevó ahí —le explico, conmocionado.

—Dijiste que ella te lo presentó —curioseó intrigada.

—Sí, hace unas semanas, estaban en un centro comercial.

—¿Entonces? —quiso saber un tanto perdida, pero yo estaba peor.

Me llevé las manos al a cabeza y salí, ella me siguió.

—No sé, no sé, carajo. No me habló sobre esto hasta hoy, y lo hizo hoy porque quería salvar el matrimonio de mi hermano. Porque quiere a Desa. Porque no le interesa fanfarronear. Porque él supo conocerla a pesar de no ser nada de ella. Porque sabía que yo no iría más allá y, a pesar de eso, decidió que ayudarlos era lo correcto. Porque, joder, me hace sentir un estúpido.

Mi madre me observó, luego sonrió de esa forma que conozco tan bien. No había juicio en sus ojos y la verdad es que no sé por qué tardé tanto en hablar de esa parte de mi vida, quizá por temor a que me vieran de otra forma, quizá porque sabía que no les importaría, quizá porque me he aferrado a vivir en el límite que preferí evadirlo.

—Me gustaría conocerlo —determinó logrando con ello que la mirara, más perdido aún. Se acercó y sujetó mi hombro, escudriñándome—. Si ese hombre ha logrado hacerte sentir así, entonces vale la pena. Nunca creí que alguien tuviera las agallas para eso.

—¿Para hacerme sentir estúpido? —repliqué incrédulo.

—Para hacerte sentir, Kyroh, para eso —declaró, luego me dio un beso y se alejó dejándome peor, por supuesto.

Al día siguiente, mientras Steve y yo desayunábamos lo que había ido a comprar temprano a una cafetería cercana, en la barra de su cocina, me observó recargando sus brazos sobre la superficie y arqueó una ceja.

—¿Cómo supieron donde era el refugio? Estoy seguro de no habértelo dicho —señaló.

Sonreí adoptando la misma postura que él, quedando así más cerca de su perfecto rostro.

—Mi madre descubrió hace unos días que Desa va ahí.

—¿Tu madre?

—Sí, ella. De niño pasé un tiempo en ese sitio —confesé esperando su reacción.

Jamás había hablado de esa parte de mi vida con nadie, no existió nunca la necesidad o la confianza, como dije, salvo mi gente el resto de las personas me daban lo mismo. Pero ahí estaba, a un mes de conocerlo, contándole algo tan personal, así que no tenía idea de cómo lo tomaría.

Steve solo me observó, entornando los ojos.

—Mientes —determinó.

—No miento, nunca miento, en eso menos. Ahí pasé algunos años que determinaron nuestra vida.

—¿Es en serio? —preguntó confuso y maravillado a la par.

Se incorporó pegando su espalda al banquillo de la barra colocando sus brazos tras su

nuca. Los observé. Me gustan, son atléticos, pero no grandes, si no fuertes y se detecta cada músculo tenso al tocarlos, pero también suavidad.

—Tengo una historia tétrica, aunque dudo que te asuste después de saber lo que haces por esas mujeres y sus hijos.

Perdió la atención en su café, después suspiró, clavó sus ojos azules en mí y me contó lo que Desa vio, lo que hizo por aquella niña. Quedé en *shock*.

—Lo que me parece tétrico, en realidad, es que si conociste la parte dura de la vida, no te hayas dado la oportunidad de conocer mejor a tu cuñada durante todo este tiempo —expresó atento a mí.

Eso fue un golpe bajo, así que asentí rascándome la frente. Steve no tenía idea de lo que estaba haciendo conmigo, por menos de eso me habría largado de cualquier sitio.

—Lo sé, y si tú lo sabes es porque ella te lo dijo. He sido injusto.

—Has sido, según sus palabras, una patada en el trasero —me corrigió logrando con ello que sonriera por la ligereza de su expresión, su sonrisa—. Ojalá que eso cambie, es una mujer maravillosa, vale la pena conocerla —aseguró para darle otro trago a su café, que ahora sé no le caen tan bien, pero supongo que no quería llevarme la contraria en aquel momento.

—Y se queda corta, pero seguiré tu consejo.

Por la noche de ese día, Zak nos comentó que necesitaban ayuda para pintar el refugio. Nos apuntamos Loen y yo de inmediato, pero no se lo dije. Dormía casi sobre mí, habíamos estado viendo una película, no llegó ni a la mitad, suele pasarle. Tiene demasiada energía, va y viene sin cesar, pero por las noches termina agotado, casi noqueado.

Sí, comenzaba a ser mi adicción observarlo en el silencio de aquel apartamento donde empecé a pasar cada vez más tiempo, hasta que fue imposible pensarlo una noche lejos de mí.

Cuando me vio en el refugio, al día siguiente, con brocha en mano, no pudo ocultar su sorpresa. Aún recuerdo su expresión. No se acercó, de todas formas. Lo vi alejarse y es que no es efusivo, sí divertido, alegre y fabulosamente sonriente, pero no es un hombre que haga aspavientos, en realidad es más de perfil bajo. Hoy lo tengo más que claro.

Dentro de los muros de aquel lugar, se escuchaba una guitarra, la preciosa voz de Desa, todo ahí estaba lleno de recuerdos y lo que ellos hacían le daba vida a ese sitio.

A media tarde no pude más y fui a buscarlo. Saberlo en el mismo espacio me mantuvo alerta, pero nunca apareció por donde estaba. No tenía idea de dónde encontrarlo, pero pronto su voz se escuchó de entre aquellos pasillos. Entonces di con él.

Estaba tumbado en el suelo, boca abajo, con un montón de niños en la misma postura. Les contaba un cuento mientras pintaba en un enorme lienzo, y ellos le ayudaban, encantados.

Lo escuché, sin perder detalle de su facilidad para comunicarse con ellos, para mantenerlos atentos, para actuar voces. Es fantástico con los pequeños.

Entonces noté a alguien a mi lado, era Desa. Sonreía con la vista clavada en lo mismo que yo.

—Tiene una paciencia infinita —murmuró con los brazos cruzados. La miré sonriendo.

—Me alegra que todo entre Zak y tú se arreglara —susurré, alejándome de aquella puerta.

No podía continuar viendo a Steve así, se me removían demasiadas cosas y peor era notar como, lo que estaba sintiendo por él, crecía tan rápido y, aunque buscaba detenerlo, me era imposible. Ese hombre se estaba apoderando de mi voluntad.

—Gracias por decirle todo a Riah —agradeció acercándose a mí. Le sonreí.

—Sé que he sido una patada en el trasero contigo —afirmé, ella asintió sonriendo

también—, eso ya no volverá a ocurrir, Desa. Te lo prometo.

—Eso me gustaría, más ahora que estás saliendo con él. Steve es muy importante para mí, ¿sabes? Y no quisiera que tú fueses un motivo de distancia.

—No lo seré. Él también te quiere bastante, y también es importante para mí —completé. Le di un beso en la frente y me alejé, desconcertado.

Esa noche, cuando le comenté que al día siguiente mi familia celebraría una cena en casa de mi madre y que quería que fuera, casi se atraganta con la papa a la francesa que se había metido a la boca.

—¿No juegas? —quiso saber, palideciendo.

Entorné los ojos, un tanto nervioso, aunque lo escondí y me acerqué en pleno restaurante a él, recargando los brazos en la mesa mientras analizaba mi rostro en busca de algo.

—Quiero que vayas —aseguré, tranquilo—. Pero si no estás listo para dar ese paso, lo entiendo. Aunque este soy yo siendo serio, contigo —susurré evocando aquella vez en mi apartamento semanas atrás en la que le dije justo lo contrario.

¿Cómo era que en tan poco tiempo había cambiado esa idea que tenía? Coño, ni yo entendía, pero ahí estaba, atento a su reacción.

—¿Serio? —repitió recordando lo mismo que yo.

—Muy serio.

—*OK*. Podría… podría ir —concedió.

—Eso quiere decir que tú también vas serio —repliqué ladeando el rostro, dejando claras las reglas de nuestro juego. Sonrió sacudiendo la cabeza.

—Sí, supongo que así es —respondió soltando el aire.

A la mañana siguiente Zakariah apareció en mi oficina, yo revisaba un presupuesto. Los números siempre han sido mi área segura. Por la tarde regresaríamos a pintar, quedaba ya muy poco en realidad

—Ey, ¿y ese milagro? —le dije al verlo entrar. Me sonrió calmado, como es él. Siempre es serio, además de un tipo asombroso, le debo muchísimo y lo llevo bien claro. Dejé los papeles y me recosté en el respaldo, mientras Zak paseaba por mi espacio, observándolo todo. Luego me miró recargándose en una de las mesas laterales.

—No te lo he dicho, pero gracias por ayudar el sábado —dijo circunspecto. Le sonreí encogiéndome de hombros.

—Te la debía, se la debía a ella. Lamento tanta intromisión de mi parte, no debí.

Negó despacio, para enseguida sentarse en una de las sillas frente a mi escritorio. No habló durante un largo minuto. Así son las cosas con él, lo conozco y espero.

—Ese chico, Steve… —comienza, me yergo sin remedio—, es valiente —señala para luego respirar hondo, perdiendo la vista la superficie de la mesa—. Supo llegar a ella. Logró que despertara, que conectara con quien es. Y… la llevó hasta aquel sitio. Intento acomodarlo aún y me cuesta —admitió turbado, ahora mirándome.

Asentí uniendo mis manos, perdiendo la vista en el cielo, en las copas de los árboles que se pueden ver desde mi oficina.

—No sé qué decirte. Estoy igual. Desa sabía sobre mí, jamás lo usó. El día que lo conocí, hace unas semanas, durante un minuto pensé que estaba siéndote infiel y… luego, cuando nos dejó solos, supe que no era así. Es hábil tu mujer, además de muchas otras cosas que no busqué conocer de ella. Lamento mucho que hayan tenido que pasar por todo eso, hermano.

Suspiró pesadamente. No somos mucho de hablar, sin embargo, confío en él ciegamente,

siempre será así.

Jugó con un abrecartas.

—Fue nuestra responsabilidad, mía en realidad porque esta puta dureza a veces no me permite ver más allá. Y mi mujer es tan sensible que supo esconderse muy bien.

—Entonces ambos debemos aprender de esto. La vida no quiere que continuemos igual —determiné serio. Me observó y sonrió abiertamente.

—Ese chico… —lo mencionó acercándose, recargando los brazos sobre el escritorio, intrigado.

—Ese chico —repetí, calmado.

—Se presentó conmigo el día que ocurrió todo, cuando fui por ella al albergue, tiene agallas —expresó y yo solo quería pedirle que parara porque con cada palabra mis deseos de salir a buscarlo y adueñarme de su boca, retumbaban en mi piel—. Y por lo que veo, no solo supo llegar a mi mujer.

—¿No te genera nada saber que soy gay? —lo cuestioné sin rodeos. Entornó los ojos y se pasó una mano por la barbilla.

—Nunca te vi con una mujer, aunque no lo asocié —reflexionó—. Siempre te ha gustado la potencia, Kyroh, eres adicto al momento. Te convertiste en un hombre que vuela sin tocar tierra. Saber que eres gay no cambia en nada todo eso. Pero me intriga que ahora hayas decidido abrirlo.

—Iba de por medio tu matrimonio. Habría sido muy egoísta si conocía la verdad.

Sonrió, escudriñándome.

—Eres un tipo igual o más duro que yo, no creas que no lo sé. Y siempre te agradeceré lo que hicieron, pero también noto algo más…

—Creo que no quiero saber qué.

—Te lo diré, de todas maneras, me la debes —replicó sonriendo, con esa mirada que he visto desde niño. Zak me conoce tanto como mi madre, o más—. Steve es esa tierra que no te has atrevido a tocar durante toda tu vida —aseveró dejándome estático, entonces se levantó y se marchó, dejándome con aquello en mente.

Gruñí frotándome la cabeza. Me puse de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, aterrado porque aquellas palabras eran mi puta realidad y no tenía idea de cómo lo manejaría.

5. Kyroh

Acaricio su cabello rubio, luego su mejilla. Duerme profundamente, boca abajo, con la cabeza girada hacia mí, con sus manos bajo la almohada, dejando descubierta esa espalda torneada y angosta que tanto me gusta, con ese tatuaje de serpiente que va desde su cuello hasta la cima de su coxis. Es tremendamente sensual y dulce, a la par.

Fue tan extraño nuestro comienzo, me sentía tan perdido y asombrado por lo que despertaba en mí; algunas de esas sensaciones eran serenas, tiernas incluso, pero en su mayoría eran posesivas, fieras y ansiosas, cargadas de mi necesidad por él.

Aun en este momento es así.

Sonrío al recordar aquella pelea hace un par de años. Salíamos de un bar, sus amigos son personas muy agradables, que lo quieren bastante, los míos también, mi familia, así que habíamos ido a festejar el cumpleaños de Susan, una de las más cercanas a él.

Lo tomé de la mano cuando íbamos para el auto. Steve reía por alguna tontería, pasado de copas. Nos solemos turnar para conducir cuando tenemos alguna salida y en esa ocasión yo era el responsable del volante.

Por otro lado, me gusta el Steve un poco tomado, es aún más ligero que el sobrio, bromista, consentido también, aunque solo en la intimidad, porque él prefiere las demostraciones de afecto solo para nosotros. Yo no tanto porque me cuesta estar en el mismo espacio que él y no querer ponerle las manos encima y, aunque cede muchas veces de buena gana, sé que prefiere guardarlo para cuando estamos solos.

Entonces, de un callejón lateral, salió un tipo, me tomó por el cuello, sin darme tiempo de registrarlo y me estrelló contra un muro.

—Maricones de mierda, son un cáncer —escupió.

Escuché enseguida más pasos, volteé y distinguí dos más. Mierda. Steve arrugó la frente, un tanto atontado. Entonces hice un gancho y me solté, pero ellos ya iban por él.

Sentí los jugos gástricos reverberar en mi esófago. Eran corpulentos, además llevaban algo entre las manos.

—Ve a pedir ayuda —le ordené, alterado. En cambio se irguió, movió el cuello y se acercó.

—No hace falta —declaró, enseguida sentí un puñetazo en la mejilla.

—Ay, mi amorcito, te la meteré completa más tarde por el culo. Putos de mierda —me provocó el idiota que me había golpeado. Rabioso y angustiado por Steve, lo tomé por el cuello de la camiseta, lo golpeé y fui hacia mi objeto de preocupación.

Los dos hombres lo acorralaron, burlones, pero él mostraba una calma que me desconcertó, entonces uno aventó el primer puñetazo.

Gruñí, lo mataría, me juré, pero no fue necesario porque este ángel mío lo esquivó sin dificultad. Eso enfureció al tipo. Sorteó otro del siguiente, detuvo así varios golpes, moviéndose como una gacela.

—Ky, detrás —me advirtió apenas si con tiempo para agarrarme a puños con el idiota que comenzó esa estupidez.

Pronto apliqué lo que en las calles aprendí y aquello se hizo un lío, pero no podía dejar de ver como mi pareja les ganaba a dos, con movimientos marciales, sin siquiera perder la calma. Uno de sus adversarios terminó en el piso cuando él, de un movimiento lo noqueó.

—Maldita perra —graznó el otro, al que juro deseé hacerle tragar sus palabras. No fue necesario porque mi rubio hizo un movimiento con sus delgadas piernas y el tipo salió proyectado hacia atrás.

Habíamos salido de esa, no gracias a mí en realidad, debo añadir. Por otro lado, su demostración de fiereza, agilidad y asertividad, me excitó sin remedio.

—Joder, eso fue tremendamente sexy —le dije acercándome. Él sonrió complacido y se agachó juntando las manos a manera de agradecimiento, tal como en las películas de artes marciales de las que yo sabía una mierda.

De repente, de la nada, un trozo grande de madera lo golpeó en el costado de la cabeza. Cayó desorientado en el acto. Furioso me le fui encima al hijo de puta que lo golpeó. Lo dejé inconsciente y corrí hasta Steve, lo ayudé a levantarse, sangraba por un costado de su cabeza.

—Te llevaré a un hospital, no cierres los ojos —le exigí aterrado. Llegué al auto, uno de sus amigos nos vio, se acercó corriendo para ayudarme, aunque yo puedo con él sin problemas.

—Eso no fue sexy —bromeó sonriendo atontado. Besé su frente, agobiado.

—Tú siempre eres sexy, ángel mío —le respondí preocupado, notando como la sangre escurría por su sien—. Debo llevarlo a que lo revisen —le hice ver al recién llegado, aunque ya se acercaban más.

—No debe dormir. No tomé, yo conduzco, tú no lo dejes dormir.

Varias puntadas y dolores de cabeza por casi una semana, fue el resultado de aquello. Lo llevé a mi apartamento, lo cuidé y no permití que hiciera nada salvo descansar.

Esa noche, la pasamos en urgencias, querían asegurarse de que la contusión no fuese a mayores. Ahí supe que toma *Krav Maga*, una unión entre *karate* y *jiu-jitsu*, es un arte marcial de uso militar, que tiene como objetivo terminar la pelea de forma rápida.

—¿Por qué? —le pregunté acariciando su rostro pálido.

Odié, de forma fiera, verlo malherido. La impotencia en esos casos es complicada de erradicar. Primero, por lo que representaba ya él en mi vida. Segundo por haber sido agredido debido a nuestra preferencia, pues solemos ser blanco de intolerancia, juicios, moral.

Me sonrió agotado.

—Porque no todas las personas entienden que nuestra sexualidad no es su problema —susurró con simplicidad. Rocé sus labios, despacio, deteniéndome más de un segundo para perderme en su iris.

—¿Cuándo aprendiste?

—Desde los quince, voy una vez a la semana por las mañanas —respondió bajito—. Tengo frío —dijo cambiando el tema, arrugando la frente. Asentí y enseguida le conseguí otras cobijas, lo revisaron de nuevo, tenía un poco de fiebre, pero me pidieron que no me preocupara, cosa imposible tratándose de él.

—¿Hay más omisiones de tu vida, rubio? —le pregunté acariciando su cabello.

—Mi familia… —susurró tornándose serio.

Él ya conocía prácticamente todo mi pasado, pero no hablaba del suyo, solo decía que no tenía, que sus padres habían muerto y que no se hablaba con su hermano. Entonces aquella noche me contó cómo murieron, lo ocurrido en esa cena. Sentí pena por saberlo pasando algo como eso, tan joven, tan valiente.

Los días transcurrieron, Steve mejoró. Claro que tenía que estar atento a él porque a pesar de no sentirse bien, no sabe frenar. Por otro lado, no me atreví a tocarlo aunque los dos lo deseábamos, así que fue una tortura tenerlo en mi cama cada jodida noche y no hundirme en su cuerpo.

Casi enseguida me acostumbré a verlo dibujando por algún lugar del apartamento, tocar con la guitarra sobre su regazo, con la mirada perdida en los ventanales de la sala. Yo había ido por algunas de sus cosas a pesar de que aseguraba no necesitarlas. Me importó una mierda, lo quería tener bajo mi cuidado, más por aquellos dolores de cabeza que lo tumbaban de pronto.

Desa lo venía a visitar, lo hacía reír tanto que casi me encontré rogándole en que fuera a diario. Tocaban juntos, platicaban sin descanso y llenaban la casa de energía, música y sus ocurrencias.

Cuando lo dieron de alta, ocho días después, y es que definitivamente ya no era posible que continuara encerrado, supe que no quería que se marchara. Su aroma en mi apartamento, alguna cosa olvidada, su música llenando cada espacio.

Una semana después, con el pretexto de pasar a buscar algo, lo llevé antes de ir a cenar. Quiso esperarme abajo, pero entrelacé sus dedos y lo hice subir. Cuando estuvimos arriba le cubrí los ojos con las manos.

—Me caeré de culo, Kyroh —se quejó sujetando mis muñecas, riendo. Le mordisqué la oreja.

—No mientras te tenga —le aseguré dejando enseguida un lametazo.

—Mierda —gruñó divertido mientras lo guiaba. Cuando estuvimos dentro lo solté.

Una de las habitaciones la acondicioné para él. La llené de lienzos, un par de caballetes, material del que me asesoré para comprar, aditamentos que me dijeron que requeriría. Esa recámara cuenta con una vista espectacular, sabía que le gustaría porque desde la primera vez que vino, lo noté.

—Múdate conmigo —pedí sujetándolo por la cadera. Steve no reaccionó—. ¿Rubio? —le hablé sin soltarlo, un tanto nervioso. Luego volteó con los ojos enrojecidos. Sonreí aliviado.

—¿Estás seguro? —preguntó incrédulo. Acaricié su labio inferior, ese que suele morderse y asentí.

—Te amo, ¿saber eso es suficiente respuesta? —susurré acercándolo a mi rostro. Era la primera vez que se lo decía, aunque lo supe tiempo atrás.

—¿Te sirve saber que yo también? —declaró rodeando mi cuello. Negué decidido.

—Quiero escucharte decirlo —requerí mirándolo a los ojos.

Steve se mordió el labio, sujetando mi rostro entre sus manos.

—Te amo, Kyroh —susurró con una intensidad que me hizo temblar. Entonces lo besé con ganas.

~*~

Llevamos dos años viviendo aquí, hemos sido felices. Claro que discutimos, a veces no estamos de acuerdo, pero la realidad es que vivir a su lado es increíblemente sencillo e interesante.

Verlo perder la noción del tiempo cuando está creando una de sus obras, encerrado en aquella habitación, con música encendida todo el día, él sin camisa, tan solo con vaqueros manchados y su cabello recogido en moño samurái, es toda una fantasía. U observarlo componer una canción con suma concentración, tocando una y otra vez las mismas estrofas, también escucharlo hablar con sus empleados de la galería, o proveedores, artistas. O jugar en un parque con los niños del refugio como si tuviese su edad. Es polifacético y único.

Pero todo estuvo a punto de arruinarse hace unos días, probablemente los peores de mi vida adulta, he de añadir. Un mes después de la graduación de mi cuñada.

Salí de viaje con Zakariah, para verificar la viabilidad de un proyecto en Seattle. Desa y él se veían a diario, aunque hacen esa cantidad de cosas cada uno en el día. Los dos son

ridículamente inquietos, aunque mi cuñada, ahora que tiene cuatro meses de embarazo, ha frenado bastante, siguen yendo y viniendo.

Ella es su mejor amiga, sé que le confía todo, tanto como ella a él. Mi madre los cuida a ambos y defiende de nosotros dos, que a veces somos medio obtusos, debemos aceptar.

Esa tarde, comía con mi hermano, reíamos por algo que Desa le había dicho, es simpática esa mujercita, a la que ahora tengo tanto que agradecerle y que apoyaré siempre, que admiro, cuando precisamente ella le llamó.

Él respondió enseguida. Algo en su semblante me intrigó, me miró serio y le decía «sí» una y otra vez a su esposa. Colgó y respiró hondo, apoyó los brazos sobre la mesa y me estudió, serio.

—¿Qué pasa? —pregunté arqueando una ceja.

Mi hermano es poco expresivo, jamás dramático o exagerado.

—¿Estás viendo a alguien más? —me preguntó de pronto, tomándome por sorpresa. No solemos meternos en nuestras relaciones, pero como he dicho, mi familia adora a mi rubio, tanto como a su mujer, así que no entendí aquello.

—¿Te refieres a otro hombre? —repliqué confundido. Asintió. Reí, luego me limpié la boca, dejando la servilleta de lino a un lado—. ¿De dónde sacas eso? Ya te dije lo que pienso hacer, ¿qué ocurre, Zakariah? —quise saber, inquieto.

Se pasó la mano por el rostro, respirando con fuerza.

—Desa me habló porque alguien fue a ver a Steve, le dijo que tú tenías algo con él, dejó ropa tuya que habías olvidado en su casa, recientemente… No me dio más detalles, pero Steve no está bien —terminó, dejándome helado.

—¿Cómo que alguien fue a verlo? Es una estupidez. Jamás haría algo tan idiota —rugí rabioso, tomando mi teléfono.

Zak me detuvo con una mano, calmado, pero serio.

—Toma el primer vuelo a Chicago, soluciona esto. Por experiencia te digo que Steve está pasándola muy mal.

—Pero jamás le fallaría, joder, si no veo mi vida sin él. Lo sabe.

—Kyroh, ve a ver qué ocurrió, cada día esto lo está hundiendo más. Se necesitan segundos para romper cualquier cosa, más la confianza.

Respiré con fuerza y acepté que si fuese al revés estaría incendiando la ciudad, pero él no es así.

Llegué esa misma noche, tarde. El apartamento estaba oscuro, dejé las llaves donde suelo, las suyas estaban ahí. Subí de dos en dos los peldaños. La lucecilla de una de las lámparas de noche de nuestra habitación se encontraba encendida. Entré y lo vi sentado sobre uno de los sofás que dan a la ventana, con la cabeza gacha, recargada en sus manos, un par de maletas en la entrada de la recámara.

Mi sangre se congeló. Entonces alzó su rostro esculpido y la decepción que detecté en sus ojos dolió.

—¿Qué ocurre? —pregunté encendiendo la luz, frustrado.

Se puso de pie y respiró hondo. Era evidente que había llorado, tenía los ojos enrojecidos, lucía desaliñado, pálido incluso. Quise acercarme, abrazarlo con fuerza. Lo había extrañado bastante, pero retrocedió al leer mis intenciones. Apreté los puños.

—Vino un tal Bob, te dejó la ropa que… la ropa que olvidaste en su casa —dijo despacio, como si cada palabra le abriera la garganta, señalando varias prendas que estaban sobre la cama que compartimos.

—¿Bob? —repetí con desdén, irritado. Pero Steve no estaba para ello, era evidente, solo que yo no soportaba no entender lo que ocurría, menos pensarlo lejos de mí.

Llenó de aires sus pulmones, cerró los ojos y no volvió a alzar la mirada, en cambio metió las manos en los bolsillos de su vaquero y posó su atención en otro punto, evadiéndome.

—Sí, Bob, apareció ayer por la tarde, te estaba buscando. Parece que conoce el lugar —reflexionó, pero enseguida sacudió la cabeza, concentrándose—, me dijo que esa ropa la habías dejado una de esas ocasiones en las que… —aspiró con fuerza, negando—. Mierda, no puedo, Kyroh, no me hagas repetirlo —rogó torturado, aun sin verme.

Me acerqué y sujeté su barbilla, molesto. Él se quitó, no me alejé.

—Termina —exigí. Se mordió el labio, retrocediendo y se recargó en un muro, sin soltar esta vez mis ojos.

—Dijo que llevaban un tiempo sosteniendo encuentros casuales, como si yo también fuera uno de ellos. Me dijo que… que dejaste tu ropa: son un par de bóxers, pantalones deportivos, camisetas —terminó con la voz rota, sosteniéndome con valor la mirada.

Salgo a correr cada mañana, claro que tengo ropa deportiva y claro que Steve la conoce muy bien.

—No sé de qué mierdas me hablas. No conozco a ningún Bob, Steve —rugí ya bastante cabreado.

Pasó a mi lado, esquivándome y se dirigió a la puerta. Mi sangre hirvió.

—Yo menos —expresó con temple—. ¿Qué quieres que te diga si un tipo viene aquí, conoce tu nombre, tu dirección, tiene tu ropa y asegura que sostienen encuentros casuales? ¿Qué quieres que piense? —me urgió mostrándose al fin, alzando un poco la voz.

Steve suele ser bastante bromista, desafiante y poco dramático, jamás grita, salvo en la cama, así que verlo llegar a eso me alertó más que lo otro. Mi hombre estaba en su límite, comprendí.

Carajo. Esto lo estaba lastimando. Caminé hasta él, me enfrentó, sus ojos eran una tormenta que me arañaba.

—No sé quién es —insistí despacio. El negó, tragándose las lágrimas.

—Cuando comenzamos te conté lo que me pasó con el hombre que fue mi pareja, te dije lo duro que fue pasar por aquella traición debido a sus dudas —murmuró serio.

Que nombrara a otro tipo, a ese en especial, que un año atrás conocí en un restaurante y no dejó de cazarlo importándole una mierda que viniese conmigo, me reventó.

Por supuesto que Steve le dejó claro que lo suyo ya había sido y que estaba conmigo. Obviamente al muy hijo de puta no le importó o sí, pero lo desea, lo vi con una claridad que me enfureció porque, aunque mi hombre lo ignoraba, éste no se rendía.

Hasta que me harté.

Me levanté y le hice ver que si continuaba por ese camino le rompería los dientes, uno a uno. Pagué su copa y esperé a que se largara. Se marchó.

Steve se molestó por mi reacción, pero a mí me valió una mierda, lo estaba hostigando y aunque sé que se sabe defender mejor que yo, incluso, a pesar de que voy con él a esas clases desde aquella pelea, me cabreó muchísimo su cinismo.

—No me disculparé —le advertí al sentarme, dándole un trago a mi bebida. Rodó los ojos y perdió la atención en el exterior, recargándose en el respaldo.

—Él no me interesa —susurró.

—Eso lo llevo claro, pero no permitiré que un pendejo que ya tuvo su oportunidad y la jodió, venga a hacer alarde de conocerte e intentar probar que puede aún tenerte —zanjé. Steve

me observó, arrugando la frente.

—Nunca me tuvo —señaló torciendo los labios. Me acerqué para que nadie nos escuchara, molesto aún.

—Estás en mi cama, te tengo, y no pienso permitir que sea de otra manera —declaré sin importarme lo posesivo que aquello sonara. Steve recargó un codo sobre la mesa y la barbilla en su palma, cubriendo un poco sus labios, reflexivo.

—Estoy ahí porque quiero —me recordó, pacífico. Sonreí con cinismo.

—Dilo como quieras, ningún idiota te volverá a poner las manos encima.

—No me tocó, solo estaba haciendo gala de su estupidez y luego tú fuiste a completar el cuadro.

—Si un tío hace algo semejante, pasando los límites, ¿realmente te daría lo mismo? —lo interrogué entornando los ojos. Su postura cambió, se irguió y respiró hondo.

—Si eres mío, no tengo por qué pelear por ti —replicó serio.

Es tan jodidamente hábil con las palabras, con su manera de hablar.

—Soy tuyo, rubio, y tú eres mío. Y lamento que no te guste lo que hice, pero no me arrepiento, tampoco es como que monté una escena o lo golpeé, solo dejé claro los límites que estaba cruzando.

Asintió estudiándome.

—Si un tipo te hostiga así, quizá si le reviente un vaso en la cabeza —admitió abriendo los ojos de más.

Me carcajeé porque llevo bien claro que no es de esos. Steve haría algo más elegante, con estilo, no tan burdo y primitivo como lo que yo hice, aunque me contuve.

~*~

6. Kyroh

Así que, el hecho de que nombre a cualquier otro me enfurece, más en ese momento en el que no entendía una mierda, pero lo estaba perdiendo eso era claro.

—No te he fallado, lo sabes, no podría. Por amor de Dios, date cuenta —le intenté hacer ver. Sin embargo, todo me inculpaba por mucho que me defendiera. Él posó su atención en un punto alejado de mí.

—Tú fuiste el que pidió exclusividad al poco tiempo de comenzar. Yo… simplemente no puedo con esto —susurró y sentí que me daban un golpe en el estómago.

Claro que recordaba ese día y por Dios que pretendía perpetuar aquello porque la idea de alguien rozando su piel, o besándolo, me enfurecía de una manera anormal, bueno, aún hoy es así.

—No te vayas, dormiré en otra habitación. Descubriré qué está ocurriendo, por favor, por lo menos concédeme eso —me encontré rogando evitando que saliera de la recámara.

—Esta es tu casa, Kyroh —me recordó entristecido. Negué sujetándolo de los brazos.

—Es nuestra desde el momento que entraste a mi vida, no te vayas. Si en unos días no puedo darte una buena explicación, entonces… no te detendré. Pero, Steve, por lo que hemos construido, quédate.

Él no me miraba, aunque noté que lo sopesaba, luego asintió y clavó sus alucinantes ojos en los míos.

—Unos días, Kyroh, solo unos días porque no soportaré más. Odio la agonía y no pasaré por una, ni siquiera por ti. No tienes una idea de lo que estoy sintiendo —declaró soltándose de mi agarre y se dirigió a su habitación, aquella que acondicioné dos años atrás.

La ira me recorría mientras se alejaba. Quien resultara responsable de esta idiotez, no sabía con quien se había metido, determiné.

Esa noche no dormí, él tampoco, lo supe porque no salió de ahí hasta el amanecer que lo escuché ducharse y marcharse. Está tomando clases de alguna técnica de dibujo dos veces por semana, seguro iba para allá.

Una vez solo, saqué sus cosas de las maletas, me di un baño, pasé mis pertenencias necesarias a la otra habitación donde no sabía cómo diantres lograría dormir sin él a un lado, y tomé la maldita ropa que, según ese tal *Bobhijodeputa*, yo había dejado en su apartamento.

Bajé al *lobby* y pedí que revisaran las cámaras. En primer lugar, ¿por qué mierdas lo habían dejado pasar? Cuando vi la imagen, pedí la cinta. Enseguida hablé con el administrador, debía saber cómo es que un guardia permitía llegar hasta mi apartamento a cualquier pendejo. Porque en definitiva a ese cabrón no lo había visto en mi vida.

Llegué a la oficina y le conté a Mike lo que ocurría, él es quien lleva todo lo legal de la empresa, me encontraba muy alterado. Sugirió contratar a un investigador privado. Eso hice. Me puse en contacto con uno.

Aquello apestaba, parecía algo fraguado, solo no atinaba a entender para qué, por qué. Pensé en el ex de Steve, pero no lo imaginaba con tantas pelotas como para hacer algo semejante. Aun así, no lo descarté.

Por la noche tuve reunión con un hombre que podría averiguar. Llegué a casa y todo estaba en silencio. Subí agotado, el día había sido una putada.

Abrí nuestra habitación, temeroso de no encontrarlo. Solté el aire al verlo. Estaba

dormido de su lado de la cama, boca abajo, con un brazo cayendo por la orilla del colchón, su cabello suelto y con el torso desnudo. Sonreí respirando profundo, acercándome.

Por lo menos no se había arrepentido y continuaba aquí, me dije aliviado, poniéndome de cuclillas para observarlo. Es siempre tan apacible para dormir que me permití perderme en sus facciones durante un par de minutos, cuando mis manos cosquillearon exigiendo tocarlo, me alejé.

Cerré con cuidado y observé el *penthouse*, este era mi hogar gracias a él, no por los muros que construí años atrás, y no sería de otra manera. Esa mierda debía lograr descifrarla pronto para poder hacer de una vez lo que tanto quería, lo planeado.

No dormí bien en lo absoluto, lo extrañaba muchísimo, aunado al cúmulo de ideas y pensamientos que me ahogaban. Si no lograba encontrarle pies y cabeza a eso lo perdería porque venga, ¿cómo podría hacerle ver que no era así? Esa ropa sí era mía.

Entonces, en la madrugada, me incorporé de golpe.

La lavandería.

Una semana atrás se había descompuesto el centro de lavado, llevé algunas de nuestras cosas. Salí de la cama, me di un baño y bajé apurado. Si tenían cámaras podría averiguar.

Steve estaba en la cocina, llevaba un moño mal sujeto, sus pantalones de dormir que se detenían por su pequeño trasero bien contorneado, sin camisa. Ese angosto tórax que venero, marcado debido a su esbeltez, a su propia complexión.

Mi erección lo reclamó de inmediato. Él se percató de mi presencia un segundo después. Se preparaba un té, como todos los días. La cafeína no es lo suyo. Tenía unas ojeras hondas, noté, pero se mostró incómodo al darse cuenta de cómo lo miraba.

—Buenos días —susurró aferrando aquella taza que le di hace tiempo: tiene pinceladas de colores primarios, y cuando la vi solo pensé en que debía tenerla. Siempre la usa. Enseguida pasó a mi lado, sin decir más dejando su aroma suspendido. Cerré los ojos negando.

Me serví el café que él había dejado preparado. Sonreí ante aquello. Odiaba que esto lo lastimara sin razón.

Cuando llegué a la lavandería, tuve que esperar a que apareciera el dueño y, mientras lo hacía, recibí una llamada del administrador. El vigilante había recibido dinero a cambio de darle el paso a aquel idiota, ya estaba despedido. Le llamé al investigador, le conté lo que ocurría y me pidió dejarlo en sus manos, así que regresé a la empresa y tuve que esperar.

Repasé algunas fotos en el celular, fotos que Steve solía tomar pues yo soy apático para ello, pero en ese momento agradecí que lo hiciera. Lo necesitaba como un enfermo a su medicamento. En todas sonreía, hacía muecas, se burlaba de mí y mi poca afición a ser fotografiado. Encontré una donde él alzaba la cámara, entonces yo tomé su barbilla y lo besé.

Torcí la boca dejando, frustrado, el celular sobre mi escritorio. Zakariah llegó ese día, me preguntó sobre lo que estaba ocurriendo, tanto él como Mike lucían desconcertados.

—¿Desa te dijo algo sobre Steve? ¿Cómo está? ¿Qué piensa hacer? —quise saber sin esconder mi desespero y es que quería gritar de la rabia, moler a golpes algo, a alguien en realidad, mejor al responsable de esa cabronada.

—Parece que no está bien, está preocupado y confundido. Dice mi mujer que no entiende por qué está pasando esto. Ayer estuvieron juntos en el albergue, pero Lira le pidió que se fuera a descansar.

—Mataré al responsable de esta mierda.

—No matarás a nadie, debes averiguar quién fue y por qué lo hizo. Luego resolver esto con Steve —me recordó Mike.

—Tu mujer no piensa que le estás poniendo los cuernos, porque no estarías vivo siquiera, conociendo a Rowe —me quejé. Ambos rieron.

—Eso es verdad, Mike —secundó Zakariah.

—No defenderé lo imposible, no imagino lo que están pasando, Kyroh, pero tienes que tener la cabeza fría, hermano. No actúes por impulso.

—Te aseguro que esto está poniendo a prueba toda mi paciencia.

—Sabrás qué está sucediendo, estoy seguro —habló Zak, confiado. Asentí esperando que así fuera.

Esa noche al llegar a casa, la atmósfera me oprimió. Me quité la corbata, harto. Él ya estaba ahí, su guitarra descansaba donde siempre, sus llaves, el celular que suele abandonar donde sea. Entré a la cocina y me percaté de que había un plato cubierto con otro más profundo de plástico. Lo observé durante cinco minutos enteros.

Solemos cenar en casa, nos turnamos la preparación de las comidas. El día anterior había sido mi turno y como si todo no hubiese sido ya demasiado para él, lo olvidé, pero Steve no y ahí estaba mi comida.

Pasé saliva. No tenía hambre, aun así, no dejaría lo que hizo sin probar, eso ya sería un exceso. Lo calenté y me lo comí, solo.

Las cenas suelen ser la mejor parte del día. Charlamos, discutimos, bromeamos, hablamos de lo que sea. Steve ríe con una facilidad envidiable, tanto que una de mis secretas aficiones es ser una patada en el trasero solo para hacerlo doblar de carcajadas.

Este hombre es arte en sí mismo.

En algunas ocasiones, con un poco de vino, otras con una cerveza, muchas más con una de esas infusiones que he aprendido a disfrutar.

Al terminar levantamos y quizá bailamos un rato, a veces solo por disfrutar del momento con música que nos hagan cantar, movernos y reír, otras lo acerco a mi cuerpo para mecernos al son de una canción tranquila. Nos ponemos a leer, o él a tocar piano, su guitarra, vemos alguna película, una serie que nos tenga atrapados.

Nada exótico, en realidad, solo nuestra cotidianidad que si no regresaba pronto no sabía qué haría.

Cuando terminé, recogí y subí. Toqué en nuestra puerta, o la que había sido mía.

—Adelante —escuché su voz masculina, apagada. Abrí despacio. La única luz era la de nuestra lámpara del buró.

Él no estaba en la cama, lo encontré sentado en el sofá que daba a las ventanas, las cortinas se encontraban corridas. Miraba atento al exterior, con pantaloncillos de algodón y una camiseta en esta ocasión, con su cabello sin sujetar. Moría por pasar las manos entres sus hebras, sentir su nuca en mi palma.

—Gracias por la cena, lamento haber olvidado hacerla ayer, fue un día…

—No te preocupes —susurró sin verme, con la cabeza recargada en su brazo doblado.

—Ya estoy investigando lo ocurrido —le informé. Su quijada se tensó, un segundo después asintió—. Cuando termine esta putada, rubio, no saldrás de esa cama —le advertí señalándola, logrando con ello que me mirara, al fin. Puedo jurar que mi comentario lo perturbó, eso me enciende; su reacción ante mi *yo* primitivo que añora poseerlo de todas las formas posibles—. Buenas noches —me despedí saliendo de ahí antes de importarme una mierda su distancia y buscar cumplir esa jodida promesa.

La mañana siguiente me encontraba inmerso en el tema de unas inversiones; cuando se trata de números, mi mente vuela, y el teléfono sonó. Lo tomé enseguida, era el investigador.

Ya había dado con la identidad del tal *Bob*, me informó. No fue tan difícil, era novio de una empleada de la lavandería. Maldito cabrón. Ella estaba tan nerviosa de que la despidieran que aceptó cooperar. En una hora se encontraría con él, así que me ofreció aparecer. Por supuesto no lo pensé.

Llegué a donde me indicó el detective. Era en un parque bastante concurrido. Pronto lo encontré, no estaba solo, por supuesto el tal *Bob* se encontraba ahí. Al verme pasó saliva, nervioso.

—No te hará nada, solo quiere saber por qué tomaste su ropa e inventaste eso. Se te pagará bien, te lo aseguro.

Metí las manos dentro de los bolsos del pantalón, aguardando. Quería cortarle la cabeza al muy hijo de puta. Aun así, aguardé.

—Bueno, no quiero meterme en problemas, me dijeron que iba a ser sencillo y que no ocurriría nada de todo esto —comenzó. Arrugué la frente, pero guardé silencio.

—¿Quién te dijo? ¿Quién te mandó?

—Yo, bueno, unos hombres se acercaron a la lavandería hace un par de semanas, me preguntaron si quería ganar dinero rápido, ¿quién se puede negar?

—Tú no, por supuesto —ironicé. No podía juzgarlo, en otras épocas lo hubiese hecho sin duda.

—Bueno, hay deudas, ¿sabe?

—¿Cuántos eran? —preguntó el investigador.

—Eran dos, en una camioneta grande. Me mostraron su foto y la de… el otro hombre —explicó intrigándome cada vez más, tanto que me crucé de brazos—. Me llevaron hasta su edificio, me dijeron que debía descomponer su lavadora, yo pensé que hubiera sido más sencillo si solo tomaba ropa suya, pero ellos ordenaron que fuera así, ¿quería saber si le hallaba a eso de las máquinas? Y pues sí… —confesó dejándome frío.

Ese cabrón estuvo en mi casa, comprendí.

—¿Cómo entraste? —prosiguió su interrogatorio el detective, pero el muchacho solo me miraba a mí. Sabía que, a la menor reacción, saldría corriendo.

—El guardia me ayudó, estos hombres me dieron suficiente para sobornos. Me abrió y lo hice. Entonces usted fue a lavar, saqué algunas cosas sin que se diera cuenta, las guardé. Todo fue idea de ellos, hasta me avisaron cuando se fue de viaje, el día que debía aparecerme, qué decir.

Me tragué las alocadas ganas de tomarlo por la camiseta, romperle la nariz y dejarlo medio desmayado ahí, frente a mí.

—¿Los has vuelto a ver? —preguntó el hombre que contraté.

—Me pagaron y no supe más, solo tenía un teléfono que me dieron, pero que cuando acabó esto, lo devolví.

Aquello se escuchaba espeluznantemente bien armado y teníamos pocas posibilidades o nulas en realidad, de que pudiéramos saber quién había orquestado esa locura. Eso me asustó. Tenía que saber quién fue, no podría dormir tranquilo después de enterarme de cómo ocurrieron las cosas, menos por Steve, por su seguridad.

—¿Escuchaste algún apellido? ¿Algo?

Él negó. Yo asentí.

Saqué un cheque de mi saco por una buena suma y se lo tendí.

—Si me dices quien hizo esto, te daré el doble —le hice ver. El tipo abrió los ojos de par en par.

—Pero ellos me buscaron.

—Bueno, entonces solo obtendrás eso.

Sentencié dándome la vuelta, alejándome.

¿Cómo le explicaba eso al rubio? No podía llegar simplemente con esa noticia. Regresé a la empresa y le conté todo a mi hermano, este parecía aturdido.

—Debes poner a trabajar a más personas en esto, Kyroh, suena bastante enfermo, riesgoso.

—Estuvo en el apartamento. Es que no lo puedo creer.

—Ese guardia puede ir a prisión.

—Hablaré con el administrador, pondré otra cerradura. Coño, se supone que esas cosas no deben pasar. Pero me tiene mal el hecho de que nos conozcan a tal punto de saber todo lo que hago, cuando viajo, donde vivo, que Steve es mi pareja y que claramente buscaban fastidiarme, porque no le encuentro sentido.

Debía hacer que ese tipo le dijera la verdad a Steve y luego, averiguar quién lo hizo. Determinado iba a marcarle cuando el detective también llamó. Atendí preparándome para cualquier cosa.

—¿Sí?

—Consiguió una foto de la matrícula de la camioneta, la tomó un día por precaución su novia. Investigué. Pertenecen a la compañía *Mintrack*, donde el señor Steve, es accionista —me informó dejándome perplejo, ¿accionista?—. Esos hombres trabajan en el área de seguridad del hermano del señor Clarece.

Me aflojé la corbata. Clarece es el apellido de él.

—Gracias, dígale al chico que le haré llegar su parte. Mándeme la factura de sus honorarios —y colgué sin lograr pestañear. Minutos después tomé mi saco y salí de ahí.

Llegué al apartamento, no tenía idea de si estaría, de lo contrario, lo buscaría hasta dar con él. La música se escuchaba arriba. Solté el aire, aventando el saco en una de las sillas de la entrada y subí de dos en dos los peldaños.

Él estaba ahí, tan solo con sus vaqueros, con el resorte del bóxer asomándose, llevaba sujeto su cabello de aquella forma que me endurece y tenía un pincel entre los dientes, mientras que con sus dedos movía otro con pericia y con la derecha, sujetaba una paleta, Steve es zurdo.

Mierda, me roba el aliento.

Después de recrearme sin que fuese consciente de mi presencia, pues cuando está inmerso pierde conexión, carraspeé. Mis sentidos ya estaban un poco más relajados después de contemplarlo.

Volteó enseguida, sorprendido. Se quitó el pincel de la boca, dejó la paleta y le bajó a la música.

—No sabía que vendrías —comentó sin levantarse, apacible.

—Debemos hablar, rubio —anuncié serio. Steve arrugó la frente, se levantó despacio, se limpió los dedos después de dejar su pincel dentro de un frasco con líquido y se acercó.

—Dime.

Tenía los brazos cruzados sobre su pecho, sus bíceps, su abdomen suavemente marcado, lo repasé con descaro. Entonces se alejó, tomó su camiseta y se la puso. Sonreí, pero él no. Esperaba.

—Ven —pedí. Debía sentarlo en algún lugar, porque lo que le diría lo haría tambalear, lo tenía bien claro. Una vez en el área del televisor, lo insté a acomodarse, luego me acuclillé frente a él. Me observó sin dejar de fruncir el ceño—. Ya descubrí lo que ocurrió. Solo quiero que me

escuches hasta el final, porque tengo pruebas de todo lo que te diré.

Steve asintió, bajando la guardia, intrigado.

Sin moverme de mi posición le conté desde mi primera acción con el vigilante, la lavandería, y luego el detective, hasta lo que me había acabado de enterar.

Él no se movió durante un minuto entero, aunque lucía cada vez más pálido. Sacudí su pierna, buscando una reacción, nervioso.

—Ángel mío, entiendo que sea difícil de asimilar, pero… —No me dejó terminar cuando se levantó y bajó corriendo—. ¡Steve! ¿A dónde vas? —le exigí saber, yendo tras él y viendo como tomaba las llaves de su auto.

—A arreglar esto de una puta vez —sentenció saliendo del apartamento.

—Mierda —cogí mis llaves y salí también.

El elevador ya se había ido con él a bordo, el otro se abrió, le piqué como un maniático, como si eso fuese a ayudarme. Al llegar al subterráneo, escuché su motor. Sin pensarlo fui hasta mi auto y lo seguí. Condujo bastante rápido, más de una vez rogué que se detuviera.

No se había llevado el maldito teléfono, lo dejó en la mesilla de la entrada. Típico.

Se aparcó, quince minutos después, frente a una construcción de vidrios, moderna y clásica a la vez, que decía por fuera: *Mintrack*.

—¡Mierda! —rugí pegándole al volante, estacionándome donde hubiese lugar, cosa que a él le dio lo mismo pues la había dejado en plena entrada.

Corrí hasta las puertas mientras me repetía como imbécil que este hombre no era visceral. Pero siempre había una primera vez.

Por supuesto intentaron detenerme, me logré zafar y lo seguí. Él subía unas escaleras con rapidez, decidido. No sabía siquiera si era consciente de que lo había seguido.

Coño.

El lugar era bastante impresionante, de dos plantas, no tenía idea de a qué se dedicaban, pero parecía que cuestiones automotrices. Llegué a una recepción, donde una joven me quiso parar, pero algo me decía que debía seguir, lo hice y después de gritos tratando de detenerme, me tuve que frenar gracias a dos hombres que me impidieron el paso.

—Quítenle las manos de encima —ordenó Steve, con una frialdad que me asombró, enérgico. No tenía idea de cómo supo que venía tras de él desde la casa.

Ellos me soltaron, el rubio no se detuvo, pronto entró a otra área abriendo las puertas de par en par, como si se supiera dueño de la atmósfera, del aire incluso. Su andar hacía que las personas no se le acercaran.

Joder. Era una faceta que no le conocía, porque si bien es un hombre bastante seguro de sí, sin duda, nunca lo había visto exudar poder como en ese momento.

Otra joven a su paso se levantó, él le ordenó enseguida que no se moviera con un ademán cargado de amenaza, luego abrió una puerta de cristal, era una sala de juntas, noté, donde había varias personas dentro.

—Si vuelves a hacer algo como lo que hiciste, querido hermano —escuché que decía, colocando ambas manos sobre la superficie de un extremo de la mesa.

Entonces busqué el rostro del susodicho, era de cabello tan claro como él, solo que muy corto, de facciones más toscas, presencia sobria y clara amargura. Steve es lo opuesto, incluso en su forma de vestir: vaqueros gastados, camiseta blanca de algodón y sus sandalias de dos tiras horizontales que suele llevar cuando pinta, el cabello en ese moño alto, sus manos manchadas, ese par de colgantes de cuero, sus pulseras, el par de anillos gruesos. Es único.

—Las acciones que poseo, serán debidamente vendidas —lo amenazó.

Yo aguardé a varios metros, asombrado. Steve no me había comentado que tuviese acciones de esa empresa familiar, así que cuando el investigador me lo informó, fue una noticia que ahora comprendo lleva una carga.

—¡Salgan todos! —ordenó su hermano, poniéndose de pie, desafiante, rojo por la rabia en realidad. En cambio, Steve lucía alarmantemente sosegado, casi calculador.

Las personas se arremolinaron en el pasillo, pero nadie cerró.

Entonces el otro hombre le dio un golpe a la mesa. La reacción de Steve fue sonreír. No podía creer que fuese todo un cabrón calado cuando se lo proponía, en casa jamás le había visto siquiera esa mirada, ya no digo la actitud.

Aguardé a un par de metros de los demás.

Los cuchicheos no se hicieron esperar, pero yo solo podía admirarlo.

—Véndemelas, ya te lo dije, alguien como tú no puede ser parte de esta empresa —lo atacó y por instinto cerré los puños.

—¿Cómo yo? Ya supéralo. Mi sexualidad no es tu jodido problema, Brando.

—¡Cállate! Me jodiste la vida, Steve, a mí y a ellos. No mereces tener nada —determinó el tal Brando, con tono ácido, y es que todo se escuchaba gracias al silencio reinante.

—Te la jodiste solo, por pensar que una arpía como esa podría quererte. Date cuenta, ella fue la que te dejó por prejuicios estúpidos.

—Por tu culpa, imbécil. Si tan solo fueras normal.

—Soy mucho más normal que tú, por lo que veo, ya que no contrato pendejos que vayan a hacer estupideces para fastidiar una vida porque yo, a diferencia de ti, tengo una —asestó mi rubio.

—Esto fue apenas una probada, hermanito —amenazó.

—Bien, si no logro que tu maldita mente retrógrada entre en razón, las venderé, pero al accionista que más tenga y que al obtenerlas, te quite la mayoría. Entonces debas dejar tu maldita soberbia porque no serás quien mande aquí, o mejor, votaré en tu contra y me volveré un maldito dolor de cabeza, te lo aseguro —le dijo alejándose de la mesa, arqueando una ceja.

—No te atrevas —sentenció Brando, acercándose. Me puse en guardia, por instinto, pues Steve necesita muchas cosas, pero no protección.

—Pruébame, Brando. Si no te metes conmigo, no me meto contigo. Y no te las venderé porque son mi seguridad, sin ellas, nada te detiene. Así que —y se asomó por la entrada de la sala, los expulsados lo miraron atentos—, ya saben, mi hermanito mete de nuevo sus narices en mis cosas, uno de ustedes podrá al fin mandarlo a la mierda —se burló, luego entró de nuevo.

Brando lo sujetó de la camiseta, apreté los dientes.

—Eres algo torcido, algo defectuoso, mis padres tuvieron que irse de este mundo sabiendo que habían creado una abominación —declaró el fanático aquel. Mi piel se erizó.

De verdad no comprendía como es que ese humano era su hermano y me dolió comprender lo que tuvo que haber pasado en su niñez, adolescencia.

Apreté los dientes, mientras Steve lo miraba desafiante, sin buscar soltarse.

—Si piensas, por un segundo, que lo que dices me significa algo, pierdes tu tiempo. Ahora, suéltame. Y estás avisado —advirtió en tono neutral.

Con la puerta abierta aquello había sido todo un espectáculo, uno que me hacía conocer del todo al hombre que elegí.

Brando no lo obedeció, entonces Steve aferró sus muñecas y algo hizo que el cabrón ese, lo soltó enseguida, frotándose el punto que le había tocado. Después de eso salió de ahí. Al verme, su vulnerabilidad apareció y supe que, aunque no se lo demostraría a su hermano, lo

ocurrido lo había afectado más de lo que él mismo quería.

Salimos de ahí, ahora iba a su lado, sin hablar. Cuando al fin estuvimos fuera de ese asfixiante lugar y vi que iba rumbo a su camioneta extendí la mano. No estaba seguro de que pudiese conducir, menos podía arriesgarme a que lo hiciera como minutos atrás, en los que no se mató de milagro.

—Las llaves —exigí.

—No —determinó con voz ahogada. Si tenía que imponerme, lo haría, él lo sabía. Necesitaba contención, yo estaba a su lado y sería justo eso.

—Ahora —ordené con autoridad. Las sacó de su pantalón y me las aventó. Las atrapé, boté los seguros y entró del lado del copiloto.

—Tu auto —dijo con voz ahora desprovista de toda aquella frialdad. Coloqué mi mano sobre su pierna, con la palma abierta. Entonces sentí la suya. Estaba fría. Lo sujeté con fuerza y me la llevé a los labios.

—No sé si alguna vez dejes de asombrarme, rubio —murmuré conduciendo.

Al llegar a casa, subimos en silencio, una vez dentro, cerré y lo detuve. Sus ojos lucían torturados, él era una olla de presión, noté. Lo atrapé contra un muro, sujetando su cabello para que alzara el rostro.

Steve no necesitaba ternura, supe enseguida, sino fuerza, resguardo, reafirmación y por Dios que eso le daría.

—Te dije que cuando acabara esto, no saldrías de esa cama, llegó el momento de cumplirte esa promesa —gruñí contra su boca.

—Kyroh —logró decir, agitado, sus pupilas estaban dilatadas.

—Rubio, voy a follarte —le advertí decidido. Pasó saliva y entonces lo besé con exigencia, él respondió con urgencia. Lo separé un segundo después, sujetando su barbilla, bajando otra mano para presionar su erección. Se quejó restregándose contra mi palma.

—No me hagas esperar más —rogó buscando mi hombría. Lamí sus labios sonriendo.

—No lo haré, ángel mío —aseguré.

Subimos entre besos, toqueteos frenéticos, caricias y prendas volando.

Cuando llegamos a nuestra habitación ya solo estábamos en bóxer. Lo tumbé boca arriba, lo probé por completo, ávido después de días de abstinencia. Entonces sujeté sus largas piernas para exponerlo ante mí y, luego de besarlas con esmero, comencé a estimularlo con mis dedos, como sé que le gusta. Es tan sensible que pronto se retorcía sobre nuestras sábanas, apretando los dientes.

Hemos experimentado mucho a lo largo de este tiempo juntos, un par de veces él se ha hundido en mí, nos hemos saboreado sin reparos, estimulado sin restringirnos, pero tenerlo a mi merced es la culminación de nuestro placer, adentrarme en su cuerpo mientras lo hago correrse, es, por mucho, una bendita maravilla.

Así que cuando lo supe listo para recibirme, me protegí, enredé sus piernas alrededor de mi cadera y me adentré lentamente con mis brazos extendidos a los costados de su tórax, disfrutando de su agonía, de la mía, entonces lo embestí por completo.

—Kyroh, mierda —jadeó aferrando mis bíceps con fuerza, mientras apretaba los párpados gracias a la potencia de lo que estaba experimentando y yo solo sentía que podría morir así.

Poco a poco comencé a moverme, acercándome a su pecho y envolví con mi mano su erección. Lo lamí mientras rodeaba mis hombros, jadeando mientras yo iba y venía en su interior. Enseguida sujeté su barbilla con mi mano libre, deteniéndome.

Él abrió los ojos, nublados por el deseo, por lo que experimentaba. Dejé de moverme del todo cuando los dos estábamos a punto de llegar. Se meneó buscando que yo prosiguiera, en cambio me adentré más de un empujón, logrando que se doblara emitiendo un celestial gemido y luego me enfocara, desconcertado.

—Cásate conmigo, ángel mío —pedí aquello que había decidido semanas atrás.

Steve dejó de respirar durante un segundo, atónito. Coloqué mi peso sobre un codo, a un costado de su rostro, acariciando con las yemas de los dedos su oreja, su cabello.

—¿Me estás pidiendo matrimonio? —preguntó incrédulo, con la voz cortada.

—Te estoy follando y te estoy pidiendo que te cases conmigo, ambas cosas —le hice ver. Sonrió abiertamente, alzó su cabeza, recargó la frente en mi hombro y asintió. Solté el aire buscando su mirada—. Te amo, Steve —dije moviéndome de nuevo, sosteniendo con la mano su nuca para acercarlo a mi boca, sin besarlo, logrando con ello que alzara su barbilla debido al cúmulo de sensaciones mientras yo apretaba los dientes para no correrme en ese momento, debido a su estreches.

Cuando aquella explosión acabó, nos limpiamos y al recostarnos lo atraje hacia mí. Lo había extrañado muchísimo. Hice su cabello húmedo a un lado.

—¿De verdad me pediste matrimonio después de lo que pasó? —preguntó incrédulo.

Rocé su nariz con mi dedo.

—Ya lo había decidido, esto solo cambió la forma de proponerlo.

—Follándome —se burló mordiendo su labio inferior. Apreté una de sus nalgas y asentí con suficiencia.

—Pienso follarte y hacer que te corras una y otra vez el resto de tus días, ángel mío —le advertí rodando con él por la cama para terminar sobre su cuerpo. Rodeó mi cuello con sus manos.

—Pienso que eso es mucho tiempo.

—Es lo que puedo ofrecerte, rubio: el resto de mis días —afirmé buscando su boca.

7. Steve

Respiro con fuerza y me froto los ojos, para enseguida abrirlos. Permanezco boca arriba ajustando mis sentidos. Sonrío al recordar la noche anterior, todo lo que ocurrió. Volteo el rostro, no está en la habitación. Soy capaz de percibirlo cuando está cerca, pero ignoro si continúa en casa.

Ojeo el reloj que descansa en su lado de la cama. Las diez. Cierro los ojos y cruzo un brazo por mi frente.

Me pidió que nos casemos…

Suspiro aun en *shock*. Nunca creí que sucediera, que él me lo pidiera, pero tomarme por sorpresa ha sido una constante durante todo este tiempo. Lo amo hasta rabiar, claro que mi futuro a su lado es lo que más deseo.

Suspiro, otra vez.

Estos días fueron una mierda, una que no podría volver a pasar de eso estoy seguro. ¿En qué momento Kyroh se convirtió en todo para mí?

Recuerdo cuando me dijo que no quería una relación abierta, cosa común entre nosotros. Teníamos juntos un par de meses y uno atrás, me había dicho que se estaba enamorando, como si pudiera olvidar lo que sentí en ese momento. O durante todo este tiempo que hemos pasado juntos.

Kyroh es mi inspiración, creo que no lo sabe, pero es así en definitiva.

Estaba preparando algo de cenar en el apartamento; pasta, vino, ensalada. Durante mi tiempo en la universidad aprendí a solucionar mi vida en cualquier sentido, en ese también, pues a pesar de pagar ayuda unas cuantas veces por semana para que el sitio luciera decente, hacerme cargo de mí es algo que hago desde que salí de casa, acabando el *highschool*.

En el lobby me avisaron que subía, le quité seguro a la puerta y continúe preparando la salsa, disfrutando de una tonada que traía en mente. Me gusta componer, además de pintar, así que mantenía la libreta abierta mientras iba del sartén hasta ella, ideando, tarareando.

Nunca había cocinado para él, pero ese día me pareció adecuado, por su forma de ser sabía que no lo tomaría como una señal de nada, simplemente se la comería y ya. Kyroh es tan práctico como yo. Estaba cansado de salir tanto, de comida empaquetada.

Crear le da sentido a mis días, cocinar no es mi fuerte pero me permite experimentar.

Escuché cuando entraba. Sonreí sintiendo como ese nerviosismo que me genera aún, recorría todo mi cuerpo. Es como si lo despertara hasta un punto que no logro aún entender, y eso que han pasado tres años desde que comenzó esto.

—¡Vaya! Huele bien —exclamó con su forma tan mortalmente masculina.

Kyroh entra a un sitio y lo domina. Así son en su familia, cuestión que de inicio perturba, luego aprendes a entenderlo.

—Espero que sepa igual —comenté, para un segundo después probarla. Sí, estaba buena concedí. Entonces lo percibí tras de mí.

—¿Cocinando? —curioseó—. ¿Ya te cansaron los restaurantes? —preguntó al tiempo que enredaba una de sus manos en torno a mi cadera. Enseguida su colonia me atrapó. Siempre huele bien, así pase un día entero fuera de casa.

Lo miré de reojo y me encogí de hombros quitándole importancia porque no la tenía.

—¿Nunca comes en tu casa? ¿O te preparas algo? —indagué mientras colocaba la pasta que había escurrido, despacio, sobre la salsa.

Recargó su barbilla en mi hombro, observando lo que hacía, con sus dos manos entrelazadas sobre mi abdomen. Me gusta tanto la sensación, pero también me mantenía alerta.

—No, la verdad es que no. ¿Para qué, si hay lugares donde pago y me dan comida? —dijo.

OK, es a veces más práctico que yo.

—Porque esa comida por muy buena que sea, cansa… Yo que sé.

—Pero es fácil.

—Lo fácil cansa —repliqué y apagué la estufa. En pocos minutos estaría lista.

Kyroh se alejó, volteé, tomó mi copa y le dio un trago, examinándome.

—¿Qué te pasa? —pregunté arqueando una ceja.

Quizá no quería comer ahí, tampoco podría obligarlo, para ese momento ya estaba muy seguro de que a él nadie lo obligaba a nada. Me quité el trapo que colgaba de mi cadera y lo aventé a la repisa con descuido, luego me agaché para tomar una copa y servirme. La mía no la soltaría, comprendí.

—Rubio —me llamó, me erguí con ella en la mano. Me señaló con el dedo índice sin soltar su bebida, serio—. No quiero que te toque nadie que no sea yo —declaró con un tono ridículamente calmado, para enseguida darle otro trago.

Pestañeé sin moverme. Se acercó y me sirvió vino aprovechando mi turbación. Le di un trago, despacio, rebuscando en sus ojos oscuros. Estaba muy cerca.

—¿Quieres exclusividad? —pregunté seguro de no estar entendiendo una mierda.

—La quiero —confirmó sin soltar mis ojos.

—¿Tú… tú has estado con alguien más este tiempo? —quise saber, antes de responder.

Con Loren nunca lo hablé, asumí que al vivir en mi apartamento así era, después supe que fui un imbécil. Así que, el que me lo dijera me desequilibró.

Colocó su copa en la repisa, me quitó la mía y la dejó también ahí, luego me sujetó por la quijada para acercarme a su rostro y tocó mi labio inferior con su pulgar.

—No te pediré nunca algo que yo no esté dispuesto a dar. Y no estoy dispuesto a compartirte, con nadie. ¿Soy más claro ahora?

Su voz estaba cargada de determinación, de posesividad. Pasé saliva aferrando su antebrazo. Era claro, vaya que sí y me tranquilizó saberlo de una forma absurda.

—Yo tampoco te pienso compartir, Kyroh —le hice ver, decidido, porque no dejaría nada a la interpretación. Sonrió de esa forma cínica que tiene.

—Bien. Entonces está dicho. Te toco yo, te beso yo —gruñó terminando con la distancia y mordisqueando mi labio inferior. Busqué más, pero se alejó lo suficiente—, te pruebo yo y te follo yo, ¿estamos claros?

—No toleraré una estupidez, Kyroh —le advertí respirando rápido porque ya estaba duro, de nuevo, y es que cuando me toca, eso provoca. Sonrió satisfecho.

—Contigo haré muchas, pero no de ese tipo, te lo aseguro —gruñó sobre mi boca.

—¿Qué estás esperando? —lo desafié porque si no me besaba de una jodida vez lo golpearía.

—Mierda, como me gustas, rubio —rugió al tiempo que me lamía, para enseguida besarme con exigencia.

Y desde ese día ha sido así, incluso desde antes. No he dudado en ningún momento de él, no he tenido un solo motivo esa es la verdad. Nuestra vida juntos ha sido tan buena, tan llena de todo lo que queremos, que mientras ha ido avanzando no me detuve nunca a pensar. Con Kyroh es más sencillo sentir y él me hace sentir una jodida inmensidad.

Pero cuando ese tipo se presentó aquí, fue como si una venda cayera. Me abrió el pecho, a un grado que sentí asfixiarme.

Ser débil es algo que me juré no volver a permitirme. No toleraría que nadie pasara sobre mí, nunca. Y pensar durante estos días que él, precisamente, hubiese podido darme una estocada tan brutal, me perturbó hasta lo más hondo. Mucho peor fue cuando ayer supe lo que en realidad ocurrió y comprendí que mi pasado, quien soy, lo había alcanzado.

Brando siempre ha sido un idiota, un hombre prepotente que se esconde en su falsa moral para humillar, juzgar, pero no es tan diferente a muchas personas, lo sé y eso revuelve mi estómago.

No tengo familia, esa es una realidad que asumí hace años, y aunque sé que la de Kyroh me acepta y quiere, no es mía por mucho que me sienta parte de ellos, por mucho que las cosas hayan seguido su curso, uno realmente bueno, mejor de lo que alguna vez imaginé.

Me siento sobre el colchón aferrando las orillas. Odio estos pensamientos, los mismos de años atrás. Creí haberlos dejado de lado y no entiendo por qué regresan.

Sacudo la cabeza.

Tengo cosas que hacer, quizá esta sensación pase con los días, o eso espero.

Me froto el rostro con frustración porque, aunque me encuentro feliz e impactado por su propuesta, no logro hacer a un lado esta inquietud. Sé que nada dura tanto, sé que la vida que elegimos no es la más sencilla, sé que lo amo y que la fuerza con la que lo siento, me asusta porque no sabría ya cómo continuar sin él.

Me lavo los dientes, echo agua en el rostro y salgo para hacerme un té. Tengo una cita a las cuatro, mientras tanto puedo terminar esa pintura y permitir que esta sensación disminuya. Lira me advirtió que no me quería en el refugio hasta que mis ojeras se fueran, en el espejo noté que siguen ahí.

Cuando está lista la infusión, salgo de la cocina para buscar mi celular. No tengo una jodida idea de donde lo dejé. Me percato de que las llaves de su coche están aún aquí, colgadas. Arqueo la ceja.

Mi corazón late fuerte. Voy al gimnasio que tiene acondicionado y usamos algunas veces, cerca de la cocina. No está. Salgo a la terraza, la rodeo y no lo veo. Subo de dos en dos los escalones, arrugando la frente. Abro la puerta de una de las otras dos habitaciones y tampoco. Cuando planeo nombrarlo noto que la puerta del lugar donde paso más horas de las que puedo llegar a contar, está entreabierta.

La empujo despacio. Está ahí, de espaldas a mí, sentado en el banco donde suelo pintar, observando…

¡Mierda! La descubrió, me regaño por no ser más cuidadoso. Toma de su taza, tranquilo. No lleva camisa, solo su pantaloncillo de dormir oscuro. Mi boca se seca.

—Son nuestras manos —dice.

Sabe que estoy aquí, por supuesto. Entro y me recargo en una mesa de trabajo lateral, que es un desorden. Este lugar lo es en general, pero no podría tenerlo de otra manera a pesar de lo amplio que es. Tengo blocks, carboncillos, pasteles, óleos, lienzos, frascos, hojas sueltas con diferentes texturas, paletas y pinceles de muchos tamaños y grosores.

—Se supone que no debías verlo aún —señalo. Sonríe y voltea, me analiza con paciencia. Desvío la mirada y la coloco en lo que pinté.

—Es increíble, ¿lo hiciste estos días? —quiere saber. Le doy un trago al té, sin verlo y asiento. Lo escucho respirar hondo—. Ven acá —pide, extendiendo su brazo torneado.

Observo su mano, luego sus ojos. La sujeto finalmente y su calidez me envuelve.

Enseguida me acerca a su cuerpo, sin sutilezas, enreda sus dedos en mi cabello presionando para que baje la cabeza y me besa.

Le respondo con exigencia, porque no tiene idea de cuánto lo necesito, de cuánto lo ansío, de lo perdido y asustado que me encuentro en este momento, o sí, no lo sé, con Kyroh nunca sé.

Mordisquea mi boca, yo la suya, enredamos nuestras lenguas con voracidad hasta que ambos emitimos ruidos cargados de deseo.

—¿Cómo estás? —pregunta de pronto, separándonos. Me encuentro en medio de sus piernas, aún muy cerca de su perfecto rostro. Lamo uno de sus gruesos labios, para darle un mordisco enseguida.

—Comprometido —suelto logrando con ello que ría. Baja sus manos hasta la parte alta de mi trasero y, como suele, las deja ahí, con las palmas extendidas evitando con ello que me aleje.

—Accionista, ¿eh? —murmura sin soltar mis ojos. Asiento serio, bajando las manos por su torso, ese que conozco de memoria y consigue que quiera poner distancia.

Me deja ir pero no del todo, porque me sujeta de la cadera para que me recargue en uno de sus fuertes muslos. Toma su taza que dejó en la mesa de a un lado y bebe, mirándome, pero yo pierdo la atención en el cuadro que estoy por terminar.

—No es relevante.

—¿Cómo diste con el albergue? —curiosea logrando confundirme, pues pensé que preguntaría más sobre lo otro, en cambio me observa de una forma extraña, pero sé que no pierde detalle de nada, lo conozco bien.

—Ya te lo dije, y tú no tienes mala memoria —le recuerdo estirándome para tomar mi bebida. No me suelta mientras lo hago. Cuando la tengo en mis manos, le doy un trago y pierdo mi atención en la pintura. Le falta sombra a la mano de él, uno de mis anillos tiene una línea que no me gusta, noto.

—En lo absoluto y tú eres muy reservado. Quiero saber cómo fue que diste con ellos, la historia larga.

Volteo, lo miro y frunzo el ceño. Arquea una ceja, esperando.

—Si quieres tomarte tu tiempo, por mí está bien.

—Es viernes, ¿no debes ir a la empresa? —inquiero desconcertado por su forma de mirarme, de preguntarme aquello. Acaricia mi cadera, negando, luego le da otro trago a su café.

—Hoy no. Fueron unos días de mierda para los dos y no pienso tener las manos lejos de ti —advierte casi pacífico, como si fuera lo más normal del mundo esa respuesta. Sonrío y regreso mi atención a la obra, luego alzo la vista y la pierdo en los edificios, en el Michigan.

—Solo di con el lugar por coincidencia —le aseguro.

—Sí, eso ya me lo habías dicho, pero ¿qué hacías ahí? ¿Hace cuánto tiempo fue? —investiga y yo me tenso. Sé que lo nota, pero no deja de acariciar el hueso de mi cadera que se siente sin problemas gracias a lo ligero de mi pantaloncillo de algodón.

—Kyroh, no es importante —le hago ver.

—Mírame —ordena, lo hago. Recorre mi rostro con sus ojos oscuros y respira hondo.

—No ocultas, no mientes, lo sé, pero omites, te quedas con cosas solo para ti. Necesito saber y sé que no tiene nada de malo. Sabes todo sobre mí.

Tomo aire y asiento porque tiene razón en cierta manera, solo que no me gusta hablar de lo que me lastima, de lo que dolió, traer al presente las heridas que ya no deberían siquiera de existir.

—Cuando mis padres murieron —comienzo, él me mira, expectante—. Yo hice algunas estupideces, nada tremendo, solo tomé por varios días, buscaba sentir, no pensar.

No pude continuar viéndolo, así que me giro hacia la ventana, le doy un trago a mi té y tomo aire, de nuevo.

—Terminaba en lugares que ni recordaba, con personas que no tenía la menor idea de quienes eran. Estaba rabioso. No pude estar en su funeral —expreso con un dejo ácido que no puedo contener y me callo enseguida, evocando aquello, lo que me consumió.

—¿Por qué? ¿Te lo prohibieron? —deduce. Asiento.

—Mi familia no tenía conocimiento en ese momento sobre mis preferencias, mi hermano me advirtió que si iba se los haría saber. No me importó, pero cuando me vio, me sacaron. Fue todo un escándalo que intenté no hacer mayor por respeto a ellos.

Lo escucho respirar con fuerza, luego besa mi hombro desnudo.

—¿Y? ¿Qué hiciste?

—Tonterías, no sé qué tantas porque no recuerdo muy bien, cuando el alcohol no fue suficiente, busqué droga. Había fumado porros algunas veces, pero sabía que no buscaba eso si no algo más fuerte. Me hundía —recuerdo perdiendo la atención en el líquido rojizo de mi taza, es té de frutos rojos—. Entonces fui a esa colonia porque me dijeron que ahí era más sencillo conseguir. La obtuve. Allí fue cuando vi una mujer correr con un par de niños pequeños, uno lo llevaba en brazos, el otro corría a su lado. Huían. Ella sangraba de la cara, uno de los niños también. La seguí con la mirada, tocó en aquel lugar, veía a los lados muy asustada.

Me intento alejar y es que noto un nudo enorme en la garganta, mi voz me delata. No, no quiero ese tipo de vulnerabilidad en mi vida otra vez y la experimenté durante estos días de mierda. Me lo impide, deja su taza, después me quita la mía y me coloca frente a él sujetando mi rostro para que lo mire.

—Está bien, sigue —insiste. Rodeo sus muñecas, nervioso, porque todo se está revolviendo dentro de mí.

—Me bajé del auto y me di cuenta de qué un hombre se acercaba, ella gritó. No tengo una jodida idea de cómo lo hice con lo tomado que estaba, pero lo dejé inconsciente.

—*Krav Maga* —comprende. Asiento.

—Lira abrió, enseguida pensó que yo le había hecho algo, pero la mujer me jaló hacia adentro. El tío ese era su marido, la amenazaba, la maltrataba, ella quería dejarlo. Entonces le contó a Lira lo que hice. Me quise ir, pero me advirtieron que no era lo más sensato.

—¿Te fuiste? —preguntó atento.

—Mierda, sí. Estaba muy borracho. Aunque antes de hacerlo supe que ese sitio era un refugio para mujeres. Desperté a la mañana siguiente con la droga aún en mi pantalón. La tiré en el inodoro, me duché y regresé. No tengo idea de cómo lo conseguí pero llegué. Lira me recibió y me encontré pidiéndole que me permitiera ayudar, hacer algo que valiera la pena, de lo contrario terminaría haciendo una estupidez…

Kyroh me suelta, con la quijada tensa.

—¿Estupidez? —repite suspicaz.

—Kyroh… —gruño buscando poner distancia entre ambos. Niega y me toma por el cuello con sus dos manos, de nuevo.

—¿Qué estupidez?

—No lo sé, alguna. Muchas. Cuando llegué ahí estaba roto, me sentía sucio y roto y ya estaba muy jodido de muchas maneras.

—¿Entonces?

Paso saliva. Su mirada no me suelta, ni sus manos.

—Entonces le conté sobre mis preferencias, lo que ocurrió con mis padres y que de pronto estaba solo. Me aceptó, con la condición de buscar ayuda y no llegar jamás drogado o tomado. Debía comprometerme. Lo hice. Así que ese sitio me salvó a mí también, de alguna forma —explico aturdido por los recuerdos.

Kyroh asiente y sonríe de forma torcida. Noto orgullo en sus ojos, empatía, eso me tranquiliza. No temía que me juzgara, pero sí vislumbrar algo como compasión, o lástima.

—Eres un rompecabezas, ángel mío —murmura para un segundo después besarme—. Uno bestial —completa sobre mi boca.

8. Steve

Después de unos segundos, busco aire y lo encaro, liado.

—¿Para qué querías saber? ¿Qué más da? —lo cuestiono, besándolo ahora yo. Lo ansío. Me devuelve el roce con urgencia, luego junta su frente con la mía y enseguida me separa lo suficiente como para hablar.

—Ayer comprendí más de ti en cinco minutos que lo que puedo descubrir en meses. Sé que no te gusta recordar, lo entiendo te lo aseguro. Hay cosas que suelen estar mejor ahí, en el pasado, pero somos lo que somos por ello.

—Juré que no me determinarían —le hago ver serio.

Me acerca empujándome por mi trasero hasta su entrepierna. Los dos estamos excitados a pesar del tipo de conversación.

—Eso es inevitable, rubio, pero puedes aprender a manejarlo —asegura.

—Lo viste ayer, mi pasado no se maneja, solo sabe joder y yo defenderme. Mierda, Kyroh, date cuenta de lo que ocurrió.

—No es tu culpa tener por hermano a un hijo de puta, Steve. Ese cabrón es un idiota.

—Lo es y lamento muchísimo que pasaras todo eso por mi culpa. No tienes necesidad de estar en medio de este fuego cruzado que existe entre ambos. No acabará —le hago ver.

Se levanta y acerca mi rostro al suyo sujetando mi moño mal hecho y así inmovilizarme para que sus labios queden casi sobre los míos. Sus ojos son feroces, llenos de determinación.

—Eres mi pareja, rubio, mi hombre y todo lo concerniente a ti es mi problema, ¿soy claro? —No me muevo, en cambio le sostengo la mirada imperturbable—. Por ti, Steve, haría arder el propio puto infierno —ruge con seguridad.

Lo aferro por la nuca y atrapo uno de sus labios para luego abrir mi boca y besarlo con ganas. Nos tocamos ávidos, él termina sobre el banco, de nuevo y conmigo casi sobre su cuerpo.

—Él me culpa, Kyroh —logro decir en medio de un respiro—. No puede aceptarme y podría olvidarme de que existe, pero él de mí no.

—Puedo con ello.

—Es mucha carga —objeto. Repasa mi labio inferior con sus dedos, enseguida me mira con intensidad.

—Todos tenemos una, o varias.

—No quiero que resultes lastimado —le hago ver, agobiado. Pasa una mano por mi cabello y acomoda un mechón tras mi oreja.

—Me lastimó porque no soporto la idea de que alguien te hiera, pero joder, rubio, yo no sería tan civilizado como tú lo fuiste, cuando se trata de ti es casi imposible.

—Fueron días de mierda, te lo aseguro —acepto con mis manos sobre sus hombros.

—No te fallaré, lo prometo.

—Ky… —lo nombro negando. Temo a las promesas.

—No ocurrirá.

—Cómo lo sabes —lo cuestiono porque, aunque una parte de mí no duda, la otra necesita seguridad, certezas después de lo que pasamos.

Sonríe con arrogancia y dulzura a la vez, solo él logra eso y mi pecho se calienta.

—Aprendí a ser un maldito cínico gracias a lo que viví, a las enfermedades, a tener a la muerte tantas veces rondando y burlarme de ella porque no se salía con la suya. Entonces no

sentir se convirtió en parte de mí, tomar de la vida lo que quisiera, como quisiera. Eso era más sencillo, más fácil, pero dejó de serlo cuando te conocí porque casi enseguida sentí demasiado y, supe que ya nada me daba igual cuando tú entrabas en la ecuación.

Durante un segundo no puedo hablar, solo absorber sus palabras, entonces la lujuria que despierta en mí, hace su aparición y mi erección crece.

—Mierda, cuando hablas así soy yo quien quiere hacerte correr en mi boca —susurro repasando su rostro varonil.

—Las guarradas te van, rubio —masculla con voz ronca, atrapando uno de mis labios y lo succiona.

Respiro hondo, dejándome hacer mientras bajo una mano por su abdomen marcado. Cuando rozo su miembro excitado, me detiene y suelta mi boca.

—¿Por qué Loren? —pregunta de pronto, tomándome por sorpresa. Aflojo mi agarre. La deja ir e intento retroceder, por supuesto no me lo permite y con sus dos manos me detiene por el trasero.

—¿Loren? Joder, Kyroh, no puedes hablar así y luego aventarme ese baldazo de agua helada. ¿A qué viene eso? ¿Qué mierdas importa él aquí? —le digo confundido. Me observa con esa malicia que conozco.

—Importa un culo. Pero viviste con él, fue poco después de lo ocurrido con tus padres. Quiero saber.

—Yo no quiero saber sobre los anteriores a mí. Eres mío y es lo que importa —rujo rodeando su erección. Jadea y esta vez no me retira, solo me mira con su arrogancia habitual.

—No hay anteriores —asegura y rodea mi mano, apretándola en torno a él. Sonrío satisfecho.

—Cuando te conocí me hiciste ver que a tu manera, los hubo.

—Dos o tres tipos con los que salí más de la cuenta —acepta alzando el rostro pues comienzo a moverme muy lento. Luego sujeta mi barbilla observando mis labios con avidez y lascivia—, pero ninguno me provocó esto que tú. Te quise para mí con tan solo verte —confiesa con voz ronca, sin besarme y yo continúo ahora bajo la prenda que cubre la mitad de su cuerpo.

—No hablaré de él —determino. Detiene mis movimientos y me acerca más, no me ha soltado, soy consciente de su aliento sobre mi boca.

—Lo harás, sin detalles pero lo harás.

—Eres morboso.

—Es necesario… —insiste soltando mi mano que lo rodeaba y la lleva hasta mi propia excitación. Aprieto los dientes mientras los dos nos tocamos.

—Era *community manager*, llevaba las cuentas de varias y varios modelos amigos míos —comienzo y empieza a moverse sobre mi miembro, yo también.

—¿Y? —pregunta, deteniéndose. En respuesta me restriego y sé que debo seguir hablando.

—Y cuando… cuando murieron, él estuvo ahí —continúo. Lo siento tan duro bajo mi palma que me excito aún más.

—¿Emborrachándose contigo? —quiere saber, apretándome. Jadeo.

—Sí y evitando que hiciera más estupideces con… con…

¡Ay, mierda! Estoy tan caliente.

—Con otros hombres —completa. Asiento humedeciendo mis labios. Los lame y sigue, yo también y los dos estamos a punto de explotar.

—Me importaba una mierda todo, solo quería sentir, aunque fuera dolor —admito con

voz ahogada. Sonríe y me da un mordisco, se lo devuelvo.

—Sentir es más valiente que no sentir nada —asegura yendo más rápido. Le sigo el ritmo y somos dos bombas de tiempo—. Continúa —ordena, sé que si no lo hago, se detendrá y no estoy dispuesto a ello, porque aunque lo tengo en mis manos, él lleva el control. Así nos gusta a los dos.

—Me sentía solo, él también. ¡Ah, mierda! —suelto sintiendo que en cualquier momento me correré—. Nunca… Nunca me dijo que dudaba de su sexualidad.

—Sigue… —insiste respirando cada vez más rápido

—Un, un día dejó de marcharse de mi apartamento. Fui construyendo mi vida, pero no construimos nada juntos, los dos… los dos lo sabíamos —logro decir, tomando bocanadas de aire. Él gruñe arrugando la frente debido a lo que le estoy provocando—. Solo nos acompañamos.

—Cuando lo vimos no parecía pensar lo mismo —me recuerda soltando mi barbilla, para apretar una de mis nalgas con fuerza. Rodeo su cuello, consciente de que ya no podré aguantar mucho más.

—Lo que hizo me hirió, porque la mentira duele, no por... ¡Joder!

—¿Por?

—Porque sintiera algo fuerte por él.

Kyroh detiene mi mano y la suya. Respiro con rapidez, sudoroso. ¿Qué mierdas? Gruño frustrado, pero vuelve a acercarme a su rostro.

—Lastimarte no entra dentro de lo que pretendo hacer contigo, ángel mío —asegura. Mi piel se eriza a pesar de estar a segundos de correrme.

—Joder, te amo, maldito cabrón, pero si no sigues, te mato —exijo frotándolo de nuevo. Suelta una carcajada profunda, mete la mano dentro de mi pantalón y me rodea con firmeza.

—Si tienes algo que hacer hoy, deberás cancelarlo —ordena tocándome como sabe que me gusta.

—Tengo una cita a las cuatro —logro decir a punto de correrme. Mordisquea mi clavícula y me deja un chupetón.

—No saldrás de esa cama, rubio, no jugaba cuando te lo dije —determina para luego besarme con exigencia—. Y a esa pintura le falta algo —dice separándose un poco, cambiando de tema. Me sacudo porque llega el momento. Sonríe—. Luego te diré qué —entonces los dos explotamos en medio de un beso voraz que traga nuestro placer.

9. Kyroh

Poco más de un año después…

Dejo mis llaves colgadas donde suelo, saco mi cartera del bolsillo del pantalón. Steve está en casa, noto al ver su celular en la silla de la entrada, además de sus llaves. Ruedo los ojos sonriendo. Ya no sé qué hacer para que lo lleve consigo, comienzo a rendirme.

Avanzo, entonces lo escucho.

—Mierda, mierda —refunfuña desde la planta alta. Sonrío aguardando. Es un terremoto, sabrán por qué lo digo.

Viene deprisa, lo veo cuando dobla para bajar el siguiente bloque de escalones, lleva una chaqueta en la mano, se sujeta del barandal cromado con la mano libre y lo brinca con esa facilidad que tiene, ahorrándose cuatro escalones, para caer a un costado de la mesa que se encuentra ahí sin un solo rasguño.

Sacudo la cabeza, su energía es abrumadora. Busca algo ahí, pero no lo encuentra, entonces voltea y se da cuenta de que estoy mirándolo. Sonríe.

Lleva el cabello rubio suelto que apenas roza sus hombros, una camiseta oscura, vaqueros claros y esa frescura que lo caracteriza. Alzo el celular, porque sé que es lo que busca. Puede dejarlo en cualquier lugar y nunca recordar donde, lo cierto es que jamás ha perdido uno.

Rueda los ojos y se acerca más tranquilo.

—No supe donde había quedado —reniega, rodea mi cuello con una mano, me besa y toma su teléfono—. No tardo, tengo esta cita en la galería —me recuerda tomando las llaves de su camioneta.

—Conduce con cuidado —pido divertido por la forma en que se mueve, imposible aburrirse a su lado. Ya va rumbo a la salida. De pronto se detiene y regresa trotando, vuelve a besarme y abre los ojos de más—. Te toca la cena —dice sobre mi boca.

No suelo olvidarlo, pero él siempre me lo recuerda. Le gusta salir a algún lugar a comer, pero no en lo cotidiano, aunque tampoco se queja si compro algo a la pasada, aun así, sé que prefiere lo que se cocine en casa. Lo sujeto de la barbilla y mordisqueo su labio.

—Lo sé, estará lista cuando regreses —le informo. Sonríe, me devuelve el mordisco y se va corriendo. En cuanto cierra la puerta el *penthouse* se sume en el silencio, ese que él rompe con una facilidad impresionante, cosa a la que estoy habituado.

Me quito el traje, me pongo algo más cómodo; unos vaqueros gastados, una camiseta de algodón y bajo después de refrescarme un poco.

Pongo música y me dedico a preparar un filete, papas a la francesa y ensalada. Abro una botella de vino, me sirvo una copa y continúo con mi labor.

Llega cuando le restan cinco minutos al horno.

—Eso huele buenísimo —lo escucho decir y aparece en la cocina, sin zapatos, porque suele dejarlos en la entrada apenas llega y ponerse sus sandalias, o nada, en esta ocasión está igual que yo, descalzo.

—¿Cómo te fue? —le pregunto cuando se acerca a la barra, toma de mi copa y comienza a contarme sobre su cita. Lo escucho atento.

Abrirá otra galería pues encontró hace poco un sitio que lo emocionó bastante, pero están revisando los permisos y viabilidad. Parece que el nuevo administrador es más eficiente que el

anterior, por lo menos no le roba.

~*~

Hace unos cuatro meses lo noté un tanto alterado, digo un tanto porque él suele ser templado y desde que se deshizo del problema de su hermano, algo cambió, fue como si un peso al fin se hubiese ido de sus hombros. Ambas son dos historias diferentes.

La del administrador es más breve, la otra estuvo a punto de joder lo que tenemos. Durante algunos días llegó a casa con papeles que extendía en el sofá que está al subir las escaleras y los leía. Hacía anotaciones y luego los dejaba estar.

Le pregunté en varias ocasiones qué sucedía, solo respondía que estaba revisando algunas cosas de las galerías, mismas que le dan muy buenas ganancias. Aun así, me parecía que estaba muy clavado en ello y para eso tenía a Darren, el hombre que, desde que tenía veinte años, contrató para hacerse cargo de la contabilidad y cuestiones administrativas.

Un sábado se le hizo tarde, habíamos quedado en salir. Esos días voy junto con Loen a enseñar a los chicos del refugio basquetbol, así que suelo llegar poco antes de mediodía, él se encierra en su estudio, o atiende algún pendiente mientras no estoy.

Yo leía en la sala, me había duchado y solo lo estaba esperando para ir a un concierto que habría en la playa de alguien que él y Des conocen. Cuando me vio, sonrió, siempre lo hace, pero percibí su agobio, ahora me es más sencillo detectarlo. Llevaba un par de engargolados en las manos.

—Ahora nos vamos —aseguró pretendiendo subir. Dejé el libro a un lado.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté antes de que se alejara. Se pasó una mano por la frente. Me levanté—. Tienes días revisando no sé qué diablos. ¿Qué ocurre? —exigí saber.

Ya saben, es reservado y he aprendido después de algunas situaciones complicadas a guiarlo para que hable conmigo.

Se acercó y se sentó en el sofá que estaba frente a mí. Agachó la cabeza y negó, luego recargó sus codos en las rodillas, de esa jodida manera masculina que tanto me gusta y me encaró frotándose los labios con una mano.

—Falta dinero, mucho dinero y… —sacudió la cabeza. Joder, me acuclillé frente a él— y no quiero creer que Darren es el responsable, pero no logro dar con lo que ocurre —me explicó preocupado.

Asentí comprendiendo. Es muy independiente, cuestión que me fascina. Steve no tiene problemas para resolver las cosas por sí mismo, lo hace siempre en realidad, pero en esa ocasión lucía algo perdido, situación que me intrigó. Darren era un hombre de unos cuarenta años al que mi rubio estimaba, conoce a su familia, sus hijas y mujer. Un buen tipo podía catalogarlo en aquel momento. Así que entendía que no quisiera dudar.

—¿Ahí está todo? —pregunté señalando los engargolados.

—Solo son los de este año, faltan los anteriores —me aclaró.

Los tomé y me senté a su lado, abriendo el primero.

—Veamos —comenté y comencé a ojearlos.

Steve tenía toda la información debidamente ordenada: estados de cuenta, gastos, facturas, proveedores, etc. Los revisé sin detenerme mucho. Luego de unos minutos en los que le pregunté un par de cosas, respiré con fuerza y negué.

—Rubio, algo no está bien —confirmé yendo de unas hojas a otras, comparando. Cerró los ojos y negó frotándose el rostro.

—No puede ser Darren, Kyroh —murmuró sin verme. Froté su espalda y lo atraje hacia

mí para besar su cabellera sujeta por una coleta descuidada.

—Quedémonos, revisemos esto, ¿quieres? —propuse, me miró sopesándolo.

—Nos esperan… —me recordó.

—Esto es importante, rubio, y ya me cansé de verte inquieto por ello. Avísales, entenderán, Des puede decirles —le hice ver. Asintió y buscó su teléfono, le di el mío. Lo desbloqueó y marcó a mi cuñada mientras yo continuaba revisando un poco más aquello.

Cuando colgó me lo tendió y se llevó las manos al cabello.

—Lo conozco desde hace muchísimo tiempo, gana muy bien. No tendría motivos, Ky, pero Lily y Avery me han estado insistiendo que revisara —esas dos chicas son las encargadas de las galerías—. Y hace unos días me topé con un escultor que expuso meses atrás, hablamos un poco y algo me saltó en las cifras que mencionó. Comencé a pedirle la información, me ponía pretextos, pero tengo las claves de todo y las descargué. Kyroh, es mucho dinero tan solo de este año, el anterior es más —me informa recargándose en el barandal, desconcertado.

—Llegaremos al fondo de esto. ¿Tienes todo aquí? —quise saber, levantándome, ubicándome frente a él.

—Creo que sí.

Rodeé su cuello, acariciando su barbilla con el pulgar.

—Entonces vamos a revisarlos.

—Gracias —murmuró acongojado. Odio verlo así. Le sonreí para enseguida besarlo—. Es mi placer ayudarte, ángel mío.

Pasamos ahí la tarde, entre su computadora, las carpetas, folders y papeles. Imprimiendo más. En la madrugada paramos, pero la verdad iba quedando clara, muy clara en realidad.

Las finanzas son lo mío, tengo un master y bastantes diplomados, me apasiona esa área, así que me es sencillo detectar los fallos casi enseguida.

No durmió muy bien, a pesar de estar molido, por la mañana retomamos. A mediodía se levantó de la sala, gruñendo y le dio con el puño a un muro. No suele ser así, pero comprendía la impotencia y frustración. Era muchísimo dinero y, en efecto, él era el responsable, coludido con el área de contabilidad. Una auditoría lo dejaría claro en el acto.

—Mierda, Darren —rugió molesto, decepcionado. Lo observé, aguardando—. Es una putada, ¿por qué? Es que si quería más pudo decirme. Confiaba en él, carajo —bramó llevándose las manos a la cabeza, sentándose en los escalones. Dejé los papeles y me acuclillé frente a él colocando las manos sobre sus rodillas.

—Debes despedirlo, cariño —le hice ver. Asintió sin verme, con la vista clavada en sus pies. Alcé su barbilla y cuando me miró al fin, me encolerizó verlo así—. Conozco a alguien que puede hacerse cargo de esto, alguien muy capaz, los escogeremos con calma y todo irá bien.

—Me falló —dijo con frustración e incredulidad y es que eso, a Steve, es algo que puede crearle grietas, lo sé bien.

—No, él se jodió solo. Las personas no nos hacen cosas, recuérdalo, hacen cosas y ya. Él decidió, ahora tú debes hacerlo.

—No debí confiarle tanto.

—Hiciste lo que pensaste que era lo mejor, nada más. Ahora hay que cambiar las cosas, eso es todo. Darren podría ir a proceso por esto, ¿sabes? Es robo. Maquilló cifras.

Sus ojos azules trasmitieron su agobio.

—No, no quiero hacerlo, Kyroh.

Eso lo sabía de sobra, este hombre no es así. Puede ser muy duro, un cabrón calado, pero su corazón sufre cuando debe serlo.

—Es una fortuna, rubio.

—Que seguramente ya se gastó, tiene familia.

—En casas, viajes, autos, yo qué sé.

—No quiero… Pero lo haré. Lo que hizo es grave.

—Mucho —convine. Sacudió la cabeza, para enseguida rodear mi cuello y besarme. Lo levanté, enredó las piernas en mi cadera y subí con él a cuestas sin soltar sus labios. Pronto la angustia y rabia acumulada, se diluyó.

Cuando tuve su espalda desnuda recargada sobre mi pecho, minutos más tarde, mientras jugaba con una de mis manos, silencioso, besé su cabellera.

—¿Estarás bien? —pregunté un tanto preocupado.

No estaba siendo fácil para él, lo tenía bien claro. Recargó su cabeza sobre mi hombro y respiró con fuerza, buscando mi mirada.

—Me gusta esto de compartirlo todo contigo, siempre se siente menos pesado —aceptó con su voz de nuevo apacible. Lo hice girar para besarlo.

—De eso se trata el matrimonio, ángel mío —le recordé.

—De eso se trata estar casado contigo, Ky, nada más.

Al día siguiente sostuvo una reunión con Darren, lo despidió y le dijo que debía devolver el dinero o enfrentar un proceso penal. El tío hasta le lloró, pero para Steve el daño estaba hecho y una vez que eso sucede, es inamovible, vaya que sí.

El hombre había comprado un par de casas, tenía incluso inversiones. Steve estuvo cabreado durante esos días, más que con él, consigo mismo por no darse cuenta.

Finalmente le devolvió casi todo, así que solo lo dejó ir y los años a su lado no podría usarlos para próximos empleos. Ahora tiene un equipo administrativo y se involucra más después de aquello, además cada tanto lo ayudo a revisar, cosa que agradece de maneras variadas y absolutamente creativas.



Ilustración de Mazo


Mazo

10. Kyroh

Presente…

Me jala por la camiseta y termino sobre él, logrando con ello que regrese al momento.

—¿Y cómo estuvo tu día? —quiere saber. Lo beso, al tiempo que lo sujeto de la cadera y hago que se siente en la barra de granito oscuro, como suelo hacer y profundizo el roce con su boca. Gime y me separa sujetando mi quijada—. La última vez se quemó la cena, mejor dime —me recuerda.

Me carcajeo y es que hace un mes lo subí ahí y la necesidad ganó, cuando nos dimos cuenta comenzaba a salir humo. Nos volvimos locos haciendo de todo para que se diluyera y los sensores de incendio no lo detectaran. Al final tuvimos que comer unos sándwiches improvisados sentados en el piso de la cocina, agotados y riendo.

Le cuento sobre el proyecto que mi hermano está desarrollando y cómo hemos conseguido los inversores en una junta por la mañana. Sirvo vino en otra copa y brindamos.

—No podía ser de otra manera, ¿ya saben cómo funcionará? —pregunta interesado. Saco mi celular del bolsillo del vaquero y le muestro mientras le explico—. Es brillante —reconoce sujetando mi aparato.

Me alejo para sacar las papas de la freidora. Entonces suelta una carcajada de esas que erizan mi piel, como tantas cosas que él siempre consigue en mí. Me acercó. Está en *Twitter*, suele hacerlo.

Tiene cuentas propias, pero ni las revisa, salvo *Instagram* donde tiene una buena cantidad de seguidores gracias a esos videos que realiza sobre su proceso creativo. Los he visto en varias ocasiones y me encuentro siempre excitado con tan solo eso. Es jodidamente sexy y masculino, el muy cabrón.

—Es un idiota, es que no jodas —dice mostrándome un *tuit* de alguien que no sigo, pero que aparece en el *timeline*. Río y comenzamos a leer las respuestas.

Esto es casi todos los días; reímos sin parar por cualquier estupidez, en esta ocasión ese hombre se puso la cuerda en el cuello solo. Le llovían cualquier cantidad de tonterías que me leía en voz alta.

Cuando la comida estuvo lista, nos servimos y nos sentamos en la barra, que es donde solemos comer, pero del lado exterior.

—Joder, siempre te queda todo buenísimo —exclama después de probar la carne.

No es difícil de complacer, esa es la verdad, pero la comida de casa es algo que disfruta bastante así que casi desde que se mudó, me acostumbré a esta dinámica donde un día lo hace él y otro yo. Los fines de semana concede en salir, así que eso hacemos.

—A ti también —otorgo después de darle un trago al vino—. Si digo lo contrario dormiré fuera de nuestra cama —lo bromeo, porque la verdad es que cocina muy bien, aquí el que ha ido aprendiendo soy yo. Me avienta una papa.

—Jódete —ríe. Me la meto al a boca y le guiño un ojo.

Al terminar limpiamos los platos, metemos todo al lavavajillas y dejamos la cocina como estaba, enseguida tomo el celular y pongo una canción específica para que se escuche en el sonido del apartamento, le subo y me acerco.

Veo que sonríe, está de perfil, entonces comienza a mover el pie, deja el trapo y se acerca, retrocedo incitándolo.

Bailar es algo que hacemos bien, que nos hace pasar momentos cargados de cualquier cantidad de cosas, de las más, complicidad y sincronía.

Pronto estiro los brazos para pegarlo a mi cuerpo y abrazarnos, así comenzamos a movernos. Hoy deseo algo tranquilo, así que dejo sonar aquella canción que tantos recuerdos nos trae, en su versión acústica. Pero hay ocasiones que puede ser una muy movida que nos haga brincar por todo el apartamento, otras las canta, o bailamos hasta caer agotados, nunca sabemos qué ocurrirá, pero uno al lado del otro, siempre.

Lo escucho cantarla, esta vez, cerca de mi oreja, mientras rodea con sus manos mi cuello y pierdo mis dedos en su nuca, balanceándonos con lentitud. Su voz es algo a lo que no puedo resistirme, es ronca pero fluida, clara y suele enredarse en mi piel.

Busco su boca, deseoso, la encuentro y devoro silenciándolo sin remedio. Jamás me canso de él, de su sabor, de su aroma siempre a fresco, incluso después de un día pesado, aunque sudoroso me lo follo igual, de su manera de reaccionar a mí.

Sus manos viajan por mi espalda. Una de las mías, la que no está perdida en su cabello, baja hasta su redondo y firme trasero y hago que se pegue más a mí.

—Ky —me nombra entre jadeos, de aquella manera que solo él emplea.

—¿En el sofá o arriba? —pregunto mordisqueando su cuello mientras alza su barbilla para darme libre acceso.

—Sofá —logra decir buscando los pliegues de mi camiseta. Me la quito y luego hago lo mismo con la suya. Entonces lo levanto, enreda sus piernas en torno a mi cadera. Es alto pero ligero, así que avanzo sin dificultad con su cuerpo a cuestas, mientras lo beso en la boca, nuevamente.

Ya está otra canción y ni nos percatamos. De paso, agarro de un cajón lo que necesitamos, solemos tenerlos desperdigados por lugares estratégicos para que, si llega la urgencia, no nos tome desprevenidos. Lo cierro y nos llevo hasta donde deseamos. Me siento con él a cuestas, sin soltar nuestros labios.

—Te follaré así —le informo cuando recorro la línea entre su oreja y sus labios, con mi lengua. Asiente tocándome con intensidad.

Mi erección puja por ser liberada, sé que la de él también, así que le desabrocho el pantalón mientras hace lo mismo con el mío, mordiéndose ese maldito labio inferior. Cuando están abiertos vuelvo a besarlo tomándolo por la nuca.

Nos ponemos de pie para despojarnos en segundos de lo que nos estorba, entonces lo siento de nuevo sobre mis piernas y tomo su erección entre mis manos. Hecha su cabeza hacia atrás.

—Cuando me hunda en ti, no cerrarás los ojos —ordeno empleando esos pequeños juegos que tanto nos ponen, y es que perderme en su iris azul, mientras lo lleno, es fuego para mí, de por sí tratándose de él siempre es así.

Toma mi hombría y ambos nos tocamos, con la diferencia en que yo comienzo a prepararlo con el lubricante que saqué hace un momento. Steve se dobla al sentir como uno de mis dedos lo penetra, estimulándolo. Abandono su erección y hago que suelte la mía, rodeándolo con mi mano libre por la cadera y acercándolo más al tiempo que le clavo otro, más adentro.

—Mierda —exclama mientras lo mordisqueo su pecho, su clavícula, el cuello. Pronto sé que está listo, me protejo y lo atraigo.

Baja la cabeza y me ve, mordiendo su labio, arrugando la frente debido a la intrusión, pero sé que no lo lastimo; cuido mucho de jamás hacerlo. Lo voy guiando despacio, me aferra por la base del cuello y me adentro del todo.

Respirando con fuerza junta su frente a la mía, cierra los ojos durante un segundo pero enseguida los abre y a mí me cuesta un mundo contenerme, aun así, me obligo a ello. Paso mi mano lubricada entre nosotros y lo toco.

Se humedece los labios, agitado, tanto como yo y comienzo a movernos. Steve se adueña del ritmo de mis embestidas lentamente, mientras yo no dejo estar su erección que palpita en mi mano, presa de ese deseo que me provoca.

Despacio nos entregamos, entre besos, roces, caricias y lametones cargados de sexo, de nosotros. Sin soltar nuestras miradas, sonriendo con complicidad cada tanto. Pronto él se corre, me aprieta más debido a ello y lo acompaño casi enseguida, gruñendo gracias a la fuerza de lo que siento.

Nos lleva unos minutos recuperar la respiración, con nuestras frentes unidas.

—Te amo —dice, cerrando los ojos. Busco su boca y lo beso porque cada vez que lo escucho mi mundo se asienta aún más.

—Te amo, ángel mío —le respondo abrazándolo mientras salgo de su cuerpo con cuidado.

11. Kyroh

En la regadera lo limpio, él a mí. Solemos hacerlo después de tener sexo. Me gusta hacerme cargo de su cuerpo, es casi parte del acto en sí para mí, mientras Steve me lo permite y luego hace lo mismo con el mío. Platicamos sobre tonterías, invariablemente es así.

—Esa película es viejísima —señala ya en pantaloncillos, mirándome por el espejo del baño. Yo estoy terminando de ponerme desodorante, también medio vestido, pero él suele ser más rápido—. Aunque lo entiendo —dice como de paso.

Arqueo una ceja.

—¿Qué entiendes? —pregunto girando los brazos para que se disperse en mis axilas el desodorante.

—Te estás haciendo viejo, eso es todo —determina como si nada. Le encanta joderme con ello. Nos llevamos poco más de cuatro años, aun así, me provoca. Entorno los ojos mirándolo por el espejo, bajando los brazos.

—Repite lo que acabas de decir —lo desafío. Me observa y se encoge de hombros.

—No puedes ir contra el tiempo, gigantón, te estás haciendo viejo —repite.

Recargo las manos sobre la cubierta, amenazante.

—Tienes un segundo para correr, rubio, porque si te alcanzo, este viejo te demostrará lo que puede hacerte a pesar de su edad —determino. Se carcajea.

—Dudo que con tu edad puedas lograrlo —me desafía y se va, tan tranquilo, pero de reojo nota que me muevo y corre.

Lo persigo por la planta alta; entre gritos roncos, amenazas, groserías, brincos de sofá, risas y muebles entre nosotros. Por supuesto doy con él, no sin esfuerzo, es escurridizo, pero la risa no le permite concentrarse. Empiezo a hacerle cosquillas, no las resiste.

—Retráctate —le exijo cuando lo tengo sometido en un sofá, revolviéndose en carcajadas, intentando quitar mis manos.

—¡No! —grita ahogándose en su risa. Noto su erección, yo ya estoy igual. Lo cargo como un costal.

—Lo harás, rubio —le aseguro llevándolo a cuestas. Intenta zafarse, pero sé que si quisiera ya estaría abajo. Sabe usar su cuerpo para defenderse, por lo mismo siempre me siento confiado al respecto.

Llego a la habitación absolutamente erecto, lo dejo sobre el piso, se tambalea y aprovecho para bajar sus pantaloncillos de una. Luego lo tumbo tomándolo por la cadera, cae sobre la cama, aturdido, pero igual de caliente que yo, lo noto en sus ojos que ahora no ríen. Le doy la vuelta y apreso sus muñecas sobre su espalda, inmovilizándolo.

—Kyroh —jadea. No le respondo, en cambio tomo el lubricante, sin soltarlo, lo abro con los dientes y coloco en mi miembro. Se remueve y sin más, entro en él.

Gruñe sobre la almohada, luego gira su rostro, cerrando los ojos con fuerza. Voy y vengo sin detenerme. Ansío poseerlo, esa es la verdad, pero hay ocasiones en las que la necesidad se adueña completamente de mí, como en este momento.

No me detengo, gime y grita de forma masculina.

—Me voy a correr, coño, las sábanas —logra decir con la voz estrangulada. Me importa una mierda, necesito clavársela sin dulzura y no lo estoy tocando.

—No me detendré, rubio —le informó sin parar mis arremetidas. Estoy por llegar igual

que él. Se queja y estremece, soltando gruñidos cargados de sexo, de lo que somos y eso me pone peor, entonces me corro y sé que él lo acaba de hacer también gracias a su sacudida, a la forma en la que me aprieta. Dejo salir el aire y suelto sus muñecas, sudoroso.

Salgo con cuidado de su cuerpo y me dejo caer agotado a su lado. Él estira sus piernas, pero no se mueve en realidad. Está buscando regularizar su respiración, mientras yo hago lo mismo. Volteo aturdido aún. El orgasmo fue brutal para los dos, lo sé, pues se corrió sin mis manos.

—Habrá que cambiar las sábanas —susurra, mirándome—. Y esto no te hizo más joven —dice y cuando pretende salir de la cama, lo sujeto de la muñeca, deteniéndolo con suavidad esta vez. Lo acerco a mi rostro y muerdo uno de sus labios.

—Este viejo, señor Kumalé, solo le interesa ser el dueño de todas tus folladas, no ser más joven —aseguro para enseguida besarlo—. Anda, yo las cambio —le informo. Asiente y se dirige al baño, esta vez decido darle espacio. Lo escucho prender la ducha.

Mierda, esto fue muy intenso, reflexiono deshaciendo la cama con rapidez, mirando de reojo al baño, un tanto agobiado porque espero no haberlo lastimado.

Cuando termino, voy hasta donde está. Ya apagó la regadera, empujo la puerta que dejó emparejada, me detengo. Tiene un tubo en la mano. Desinflamatorio local, noto enseguida. Lo tenemos por precaución, aunque no lo hemos usado mucho en realidad, salvo en contadas ocasiones en las que quizá somos más bruscos de lo necesario. Pero esta vez siento cierto remordimiento.

Lleva los pantaloncillos en los tobillos y está por ponerse un poco de ungüento en el dedo índice. Me mira apenas un segundo para enseguida hacer lo suyo. Niego decidido, me acerco y se lo quito.

—Yo me hago cargo —le aviso.

Por el espejo percibo sus ojos clavados en mí, lo encaro mientras me pongo en un dedo el medicamento.

—Yo puedo —lo escucho decir, lo ignoro, en cambio sujeto su cadera con una mano y se la pongo, mientras él se sujeta de la cubierta, al terminar le doy un mordisco y una nalgada con suavidad—. Tienes una seria obsesión con mi culo —comenta.

Me yergo para quedar tras él, beso su hombro.

—Tengo una seria obsesión contigo, en lo general —afirmo para enseguida subirle los pantaloncillos.

Sonríe rodando los ojos. Cuando pretende irse, lo tomo por el codo y hago que su espalda termine sobre un muro, con suavidad. Experimento cierto desazón. Poso mi palma sobre su mejilla, mirándolo con intensidad. Steve no se mueve, luce tranquilo.

—Siempre soy yo el que me entierro en ti, así que siempre seré yo quien te cuide y no puedes oponerte a eso —le hago saber, para luego descansar mi frente sobre la suya. Sí, me siento un tanto culpable por mi impulso—. Lamento ser a veces tan primitivo contigo, ángel mío —me disculpo con sinceridad.

Él sujeta mi cuello y niega, despacio.

—No tomarás nunca de mí nada que no quiera darte. Me gusta esa parte de ti. Estoy bien —murmura y busca mi boca, se la ofrezco por completo y lo beso despacio, disfrutando de él.

—Ahora te alcanzo —indico rozando sus labios, cuidadoso.

Al salir, lo encuentro dormido, abandonado sobre esa cama limpia, con su rostro apacible. Sacudo la cabeza, lleno de él. Apago las luces y me meto bajo las cobijas. Enseguida se mueve para quedar con parte de sus pectorales sobre los míos. Lo recibo rodeando su cadera y

dejo un beso sobre su cabello.

—Estaré fuera de combate un par de días —admite adormilado.

Sonrió. ¡Lo sabía! Beso de nuevo su cabeza.

—Los que necesites, cariño —susurro.

Debo controlarme con él, aunque sé que estará bien y que lo disfrutó tanto como yo, que, como dijo, jamás lo podría dañar.

Ojeo el reloj, es medianoche. La foto que está ahí atrapa mi atención. Son nuestros rostros, tomados de muy cerca. Él está riendo con su mano sobre mi mejilla, lleva ese anillo que me costó lo mío que portara y yo lo estoy besando en la comisura de sus labios, sonriendo también. La imagen es en blanco y negro.

Es del día en que nos casamos, hace poco más de un año. La tomo y los recuerdos de lo ocurrido en aquel entonces se hacen presentes, fue una época dura, bastante en realidad.

12. Kyroh

Meses atrás…

Después de proponerme, de la plática al día siguiente en su estudio, donde supe más sobre él, las cosas tomaron un rumbo… extraño, tanto que si no reaccionamos pudimos habernos perdido.

Steve comenzó a tener cambios sutiles que no pasaron desapercibidos para mí. Llegaba tarde para cenar y aunque se disculpaba, arrepentido, con los días fue ocurriendo cada vez con mayor frecuencia.

Hacía poca conexión con lo que sucedía a su alrededor, lo notaba pensativo y su frescura estaba desapareciendo. Iba y venía todo el día como el buen tornado que es, pero se comunicaba cada vez menos.

No quise ser aprensivo, sabía que tenía mucho trabajo, yo también tengo épocas en las que me absorbe, él lo suele entender, aunque se ha llegado a imponer para ponerme un alto, se lo atribuí a ello, o eso intentaba.

Pasaron los días y no hablamos sobre sus acciones en *Mintrack*, cada vez que tocaba ese tema rehuía y me perturbaba su férrea evasiva. Así que decidí darle tiempo, pero, sin remedio, me cabreaba que no hablara.

Un mes después de haber aclarado lo que fraguó su hermano, llegué a casa, molido. Dejé las llaves, de nuevo la cena no estaba hecha. Era su turno. Arrugué la frente, pensando que seguramente estaba pintando y había perdido la noción del tiempo, como le estaba ocurriendo a últimas fechas.

Subí los escalones de dos en dos, quitándome la corbata y el saco. Me desabroché un par de botones al abrir la puerta de su estudio.

No estaba ahí, fui hasta nuestra habitación, aventé las cosas sobre la cama y escuché ruidos en el baño, en realidad gemidos, acompañados de un sonido lastimero.

Corrí y al entrar lo encontré rodeando el inodoro con ambos brazos, sentado en el piso.

Agobiado me acuclillé a su lado.

—Eh, ¿qué pasa? —quise saber haciendo su cabello rubio a un lado.

Negó sin que le saliera nada, para luego recargarse en la pared, cerrando los ojos, débil. Estaba mortalmente pálido, su boca blanca, sudoroso.

—No puedo parar, carajo, no aguanto el estómago —se quejó doblándose con las manos justo ahí.

Durante el tiempo que llevábamos juntos él jamás había enfermado, eso me tomó desprevenido. Iba a tomarlo por el hombro, pero se acercó al inodoro de nuevo. Las arcadas lo retorcían y ya solo expulsaba líquido amarillo.

—Vamos al médico —ordené preocupado.

—No puedo pararme, mierda —se quejó de nuevo, doblándose sobre sí mismo, gruñendo.

—¿Cuánto tiempo lleva esto? —quise saber, con urgencia.

Sé lo que es la enfermedad, con eso jamás juego al notar las señales de alarma. Negó tomando aire. Apenas podía enfocarme.

—Desde la mañana, no he podido salir de aquí —me informó y yo tuve ganas de zarandearlo por no decírmelo, pero no le reclamé, simplemente lo tomé en brazos sin importarme nada.

Se aferró a mí espalda con esfuerzos, pronto otro espasmo y yo ya no sabía qué hacer. Bajé las escaleras con él. Lo notaba en un punto medio entre la inconsciencia y el dolor. Tomé las llaves, la cartera sin soltarlo y ni idea de cómo lo logré, pero él no podría haber dado un solo paso de eso estaba seguro.

Lo metí en el auto, su frente estaba perlada de sudor, el cabello se le adhería al rostro y se hacía ovillo, luego soltaba el cuerpo, respirando con dificultad.

Mientras conducía le marqué a Oliver, un amigo internista. Lo conocí años atrás, tuvimos algo que ver. No pasó de un par de noches, pero aquello derivó en una buena amistad, como con algunos más. Trabajaba en el Northwestern, es jefe de urgencias, un buen hospital de Chicago. Me dijo que estaría esperándome en emergencias.

Lo nombraba cada tanto, para verificar que continuara consciente. Me respondía con debilidad. Pocas veces me he asustado tanto, pensé en aquel momento. Estaba equivocado, me asustaría aún más.

Llegamos y lo recibieron de inmediato. Oliver me aseguró que él mismo verificaría que lo atendiera el personal más capacitado. Aguardé dando vueltas en urgencias. Los minutos sin noticias me mantuvieron en vilo.

Odio los hospitales, no lo puedo evitar, pero saberlo adentro me hacía sentir absolutamente vulnerable. Oliver apareció media hora después. Solté el aire. Es un tío agradable, afroamericano de ascendencia francesa, unos años mayor que yo, de mi estatura.

—¿Qué tiene? —pregunté angustiado.

—Parece que es una intoxicación alimentaria severa, está deshidratado, pero ya le suministraron suero y medicamentos. Me gustaría que pasara aquí la noche, para mantenerlo en observación. Sin embargo, estará bien, ya está en las manos adecuadas.

—Mierda, me sacó un puto susto de muerte —le dije abrumado. Apretó mi hombro.

—Estas cosas son delicadas, además de que llegan de forma intempestiva, no avisan. Seguro comió algo que estaba en mal estado —explicó. Asentí más tranquilo—. Al fin conozco al hombre que te doblegó, Kumalé —comentó sonriente.

Me encogí de hombros, regresándole el gesto.

—Y vaya que lo hizo —confirmé, más tranquilo.

—En unos minutos podrás pasar a verlo, estaré pendiente, Kyroh.

—Gracias, Oliver.

Entré cuando me llamaron, él dormitaba. Sonrió al verme, tenía ojeras oscuras y la piel mortecina.

—No sé qué comí —pudo decir, con debilidad. Me acerqué y tomé su mano, se encontraba fría.

—No importa, estarás bien —le aseguré besando su frente—. ¿Duele aún?

—Sí, pero los medicamentos comienzan a hacer efecto —aceptó somnoliento.

—Pasaremos aquí la noche —le informé. Negó, y se quejó moviéndose para tomar posición.

—Ve a casa, no dormirás un carajo —dijo con dificultad. Me acerqué a su rostro, serio.

—Mi lugar es donde estás tú —determiné. Soltó un suspiro frustrado.

Mi madre llegó más tarde, me había marcado para preguntarme sobre un restaurante del que le hablé, al que quería ir, le tuve que decir lo que ocurría y fue enseguida. Lo quiere y todo lo concerniente a él le preocupa, al igual que con Desa.

Lo saludó rodeando su rostro enfermo y le dio un dulce beso en la frente, haciendo su cabello rubio a un lado. Steve le sonrió.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó con un tono de voz que pocas veces en mi vida he escuchado. Es muy maternal con él, conoce su pasado, yo se lo conté tiempo atrás, así que, tal como con Desa, lo protege.

—Bien, Kindah, fue solo una intoxicación —le respondió quitándole importancia, mientras los observaba de pie a un lado de la puerta del baño, con los brazos cruzados. Mi madre chasqueó la boca.

—Una severa. Me alegra que te trajeran de inmediato, debiste avisar a las primeras señales —lo reprendió con una dulzura que casi me hace reír. Nunca la usa con Zak o conmigo.

—No imaginé que empeorara —se justificó. Mi madre negó y besó su frente de nuevo, luego apretó su mano.

—Yo me quedo con él, ve por lo que necesites a casa, hijo —me instó, volteando hacia mí.

—Ya le dije que no es necesario, es solo una noche —habló logrando con ello que comenzara a molestarme, de alguna forma.

—No digas tonterías, su lugar es contigo —determinó con un dejo de autoridad. Me acerqué a la cama y lo miré arqueando una ceja, desafiándolo a que dijera lo contrario. No lo hizo.

Esa noche fue tranquila, él estaba más estable y durmió bastante. Por la mañana llegaron Zak y Desa. Su vientre de seis meses ya se notaba sin problemas, de hecho comentaban que el bebé era grande, cosa que tenía a mi hermano alerta, me confesó un día en la empresa. Mi cuñada es menuda, más a su lado, aunque una mujer muy fuerte y estaba seguro de que ese embarazo la tenía más feliz que preocupada.

—Steve —lo nombró apenas entró, acercándose a él de inmediato. Mi rubio le sonrió agotado. Enseguida ella besó su mejilla—. ¿Qué mierdas comiste? —preguntó con esa peculiar ligereza. Zak y yo chocamos las manos, lo saludó desde su posición, tan serio como suele.

—Si lo supiera jamás lo volvería a comer. Estuvo del carajo —aceptó con frescura, tal como es con ella.

—Y con lo que te resistes a comer en la calle —se burló—. Eso te pasa por quisquilloso.

Steve le mostró el dedo medio. Eso son ellos.

—Debió ser fuerte para que terminaran aquí —señaló Zak, acercándose a ella, para posar las manos sobre los hombros de su mujer y así detener la inminente batalla.

—Parece que sí —concedió observándolos.

Sé que verlos juntos lo hace feliz, me lo ha dicho en varias ocasiones y su matrimonio marcha sobre ruedas. Desa es la felicidad de mi hermano. Así de sencillo.

Hablan durante algunos minutos, en los que aprovecho para ir a saldar la cuenta y demás trámites. Cuando todo está listo, nos acompañan hasta el auto.

En casa pasó un par de días más en reposo, los mismos que me mantuvieron atento a él, pero Oliver aseguró que si seguíamos las instrucciones del gastroenterólogo al que nos derivó, y tomaba sus medicamentos, todo estaría bien.

Sin embargo, lo sentía lejano, como si no supiera cómo actuar a mi alrededor. Una noche se lo dije, pero insistió en que solo estaba agotado, que no ocurría nada. De forma inevitable, un dejo de molestia comenzó a crecer en mí.

13. Steve

Mi mejoría fue rápida, en realidad. Hice lo que se me indicó y pronto volví a lo mío. Lo cierto es que esta sensación que comenzó a crecer aquella mañana después de su propuesta de matrimonio, no se disipaba, aunque buscaba ocultarla.

Amo a Kyroh de una forma absoluta, una que en aquel momento me aterró descubrir. Lo comprendí durante aquellos días de mierda cuando pensé que me había traicionado y entonces la inseguridad se abrió paso. Aunado a lo ocurrido con mi hermano, y esa charla sobre mi pasado, todo se unió y me sentí un tanto fuera de lugar, o mucho.

Quería casarme con él. Eso ni lo dudaba, jamás tratándose de Kyroh, pero una espina incómoda se encajaba cada día más. Nunca he sido un tipo inseguro, sé lo que quiero, lo que soy, pero tenía esa ridícula necesidad de no dejarme ir del todo, porque si lo perdía, no tendría a qué aferrarme y eso me aterraba más que todo lo demás.

Por otro lado, mi hermano había continuado insistiendo en que le vendiera, me rehusaba y, aunque sus mensajes iban cargados de insultos, los dejaba en visto y no le respondí, aun así, hacían mella en mí.

Pensé en bloquearlo más de una vez, sin embargo, había cosas que a veces debía saber sobre las juntas que se celebraban, donde me avisaba qué aceptar y que no. Me vendía de alguna manera a cambio de paz. Pero la paz estaba lejos de sentirla en aquel momento.

El muy cabrón no se cansaba en recordarme que por mi culpa nuestros padres no estaban, que era una vergüenza para esa familia, que ahora sé que nunca fue mía. Cuando me llegué a topar con tíos, primos, tiempo atrás, simplemente me volteaban la cara. Mis abuelos tanto de mi madre como de mi padre, decidieron que no era su nieto y me lo dijeron sin rodeos.

Ya no dolía, esa era la verdad, llegó el punto en el que yo hice lo mismo, solo que en aquel momento no me sentía tan fuerte.

Tuve que labrarme la vida a mi manera, siendo consciente de que el rechazo constante, el juicio y muchas veces las agresiones, serían parte de lo que soy. Entendiendo, además, que no tenía una familia para apoyarme y cuando veía la suya, tan unida, tan fuerte, aceptándolo como es, sin darme cuenta abría heridas que intentaba cerrar.

Peor era sentir esto por ellos. Se habían convertido en parte de mi mundo sin remedio y al pensar, tan solo por un segundo, que al perder a Kyroh, también los perdería, algo se agrietó.

Los días dieron paso a las semanas. Estaba en medio de varias exposiciones, una en especial que nos traía locos. Se trataba de una artista inglesa, muy conocida en el ámbito y ridículamente quisquillosa.

Complacerla se estaba convirtiendo en una putada. Las chicas no sabían cómo manejarla y eso que son excelentes en su trabajo por lo que tuve que asumir ciertas tareas personalmente.

Debido a ello, y la carga de pendientes, no había tenido tiempo ni de terminar las manos entrelazadas que él había visto esa mañana. Iba y venía de las galerías al albergue, porque ese sitio era lo único que me estaba ayudando, de nuevo.

Rowe acababa de ser madre, poco la veía. Ella y yo, nos hicimos amigos desde el momento en que nos conocimos, los dos pintamos y yo, que me comunico con el arte, no encontraba cómo sacar lo que me agobiaba, tampoco con quien compartir sobre esos temas.

Tengo muchos amigos, amigos reales, pero ya saben, soy reservado y ponerle palabras a lo que estaba experimentando no era algo con lo que supiera lidiar.

Por otro lado, Desa, que es más mi hermana que cualquier otra cosa, tenía una gran barriga de siete meses, por lo mismo, Zak me había buscado sin que ella supiera para pedirme que lo que fuera lo informara.

La realidad es que a todos nos tenía alertas, pero ella ni se quejaba, estaba exultante. Puso en pausa sus diplomados en Trabajo social, en aquel momento. Iba al albergue por lo menos un rato y se dedicaba a decorar, junto con Kindah y Ame, la habitación de Khaya, esa pequeña que crecía en su interior.

Añoraba cantar a su lado, componer, sin embargo, se agotaba con facilidad y los pendientes a mí se me acumulaban. Mis únicos momentos de paz eran cuando dibujaba, jugaba o cantaba y tocaba con los niños, pero había días que me era imposible pasar más de dos horas ahí.

Kyroh lucía serio, lejano y la distancia entre nosotros comenzó a abrirse, logrando con ello que mis miedos más profundos emergieran. Me había preguntado en un par de ocasiones mis preferencias sobre la boda, lo cierto es que lo percibía tan lejos de mí que no atinaba a responderle nada.

Con el paso de los días los encuentros sexuales fueron espaciándose, aunque mi deseo por Kyroh jamás ha disminuido, en realidad ha sido lo contrario.

Llegaba y él estaba ocupado. Por otro lado, yo me sentía cada vez más agotado, por lo que a veces no alcanzaba ni a mudarme de ropa cuando terminaba tendido sobre la cama, dormido.

Las cenas se convirtieron en silenciosos momentos cargados de monotonía, intercambiábamos algunas palabras, para él perderse en su celular y yo, añorar un baño para dormir de una maldita vez.

Comencé a pensar, con el paso de los días, que estaba pasando por una depresión. No entendía qué ocurría conmigo, pero también pensé que simplemente lo nuestro se estaba extinguiendo.

En un par de ocasiones lo detuve, busqué acercarme, me devolvía el beso y me soltaba saliendo del apartamento cosa que me cabreaba y dolía a la par.

Cuando tenía un poco de tiempo libre, me ubicaba frente a un lienzo y no lograba sentir nada al respecto y lo único que deseaba era acostarme, pero era ridículo, ya no quería dormir más.

Una vez, harto, aventé un frasco de pintura oscura sobre la superficie crema, frustrado. Pringó el lugar, me importó una mierda y salí de ahí.

Los fines de semana, él llegaba tarde después de los entrenamientos con los chicos y yo estaba inmerso en la ola de exposiciones. En las galerías hay épocas así, pero esa en especial estaba siendo brutal y mi energía no parecía ser la de siempre, sino lo contrario, la sentía agotarse.

Kyroh también lucía inmerso en lo suyo, e imaginé que esa era la vida real, cosa que me agobió.

Una noche me quedé esperándolo en una cena que teníamos con amigos míos que ya eran nuestros. Estaba tan cansado que no tenía ganas de ir, pero pensé que era buena oportunidad para tener un espacio lejos de la monotonía que nos estaba comiendo, sin percatarme de que yo, en parte, la estaba provocando.

Nunca llegó, tampoco marcó. Me marché temprano. Todos habían preguntado por él, pero yo no tenía respuesta. Al llegar a casa le marqué, me mandó a buzón.

Lo esperé con una sensación de opresión en el pecho. La falta de aire a últimas fechas era lo común, así que lo atribuí a lo que estaba sintiendo. Llegó y eso me despertó.

Al verme en el sillón, alzó la mano, saludando.

—¿Qué haces ahí? —preguntó aflojando su corbata roja. Lucía tranquilo… jodidamente atractivo, y es que con esos malditos trajes me pone de solo verlo. Aun así, hice a un lado lo que me genera. Recargué los codos en las rodillas, observándolo con temor, terror en realidad.

Kyroh jamás olvidaba los compromisos que teníamos en común.

—Te estuve marcando —le dije, serio. Vio su celular.

—No tengo llamadas, supongo que no había señal —determinó como si fuese cualquier cosa y decidió avanzar. Apreté los dientes.

—Teníamos una cena, ¿lo olvidaste? —le pregunté al tiempo que me incorporaba. Un mareo hizo que casi me tambaleara, pero lo ignoré, en cambio lo miré molesto.

Se detuvo y se dio un golpe en la frente con el puño, volviéndose hacia mí.

—Joder, lo olvidé, estábamos revisando los números en la sala de juntas. Sabes que me estoy haciendo cargo del proyecto prácticamente.

Lo sabía, Desa y Rowe mantenían ocupados a Mike y Zakariah, entonces Kyroh era la cabeza de aquel lugar mientras ellos pasaban más tiempo con su familia, aun así, no me ablandé.

—Lo lamento —dijo.

Sacudí la cabeza y me dirigí a las escaleras. Me intentó detener pero me sacudí con brusquedad.

—Vete a la mierda —susurré subiendo.

Cuando llegó a la habitación yo ya cerraba el baño. Al salir él estaba sentado en un taburete del vestidor, me miró mientras se quitaba los calcetines, pasé de largo.

—Steve —me nombró conciliador.

—Mañana debo salir temprano, buenas noches —acoté, cortando cualquier resquicio de comunicación. No buscó acercarse, solo le dio un golpe al marco de la puerta y se metió al baño.

Lo perdía, lo llevaba bien claro, con todo y eso, no supe en qué momento se tumbó a mi lado porque simplemente quedé dormido en el acto.

Días después, él tenía uno de esos eventos a los que su empresa debe acudir, a los que suelen ir Zak con Des, Rowe con Mike. Me había avisado durante la cena, un par de noches atrás.

Es mañana me mandó la ubicación para recordármelo. La verdad es que esos compromisos no son lo mío, no a todos los asistentes les hace gracia que un tipo como él, sostenga una relación homosexual y, aunque Kyroh parece valerle una mierda, a mí sí lograba incomodarme.

Ser quien soy no debería ser asunto de nadie, sin embargo, suele serlo y, sin remedio, limita. En esos eventos solía salir contenido, muy contenido.

Por lo mismo me importó un carajo y simplemente no fui, en cambio compré cosas que hacían falta en el refugio. Los llevé ya tarde, Lira y yo nos quedamos hablando un rato sobre los donadores que habíamos conseguido en una de las exposiciones que organicé semanas atrás.

—Te he visto un poco pálido, corazón —señaló envolviendo una de mis manos, mirándome con ternura.

Esa mujer me conoce, solo le sonreí.

—He tenido muchísimo trabajo, compromisos. Hay una artista que me está enloqueciendo —expliqué, recargándome en el respaldo de la silla.

—Tú sueles ser muy práctico, no te complicas —señaló. Quise reír, porque en ese momento no creía serlo—. ¿Cenaste? —preguntó interesada.

Negué masajeándome el puente de la nariz.

—Vamos a que comas algo —propuso.

—No te preocupes, mejor me voy, ya es tarde.

—No, hay sopa, anda —ordenó poniéndose de pie. Al levantarme sentí un aturdimiento extraño y mi corazón retumbar de forma discorde. Sacudí la cabeza, me sujeté de su escritorio y cuando aquello pasó, la seguí.

Al llegar a casa, pasaban de las diez. Dejé mis llaves y vi el celular; un mensaje de Kyroh. Ni siquiera lo leí, lo dejé ahí y subí. Al llegar a la planta alta el aliento me faltaba. Me detuve un poco, respirando hondo. Necesitaba dormir.

Ni siquiera me duché, me quité la ropa y entonces escuché sus pasos, subía las escaleras con rapidez, como suele. Iba saliendo del vestidor cuando apareció frente a mí. Me observó contenido, con el celular en la mano.

Pasé a su lado, indiferente. Me hizo voltear sujetando mi brazo. Estaba molesto.

—¿No dirás nada? —me cuestionó cabreado. Me zafé de su agarre y fui hacia la cama.

—Tenía cosas que hacer —repuse sentándome en el colchón. Estaba aturdido de cansancio, con un dolor de cabeza que comenzó justo al salir del refugio.

—¿Te estás desquitando por lo de la otra noche? —exclamó—. Porque esto es trabajo, no una cena cualquiera —bramó.

Me recosté porque de verdad no podía más, cruzando un brazo sobre mis ojos.

—Sí, ya, tu trabajo es más importante. Anotado —murmuré sin muchas ganas.

—Nunca dije eso. ¡Coño! Pudiste decirme que no irías y no te habría estado esperando como un idiota. Todos preguntaron por ti.

—No quiero pelear. No pude, solo eso —repliqué girándome para cerrar de una maldita vez los ojos.

—Bien, si así lo quieres, bien —gruñó y le dio un portazo al baño.

De no haber sentido que mi energía era nula, quizá hubiese dicho más, pero no podía y la inconsciencia me absorbió a pesar de tener esa certeza de que las cosas entre Kyroh y yo iban directo a la mierda.

Al día siguiente fui a casa de Des, quería un mural en la habitación de su pequeña, hecho por mí. Ya lo había trazado a lápiz, así que ese día lo pensaba dedicar a darle color.

Temprano había tenido un desayuno para organizar una subasta. Comí poco y solo sentía unas ganas ridículas de dormir, aun así, logré cerrar el trato. La indiferencia de Kyroh, hizo mella en mí, pero aceptaba que mi actuar no era lo correcto, lo cierto es que estaba dolido con él.

Awdry me abrió, sonriendo.

—Hola, señor Steve —me saludó con su tono agradable.

Sé que ella y Des tuvieron sus momentos incómodos durante el primer año de matrimonio con Zak, pero ahora se llevaban muy bien. Missy, su perrita, me brincó desesperada. La tomé en brazos, como siempre.

—Hola, Awdry —le respondí y empecé a jugar con la bola de pelos. Me encanta su chispa, en general los perros son mi debilidad, tuve un par cuando era niño. Luego, cuando viví con Loren, adopté un pequeño que, un año después, murió, tenía cáncer y lo supe en cuanto lo revisaron. Sé que le di lo mejor de mí, aunque dolió de igual forma. Por lo mismo no había vuelto a tener las agallas de vivir con uno.

—Desa está arriba, me pidió que cuando llegara, lo hiciera pasar. Adelante.

Subí las escaleras de dos en dos con la mochila llena de cosas que necesitaría. Al llegar a la planta alta, me faltó el aire. Dejé a Missy en el suelo, doblándome un poco para llenar mis pulmones.

En aquel momento pensé que debía darme unos días de descanso cuando esa locura terminara.

—¿Steve? —me llamó, me erguí y seguí su voz. Estaba en la que sería la habitación de Khaya. Su barriga crecía cada día, pero se veía preciosa, esa es la verdad. Me abrazó sonriente—. Mira, lo trajo Riah ayer —me mostró un conjunto de conejito, que seguro le quedaría hermoso —. ¿No es lo máximo?

Lo tomé asintiendo.

—Lo es —concedí sonriendo. Lo guardó junto con un montón de cosas que ya tenía listas. Le tendí una bolsa de regalo—. Lo vi ayer y decidí que debías tenerlo —expresé. Lo abrió emocionada.

Era un móvil para su cuna, que proyectaba imágenes en el techo, además, de emitir música para bebés.

—Ay, no, lo amo… Me encanta. ¿Me ayudas a ponerlo? —preguntó emocionada.

Se veía realmente dulce con aquel overol, su cabello sujeto en un moño mal hecho y sandalias. Le di un jalón a su moño. Me gusta provocarla, ella a mí y le tendí la mano para que me lo diera.

—Me alegra que te guste —murmuré no tan afanoso. Cuando me dispuse a colocarlo siguiendo el instructivo, sentí sus brazos en torno a mi abdomen y su abultada panza en mi espalda.

—Gracias —dijo. Le apreté una de las manos y me la llevé a la boca.

—Sabes que no debes darlas. Yo también ya quiero conocerla —aseguré. Se soltó y colocó a mi lado.

Entre los dos lo instalamos correctamente, luego de ponerle las pilas que había llevado. Cerró las cortinas y nos quedamos absortos en lo que proyectaba. Acercó su mano a la mía y la apretó.

—Te quiero —susurró sin verme.

—También yo —respondí perdido en las imágenes.

Awdry nos trajo bebidas después de ayudarme a cubrir el piso. Desa se acomodó en su mecedora mientras me observaba sacar lo que requeriría.

—Te ves cansado —señaló meciéndose, con la mano en la barriga. Me encogí de hombros, luego me quité la camiseta y la cambié por otra manchada—. Esa mujer ha sido una patada en el culo, ¿verdad?

—No tienes idea de qué manera. Necesito que pase ya esa jodida exposición, subirla al avión y que la pierda en alguna puta isla desierta. Es insoportable.

Se carcajeó. Yo comencé a pintar.

—Pero estás ojeroso, pálido. ¿Comes bien? Quiero decir, no soy tu madre, pero en serio creo que no traes buen semblante. ¿Todo bien con Kyroh y tú?

Casi detuve el pincel. Contuve las ganas y respiré hondo.

—Eres chismosa.

Me aventó algo, me quejé aunque no volteé.

—Soy tu mejor amiga, tengo derecho a inmiscuirme.

—Estamos muy ocupados los dos, nos vemos poco —respondí, atento a lo que hacía.

—Ayer no fuiste al evento. Riah me dijo que Kyroh estaba molesto —señaló de forma distraída. Volteé y tenía arqueada una ceja—. Siempre lo acompañas, aunque sé que los odias.

—Tenía que llevar cosas al albergue.

—Aja, pero podrías haber ido otro día, además era de noche.

—No tengo tiempo libre, Des. Era ayer, además estaba muy cansado.

—¿Se lo dijiste?

No hablé durante un par de minutos, aguardó.

—Las cosas entre nosotros ahora mismo son distantes.

—¿Distantes? Pero si mi cuñado respira por ti. Dudo que él acepte un mínimo de distancia entre ustedes —señaló colocándose a mi lado. La miré de reojo.

—No sé, algo no va… Pero no sé qué es.

—Steve, dile lo que piensas. Eres como una caja fuerte —me aconsejó.

—No hay nada qué decir. Él tiene esto en la empresa que lo trae loco, no tiene tiempo de nada. Yo a esta mujer, las exposiciones, las galerías, el albergue…

—Y estás aquí… —murmuró tocando mi brazo. Me detuve.

—Estoy aquí porque quiero estar aquí —aseveré, mirándola. Acunó mi rostro, negando.

—Desde que pasó lo de tu hermano, estás diferente. Quizá no lo notas, pero te percibo como… retraído.

Pasé una mano por su moño y se lo jalé. Sonrió.

—Para nada. Es solo que supongo que es así este asunto cuando los años pasan.

—Eso no es verdad. Riah y yo llevamos cuatro años juntos y no es verdad. Sé que entre ustedes tampoco sucederá. Se quieren, se quieren tanto, además tienen una relación increíble, a veces hasta los envidio.

—¿Envidias? No seas exagerada. Zakariah respira por ti, tú por él —me burlé, regresando a lo mío.

—Sí, en serio. Lo hemos hablado Rowe y yo. Están como… sincronizados. Es casi como si encajaran. Riah y yo tenemos una relación maravillosa, que no cambiaría por nada. Pero Kyroh y tú son una mezcla de fuerza y dulzura. Super loco, pero nos encanta —admitió con tono soñador. Me reí.

—¿Qué clase de series estás viendo, cariño? Estar en casa no te está ayudando.

Se carcajeó, yendo de nuevo hasta su silla.

—Eres un idiota. Lo que te digo es verdad. Son super lindos juntos. Mi cuñado te ve y, Dios, se le ilumina la cara. Eso me encanta porque él es tan rudote —dijo haciendo la voz gruesa — y tú tan inmerso en tu mundo, que ni te fijas. Digas lo que digas todos creemos lo mismo.

Rodé los ojos sin decir más sobre eso. No estaba de ánimos para hablar de nuestra relación.

—Prefieres los pétalos lila o púrpura —pregunté cambiando el tema.

Se levantó de nuevo y se colocó a mi lado, frotando su vientre, lo hacía todo el tiempo.

—De ambos, ¿se puede?

—Eres la jefa, tú mandas.

—Lo soy —concedió sonriente.

Hablamos un poco más sobre las exposiciones, algunas cosas del albergue y a las cuatro yo ya estaba molido, con los brazos adoloridos, pero prácticamente había terminado.

—Lo amo, está increíble —declaró colgada de mi brazo, mientras los dos contemplábamos el pequeño mural que constaba de animales de zoológico. La verdad es que había quedado bien a pesar de lo cansado que estaba.

Zakariah llegó cuando terminaba de guardar mi material. Al ver el muro, silbó asombrado.

—Eso es una obra de arte, cuñado —afirmó desde el umbral. Des se acercó a él, este la rodeó y besó con dulzura, para luego agacharse y besar su barriga.

Verlos juntos me da años de vida, que Des sea feliz, es un bálsamo para mí.

—Faltan unos detalles, pero debo irme —le informé chocando los manos de forma estruendosa. Se colocó a mi lado, con su mujer rodeada de la cintura, o lo que solía serlo.

—Fascinante. Y en un día —expresó con asombro.

—Y le trajo esto a Khaya, mira —le dijo Des, jalándolo de la mano. Zakariah sonrió encantado con el móvil, cuando ella lo encendió. Luego me miró, alegre. Es un tipo duro, pero todo lo concerniente con su mujer y su hija, lo suavizan sin remedio. Me extendió la mano, se la di, luego me dio un abrazo, que respondí con rudeza, como suelo.

—Gracias —dijo.

—Ya quiero conocerla —señalé sonriendo.

Llegué a casa pensando que podría descansar un poco, añorándolo en realidad. Las palpitaciones y el dolor de cabeza ya no se iban, pero recibí una llamada de la galería, uno de los cuadros de Abby Golder, la artista que ya odiaba para ese momento, había resultado dañado de un lateral al colgarlo.

Aventé la mochila en mi estudio y bajé corriendo, con el teléfono en la mano. Kyroh iba entrando.

—Debo ir a la galería —le avisé de pasada, tomando mis llaves y salí de ahí.

Gracias al cielo fue una cosa de nada, pero la mujer había estado gritándoles a todos, al grado de hacer llorar a una de mis empleadas. Tuve que tranquilizarla, hablar con ella y demás.

Cuando las cosas se resolvieron, me subí a la camioneta y me sentía en otra dimensión. Intenté enfocar, pero estaba muy aturdido, como desconectado. Respiré profundo un par de veces, recargando la frente sobre el volante, esperando a que la sensación disminuyera.

No había cenado y en realidad casi no había comido durante el día. Eran más de las diez cuando llegué a casa. Todo estaba oscuro, abrí el refrigerador para ver qué comía.

—¿Todo bien? —escuché su voz, volteé enseguida. Estaba recargado en un muro cercano, serio.

—Sí, hubo un percance pero se arregló —respondí con la puerta del frigorífico en la mano. Asintió, serio.

—No comiste —dedujo acercándose.

—No pude —acepté mirándolo.

—Siéntate, calentaré lo que hice —ordenó de un modo que no me sentí capaz de contradecirlo. Obedecí observándolo mientras sacaba de algunos recipientes lo que había cocinado. La cabeza me punzaba, tomé un analgésico, él lo notó pero no dijo nada. Minutos después me puso un plato enfrente.

—Gracias —respondí y comencé a comer.

Cuando acabé él ya se había subido. Mi pecho lo sentía pesado, aun así, no hice más por acercarme, no sabía cómo.

Fui al albergue por la mañana, corría con los chicos haciendo un trenecito, riendo, cuando un fuerte mareo recorrió mi cuerpo y trastabillé. Una de las mujeres que estaba cerca, me sujetó como pudo, pues soy alto y aunque delgado, peso bastante.

—¡Lira! —gritó, acomodándome en una silla. Pronto llegó, junto con otras más—. Casi se desmaya —exclamó alterada, buscando mis ojos. Le sonreí pestañeando para sacudirme el aturdimiento.

—Corazón, Steve… —me llamó Lira, sujetando mi rostro.

—Estoy bien —aseguré. Me soltó al ver que reaccionaba.

—Dile al médico que venga —pidió a una de las mujeres.

Los niños se arremolinaban a mi alrededor, preguntándome si estaba bien. Odiaba haberlos asustado, así que asentía sonriendo.

Una vez, cada quince días, un médico va a visitarlas como ayuda gratuita. Me revisó un poco y me pidió que me hiciera algunos análisis, y cuando los tuviera podría ir a verlo o ir con otro, para que descartaran cualquier cosa. No quiso arriesgarse a un diagnóstico, pero me dijo que podría ser anemia.

La verdad no me lo tomé muy en serio, menos con las últimas semanas que estaba teniendo. Aun así, guardé la orden.

Esa tarde tuve una reunión con los contadores y al salir, justo cuando le quitaba lo seguros a la camioneta, supe que me desmayaría. La abrí con esfuerzos, me senté y noté que no pasaba la sensación. Un tanto desconcertado, decidí llamar a Kyroh. No podía conducir y por un momento, temí hacerme daño.

Le pedí a la camioneta que le marcara. No respondió. Insistí un par de veces más pero se fue a buzón. Empecé a sudar frío, a sentir que la vista se nublaba y las extremidades desguanzadas, perdiendo temperatura.

No tenía a quién más buscar. Desa era imposible, Susan estaba de viaje, y comprendiendo que no había a quien acudir, caí adormecido en el asiento de mi camioneta, solo.

Recobré la consciencia no supe cuánto tiempo después, supongo que minutos. Miré a los lados, aturdido. Tomé con esfuerzo el celular. No tenía nada de él y sí un montón de notificaciones que no podría atender en ese momento.

Recargué la cabeza en el asiento, desconcertado, pasando saliva.

~*~

Cuando aún no vivíamos juntos, preparábamos la cena, en mi apartamento. Sin fijarme me corté con el cuchillo, enseguida sangró mi dedo. La herida parecía honda. Dejó lo que hacía y tomó mi mano.

—Mierda, Steve —gruñó sentándome en un banco.

Sonreí ante su preocupación.

—Tranquilo, es solo una cortada. Iré por un apósito —le dije, pero no permitió que me levantara.

—Quédate ahí —ordenó—. ¿Dónde están? —preguntó mientras me apretaba el dedo con firmeza para que la sangre dejara de brotar. Le indiqué el lugar, regresó y con pericia me limpió y curó. Cuando estuvo listo, besó mi mano, mirándome intrigado.

—Si te pasa algo, ¿a quién debería acudir? —preguntó tomándome por sorpresa. Me quité de su agarre, arrugando la frente, riendo debido al nerviosismo.

—¿De qué hablas?

Sus ojos oscuros me estudiaron cruzándose de brazos.

—Si tuvieras una emergencia, se le suele avisar a los familiares, alguien cercano. Tus padres no están, ¿a quién debería buscar para enterarlos? —insistió.

Me puse de pie, encogiéndome de hombros.

—A nadie —respondí con la intensión de reanudar mi labor. Entonces me rodeó por detrás, besó mi cuello e hizo que girara el rostro.

—Si tuvieras una emergencia, o lo que sea, estaré para ti.

Lo miré sin saber qué decir, supongo que lo notó, así que me besó con suavidad.

~*~

En ese momento, en el asiento del auto, mis ojos picaron. Hacía poco más de un mes, cuando enfermé, estuvo para mí, aunque no como suele, pero atento. Sin embargo, ya no estaba, comprendí con una presión en el pecho tal, que dolió.

Llegué a casa más tarde, cuando estuve seguro de que podría conducir. Kyroh leía en el sofá de la sala, a veces lo hace. Me miró al pasar a un costado, iba rumbo a las escaleras.

No quería hablar con él, no quería nada de él.

—¿Cenaste? —preguntó desde su lugar. Asentí sin voltear y subí sin detenerme. Me mudé de ropa, buscando dejar de pensar, de sentir. Cuando me iba a meter a la cama, él apareció obstaculizándome el paso.

—¿Dónde estabas? —quiso saber.

—En la galería —respondí sin ganas, pasé a su lado y lo escuché suspirar.

—Mañana salgo a Phoenix, regreso el sábado temprano —me informó. Era miércoles.

—Buen viaje —respondí cerrando los ojos.

Desperté y él ya no estaba, ni siquiera me di cuenta de cuando se marchó. Suspiré con fuerza. Entumecido decidí hacerme los análisis que me había aconsejado el médico. Los mareos no eran normales, comprendí concentrándome en ello, porque si lo hacía en Kyroh, me daba terror darme cuenta de que lo nuestro se apagaba.

El sábado en la noche sería al fin la inauguración de Abby, los detalles explotaban en mi cara. Uno de los pintores que expondría la siguiente semana en la galería, no quería compartir plaza con otro. Tuve que hablar con él. En la tarde quería mandar a la mierda a todo mundo.

Llegué a casa con un espantoso dolor de cabeza después de haber recogido los análisis. Los metí en un cajón e hice cita para la siguiente semana con un médico que me recomendaron. Nunca enfermaba, no tenía idea de a quién acudir, así que cualquiera estaba bien.

Comí un poco de fruta y, arrastrando los pies caí sobre la cama. El viernes no fue diferente. Fui a terminar a casa de Des el mural, hablamos un poco, luego salí corriendo a la galería para ultimar los detalles. Todo estaba listo, noté con agrado.

Tuvimos una cena con la artista y su representante, cosa que no agradecí pero que es parte del protocolo. Ella tenía que dar varias entrevistas. Por si fuera poco, realizaron un artículo sobre la galería y yo llegué al apartamento tan mal que, mareado, sudando frío, logré dar con un sofá, derrumbándome sobre él.

Kyroh me había avisado al llegar a Phoenix y la noche anterior me había preguntado cómo iba todo. Ese día, nada, lo cierto es que, aunque me estaba partiendo en dos lo que estaba ocurriendo entre nosotros, el abismo que crecía, yo no tenía energía suficiente como para acortarlo, ni siquiera intentarlo.

Sabía ser alegre, ver el lado positivo y práctico a las cosas, pero en medio de aquello, ya no podía. Mis fuerzas se esfumaban y mi cuerpo gritaba que me detuviera. No lo hice.

14. Kyroh

El sábado llegué esperando encontrarlo ahí. A pesar de la distancia entre nosotros, llevaba claro que lo amaba y durante el viaje, determiné que debíamos acabar con ese absurdo. No tenía idea de cómo. Steve es, aun ahora, un hombre reservado, yo también pero, a diferencia de mí, es escurridizo y a veces a un grado que ni él mismo nota.

Saqué las cosas de mi equipaje, trotaría un poco en la banda mientras ponía una lavadora. Ese día era la exposición, podía recordar y, de alguna manera, sabía que cuando eso pasara, sería el momento de ponerle fin a esta distancia y silencio.

No había trastes secándose, noté, tampoco en el lavavajillas. Últimamente me daba la impresión de que no comía, o no lo que solía. Lo dejé de lado, encendí la lavadora y me dirigí al gimnasio. Era una bomba de presión en esos días, pero preferí no salir a correr por si llegaba.

Tenerlo cerca y no tocarlo me tenía ya en el límite de la rabia y frustración. Notar su lejanía me cabreaba, pero saber que lo había visto, me enfurecía a un grado tal que podría haberlo ido a buscar al muy cabrón para molerlo a golpes.

Loren, aquel idiota que lo traicionó años atrás, le estaba marcando por teléfono. Lo supe porque una semana atrás, Steve había caído dormido con ropa sobre las cobijas, el celular no paraba de sonar. Era un número desconocido, pero decidí responder pensando que, si era algo de la galería, o algún artista, quizá tuviera que despertarlo, aunque lo dudaba, debía estar muy cansado como para ni siquiera mudarse de ropa.

Contesté, pero no pude ni hablar cuando escuché:

—No me cuelgues, cariño —y mi mundo se sacudió. Aguardé saliendo de la habitación porque de no hacerlo, hubiese golpeado algo—. Por favor, solo escucha. Steve, sé que ha pasado mucho tiempo, pero ya te dije que no puedo dejar de pensar en ti. Solo un café, es inofensivo. Él no sabrá. Tengo tanto que contarte, por favor.

No respondí, cerrando y abriendo el puño, sintiendo la violencia recorrer mi cuerpo a tal grado que bajé y salí a la terraza para pegarle a un muro.

—¿Steve? Sé que estás ahí. Sé que no confías en mí, pero tengo claro lo que quiero y eso eres tú. Ya no pienso esconderlo. Dame una oportunidad. El otro día te dije que no me daría por vencido, haré lo que quieras con tal de que me dejes volver a verte, por ver tus sonrisas.

Colgué y permanecí suspendido por largo rato en aquel lugar. Observé el teléfono sintiendo que me ahogaba. Sin embargo, de alguna manera, logré entrar en razón.

Debía esperar a que él me lo dijera por su propio pie, era claro que, aunque no sabía dónde diablos se habían visto, Steve no le había dado esperanzas, de lo contrario ese gran hijo de puta no habría dicho todo eso.

Aun así, el hecho de que no me lo comentara, me estaba volviendo loco, aunado a la lejanía, a su ausencia, a las ganas que tenía de follármelo de una maldita vez hasta escucharlo gritar y gruñir como tanto me gusta y no hacerlo debido a su lejanía.

~*~

Cuando quise abrir la puerta del gimnasio, tenía seguro. Sabía que seguramente la mujer que hace el aseo del *penthouse* tres veces por semana, lo había dejado cerrado. En otras ocasiones había ocurrido.

Fui a la cocina, abrí el cajón donde tenemos los duplicados y poníamos la correspondencia. Entonces un sobre con el membrete de un laboratorio, robó mi atención. Lo saqué dándole la vuelta, estaba a nombre de Steve. Saqué los papeles, no tengo idea de métricas médicas, pero sí noté que todo estaba fuera de rango.

Arrugué la frente, volví a leerlos, no entendía una puta mierda solo que se los había hecho dos días atrás. Le tomé fotos y se los mandé a Oliver, luego los guardé, pensativo, experimentando cierto agobio. ¿Por qué se los había realizado? En primer lugar.

Mi teléfono sonó enseguida. Era Oliver.

—¿Está contigo? Debes traerlo, ya —ordenó sin rodeos.

Mi piel se erizó, cargándose de miedo.

—No, pero ¿qué ocurre? —pregunté yendo hasta la sala, sudando frío.

—Kyroh, joder. Steve tiene una anemia severa. Las consecuencias de no atenderlo pronto pueden ser mortales. No le está llegando oxígeno a sus órganos. Sé que te estoy asustando pero, joder, ¿no le dijeron que debía cuidarse después de lo que tuvo?

—¿Qué? ¿La intoxicación?, ¿de qué hablas? —exigí saber, aterrado porque *mortal* y *Steve* en una misma oración era una puta pesadilla de mierda que no estaba dispuesto a vivir.

—La bacteria que tuvo barrió con los putos glóbulos rojos, maldición. No puedo creerlo. Carajo —se escuchaba alterado además de furioso—. Tráelo de inmediato, debemos revisarlo. Kyroh, es urgente.

Entonces escuché la puerta abrirse y mi mundo quiso explotar en ese maldito instante.

—*OK* —solo dije y colgué aturdido.

Apareció en mi campo de visión un segundo después. Me miró, sin mostrar ninguna emoción. Lo cierto es que en ese momento no me importó, yo solo podía ver sus ojeras, su jodido semblante mortecino y que, maldita sea, lucía débil.

No, no puedo vivir en un mundo sin él.

—Hola —saludó tenso, yo no pude hablar—. Solo vine por lo que usaré en la noche —me informó, no respondí, en cambio intenté asimilar lo que estuvo ocurriendo bajo nuestras narices y no nos dimos cuenta. Porque llevaba claro que, si él lo hubiera sabido, no habría estado ahí, tan tranquilo.

Al ver que no le decía nada, sacudió la cabeza, desanimado, y subió las escaleras. Se movía lento, no con su típica agilidad. Incluso se tomó del barandal y, aun arriba, no lo soltó.

Maldito fuera por no decirme que estaba sintiéndose mal. Esperé a que el impacto me permitiera pensar porque por supuesto que no iría salvo al hospital.

Su maldita vitalidad no estaba, en ese momento que lo tuve enfrente lo noté y entonces comprendí que hacía tiempo que no la veía, pero juré que era por la distancia entre nosotros, y quizá en parte, sin embargo, la verdad era que Steve estaba enfermo y ni él lo sabía.

Bajó poco después, lo vi dirigirse a la cocina, llevaba un traje colgando por la espalda.

Me acerqué despacio. No tenía idea de cómo lo abordaría. Se dio cuenta de mi presencia y sonrió apenas. ¿En qué momento había dejado de sonreír de aquella manera única? Me pregunté.

Sentí una fiera necesidad de abrazarlo, besarlo.

—No sé si llegue tarde —avisó, serio.

Dios, estaba tan pálido. Apreté los puños.

—Steve —lo nombré. Él agachó la cabeza, negando, apoyando el vaso que bebía sobre la barra, perdiendo en algún punto lejano su atención.

Pasé saliva.

—No ahora, solo… no ahora —pidió y cuando iba a dejar el vaso en el fregadero, su cuerpo perdió energía, o lo que fuera, porque, como si lo hubiese visto en cámara lenta, se desvaneció y su cabeza golpeó la esquina del granito, soltando el vaso antes de que lo pudiera dejar donde pretendía, logrando con ello que saliera volando y se rompiera en mil pedazos.

Intenté llegar a él, pero no alcancé a amortiguar el espantoso golpe que se dio, mismo que hizo rebotar todo su cuerpo.

Derrapando me hinqué para sujetarlo, inconsciente. Arropé su cabeza enseguida, acercándolo a mi pecho.

—¡Steve! ¡Steve! ¡Carajo, abre los ojos! —le grité aterrado. Pero él no se movía y su sien comenzó a sangrar. Temblando lo sacudí. El teléfono sonó en mi mano. Era mi hermano, le colgué y enseguida, con dedos temblorosos, le marqué a Oliver.

—Kyroh, ¿lo encontraste?

—Está… está inconsciente. No despierta. Mierda. Mierda.

—Mandaré una ambulancia. Ahora.

—Carajo. Eso tardará, lo llevaré ahora mismo.

—No puedes conducir en ese estado, por favor.

—¡No! ¡No! No esperaré.

—Bien, solo respira, iré preparando todo. Por favor, tranquilo, él te necesitará.

Colgué y lo sacudí de nuevo. No reaccionaba, ni siquiera se movía o daba acuse de escucharme. Palpé su pulso, respiraba. Sentí los ojos arder y lo levanté en brazos. Era peso muerto, a diferencia de la última vez.

Tomé las llaves de su camioneta, que eran las que quedaban a mano. Un vecino detuvo el elevador dos pisos abajo. Al verme con Steve en brazos, me ayudó sin preguntar y entre los dos lo subimos a la camioneta, ya en el estacionamiento.

—Está herido —señaló mientras lo acomodábamos. Asentí sin poder siquiera hablar.

—Dame las llaves, yo conduzco. ¿A dónde vamos? —preguntó alerta. Se lo agradecí porque no tenía idea de cómo manejar sin quitarle el ojo de encima. Le di el nombre del hospital, mientras lo apoyaba sobre mí.

—Vamos, rubio, reacciona —le rogaba sacudiéndolo. No volvía en sí.

—Se ve muy mal, y eso que siempre parece estar contento —dijo el chico, que en realidad no conocía, pero que sabía vivía ahí desde hacía mucho tiempo y nos saludábamos cuando nos topábamos. Tenía facha de intelectual.

Quise sonreír cuando lo escuché decir eso sobre mi hombre, porque era así y no tenía idea desde cuándo ya no lo veía alegre, no como antes.

—No está bien —acepté acariciando su rostro. Sus labios lucían secos, sus ojeras eran tan malditamente profundas que me dolía.

¿Cómo mierdas no lo noté? Me reprendí lleno de impotencia.

Los párpados de Steve comenzaron a aletear cuando llegábamos. Durante el camino Oliver ya me había hablado para avisar que estaban preparados para recibirlo. Mi corazón latía tan rápido que no lograba hilar un pensamiento.

Se quejó escondiendo el rostro en mi pecho, luego alzó una de sus manos para acercarla a su herida, que sangraba aún. Se la detuve con cuidado.

—Tranquilo, ángel mío, tranquilo —supliqué aferrándolo con mayor fuerza, aunque aliviado de verlo reaccionar.

—¿Ky? —pudo decir con una voz desprovista de energía, de su vitalidad. Lo rodeé con mayor firmeza, sintiendo ese hueco en el pecho que genera el miedo.

—Aquí estoy, tranquilo —insistí. Él se quejó y aferró mi brazo que lo rodeaba por el cuello. Con los ojos cerrados. Besé su cabeza, tan nervioso como nunca.

Al llegar estaba seminconsciente. Oliver apareció con una camilla, enfermeros y, con aprensión, les permití hacer su trabajo. Lo bajaron con cuidado.

—¿Steve? ¿Nos escuchas? —le hablaba mientras lo acomodaban. Él solo gemía, intentando abrir los ojos.

—¿Ky? —me llamó asustado, adormilado también. Tomé su mano.

—Aquí, rubio, aquí —dije buscando calmarlo, mientras él luchaba por salir de ese letargo.

—Steve, vamos a ponerte oxígeno —le avisaron mientras avanzaban deprisa por el pasillo. Poniéndole una mascarilla, colocaban gaza sobre su herida para contener la sangre. Entonces Oliver me detuvo.

—Hasta aquí, me haré cargo —aseguró sujetándome de los hombros. Negué buscando a mi hombre con la mirada. Pero él no me soltó—. Deja que haga mi trabajo, por favor —imploró y vi como desaparecía en aquel pasillo, tras unas puertas.

Me llevé las manos al cabello, me acuclillé cerca de un muro con la cabeza gacha, deseando gritar.

Él estaría bien, él debía estar bien. No podría haberlo encontrado para perderlo. No. La vida me lo debía.

—Eh —escuché una voz, era el chico que nos ayudó. Estaba a mi lado, agachado. Me erguí enseguida, intentando dejar de temblar. Me sonrió con comprensión y me tendió las llaves de la camioneta—. La dejé en el estacionamiento.

—Dios, muchísimas gracias, de verdad. Te pago el taxi —le dije buscando mi cartera, la había olvidado, carajo. Negó comprensivo, deteniendo mi mano.

—No es necesario. Solo… espero que esté bien. Es un tipo agradable —murmuró afligido. Asentí.

—De verdad, gracias.

Pasó más de una hora en la que no supe nada. Iba y venía, sintiendo que me ahogaba, los detalles comenzaron a aparecer. No hablaba mucho, comía poco, caía dormido apenas tocar la almohada. Además, esa desbordada carga de trabajo que tenía, nosotros… Había estado pintando la habitación de Khaya, pero no pintaba en casa, no tocaba la guitarra.

¡Mierda! ¿Cómo no me fijé que algo iba mal? Le pegué a un muro sin fuerza, luego recargué la frente en él.

Oliver salió al fin. Me levanté casi trastabillando.

—Por favor, dime que está bien —le rogué. Sujetó mi hombro asintiendo.

—Para los niveles que tiene, debería estar peor. Las células de su cuerpo no están consiguiendo el oxígeno suficiente. Esto provoca que los órganos trabajen con mayor esfuerzo, pudo haber derivado en un paro cardiaco u otras cosas. No entiendo cómo no acudió antes.

—Es… Dios, quizá no le dio importancia. Lleva días con una carga de trabajo brutal.

—Pues ahora deberá parar. Lo estamos transfundiendo.

—¿Por qué?

—Porque su cuerpo debe descansar. Ha estado bajo doble estrés, por lo que veo.

Y yo solo pensé que era triple, con nosotros yéndonos a la mierda, comportándonos como unos idiotas, sin hablar, permitiendo que las cosas avanzaran rumbo a una crisis segura.

¡Carajo!

—¿Qué ocurrirá? ¿Por qué le dio eso? Estaba bien.

—Kyroh, ya estoy en ello, pero debo hacerte saber que hubo una negligencia y no debería ser yo quien te lo diga. Esa bacteria que Steve contrajo, merecía ciertos cuidados. Barre con los glóbulos rojos, al no tenerlos, avanzó y bueno… Haremos las pruebas pertinentes para asegurarnos de que ningún órgano haya sufrido un daño debido a la falta de oxígeno. Como los riñones, el hígado, o el bazo. Si todo está bien, quizá lo transfundamos una vez más. No quiero apresurarme, pero se ve fuerte, a pesar de lo que ocurre.

—¿Cómo mierdas no nos dijeron? Él hizo lo que indicaron, yo mismo lo verifiqué. ¡Carajo! ¿Me estás diciendo que esto es consecuencia de una puta omisión?

Oliver respiró hondo, desviando su mirada y asintió, apenado.

—Yo mismo llevaré el caso. Y yo mismo, esta vez, me haré cargo de él. Solo dame tiempo, te informaré de lo que sea.

No tenía más remedio, aunque quería echarme a llorar como un niño debido a la rabia. Steve no había podido evitar eso y la impotencia me carcomía.

—¿Cuándo podré verlo? —interrogué, porque de verdad solo quería verificar que respirara, que abriera sus ojos azules y saber que estaría bien.

—En un par de horas, si reacciona bien.

—¿Si no?

—Si no, te lo informaré. Pero confío en que sea así.

—¿Está inconsciente aún?

—Está adormecido, agotado en realidad.

—*OK*, esperaré —acepté a regañadientes. Sonrió pesaroso, me dio un apretón en el hombro y se marchó.

El celular sonó de nuevo, era Zak. Dudé por un momento en responderle. Seguro quería saber cómo terminó todo en Phoenix. Contesté porque no tenía caso evadirlo.

—¿Te marqué hace un rato? —dijo a modo de saludo—. ¿Cómo fue todo? —preguntó con su voz calmada.

—Zak, Steve está en el hospital. No… no tengo cabeza.

—¿Cómo que en el hospital? ¿Qué pasó?

Le narré lo ocurrido, o lo que entendía.

—Carajo, no me digas eso. Voy para allá.

—No, no te preocupes, Des necesita compañía. Estoy de todas maneras esperando.

—No, Desa no me perdonará si no la llevo. ¿Dónde estás?

Le dije y colgué.

Cuarenta minutos después llegaron, con mi madre casi por detrás. Des me tomó del rostro, asustada, fue la primera en entrar.

—Dime que está bien. Dios, dime que estará bien —me suplicó con los ojos anegados. Besé su frente, aspirando con fuerza.

—No sé, están esperando a ver cómo evoluciona.

Zak se acercó y me abrazó con fuerza, luego me alejó sujetándome por el cuello.

—Ten fe, hermano, estará bien, verás que así será —aseguró confiado. Asentí y enseguida mi madre, nerviosa, me rodeó también.

—Hijo, cómo es posible.

Se sentaron y les conté lo que había pasado, lo que hasta ese momento se sabía.

—Le dije que estaba muy pálido, se lo dije —gruñó Desa, frustrada. Zakariah la rodeó por los hombros, para besar su cabeza. Pero ella me miraba—. No para, Kyroh, estos días solo iba y venía y le dije que debía descansar, es que no escucha.

—Lo sé, Des. Pero él no sabía que esto estaba ocurriendo.

Ella se limpió una lágrima, negando.

—Quiero que esté bien, él no debe pasar por estas cosas. Es que no está bien esto.

—Mi sol, tranquila. Tenemos que esperar. Hay que tener confianza. Ya comentó Kyroh que le dijeron que es fuerte. Confiemos en eso.

—Esa maldita arpía, la artista, lo tenía harto, no le daba tregua.

—Mierda, es hoy —recordé. Me habían dado sus pertenencias, entre ellas su celular, cadenas, anillos. Desbloqué el teléfono, tenía un montón de llamadas perdidas. Los tres me miraron—. Denme un segundo. Debo avisar.

Llamé y le pedí a Darren que se hiciera cargo de todo, aceptó enseguida, preocupado por Steve. Noté que tenía un par de llamadas perdidas de aquel puto número que sabía bien a quien pertenecía. Sin pensarlo lo bloqueé, porque noté que salvo la que respondí yo, días atrás, no había hablado con él según el registro.

Idiota, sonreí satisfecho.

Más tiempo pasó y cuando Desa no paraba de dar vueltas, pues la barriga no le permitía estar sentada, acompañada de mi hermano, una enfermera me llamó.

—¿Es usted Kyroh Kumalé?

—Sí —respondí poniéndome de pie, enseguida. Mi madre se acercó junto con mi cuñada y Zak.

—Puede pasar, él está estable. El doctor Grand quiere hablar con usted, lo pasarán a habitación en un momento —me informó. Asentí y volteé. Mi madre apretó mi mano, nerviosa.

—En cuanto hable con él, les aviso.

—No nos iremos hasta que lo hagas —advirtió Desa, a quien mamá rodeaba por el hombro, con dulzura.

—Ya la escuchaste.

Entré respirando hondo. Era la maldita tercera vez que debía verlo en una puta cama de hospital y me pareció un mal chiste, siendo yo de pequeño quien me la pasaba enfermo. Me guiaron por los pasillos, y al fin lo vi. Estaba despierto, aunque notoriamente agotado.

—Rubio —lo nombré, volteó enseguida, sonriéndome a medias.

—¿Sabes qué está pasando? —quiso saber, desconcertado. Me acerqué y tomé sus dedos entre los míos. Observó el gesto, agobiado. Luego acaricié su rostro, llenándome de alivio y besé su frente.

—Ahora nos dirán. No te preocupes.

—Debo irme, está la exposición —me recordó. Respiré hondo y entonces entró Oliver.

—¿Cómo te sientes, Steve? —preguntó con cortesía, sonriendo de forma amigable. Steve asintió, educado.

—Bien, pero no entiendo todo esto. ¿Qué pasa? —pudo decir y advertí que hasta hablar lo agotaba. Mi pecho se contrajo.

—Bueno, ¿no notaste que algo extraño pasaba? Como falta de aire, cansancio, dolores de cabeza, aturdimiento…

Steve me miró durante un segundo, luego asintió.

—¿Perdiste el conocimiento con anterioridad? —continuó el médico. Steve soltó mi mano y asintió de nuevo. Sentí coraje, dolor por no decírmelo—. ¿Cuándo?

—Una vez, hace unas noches. Y hoy…

—¿Por qué no me enteré? —tuve que preguntar, un tanto molesto. Steve apretó la quijada sin voltear.

—Te marqué, me mandó a buzón —respondió con simpleza. Pasé saliva, aturdido, preocupado también, sin embargo, dirigí la atención a mi amigo.

—Bien. Tienes una anemia grave, Steve, eso no es cualquier cosa —y comenzó a explicarnos lo que ocurría en su cuerpo, el porqué de las transfusiones y lo que pudo haber pasado que, al parecer, logró esquivar.

—¿Cómo ocurrió eso? —quiso saber, atónito. Lucía muy pálido aún, tenía un parche en la sien, donde se golpeó. Oliver le explicó lo ocurrido, avergonzado y molesto.

—Mierda… —negó Steve dejando caer la cabeza sobre las almohadas.

—¿Y cuándo podré irme? Tengo un evento hoy en la noche y…

—Steve, no. Las próximas seis semanas serán cruciales, ¿entiendes?

—¿Qué quiere decir? ¿Seis semanas de qué? ¿Me darán algún tratamiento? —quiso saber, confuso.

Oliver me miró, entonces asentí y por supuesto que Steve notó aquello.

—No puedes estar solo, no puedes tener estrés, agotarte, no puedes hacer ejercicio, deberás alimentarte de cierta manera, tomar medicamentos, vitaminas y te estaremos monitoreando. Debes hacer reposo.

—¡Qué! ¡No! Eso no —gruñó agobiado, negando lo evidente.

—Lo lamento, esto no es un juego. Si no reaccionas y no se detiene, podemos estar hablando de daño en la médula. Tus órganos pueden ahora sí resultar dañados y créeme, no quieres pasar por ello. Así que, una vez salgas de aquí, deberás guardar reposo.

Steve me miró abrumado, pero noté que estaba asustado también.

—Es que no puedo. Tengo mucho trabajo y…

—Basta. Haremos lo que se tenga que hacer —determiné con firmeza. Él se frotó el rostro, contrariado.

—Sé que no es sencillo parar durante tanto tiempo, pero va de por medio tu vida. Si te cuidas, y logras darle la vuelta, quizá solo será un mal trago. Lo cierto es que en gran parte depende de ti.

—¿Y si no? Si no mejoro a pesar de todo eso.

—Tendremos que tomar otras medidas. Sin embargo, confío que así sea. En mi experiencia es así.

—Gracias, Oliver —dije agradecido.

—No, al contrario, y lamento mucho esto. De verdad que no sé qué decirles. Está la queja en marcha y… bueno, lo importante es que recuperes tu salud. Ya les dan habitación. Estarás aquí un par de días. Solo para observación, algunos medicamentos funcionan más rápido vía intravenosa y mañana haremos más pruebas, quiero revisarte sin dejar margen de duda.

Una vez solos, Steve cerró los ojos colocando un brazo sobre la frente.

—¿Rubio? —lo nombré. Respiró hondo y se pasó las manos por el cabello.

—No tienes que hacer esto —dijo tomándome por sorpresa—. Yo puedo hacerme cargo. Quizá lo mejor es que…

—No te atrevas a decirlo —le exigí tomándolo de la barbilla, para que me viera, porque a pesar de su condición no consentiría eso.

Sus ojos eran una tormenta tal como la de hacía unos meses. Sabía lo que diría y no estaba dispuesto a escucharlo.

—Kyroh, las cosas no están funcionando.

—Y un carajo. Te estaba dando espacio, maldita sea, pero se acabó. ¿Comprendes? Ahora no habrá un maldito centímetro de separación entre nosotros, rubio. No estoy jugando —

le hice ver con bravura y determinación.

Pasó saliva, confuso.

—Pero tú…

Me acerqué a él hasta casi rozar sus labios.

—Nada, esto ha sido una grandísima putada que va a terminar te lo advierto. Te amo, qué no lo ves, te amo como un jodido imbécil y no viviré una vida sin ti. O ¿acaso tú ya no sientes lo mismo? Dime, dime que no me amas y entonces…

—Te amo, carajo, claro que te amo, es solo que…

Sonreí satisfecho, sintiendo un alivio enorme, esa es la verdad.

—Hablaremos —le aseguré pasando una mano por su rostro demacrado. Se hizo a un lado, respirando con rapidez, herido.

—No. Dijiste que… dijiste que estarías para mí y te busqué, te quise pedir ayuda porque no estaba bien y… —tomó aire porque se le terminaba, noté, así que esperé, alejándome un poco — perdí el conocimiento en la camioneta porque tú simplemente no me respondiste y luego lo apagaste. No le temo a estar solo, Kyroh, temo necesitar de ti y que no estés.

Sentí un hueco abrirse en mi pecho, aferré el barandal de su cama y bajé la cabeza. Sí, lo apagué pero porque no quería hablar con él, no después de lo de la cena, la llamada de Loren. Sin embargo, Steve no era de los que se la pasaba buscándome y le fallé.

—Yo… Lo lamento, lo lamento, ángel. Estoy para ti, siempre será así, Steve. Saldrás de esto, te juro que así será porque no permitiré que sea de otra forma, porque no me obligarás a vivir una vida sin ti. ¿Entiendes?

Sus ojos se enrojecieron y volteó el rostro para no mostrar más vulnerabilidad. Eso me estaba partiendo.

—Debo hablar a la galería —dijo con voz desprovista de emoción. Respiré hondo.

—Ya lo hice, Darren se hará cargo.

Volteó arrugando la frente.

—No, no entiendes, esta mujer está loca. Quizá puedo ir un rato y —no permití que siguiera hablando, colocando un dedo sobre su boca, esa que sin duda besaría dentro de poco.

—Me importa una mierda esa mujer, y cualquier cosa en este puto instante que no sea saberte sano, ¿estamos claros? Y así te pongas difícil, no cambiaré de parecer. Así que ya ves, estás en mis manos, tal como me gusta.

Entornó los ojos, molesto. No me amedrenté, no después del jodido susto que había pasado.

—Es ridículo —gruñó.

—Es lo que hay, cariño —determiné, para enseguida sujetar su barbilla y hacer que me mirara de una vez—. Y deja de cabrearte, porque me dan ganas de follarte cuando te pones así y aquí, ahora, no es posible —le advertí para enseguida posar mis labios sobre los suyos. Lo escuché gemir y abandonarse después de un par de segundos resistiéndose—. Ahora sí, saldré para que pasen a verte y este aparato —le dije alzando el celular—, no lo tendrás hasta salir de aquí. Mientras tanto seré algo así como tu asistente.

—Estás loco, tú no tienes tiempo para esto, menos para hacerte cargo de mis cosas. Dámelo, veré que todo esté bien —exigió extendiendo una mano.

—Desa quiere verte, está aquí —eso logró cambiar su semblante, aunque no bajó la mano.

—Kyroh, no debiste, está por tener a Khaya y dame el puto teléfono —ordenó. Sonreí negando, arrogante.

—Ni de coña, rubio. Vamos a enderezar esto, al precio que sea. Ahora vengo —le informé, metiendo el aparato en el bolsillo de mi bermuda deportiva.

—Kyroh —gruñó sin gritar. Lo dejé solo unos minutos, los mismos en los que les explicaba a todos lo que ocurría. Desa fue la primera que pasó, Zak la acompañó.

Respiré profundo, mi madre apretó mi antebrazo.

—¿Cómo lo ves? —preguntó agobiada. Me encogí de hombros.

—Tiene energía para pelear, así que espero que sea buena señal —apunté sonriendo apenas.

—Dime que no lo estuviste fastidiando, Kyroh. Steve necesita descansar, no que te comportes así —me reprendió.

—No puedo evitarlo, me sale natural, madre —me burlé. Me dio un suave golpe en el hombro, riñéndome con la mirada.

—Ese muchacho es un ángel soportándote.

—¿No se supone que deberías estar de mi lado? Eres mi mamá —me quejé en mofa. Rodó los ojos.

—Tú tienes una familia muy grande, que te ama, él… él no. Está solo, cariño, más solo que Desa, no debes olvidar eso —me recordó logrando con ello ponerme serio. Ella lo notó—. Kyroh, sé cuánto se aman y que no le fallarías, por Dios, se necesitaría estar ciega y sorda para no notarlo, pero nunca pierdas de vista que Steve no contó con el apoyo de quienes debían amarlo incondicionalmente, por eso, a tu compañero, no le será sencillo confiar. Por eso soy como soy con él, además de ser un hombre maravilloso, nos necesita. ¿Entiendes?

De alguna manera sí y dolió comprenderlo. Lo de la llamada regresó a mi mente. Ninguno de los dos había actuado de la forma correcta los últimos meses, pero Steve venía de pasar por aquello que generó su hermano, un hermano que fuera de buscar su bien, intentaba joderle la vida y yo, quizá insensible a lo que realmente pasaba, le pedí matrimonio en el peor momento sin darle tiempo para recobrarse.

Lo cierto es que me jodía que se guardara cosas para sí, simplemente porque o no estaba acostumbrado a compartir o porque creía que eran cosas que debía cargar solo y eso me cabreaba, entonces pensé que darle tiempo ayudaría.

Fui un idiota. El tiempo lo jodió todo aún más.

Zak y Desa se marcharon después de verlo. Ella salió más tranquila y al fin se fue a descansar. Mi madre entró enseguida y aproveché para ir al departamento por lo que necesitaría tanto él, como yo.

Al llegar más tarde a la habitación que le asignaron, noté que estaba dormido. Mi madre se acercó, silenciosa.

—Ya lleva un rato así, vino el médico, le traerán la cena y parece estable por ahora. Pero está muy inquieto con lo de la exposición.

—Lo sé, he estado al pendiente, todo está listo, él no deja nada al azar.

Ambos lo miramos.

—Mañana regreso, hablé con Ame y estaremos para lo que necesites.

—Sé que están apoyando a Rowe y Zak, no te preocupes —le dije. Negó buscando mis ojos.

—Somos una familia, apoyarnos entre todos es parte de ello.

—Gracias —respondí sonriendo, dejando la mochila con ropa y demás aditamentos en el sofá. Me sonrió agobiada.

—Está muy pálido, espero pronto verlo sonreír como siempre —expresó. Rodeé sus

hombros y besé su cabeza.

—Yo también.

15. Kyroh

Una vez solo, me acerqué a la cama. No me atreví a tocarlo para que no despertara, en cambio me acuclillé, apoyé los brazos sobre el barandal y mi barbilla en ellos.

Como me gusta y me enciende, pensé en ese instante.

Desde que lo había visto la primera vez me pareció el hombre más sexy y atractivo con el que me había topado, mezclado con una fuerza interna que, en aquel momento, no supe definir pero que ahora sé que es angelical, por eso lo llamo así. Beth, la mujer que me curó, cuidó y nos ayudó, tenía esa misma fuerza, comprendí tiempo después.

Sacudí la cabeza, es tan masculino y sensible a la vez que no puedo evitar estar atento a cualquiera de sus movimientos. Sí, no permitiré que este hombre salga de mi vida, jamás.

Cuando se intoxicó estuve a su lado, un mes atrás, pero en ese momento entendí que, no cómo se suponía, ya notaba la distancia entre nosotros. Él, seis meses atrás, le importó una mierda todo. Sonreí al recordarlo mientras me perdía en sus facciones…

~*~

Tuve unos días pesados, eso derivó en dolores de cabeza, estar un tanto intolerante y, en una ocasión, busqué pelea. Yo no soy tan civilizado como mi rubio, en definitiva no.

Le había pedido que dejara uno de mis trajes en la tintorería, pocos días atrás. Steve suele estar en la calle, por lo que ese tipo de cosas las hace él, así como yo lavar la ropa y demás actividades que nos dividimos.

Esa mañana ya me había pasado de insufrible, lo sé, y es que no me sentía bien y, como imaginarán, detesto pensarme enfermo, me rehúso a ello con fiereza. Entonces no lo encontré en el vestidor. Buscando desquitar mi mal humor, lo fui a buscar. Estaba haciéndose su té, como suele.

—¿Dónde está mi traje gris? —le pregunté. Él volteó con la taza en la mano, arqueó una ceja y negó.

—En la tintorería —respondió pasando a mi lado. Me dolía la cabeza y sentía una picazón en la garganta.

—Te dije que lo necesitaba —gruñí. Se detuvo arrugando la frente.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué? Si no podías hacerme el puto favor, debiste decirme —rugí acercándome. Dejó su taza en una repisa y se cruzó de brazos. Este hombre no le tiene miedo a nadie.

—Me lo diste hace dos días, imposible que esté hoy. Pero veo que quieres pelear —señaló pacífico.

—¿Pelear? ¿Quién mierdas está peleando? —repliqué, para enseguida carraspear debido a la garganta.

—Tú —respondió ecuánime. Eso me cabreó más.

—Solo te pedí un puto favor.

—Cuida tu tono, Kyroh —me advirtió severo.

—Lo necesitaba ahorita, carajo —gruñí. Steve solo me miró.

—Llevas dos días de un humor insoportable, ¿qué ocurre?

—¿Qué humor? Solo te estoy pidiendo que mi traje esté cuando lo necesito, maldita sea.

Steve tomó su taza, se dio la vuelta y se alejó, así, tan sereno que nada lo importuna. El frío propio de la enfermedad, se instaló de pronto en mi cuerpo, entonces, frustrado subí. Él estaba en nuestra habitación.

Cuando me vio, me sujetó por el hombro con fuerza, me sentó sobre la cama y puso el jodido termómetro digital que yo tenía guardado por cualquier emergencia en mi frente.

—¿Qué coños? —rezongué buscando quitarlo. Pero es rápido y enseguida pitó. Lo leyó cuando pretendía levantarme. Me detuvo sin miramientos.

—Tienes fiebre, furia, no irás a ningún lado —determinó cruzándose de brazos, desafiante. Me reí negando.

—Claro que iré a trabajar, tengo una puta junta.

—¿Te duele la garganta? Y no mientas, Kyroh, lo sabré —amenazó con rudeza.

—Estás exagerando —dije quitándole importancia. Se carcajeó.

—Y una mierda, no paras de gruñir todo el maldito día y si tú no estás cansado de eso, yo sí.

—Aja, y qué planeas ¿cuidarme como si fueras mi madre? —me burlé.

—En tus putos sueños. Pero no saldrás de aquí. Te tomarás un desinflamatorio y me importa muy poco tu junta de mierda, porque hasta que no estés bien y seas el hombre que conozco, no pondrás un solo pie en la calle.

—No me quedaré. No soy un niño.

—Déjame decirte que lo pareces. Ahora —dijo y fue al vestidor, lo seguí. Abría un gabinete donde yo guardaba algunos medicamentos, los revisó y me tendió una caja—, te tomas esto, seguro servirá y por el infierno, haznos un jodido favor y duérmete.

—No —lo desafié. Asintió torciendo la boca.

—Bien, entonces saca tus cosas de la habitación porque no dormirás aquí, conmigo. Tú decide —me desafió tan sosegado que por un segundo creí que bromeaba.

—Me pondré otro puto traje —anuncié yendo rumbo a mis cosas.

—*OK*, cuando regreses no vengas a esta recámara, no estarán tus cosas —determinó saliendo de ahí, dándole un trago a su taza, así, tan tranquilo.

Me asomé dudoso. Steve es sonriente, alegre, le gusta tomar el pelo, pero no bromista, no en ese sentido.

—Tú duermes en mi cama, no hay negociación —gruñí. Volteó y ladeó la cabeza, abriendo de más sus ojos azules.

—Pruébame, Hulk, veremos quién gana —me desafió.

Los dos sabemos que, aunque lo someto en el sexo, fuera de eso es probable que el que salga perdiendo si de noquear se trata, soy yo. Me lleva muchos años de ventaja en eso.

—Solo es fiebre.

—Y dolor de garganta, y estás de un puto humor del demonio porque no te sientes bien, por lo mismo estás buscando pelea donde no la hay. Métete a la cama, Kyroh, ahora —ordenó.

Reí, sacudiendo la cabeza.

—¿No bromeas? —pregunté incrédulo, porque el Steve autoritario no era uno al que estuviera acostumbrado. Suelo ser yo quien usa aquellas formas sobre todo a la hora de follarlo, o cuando se pone necio, que no es recurrente porque en general es bastante poco enrevesado.

—No —respiró hondo y aguardó—. No saldré de casa, tú tampoco y cuando estés mejor vas tú por el jodido traje, así de simple.

—Mierda, me estoy endureciendo, suenas bastante sexy comportándote así.

Sonrió y rodó los ojos. Como dije, me gusta ser una patada en el trasero solo por molestarlo.

—Contrólate, tigre, que irás a descansar, nada más —aseguró tan fresco que quise darle la vuelta en ese momento, quitarle ese jodido pantalón y hundirme en su culo de una puta vez.

—No dormirás en otro sitio —le advertí.

—Oh, vamos, deja ya eso y métete bajo las malditas cobijas, Kyroh. Tienes fiebre, apuesto a que apenas estás empezando, así que basta de esto.

—¿No hay una negociación?

—No, y puedes usar tu celular para avisarles, porque después se acabó.

—Tu amenaza no surte ningún efecto en mí, rubio. Lo sabes, ¿no?

—Marca —ordenó—, luego a la cama, campeón.

Y se dio la vuelta para ir a su estudio. Dudé por un instante, pero lo creía capaz, por otro lado, comenzaba a sentir el cuerpo cortado y aunque eso me cabreó más, decidí no tentar a la suerte. Hablé y me metí bajo las cobijas. A los pocos minutos caí dormido.

Al despertar la garganta ardía como el jodido infierno y la gripe ya estaba en pleno. Steve, con vaqueros y una camiseta ligera, descalzo, dibujaba en uno de sus blocks, sobre un sofá que estaba en uno de los costados de la cama, de mi lado, con las piernas arriba flexionadas

—No jodas —logré decir quejándome—. Esta putada duele —expresé sin poder pasar saliva. Rio y se acercó, tocó mi frente.

—Creo que no tienes fiebre, pero parece que ya caíste.

—Es una mierda —me quejé carraspeando. Sonrió asintiendo.

—Yo me haré cargo —anunció y lo hizo.

Estuvo atento a cada quejido, molestia. Me preparaba bebidas tibias, sopas para que me fuera sencillo tragarlas. Se recostaba conmigo a ver una película, con mi cuerpo sobre su pecho mientras pasaba sus dedos por mi cabello corto. Me daba con puntualidad las medicinas y tres días después, aquello acabó.

Cuando ya me iba, me tendió un papel.

—¿Qué es esto?

—La nota de la tintorería, seguro ya está listo tu traje —convino con suficiencia. Solté la carcajada, lo tomé por el cuello y lo besé.

—De acuerdo, es justo, lo lamento —me disculpé mordisqueándolo.

—Si vuelves a ponerte así por una estupidez como esa, lo que haré con tu traje es tirarlo en el primer contenedor que vea —amenazó y para ese momento lo creía capaz.

—Jamás, rubio, así como jamás sacarás tu culo de mi cama, me portaré bien —prometí tomándolo precisamente de ahí. Rio rodando los ojos.

~*~

Ahora era mi turno de imponerme y por Dios que lo haría. Despertó y al verme, sonrió somnoliento. Me acerqué, pronto llegaría su cena. Me había mantenido ocupado con lo de la exposición donde, en efecto, la tal Abby Garner era una patada en el maldito trasero. En definitiva no tenía la paciencia de mi hombre, pero no quería joder todos sus esfuerzos así que atendí cada excéntrica estupidez.

—¿Cómo te sientes? —quise saber, colocando mis brazos a los costados de su cadera.

—Con sueño, pero ya he dormido mucho.

—Y lo que te falta, así que hazte la idea, rubio —indiqué. Cerró los ojos, negando.

—Necesito saber que todo va bien con la exposición. ¿Qué hora es? No puede ser que

pasara esto hoy —se quejó frustrado. Buscó acomodarse, lo ayudé y cuando tomó posición, negó de nuevo.

—He estado pendiente, todo va bien. Yo lo estoy resolviendo, tienes personas competentes, debes soltar esto porque no hay modo de que permita otra cosa, Steve.

Clavó sus ojos azules en los míos.

—Hizo llorar a Avery. Debe estar odiándome ahora mismo la pobre chica —expresó agobiado. Sonreí negando.

—En realidad están preocupados, tanto como yo, como la familia. Así que ya hiciste lo que debías, no hay más. ¿Comprendes? Debes concentrarte en ti, en salir de esta.

—No puedo creer que no me dijeran que esto era un riesgo —murmuró, impotente. Tomé su mano libre de suero y lo besé.

—Te aseguro que no se quedará así, pero ahora mismo tú eres mi prioridad.

—¿Y después? ¿Todo volverá a ser igual? —quiso saber, serio, aunque noté el temor y congoja en su voz. Me acerqué hasta quedar a unos centímetros de su rostro.

—Después, ángel mío, nada volverá a ser igual porque aprenderé a hacerte hablar, ¿soy claro?

—¿Hablar?

—A hablar, eso hacen las parejas: hablan y tú lo harás, te lo aseguro.

Tocaron a la puerta, interrumpiéndonos.

Era Rowe. Me separé mirándolo con intensidad, sonriente. Esa mujer es como una hermana para mí, mi cómplice de estupideces, la única que sabía sobre mis preferencias desde el inicio. Ella y Steve se llevan de maravilla. Él ha sabido hacerse un espacio importante entre ellos y yo soy feliz por eso.

La cena llegó, comió quejándose del sabor, pero no hubo opción a dejar ni una migaja. Más tarde ella se marchó y Steve quería darse un baño, lo ayudé siguiendo las instrucciones de las enfermeras, que parecían fascinadas con su presencia y es que es todo un espécimen bien hecho.

Al terminar y estar de nuevo recostado, me duché yo, me mudé por algo cómodo para pasar la noche y al salir ya estaba dormido.

Estudios, y más análisis. Hablé con Oliver a mediodía, ya estaba mi madre y Ame ahí, todo estaba bien y se sentía optimista. Los glóbulos rojos habían subido debido a la transfusión y aunque bajaban de nuevo, no lo hacían tan rápido, por lo que descartaron algunas cosas y lo transfundieron de nuevo.

Steve no se quejó y se dejó hacer lo que indicaban. Bromeaba con las enfermeras y no se percataba de que les hacía el día a las pobres mujeres. Lo cierto es que me daba tranquilidad verlo, aunque pálido, reír.

Durante la tarde no tuvo tregua y fueron amigos suyos a visitarlo, sus empleadas, Darren y su esposa, en fin. Para el anochecer me urgía salir del jodido hospital porque él apenas si tuvo energía para comer y cayó dormido enseguida.

Llegamos a casa el lunes casi a las cuatro. No quiso subir a la habitación, así que lo dejé sentado en la sala mientras ponía en orden el lugar, aunque ya había levantado el vaso roto y limpiado la sangre, resultado de su golpe. Le devolví su teléfono, hizo un par de llamadas y cuando creí que era suficiente, se lo pedí.

—No puedes quedártelo —gruñó desde su posición, alzando los ojos.

—Puedo. El celular —exigí con la mano extendida, me lo tendió vencido. En seguida me

senté a su lado, dejando el aparato sobre la mesa y lo miré, con los codos sobre mis rodillas y las manos entrelazadas.

—Seis semanas —le recordé. Igualó mi postura, pero mirando al frente con la barbilla entre sus dedos.

—Ha sido miedo —dijo de pronto, sin verme. Esperé, atento, entonces volteó—. Ha sido miedo a pensar en qué ocurrirá si alguna vez llegaras a no estar a mi lado —declaró y noté como le costaba un mundo hablar de lo que había en su interior, así que no me moví—. No debía afectarme lo que orquestó Brando, pero lo hizo y… Nunca he tenido temor a estar solo, Kyroh, pero me aterra la posibilidad de no tenerte a mi lado, con todo lo que eso implica —expresó buscando ponerse de pie.

Me levanté de inmediato, presa de sus palabras, de aquella confesión y de la preocupación; debía hacer las cosas despacio, le ordenaron.

—Entonces te protegiste —comprendí, buscando sus ojos, tomándolo por la barbilla.

—Entonces no supe qué hacer con eso.

—Lo resolveremos —aseguré, firme.

—No mencioné nada sobre el cansancio y esas cosas porque no imaginé que algo así estuviera ocurriendo —explicó cambiando el tema, como es su especialidad. No me molestó, eso también me intrigaba. Agachó la cabeza y respiró hondo con las manos en los bolsillos del pantalón, luego negó perdiendo su atención en las escaleras—. Han sido unas semanas muy jodidas, creí que… —me miró— lo nuestro acababa —confesó mostrando su vulnerabilidad, esa que guarda tan bien.

Sujeté su cuello y lo hice girar con el pulgar. Su mano en torno a mi muñeca, me hizo sonreír, siempre hace eso.

—Esto no va a acabar —determiné—. Tú, rubio, eres lo que quiero para mi vida y eso no cambiará, porque si te encontré, no pienso dejarte ir nunca.

Cerró los ojos, entonces busqué sus labios y lo besé con cuidado. Enseguida respondió a mi roce, confiando.

—No hablé de las acciones porque no estoy orgulloso de eso. Detesto lo que implican, más después de lo que pasó. No hubiera querido nunca que presenciaras lo de aquel día —susurró entre roces de nuestras bocas.

Rodeé su cuello, acariciando su quijada con esa barba incipiente, que rasura a diario pues no es espesa, como la mía, que tampoco la dejo crecer mucho, aunque más a comparación de él.

Me miró de nuevo.

—Cada parte de ti, la acepto, Steve, con todo lo que conlleva y, aunque te entiendo, agradezco haber estado ahí para ti, porque pude comprenderte aún más, a pesar de que me falta bastante.

Sonrió asintiendo, entristecido, aunque más tranquilo, noté. Entonces lo abracé con fuerza, acariciando su nuca, mientras lo sentía respirar en mi hombro.

—Nadie me enseñó a hacer esto —lo escuché decir, y supe que se refería a hablar de sí. Besé su cabellera, sin dejar de acariciarlo.

—No te preocupes, aprenderemos juntos —le hice ver aliviado, porque aunque sabía que había más, esta vez lograríamos llegar al fondo de esto.

El timbre sonó. Mi madre llevaría comida. Se había ofrecido por la mañana. No me pude negar. Necesitaba ayuda esa era la verdad, aunque en ese momento lo que quería era perderme en su boca hasta dejarlo sin ningún otro pensamiento que no fuera yo.

—Kindah —habló separándose, sonriendo. Lo besé despacio, disfrutando de aquello.

—No te excedas, iré a ayudar.

Me acompañó a la puerta, mi madre apareció con algunas bolsas, se las quité y enseguida lo abrazó.

—Me alegra verte de pie, ¿cómo estás? —quiso saber, después de abrazarlo, tomando su rostro apacible entre sus manos. Él se agachó y le sonrió, agotado.

—Será cuestión de paciencia, dicen —señaló resignado. Mi madre lo rodeó de la cintura, Steve por el hombro y caminaron hasta la cocina, desde donde yo los observaba.

—Qué susto, cariño. ¿Te duele? —quiso saber, señalando su herida. Él se llevó los dedos ahí, negando—. Me alegra. Traje galletas de avena, Ame las mandó para ti, sabe lo que te gustan. Además de otras cosas, para que te fortalezcas.

—Gracias, Kindah, no te hubieras molestado —dijo, educado.

—Eres importante para nosotros, cariño, no debes agradecer que nos preocupemos, solo cuídate —le pidió.

Volteé y él me miró, nervioso. Yo implicaba también eso, adiviné en ese momento. ¿Cómo no lo vi? Me pregunté acomodando las cosas, eligiendo qué calentaría.

Mi madre se acercó para ayudarme y por supuesto, darme instrucciones, porque venga, por muy dulce que fuera con mi rubio, ella es un hueso duro y yo estoy acostumbrado, así que no me opuse a nada.

—Kyroh —escuché, volteé con un recipiente en la mano, cuando lo vi apoyarse con esfuerzo en uno de los bancos, que gracias al cielo, son pesados.

Corrí soltando lo que llevaba y alcancé a sujetarlo. No se desmayó del todo, pero pronto lo alcé y lo llevé a un sofá de la sala. Acomodé su cabeza sobre uno de los cojines, agobiado. Lucía aturdido.

—¿Cariño? —lo llamó mi madre, asustada. Steve se humedeció la boca, enfocándonos. Solté el aire.

—Estoy cansado —solo dijo. Asentí, besé su frente y me puse de pie.

—Iré por una manta —anuncié mientras mi madre lo cuidaba. Al regresar ya estaba dormido, lo cubrí y ella me rodeó por la cintura.

No suele ser así, pero aquello la tenía muy angustiada, tanto como a mí. Le respondí el gesto, besando su oscuro cabello. Sabía que era parte de lo que tenía, pero no podía evitar la aprensión.

—No lo dejes solo —me pidió casi en un ruego. Negué.

—Hablaré con Zak y Mike mañana.

—Entenderán, deben confiar en su gente y, de alguna manera, hacer que esto funcione —indicó mientras nos alejábamos para dejarlo descansar.

Ya en la cocina se recargó junto a la estufa. Lucía tan joven aún, a pesar de la vida que tuvo. La observé, serio.

—Steve no solo está enfermo, está triste —comentó, tranquila. No dije nada—. Lo primero, no está en ti, salvo la parte de cuidados. Lo segundo, hijo, sé que sabes a qué se debe y cómo ayudarlo a salir de ello.

Crucé mis brazos, respirando hondo. Entonces le conté lo que había pasado con su hermano, lo que hizo, lo que presencié y cómo después de eso las cosas cambiaron.

Mi madre abrió los ojos, asombrada, luego sacudió la cabeza indignada.

—Mi muchacho, ¿cómo es que tuvo una familia así?

—No lo sé, pero tiene miedo a dejarse ir, por lo que implicaría si lo pierde.

—¿A ti?

—A mí, a ustedes, supongo —intenté explicar, lo cierto es que ni yo lo tenía claro. Asintió reflexiva.

—A ti te hizo falta dinero y pasaste por tanto, Dios sabe lo que vivimos, hijo. Si creí que te perdería en tantas ocasiones que aun te veo y creo que es un milagro, pero a él le hizo falta amor. Steve está solo. Claro que no quiere arriesgarse —susurró para que no la escuchara él. La observé sin hablar durante largo rato.

—Lo entiendo, es solo que es tan reservado…

Ella sonrió.

—Tú también lo eres, en eso no son diferentes, pero él ha sabido llegar a ti, ahora tú debes hacerlo también. Sé lo hábil y observador que eres, Kyroh. Por muy difícil que sea, lo harás a tu manera, pero lo harás, estoy segura —determinó confiada.

Eso era un hecho, llegaría a él y terminaría con esa mierda, costara lo que costara.

16. Kyroh

Cuando nos disponíamos a comer, despertó. Insistió en hacerlo con nosotros. No quería limitarlo, él debía ir midiendo sus fuerzas y, aunque estaba atento, lo dejaba estar sin exagerar en los cuidados. Steve no lo toleraría, tampoco somos así.

Mi madre se marchó. Después de despedirla regresé a la cocina, él metía un par de vasos al lavavajillas. Al saberme ahí, se enderezó, recargó las manos sobre la superficie y miró al frente serio. Observé su perfil esculpido.

—¿Por qué ya no me tocas? —preguntó dejándome estático—. ¿Por qué rehuías de mí? —quiso saber, sin voltear, con la quijada tensa.

Sonreí negando. No tenía una puta idea y, con tan solo esas palabras, ya estaba endurecido. Olvidando su estado, por un momento, me acerqué a él y lo rodeé por detrás, colocando mis manos sobre las suyas. Entonces, osado, pegué mi erección a su maldito trasero que me aturde y besé su oreja.

—¿De qué hablas? Vivo incendiado por ti, rubio —gruñí hundiendo mi rostro en la curva de su cuello, demostrándoselo.

Un sonido ronco escapó de sus labios, mismo que capturé con pericia sujetándolo de la quijada. Me separé un poco, mordisqueé su boca y le sonreí adentrando mi mano en su pantalón, tomándolo con firmeza. Jadeó.

Joder, no debía pero no podría detenerme, no después de esas putas semanas sin él.

—Enfermaste —le recordé apretándolo más, se removió—, luego estaba enfadado contigo por la distancia que nos impusiste y… otras cosas, aun así —comencé a mover mi mano — cuando te veo, no puedo dejar de pensar en poseerte, en hundirme en ti una y otra vez, porque simplemente —mordisqué uno de sus labios entreabiertos—, te veo y te deseo. ¿Comprendes? —gruñí dándole un lametazo. Asintió respirando con fuerza. Sonreí satisfecho—. Me alegra, porque ahora mismo te lo voy a demostrar.

Lo guie hasta la habitación, atento a su semblante, pero Steve parecía ansiar hasta rabiar lo mismo que yo. Nos quitamos la ropa y cuando lo tuve al fin desnudo, lo pegué a mí sujetando sus nalgas.

Ambos éramos unas locomotoras y aunque él debía cuidar su energía jamás permitiría que pensara, ni por un puto segundo, que no ardía por él.

—Te tengo, rubio, te tengo y no pienso soltarte. Espero ser claro esta vez —gruñí con decisión para enseguida perderme en su boca, mientras él me recibía.

Despacio lo fui llevando a nuestra cama, lo recosté con su espalda pegada a mi pecho. Quería tomarlo despacio, para que entendiera que no habría distancia entre nosotros, ya no.

—Kyroh —jadeó de forma masculina cuando lo penetraba con uno de mis dedos, lubricado, mordiendo su cuello, disfrutando de sus reacciones.

—Te voy a probar, por completo, ¿entiendes? —le advertí a lo que él respondió con un gemido profundo, lleno de delirio.

Lamí su cuerpo, deteniéndome más en ciertos lugares, hipnotizado por verlo removerse, aferrarme con fuerza, emitir aquellos sonidos varoniles, que indicaban lo excitado que estaba.

Steve se derretía en mi boca y yo disfrutaba de eso. Cuando los dos estuvimos absolutamente enardecidos, entré en su cuerpo poco a poco, mientras lo besaba con su cabeza girada hacia mí y manipulaba su excitación.

Fui despacio, aterradoramente despacio, logrando con ello que se quejara, que sujetara mi trasero con ansias, con exigencia.

—No puedo… Mierda, ya no puedo —dijo casi sin voz. Entonces fui más rápido, tal como quería.

Se corrió casi enseguida, sacudiéndose y yo lo acompañé, apretando los dientes con fuerza, hundiendo mi rostro en la curva de su cuello, que se estremecía.

No me moví durante un par de minutos, dándole tiempo para recuperar el aliento, rodeándolo con fuerza aún.

—No vuelvas a decir que no te deseo, rubio, porque entonces te follaré hasta que no puedas ni caminar —amenacé. Sonrió buscando mi boca, lo besé con cuidado. Cuando noté que ya respiraba con tranquilidad, nos dimos una ducha. Al salir buscó equilibrio en una de las paredes. Lo rodeé y lo acomodé en una banca aledaña.

—Esto es una putada —se quejó recargando su espalda en el muro que estaba detrás. Me acuclillé esperando a que la palidez disminuyera.

—Lo es.

Entonces lo ayudé a vestirse, cambié la curación de su cabeza y lo llevé a la cama para que se sentara en la orilla del colchón. Me acomodé tras él con mis piernas a los lados de su cadera, desenredé su cabello con cuidado y luego lo dejé estar.

Se recostó notoriamente cansado. Sabía que tener sexo no había sido la mejor idea, pero no me arrepentía; él no debía dudar de lo que me provoca.

—Mañana debo ir a la empresa a revisar unas cosas, mi madre y Ame vendrán —le informé cubriéndolo con las cobijas, asintió con los ojos ya cerrados.

Negué contemplándolo, soltando el cuerpo al fin.

Claro que llegaría a él.

Salí temprano y continuaba dormido. Mamá me aseguró que estaría al pendiente al percibir mi nerviosismo. Ame había ido junto con su chofer a hacer las compras, y aunque insistí en que yo me hacía cargo, ambas se negaron. Querían cerciorarse de que la alimentación fuese de calidad. Ya no quise discutir.

Estuve marcando cada tanto. Steve había despertado poco después de que me marché. Prácticamente no había salido de la habitación y cuando no dormitaba, estuvo platicando con ellas, con Des que fue a verlo y pasó la tarde con él, viendo una película.

Al anochecer al fin pudimos arreglar todo para las siguientes semanas. Mike estaría más presente, Rowe tenía ayuda y a Ame. Era momento de hacer relevo, determinamos. Aun así, iría cuando se requiriera.

Manejaría todo desde casa, mi equipo estaba preparado, las juntas las haríamos vía remota y solo cambiaría de lugar de trabajo. Zak iba, pero se estaría retirando temprano, para estar con su mujer, que no tardaba en dar a luz, le habían dicho gracias a mi enorme sobrina.

—Hola, cariño —me saludó Ame, que terminaba de guardar algo en la cocina, mientras mi madre hablaba por teléfono.

La saludé atareado; uno de los chicos de la empresa me ayudaría a instalar todo en el comedor de casa. Tenía un estudio, pero ese era el lugar adecuado para tener control total. Una vez instalado, se fue y ellas se acercaron.

—¿Ya se pusieron de acuerdo? —quiso saber mamá.

Dejé salir un profundo suspiro. Estaba exhausto.

—Sí, ¿cómo está?

—Duerme, después de que Zak viniera por Desa, cayó rendido.

—¿Cenó? —quise saber. Las dos sonrieron y Ame palmeó mi brazo. Es una mujer sosegada, pero firme. Nos crío durante algún tiempo.

—Por supuesto, cariño. No te preocupes, te dejé la tuya para que la calientes.

—Todo en control, hijo. Ahora descansa que no serán días sencillos. Steve no tiene mucha fuerza aunque luce mejor.

—Gracias a las dos, de verdad me salvaron el día.

—Pronto será un recuerdo todo esto.

Rogaba que así fuera.

17. Steve

Me desperté un tanto extraviado. Miré su lado de la cama, ya no estaba y no tenía idea de qué vendría ahora. Odiaba tener niñeras, aunque Ame y Kindah eran asombrosas, me gustaba mi independencia. Lo cierto es que no podría ni conducir, aunque me sentía un poco mejor. Quizá el estrés del trabajo también había contribuido, mis horarios descontrolados.

Me incorporé despacio, como me indicaron. Aguardé y cuando supe que estaba preparado, me puse de pie. Lento me dirigí al baño, me lavé los dientes y estudié mi rostro. Estaba ojeroso aún, pero menos pálido. Eso era bueno, me dije. Sujeté mi cabello en un moño mal hecho y entré a la habitación.

Eran las once, noté. Subí las cortinas ansiando la luz. Cerré los ojos al sentir el sol posarse en mi piel, aunque fuera a través de los ventanales.

Entonces escuché música en la planta baja. Arrugué la frente, abrí la puerta. ¿Quién estaba en casa? Me pregunté.

No tenía idea de si Kyroh se encontraba allí. El día anterior lo había echado de menos, después de la noche anterior cuando al fin pudimos hablar un poco y tuvimos esa fabulosa sesión de sexo que me dejó agotado, no lo había visto.

Aunque estuvo mandándome mensajes todo el tiempo, como cuando comenzamos; con cosas absurdas que me hicieron reír más de una vez. Desa, al ver uno se carcajeó sosteniendo su barriga, a un lado de mí en la cama.

—Está loco, ¿por qué te manda eso? —quiso saber. Me encogí de hombros, sintiendo esa certeza de que todo iría bien entre ambos.

—Siempre es así —acepté regresándole una foto de lo que veíamos en el televisor.

—¿Es como su día, o lo que vio en ese instante? O no entiendo.

—Algo así, lo hace desde que salíamos —le conté. Sonrió divertida, luego su tono cambió.

—Estaba muy preocupado, ¿sabes? Asustado. Nunca imaginé verlo así. Aunque todos lo estábamos, pero él parecía perdido. Te ama, te ama mucho —aseguró con suavidad. Pasé saliva sin dejar de observar la foto de una engrapadora que me había mandado.

—También lo amo.

Posó su mano en mi antebrazo, la miré.

—Estarán bien, Steve, solo no te cierres, no con él por lo menos. Sé que Kyroh sabrá apreciarlo. Es otro desde que entraste a su vida.

—Gracias, Des —le dije apretando su mano—. Mira quien le da consejos a quien ahora —señalé medio en broma. Negó alegre.

—Qué días, ¿recuerdas? —susurró. Asentí, jamás los olvidaría—. Pero su caso es diferente, tú sabes quién eres, lo que quieres, solo debes decirle a qué le temes —convino segura, dejándome suspendido por la sencillez de sus palabras y lo complejo que encerraban.

—Mejor dime, cómo te has sentido. Zakariah también está preocupado. Khaya es grande.

Se frotó el vientre y dejó salir un suave suspiro.

—Cansada, por eso he permitido que Riah esté tan obtuso. La verdad es que me asusta un poco el parto, quieren que sea cesárea pero me resisto.

—Eres la madre, sabrás elegir lo mejor para ambas —le hice ver. Ella sonrió con dulzura.

—Pienso igual, Riah también. Haré lo que deba hacer, solo quiero conocerla.

—Yo también —acepté colocando una mano sobre su prominente barriga, como solía. Entonces sentí algo. Abrí los ojos de par en par, alucinado. Desa se rio, de esa manera suave que tiene.

—Te reconoce —murmuró y tomó mi mano para que la regresara—. Conoce el timbre de tu voz, eres su tío favorito —dijo como en secreto, guiñándome un ojo. Sonreí maravillado.

Kyroh estaba muy ilusionado con el nacimiento de su sobrina, pero no era lo mismo. Con Desa tenía una buena relación, la procuraba y ella jamás le había echado en cara lo insoportable que fue, pero entre ella y yo, hay amistad, complicidad.

—Queda tan poco —comenté abstraído.

—¿Podrás ir? Quiero decir, Zakariah estará conmigo, pero necesito saberte cerca. Eres como mi hermano, Steve.

—Nada lo impediría, a menos que me aten a esta maldita cama, yo estaré ahí, Des —aseguré apretando su mano, que descansaba a mi lado. De pronto se irguió. Me asusté—. ¿Qué? —quise saber, alerta. Rio negando.

—No, nada, o bueno nada importante, es que de pronto tuve una duda… —aclaró guardando silencio durante unos segundos, entonces noté esa mirada que le conozco bien. Entorné los ojos—. Kyroh sería capaz, ¿verdad?

Pestañeé desorientado.

—Capaz de ¿qué? —pregunté con temor. Desa es de cuidado.

Se acomodó un tanto inquieta.

—De amarrarte.

—Mierda, qué te pasa, por qué preguntas esas cosas —la reprendí reanudando la película, pero me quitó el mando y le puso pausa.

—¿Tú eres quien lo amarra? —conjeturó logrando con ello que me agachara y negara aferrando las cobijas, dramatizando un poco—. Dime, no tiene nada de malo —insistió. Me erguí riendo.

—Mierda, eres una chismosa.

—Solo quiero saber —dijo haciendo un puchero.

—¿Por qué piensas que nos amarramos a la cama? —la cuestioné. Se encogió de hombros, riendo con picardía.

—No sé, o sea, es que quiero saber cómo es entre ustedes. A veces creo que tú eres quien domina, a veces él, pero me confunden. Son tan masculinos los dos que no lo sé, o ¿es igual? —curioseó sin empacho y yo no di crédito.

—Las hormonas están afectándote, ¿sabías?

Se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero dime, anda.

—¿Para qué quieres saber eso? Existe algo que se llama intimidad, señora. Yo no te pregunto sobre Zakariah y tú.

—Ah, puedes hacerlo, contigo no me avergüenzo. Somos muy sexuales, bueno, éramos hasta que esta pequeña nos lo permitió. Esa parte de mi relación nunca ha tenido problemas. Pero no es lo mismo. Dime.

—Desa, qué ocurre contigo. Funciona muy similar —le hice ver, sin dar crédito de su osadía, pero divertido esa es la verdad.

—Steve, anda. No necesito que me corrobores que son sexuales, de eso estoy segura. Pero, eres tú, ¿verdad? Quiero decir, el que ya sabes…

Solté la carcajada y luego me cubrió la boca, Ame y Kindah estaban abajo. Le quité la

mano, sacudiendo la cabeza.

—Nuestra suegra —cuchicheó.

—Cada pareja decide eso.

—Sí, *OK*, y contigo, ¿cómo es?

—Demonios, eres una morbosa.

—Steve —se quejó. Humedecí mis labios, reflexivo.

—¿Tú qué crees? —la pinché. Desa abrió de par en par los ojos y se puso a pensar.

—Tú. No. Él. ¿Los dos? Ay, no sé. Es que no lo imagino a él siendo quien… ya sabes, recibe. Pero a ti tampoco.

—Es que no son temas para una conversación, no necesitas imaginar nada, por Dios —recalqué. Me dio un empujón.

—Basta. O sea, creo que en lo general tienen una relación muy equilibrada, o eso se ve. Cada uno sus cosas, pero están organizados para lo cotidiano. Sin embargo… en la intimidad, no sé. Mira que no podré dormir pensando eso —rezongó.

—Kyroh no me amarra a ninguna cama —le aseguré. Se rio rodando los ojos.

—Ya, eso ya lo entendí. Pero algunas veces los he sorprendido besándose y creo, pero no estoy segura, de que él es quien está sobre ti. Es que si notaras como te mira…

—¿Cómo me mira? Pues como mira a cualquiera.

—Claro que no. Te mira como Zakariah me mira a mí, como un hombre que incendiaría el mundo con tal de no dejarte ir. Así te mira.

Ya no sonreí, solo la escuché sintiendo un revoloteo agradable en el pecho.

—Yo también lo incendiaría todo por él —le afirmé.

—Lo sé, pero Kyroh te mira con posesividad, tú no. Por eso he llegado a pensar que es quien domina, pero no sé.

—¿Y cómo lo miro, señora sabelotodo? Ilústrame.

Frunció la boca, meditabunda, observándome.

—Tú lo miras con deseo, él también, pero lo tuyo es como suave, lo de él es fiero.

—Dime que no has estado hablando de esto con tu esposo, porque me mudo de país —decidí definitivamente divertido.

—Claro que no. ¿Quién me crees? Solo te lo pregunto a ti, son tus cosas.

—Qué bueno que lo recuerdes.

Me dio un empujón.

—*OK*, ya entendí, no me dirás.

—No —confirmé decidido. Se dejó caer sobre las almohadas, frustrada.

—Bien, no me digas, pero creo que es él quien te toma a ti —cuchicheó—. Kyroh, desde siempre se ve que quiere tomar todo lo que puedas darle.

—Yo también quiero todo de él.

—Sí, lo sé, pero mi cuñado es de los que te acorrala, lo he visto en la cocina de Kindah, no te dejaba ir, exigía un beso. Así que él es quien ya sabes… Aunque podrían ser los dos, pero no, es él.

—Mierda, eres un puto peligro.

—Cállate. Es solo años de observar, porque a simple vista nadie podría adivinarlo, en realidad hacen sufrir a las mujeres los dos cuando se dan cuenta de que no están disponibles. Lo he visto, te lo aseguro. La propia Camila sufrió una tremenda desilusión.

Rodé los ojos, le quité el control y reanudé la película. Hacía tiempo que no me divertía como en ese momento y se lo agradecí.

—Esto es mucho para una tarde, así que pon atención —exigí con muchas ideas rondando en mi cabeza.

~*~

Intrigado anduve por el pasillo, la música era la que él suele escuchar: un poco de *blues*, a veces rock o *hiphop*. Es variado en sus gustos y baila cualquier cosa con una facilidad envidiable.
Bajé despacio, sin soltar el barandal.

Al doblar, sonreí al ver que se acercaba. Iba vestido con vaqueros roídos de una rodilla, una camiseta roja deslavada y descalzo. En resumen: sexy. Pero ¿qué hacía ahí? Bajé y antes de que pudiera preguntarle, comenzó a silbar esa tonada que hacía tiempo no escuchaba.

Me detuve enseguida.

La conocía bien, solía tararearla y, una noche, la canté a todo pulmón en la camioneta, medio tomado debo agregar, cuando salíamos de una reunión con amigos nuestros. Kyroh me siguió el cuento, cediéndome un micrófono improvisado con su puño, y al terminar, le dije sonriendo que él era como ese satélite para mí.

No suelo ser cursi pero venga, la bebida no había cooperado. No imaginé que lo recordara, aunque yo no lo había olvidado.

Él sonrió abiertamente y comenzó a moverse de esa manera rítmica que se le da de forma natural. Sonreí frunciendo el ceño, entonces empezó a cantar.

Satellite
I see you swimmin' through this open sky
I rest my head upon these dandelions
The stars are envious of you tonight

Lo observé moverse a mi alrededor con soltura y cantar la primera estrofa, algo desafinada en realidad, pero no tiene tan mala voz. Me reí sin remedio, fascinado por lo que estaba haciendo. Entonces me pasó el micrófono señalándose a sí mismo y negando al tiempo que arrugaba la frente.

Fingí tomarlo, divertido, alerta a sus pasos y es que me alucina verlo bailar, el ritmo es parte de su cuerpo cuando la música aparece. Enseguida comencé, sin moverme, a cantar.

Broken dreams
I'm writin' poems of our memories, yeah
Wish I could hold you through computer screens
But all the static keeps us in between

Y al escuchar mi propia voz emerger, sentir el ritmo, con él bailando desinhibido me fui soltando y empecé a cantar con mayor fuerza. Mi voz, de forma vertiginosa, se fue fundiendo con la tonada y pronto me adueñé de la situación.

Hacía un tiempo que no cantaba y no comprendí hasta ese momento lo mucho que necesitaba fluir.

Kyroh danzaba a mi alrededor y cuando mi tono cobró potencia se acercó para entre los dos cantar el coro. Reí sin detenerme, la siguiente estrofa y ya me movía junto a él. Cada uno a nuestra manera, pero de alguna forma consiguiendo una sincronía sin dejar de proyectar mi voz con fuerza.

Un momento después, acabamos en la sala, meneándonos sin importarnos absolutamente

nada salvo lo que ahí ocurría; nuestras risas, mi voz viajando por mi garganta, el movimiento de mi cuerpo y él, acercándose y alejándose como sabe hacer.

Lo observé sin limitarme. Kyroh hacía lo mismo de forma feroz y las palabras de Des acudieron. Pronto otro coro y nos unimos alucinados, expulsando toda esa energía reprimida, acortando cada vez la distancia.

Le canté sintiendo esa conexión en línea recta hacia él, a lo que somos, esa que pensé que se estaba diluyendo pero que descubrí resistente.

Una estrofa casi a capela y mi voz flotó como pocas veces. No tenía idea de cómo lo había conseguido y otro coro que recibimos moviéndonos hasta que la canción se acabó.

Agotado, bajé el brazo, él me tomó por el cuello y me besó con ganas. Enseguida respondí el gesto, sujetando su nuca para que lo profundizara. Me separó buscando aire, sonriendo.

—Buenos días, rubio —dijo repasando mi rostro con detenimiento. Ya otra canción sonaba y yo aún sentía la adrenalina circulando por mi cuerpo. Lo lamí, osado.

—Buenos días —respondí.

Mordisqueó mi labio inferior y me besó de nuevo sujetando mi rostro con ambas manos. Cuando de mi garganta emergió un sonido ronco, se separó. Repasé mis labios con la lengua, observó el gesto y sacudió la cabeza.

—Vamos a que desayunes, anda.

Lo seguí tomado de su mano, entonces vi todo lo que había sobre la mesa del comedor. Computadoras, carpetas, una *tablet*, papeles.

—¿Y eso? ¿Se mudó el *WallStreet* aquí? —pregunté soltándolo porque las computadoras mostraban puros números. Me abrazó por la espalda.

—Soy yo, terminando con la distancia entre nosotros —anunció para enseguida mordisquear mi oreja y desaparecer en la cocina. Me rasqué la cabeza.

—¿Trabajarás aquí? —quise saber, yendo a donde estaba. Me recargué en la barra interna de la cocina, ya sacaba algunas cosas del refrigerador que estaba lleno.

—Sí, ayer logramos cuadrar todo. Estaré aquí hasta que estemos seguros de que no te romperás un hueso debido a un mareo o desmayo.

—Creo que exageras un poco, puedo hacer las cosas más despacio y…

No terminé porque de un movimiento suyo, que son ágiles en realidad, lo tuve encima.

—No pienso pasar nunca más por un susto como el de hace unos días, ¿estamos? Esto hacen las parejas, Steve, se cuidan. Tú lo has hecho conmigo, es mi turno, no obstaculices mi trabajo —pidió serio, aunque la manera en la que me miraba me encendía. Sonrió y me besó de nuevo. Estaba siendo novedoso aquello.

—Y toda esa comida es porque no saldremos en un año, o ¿por qué? —pregunté ladeándome para observar el refrigerador.

Sonrió separándose y fue hacia ahí.

—Mi madre y Ame, no sé si creen que soy bruto en la cocina o que habrá un cataclismo y tendremos la necesidad de vaciar la nevera durante meses de encierro —señaló con fingida seriedad, de forma dramática.

—Yo creo que es lo primero —respondí bromeando, volteó entornando los ojos y me tendió una zanahoria cruda, la tomé. Sabe que me gustan y la mordí.

—No me fastidies, que si me lo propongo finjo que ocurrió la segunda, rubio —amenazó.

Calentó unos *waffles* que Ame hacía maravillosos, con harina de trigo, me sirvió té y me acercó la mermelada de arándanos que suelo preparar y fruta picada.

Comí con ganas. No sabía que tenía tanta hambre hasta ese momento. Su teléfono sonó, pronto se sumergió en algo, porque revisaba sus aparatos con pericia y atento.

Me tomé mi tiempo. No tener prisa es algo extraño, que agradecí en aquel instante. Al terminar, tomé mi plato con la intención de lavarlo. Lo tomó y negó con un dedo mientras hablaba por el manoslibres sobre algo de unas inversiones.

Lo enjuagó y metió al lavavajillas. Tomé mi taza y me dirigí a la sala, me acerqué al ventanal y cerré los ojos agradeciendo el sol sobre mi rostro. De alguna manera mi cuerpo lo necesitaba. Hacía tiempo que no disfrutaba las pequeñas cosas, como esa.

Pronto sentí su pecho en mi espalda. Recargué la cabeza en su quijada y sin hablar, estuvimos allí durante un rato, en silencio, con sus manos en torno a mi cadera, mientras yo acariciaba una con mis dedos.

Me di un baño, luego de no lograr convencerlo en que podría hacerlo sin su vigilancia. Mientras me duchaba, tendió la cama, acomodó la habitación y luego me observó vestirme.

—Eso es incómodo, ¿sabes? —gruñí metiendo las manos en la camiseta.

—Es lo que hay, rubio —expresó con simpleza. Rodé los ojos.

—Tengo que revisar algunas cosas —le avisé pasando a su lado, yendo rumbo a mi estudio para buscar la *laptop*.

Me detuvo tomándome por el brazo. Terminé sobre su pecho. Pasó una de sus manos por mi rostro, despacio, como memorizándolo, para luego mirarme con intensidad.

—Te amo —dijo con tal firmeza que logró generar un revolcón en mi estómago—. Y no tengas miedo de sentirlo con esa fuerza, porque yo lo siento igual, te lo aseguro —declaró repasando mi labio inferior con su pulgar.

—Ky —balbuceé. Negó, serio.

—Quizá me apresuré en pedirte que te casaras conmigo. No era el momento. Pero supe lo que era sentir el miedo de poder perderte, Steve, y no pienso pasar por eso jamás. Quería hacerlo especial, sin embargo, al haber pasado por aquello, necesité decírtelo en ese momento.

Con la yema de los dedos repasé la piel oscura de su pómulo, de su mejilla y negué.

—Quiero casarme contigo —aseguré con suavidad. Sonrió.

—Lo sé, pero quizá más adelante —murmuró empleando una forma poco común en él; entre dulce y conciliadora. Negué seguro.

—No, lo quiero pronto, es solo que… —humedecí mis labios, aguardó— me asustó comprender la profundidad de lo que siento por ti, de cómo me he involucrado con tu familia, de lo que hemos construido juntos y, cuando pensé que ya no estaría todo aquello, me asustó como el infierno darme cuenta de que no podría recuperarme como me he recuperado de todo lo demás.

Nunca hablaba de eso, pero sabía que debía hacerlo, aunque me hiciera sentir vulnerable, Kyroh lo merecía.

—No puedo garantizarte jamás equivocarme, lo haré, muchas veces nos ocurrirá. Pero sí te puedo asegurar, ángel mío, que cuando te digo que te amo no es solo una palabra sin motivo. Lo que siento por ti, Steve, no es algo que pueda extinguirse con facilidad. Si te quiero en mi vida de todas las formas posibles, es porque sé que quiero terminar mis días a tu lado, porque quiero pasar la vida contigo. Solo si tú quieres.

Lo miré a los ojos, aturdido y percibiendo esa bravía calidez envolverme. Kyroh es avasallante, rudo, mortalmente directo, pero en ese momento me desarmó y sentí como su voz se enredaba en mí, su seguridad, su determinación.

—Sí quiero…

—Entonces ríndete, ríndete a mí, ante lo que sentimos. No ocurrirá nada malo, te lo prometo. Necesitamos que sueltes eso que te detiene, cariño, lo necesitamos de verdad —me rogó.

—Lamento haber puesto esta distancia entre nosotros —acepté sin dejar de tocarlo. Él sonrió negando y juntó su frente con la mía.

—Yo lamento no haberme dado cuenta de lo que hacías, pero te prometo, rubio, sabré llegar a ti las veces que sea necesario.

Rocé sus labios y lo abracé. Suspiró hondo en mi oreja.

—Te amo —dije al fin. Me abrazó con más fuerza.

—Lo sé.

Lo que quedó de la mañana él se dedicó a lo suyo, mientras yo solucionaba algunos pendientes, hablaba con Darren, Avery, mandaba algunos correos y delegaba parte del trabajo pues no me sería posible hacerlo personalmente. Y si lo dudé en aquel momento sintiéndome bien, cuando me levanté para ir por agua, tuve que regresar al sofá de un sentón, aturdido, con los latidos más rápidos de lo normal, como había venido ocurriendo.

—Debes levantarte despacio —me recordó Kyroh, de cuclillas frente a mí. Asentí agotado—. Yo te lo traigo, recuéstate —pidió un tanto alterado.

—Estaba terminando ese correo, debo mandarlo —le expliqué. Él volteó y cerró la computadora sin contemplaciones, serio.

—No, si empiezas con eso, la guardaré —sentenció. Bufé pasando un brazo sobre mi frente.

—Es mi trabajo.

—Y eres mi responsabilidad, mientras estés así y no me importa que te cabrees, así que por hoy es suficiente —determinó. Lo miré comprendiendo que no se lo estaba poniendo fácil.

—Lo lamento —murmuré, arrepentido, tenía razón.

—No tengo problemas para imponerme, no te preocupes. Anda, te ves cansado —señaló y pasó la manta que descansaba en el respaldo, sobre mi cuerpo.

—Gracias —le dije buscando sus dedos. Los apretó sonriendo, luego me guiñó un ojo.

—Es mi placer cuidarte, duerme.

El resto del día estuve pintando en uno de mis blocks, mientras la música que él tenía inundaba el apartamento. Kyroh sostuvo un par de reuniones; se movía con una asombrosa rapidez por los monitores y hablaba de cosas que no entendía en lo absoluto, pero que parecían muy sencillas por como las decía.

Noté que es adusto, directivo y que su carácter es calculador cuando estaba inmerso en lo suyo. Me gustó aún más.

Desde donde estaba lo veía sin problemas y ese día comencé a dibujarlo cuando no se daba cuenta.

Dormité a ratos, de pronto me llevaba una zanahoria, una manzana o arándanos congelados que me como a puños, me daba un beso y continuaba hablando sin cesar caminando por todo el lugar, serio. Es mortalmente masculino, pero observarlo así, lo hacía ver más y no pensé que eso fuera posible.

Lo amo, claro que lo amo a rabiar.

18. Kyroh

Un par de días pasaron, Steve iba recobrando las fuerzas muy lentamente. Dormía mucho, a veces se agotaba y le dolía la cabeza, pero se notaba decididamente en mejoría.
Después de haber hablado con él en el pasillo de la planta alta, lo había dejado estar, pero aún sentía esta necesidad de profundizar en lo que ocurrió, que me hablara sobre lo que pasaba con las acciones de la empresa de su hermano y… sobre el idiota de Loren.

Estaba decidido a brincar eso y hacerlo bien.

Lo vi subir a mediodía, parecía cansado, solía quedarse dormido en el sofá. A veces lo descubría sentado con los ojos cerrados y su cuerpo laxo. Lo acomodaba y cubría con una frazada. No volvía a saber de él por una o dos horas, luego reanudaba sus dibujos.

Comenzó a tocar la guitarra de nuevo y eso parecía mantenerlo en paz. A veces respondía algunas cosas de las galerías pero, cuando advertí que no dejaban de buscarlo, tuve que hablar con Darren. Eso debía parar y comenzaron a dirigirse conmigo.

En el albergue estaban al tanto de su estado. Lira me comentó lo que ocurrió cuando el médico le mandó la orden, por eso se había sacado esos análisis. De lo contrario quizá las cosas hubiesen llegado a un punto peligroso y eso me cabreaba. Definitivamente esos hijos de puta la pagarían. En cuanto a ella, la mantenía informada sobre él, lo quiere bastante.

Las visitas eran constantes, alguna de las chicas de las galerías que le llevaban algún detalle. Mi madre pasaba de forma rápida solo para verificar su semblante, consentirlo durante unos minutos e irse. Le llamaban con frecuencia, preguntando por su estado, pero no iba a petición mía. Steve necesitaba descansar y, salvo Des, con la que hablaba por *facetime*, él también lo prefería.

Dejé lo que hacía y decidí acompañarlo. Estaba más sonriente, comunicativo, me era imposible no verlo pasar y acorralarlo para besarlo, mientras él respondía derritiéndose en mi boca.

A veces él hacía lo mismo, y yo terminaba con la espalda sobre algún muro mientras arremetía contra mí sujetando mis manos sin darme posibilidad a tocarlo, luego sonreíamos para continuar cada uno con lo nuestro.

Algo había cambiado entre los dos, no sabía si derivado del miedo por lo que ocurrió, si el comprender que no podemos ni queremos estar separados, o la complicidad que comenzó a crecer después de esa mañana en la que, cuando iba bajando, lo hice cantar y bailamos sin importarnos nada.

No lo había pensado mucho, su voz es algo que me fascina; es como un compuesto de la droga que significa él en mi vida. Así que ansiaba escucharlo.

Esa canción la solía tararear hasta antes de lo ocurrido con Brando. Entraba a casa silbando la tonada. A veces lo descubría cantándola mientras hacía cualquier cosa y es que Steve es así, se comunica pintando, dibujando, cantando, componiendo o tocando, eso ya lo sabía de sobra. Solo que ahora necesitábamos que, por lo menos conmigo, hablara.

Mientras subía recordé aquella noche, cuando salíamos de ese bar, era cumpleaños de alguno de los chicos, amigos suyos que ahora son míos también y que lo quieren bastante. Venía riendo en la calle por algo que le había dicho una pareja heterosexual que conocía desde hacía mucho tiempo y que lo hacían reír sin remedio, aunque ya sabemos que es de risa fácil.

Le abrí la puerta, entonces, antes de entrar me miró de una forma arrebatadoramente

dulce, una a la que no estoy habituado.

—No debería amarte de esta forma —susurró y enseguida entró dejándome algo desorientado.

Al encender la camioneta, buscó una canción, *esa* en realidad y comenzó a cantarla alegre, con una voz potente. Lucía absolutamente feliz. Le tendí mi puño mientras conducía, extasiado por escucharlo. Lo tomó y cantó de esa forma masculina pero entonada. Enseguida me endurecí.

El ritmo era bueno, la letra me agradaba, pero jamás le hubiese dado el sentido que él le dio, pues cuando terminó me observó de aquella misma manera, en un alto, y me dijo:

—Tú eres como ese satélite para mí.

Lo observé encontrándole otro sentido a la canción, a él, a su mirada y a lo condenadamente bien que sabe desarmarme sin esforzarse.

A la mañana siguiente me encontré escuchándola y poniendo atención a los versos. Comprendí que algo importante implicaba para Steve porque jamás es cursi, meloso o cualquiera de esas tonterías y eso me pone. Me gusta su bravura, su masculinidad, su determinación y saber lo complicado que es llegar a él, pues me hace sentir victorioso que sea yo quien lo logra cada día.

Así que esa mañana, al verlo bajar, se me ocurrió, tan solo porque lo ansío, porque necesitaba escucharlo explotar desde su pecho como cuando canta, porque quería que me viese de esa manera y lo logré. Sentí el momento exacto en que soltó un poco de lo que contiene y me lo cedió.

Llegué a la habitación, estaba sentado en la orilla del colchón, de su lado, sujetándose la cabeza. Me acerqué despacio.

—¿Te traigo un analgésico? —volteó como si hasta ese momento se hubiera dado cuenta de que estaba ahí, me sonrió conciliador.

—Solo quiero dormir —respondió con suavidad. Asentí.

—¿Bajo las cortinas? —pregunté mientras lo ayudaba a acomodarse. Negó despacio. Le gusta la luz natural, eso lo sé bien. Me subí a la cama. Me observó confuso.

—¿Qué haces? —quiso saber adormecido. Me tumbé a su lado soltando un suspiro debido al descanso que eso le daba a mi espalda.

—Recostarme con mi chico —contesté. Sonrió sacudiendo la cabeza, sus ojos se cerraban, sujeté su brazo y entendió lo que quería, pronto lo tuve sobre mi pecho—. Así está mejor. Duerme, rubio, yo cuido tu sueño —murmuré besando su frente, pues su rostro estaba en la cuna de mi cuello.

Respiró con fuerza y se acercó aún más.

Sin darnos cuenta quedé dormido ahí, por más de dos horas. Desperté desorientado, comprendiendo que mi intención de pasar con él unos minutos se prolongó. Él estaba a mi lado, sentado con las piernas cruzadas, dibujando con atención. Lo contemplé sin remedio, cuando alzó la mirada, sonrió.

—Yo terminé cuidando tu sueño, grandulón —expresó alegre, usando esos apelativos que emplea según la ocasión. Me estiré tomando aire.

—Mierda, creo que lo necesitaba —acepté—. ¿Qué dibujas? —curioseé. Cerró su libreta, la dejó en la mesilla y se encogió de hombros.

—No quería dejarte solo, nada más.

Me reí y lo tomé de una muñeca para tumbarlo sobre mí. Repasé su rostro con la palma acomodando uno de sus mechones claros tras la oreja. Tenía menos ojeras y eso me tranquilizaba

bastante. Mordió su labio inferior.

—De verdad necesito hundirme en ti, rubio, pero no quiero agotarte —le hice ver. Tenía su barbilla recargada sobre su palma, sus ojos azules lucían relajados.

—¿Qué otras cosas eran las que te detenían para tocarme? —preguntó de pronto, arrugué la frente sin entender. Se alejó, sentándose. Hice lo mismo—. Cuando te pregunté por qué no me tocabas, el otro día, dijiste que debido a que enfermé, a que estabas cabreado conmigo y otras cosas, ¿qué cosas? —quiso saber, atento a mí.

Tardé un segundo en reaccionar y cuando lo hice endurecí el gesto enseguida. Me acomodé mejor pues tendríamos *esa* plática, comprendí y estaba listo para cada una de ellas.

—¿Pensabas decirme que viste a Loren? ¿O simplemente lo omitirías? —lo interrogué de una. Steve arrugó la frente, desconcertado. Flexionó las rodillas y recargó ahí sus brazos, entrelazando sus dedos.

—No lo vi, no de la manera que insinúas. Quiero decir, él fue a una galería hace unas semanas. La verdad no tenía tiempo de sobra y empezó a seguirme diciendo estupideces. Le pedí que se fuera.

—¿Lo hizo? —inquirí.

—No, pero yo seguí con lo mío. Al poco tiempo le pedí a una de las chicas que lo acompañara afuera. Se rehusó y le dije que si volvía haría que le negaran la entrada. Estaba muy insistente.

—¿Regresó?

—No que yo sepa, no estando yo ahí. —Entonces ladeó el rostro y arqueó una ceja—. ¿Cómo supiste? —quiso saber.

Le narré tal como ocurrieron las cosas y lo que el muy idiota me dijo pensando que era él.

—No respondo números que no conozco. Sabes que detesto eso —me hizo ver, aturdido —, y desde que terminamos, no he sostenido contacto con él.

—Está enamorado de ti, aún —le dije, contenido.

—No lo sé, no me importa —señaló con simpleza—. Y no tenía idea de que fuera ese su número. El anterior lo borré en cuanto lo nuestro acabó. Quedamos bien, no entiendo esto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no tenía sentido, me importa una mierda Loren, no estoy indefenso ante él, lo sabes. Además, tú y yo… bueno —intentó hacerme ver.

Me acerqué quedando a poca distancia de su rostro.

—Tú y yo, somos una pareja, y aunque sé que no necesitas que te defienda, esas cosas me gustaría saberlas, ¿estamos? —aclaré con calma. Asintió tenso.

—¿No me tocabas porque pensaste que estaba viéndolo? —preguntó incrédulo.

—Sé a quién amo, Steve, y cuando habló, sin percatarse de que ni siquiera eras tú quien estaba al teléfono, comprendí que si te buscaba era porque no estaba consiguiendo de ti lo que quiere. Pero me cabreó que no me lo comentaras.

—Ni lo hará. Eso ya fue y te dije que lo nuestro ocurrió en un momento… delicado para ambos. No lo amé, ahora lo sé —aseguró logrando con ello que sonriera. Sujeté su barbilla con el dedo pulgar e índice, y lo acerqué.

—Solo no me ocultes esas cosas, ¿puedes? —pregunté con calma, yendo de sus labios a sus ojos. Asintió para enseguida terminar con la distancia entre los dos.

—Lamento que escucharas sus estupideces —habló entre besos, mientras rodábamos por la cama. Sujeté una de sus piernas, acercándolo a mí.

—Si lo veo rondando por donde estás, no quiero que me detengas —le advertí

perdiéndome en su cuello. Un gemido ronco emitió su garganta.

—No lo haré —concedió buscando mi boca.

Tendido de espaldas sobre mí, agotados, después de tomarlo con necesidad, permanecimos un rato sobre la cama, tan solo con bóxers. Jugaba con mis dedos, abstraído mientras lo observaba hacerlo. Recargó su nuca en mi hombro y buscó mis ojos.

—Brando sigue insistiendo con que le venda —dijo. Esperé, volteó el rostro y siguió moviendo mis dedos. Estaba decidido a comunicarse y no me interpondría en ello—. Las cosas están escalando. Cada vez es más idiota, las juntas son una putada. Odio sus decisiones, son arbitrarias, estúpidas, pero si no lo avalo, no me lo quitaré de encima y con lo que ocurrió, no puedo arriesgarme. Siento que me vendo por una paz que no es real —explicó y entonces comprendí más lo que venía ocurriendo con él.

Todo parecía sencillo desde afuera, pero una vez que me fui adentrando a sus pensamientos, a lo que en realidad le ocurría, dejó de serlo y sentí cierta opresión en el pecho por saberlo en medio de todo aquello, buscando manejarlo, por lo mismo aturdido y alejándose de mí.

Porque venga, su cuerpo estaba deteriorándose cada día, su hermano tras sus pasos, conociendo ahora su punto débil: yo. La cantidad de trabajo abrumadora y sus miedos en medio de todo aquello.

Una putada para cualquiera, para él, algo que debía ir sorteando como pudiera, pues no es de los que se deja vencer.

—¿Por qué dices que es más idiota cada vez? —quise saber, sin moverme.

Se encogió de hombros, restándole importancia, como si le diera lo mismo, lo cierto es que no era así. Steve temía que Brando tocara nuestras vidas, quizá incluso por ello temía entregarse del todo y ni siquiera se daba cuenta.

—Manda mensajes que dejo en visto. Está desesperado.

—Muéstrame —le pedí. Se irguió y volteó a verme, confuso—. Muéstrame esos mensajes —exigí medio cabreado.

—No tiene sentido.

¡Y una mierda!

Me levanté ojeando a mi alrededor. Con Steve ir con cuidado no me lleva a nada, he aprendido que debo empujarlo a pesar de no gustarme, de lo contrario no se muestra, se esconde y guarda la realidad. Así que, actuando de forma poco ortodoxa lo señalé.

—No te muevas de ahí —advertí.

Se frotó el rostro tenso, pero yo ya estaba en un punto entre furioso y violento, lo supo.

Bajé y di con el aparato en la sala. Lo tomé, subí de nuevo. Steve estaba de pie, con ambos brazos estirados, recargados en el mueble que está a un costado de la cama, mirando el exterior. Su espalda es un poema por sí misma, eso sin contar con ese trasero que, con aquel bóxer negro, se enmarcaba sin problemas.

Sacudí lo que me genera y me acerqué.

—No lo hagas. Está enfermo —dijo sin voltear.

—Ya me cansé de esto, me cansé de tu miedo gracias a este maldito cobarde que lo único que hace es fastidiar. Se acabó, muéstrame —ordené tendiéndole el celular, porque, aunque ambos sabíamos nuestras claves, nunca transgredimos ese límite.

Volteó, molesto. Me lo quitó y lo dejó a su lado.

—No. No tienes por qué ser parte de esto. Es mi problema, Kyroh, yo lo resolveré —determinó con firmeza.

—¡Una mierda! —estallé—. Se está inmiscuyendo entre nosotros —rugí acercándome—. Y por el maldito infierno que te entiendo, pero no lo permitiré más. Quiero verlos, ahora, Steve —insistí inamovible.

Necesitaba saber de qué estábamos hablando, qué tan lejos había llegado ese cabrón en sus amenazas, en sus jodidos insultos. Era imperioso dar con la realidad que me estaba escondiendo.

—No se está inmiscuyendo, son solos sus estupideces, estoy habituado —aseguró. Me acerqué más, negando.

—Pues no deberías. Y sí está logrando lo que se propone: debilitarte, porque tienes miedo de entregarte por completo a esta relación por miedo a lo que pueda pasar, y sí, hay cosas que no podremos controlar, pero esto definitivamente tendrá un jodido fin, porque tú mereces esta puta vida que tenemos, ¿comprendes? Porque te amo, mi familia te ama, te has labrado una vida asombrosa y no permitiré que esa sombra que siempre se cierne sobre ti, logre arrastrarte, y a mí contigo porque no pienso soltarte —exploté, dejándolo estático—. Ahora, muéstrame —exigí extendiendo la mano.

Tardó un par de segundos en tomar el celular, lo desbloqueó y me lo dio. Busqué entre sus mensajes, tenía muchísimas notificaciones sin leer, por todos lados, pero después de darle *scroll*, lo encontré.

Leí uno a uno, cada vez más furioso, asombrado también de que alguien tuviera esa mente tan asquerosamente retorcida.

Viví prácticamente en las calles, conozco lo bajo de las personas, la injusticia y el lado oscuro del mundo, vaya que sí, pero jamás dudé de mi familia, ese siempre fue mi puerto seguro y lo que nos sacó de aquella lamentable vida.

Pero Steve no lo tenía, de niño tampoco pues por lo que sabía niñeras desfilaron por su casa sin cesar. su padre fue un hombre frío y arbitrario, que descalificó cada cosa que hacía.

Su hermano era quien se llevaba todo el reconocimiento doblegándose a su voluntad, mientras él prefería ser de perfil bajo para no ser depositario de sus explosiones, aunque a veces no lograba esquivarlas.

Su madre fue un cero a la izquierda, una mujer sin carácter que jamás intercedió por él y, pronto, comenzó a pasar más tiempo fuera de casa. Pero lo llenaban de clases, de exigencias.

Tuvo una vida muy complicada y, sin embargo, ahí estaba, siendo quien deseaba ser y no podía más que admirarlo por sus agallas.

No, no permitiría más aquello.

Una vez que los leí, lo dejé a su lado, asintiendo. Lo acorralé colocando mis brazos a los lados de su cadera. Su rostro lucía inexpresivo, pero sabía que eso era una maldita fachada.

—Bloquéalo —pedí sin titubear—, mándale un correo y exige que alguien más te informe sobre lo que necesita para las juntas. Nunca más un mensaje, nunca más un correo que provenga de él. Dile que, si no lo hace de esa manera, estas putas conversaciones se filtrarán entre los accionistas y mucho más.

Me miró, tenso.

—No es tan sencillo, ya viste hasta dónde puede llegar.

—Tienes miedo, tienes miedo por nosotros y lo entiendo, ¡mierda!, claro que lo entiendo, pero ni eres un cobarde, ni él es infalible. Sé que durante años no tuvo por donde doblegarte, y no usará esto que tenemos para lastimarte. Haz lo que te digo, sé de eso y lo resolveremos. Hay formas, estoy seguro, para sacudirte a esa alimaña.

—Vi a un par de abogados, no hay mucho qué hacer. Me aconsejan venderle.

—No, no así. Aguarda. Mientras tanto estaremos juntos en esto. Mándale ese mensaje y bloquéalo, córtale todo acceso. Ese tipo de personas se alimentan del temor, no le temas.

Quitó uno de mis brazos, saliendo de mi improvisada prisión. Se llevó las manos a la cabeza, agobiado.

—No le tengo miedo, nunca le he tenido miedo —aseguró frustrado—, pero entraron a la casa, tomaron tus cosas, te siguieron. ¡Puta madre! —alzó la voz—. Si pasa algo no me lo perdonaría y no voy a jugar con eso. Está muy bien conectado.

—Yo también, cariño, no me subestimes. Vamos a terminar con esta mierda, Steve, vamos a terminarla y dejarás eso atrás, estaremos bien.

—No puedes garantizarlo —me hizo ve, nervioso, inseguro.

Sonreí acercándome de nuevo. Verlo endeble no es algo con lo que estuviera habituado, pero en ese momento solo deseé aferrarlo con fuerza y hacerle ver que estaba tan metido en esa mierda que no había notado que había opciones, que debía haberlas y por Dios que las encontraría.

—Confía en mí —le rogué sujetando su rostro entre mis manos. Dudaba, saber la razón me encolerizaba y hacía que lo amara más. Él es fuerte, determinado y decidido. Odié lo que ese hijo de puta le hacía—. Confía en mí, te lo suplico —repetí.

Respiró hondo y asintió al fin. Solté el aire y lo abracé aliviad.

Una a una se iban cerrando las brechas que se abrieron por aquella situación.

Le mandó un mensaje claro y conciso, después tomamos captura de cada cosa, las guardé en mi celular para que él no las tuviera y así no se perdieran; eran palabras grotescas, hirientes y llenas de amenaza, que en definitiva usaría a favor de mi pareja.

19. Kyroh

Esa tarde llegaron Zakariah y Desa. Mi hermano y yo teníamos que revisar algunas cosas y ella quería verlo, Steve también.

—Te ves mejor —dijo Zak, sonriendo mientras Desa rodeaba a mi rubio y este besaba su cabellera.

Se veía preciosa embarazada, exultante y alegre, aunque cansada.

—Sí, el descanso ayuda —respondió saludándolo de un apretón que mi hermano respondió para luego darle una palmada en el hombro.

—Tú también te ves bien, garrapata —bromeó a Desa, abrazándola y sacudiéndola un poco. Los dos reímos.

—No duerme muy bien —comentó su marido, mirándola con ternura, esa que solo ella lograba sacarle.

—Con esta panza es imposible —argumentó mi cuñada, frotándosela. Mi hermano colocó una mano sobre la suya.

—Lo sé, mi sol —concedió afligido.

Steve y yo los observamos. Son una pareja muy especial, que ha sabido sortear sus propios obstáculos y salir adelante.

—¿Estás pintando algo? —preguntó Des, entusiasmada. Steve negó. Sabía que era cierto. Sobre un lienzo había pintura negra, como si lo hubiese aventado, pues escurría hasta el plástico que pone debajo para no manchar, su mesa de trabajo y el propio caballete. Cuando lo vi, sentí un hueco en el pecho. Steve había estado cayendo más hondo de lo que pensé y todo se había confabulado para doblegarlo—. He estado trabajando en algo. ¿Me ayudas a ponerle música?, con esta barriga me cuesta mucho eso —pidió. Llevaba una carpeta entre sus brazos.

—Claro, a verla —respondió y se dieron la vuelta, alejándose mientras le extendía la mano para que le diera la carpeta.

Los dos los observamos, sacudimos la cabeza y nos miramos.

—Extraño escucharla tocar, aunque canta todo el tiempo —comentó mi hermano. Cerré la puerta, empatizando con la sensación.

—¿Cómo ha estado? Se ve feliz —señalé guiándolo al comedor. Resopló.

—Solo quisiera que ya naciera. Me pone nervioso ver su esfuerzo para caminar, dormir. Aunque no se queja. Des ha sido muy valiente.

Le ofrecí algo de tomar, se sirvió agua y se sentó en mi improvisada oficina.

—Estarán bien. Quién te manda a enamorarte de alguien tan menuda —bromeé. Sacó el dedo medio, reí—. Ya, fuera de broma. Está consciente de su situación, la veo. Además no le quitas el ojo de encima, está Awdry, mamá. Todo estará bien, Zak.

—Gracias, a veces necesito escucharlo. Steve se ve mejor, aunque continúa demacrado —expresó tomando los documentos que le tendía.

—Esto será lento, pero confío en que pronto sea un mal recuerdo.

—¿Demandarás por negligencia?

—Sí, estoy en eso. Aunque no quiero agobiarlo con ello. Oliver indicó que debía estar tranquilo. Estoy haciendo de todo para que así sea —aseguré. Sonrió asintiendo, observándome.

—Los dos tienen suerte de tenerse —formuló serio y comenzó a leer el documento.

Pasamos un buen rato en ello. Ya era la hora de cenar, cuando terminamos. Entonces

notamos que no se escuchaba la guitarra, ni los murmullos. Steve había estado tocando la misma tonada durante una hora, luego la perdimos de vista, supongo.

—Nos vamos —se levantó masajeándose el cuello. Ninguno de los dos nos habíamos siquiera levantado durante ese tiempo. Asentí poniéndome de pie también.

—Anda, vamos por ellos —le propuse.

Mientras subíamos, hablamos sobre el marcador de un partido, un jugador que era un completo imbécil. Entramos a mi habitación y los dos nos detuvimos. Desa y Steve dormían con la guitarra en medio de ambos y las partituras desperdigadas.

Nos miramos un segundo, luego volvimos nuestra atención a ellos. Desa parecía haber encontrado una postura cómoda con una almohada bajo su barriga. Ambos lucían tan apacibles.

Le hice un gesto para que saliéramos mientras mi hermano se rascaba la cabellera rala, sonriendo.

—No la despiertes, si no ha dormido bien, ahora mismo parece que sí —le hice ver de camino rumbo a las escaleras.

—Pues sí, la verdad me alivia que descanse.

—Nuestra madre me preparó para una guerra nuclear, hay suficiente comida. Anda, vamos —lo insté mientras observaba su alrededor.

—Me agrada tu apartamento, lo recuerdo más sobrio.

—Steve ha barrido con todo lo que era —le informé bajando.

—Sí, bueno, eso lo sabemos de sobra.

Cuando despertaron, una hora más tarde, cenamos los cuatro. Al terminar se marcharon. Steve por supuesto no tuvo problemas para dormir, de hecho en cuanto se fueron se dio un baño y cayó rendido boca abajo.

La mañana siguiente Rowe fue a visitarlo. La noche anterior, mientras él dormía, decidí limpiar aquello que hizo en su estudio. Así que cuando subieron, como solían hacer, pues charlaban sobre técnicas, artistas y demás, supe que se había dado cuenta.

Mientras hablaba por el manoslibres, discutiendo con el director de una obra que dirigía un proyecto, vi su block en la sala, ahí lo solía dejar. Al colgar miré hacia arriba para verificar que no fueran a bajar. Lo tomé intrigado. Dibuja en varias técnicas, ese era a lápiz.

Pasé las hojas deleitado por su arte. Me hacía sentir tantas cosas. Así que me detenía en cada uno de los dibujos, admirado por su facilidad. Al pasar la siguiente, mi imagen plasmada a lápiz logró erizar mi piel.

Era yo trabajando, concentrado. Sonreí, pasé a la siguiente. Yo dormido. Otra. Yo de espaldas, sobre la cama, sin camisa. Me asombró la manera en la que me percibe, o descubrirme así. Porque los detalles eran impactantes. Seguí y varios más, entonces me detuve al ver una carita trazada con círculos y líneas simples, sacando la lengua.

«Metiche»

Leí debajo de la misma. Solté la carcajada, sacudiendo la cabeza. Tomé el lápiz y escribí.

«Te voy a follar»

Lo dejé ahí, cerrado por supuesto y proseguí con lo mío. Cuando Rowe se fue, después de que habláramos sobre su pequeño, mismo que Ame estaba cuidando pues alegaba necesitar un descanso de aquello, Steve rodeó mi cuello por detrás. Me encontraba de nuevo revisando algo en la pantalla.

Sujeté sus brazos, intrigado por esa manera de acercarse. Giré la cabeza y me encontré con la suya.

—Gracias por limpiar el estudio, porque fuiste tú —susurró, mordisqueó mi oreja y se

alejó tan sereno como suele. Sonreí y volví a lo mío. Entonces lo escuché reír. Supe la razón—. Idiota —exclamó entre risas desde la sala.

Absorto en lo mío, horas más tarde, escuché su voz, esa maldita voz. Cantaba. Apagué la música de la computadora y agucé el oído, hacía un rato que había subido, asumí que a dormir pero en ese momento comprendí que no.

Sonreí al escuchar la letra. Mierda. Dejé lo que hacía y subí de dos en dos los escalones, entonces lo encontré sin camisa, con su moño alto, moviéndose un poco cantando *Satellite*, de *Khalid*, esa maldita canción a la que definitivamente no me podría ya resistir.

Me acerqué quitándome la mía, magnetizado por su voz, por él. Tomé uno de los audífonos, rodeé con una mano su tórax, la otra la introduje apenas bajo el elástico de su bóxer.

Estaba pintando de nuevo nuestras manos. Mordisqueé su hombro. Sonrió sin detenerse, entonces tomé su teléfono, y trasladé el sonido a la bocina. Lo hice girar quitándole el otro auricular y lo besé con ganas.

—No puedes cantar así, esa canción, y pretender que no ocurra nada —declaré succionando uno de sus labios. Aferró mi cuello, respondiéndome. Pronto lo llevé hasta un muro libre, donde recargara su espalda y comencé a besar su cuello, su pecho, le abrí los pantalones de un jalón sin darle tiempo de nada.

—Mierda, Ky —gruñó cuando lo lamí, tocándolo con posesividad.

—Sí, solo yo —determiné tomándolo con mi boca. Escucharlo gemir de forma ronca, aferrándose a la mesa con torpeza por lo que un par de pinceles cayeron, sentir como hundía sus yemas en mi hombro encajando sus dedos, doblarse y arquearse debido a lo que le hacía, era simplemente un deleite. Cuando logré que se corriera, me erguí. Limpié la comisura de mis labios con el pulgar, absorbiendo su imagen saciada, lánguida y le sonreí—. Debo seguir con lo mío —le informé tomando mi camiseta, saliendo de ahí, dejándolo aturdido.

20. Kyroh

Dos semanas después fuimos a que se hiciera más análisis, los revisó Oliver y soltamos el cuerpo al escuchar que iba cuesta arriba de forma rápida, aun así, debíamos esperar quince días más porque no podíamos confiarnos.

Al salir quiso pasar a una de las galerías. Accedí debido a la mejoría. Al llegar no abrió de inmediato el auto. Lo observé, arqueando una ceja.

Se veía perfecto con eso lentes *Ray Ban*, clásicos, una coleta que dejaba mechones fuera, el suéter de punto claro y vaqueros deslavados. Es atractivo hasta un punto absurdo.

No hacía mucho había salido un artículo que hicieron sobre las galerías, pues son reconocidas en su medio, en una revista de arte y entretenimiento. No es la primera vez, está muy bien conectado, conoce a muchas personas en su círculo, es respetado y tiene una interesante lista de espera para exhibiciones, además es condenadamente atractivo.

En esta última, apareció sentado sobre un taburete, con pose desgarbada, y detrás un par de sus pinturas.

La verdad es que me aturdió, me quedé como buen idiota observándolo y sé que no fui el único. Solo que Steve, aunque parece saberlo, no le importa y ese aire de inaccesibilidad, lo hace más irresistible.

Sí, quería follármelo de nuevo, aunque llevábamos semanas en las que cuando se presentaba la ocasión, lo hacía sin duda. Entre verlo pintar, recuperar su vitalidad, reír por cualquier tontería, componer por ahí otra vez, e ir retomando su vida, y que lucía más ligero, de nuevo confiado y se comunicaba con mayor facilidad, me tenía vuelto un idiota.

Al grado de que no tenía idea de si ya era buena idea continuar trabajando en casa porque me distraía con una ridícula facilidad debido a él, que no estaba bien.

—¿Cuándo piensas decirme lo que hubo entre Oliver y tú? —preguntó sacándome de golpe de aquellos pensamientos morbosos que giraban en torno a él. Arqueé una ceja, aunque tras mis lentes, iguales a los suyos—. No omito, no omitas —advirtió.

Reí sacudiendo la cabeza, con el volante aún sujeto por una de mis manos.

—Fue hace años, en la universidad, era pasante en una clínica a la que acudí para una revisión. Yo iba en segundo año. Nada importante.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó serio. Era justo, lo sabía y no me daba empacho responder.

—Un par de veces, luego nos hicimos amigos.

—¿Lo sigues viendo? —dedujo.

—Jugamos básquet de vez en cuando, junto con Loen y otros —acepté.

—¿Con cuántos más con los que has follado sigues frecuentándote? —quiso saber y me encantó ese Steve celoso, debo aceptar, porque suele ir por ahí dándole lo mismo. Fruncí los labios, pensativo—. Vete a la mierda —gruñó pretendiendo abrir la puerta.

Lo detuve, le quité las gafas y retiré las mías. Estaba confuso.

—Cuando te conocí, te dije que no tenía interés en sentir nada profundo por nadie, eso era mi vida antes de que entraras en ella. Esos hombres fueron como tantos otros para ti.

—Qué no veo, que no tengo puta idea de sus vidas.

—Nunca me importó nadie, Steve. Solo era sexo, también para ellos.

—Debiste decirme que el médico que me atiende fue uno de ellos. ¿No crees?

—Oliver tiene una pareja estable desde hace mucho tiempo, somos amigos nada más. Se hizo médico, luego las especialidades y no nos perdimos el rastro, es todo. Pero no por algo más, tampoco voy a un bar con él o cosas así, es como mi médico de cabecera. Es bueno.

—¿Y me dirás que tienes «amigos» de ese tipo en la política, en bancos… restaurantes? —inquirió entornando los ojos. Reí—. Oh, en serio vete al carajo —rugió por lo bajo buscando hacerme a un lado.

—Steve, escúchate —le pedí fascinado.

—Loren me busca y tú te comportas como un maldito cavernícola, pero me llevas con uno de tus ex parejas y debo aceptarlo así, nada más. Estás idiota —sentenció cabreado. Sujeté su barbilla, serio.

—No tengo «ex», ¿entiendes? Y no planeo tener uno. Porque tú serás mi presente la vida entera, o eso pretendo.

Me miró respirando aún agitado, pero soltando parte de su molestia.

—Debiste decirme —expresó más tranquilo, aunque aún irritado.

—No lo pensé, las dos veces que acudí a él solo pensaba en ti. Por Dios, casi te pierdo en la segunda ocasión. No podría tener cabeza para algo más que tu vida.

Observó mis ojos de forma penetrante, pensativo.

—Lo noté desde la primera vez, cuando me intoxiqué. No fue por algo que hicieron, solo lo supe —me explicó pasando saliva.

Asentí comprendiendo.

—No volverá a pasar, te lo diré, pero así como tú, conozco a muchas personas con las que no pasó de un instante y tampoco implicó nada.

—No te llevaré a un médico con el que follé —aseguró alzando una ceja. Una vena de celos apareció, aunque supe que era justo.

—¿Follaste con un médico? —pregunté a cambio. Me empujó y salió del auto.

—Eres un idiota —renegó.

Solté la carcajada, divertido por sus reacciones porque en definitiva este Steve más accesible, me atraía aún más, cuestión que ya ni me importa razonar, la verdad.

Lo vi entrar, luego lo hice yo. Había una exposición de grabado, noté. Gracias a él ya entendía un poco de ese mundo. Steve ya se había metido, Darren tenía sus oficinas ahí. Lily se acercó al verme. Nos saludamos como siempre. Nos llevamos bien, es a veces tanto ella, como Avery, mis cómplices de fechorías cuando de tomar por sorpresa a Steve se trata.

Ella aún no olvidaba esa ocasión, un año atrás, cuando íbamos a salir de viaje. Lo hemos hecho en repetidas ocasiones, pero si yo soy obseso con el trabajo, Steve es una patada en el culo.

Le avisé que pasaría por él a las dos, apenas si tendríamos tiempo para el vuelo a Argentina, país que queríamos conocer.

Llegué, pero no estaba listo. Hablaba aún con Lily, Darren y un par de chicos, sobre los detalles de no sé qué mierdas. Me saludó sonriendo, pidiéndome un minuto, se lo concedí. Diez después revisaba una carpeta, yo ya había colgado de una llamada. Negué.

—Dije a las dos, rubio —le recordé acercándome. Asintió deprisa.

—Sí, solo es un prospecto —explicó pasando una página. Le quité el folder, arrugó la frente, se lo tendí a Lily sonriente. Esta lo tomó entre riendo y expectante.

—Estaba leyendo —alcanzó a decir cuando me agaché y lo colgué sobre mi hombro—. ¡Ey, carajo! Kyroh, qué mierdas, bájame —exigió.

Lily soltó la carcajada, Darren sacudió la cabeza, divertido.

—Nos vemos, chicos, cualquier cosa no le hablen, son vacaciones —les dije volteando a penas, guiñándoles un ojo. Mientras, Steve buscaba bajarse y ellos se despedían entre risas.

—Eh, vamos, no vas salir a la calle conmigo a cuestas —se quejó resignado.

A algunas personas no les agrada presenciar la interacción entre dos hombres, lo cierto es que me importa una mierda, más cuando se trata de él, porque no se trata de ellos jamás y si no lo entienden, no puedo hacer nada al respecto.

—Pues sí, es el plan, no quiero perder el vuelo —le informé y lo bajé frente al auto. Abrí la puerta y lo insté a entrar. Entornó los ojos acomodándose la ropa y el cabello. Algunos transeúntes nos miraron, la mayoría en realidad sonreía.

—No vuelvas a hacer eso —ordenó sin estar molesto.

—Lo haré las veces que sea necesario. Ahora vámonos, tenemos un vuelo —le recordé abriendo de más los ojos. Rio rodando los suyos.

—Eres insoportable.

—Este insoportable quiere irse de vacaciones, contigo. Anda —lo apremié y entró relajado.

Siempre que me ve Lily, recuerda eso en especial y por supuesto Steve no volvió a desafiar su suerte y estaba listo justo a tiempo.

—Esta está increíble —comenté señalando una de las obras; se trataba de una rueca enorme, con una mujer usándola. Ella comenzó a hablarme con conocimiento de la técnica, sobre el artista y demás detalles.

—¿Está Steve? —escuché de repente que alguien le preguntaba a la joven de la recepción. Volteé despacio. Lily se tensó enseguida mirándome de reojo. Era Loren y por su actitud conjeturé que ya había estado ahí en varias ocasiones, aunque seguramente el rubio no supiera.

Esperé cruzándome de brazos. Loren parecía tranquilo, como si fuese lo más normal preguntar por mi compañero. La joven me miró negando, tensa.

Entonces él volteó siguiendo sus ojos. Ladeé el rostro sin moverme. Lily se puso más nerviosa aún, noté de reojo.

—¿Qué haces aquí? —quise saber, sin acercarme.

Loren metió las manos en su pantalón tipo cargo, bastante a la moda, debo agregar. Su cabello claro lo llevaba cuidadosamente peinado y con su barba recortada, parecía listo para una sesión de fotos. Atractivo, sin duda. Quizá la misma estatura de Steve, solo un poco más ancho, aunque menos que yo.

Lo cierto es que me parecía uno más del montón. No distinguía algo que lo diferenciara de la cantidad de tipos como él, salvo el hecho de que estaba tras mi hombre y eso vaya que lo diferenciaba.

Su mirada arrogante se posó sobre mí, ladeó la boca y se acercó. No me moví, aun así.

—Es obvio, ¿no? —respondió con suficiencia y entonces la testosterona subió a mi cerebro y quise romperles las pelotas, sin embargo, solo negué fingiendo ingenuidad. Rio de forma socarrona, sin amedrentarse—. Está, ¿no es así? —le preguntó ahora a Lily.

—No puede pasar —respondió ella, tensa.

—Márchate por favor —le pedí apelando a esas buenas formas que mi madre insistió que aprendiera pero que me costaba mucho emplear en ciertos casos, como ese, por ejemplo.

Se pasó una mano por el cabello.

—Aquella vez me tomaste desprevenido, amigo, ahora no. Y no te tengo miedo. Ese hombre fue mío antes que tuyo y tengo toda la jodida intención de que vuelva a ser así —aseguró

logrando con ello enfurecerme porque de ninguna puta manera Steve había sido suyo.

Noté de reojo que la chica de la recepción se levantaba, entrando a las oficinas.

—Eso no ocurrirá. Por mucho que lo llames, que vengas, no pasará y la verdad estoy comenzando a creer que una jodida orden de restricción te lo hará ver, porque ya me estás calentando las pelotas con tu necedad —le hice ver con calma, bajando los brazos.

Loren retrocedió un poco, aunque no tanto como deseaba. Realmente quería romperle la nariz al muy imbécil, las piernas, la estructura ósea en realidad.

—Pues quiero que me lo diga él. Contigo no tengo nada de qué hablar, solo pareces su puto guardián, su perro.

OK, ya estaba cabreado, aun así, respiré hondo. Steve se había metido algo irritado a las oficinas, además, no mostraría lo que me generaba sus estupideces.

Me rasqué la barbilla e introduje las manos en las bolsas del vaquero porque si no lo molería a golpes.

—Quiero que saques tu culo de aquí o te romperé no solo la cara, si no las putas piernas, ¿entiendes? Yo no bromeo, no con imbéciles como tú.

—Si me tocas te atienes a las consecuencias, idiota, te lo advierto —me amenazó—. O ¿tanto miedo te da que me acerque? Digo, porque mal gusto no tiene, eso seguro —determinó mirándome de arriba abajo mordiendo su labio inferior de forma que pretendía ser provocativa, pero que era tan superficial que me dio asco—, sin embargo, nadie es como él y tú eres muy violento para mi gusto.

Respiré hondo. Lily no se movía, estaba alerta.

—Señor, es mejor que se marche —pidió de nuevo, conciliadora.

—Oh, vamos, Lily, no seas pesada. Sabes bien mi nombre.

—Bien, no te irás, no temes que te rompa la cara, y crees, de alguna forma que Steve, después de años a mi lado, de que tú lo traicionaras, dejará todo por volver a ti. Es abrumadora tu seguridad, debo aceptarlo —declaré acercándome.

Ahora sí retrocedió inteligentemente porque lo mataría.

—Tenemos una historia —dijo con tono determinado.

—Que tiraste a la mierda, te recuerdo —le hice ver arrogante, avanzando, él retrocediendo.

—Señor, márchese —repitió Lily, ahora sí muy nerviosa.

Unos clientes entraron, noté de reojo.

—No hasta que hable con él.

Sin poder contenerme ya, lo tomé por la camisa con ambas manos. Lily emitió un sonido de asombro. Loren aferró mis manos, nervioso, me importó una mierda. Lo acerqué a mi rostro, escondiendo la rabia ensordecedora que me corroía porque no pensaba permitir ni una pendejada más en nuestras vidas, ya no.

—O lo dejas en paz, o te buscaré, te encontraré, acabaré con tu maldita carrera de mierda, te hundiré y luego, luego te quitaré esa cara de imbécil que tienes a golpes, sin que puedas detenerme. Porque escúchame bien, idiota. Cuando te has criado en lo más bajo, cuando conoces el mundo tal como es, tipos como tú son como una puta astilla en el dedo a la que hay que arrancar de raíz, sin dudarlo, sin temor, solo sacarla de ahí.

—Suéltame —rugió por lo bajo, ahora sí asustado. No lo hice, por supuesto, en cambio le sonreí.

—Te estás poniendo en mi radar, no quieres eso, te lo aseguro.

—Me estás amenazando —gruñó aferrando mis manos, buscando soltarse. Reí negando.

—¿Eso parece? Yo creo que en realidad estoy describiendo tu maldito futuro si no sacas tu trasero de aquí y te alejas de mi hombre de una puta vez. Porque, aunque no conseguirás nada, estorbas. Eres como esa maldita astilla y bueno, tendré que deshacerme de ella, como sea —establecí soltándolo.

Trastabilló, acomodándose la camisa que ahora estaba arrugada gracias a mí.

—Ya escuchaste, sal de aquí —ordenó aquella voz que amo. Los dos volteamos.

Steve estaba recargado en un muro, con los brazos y piernas cruzadas. Lucía tan jodidamente tranquilo e inaccesible que no atiné a moverme. No me veía a mí, sino a él. Lo cierto es que no tenía idea de cuánto tiempo llevaba ahí, presenciando aquello.

—Steve, escucha —pidió el pendejo de Loren. Este negó, inexpresivo, luego se acercó despacio hasta quedar a mi lado.

—No, no quiero ni tengo que escucharte. Deja de llamarme, deja de venir. No me interesa absolutamente nada de lo que quieras decirme. Cruzaste el límite y no lo permitiré, Loren. Márchate —repitió con voz firme, desprovista de cualquier sentimiento agradable, sino fría, amenazadora.

—No puedes hacer esto. Teníamos algo —insistió. Steve volteó con la chica de la recepción, templado.

—Marca a la estación —ordenó sin titubear, la joven asintió y yo no supe qué hacer. Entonces se acercó a él, con las manos aún en los bolsillos del pantalón, ladeó el rostro y esperé porque si el idiota ese le ponía un solo dedo encima lo molía a golpes—. El acoso está tipificado, tengo testigos y pruebas del tuyo, así que como yo veo las cosas, tienes dos opciones —le hizo ver alzando dos dedos y señaló uno—. O sales de aquí y no volvemos a saber el uno del otro. O comenzamos un proceso. No me detendré, lo sabes —lo amenazó así, tan elegante como es él, tanto que casi me encuentro riendo, pero me abstuve.

Loren pestañeó, aturdido, ofuscado también. Negó incrédulo.

—Solo quería una oportunidad —señaló, para luego mirarme de esa maldita manera lascivia que conozco, lo repasó a él, respiró hondo y expulsó la peor de las estupideces dichas hasta ese momento—. Yo no tendría ningún problema de que los tres…

Me pasé la mano por el rostro. En su puta vida le volvería a poner un jodido dedo encima, ni siquiera para hacerlo a un lado. Lo.mataría.punto.

Steve se acercó un paso más a Loren.

—Nadie lo toca salvo yo —declaró con una contundencia que logró excitarme.

No es posesivo, nada más lejos, así que escucharlo decir aquello me calentó.

Loren retrocedió abriendo de par en par los ojos. Nos miró abriendo y cerrando la boca

—¿Exclusividad? —pudo decir.

—No responderé a nada más. Sal de aquí —pidió indicando con el dedo índice la salida, increíblemente calmado.

—¿Lo amas tanto? —preguntó Loren con voz ahogada, dando un par de pasos hacia atrás. Steve no se movió—. Sí, lo amas. —Al fin comprendió el muy idiota, quizá se había escapado del psiquiátrico o algo. Negó enseguida con los ojos enrojecidos—. Tú ganas —aceptó alzando las manos, vencido. Casi suelto el aire, Lily lo hizo a mi lado. Ya estábamos de nuevo solos en aquel lugar, evidentemente los clientes habían preferido marcharse—. Solo… solo si él no es lo que esperabas, estaré para ti —susurró acongojado.

Rodé los ojos.

Steve seguía señalando la salida. Loren se dio la media vuelta y salió, logrando con ello que Lily se doblara sobre sí misma, aliviada. Arqueé una ceja al verla.

—Si regresa, me avisan —les pidió a las chicas. Ambas asintieron. Luego posó sus ojos azules en mí y ladeó la cabeza pidiendo con ello que nos fuéramos. No supe descifrar su gesto pero asentí.

Cuando estuvimos dentro del auto, aferré el volante recargando en el respaldo la nuca. Sé que esas escenas lo enervan, pero no me iba a disculpar, ni en sueños lo haría, lo cierto es que su actitud ahí adentro me había puesto duro sin remedio y todo en conjunto me tenía contenido.

Recargó el codo en la puerta, con un par de dedos sobre sus labios, serio.

—Si no conduces, no podré follarte con mi boca y es justo lo que ahora mismo quiero hacer —dijo tomándome por sorpresa, volteé aturdido. Sonrió sin verme. Encendí el motor sacudiendo la cabeza comprendiendo que no diría nada sobre lo ocurrido, como prometió y sus labios en torno a mí, hicieron que olvidara todo lo demás.

No hablamos sobre eso, pero prometió que si él lo volvía a buscar me lo diría, asegurándome de que haría justo lo que le advirtió. Lo sabía capaz, por supuesto que sí.

En el desayuno, un par de días después, masticaba un pedazo de zanahoria cruda, me observaba recargado en la barra interna, mientras yo cocinaba huevos y tocino para ambos.

—Me gustaría que fuera en un jardín —comentó de repente. Volteé sin comprender. Mordió otro trozo, pensativo. Sonreí perdido—. Nada grande, al contrario. Algo íntimo —continuó y entonces comencé a entender, sintiendo algo agradable y cálido recorrer mi pecho, pero no lo interrumpí. En cambio apagué la estufa. Ya estaba listo y volteé del todo recargando mis manos sobre la superficie. Posó su atención en mis ojos, sonreía—. Camisa y pantalón de lino, claros, porque hará calor. ¿Descalzos? —preguntó dudoso, torciendo los labios.

Sacudí la cabeza. De un movimiento lo tomé por la nuca y lo besé con exigencia. Pronto su mano rodeó mi muñeca, mordisqué su labio inferior y asentí, muy cerca aún.

—Descalzos está bien —concedí sonriendo aún con mayor fuerza.

—Quiero que caminemos juntos, de la mano.

—Para el calor faltan tan solo un par de meses —le hice ver. Asintió con sencillez. Volví a besarlo, perdiendo mi lengua en su interior, mientras la suya encontraba la mía.

Durante el desayuno profundizamos al fin en el tema. No era elaborado lo que queríamos y sí muy discreto, sobrio y tranquilo. El matrimonio del mismo sexo en Illinois es legal, por lo que llevar a cabo nuestra unión, no tendría complicaciones.

No podía quitarle los ojos de encima, me tenía absolutamente vehemente, y eso que ya llevábamos poco más de tres años juntos. Algo componía en la sala con la guitarra en su regazo, con el lápiz entre sus labios. Ya pintaba de nuevo y reía, reía de cualquier cosa.

Steve volvía a ser el de antes, mejor aún, porque lo que solía detenerlo ya no estaba. Derribar cada uno de sus muros había sido una tarea que había estado disfrutando.

Esa tarde, en un arrebato, me levanté sin importarme una mierda nada, me acerqué, le quité la guitarra colocándola a un lado. La observó y luego a mí, contrariado.

—Kyroh, estoy… —iba a decir cuando me agaché y alcé en mi hombro—. Eh, estaba componiendo, bájame —exigió buscando enderezarse. No le hice caso y me dirigí a la escalera, dejó de luchar—. Oh, mierda —susurró comprendiendo lo que pasaría.

Solté una carcajada. Avancé palmeando su trasero y cuando llegamos a nuestro destino lo puse de pie sin soltarlo. Aún tenía mareos esporádicos, además la sangre se la había agolpado en la cabeza.

—Necesito curarme de un trauma —comencé antes de que él pasara de mí. Arqueó una ceja retirándose el cabello de la cara.

—¿Un trauma? ¿Qué trauma, fortachón? —preguntó burlón, cruzándose de brazos. Me rasqué el cuello, negando como si fuese grave.

—Uno que tú generaste.

—¿Yo? —repitió perdido, sonriendo, siguiéndome el juego.

Asentí fingiendo agobio.

—Sí, y dicen los psicólogos que los traumas hay que enfrentarlos.

—¿Y cuál es tu trauma?

—Lo que me dijiste el día que regresamos del hospital, esa cosa rara de que ya no te deseo.

—Eres un idiota —rio rodando los ojos, con la intención de marcharse, pero lo detuve por la muñeca.

—Sí, uno con trauma, que busca curarse y lo estás entorpeciendo —le hice ver muy seguro. Steve asintió comprendiendo, se pegó a mí, yo sonreí triunfal y enseguida sentí sus manos desabrochar mi vaquero.

—Resolvamos esto, entonces —decidió bajándolo, sin dejar de verme.

—Necesitaré varias sesiones, fue severo —aseguré buscando morderle el labio, se alejó sonriendo con malicia.

—Veamos —determinó hincándose al tiempo que dejaba expuesta mi excitación. Dejé escapar un gruñido cuando su boca me envolvió.

—¡Mierda! —silbé aturdido, porque no era esa mi idea inicial, pero este hombre había tomado el control y, joder, no me opondría.

Me corrí en medio de un sonido ronco que emergió de mi garganta. Jadeando aún, lo sujeté por el cuello haciendo que se irguiera y lo besé con lujuria.

—¿Alguna mejoría? —preguntó cuándo le di un respiro, sin soltarlo.

—Carajo, no. Ahora estoy obsesionado, rubio —declaré arrinconándolo contra un muro y abrí su pantalón.

—Joder —logró decir antes de que lo tomara por completo.

Desa dio a luz un par de días más tarde. Khaya llegó a este mundo sin ningún problema, aunque poco antes de tiempo, y sí, fue una bebé grande para ese cuerpo menudo de mi cuñada, por lo que la cesárea fue inminente.

Ver a esa pequeña personita ha sido una de las cosas más especiales que he vivido. Zak estaba exultante, Des orgullosa y sanas las dos. Steve la cargó antes que yo, le sonreía mientras la mecía, luego me la pasó y conocí otra clase de amor. Toda la familia estaba enamorada de ella. Como si fuese posible lo contrario.

21. Steve

Regresábamos a casa dos semanas después de mi último chequeo, pero en esta ocasión fue más largo que el anterior. Oliver, el médico con el que Kyroh se había acostado años atrás, me aseguró que en dos semanas más aquello sería un mal trago.

Verlo no me causaba ni tantita gracia. No soy celoso pero, joder, realmente mi obsesión por Kyroh llegaba al grado de no tolerar saberlo con alguien más. Lo cierto es que no volví a tocar el tema. Hasta yo entendía que no tenía sentido.

Salí de ahí siendo consciente de que el siguiente año debería ser cuidadoso con mi alimentación, descanso, vitaminas y revisarme periódicamente. Pasando ese lapso podría decir que lo había logrado del todo. Una putada. Lo sé.

La demanda por negligencia médica ya estaba en curso, así como una queja en el hospital y la verdad es que no soy una persona vengativa, pero pude no haber tenido suerte y esto me habría costado muy caro.

Llegamos a casa casi a la hora de cenar, me encontraba exhausto. Varios análisis, estudios. No imaginé que fueran a ser tan meticulosos. Horas esperando, que Ky amenizó, sin duda, pero que me mantuvieron en alerta. Necesitaba que todo saliera bien.

Cuando entramos al apartamento añoraba una ducha con urgencia, quitarme ese olor a hospital. Kyroh asintió yendo rumbo a la cocina. Prepararía la cena.

Durante esas semanas se hizo cargo de absolutamente todo y eso también me desagradaba, la carga era muchísima, aunque jamás lo mencionó, incluso parecía alegre de estar en casa, conmigo.

Es fácil estar a su alrededor.

Cuando llegué a la planta alta, noté como el cansancio aumentaba. Fui hasta la habitación entonces sentí ese maldito mareo, la sensación de estar flotando debido al aturdimiento. Me tomé de un muro para sentarme, como me habían indicado, pero no logré hacer nada porque él ya estaba a mi lado y me aferraba por la cadera con firmeza.

Solté el aire, aliviado, esa es la verdad y permití que mi peso descansara en su costado.

—Ya llevaba días sin que pasara esto —pude decir. Entonces me tomó en brazos. Me sujeté de su camisa, ofuscado—. Kyroh, no —proferí incómodo. No me respondió y me dejó sobre el colchón. Lo miré aturdido.

—Sé que no te gusta sentirte débil, pero así están las cosas, rubio, no lo compliques —pidió conciliador. Resoplé recostándome, negando.

Eso era una mierda. ¡Tenerme que cargar! Cuando enfermé del estómago lo hizo. El simple recuerdo me aprieta los intestinos. No porque él lo hiciera, era necesario, sino por la sensación de indefensión que despertó en mí el hecho en sí.

Suspiró de manera pesada y se sentó a mi lado.

—Me siento como el cliché de una mujer en apuros cuando me alzas, no puedo evitarlo y me revienta, no soy de cristal, tampoco una chica —gruñí diciéndoselo de una vez y es que las mujeres no me desagradan, pero no soportaba esos ademanes femeninos en mí, sé que hay gustos, él mío no es ese.

Se rio colocando los brazos a los costados de mi cadera. Sus iris oscuros se posaron en los míos, con intensidad.

—Eres mi hombre y si las cosas fuesen al revés, harías lo mismo —determinó. Sonreí

negando, abriendo los ojos demás.

—Podría evitarte un buen golpe, pero cargarte… Amigo, no —declaré repasando su ancha espalda, los músculos que estaban a los costados de su cuello.

Su complexión y la de su hermano son de llamar la atención; la altura, las espaldas, las piernas. Ellos son hombres grandes, Zak un poco más, pero no tanto como para que Kyroh luzca pequeño a su lado. Rodó los ojos.

—Para tu suerte, yo puedo hacerlo. Deja eso ya —exigió relajado. Lo hice a un lado. Se alejó observándome.

Estaba silencioso ese día, además esa era una batalla perdida porque sabía que lo haría de nuevo si era necesario y vamos, si pudiera yo también reaccionaría igual por él, sin duda.

—Me daré una ducha —anuncié buscando incorporarme, pero de nuevo me sentí aturdido. Enseguida hizo que me tumbara, sujetando mi hombro.

—No moverás ese maravilloso trasero de aquí, ¿entiendes? —sentenció. Crucé un brazo por mi frente, como suelo, y aspiré con fuerza.

—Se supone que estoy mejorando, esto ya es demasiado, no puedo continuar con mi vida en pausa —murmuré frustrado.

Su mano rodeó la mía y la quitó de mi frente, se acercó y clavó otra vez sus ojos sobre los míos. No me moví, solo pude contemplarlo, y es que, joder, amo cada parte de él, es una locura.

—Hemos hablado de tus miedos, pero creo que debes conocer los míos, ángel —dijo repasando mi rostro. ¿Sus miedos? Enseguida me intrigó y decidí no interrumpirlo—. Conoces mi pasado, eres el único fuera de mi familia con el que lo he compartido. Sabes a qué se deben las cicatrices, las enfermedades constantes, el disparo que recibí…

Sí, lo sabía, tiempo atrás se abrió a mí por completo. Sesiones de preguntas interminables. Pasajes donde él no recordaba mucho debido a aquella bacteria en su niñez. Su determinación y la de su hermano por salir adelante. La exigencia y atenciones de Kindah, quien jamás los subestimó debido a ello, al contrario. Su abuela. Las apuestas…

Un chico complicado en una situación más complicada. Las peleas de Zak para sacar dinero y ese balazo que recibió que casi le cuesta la vida. Esa cicatriz que detecté la primera noche que pasamos juntos.

Kyroh conoce la muerte, la tuvo rondando muchas veces a lo largo de su niñez, de su adolescencia, comprendí en aquel tiempo, así como su forma cínica y arrogante, su frialdad con las personas poco allegadas, y su sentido del humor tan negro que puede resultar una patada en el culo. Lo cierto es que mi admiración por él, escaló varios peldaños y supe que era un hombre difícil de romper, debido a ello.

—Steve —me nombró acercándose un poco más—, mi más grande temor es ver a quien amo pasar por una situación como esta. Las enfermedades no son algo con lo que sepa lidiar. Me aterra pensar que pude haberte perdido, que pueda pasarte algo y ante ello, me siento indefenso, porque no podría hacer nada. Te amo de esta jodida manera en la que tiemblo y me lleno de terror de que te suceda cualquier cosa. Y mira. La vida, de alguna manera, pone frente a uno los más grandes temores.

—Estoy bien, Kyroh, Oliver lo dijo —le intenté hacer ver, colocando una mano sobre su cuello, acariciando con mi pulgar su pulcra barba recortada. Asintió besando mi dedo.

—Lo sé, ángel mío, de lo contrario ya estaría enloqueciendo, te lo aseguro —susurró—. Solo ve con calma. Lo que pasó no es un juego, lo sabes bien. Cuidarte, Steve, ha sido de lo mejor que me ha pasado, poder ver cómo te fortaleces cada día, así como lo nuestro, me da paz en medio de esta mala pasada. Te suplico, te ruego, que tengas paciencia. La salud es lo más

importante que tenemos, sin ella no hay nada, ¿comprendes?

Sonreí asintiendo.

Mostrar la vulnerabilidad a quien más amas y te ama, no te vuelve débil, en realidad fortalece el vínculo y genera lazos más sólidos. Eso aprendí en aquel momento, gracias a él.

—Estaré tranquilo, te lo prometo —aseguré conciliador, recargándome en un codo para besarlo. Sujetó mi nuca y profundizó el roce, despacio.

—Iré a preparar la cena y tú no te moverás de aquí hasta que suba de nuevo, ¿estamos? —pidió soltándome, repasando mi labio con su pulgar.

—Veré si puedo terminar esa película que llevo intentando acabar durante dos semanas —le informé buscando el control del televisor. Lo tomó de mi buró y me lo tendió.

—Eso me agrada, no tardo.

—Ky —lo llamé, antes de encender el televisor. Volteó con las manos en los bolsillos del vaquero, en el marco de la puerta.

—Lamento todo esto —le dije. Sonrió negando.

—Yo solo la parte en la que llevará un tiempo que estés bien por completo, pero jamás una enfermedad cobró tanto significado para mí —declaró para enseguida guiñarme un ojo y alejarse. Lo cierto es que para mí tampoco.

—Rubio… —escuché a lo lejos. Me removí y enseguida su mano acariciando mi cabello me despertó. Abrí los ojos, tardando un poco en orientarme. Su mano continuaba ahí. Respiré hondo y lo enfoqué, le sonreí—. Caíste profundo, pero debes cenar —me informó. Estaba en cuclillas de mi lado de la cama.

Me arrastré para quedar sentado.

—Mierda —me quejé al ver el televisor, él se levantó—. De nuevo la jodida película terminó, no sé ni donde carajos me quedé —refunfuñé pasando una mano por mi rostro. Se rio.

—¿Cuál era? —preguntó tomando el mando, la detuvo y leyó el título—. Esa ya la vi, ¿quieres que te la cuente? Es buena, aunque quizá no tanto, por eso acabas dormido —justificó tendiéndome una mano. Se la di y de un jalón me incorporé, esperamos a que me estabilizara.

—Dale, porque al paso que voy jamás la terminaré —lo insté mientras salíamos de la habitación.

Iba rumbo a las escaleras, negó señalando la habitación donde había un enorme televisor, un sofá en L bastante cómodo y grande, junto con una mesa en frente. Al fondo estaba su escritorio, y un par de estantes llenos de libros que ha leído, algunos yo también. Un par de pinturas mías, su computadora.

Al entrar sonreí. La cena estaba dispuesta en aquella mesa.

—Esto me agrada —dije. Me tomó por el hombro, venía tras de mí y besó mi cabeza.

—Lo sé, anda —me invitó pasando a mi lado. Prendió el sonido poniendo algo de *blues* y nos acomodamos sobre la alfombra.

Eran unos emparedados de pollo empanizado, aderezados y con bastantes vegetales, como me gustaban. Además de una botella de vino recién abierta.

Durante la cena me contó la película, como propuso. Al terminar hablamos sobre otras que habíamos visto del estilo. Entonces me planteó ver una que aseguraba no me dormiría.

Eso estaba por verse, así que acepté el reto.

—Iré a dejar esto abajo, ¿la buscas? —preguntó. Fui por el mando y eso hice.

Cuando regresó ya la había encontrado. Se dejó caer sobre el sofá largo.

—Ven —pidió, lo miré sobre mi hombro y ya me hacía un hueco con su brazo. Me acerqué, los dos cabemos ahí sin problemas. Recosté mi cabeza sobre su hombro, flexionando

una de mis piernas para meter el pie entre las suyas. Tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos.

—Gracias por la cena, te quedó muy bien —comenté alzando un poco el rostro para verlo a los ojos.

—Es fácil complacerte, mientras sea hecho en casa, jamás te quejas.

En eso llevaba razón. Le puse *play* a la película y noté su nariz sobre mi cabello, suele hacer eso. Luego la mano que estaba tras de mi cabeza, lo acarició.

—Siempre hueles a esto… Que no sé qué es —señaló, aspirando de nuevo con fuerza.

—¿A cama? —pregunté porque la verdad era que ya hasta temía que se me hiciera un hoyo en el cuero cabelludo de tanto que dormía.

Se carcajeó, pero volvió a respirar hondo.

—No, como a fresco, a ti. Desde la primera noche lo detecté y pensé que era algo que te ponías, pero no, eres tú. Me gusta —declaró con su voz ronca, que contrastaba con lo que me decía.

—Tú siempre hueles a limpio, no importa de dónde vengas, así hueles.

—Tengo un humor fuerte, he aprendido a cuidar ese aspecto.

—Te follaría así olieras del carajo —aseguré. Se rio de nuevo al tiempo que hacía girar mi rostro y buscaba mi boca, se la ofrecí enseguida.

Tuvimos que regresar la cinta al darnos cuenta de que había avanzado. Enredó mis dedos otra vez en los suyos.

—Estos anillos, nunca te he preguntado de dónde salieron. O si significan algo —curioseó.

Los miré. Eran tres. Dos en una mano. Uno en la otra. El de mi dedo pulgar era uno de plata oscurecida liso, otro en el dedo medio o corazón era una trenza gruesa negra de alguna piedra. Esos eran los que miraba.

—Cuando fui a Sudamérica, este me lo dio una mujer, por gratitud, supongo.

—¿Gratitud? —repitió interesado. Observé el anillo de plata.

—Sí, te dije que fui a ayudar, me lo dio por ello. O eso creo.

—¿En qué ayudaste exactamente? —quiso saber. Respiré hondo.

—Cuando entré con Lira, tuve un frenesí por ser útil, ya te dije. Ese verano me inscribí en una organización que manda voluntarios a zonas de desastre o que necesitan ayuda. Hubo un derrumbe por las lluvias, decidí cooperar. Ahí me dieron ese anillo.

—Vaya… ¿Por qué no sabía eso?

Me encogí de hombros. No era algo que ocultaba, pero me parecía de mal gusto estar alardeando esas cosas.

—¿Y este? —quiso saber.

—Ese lo encontré en un mercadillo de Chile. Fui a ayudar a unas colectas. Es un país increíble.

—Eres sorpresa tras sorpresa —expresó llevándose mi mano a la boca—. Nunca te he escuchado hablar español, cómo hacías.

—Lo hablo poco, lo suficiente como para darme a entender, ahora Desa me ha enseñado algunas cosas nuevas.

—Entiendo —aseguró pensativo, cuando habló había pasado casi un minuto, el mismo que lo observé—. ¿Sabes? Cuando Beth murió, fue duro. —Sabía quién fue esa mujer, era la razón por la que Kyroh había logrado superar las consecuencias de aquel disparo, además de lograr la calidad de vida que ahora tienen—. Estaba enojado, enojado con ella, por su decisión. Y mi madre lo notó. Aquella tarde me encontró en el jardín de su casa, bebía y ya estaba medio

ebrio. Entonces me dijo algo que cada día contigo, cobra más sentido, para Zak también, supongo…

Lucía ausente y esa tarde en especial parecía diferente, sosegado, suave y lo percibía un tanto nostálgico. Después supe que era debido al temor de que todo estuviese bien conmigo en la revisión.

—Kindah siempre dice cosas interesantes… —murmuré sonriendo. Asintió acariciando mi rostro, mirándome con intensidad.

—Lo sé, así es ella y en esa ocasión me dijo que había personas que venían a este mundo para dar. En aquel momento me reconfortó, porque Beth fue alguien importante para mí, pero ahora lo entiendo del todo. Tú eres de ese tipo de personas, Steve —susurró logrando con ello desestabilizarme.

—Mis motivos han sido más egoístas, Kyroh. Yo necesitaba de ellos, de eso —intenté hacerle ver. Sonrió negando, pacífico.

—No, rubio, tú encuentras sentido en ello, por eso lo haces. De lo contrario harías algo más. Tú eres simplemente así, un hombre que da.

Volteé mi rostro, creyendo que de verdad no era lo que aseguraba.

—¿Por qué aquella noche no me respondiste? —pregunté de pronto evocando el desmayo, el dolor de saber que me estaba dejando solo. Noté que se tensaba, soltó el aire y continuó repasando los nudillos de mi mano.

—Porque estaba cabreado. Esa es la verdad. Fui un imbécil. Desde que me lo dijiste en el hospital solo puedo pensar que te fallé. Debía estar para ti, bajo la circunstancia que fuera. Jamás llamas, pero mi jodido orgullo debido a lo de la cena, a tu lejanía… A Loren. Lo lamento, Steve.

—No fue agradable, aunque creo que lo entiendo, tampoco pasó nada. Solo quería saber.

—¿Nada? —se mofó irritado—. Te desmayaste en tu auto, solo, porque el imbécil de tu compañero no podía ver más allá de su frustración y notar que llevabas días ojeroso, que si no dabas pelea era porque simplemente no podías. Joder, si te quedabas dormido con ropa, arrastrabas los pies.

—Lamento no ir a la cena, debí decirte. Solo que… sabes que no me gustan esos eventos, es incómodo. Sé que a la mayoría de esos hombres no les hace gracia que lleves a tu pareja —me sinceré.

Kyroh sujetó mi barbilla para que lo mirara. Su ceño estaba fruncido.

—No te esconderé, jamás lo haré. Estamos en pleno siglo veintiuno. Eres mi pareja y no busco que lo entiendan, pero lo tendrán que respetar. Evitarlo no es la solución, Steve. ¿Crees que no lo noto? Si no soy idiota, pero es su problema. No mío.

—Esa noche estaba muy cansado para lidiar también con ello. Lo siento —pude decir. Sonrió comprensivo y besó mi boca, lento.

—Olvidé aquella cena, por lo mismo que no te contesté. Lo que hiciste fue ponerme en mi lugar. Tú estabas pasando por cosas que no supe ver.

—No tenías cómo saberlas, Kyroh.

Cerró los ojos y paseó su nariz por mi rostro. Luego me miró de nuevo.

—Eres mi pareja, Steve. Había muchas señales. Pero debes saber algo, eres lo más importante para mí, eres mi prioridad por encima de lo que sea, ¿comprendes? Y jamás, jamás volverás a pasar por algo semejante solo. Te lo prometo.

Le sonreí, volteándome del todo, rodeé su cuello y lo besé ahora yo. Pronto sujetó mi nuca y me acercó por la espalda, para profundizar el roce.

—También eres lo más importante —logré decir cuando nos separamos para tomar

aliento. Mordisqueó mi labio inferior, sonriente.

—Te amo, ángel mío —murmuró con una dulzura atípica en él, en nosotros, en realidad. Me acomodé de nuevo y noté que no habíamos puesto pausa.

—Mierda, en serio tengo un problema con las películas, ya va a la mitad —me quejé deteniéndola. Kyroh soltó una carcajada ronca.

—Dame eso, estamos en el siglo veintiuno, ¿recuerdas? Solo la regresamos y listo —señaló con burlona practicidad.

—Eres insoportable —gruñí. Se carcajeó de nuevo, mientras le ponía *play*.

22. Kyroh

Semanas más tarde Steve fue dado de alta, sin consecuencias en su organismo. Yo no me moví de ahí hasta que nos aseguraron y demostraron que todo estaba en orden.

Aquel mes y medio, a pesar de la angustia y su salud, ambos las recordamos de manera especial.

Un par de tardes logré que los niños del refugio fueran a verlo, luego, conforme se sintió más fuerte, comenzó a pasar un par de horas ahí, mismas que yo aprovechaba para hacer los pendientes que en casa no podía.

Comía bien, dormía estupendo, pintaba sin cesar y compuso muchísimo, jamás volvió a refunfuñar por su salud. Pronto comenzó a bajar las escaleras con su típica agilidad, a tararear tonadas todo el tiempo, pero cuando cantaba aquella canción, o uno de los dos silbábamos la tonada, todo se tornaba en deseo, necesidad y avidez.

Mientras estuvimos ahí, fuimos detallando lo que queríamos para el día en que nos uniéramos definitivamente. Reímos bastante y desechamos varias ideas.

Al final elegimos, tal como queríamos, lo más sencillo. Colores neutros, nada de adornos dulces, o tiernos, una sesión de fotos que una amiga mía quiso regalarnos, a blanco y negro, sin poses, solo con siendo quienes somos.

Cuando estuvo restablecido, llegó el momento de enfrentar a Brando, así que lo esperé afuera de *Mintrack* mientras tenía la junta de accionistas. Al terminar le diría lo que tenía en mente, lo que podría acabar de una jodida vez con esa putada.

Salió serio, entró frotándose la sien al auto. No me agradaba que hubiese tenido que exponerse a ese estrés después de aquellas semanas, pero era lo que debía hacer y ni yo me entrometería en eso.

—¿Tan mal estuvo? —pregunté poniendo en marcha el motor. Resopló recargando la nuca en el respaldo.

—Hará un despido masivo, la justificación es tan ridícula como él mismo. La realidad es que quiere recontratar para quitar antigüedad y sabe cómo sonar convincente.

—¿Votaste a favor? —quise saber. Asintió perdiendo la vista por su ventana. Estaba cabreado, frustrado.

—Quiero ir a casa —pidió con voz ausente.

No le hice caso y conduje hasta la playa. Al darse cuenta de que no tomaba el camino correcto, se incorporó.

—Ky, me duele la cabeza, de verdad necesito ir a casa —declaró contenido. Enredé mis dedos en su mano y me los llevé a la boca.

—No por ahora, rubio —le hice ver, conciliador. Bufó frustrado, aunque tampoco se negó. Cuando se percató de en donde nos estacionábamos, sonrió confundido—. Anda, vamos —pedí, para bajar enseguida.

—Estás vestido con traje, ¿a qué venimos? —preguntó cuándo estuve a su lado.

Ya me había quitado el saco, pero sí, iba de traje pues salí de la empresa para acompañarlo, porque por mucho que aseguraba que podía hacerlo solo, no di posibilidad a negociarlo.

—Qué más da —repliqué extendiendo la mano. La tomó y caminamos hasta la arena, ahí nos quitamos los zapatos y anduvimos un rato, en silencio.

Steve ama la luz, los sitios naturales, la comida sin tanto proceso, porque simplemente él es así: sencillo e ir ahí, después de esa junta me pareció lo adecuado.

Perdido en el oleaje, aspiró hondo.

—No puedo más con eso, Kyroh —confesó con la mirada extraviada.

—Lo sé, ven —pedí guiándolo hasta donde estaba un tronco. Se sentó a mi lado en la arena, con las piernas un poco separadas, flexionadas y los brazos recargados en sus rodillas, sujetando con su mano su otra muñeca. Hice lo mismo, después lo miré a los ojos—. Sé qué hacer, sé cómo terminar con esto —declaré serio.

Sacudió apenas la cabeza, desconcertado.

—¿Qué?, ¿cómo?

—Mike tiene contactos, en el medio donde nos movemos se conocen muchas personas, sabes que es abogado, le hablé de lo que ocurría y me presentó con un experto en el tema. No es complicado, Steve, pero debes estar de acuerdo.

—¿En qué? Solo quiero mandarlo a la mierda y olvidarme de que existe.

—Se hará un contrato por la venta de las acciones, con cláusulas que, si se rompen, quedará estipulada la debida penalización, además de la facultad para anular el trato.

—¿Quieres decir que le venda las acciones y ponga condiciones que, si incumple, serían mías de nuevo?

—Algo así, pero además habrá orden de restricción. Tendremos que dejar asentado lo que pasó con el tipo que entró a casa, el investigador tiene todo, y están las capturas. Si te jode, lo jodemos doble. Así de fácil.

—Él no querrá firmar eso.

—Querrá, querrá porque cuando nos casemos, en un mes, puedes cambiar tu apellido por el mío y así nunca más te asociarían a él, cosa que añora el muy hijo de puta —le hice ver, atento a lo que diría a cambio, nervioso la verdad porque no era cualquier cosa.

Me ama, casarnos era una decisión derivada de ese sentimiento, perder su apellido era otra cosa.

—¿Tu apellido? ¿Dejar de usar el mío? —preguntó desconcertado. Asentí pasando saliva.

—Es una manera de que él deje esto de una vez, ya nada los relacionará y si se acerca, y se demuestra que hizo algo, podría arruinarse —expliqué, pues su atención estaba ahora en el horizonte.

Esperé sin presionarlo, sabía que era algo importante, la ruptura total con su pasado, con lo que alguna vez fue su familia y la certeza absoluta de lo que tenemos.

No, no era una decisión sencilla, pero sí la más viable.

De pronto volteó y sonrió con suavidad.

—Steve Kumalé —dijo para luego asentir—. Sí, me gusta eso. ¿Cuándo podemos verlo? —preguntó con frescura. Sonreí sacudiendo la cabeza, soltando el aire contenido, aliviado.

—Por un momento creí que no aceptarías.

—¿A llevar tu apellido? —cuestionó incrédulo.

—Sí, no era algo que nos planteáramos, pero…

—Suena perfecto, Kyroh, y será un honor llevarlo.

Sin importarme estar en la playa y que él fuera tan reservado, me acerqué y busqué sus labios, me correspondió sonriendo.

—Bien, entonces haré la cita.

Después de un rato en el que le expliqué más a fondo, un *Golden retriever* apareció de la nada y lo tumbó. Steve soltó una carcajada al comprender lo que había pasado.

—Eh, amigo, toma —le dijo poniéndole en el hocico un palo que yo no había visto. Una mujer, joven, con cuerpo de modelo, se acercó avergonzada. Enseguida noté que aquello había sido intencional, pues aleteaba sus pestañas, contoneaba su cadera y sonreía como si el cielo le debiera un favor.

—Lo lamento, Kitt es muy inquieto —coqueteó tomando la correa de su perro, mientras Steve se sacudía la arena.

—No pasa nada —le hizo ver, mientras los ojos de la mujer iban de mí a él y viceversa. Pronto otra se acercó y casi bufé.

—No, qué pena, por lo menos dejen que les invitemos algo. Te dejó lleno de arena. La otra saludó y no me quitó los ojos de encima. Steve negó educado.

—No hace falta, estamos bien, ¿no, cariño? —preguntó tomándome por sorpresa. Sonreí asintiendo disfrutando de los rostros desilusionados de las mujeres. Se miraron entre sí negando.

—Oh, vaya, lo lamento. Es solo que… esto les debe pasar con frecuencia, ¿no? —expresó con frescura. Steve se encogió de hombros, ella frunció la boca en un leve puchero—. Es una pena, pero hacen una pareja llamativa —comentó tomando el palo de la boca del perro y aventándoselo de nuevo.

—Gracias —dijo él, y se fueron cuchicheando entre ellas.

—Eso fue extraño —apunté sonriendo, pero Steve no dejaba de ver al animal, que se alejaba.

—Hace unos años tuve uno —comenzó—, lo adopté en realidad. Iba cruzando la calle y comenzó a caminar a mi lado, así, como si fuera mío. Fue como un flechazo, ¿sabes? —recordó, ahora sí mirándome, mientras yo lo escuchaba con atención olvidando enseguida la escena anterior que por alguna razón vinculó a aquel recuerdo, y yo ansío saber todo lo que quiera decirme—. Estaba enfermo, tenía cáncer, duró conmigo un año, luego murió.

—Cómo lo llamaste —le pregunté interesado.

—Picasso, tenía estos ojos alocados que me encantaban —respondió alegre. Sonreí.

—Yo nunca tuve, después, cuando podíamos, ya no era momento. Pero siempre me han gustado.

—A mí también. No sé si podría. No me asusta la responsabilidad, me asusta saber lo que duele que se vayan —se sinceró. Lo observé largo rato.

—La vida es así, si no arriesgas, no sabrás lo que pudiste haber ganado por miedo a no dar el paso —le hice ver, serio. Sus ojos azules se clavaron en los míos, no solo hablaba de perros y lo supo.

Bajó la cabeza y jugueteó con la arena.

—Un perro grande necesita una casa —habló después de un rato. Lo observé frunciendo un poco el ceño—. Y no sé, una que tenga jardín.

—Y supongo que tendría que ser adoptado —completé perdido en sus facciones. Asintió sonriendo.

—Definitivamente adoptado —confirmó.

—Entonces deberíamos ir pensando en dónde construirla, ¿no crees?

Steve sonrió abiertamente, de esa manera que me genera una descarga en el pecho.

—Sí, quiero la casa, el perro y a ti, dentro del combo —solicitó decidido, sin rastro alguno del hombre que había llevado a ese lugar.

—No se diga más, el combo entonces.

23. Kyroh

La mañana de nuestra boda, un mes después de aquella conversación, me encontraba más tranquilo que nunca. Habíamos elegido los anillos juntos. Acordamos hacer unos votos cortos, pero que significaran para cada uno. Ese paso era el que quería, el que decidía y no tenía ni una sola duda.

Caminamos de la mano por aquel césped custodiado por ramas secas, que Rowe había colocado. Ella había ayudado bastante, al igual que mi madre y Susan, la amiga de Steve. Sin embargo, nosotros nos hicimos cargo de la mayoría, porque así lo elegimos.

Él llevaba una coleta bien peinada, su cabello no es tan largo, a los hombros, pero decidió sujetarlo de aquel modo haciéndolo ver más atractivo y sensual, lo cual es un crimen en sí mismo.

Rodeaba mis dedos con firmeza, yo los suyos mientras avanzamos por el camino hasta donde estaba quien legalizaría nuestra unión.

Quedamos uno frente al otro al fin, mirándonos a los ojos y confirmé que nunca más deseaba volar, que Steve era tierra firme para mí.

Nos dijimos los votos sin separar nuestros ojos, los anillos los tenía Desa, nos los tendió, llorosa y se lo puse yo primero.

—Porque no te buscaba y te encontré, no te soltaré —declaré adentrando la argolla en su dedo, despacio. Sonrió y sujetó la mía.

—Porque no buscaba un hogar y di contigo, no te soltaré —susurró mordiéndose el labio inferior.

Lo tomé por el cuello, sujetó mi muñeca y ambos sonreímos al estar muy cerca.

—Te advertí que si te besaba, no querría dejar de hacerlo —le recordé lo que dije aquella primera noche, en su apartamento, cuando lo probé por primera vez. Entonces él acortó la distancia y unimos nuestros labios.

Los aplausos y barullo llegaron a nuestros oídos. Sonreímos, él sujetó mi rostro sin que yo hubiese soltado el suyo, y volteó a medias, mientras yo descansaba la frente sobre su sien con los ojos cerrados, extasiado por lo bien que se sentía haber hecho aquello.

~*~

Esa es la foto que descansa en mi buró, la de ese instante, poco más de un año después.

~*~

Ese día fue uno de los mejores de mi vida. La gente que queremos nos acompañó. Steve, exultante, iba y venía al igual que yo. De repente aterrizábamos en el mismo lugar, nos tomábamos de las manos, o se sentaba sobre una de mis piernas, mientras reíamos o platicábamos con los demás.

Más tarde, nos carcajeábamos Zakariah, Rowe y yo sobre una estupidez de la infancia. Mi madre nos reprendió, mientras Ame se reía por lo bajo.

De repente escuché ese silbido. Enseguida me erguí, lo busqué con la mirada. Todos guardaron silencio pues había bocinas, entonces lo vi aparecer por un costado, con el micrófono en la mano.

Su mirada conectó con la mía, mientras andaba hasta el centro del lugar. Y comenzó a cantar confiado. Todos en la mesa nos observaban, pero yo no podía despegar los ojos de él. Entonces me señaló y me pidió que fuera, con su frescura habitual.

Mi hermano silbó junto con Loen cuando me levanté y me dirigí hasta él. Comencé a bailar a su alrededor, como tantas veces en casa mientras Steve cantaba con esa voz que me hipnotiza, que recorre cada fibra de mi ser.

En el coro me acerqué a su cuerpo, acaricié su cuello, perdido en su iris azul y canté esas estrofas que no me salían tan mal después de tanto haberlas repetido, que significaban mucho para los dos.

Nos movimos frente a todos sin importarnos nada, riendo, haciendo pasos que en aquellas ocasiones usábamos. En el segundo coro volví a acercarme, él me recibió bailando, cantando y volvimos a movernos.

Entonces ese solo que me derrite, sin dejar de verme, proyectando intensidad, complicidad, la fuerza de lo que nos une, de lo que hemos construido. Le guiñé un ojo alegre, y confirmé que ese hombre me tendría a sus pies el resto de mis días.

Al terminar, hubo gritos, euforia y abrazos llenos de emoción. Mordió su labio inferior mirándome con intensidad mientras las personas nos separaban y no soltábamos nuestros ojos.

—Joder, eso fue asombroso, no puedo creer que cantas, hermano —exclamó Loen, contoneándose al ritmo de la música inexistente.

—Estuvo increíble. No imaginé que hicieran algo así —declaró Rowe emocionada.

—Ni yo —le aseguré aún con la adrenalina viajando por mi cuerpo, deseando con vehemencia estar a solas con él.

—Dios, hijo, eso fue hermoso. Se veían maravillosos. No sabía que cantaras y Steve, es que tiene una voz divina, como bailaron —expresó mi madre cubriéndose la boca, con los ojos enrojecidos. La abracé sonriendo, mientras los demás me observaban aun envueltos en el asombro, emocionados.

Cuando di con él, en la cocina, estaba riendo con la mujer que llevó el banquete. Esta le daba una manzana. Sonreí sacudiendo la cabeza.

—Fue muy bonito, de verdad —le decía. Carraspeé para que supieran que me acercaba. Steve volteó con la fruta en la boca, la mujer me sonrió y entendió justo lo que necesitaba: que nos dejara solos en aquel lugar.

Le dio una mordida y masticó con calma, sin soltar mis ojos. Me detuve hasta que estuve casi sobre él.

—No puedes hacer algo como eso y esperar que no te folle hasta que salga el sol, rubio —declaré con voz ronca, casi sobre sus labios, luego le quité la manzana y también le di una mordida.

—Eso quiere decir que te gustó —replicó en murmullo, con su aliento acariciando mi piel. Lo tomé del trasero acercándolo a mí hombría embravecida.

Sonrió satisfecho, acostumbrado a mis arrebatos.

—¿Eso responde tu pregunta? —pregunté lamiendo su boca. Pronto envolvió mi cuello con su mano y me besó voraz, tomando todo de mí—. Cuando acabe esto, sabrás hasta qué punto —determiné, sujetando su barbilla, mordisqueando su labio para besarlo de nuevo.

—Mh, mh —escuchamos los dos, separándonos apenas y es que por un momento había olvidado siquiera donde estábamos. No solté del todo a Steve, pero volteé mientras este asomaba su rostro. Era Desa, sonriendo. Después de casi dos meses con Khaya, lucía increíblemente hermosa—. No preguntaré si interrumpo porque es obvio, solo quería llevarme al novio un

momento.

Gruñí soltándolo.

—No tengo más remedio —rezongué. Steve me quitó la manzana y se alejó.

—Ahora te veo —dijo y salió de ahí tan fresco como siempre. Solo alcancé a escuchar que Desa le decía:

—Es él, ya estoy segura —para enseguida escuchar la carcajada ronca de Steve.

No tenía ni idea de qué hablaban, pero siendo ellos, daba miedo preguntar.

Más tarde entre los dos cantaron *Dandelions*, manteniendo a todos absortos y atentos y es que hacen un dueto impecable.

Bailamos, reímos hasta el cansancio y cuando ya era tarde, estaba agotado.

—¿Nos vamos? —le pregunté cuando veíamos bailar a Des y Zak, en la pista. Hablaban de algo que solo ellos sabían, era notoria su alegría, lo fuerte de lo que tienen. Asintió.

Estaba sentado en uno de mis muslos, recargó su espalda en mí, sin soltar mi mano que rodeaba su abdomen. Al día siguiente volábamos a África por la noche, pues era un lugar que quería conocer y él lo propuso, así que tendríamos oportunidad de descansar.

Rowe y Mike se harían cargo de los invitados que aún quedaban, así lo habíamos acordado y después de despedirnos, logramos salir de ahí.

Al llegar a casa, dejé las llaves donde suelo. Vi como giraba su cabeza, llevándose una mano al cuello. Lo contemplé sintiendo esta necesidad fiera de poseerlo, esa vena salvaje que solo él despierta, diluyendo de manera mágica el cansancio.

Lo tomé por los hombros, deteniéndolo y comencé a masajearlo. Steve dejó salir un gemido que me puso peor, me acerqué a su cuello y después de lamer su oreja le susurré:

—Es ahora que comenzaré a cumplir mi promesa, rubio —le recordé haciéndolo girar y sin darle tiempo de reaccionar, sujeté su barbilla y delineé con la lengua sus labios. En respuesta mordió uno de los míos, mirándome con las pupilas dilatadas.

—Pensé que estabas cansado —replicó excitado, podía notarlo a través de la tela de nuestros pantalones. Sonreí avanzando sin soltar su rostro, mientras aferraba mis muñecas.

—Para follarte, jamás, cariño —rugí guiándolo hasta la habitación.

Me quité la camisa cuando pasamos el marco de la puerta. Steve suspiró pesadamente cuando tocó mi pecho, entonces comencé a desabrochar los botones de la suya, con prisa. Él abrió el botón de mi pantalón, bajó el cierre y este se deslizó por mis piernas. Lo aventé y le quité su prenda superior, con ansias locas.

—Coño, necesito estar dentro de ti —gruñí tocándolo con avidez.

Sus manos iban a abrir su propio pantalón, las tomé y lo hice yo. Entre besos, mordiscos, jadeos y roces exigentes, carentes de dulzura, solo lujuria y necesidad fiera.

Los dos nos despojamos la última prenda y cuando lo tuve piel con piel lo apreté a mí, enardecido, mientras una de sus manos me aferraba con fuerza por el trasero.

—Te amo —dijo entre besos. Poco usa esa palabra y que la empleara justo en ese momento me puso peor. Tomé su rostro para alejarlo, los dos respirábamos con dificultad.

—Siempre encontraré la línea que me lleva directo a ti —aseguré convencido.

Sabía de qué hablaba, enseguida sus ojos chispearon de una manera singular, como si al escucharme, comprendiera que nunca más podría esquivarme y esa sensación lo envolviera.

—Fóllame, fóllame ya —me urgió arremetiendo contra mis labios. Sonreí y nos guie a una de las paredes. Lo hice girar y coloqué sus manos en el muro, a los lados de su cabeza para que su espalda perfecta quedara frente a mí.

—Te follaré y tú no te moverás —ordené.

Me miró de reojo respirando con rapidez, confiado, y comencé a tocarlo con la boca. Jadeó de forma ronca. Mordisqué sus piernas, su trasero, deteniéndome un poco más de tiempo ahí, su espalda, sus hombros, escuchándolo respirar con dificultad y exigí su boca haciendo que girara su barbilla, para tocar su pecho con la otra palma y aterrizar en su miembro.

—Joder —suspiró contra mí, mientras me deleitaba con esa parte de su cuerpo sin restringirme. Buscaba tomar aire, pero se lo negaba y lo besaba de nuevo.

—Hoy serás mío del todo y no te correrás hasta que te lo indique —declaré abriendo con los dientes el lubricante que había dejado en el mueble aledaño desde la tarde. Me unté lo suficiente y comencé a trabajarlo para que pudiera recibirme.

—Vete al infierno —gruñó agitado, cuando empecé a tocarlo.

Buscó mover sus manos, entonces se las coloqué en el muro de nuevo.

—No, este orgasmo lo decido yo, rubio —ordené con advertencia mientras con mis dedos me adentraba y él se removía, gimiendo de esa maldita forma masculina que me pone a mil. Respiraba en su oreja, pasando la lengua, mordisqueando su hombro y exigiendo sus labios de nuevo.

—Maldito idiota —vociferó mientras se arqueaba cuando adentré más mis dedos. Pronto lo supe listo, me coloqué tras él sujetando una de sus manos para que no las quitara de ahí y me adentré en su cuerpo de golpe.

Gritó de forma ahogada. Sonreí triunfal.

—Eres mío, rubio, eres jodidamente mío, tú y todas tus corridas —sentencié conteniéndome.

—Si paras te mato —rugió, recargando la cabeza en mi mejilla, mientras su ser me envolvía.

—Joder, estás tan apretado —rechiné buscando sus labios, que estaban secos, los humedecí y me adentré más logrando que gritara de forma gutural, ahora en mi boca. Entonces lo toqué sin piedad y no me detuve mientras lo besaba, me hundía en su ser, entrelazaba con fuerza una de sus manos.

Sentía su cuerpo caliente, transpirando, al igual que el mío, mientras empujaba con mayor brío. Él me recibía sin problemas y lo enloquecía moviendo mi mano como sabía hacer sobre su hombría.

—No, no puedo. Es demasiado —farfulló en el límite de sí cuando lograba tomar aire.

—Prometí follarte y hacer que te corras el resto de tu vida, ángel mío, no me detendré y no te vendrás hasta que lo ordene —declaré.

—Kyroh, joder —tomó mi mano, la que lo tocaba, la apresé y la coloqué sobre su miembro, con fuerza y continué estimulándolo ahora muy lento. Negó buscando su alivio.

—Yo digo cuándo, rubio—le recordé mordisqueando sus labios.

—Idiota —pudo decir, apretándome. Entonces me clavé aún más hondo y sabiendo que era el momento comencé a mover su mano, de nuevo.

Su cuerpo se sacudió debido a la fuerza del orgasmo, adentré mi lengua en su boca, absorbiendo su grito ronco y, entonces sus paredes me apretaron a un grado tal, que un sonido hondo emergió de mí estrujando mi pecho. Le di un último empujón que me vació con fuerza dentro de su cuerpo mientras lo sujetaba del abdomen.

Lánguido recargó su cabeza en la curva de mi cuello.

—Te gusta lo rudo, mi ángel —murmuré sin fuerza.

Buscaba regular su respiración, volteó y encontré sus ojos, agotados, saciados.

—Eso fue brutal.

—Eso fuiste tú, siendo mío.
—No soy tuyo —insistió sin soltarme.
—Lo eres, tú y todos tus orgasmos, el resto de tus días, cariño.
—Eres insoportable —susurró sonriendo.
—Y absolutamente tuyo, Steve, no lo dudes nunca.

~*~

De vuelta al presente…

Dejo la fotografía donde es su lugar. Pronto nos mudaremos a esa casa que construimos, tal como lo que tenemos. Extrañaré este sitio, reflexiono. Ojeo mi alrededor, la pintura de nuestras manos entrelazadas está en un muro aledaño, sonrío por lo que implica para nosotros y respiro con fuerza, con su cuerpo tibio sobre el mío.

Lo aprieto a mí y beso su cabello rubio, cerrando los ojos envuelto en esta tranquilidad porque sé que tengo todo lo que quiero y estoy donde quiero estar el resto de mi vida: a su lado.

We're walkin' on a line
A line that leads me straight, straight, straight to you
You're like a satellite, crossin' through my mind
It always leads me straight, straight, straight to you
Estamos caminando en una línea,
una línea que me lleva directo, directo, directo a ti.
Eres como un satélite, cruzando por mi mente
siempre me lleva directo, directo, directo a ti.
Satellite-Khalid

Playlist

Disponible en mi canal de YouTube/Spotify

Khalid – Satellite
Ruth B. – dandelions
Kode – If you love me
Beach house – Space song
Lambert – Sweet apocalypse
Chord Overstreet – What's left of you
Ed Sheeran –Eyes closed
Khalid – Satellite acoustic



Agradecimientos

Llegados a este punto, solo puedo darte las gracias por estar aquí. Hace años que tenía ganas de escribir algo en este género, no me atrevía, pero Steve y Kyroh abrieron mi cabeza mostrándome un mundo en el que me quedé anclada, fascinada y enamorada. Al grado de haber escrito más novelas de este género después de ellos que espero pronto compartir.

Crear su historia fue algo que no pensé, solo me dejé fluir por lo que ellos querían contarme, compartir conmigo, con ustedes.

Amé su intensidad, la manera arrebatada y todo lo que giró en torno a ellos. Los problemas de comunicación, la posesividad, el amor, la fiereza, la admiración y su manera de construir una pareja tal como ellos eligieron, no perfecta, sino ideal para ambos.

Gracias a mis lectoras por animarme a dar este paso, por siempre estar acompañándome en cada una de mis ocurrencias desde que comencé en esto, en el 2012.

A mis hijos, que han ido aprendiendo a que esto es lo que más amo hacer, que mi trabajo no entra en un horario, la inspiración surge y me revuelca, absorbiéndome, arrastrándome, entonces me olvido de mi alrededor. No es sencillo para ellos, ni para mí lo es.

Sé que los procesos son diferentes para cada persona, en mi caso, el escribir me encierra en un mundo imaginario en el que nadie salvo yo tiene acceso y pone distancia de lo real.

Gracias a mi madre por guiarme, siendo terapeuta me orientó en muchos sentidos. A Diana, sí, de nuevo y es que no tiene idea de lo que cada opinión o reseña sobre mis historias, me incentivan, me ayudan, logran hacerme conectar siempre. A Kristel, por animarme a hacer lo que quiero hacer, sin importarme nada salvo la lealtad a mí misma. A mi hermana por aguantarme con las dudas de mis portadas. A Kramer, el diseñador, por su paciencia infinita. A @Mazo, por cada ilustración y emocionarse a mi lado.

El proceso de Más de ellos, ha sido de los más asombrosos, divertidos e interesantes, uno que me cambió.

Gracias Rubio y Ky ♥

OTRAS HISTORIAS DE ANA COELLO











~CAPÍTULOS DE MUESTRA~

“Cuando dos almas están creadas para acoplarse, para unificarse, buscarán la manera de

encontrarse.”

Los datos, e información, así como cuestiones científicas o sociales que aquí se presentan, son parte de la ficción de la historia. Se tomó información, pero no está basada en ello puesto que se buscó crear un contexto adecuado para la narrativa.

PARTE UNO
—ELLE—

CAPÍTULO I

Abro los ojos. Tengo la boca seca y la extraña sensación de que dormí mucho más de la cuenta. Hay media luz, una que no reconozco. De pronto, antes de que mi cuerpo detecte que esas sábanas no son las acostumbradas, noto que no estoy en mi habitación. No está la foto de mi hermana conmigo en Galápagos, no están los muros blancos con flores secas colgando, tampoco la lámpara de papel de china blanco que puse recién me mudé, un año atrás. Vivía sola, pero no en mi propia casa.

Me incorporo con los codos. Enseguida, arrugo la frente con el corazón martillando. El lugar es… diferente. Estoy tendida sobre una cama king size. Del lado izquierdo hay una ventana enorme; ¿está nevando?, noto arrugando la frente. No hay prácticamente paredes. Frente a mí, un barandal marrón de hierro. A mi lado derecho, un panel que en realidad es un enorme espejo dividido por rectángulos. En cada costado hay mesillas de noche sin nada encima, salvo unas lámparas que tiñen todo de una media luz cálida, elegantes.

Sin entender qué ocurre, me levanto asustada. Llevo puesto un camisón que llega hasta mis pies. Definitivamente no es el conjunto de braga y blusa vieja con el que me acosté. La tela es delicada, fina. No llevo nada debajo, aparte de las bragas y, por lo tanto, mis senos quedan un tanto expuestos debido a que la tela no es tan gruesa. Los protejo con mis brazos instintivamente, aunque mi cabello rubio hace su parte. Pongo mis pies sobre el tapete que cubre parte de la duela pulcra. Me acerco a la ventana, estudiando mi alrededor. No entiendo nada. Debo estar soñando, decido.

Me llevo una mano a la boca cuando me doy cuenta de que estoy en un segundo o tercer piso: parece un ático. La habitación, o lo que sea, está arriba del resto, volado. El que afuera nieve me hace pensar que quizá estoy aún en Toronto: desde que enero comenzó así ha estado. ¿Estaré cerca de casa? Pero, ¿dónde? ¿Qué hago aquí? No se ve nada de nada salvo un jardín cubierto por aquella capa blanca y, al fondo… mar. Respiro, agitada, negando, y retrocedo tanto que choco con la cama. ¿Qué está pasando? Mis manos transpiran. Rodeó la cama y me voy hasta el barandal para observar mejor. Aún no muy convencida de que esto sea real.

De pronto escucho ruidos abajo. Mi corazón se va salir por mi garganta; algo se desliza con suavidad. Me asomo más de la cuenta por la baranda y me quedo petrificada. Cuando bajo mis pies, aparece una figura imponente, una que reconozco.

Pestañeo una y otra vez. ¿Él? ¿Por qué?

Camina y no parece interesado en el hecho de que estoy aquí, arriba. Lo observo al igual que al sitio; es… elegante y hermoso, los colores, los muros de piedra, la decoración justa, nada de excesos, sobria y a la vez relajada. ¿Qué hago aquí? Continúa su camino antes de dejar un aparato sobre la mesa rectangular del comedor. Gimo al ver que subirá. Mis palmas sudan. Me repliego a la esquina del barandal y la ventana, pero él apenas si me ojea, mientras yo siento que mi corazón da saltos violentos. En el muro lateral a las escaleras, coloca la palma sobre otro círculo grisáceo y los espejos se abren. Parpadeo, temblando. Parece un vestidor: uno enorme, en realidad. No entiendo nada. Desvío la mirada un poco hacia abajo. Los techos son altísimos pues abarcan lo alto de la habitación volada. Todo aquello es del tamaño de un apartamento, o es un apartamento en sí.

—Veo que ya despertaste —dice como si tal cosa, mientras se quita los zapatos ahí dentro. Jadeo al escucharlo aferrando el barandal. Su voz es tan profunda y gruesa como la recuerdo. Sin entender ni un ápice, me armo de valor. No soy de confrontaciones, menos de gritos o cosas así, pero tampoco de las que se queda un paso atrás.
—¿Qué hago aquí? —pregunto, molesta a la par de asustada. Puedo verlo desde ahí, si no se interna más. Continúa su quehacer sonriendo de forma felina, indiferente. Mi sangre hierve. Necesito entender. Envalentonada, decido acercarme. Ya se levanta y lo sigo a un par de metros de distancia, olvidando mi atuendo, olvidando lo bien que huele este lugar.
—Frivóla, the news —solo dice, y una pantalla frente a la cama aparece; se enciende con CNN en inglés. Sacudo la cabeza. Deja su suéter sobre el diván acolchado color crema que está en medio de ese lugar, relajado.
—Pregunté qué hago aquí —repito, apretando mi cuerpo. Se detiene y voltea despacio, mi flujo sanguíneo se paraliza. Luce tan peligroso que es imposible no temerle, más con aquella cicatriz cruzando sus cejas, con ese cabello sujeto por un moño, con esa barba de al menos un centímetro de largo. Su musculatura que ahora veo sin problemas gracias a esa camiseta que pretende no ser ajustada, pero que no lo logra del todo, y que deja ver más tatuajes, un colgante extraño, su tamaño.
—Siendo tan inteligente, y no formulas la pregunta correcta, Elle —musita clavando sus ojos en los míos. Aprieto los labios.
—No juegue conmigo. ¿Por qué estoy aquí? —insisto. Suspira, pasa sus ojos por mi cuerpo, despacio y luego desaparece en otra puerta que se abre cuando posa la palma. Lo sigo y veo un baño asombroso. No entro. Tiemblo.
—Sigues sin hacer la pregunta correcta —dice quitándose la camiseta y lanzándola a un agujero de la pared. Abro de par en par los ojos, nerviosa. Desvío la mirada.
—No estoy jugando.
—Ni yo —asegura. Entonces lo encaro ante su tono. Solo lleva ese vaquero y su cabello lo soltó; le llega a los hombros, ondulado, castaño, con motes rubios que parecen haber sido adquiridos por el sol. Mis ojos escuecen.
—Regréseme a mi casa, ahora —exijo. Sonríe satisfecho.
—Estás en ella. Por un tiempo esta será tu casa —responde. Niego arrugando la frente; se está quitando los pantalones. ¿Qué pasa con él? Me giro de inmediato, sin dar crédito. Ríe.
—No es mi casa, y le ordeno que me regrese. No entiendo qué hago aquí —rujo, pero sin voltear.
—Acostúmbrate —escucho y luego el agua comienza a correr—. Por ahora este es tu hogar, Elle, nuestro hogar —asegura sin remordimiento.
¡¿Qué?! Pienso en gritarle, rabiosa, pero recuerdo que está ahí, desnudo, en ese baño. Decido no ver más. Me alejo y regreso a la habitación. Comienzo a dar vueltas, nerviosa, preocupada. No puede estar pasando. No me pudo haber secuestrado este loco, no a mí, no él. Me muerdo el labio, camino en círculos, sacudiendo el rostro. No. Es no puede ser. No.

~*~

Hace un mes me gradué con honores en la especialidad de biomedicina molecular, en Toronto, donde hice también el bachillerato por medio de un intercambio escolar. Ya nunca regresé a Estados Unidos. Como le prometí a mi padre. Estoy por entrar a biotecnología en los próximos meses. Él falleció al yo tener quince años, mi madre cuando recién cumplí cinco. Mi hermana y yo crecimos al lado de la abuela y él, que vivía tras libros y viajes. Lo amaba muchísimo. Ganó varios reconocimientos por su labor y descubrimientos en el área química, pero yo decidí ser más específica y con la facilidad nata heredada para aprender con rapidez y comprender, no podía

desperdiciarlo.
Vivo como él; tras libros y en un laboratorio. Esa es mi pasión. Hace un año que me independicé del todo pues vivía en el campus, hace dos, comencé a hacer prácticas como parte de la carga curricular en un laboratorio de mucho prestigio, recomendada por un profesor. Ahora trabajo allí. Me pagan muy bien por hacer lo que más me gusta: buscar grandes remedios a grandes males, innovación y desarrollo es donde me encuentro.
Hace unas semanas hubo una serie de eventos relacionados con el área, muy importante, en Cancún. Me pidieron ir y exponer, además de revisar algunas propuestas acerca de un proyecto ambicioso que, de ser factible, podrá ayudar a las personas con padecimientos cardíacos por medio de la genética. Eso también hago y soy parte del equipo. Aunque por ahora estoy en medio de algo estrictamente confidencial, descubrí un virus que se creyó inestable, pero no lo es, y que por la manera en la que se conduce, puedo casi garantizar que es creado, por lo tanto, gracias a la estabilidad que tiene tras esa coraza engañosa, podría tener la cura que ayudaría a no solo curar lo que provoca, si no revertirlo. En fin, no fui por eso, si no por lo otro.
Sabía que hombres y mujeres muy poderosas, inversores, accionistas, y demás alcurnia de la farmacéutica, o que se dedican a ese rubro de la ciencia, asistirían. No me amedrentó, porque, pese a que hablar en público no es mi fuerte, no estaría sola y seríamos un equipo de investigadores a cargo de ello, aunque yo soy la más joven. La buena noticia fue que después de ello tomaría unas vacaciones, visitaría sitios del país donde nací, México; mis padres no eran oriundos, pero le tenía una gran estima y bellos recuerdos, y luego regresaría a casa para continuar con eso que se mantenía en absoluto secreto. A nivel molecular yo era la que había dado con la combinación y solo mi jefe inmediato, y un par de altos mandos más, lo sabíamos.
Es un tema complicado pues hablar de una enfermedad tan delicada, que surgió hace varios años, que además es costosísima y ha cobrado varias vidas ya en el planeta no por ella misma, si no por el deterioro que deja en los órganos, no es bien recibido. Y yo, curiosa como suelo, no lo dudé y trabajé en ello desde hace más de un año en momentos libres, recién descubrí algo más aterrizado, factible y fue en ese momento que capté la atención con mayor amplitud del jefe de mi laboratorio y me metí en ello con total confidencialidad.
Y ese hombre, este que se está duchando importándole nada lo que estoy experimentado, se encontraba en aquellos eventos. En el coctel donde vestí algo sencillo, no dejó de verme. Supe, por oídas, que era poderoso, influyente y que, además, era el dueño de varios laboratorios, entre ellos, accionista de donde yo trabajo. Un tipo apasionado de la ciencia y… de todo lo que su dinero le pueda dar.
Se acercó cuando hablaba con uno de mis colegas. Este se mostró entusiasmado de tenerlo ahí. Platicaron un poco y luego se marchó pues fue evidente que deseaba estar a solas conmigo porque no se esforzó en ocultarlo.
—Es notoria tu experiencia en el tema… —y buscó mi nombre.
La verdad me impresionó, casi nadie lo logra, pero es imposible que un hombre como él no lo consiga. Iba vestido con un traje impecable, la barba medio crecida, pero perfectamente recortada y una coleta bien sujeta.
Es imponente y exuda peligro, pero no me amedrenté. Sabía, por algunos chismes que corren entre mis compañeros, que a pesar de que somos callados a veces hablamos, que era un hombre excéntrico, prepotente y pagado de sí. La verdad es que no parecía que mintieran y yo… simplemente no me interesan hombres así, y la verdad, ninguno por ahora.
—Elle —respondí, perdiendo mi atención en la recepción. Ya deseaba irme a dormir, pero eso también era parte de estar inmersa en esa investigación.

—Elle… —repitió con voz gruesa y mi cuerpo sintió un escalofrío, lo miré—. Quisiera que me acompañaras a cenar mañana —soltó como si nada. Arrugué la frente. Él me estudió estoico, confiado. Desconcertada, dejé vagar mi atención por el lugar. Noté cómo las mujeres cercanas se removían: deseaban estar en mi lugar. Los hombres, varios, lo observaban de reojo.
—Lo lamento… —y fingí no saber su nombre. Sonrió de forma cínica.
—Dáran —habló alzando la ceja. Dáran Lancaster; conocía su nombre, pero no le daría el gusto de que lo supiera.
—Señor Dáran, tengo otros planes.
—Bien, entonces almuerza conmigo —dijo elocuente. Negué sonriendo con candidez. Cómo zafarse de algo así sin que termine siendo incómodo.
—Imposible, lo lamento, pero gracias, seguro será en otra ocasión —me excusé humedeciendo mis labios con la copa. Me observó con ojos diabólicos, tanto que temblé por un segundo, algo atípico en mí. Suelo rechazar categóricamente cualquier invitación. Y con él, a pesar de su imponencia, no habría diferente.
—Vaya, parece que solo secuestrándote lograré tener unos minutos exclusivos de tu tiempo, entonces —dijo como burlándose, aunque un escalofrío recorrió mi espalda. Sonreí en respuesta.
—Buenas noches, señor Dáran —respondí buscando alejarme.
—Buenas noches, Elle, hasta pronto —aseguró con voz pausada.
Al día siguiente me lo topé en un par de exposiciones más, pero solo me miraba a lo lejos y me sonreía como si supiera algo que yo no. Nerviosa me ponía, no lo negaré, pero lo ignoré centrándome en lo que de verdad me llama: la ciencia. El último día hubo un evento de cierre, una cena de gala que todos ya esperábamos para que se anunciaran los contribuyentes y los fondos que se otorgarían para las diferentes investigaciones. Me quedé helada cuando vi que él se encontraba en mi mesa. Me sentaron a su lado y supe que fue gracias a que lo solicitó.
—Buenas noches, Elle —dijo locuaz, estudiándome y es que a pesar de llevar ese lindo vestido me sentí desnuda ante su escrutinio. El director del laboratorio se encontraba ahí, así como personas que no conocía, pero que sabía que eran de las altas esferas.
—Buenas noches —respondí nerviosa, pero buscando ocultarlo. La cena transcurrió bien, si se puede calificar de ese modo. Teniendo a un hombre como él al lado, con su poder, con su conocimiento también, porque debo admitir que sabe del tema, muchísimo, tanto que en un par de ocasiones me perdí en sus palabras, en sus propuestas y todos lo escuchaban atentos.
Cuando una orquesta comenzó a tocar me tendió su mano, que está decorada con algunos tatuajes, alzando la ceja. Todos nos observaron y supe que no tenía más remedio. Lo miré nerviosa.
—No sé bailar —admití buscando aferrarme a lo que fuera. No mentí, además.
—Yo sí —e insistió.
Pasé saliva. Me levanté a regañadientes y me condujo hasta donde los demás asistentes bailaban. Me tomó por la cintura sin el menor reparo y me acercó a su cuerpo lentamente, como si me conociera de siempre, como si estuviera acostumbrado a tomarme de esa manera. Mi respiración se disparó, mi pulso también. Él lo notó y me maldije. La nula experiencia en esa área era evidente, pero había algo más… él, supuse y con mayor razón supe que debía mantenerlo lejos, muy lejos.
—Déjalo en mis manos, Elle —susurró en mi oído, logrando con ello que mi piel se erizara, más nerviosa.
—Ese lugar no era el que yo tenía asignado. No saldré con usted —advertí un tanto rígida, su palma en mi cintura, la comparación de su cuerpo contra el mío, todo era ridículo y extraño,

nuevo.
—No te lo pediré otra vez —aseguró sin dudar—. Ahora relájate, es solo un baile —y comenzó a moverme lento, muy lento. Me costaba trabajo seguirlo, es verdad, no sé bailar. Suspiró en mi oído.
—Me ocuparé de que aprendas a moverte sin pisarme —murmuró como de paso. Busqué alejarme, fuera de mí, su mano lo impidió mientras la otra me acercó aún más. No fue sencillo, él me tensaba, su cercanía y, además, seguir la música. No, todo en conjunto era patético, incómodo—. Quizá pasas demasiado tiempo en tu trabajo, la vida es mucho más que eso.
Suspiré ya irritada, su aliento lo sentía muy cerca.
—Mi vida no es su problema, y no me interesa aprender a bailar.
—Ya veremos, bella Elle.
Minutos después, en los que fui un desastre, aunque a él pareció no molestarle en lo absoluto, me dejó en mi lugar, se alejó y no lo volví a tener cerca, cosa que agradecí. Hablé con varios colegas el resto de la noche, pero de vez en vez sentía su mirada sobre mí y mi nuca cosquilleaba. No me gustó lo que generó, la vulnerabilidad que introdujo en mi ser, en mi mente, las sensaciones con las que en absoluto estoy familiarizada.
No volví a saber de él. Paseé por México en compañía de mi hermana, como planeamos y fue maravilloso. Conocí sitios de los que mi padre me habló, otros que visitó con mamá. Aide vive en Estados Unidos, ahí estudió y es profesora en Harvard. Mi abuela murió tiempo atrás y ambas nos dedicamos a estudiar con el legado que nuestro padre nos dejó; un fideicomiso que soportó nuestros gastos, además de las becas que obtuvimos por excelencia cada una.
Regresé a Toronto apenas el día anterior, o eso creo, porque no sé cuánto tiempo llevo aquí. Una semana aún tenía libre y ya estaba completamente planeada, tal como siempre, así que este mandril no obstaculizaría mis planes. Lo cierto es que no tenía idea de dónde estaba porque no sabía de dónde él era originario y en general… nada suyo. Suelo ser curiosa, pero con ese hombre ni lo pensé. Ahora aquí estoy asustada y sin entender nada.
~*~
—Pronto traerán el almuerzo —dice a mis espaldas. Respingo, aturdida, casi llorosa, pero me aguanto, rodeando mi pecho, que apenas lo cubre este maldito camisón.
—Deje este juego. Me secuestró. Esto es ilegal —gruño sin girar.
—Eso es mucho drama para una mujer como tú. Eres inteligente, pronto te adaptarás —susurra pragmático.
—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me trajo aquí? ¿Es porque no acepté salir con usted?
—Me llamo Dáran, lo sabes, y te agradeceré que me llames por mi nombre.
—¡Responda! —grito de repente incluso sorprendiéndome a mí misma. Lo encaro. Está a un metro, en traje, serio y su loción ya inunda el lugar. Intento no olerla porque de verdad huele bien, como todo ahí. Sonríe relajado.
—Elle, esta es tu casa de ahora en adelante, cuanto antes lo aceptes, mejor para los dos. Serás mi compañera —determina arreglándose las mancuernillas.
—¡No acepto nada! ¡Está loco! ¡Loco! ¡No puede simplemente robarme y pretender esto! ¿Acaso me obligará a estar con usted? —rujo furiosa. Nunca alguien había logrado esto en mí. La verdad es que no lo conozco, pero de que está loco, lo está, aunque también puede violarme en este maldito sitio y nadie lo sabría. Sacude su melena castaña y luego me observa fijamente.
—Tú te entregarás —asegura sujetando su cabello. Río histérica. Esto es un sueño, o una pesadilla, mejor dicho. Niego con vehemencia.
—No lo hagas, llévame de regreso —me encuentro rogando, muerta de miedo, comprendiendo

que estoy en sus manos.
—Elle, puedes darte un baño, o cambiarte. Puedes marcar en ese teléfono —y me muestra un conmutador que descansa a un lado de una mesilla de noche—, y te traerán algo de comer. Ponte cómoda, vuelvo más tarde —comenta como si esto fuese lo más normal. Niego, asombrada, incrédula.
—¡Quiero salir de aquí! —grito de nuevo, lagrimeando. Me mira de reojo y sonríe.
—El televisor pondrá el canal que desees. Nos vemos después —y baja. Lo sigo con desquicio, pero no se detiene y sale colocando la mano sobre un muro debajo de la habitación que tiene una puerta corrediza gris: evidentemente es impenetrable. Corro para alcanzarlo, pero se cierra antes de que pueda hacer nada. La golpeo con toda mi impotencia y miedo, rabia.
—¡Abre! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡No me dejes aquí! —ruego hasta que quedo sin fuerza. Me dejo caer aturdida, aún sin poder registrar lo que me está pasando. De pronto se me ocurre que si pido comida alguien vendrá y será mi oportunidad de salir. Veo el mismo aparato de conmutador sobre una mesilla que está al lado de un sofá cuadrado. Me topo, al girar, con un columpio que cuelga desde el altísimo techo y las cuerdas cruzan por la habitación donde desperté. Gruño. Millonario excéntrico, pero ahora mismo no tengo tiempo. Agarro el maldito aparato. Solo tiene un botón. Suena. Tiemblo.
—Buen día. ¿Qué puedo llevarle? —Hablan inglés, es una mujer.
—Escucha. Ayúdame. Me secuestró, yo no quiero estar aquí, ¡ayúdame! —le suplico.
—¿Desea algún platillo en especial? —insiste serena. Aferro el auricular, sudando.
—¡Estoy secuestrada! ¿No escuchas? ¡No quiero estar aquí!
Silencio. Rujo sopesando mis opciones, buscando pensar con frialdad, como cuando estoy en medio de una nueva investigación y no sabremos con qué nos toparemos. Respiro intentando así formular un plan.
—¿Qué pueden traerme? —pregunto más tranquila, aunque no sé ni cómo lo logro.
—¿Qué desea?
—Emm, una hamburguesa —suelto sin más.
—De qué la quiere
—De lo que sea —sueno ya un tanto ansiosa. Otra vez me obligo a relajarme.
—Qué punto.
—No importa.
—¿Algún acompañamiento?
—¡No! Como quiera, solo traiga la comida.
—¿Desea algo de tomar? —Me dan ganas de aventar el maldito aparato. ¡Agh!
—Agua. No tarde —ordeno colgando, aspirando con fuerza. Aguardo, sentada sobre el taburete color crema, evaluando mis opciones. Debo salir de aquí.
Minutos después, en los que intento pensar sin la angustia esta que me come, escucho la puerta. Me levanto corriendo hasta ahí. Entra un hombre enorme. Pestañeo y luego pasa una chica con la comida. Me sonríe. Busco esquivar al gorila este, pero me obstaculiza el paso. Pronto la mujer deja el carrito, sale, y grito de nuevo al ver que la puerta se cierra. Me duele el estómago, tengo arcadas, me estoy consumiendo de nervios, de ansiedad y miedo.
—¡No! ¡Quiero salir! ¡No!
Una hora después mis pulmones no pueden más. Subo de prisa. Entro al vestidor para hurgar y ver si encuentro algo que quizá pueda ayudarme. No tengo idea de qué. Ingreso al baño, ofuscada. No hay nada que me sirva para, no sé, amenazarlo, hacerle daño y que me deje salir, lo que sea.

Rujo tumbando lo que puedo, que no es mucho. Salgo frustrada y me acerco a la ventana de la habitación. No hay nadie. Está oscureciendo. Gimo. Bajo. Nada, aunque a lo lejos veo luces de un auto. Me acerco pero nadie parece notarme aquí, encerrada. Lágrimas de nuevo salen debido a la desesperación. Subo otra vez, desganada, y me escabullo hasta la esquina del cuarto, recargando la espalda en un pequeño muro que está del lado de la ventana. El piso es frío, pero está aclimatado. Fuera de mí cubro las piernas con el camisón, rodeándolas con mis brazos. Necesito salir de aquí.

CAPÍTULO II

No sé cuánto tiempo pasa, pero al fin la maldita puerta se escucha y, aunque es un sonido suave, lo detecto. Me yergo y noto que mis piernas están entumecidas. Me aferro al muro, colérica. Sube, lo sé por sus pisadas; son sigilosas, como las de un fantasma.

—No te duchaste —señala, quitándose el saco, al llegar al piso donde me encuentro. Se afloja la corbata. Sin pensarlo me acerco y pretendo darle una bofetada. Detiene mi mano en vuelo, me acerca a él y me mira fijamente.

—Si te gusta lo rudo, solo debes decirlo —suelta con perversión. Respiro, agitada, buscando soltarme. Me deja libre y sin que lo vea venir le planto mi palma en su rostro. Parece que lo espera. Asiente sin moverse—. Es un placer tenerte aquí, Elle —revira dejándome ahí, de pie, helada, con la mano adolorida.

—No puedes hacerme esto. No puedes —le hago ver. Todo cobra vida con tan solo una orden de su boca y el vestidor se enciende. Lo sigo.

—Puedo. Por eso lo hago. Pero no te preocupes, estarás bien.

—No si permanezco aquí, en contra de mi voluntad.

—Bueno, entonces desea estar aquí y asunto resuelto. Créeme, es lo mejor para ti —refuta desabrochándose la camisa.

—¡Eres un hijo de puta!

—No, no lo soy, la verdad… pero sí un cabrón, y tú serás mi compañera —determina quitándose la prenda superior.

—¡No seré tu nada! ¡Imbécil!

—Tienes razón, Elle, ya lo eres. Aunque no haya estado aún dentro de ti, lo eres —asegura soltándose el cabello. Quiero matarlo y busco con qué. Me siento fuera de mí—. No lo intentes. Mejor ve a comer.

—No comeré. Me mataré de hambre hasta que entiendas que no quiero estar aquí.

—Bien, es tu decisión. La muerte por inanición es espantosa, pero tú sabrás.

Y se comienza a quitar el pantalón. Salgo de ahí casi corriendo. Ya no sé qué puedo hacer; tengo hambre, sí, sueño, rabia, miedo, todo junto. Me siento en la misma orilla de hace un rato, quizá apelando a algún sentimiento de lástima y así me deje en paz o, con el paso de los días, al notar que no pienso moverme de mi postura: me quiero ir de aquí.

Lo veo salir, pedir un filete de cenar por ese maldito conmutador, junto con una copa de vino. Me pregunta si no deseo nada. Lo ignoro. Baja despacio, con tan solo un pantalón de algodón oscuro y una camiseta blanca. La comida llega, le sirven y habla algo con el gorila ese. Se oyen relajados. Escucho lo cubiertos, el televisor, habla por teléfono, también en alemán, me parece.

Más tarde, suspira, se apaga todo y regresa a la planta alta. Lleva consigo un libro. En el umbral se quita la camiseta dejándola en el barandal. Entra al vestidor, luego sale. Se mete bajo las sábanas y comienza a leer, ignorándome. No entiendo qué pretende, en serio que no, pero agradezco de alguna manera que no se acerque a mí, le escupiría, quizá deba hacerlo.

Pasa varias horas leyendo, atento, en silencio, con rock en inglés invadiendo el lugar. No puedo comprender cómo es que logra concentrarse así, además, es ruidoso, molesto, pero parece que a él le ayuda. Contrasta con la imagen que cualquiera podría tener de un hombre con su poder, aunque eso no me interesa. Me levanto cuando me siento agarrotada, necesito ir al baño. Me ve

de reojo, pero enseguida regresa a lo suyo, parece tan seguro que siento odiarlo aún más. Camino con torpeza hasta donde debo. Al estar sola, rebusco de nuevo en el lugar, quizá un vidrio, o una navaja. Nada. Salgo después de echarme agua en el rostro, luzco fatigada, despeinada. Odio este maldito camisón, pero no me ducharé aquí, menos me pondré algo de lo que ese idiota me ofreció porque sí, ya vi que hay mucha ropa de mujer en ese maldito armario. El sillón dentro del vestidor me llama, pero mi plan es despertar su consciencia y ahí no lo lograré.
Me acomodo donde mismo. Agarro cierta posición, que no es cómoda, pero no cederé.
—Es tarde, Elle, tú decidirás cómo pasar aquí tus días.
—No estaré días —refuto.
—Cierto, estarás aquí mucho más que tan solo días.
—Estás enfermo.
—Quizá, pero esta es tu realidad, y entre más rápido la entiendas, menos la padecerás.
—Me das asco.
—La cama es grande —revira burlón.
—Hay sofás.
—Harías que te tomara con estas sucias manos y te recostara a mi lado. Creo que ese no es tu plan, sino otro.
—Quiero que me regreses. Mi trabajo, mi hermana. Entiende que tengo una vida —le hago ver con voz quebrada.
—Buenas noches, Elle —dice y las luces se apagan con un aplauso que da.
—Me buscarán, sabrán que desaparecí. Esto no es sostenible.
—Tu vida ahora está aquí. Espero que el suelo te permita dormir, porque es eso, o aquí, en esta cama, no hay más.
—Te ahogaré mientras duermes.
—Bien, hasta… el otro mundo, supongo.
Transcurre un tiempo y creo que en serio ya se quedó dormido. Me levanto con cuidado y me acerco. Sí, no me importa si debo ahogarlo, no me importa qué deba hacer. Su plato de comida se lo llevaron, mi hamburguesa ahí sigue en ese maldito comedor, alcanzo a ver pues las luces del exterior se filtran gracias a las enormes ventanas. Busco algo, lo que sea. Tomo con cuidado una de las almohadas y la acerco a su rostro muy despacio.
—Terminarás en prisión —escucho que habla entre sueños, con voz ronca, pero sin moverse. Jadeo retrocediendo. Se acurruca—. Duerme, Elle, es tarde —dice despacio, pero estoico. Llena de rabia e impotencia, me dejo ir sobre él, sin pensarlo. De un movimiento termino con su cuerpo sobre el mío, su cabello a los lados de mi rostro y su musculatura expuesta.
—¡Suéltame! —rujo mientras intento quitar sus manos de mis muñecas.
—Tú fuiste la que me buscó —revira sonriendo, con esa mirada felina, peligrosa. Siento su cuerpo y su… excitación en mi estómago. Me remuevo nerviosa, asustada, sentimientos a los que no estoy en lo absoluto acostumbrada. Parece que él genera en mí todo aquello a lo que no estoy habituada.
—Vete al infierno. Quería ahogarte —suelto sin importarme nada.
—¿Saltando sobre mí? Mejor admite que deseas saber lo que es ser mujer, mi dulce Elle —revira con simpleza, lujurioso. Me remuevo de nuevo. Me suelta y corro hasta “mi esquina”, como la acabo llamando.
—Eres repulsivo.
—Me desafías.
—No te desafío, quiero que me dejes ir.

—Y yo quiero dormir, a menos de que quieras retozar un rato aquí, conmigo. Por mí no hay problema.
—Eres una bestia.
—Tu repertorio es realmente ilustrativo, pero debo dormir ya que no estás dispuesta a calentar mi lecho, que, por cierto, si decides compartir es sin compromiso, el piso puede ser algo duro… me parece.
—Púdrete.
—Buenas noches, Elle.
No duermo en realidad, pero no me muevo tampoco de mi sitio. Se levanta al alba, apenas si me ve, se viste con un conjunto deportivo y sale. Regresa sudoroso una hora más tarde. Aún no amanece. Se da una ducha después de pedir el desayuno. Se llevan mi hamburguesa.
—Pedí huevos, por si quieres —señala como de paso, desde el salón.
—Púdrete.
—Bien.
Minutos después sube, imagino que se lava los dientes, toma un abrigo, me ve y sonríe como si yo estuviera jugando con él.
—Los berrinches, Elle, notarás con el tiempo, que no van conmigo, y piadoso no soy. Tú sabrás cuánto autocastigo te impones, aquí tienes todo.
—Menos la posibilidad de marcharme.
—Bueno, sí, menos eso.
—¿Dónde estoy? —inquiero con la boca seca. Necesito agua, y un baño también, pero me resisto.
—Lejos, wahine, lejos.
Cuando me deja sola me levanto, quejándome. Veo desde arriba lo que hay de comer y mi boca se hace agua, pero resisto. Voy al baño, encuentro pasta dental y un cepillo rosado, eléctrico. Ruedo los ojos. Desde el día anterior lo vi y supe que era mío. Rosado, ¡imbécil! Tomo el de al lado, negro, y lo aviento. Se rompe y sonrío triunfante. Me lavo la boca. Bebo agua porque la cabeza ya me lo exige. Veo la ducha a mis espaldas. Es grande, hermosa debo aceptar, pero no pienso meterme.
Deambulo y mis ojos se posan en el libro que leía la noche anterior. Me acerco y lo tomo. Es de bioquímica, en italiano, noto. La rabia surge y empiezo a despedazarlo. Con cierta culpa, debo añadir. Los libros en mi mundo son intocables, pero este es de él, por lo tanto, lo merece aunque sea de un tema que es casi mi vida. Lo dejo sin hojas, inservible. Al final me siento un poco mejor, solo un poco. No tenía idea de que podía hacer este tipo de cosas destructoras, pero nada es lo que debe en este momento. Necesito ir a casa.
Pasan las horas, me acerco a la ventana, ya no nieva, pero se ve un paisaje blanco asombroso. ¿Dónde estaré?
Tengo sed de nuevo, así que tomo agua. Necesito salir de aquí, me repito una y otra vez. Busco abrir los paneles. Aviento lo que puedo a la ventana de abajo, pero evidentemente son aisladas, gruesas, ni cosquillas les hago. El cuarto es un desastre, observo con una sonrisa de orgullo y abajo, también. No sé cuánto tiempo pasa cuando entra el mismo gorila que el día anterior, con una mucama.
Sin pensarlo me acerco a ella, pero me ignora, serena.
—Ayúdame, ayúdame a salir —le suplico, pero es como si no existiera. Me acerco a él, llorosa —. Por favor —le ruego desesperada.
—¿Necesita que le traiga algo? —pregunta elocuente, mientras la mujer arregla todo el desastre.

—¡Déjame salir! —grito como nunca en mi vida. No se inmuta. Lo golpeo e intento hacerlo a un lado, pero nada. Vencida, sollozo, me alejo derrotada y me siento en uno de los sillones. El televisor está encendido, las noticias, y pierdo un poco mi atención en ello, cansada. Sin percatarme, me quedo dormida ahí, en una pésima posición.

~*~

Escucho ruidos y abro los ojos de golpe. Él está ahí, leyendo otro libro, sentado en el sofá color gris claro. Lo observo en silencio.

—Lo que haces no está bien —digo con voz pastosa, con la vista fija en sus rasgos fieros, casi temibles. Suspira y pasa la hoja.

—¿Y qué es bien? Según tú, Elle —revira sereno. Lleva puesto un vaquero, un suéter, el cabello en un moño alto, como un samurái.

—No privar a alguien de su libertad. Eso es correcto, es el "bien" —señalo incorporándome, cubriendo mis pechos con los brazos cruzados. Tengo hambre, sed, me duele cada músculo del cuerpo.

—No romper un libro, también es correcto, entra en el "bien", o no destrozar un cepillo de dientes… entre otras cosas —apunta dejando el libro en sus piernas y me evalúa alzando la ceja, la que tiene la cicatriz.

—Me tienes aquí contra mi voluntad, no sé qué esperas que haga… ¿Que te lo agradezca? ¿Que baile de felicidad?

—No sabes bailar —me recuerda con desgarbo.

—Imbécil —rujo, levantándome.

—No es tan difícil, Elle… Solo acepta tu realidad —murmura desde su lugar. Sollozo, exasperada.

—No es la que yo elegí, no es lo que yo quiero. Estás decidiendo por mí.

—La vida a veces hace eso, decidir. Uno elige cómo enfrentar la situación.

—¡Tú no eres la vida! —le grito.

—Ya lo veremos —y sigue leyendo. Me siento, suspirando.

—¿Nada de lo que te diga hará que cambies de parecer?

—Come, Elle, date una ducha, ponte otra ropa. Pareces un fantasma con eso.

—Vete al carajo —replico utilizando palabras que nunca uso.

—Eres una mujer inteligente, los mejores promedios, entregada a lo que haces, brillante a decir verdad, pero… te falta tanto por entender.

—Puede ser, pero no serás tú quien me enseñe. No entiendo por qué me tienes aquí.

—Porque quiero. Porque es necesario.

—¿Necesario? ¿Así de simple? Qué engreído e inseguro eres —reviro contenida. Se gira y me ve, intrigado.

—¿Inseguro?

—Sí —avalo—. Si fueses un hombre, uno de verdad, habrías hecho las cosas como deben ser.

—De nuevo con eso… Pero venga, explícame, me intriga tú deber ser; se nota que ese tema lo dominas —se burla, desvío la mirada. No es solo el hecho de estar ahí lo que me hierve, sino él, sus respuestas, su forma de ser. Lo detesto.

—Los hombres, los de verdad, invitan a salir, conquistan, no secuestran.

—Vaya, lo intenté, ¿lo recuerdas? Pero declinaste mis invitaciones, hice solo lo que no recibió rechazo de tu parte.

—¿Qué? —pregunto irritada.

—Retenerte para que me dediques tiempo solo a mí —responde como si nada. Abro la boca

debido al asombro.
—Bromeas.
—Creo que es evidente que no. Yo no bromeo, Elle. Ya lo notarás.
—No me interesa conocerte, no quiero saber nada de ti, salvo que me regreses a casa.
—Basta, Elle, no seguiré con esto. Cuando entiendas que esta es tu realidad las cosas cambiarán.
—¡No es mi realidad! —grito, de nuevo. Lo he hecho más que en toda mi vida. Se levanta de una, deja el libro sobre una mesa y se acerca a paso felino. Gimo asustada, con el pulso detenido. Queda a escasos centímetros de mi rostro. Sus ojos miel me acribillan.
—Lo es, ahora date una maldita ducha, ponte otra cosa encima o juro que… —Sin saber cómo lo aviento, no se mueve mucho, pero logro salir de ahí, agitada.
—¿Me violarás? ¡Si eres un maldito animal, no me asombraría!
—Muchas mujeres darían lo que fuera por estar en tu lugar —ruge, ya un poco exasperado, noto. Me río histérica.
—¡De eso se trata! ¡De tu maldito ego! No me interesas, no me atraes y no soy esas estúpidas mujeres —zanjo decidida. Me evalúa serio.
—No, definitivamente no lo eres, por eso estás aquí, por eso elegí esto.
—¡Pero yo no! —intento hacerle ver ya con lágrimas.
—Date un baño, Elle —solo dice y se sienta de nuevo, parece cansado.
—¡Déjame ir! —le suplico llorando. Llena de aire sus pulmones y prosigue con su libro, negando.
—No.
Subo casi corriendo, llorando, desesperada. Odio la debilidad, no soy una mujer que muestre sus sentimientos, nunca lo he necesitado, pero esto me supera. Ni fantaseando hubiese pensado que algo como esto me pudiera ocurrir. No me considero fea, digo, tampoco es como que me la paso pensándolo, no soy así, tengo el cabello muy rubio, cae ahora mismo en ondas hasta cubrir mis pechos, pero lo suelo llevar trenzado o en un moño, mi piel es blanquísima, casi como el talco por lo que con facilidad se torna roja gracias al calor, al frío, a lo que sea. Mis pestañas son largas, no tan rizadas y mis ojos azules, pero no algo impresionante, sino azules y ya. Fácilmente me salen ojeras, tengo una nariz respingona y boca normal, diría yo, nada exuberante. Soy alta... aunque con él al lado no me siento así, de poco pecho, pero con caderas y piernas curvas, diría mi abuela. En conjunto una chica más y no, no es por decirlo, es verdad… No entiendo por qué teniendo acceso a las mujeres que imagino tiene acceso, me tiene aquí.
Me siento en la esquina elegida y pierdo mi atención en el oscuro exterior. Un día más…
Duermo de la misma forma, solo que ahora me acurruco en el piso. No he comido nada desde antier. Siento el estómago pegado a la espalda, solo tomo agua, pero sé que no es suficiente. Me resisto a hacer algo de lo que exige, a rendirme, a resignarme. Pero sin comida, por otro lado, no llegaré a ningún lado, lo cierto es que me siento hundida, sin salida. Jamás he experimentado una sensación similar, nunca.
La mañana transcurre igual que el día anterior. Pero no nos hablamos en lo absoluto. El olor a comida invade mis fosas nasales, aunque ya ni me levanto salvo para ir al baño o tomar agua, que me ha dejado la mueca, en una botella a mi lado. Debo oler mal, no me importa, mi cabello lo siento adherido a mi piel, no he dormido prácticamente y solo lloro cada tanto.
Por la noche llega, ahora sí me ve, lleva unos libros en la mano. Los deja a mi lado. Ni siquiera lo miro, pero cuando entra al vestidor los arrojo de un manotazo. Sale minutos después y baja. Escucho las noticias en el televisor de abajo: un terremoto sacudió Japón. Me asomo, débil, él ya está con el teléfono y tablet en mano, luce agobiado. De pronto sube por algo, rapidísimo, como

una gacela, pasa frente a mí, ve los libros ahí, donde los dejó, desperdigados, y a mí. Sonríe.
—Cómo me gustas, mujer —expresa, toma algo y baja para un segundo después salir casi apurado. Recargo la frente en el barandal. Huelo mal. Definitivamente. Me acerco a los libros y los pateo. Debo mantenerme en movimiento, comprendo al sentir las articulaciones agarrotadas.
A este tipo le falta algo en el cerebro, pero a mí no. Si tengo oportunidad de escapar, débil no podré hacerlo. Entro al baño desganada, llorosa, pero decidida. Hay ropa para mí, la he visto y eso me enerva, pero ayuda en este momento. También encuentro una bata, rosa, claro está. Si supiera lo que detesto ese color.
Me doy un baño temiendo que regrese en cualquier instante, así que me apresuro. El agua por mi cuerpo, el champú, todo ayuda, solo un poco. Esto parece muy avanzado tecnológicamente, es una casa, asumo, inteligente y Frivóla, como he escuchado que la llama, es la que se encarga de todo aquí. Cuando salgo, el espacio donde hay ropa de mujer cobra vida, se enciende y me acerco despacio. Ese sitio es en serio enorme, como todo ahí: paneles de luz cálida, de ese lado y todo luce… femenino, noto, del otro, masculino.
Respiro profundo y estudio su parte, atenta. Los cajones no están abiertos, solo hay trajes, pantalones y cosas así colgadas, todo tipo de ropa. Me giro y los cajones del lado opuesto ya están abiertos. Arrugo la frente comprendiendo que me ve, él me observa. Aprieto los puños, seguro me espió en la ducha. ¡Imbécil!
Me acerco e inspecciono. Hay ropa interior de la misma marca de la que suelo usar. Entorno los ojos. ¿Hasta dónde llegó? Tomo una braga blanca de algodón, aunque noto que hay de muchos colores y texturas. ¡Idiota!
Lo cierro y el cajón siguiente se abre. Una serie de sostenes aparecen, también de todos los tipos pero ponderan los que suelo usar, incluso la talla. Gruño pero tomo uno, blanco también. Lo cierro y sigue uno de negligés. Ya no sé si reír o sacarlos con la rabia que me produce. Lo intento cerrar de golpe, pero no me deja, al contrario, lo hace despacio.
Me alejo e inspecciono lo que hay colgado. Es un armario que podría ser el sueño de cualquiera, pero yo solo busco algo deportivo, lo encuentro, es un conjunto negro de Nike. Me visto como rayo. Luego un apartado de perfumes se abre. Hay cremas carísimas, desodorantes, cepillo. Tomo este último y me lo paso por el cabello, tengo unos nudos horribles, los deshago y luego lo dejo ahí de nuevo.
Salgo deprisa, no quiero que llegue y yo seguir ahí. Me siento un poco más persona con esta ropa, por lo menos es oscura, de manga larga. Al salir, se cierran los cajones y el área se apaga. Veo mis pies, gimo, no tomé algunos calcetines, o algo. Llevo descalza desde que desperté y dormir con los pies sin cubrir es algo que no soporto, pero me recuerdo que no estoy ahí para estar cómoda. Me siento frente al televisor de abajo, las noticias están terribles. Muchísima gente murió y esperan tsunamis las últimas horas. Esas cosas siempre logran afectarme y me pierdo en lo que el reportero dice.
Llega una hora después, no nos hablamos, solo se sienta en el sillón perpendicular y ve lo mismo que yo. La cena llega, la sirven en aquel comedor que está al frente de la enorme ventana donde nieva, de nuevo. La mesa está puesta para dos. Muero por acercarme a atacar eso que hasta mi nariz llega su aroma. Sé que dije que debo comer, no estar débil, pero mi orgullo ya se vio un poco mermado con la ducha. Así que me incorporo y subo al mismo sitio donde están los libros regados. No me interesa de qué van, me los dio él y solo por eso los desprecio. Cruzo mis piernas y recargo la cabeza en el muro, evocando algo que me ayude a transitar toda esta maldita pesadilla. Mis recuerdos son entre libros, una vida planeada, tranquila, rutinaria, tal como la ideé. Quiero regresar a ella. Sollozo, harta.

Entra a la cama, tal como las dos noches anteriores, pero no lee, solo apaga las luces y se arropa. Me acurruco sobre el piso echa ovillo. En serio que no sé cuánto más podré aguantar sin comida, o con este dolor de cabeza, la debilidad ya la percibo.

CAPÍTULO III

Abro los ojos, pero no puedo incorporarme, me duele el cuerpo, la cabeza, y no siento la energía suficiente como para pararme. Tengo mucho frío. Me rodeo con las manos y cierro los ojos. Mi mente logra de nuevo perderse en la inconsciencia. He estado teniendo frío por las noches; entra por mis pies y no me permite dormir. Poca agua he tomado y la verdad es que estoy vencida. Por la noche, cuando regresa, se acerca.

—¿Elle? —Me llama con suavidad. Lo escucho a lo lejos. Busco retroceder. Logré ir al baño, pero no más, no me importa nada si no puedo salir de aquí. Debe darse cuenta de lo que hace. Aprieto los labios. Sigo sintiendo frío. Percibo su mano sobre mi brazo, gruño, luego sobre mi frente—. Diablo de mujer —se queja y me levanta a pesar de que intento hacerlo a un lado.

Me pone sobre la cama. Busco bajarme, pero me detiene.

—No te atrevas —amenaza. Me quedo ahí, acurrucada, estática. Habla por teléfono y minutos después, en los que solo me observa, molesto, llega alguien más. Los escucho subir, nerviosa, aunque totalmente exhausta.

—No ha comido en cuatro días, casi no se ha hidratado y no ha dormido prácticamente —le informa a un hombre de complexión mediana a comparación de él. Debe llegarle a la barbilla, de cabello corto bien peinado y lentes, mono, con facha de inteligente. Este asiente con suficiencia, con semblante sereno ante lo dicho. Pronto se acerca y sujeta con suavidad mi muñeca. Toma mi pulso mientras yo lo escruto con desconfianza.

—Dile la verdad —susurro contenida, pero el que supongo que es un médico, me ignora y Dáran permanece inmutable ahí, cerca, con los brazos cruzados. Me revisan sin cruzar palabra conmigo. Siento tanto odio.

—Bajaré la fiebre, pero debe comer, tomar agua…

—No lo haré —determino serena. La bestia sonríe.

—Lo hará. ¿Qué más? —pregunta relajado, mientras el doctor introduce líquido en una jeringa.

—Con eso será suficiente, adicional unas vitaminas que puede ingerir a diario.

—Bien —responde el idiota ese, mientras el médico me hace girar un poco. Pretende bajar mi pantalón. Le aviento, como puedo, la mano. Mi celador rueda los ojos, se acerca y me detiene cuando siento que introduce en mi piel la aguja.

—Te detesto —murmuro. Él ríe.

—Lo sé —responde y me suelta. Lo hago a un lado con pocas fuerzas.

—Es solo un resfrío. ¿Puede mostrarme la garganta? —pide el doctor con elocuencia.

—No —respondo iracunda.

—Si no lo haces, juro que tu hermana pensará que estás muerta, Elle —me amenaza la bestia. Me yergo con la fuerza que me queda y me acerco a su rostro, ahí, de rodillas en la cama, ni así lo alcanzo, pero lo intento. El médico salta alejándose—. ¿No es hermosa? —dice mi carcelero, contemplándome. Lo empujo.

—¡No te atrevas!

—Abre la boca, Elle —exige sin moverse. El médico aguarda. Sé que no miente, lo hará si no obedezco y comprendo que dio con mi punto débil. El susodicho se acerca y me inspecciona.

—Está irritada —determina. Lo miro arrugando la frente, ni siquiera me duele. Nota mi actitud, no parece asombrado por mis arrebatos, ni nada en general—. Sube tus defensas, de todas

maneras ya tienes un virus.
—Es ridículo. Solo no he comido.
—Pues come, duerme, y toma los medicamentos, en un par de horas no podrás ni pasar bocado —augura. Arrugo la frente, no recuerdo la última vez que enfermé.
—Me quiere asustar, todos ustedes están coludidos con este animal. —Ambos sonríen pero el muy bestia lo ve como diciendo te lo dije.
—Me voy. Te mando en unos minutos lo que necesitarán con las instrucciones —le informa a mi celador. Este asiente y luego me mira—. Que mejores pronto, Elle.
Lo veo bajar y me levanto de la cama, ni de loca dormiré ahí, pero sus brazos me detienen y me recuestan sin problemas.
—No juego, ya debes saberlo. Haz lo que te piden o yo cumpliré lo que te dije —advierte. Me lo quito de encima con un empujón.
—Eres aberrante, abominable, un simio. No, un simio no, ellos son buenos, tú eres una maldita bestia asquerosa, repulsiva… —conforme hablo mi boca se empieza a secar y la garganta cosquillea.
—Si ya terminaste, recuéstate mientras traen algo para que comas.
—Te dije que no lo haré —repito obedeciendo, muy agotada, con frío. Sonríe.
—Lo harás, taku ataahua Elle —asegura con suavidad usando ese extraño dialecto y baja. Mis ojos se cierran. Tres días sin dormir, aunado a toda la marea de estrés que me ha generado estar aquí contra mi voluntad, hacen mella y termino cayendo dormida así, como si nada estuviese pasando.

~*~

Despierto y todo es oscuridad. Me incorporo y la garganta arde como el infierno. Me llevo la mano al cuello. Siento que quema.
—¿Qué ocurre? —escucho a mi lado. Respingo al comprender que lo tuve todo este tiempo a menos de un metro de distancia. Sonríe, me pretendo bajar, pero sujeta mi muñeca—. Recuéstate, Elle.
—Quiero… agua —logro decir apenas porque arde horrible. Qué virus pesqué.
—En tu mesilla tienes —dice despacio. Asiento, me sirvo y la bebo poco a poco, duele siquiera pasar—. Te dijo que dolería. —Ni siquiera volteo. Ahora mismo, a pesar del dolor, tengo demasiada hambre, muchísima, tanta que no podré dormir.
—Necesito comer algo —logro decir con voz rasposa, notando que he bajado las defensas, me estoy doblegando pese a la ira, la indignación. Sin más, se levanta y logro ver de nuevo ese impresionante cuerpo. Es como si fuese parte de la naturaleza; osco, rudo, varonil, eso sin contar los tatuajes, varios que están desperdigados; espirales y otras figuras que no comprendo. Marca y pide una sopa. Luego se pone algo encima y me observa.
—¿Crees que eso puedas pasarlo? —pregunta cuando se sujeta el cabello. Asiento. Me duele mucho la cabeza. Un poco más tarde, baja y abre la puerta después de que una pequeña alarma sonara. Sube con el alimento y se acerca tendiéndome una charola con patitas—. Acomódate —ordena. Le hago caso, molesta por la situación, pero muerta de hambre. La sopa es como una crema, le doy un sorbo y escuece. Hago una mueca—. Te dije que comieras… —Lo escucho. Levanto el rostro y lo fulmino con la mirada. Sonríe.
Es raro, pero es como si nada lo perturbara. Prende con una instrucción a Frivóla; la pantalla ahí, frente a la cama, desciende. De pronto ambos nos perdemos en un documental en inglés sobre la vida salvaje en territorios extremos.
Termino minutos después. Ahora tengo más hambre que antes, pero decido no hacer caso a la

sensación, de todas maneras, ingerir aquello costó un mundo. Me lo quita de encima justo cuando yo pienso hacerlo, lo deja en el salón y regresa, serio. Aprovecho para escabullirme al baño, vuelvo y me cubro con el afelpado hasta la barbilla, él ya se ha quitado la camiseta, se frota el rostro y me observa.
—Un año… —dice a los pies de la cama, inspeccionándome.
—Un año, ¿qué? —quiero saber, pasando con trabajos.
—En un año te vas, si es lo que deseas —suelta al fin, tranquilo. No me muevo, solo lo observo. No veo cómo podría pasar siquiera un segundo más a su lado, menos después de esta forma en la que hizo todo, pero también, porque es lo opuesto a lo que yo imaginaría como prospecto para mí. Entorno los ojos.
—No.
—Te estoy avisando, Elle. No es una negociación —zanja con esa voz que genera un calambre en mi ser. Lo acribillo con los ojos.
—No pienso durar aquí un año, no te tolero ni un… —paso saliva— segundo más.
—Es una pena, porque no tienes opciones.
—¡Tengo un trabajo! —logro gritar. Pero arde horrible, me busco tranquilizar.
—Ahora no es el momento. Duerme —ordena.
—¿En serio? ¿Crees que puedes ir por la vida haciendo cosas así, nada más? —Se sienta en el lado donde suele dormir, sin mirarme.
—Cuando es necesario, sí.
—¡No!
—Elle, vemos las cosas de manera diferente.
—No se trata de ver las cosas de manera diferente —reviro con intensidad, a pesar del dolor de garganta, el sueño, todo, no puedo callarme—, se trata de consciencia, de sentido común, de libertad. De mis derechos. No soy una cosa.
—Duerme, Elle —dice y se recuesta. Lo miro horrorizada.
—¡No estaré aquí un año!
—Menos tiempo es imposible… —me advierte dándome la espalda. Lo miro con odio.
—Es ilegal.
—Ya veremos —determina y da una palmada. Las luces se apagan—. Ahora duerme.
—No quiero dormir.
—Bien —susurra sin mirarme—, pero si te bajas de la cama, me obligarás a tomar medidas drásticas… —me amenaza.
Por un segundo pienso en preguntarle cuáles, luego, como la cobarde que descubro en este momento que soy, guardo silencio. Me acurruco lo más lejos posible de él, pero no es sencillo sabiéndolo a poca distancia, su cuerpo es enorme y solo ruego que no cambie de idea y busque ir más allá sin mi consentimiento. Tardo en caer profunda, sin embargo, lo logro porque es imposible hacer ya lo contrario y quiero creer que no estoy en peligro a su lado, no del todo por lo menos, porque de que es un animal, un bruto, una bestia, lo es.
Despierto y todo está en penumbras, la garganta sigue doliendo, me duele pasar siquiera saliva. Tengo frío. Me arremolino más entre las cobijas abriendo los ojos. ¿Estará aún aquí? Cuando escucho cómo un cubierto topa con el plato, silenciosamente, adivino que sí. Bufo. Necesito ir al baño, lavarme la boca, necesito irme de aquí.
Me levanto con esfuerzos. Esto de sentirse enferma es horrible, no estoy habituada, pero peor es que sea en estas circunstancias. Me hace sentir débil y dependiente. Me paso una mano por la sien. También duele. Me pongo de pie y camino sin remedio hasta mi objetivo. Alcanzo a ver

que está en aquel comedor, revisando algo en la tablet, serio. Apenas si lo ojeo pero soy consciente de su mirada sobre mí. Entro al sanitario, después de pasar por el vestidor. Suspiro, decaída. Me observo en el espejo cuando aparece mi figura desaliñada, deteriorada, frente a mí. Tengo de nuevo ganas de llorar. Me echo agua en el rostro, resuelvo mis necesidades básicas y luego salgo, cansada.
Él, odio mentarlo en mi mente por su nombre, me observa ahí, recargado en el barandal con sus enormes brazos cruzados, yo también.
—¿Cómo te encuentras? —pregunta serio. Me recargo en el muro que está tras de mí.
—Encerrada, ¿y tú? —Sonríe frotándose la barba, le agrada mi respuesta y eso me pone peor.
—Los medicamentos están en el buró, ve a recostarte, no luces bien.
—Eso pasa cuando secuestras a alguien, no puede estar bien.
—Wahine, no te servirá de nada gastar las pocas energías en pelear. Ve a descansar, ya llega tu desayuno.
—¿Así, nada más? —musito, harta. Se acerca, queda a escaso un metro, me observa con esos ojos fieros que posee. Lo odio.
—Sí, así nada más.
—Si no lo hago le dirás a mi hermana que estoy muerta, ¿no? Hazlo, prefiero que piense eso a que estoy aquí, con una bestia demente, encerrada, humillada, secuestrada —rujo bajito, aunque me duele la garganta con cada palabra, claro que no quiero que ella crea eso. Aide no soportaría perderme también a mí.
—Si te cuidas, te tranquilizas, puedo hacer un trato.
—No hago tratos con bestias —refunfuño agotada.
—Ni siquiera uno que incluya salir de estas paredes, o hablar cada tanto con Aide, supongo… —dice dejándome fría. Abro los ojos, respiro agitada, sin comprender.
—Juegas.
—No, no juego, pero solo sabrás si es verdad al cumplir con tu parte. Debes dormir, tomar tus medicinas y comer. Eso es todo.
—¿Cómo podría hacer un trato contigo?
—Es tu única opción.
—No, no es la única.
—Bien, como quieras, wahine. —Y se da la media vuelta. Mi cabeza trabaja rápido.
—¿No te da miedo que le diga lo que de verdad pasa? —murmuro sin entenderlo en absoluto. Hablar con ella… No sé si podría, rompería en llanto, pero definitivamente necesito que sepa que estoy bien, que seguimos estando cerca aún en la distancia. Con las manos dentro de los bolsillos de su vaquero gastado, se detiene. Es enorme. Siento un escalofrío.
—No, no si quieres tener libertad aquí, si quieres seguir en contacto con ella, si quieres… continuar con tu labor —responde sereno y luego se dirige a la planta baja y se sienta, lo veo desde aquí.
—Odio el rosa —digo a cambio, ni idea de por qué. Noto que ríe, alza la mirada intensa, sus cejas lo hacen ver como un felino, respiro rápido.
—¿Algo más? —quiere saber, divertido evidentemente. Sí, yo soy su diversión, al parecer.
—No quiero dormir en la misma habitación que tú —me atrevo a expresar, envalentonada. Niega sonriendo con suavidad, frotando de nuevo su barba.
—Wahine, eso no está dentro de una negociación —repone. Bufo alzando el rostro hacia el techo, me pierdo en los focos. Se escucha un interruptor. Él se levanta y entra una mucama con una charola, la acompaña sonriendo, agradecido, la mujer le devuelve el gesto y se va. Él lo

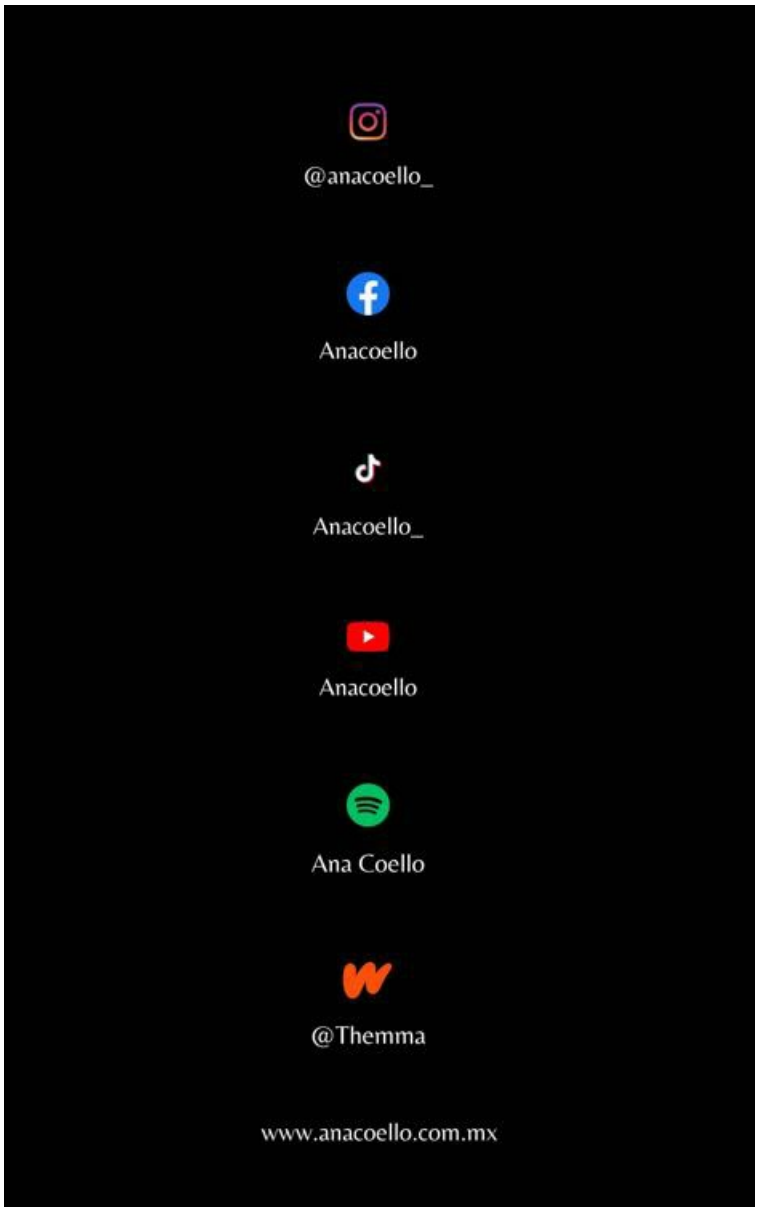
acomoda sobre la mesa. Con un ademán me invita a bajar y sentarme.
—No comeré contigo.
—Las condiciones están en tus manos, es tu decisión —apunta y se sienta de nuevo, lo ha puesto a su lado.
Gruño. Me arde horrible la garganta y esos panqueques con frutos rojos se ven absolutamente deliciosos. Los necesito. Humillada, pero muerta de hambre, desciendo. No se mueve, me siento y observo el plato. Es digno de un restaurante de primer nivel. Veo el café, le pongo un poco de crema y tomo la taza con ambas manos, comienzo a darle sorbitos que saben a gloria. Así transcurren los siguientes minutos; él metido en lo suyo, solo mirándome de vez en vez y yo comiendo despacio gracias a la garganta que seguramente tiene llagas ya y disfrutando de los sabores, evadiendo de manera intencional lo que en realidad pasa. Al terminar se levanta, no me importa, regresa con un par de pastillas.
—Analgésicos y antiviral —me informa con la palma abierta, arqueando una ceja. Me está midiendo. Lo observo por unos segundos, él a mí, al final las tomo y me las llevo a la boca pasándomelas con agua que ahí tengo—. Regreso después. Estás en tu casa, wahine —dice tomando un abrigo y abriendo la maldita puerta del demonio. Una mujer entra en ese momento y se lleva todo lo servido. La observo, frustrada. Había pensado en quedarme con el cuchillo de su plato, pero han truncado mis planes, otra vez.
No noto lo tensa que me encuentro hasta que quedo sola y suelto el aire. Necesito pensar en cómo puedo salir de aquí, pero ahora mismo debo cuidarme, de otra manera no lograré nada.
Duermo el resto de la mañana después de ducharme y ponerme algo limpio. Escucho que alguien realiza el aseo silenciosamente, pero no tengo fuerzas ni para ver. Sueño cosas sin sentido, la voz de mi hermana… la de él entremezclada. Me despierto agobiada, de golpe.
—Me alegra que asumieras tu parte del trato, aunque no has comido —escucho.
Giro y él está a mi lado, leyendo, atento. Afuera nieva, noto por el reflejo del espejo. Lo miro con rabia. Sin decir nada, me levanto, voy al baño y lo primero que noto es un cepillo de dientes rojo, al lado del suyo. Lo tomo inspeccionándolo, ¡idiota!, por lo menos el rosa ya no está.
Me lavo los dientes, tomo mucha agua y salgo. Huele a comida y él no está ahí. Me asomo y veo que la cena está servida en la mesa. Bajo y mis glándulas salivales escurren, me acomodo frente a un pedazo de filete, puré de papas y espárragos, no lo pienso mucho y lo ingiero. Debo fortalecerme, la garganta duele menos, noto. Ataco hasta el postre. De repente su mano extendida a mi lado, es aterradoramente sigiloso. Tomo las pastillas sin buscar sus ojos y me las paso.
—No acepté ningún trato.
—Bien… —solo responde, alejándose. Me levanto ansiosa, casi llorosa porque me tiene en esta posición y no tuve la suficiente valentía para resistirme, pero necesito hablar con Aide, salir de aquí. Lo tomo por la manga de su suéter claro, se detiene y observa de reojo el gesto, intrigado. Sus ojos miel se posan en mí. Respiro, contrariada.
—Te detesto… —comienzo con seguridad, una absoluta, pero que no parece afectarle—. No te perdonaré esto jamás —continúo. Se gira para quedar frente a mí, me inspecciona como si fuese parte de una estrategia para ganar una guerra—. Un año es mucho…
—Lo suficiente —determina estoico. Resoplo llena de nerviosismo.
—¿Qué quieres de mí?
—Esa es mucha información, wahine —expresa casi en susurros, pero su voz me traspasa, me eriza.
—¿Mi trabajo? ¿Mi vida?
—Tu trabajo está a salvo, en realidad continuarás en ello… Lo otro, no sé exactamente a qué te

refieres —murmura, despacio.
—A lo que hago, mi apartamento, mis decisiones, ¡mi vida! —grito un tanto exasperada. Se cruza de brazos.
—Conoces las condiciones, ¿qué esperas, Elle? —contrapone con voz gruesa, ominosa. Bajo la mirada apretando los puños.
—Si puedo hablar con Aide, cómo haré para explicar que no estoy donde se supone.
—Estás en medio de un proyecto importante del cual no puedes hablar —explica con suficiencia. Lo encaro, pestañeando.
—Pero no es cierto… —busco confirmar. Se encoge de hombros.
—Nada es verdad, nada es mentira.
—Eso es mentira —repito rabiosa de nuevo, llorosa también.
—No del todo, dile eso, estará tranquila —indica dándome la espalda y cuando pienso que se irá, se sienta en uno de los sofás, evaluándome.
—¿Un año?
—Un año.
—Si acepto…
—No tienes opciones.
—¿Cómo sé que de verdad en un año me dejarás ir?
—Si es lo que quieres —apunta arqueando una ceja, desafiante.
—¿En qué mundo yo podría querer estar de buena gana con alguien que es lo suficientemente bajo como para arrancarme de mi vida? En ninguno. Menos en el mío —aseguro con vehemencia. Me estudia con ambas manos en la barbilla, tranquilo. Creo que eso es lo que me exaspera más.
—Un año, después eres libre, Elle. Repito: si es lo que deseas.
—¿Qué esperas de mí este tiempo? —pregunto buscando dejar todo claro. No puedo evitar ser pragmática, evaluar mis alternativas. Estoy aquí encerrada, no conozco el lugar y algo dijo sobre dejarme salir, solo así sabré de verdad dónde estoy parada.
—Que dejes en paz la idea de marcharte.
—¿Nada más? —repongo. Suspira, recargándose en el respaldo. Su seguridad es abrumadora.
—Sé que me sorprenderás.
—No te aceptaré, te odiaré cada día.
—Eso ya lo has dejado claro.
—Quiero que no se te olvide. Suceda lo que suceda, yo te odiaré por haber hecho esto.
—Ya veremos.
—Quiero hablar con mi hermana —ordeno, seria, decidida. Sonríe lánguidamente.
—Es tarde, wahine, mañana que estés mejor.
—Quiero ahora.
—Luces enferma, ¿estás segura de que quieres preocuparla? —revira pinchándome.
—No entiendo por qué yo. Mírame, estoy segura de que hay mujeres impresionantes allá afuera con las que no necesitas llegar a esto. No tengo baja autoestima, no te equivoques, pero sé muy bien qué soy, y no soy una exótica belleza, menos una mujer elegante, de mundo —sollozo. No puedo parar, me siento muy frustrada, desesperada.
—Definitivamente no lo eres, y las hay, más bellas, más impresionantes, como dices… pero no me interesan. Eres tú.
—No obtendrás nada de mí así.
—Ni de otra manera, menos con esa forma ermitaña que tienes de vivir, rutinaria y en la que no

cabe nada salvo tu empleo, tu profesión.
—Ese es mi problema, además, ¿qué tiene de malo? —pregunto agotada. Se encoge de hombros y suspira.
—Nada. Solo que aquí las cosas serán diferentes —asegura. Resoplo. No le ganaré nunca.
—No me tocarás —suelto repentinamente apuntándolo con el dedo, casi amenazante, avanzando rumbo a la maldita escalera.
—Sin tu consentimiento, no. Y te advierto que es la única condición que puedes imponer.
—Vete al infierno —digo sacándolo de mi campo de visión, lo escucho reír.
—Descansa, toku mea whakahiato Elle. —Gruño cuando estoy en el piso de arriba y me meto bajo las cobijas, frustrada, enojada, perdida.

Abro los ojos cuando escucho mi nombre. Me remuevo entre las cobijas. He dormido realmente bien y la cama es tan grande que la verdad no lo siento, o finjo que no. Me tallo los ojos y me incorporo cuando vuelve a nombrarme. Ojeo mi alrededor, debe estar en el salón.
Me levanto bufando, enojada. Tal parece que ese es ahora mi estado anímico. Lo encuentro abajo, bebiendo un café, lleva el cabello húmedo, suelto y va vestido abrigado. Me ve desde su posición, sonriendo.
—Iré a hacer un par de pendientes. En dos horas vengo por ti. Si deseas salir y hablar con tu hermana, date una ducha, cámbiate, desayuna y toma las medicinas.
—¿Algo más? —repongo con sarcasmo. Niega dejando la taza en la mesa, parece tener prisa. Luego se sujeta el cabello en un moño bajo, como suele cuando saldrá de aquí, y cuando estoy por abandonar su campo de visión, se detiene, me mira un segundo, como inspeccionándome. Sonríe complacido.
—Espero que no tengas contratiempos para estar lista y… afuera hace frío —dice al tiempo que escucho la puerta abrirse y cerrarse enseguida. Me recargo en el muro que está a un lado del vestidor. El espejo se encuentra corrido a medias, me acerco a la ventana. Nieva aún fuerte. ¿Dónde estoy? De pronto recuerdo lo que acaba de decirme… Mi hermana, salir. No pierdo el tiempo y me muevo.
Encuentro un conjunto de vaqueros, un jersey oscuro de cuello alto y grueso. Me los pongo. Desayuno, famélica, midiendo mis opciones. Saldré después de varios días aquí y debo entender cómo funciona todo esto, observar, sobre todo eso para poder largarme lo antes posible.
Dejo mi cabello suelto, aunque suelo mantenerlo recogido, pero aquí no hay con qué sujetarlo, no para mí porque él debe tener algunas gomas, me recuerdo. Cuando indago encuentro maquillaje y cosas de ese tipo que tampoco entran dentro de mi rutina. Curiosa los abro e investigo para qué sirven cada uno, aunque varios ya lo sé, porque para cuestiones específicas tengo las necesarias. Las dejo, rodando los ojos. Es un idiota si cree que me pondré todo aquello encima de la cara para verme “mejor”.
No lo entiendo y eso genera dolores de cabeza porque, sin importar que no deseo en lo absoluto que se abalance sobre mí y que me rompa, sería mejor saber qué desea a ciencia cierta, pero sigo sin tener una idea clara. Es ambiguo, me confunde y de alguna manera, aunque lo detesto por todo lo que ha hecho, es extraño porque no me siento en peligro con él, pese a lo amenazante que se ve. Impone, sin dudas, pero me hace sentir osada y lista para sacar a gritos, o como sea, lo que tengo en mi cabeza, nada de lo que suelo ser; reservada y silenciosa.
Con Dáran estoy descubriendo una nueva faceta de mi personalidad generada por todo este maldito desastre que necesito desenmarañar.

FIN DE CAPÍTULOS DE MUESTRA.
PLACER SOMBRÍO se encuentra disponible en digital en Kindle.


@anacoello_
Anacoello
Anacoello_
Anacoello
Ana Coello
@Themma
www.anacoello.com.mx